Los tres mosqueteros

Alexandre Dumas

FUNDACIÓN Carlos Slim

Los tres mosqueteros

Dumas, Alexandre

Novela

Se reconocen los derechos morales de Dumas, Alexandre.
Obra de dominio público.
Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim
Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada
C. P. 11529, Ciudad de México. México.
contacto@pruebat.org

Prólogo

EN EL CUAL SE ESTABLECE QUE, A PESAR DE LAS DESINENCIAS EN OS Y EN IS DE SUS NOMBRES, LOS HÉROES DE LA HISTORIA QUE VAMOS A REFERIR NADA TIENEN DE MITOLÓGICOS

Hará un año que, mientras estaba yo entregado a serias investigaciones en la Biblioteca Real para mi historia sobre Luis XIV, la casualidad puso en mis manos las Memorias de m. D'Artagnan, impresas en Amsterdam, en la imprenta de Pierre Rouge, como la mayor parte de los libros de aquel tiempo en los que sus autores tomaban a pecho decir la verdad sin exponerse a ir a parar en la Bastille por una temporada más o menos larga; y, como el título me cautivó, con permiso del conservador de la Biblioteca Real me llevé las mentadas memorias a casa, donde las leí, qué digo leí, las devoré.

No es mi ánimo hacer aquí un análisis de tan curioso libro; me contento con remitir a él a los amantes de las descripciones añejas, de los cuadros de siglos que fueron. En él, mis lectores podrán admirar retratos hechos con mano maestra; y aunque los esbozos están casi todos trazados en puertas de cuartel y en paredes de figón, no por eso dejarán de conocer en ellos, tan fieles como en la historia escrita por Anquetil, las imágenes de Luis XIII, Ana de Austria, Richelieu, Mazarino y de la mayor parte de los cortesanos de aquel entonces.

Pero ya es sabido que aquello que despierta la caprichosa imaginación del poeta que no suele impresionar al vulgo. Ahora bien, lo que más nos preocupó, mientras estábamos admirando lo que indudablemente admirarán los demás, esto es, las circunstancias que hemos expuesto, fue una particularidad en la que, sin duda, nadie antes que nosotros había parado mientes.

Cuenta D'Artagnan que la primera vez que estuvo en casa de m. de Tréville, capitán de los mosqueteros del rey, encontró en la antesala a tres jóvenes que servían en el célebre cuerpo en que él solicitaba la honra de ser admitido, y que dichos jóvenes se apellidaban Athos, Porthos y Aramis.

A decir verdad, estos tres nombres extranjeros me llamaron grandemente la atención, y lo primero que se me ocurrió fue que tales nombres no eran más que seudónimos tras los cuales D'Artagnan había velado apellidos quizás ilustres, a no ser que quienes semejantes seudónimos ostentaban los hubiesen escogido motu proprio el día en que, por capricho, disgusto o escasez de hacienda, vistieron la sencilla casaca de mosquetero.

Desde entonces no descansé hasta dar, en los libros contemporáneos, con un indicio, por leve que fuese, de aquellos nombres singulares que tanto excitaran mi curiosidad.

Solamente el catálogo de las obras que a este propósito leí llenaría qué sé yo cuántas páginas; lo cual puede que fuese muy instructivo, pero con seguridad nada agradable para mis lectores. Me limito, pues, a decir que en el momento en que, desalentado por tanta infructuosa investigación, me disponía a no seguir adelante, hallé por fin, gracias a los consejos de mi ilustre y sabio amigo Paulin Paris, un manuscrito en folio, no recuerdo bien si señalado con el número 4772 o el 4773, titulado Memorias de monsieur conde de La Fère sobre algunos de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del reinado de Luis XIII y principios del de Luis XIV.

Para que el lector comprenda cuán grande fue mi gozo, me bastará decirle que al hojear el susodicho manuscrito, en el que cifraba yo mi última esperanza, hallé en la página veinte el nombre de Athos, en la veintisiete, el de Porthos, y el de Aramis, en la treinta y uno.

El hallazgo de un manuscrito completamente incógnito, en un tiempo en que la ciencia histórica ha progresado hasta tan alto grado, me pareció casi milagroso; así es que me apresuré a pedir licencia para darlo a la estampa, con objeto de presentarme tarde o temprano y provisto con las obras ajenas a la Academia de Inscripciones y Buenas Letras, por si no llego, como es más que probable, a entrar en la Academia Francesa con las mías propias. La licencia solicitada me fue galantemente concedida, y hago aquí esta declaración para dar un mentís público a los malévolos que se empeñan en darnos a entender que vivimos bajo un gobierno menos que medianamente dispuesto a favor de los literatos.

Ahora bien, el libro que hoy ofrezco a mis lectores es la parte primera de tan precioso manuscrito, al que restituyo el título que le corresponde; comprometiéndome, si, como espero, esta parte primera obtiene el buen éxito que merece, a publicar sin dilación la segunda.

Dos palabras más y concluyo: como el padrino es un segundo padre, incito al lector a que únicamente me achaque a mí el tedio o el gusto que le cause la lectura de este libro, y de ningún modo al conde de La Fère.

I

LOS TRES PRESENTES DEL PADRE DE D'ARTAGNAN

El primer lunes de abril de 1625, la villa de Meung, donde vio la primera luz el autor del Romance de la rosa, ofrecía un aspecto tal de revuelta, que parecía que los hugonotes se hubiesen presentado ante ella para repetir los sucesos de La Rochelle. Algunos vecinos, al notar que sus mujeres echaban a correr hacia la calle Mayor, y al oír que los niños gritaban en el umbral de sus respectivas viviendas, se apresuraban a ponerse la coraza, y fortaleciendo su problemático valor con un mosquete o una partesana, se encaminaban al mesón del Franc Meunier, frente al cual se apiñaba una multitud ruidosa y llena de curiosidad, que iba engrosando por momentos.

En aquel tiempo los pánicos eran frecuentes; pocos días pasaban sin que esta o aquella población registrara en sus anales algún acontecimiento semejante. Los señores guerreaban entre sí, el rey combatía al cardenal y España hostilizaba al rey; y como si aquellas guerras sordas o públicas, latentes o manifiestas, fuesen poco, se añadían a ellas ladrones y mendigos, hugonotes y tahúres y lacayos que hacían la guerra a todo bicho viviente. Los vecinos siempre se armaban contra ladrones, tahúres y lacayos, con frecuencia contra los señores y los hugonotes, alguna vez contra el rey, pero nunca contra el cardenal ni contra España. De esta costumbre resultó, pues, que en el susodicho primer lunes de abril de 1625, los vecinos, al oír alboroto y no ver ni el guión amarillo y rojo, ni la librea del duque de Richelieu, se encaminaron al mesón del Franc Meunier, donde todos y cada uno pudieron ver y conocer la causa de semejante tole tole.

Un mozo… Pero dejen que antes y de una plumada trace su retrato: figúrense ustedes a don Quijote a los dieciocho años; a don Quijote sin coselete, loriga ni martingala, con jubón de lana, azul en otro tiempo, que ahora había tomado un matiz indefinible entre el de la hez del vino y el azul celeste. Tenía, el susodicho mozo, aguileño y moreno el rostro, abultados los pómulos —señal de astucia—, los músculos maxilares excesivamente desarrollados —indicio infalible por el cual se conoce al gascón, aunque no lleve boina, y él la llevaba, y adornada con una especie de pluma—, y la nariz corva, pero de perfil correcto, aunque pecaba de grande para un adolescente y de pequeña para un hombre hecho y derecho. Además, y pendiente de un tahalí de cuero, llevaba el mozo una larga tizona que le azotaba las pantorrillas cuando andaba a pie, y golpeaba el erizado pelo de su montura cuando iba a caballo,

y sin la cual un hombre poco sagaz le habría tomado por el hijo de algún arrendador de viaje.

Porque nuestro mozo era dueño de un caballo, sí señor, y resulta que el tal caballo era tan notable como fue notado: era un jaco del Bearn, de entre doce y catorce años, de pelaje amarillo y rabo escueto, pero no sin gabarros en los remos, y que aunque caminaba con la cabeza caída hasta más abajo de las rodillas, lo cual excusaba la aplicación de la gamarra, andaba aún ocho leguas al día. Por desgracia, las cualidades de aquel jaco estaban tan ocultas bajo su singular pelaje y su paso irregular, que en un tiempo en que no había quien no estuviese al cabo de la calle en achaques de caballos, su aparición en Meung, donde hacía un cuarto de hora que entrara por la puerta de Beaugency, produjo una sensación cuyo descrédito redundó en el del jinete. Y aquella sensación había causado una impresión tanto más penosa a D'Artagnan —que así se llamaba el don Quijote de aquel nuevo Rocinante—, cuanto al mozo no se le ocultaba la ridiculez en que, por mucho que fuese jinete consumado, le ponía semejante cabalgadura, presente de su padre que él aceptara con el pesar de quien no tiene otro remedio que doblegarse ante las circunstancias. D'Artagnan sabía que una bestia como aquella valía, a lo sumo, veinte libras; pero también es verdad que no tenían precio las palabras con que el anciano acompañara su presente.

—Hijo mío —había dicho el hidalgo gascón en el castizo patois del Bearn, patois del que Enrique IV nunca logró desprenderse—. Hijo mío, va para trece años que este caballo nació en la casa de tu padre, y en ella ha permanecido toda su vida, lo cual debe inclinarte a quererlo. No lo vendas, déjalo morir tranquila y honrosamente de vejez; y si sales a campaña con él, cuídalo como cuidarías de un viejo servidor. En la corte —continuó el padre de D'Artagnan—, si por ventura tienes la honra de poner la planta en ella, honra a la cual, por otra parte, te da derecho tu antigua nobleza, mantén con dignidad tu título de hidalgo, como lo hicieron tus antepasados durante más de quinientos años, así para crédito tuyo como para el de tu familia; y entiendo por familia tus padres y tus amigos. No sufras nada de quien quiera que sea, excepto del cardenal y del rey, y ten en cuenta que única y exclusivamente a su valor debe hoy un noble su prosperidad. Un segundo de indecisión suele quitar el provecho que precisamente en aquel segundo ofrecía la fortuna. Eres joven, y debes ser valiente por dos razones: primero porque eres gascón, y luego porque eres hijo mío. No temas los lances, antes búscalos. Te he enseñado a esgrimir la espada; tienes de bronce los jarretes, y de acero, la muñeca; peléate venga o no venga a cuento, tanto más cuanto los duelos están prohibidos y, por consiguiente, se necesita doble valor para batirse. Por mi parte solo puedo darte quince escudos, mi caballo y los consejos que acabas de escuchar; tu madre añadirá a ellos la receta de un bálsamo de cuya elaboración le hizo sabedora una gitana; es un bálsamo de virtud milagrosa para curar toda clase de heridas que no interesan al corazón. Saca provecho de todo, y vive

dichosa y largamente. Solo tengo que añadir dos palabras, y vayan por vía de ejemplo, no por lo que a mí atañe, porque nunca he estado en la corte y no he tomado parte en más guerras que las religiosas y en calidad de voluntario; me refiero a m. de Tréville, que en otro tiempo fue mi vecino, el cual tuvo la honra de jugar, cuando niño, con nuestro rey Luis XIII, que Dios guarde. En ocasiones sus juegos terminaban en riñas, y no siempre, en tales casos, era el más fuerte el monarca, que devolvió en gran afecto y amistad a m. de Tréville los bofetones que este le sacudiera. Más tarde, m. de Tréville, en su primer viaje a París, se batió cinco veces; siete, excluyendo las guerras y los sitios, desde la muerte del difunto rey hasta la mayoría de edad del joven, y por lo bajo otras cien desde entonces hasta la fecha. Por eso, a pesar de los edictos, decretos y arrestos, es capitán de los mosqueteros, que es como si dijéramos jefe de una legión de césares a los que el rey tiene en gran estima, y a los cuales teme el cardenal, que, como todos sabemos, apenas si teme a Dios; esto sin contar que m. de Tréville cobra diez mil escudos anuales de sueldo. Ya ves, pues, que el capitán de los mosqueteros es persona de campanillas. Como tú empezó; preséntate a él con esta carta, y tómalo por espejo, a fin de llegar adonde él ha llegado.

Tras estas palabras, el anciano ciñó a su hijo su propia espada, le besó con ternura en las mejillas y le dio su bendición.

Al salir del aposento paterno, el mozo encontró a su madre, que le estaba aguardando con la famosa receta de la cual, según los consejos que hemos transcrito, debería echar mano con tanta frecuencia. La despedida fue más larga y más tierna entre la madre y el hijo que entre el hijo y el padre, no porque este último no amara a su hijo, que era su única descendencia, sino porque el anciano era hombre y hubiera tenido por indigno de él el dejarse llevar por la emoción, mientras que madame D'Artagnan era mujer, y por encima de mujer, madre. La buena señora lloró copiosamente, y el hijo, dicho sea en su elogio, por mucho que se esforzó en permanecer firme como correspondía a un futuro mosquetero, vencido por la naturaleza vertió un raudal de lágrimas, que a duras penas pudo ocultar.

El joven D'Artagnan se puso en camino el mismo día, provisto con los tres presentes paternos, que, como se ha dicho, se componían de quince escudos, el caballo y la carta para m. de Tréville. Los consejos, como ya supondrá el lector, los había dado el anciano por añadidura.

Con semejante vademécum, D'Artagnan quedó, moral y físicamente, convertido en otro don Quijote, a quien con tanta oportunidad lo hemos comparado cuando nuestros deberes de historiador nos han constreñido a trazar su retrato. A don Quijote los molinos de viento se le antojaban gigantes y ejércitos los carneros; D'Artagnan vio en cada sonrisa un insulto y en cada mirada una provocación. De ello resultó que desde Tarbes hasta Meung llevó siempre la mano apuñada, y que con uno

o con otro requirió la espada diez veces por día; sin embargo, el puño no descargó sobre ninguna mandíbula ni la espada salió de su vaina. Y no es que la presencia del malhadado jaco amarillo no hiciese sonreír a los viandantes; pero como estos veían sobre el jaco una espada de longitud respetable pendiente del cinto de un mozo de mirada antes feroz que altiva, reprimían su risa, o, si la prudencia no alcanzaba a dominarla, procuraban por lo menos reírse únicamente por un solo lado, como las máscaras antiguas. D'Artagnan permaneció, pues, majestuoso e incólume en su irritabilidad hasta esa desafortunada villa de Meung; pero una vez en esta villa, y al apearse a la puerta del mesón del Franc Meunier, sin que mesonero, criado o palafrenero acudieran a tenerle el estribo en el apeadero, reparó, en una ventana entreabierta de la planta baja, en un caballero de alta estatura y ademán arrogante, aunque de rostro un tanto enfurruñado, que estaba conversando con dos personas que, al parecer, le escuchaban con deferencia. Dando rienda a su suspicacia, D'Artagnan se dio a entender desde luego que el objeto de la conversación era él, y aguzó el oído. Esta vez el mozo únicamente se había engañado en parte: no hablaban de él, pero sí de su rocín. El hidalgo de la ventana, al parecer, estaba enumerando a sus oyentes todas las cualidades del jaco, y como los oyentes, según ya hemos dicho, demostraban con su actitud guardar mucha deferencia al narrador, a cada dos por tres se echaban a reír a carcajadas. Ahora bien, como bastaba una sonrisa para despertar la irritabilidad del mozo, júzguese qué efecto debió de producir en él tan ruidoso júbilo.

Sin embargo, D'Artagnan quiso ante todo conocer la fisonomía del indiscreto que de él estaba haciendo befa, y mirando con arrogancia al desconocido, vio que era hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de ojos negros y mirada penetrante, color pálido, nariz grande y bigote negro y cuidadosamente recortado; iba vestido con un jubón y calzones violáceos con agujetas del mismo color, sin más adorno que las cuchilladas habituales, por las que se le desbordaba la camisa; jubón y calzones que, si bien flamantes, mostraban la ajadura de los trajes de viaje por largo tiempo encerrados en un portamanteo. D'Artagnan, que indudablemente por instinto conoció que aquel sujeto debía de ejercer en el porvenir gran influencia sobre su existencia, notó, con la rapidez del observador más minucioso, los pormenores que dejamos expuestos.

Ahora bien, como en el instante en que D'Artagnan fijó su mirada en el hidalgo del jubón color violeta, aquel hacía respecto del jaco bearnés una de sus más luminosas y profundas demostraciones, sus dos oyentes se echaron a reír a mandíbula batiente, e incluso él, contra su costumbre, dejó errar de una manera visible, si vale decirlo así, una tenue sonrisa por sus labios. Ya no cabía duda, D'Artagnan era realmente blanco de una befa. El mozo, pues, imbuido en tal persuasión, se encasquetó la boina, y poniendo todo su conato en remedar el empaque palaciego,

estudiado en algunos magnates en viaje que el acaso le pusiera ante los ojos en Gascuña, avanzó con una mano en el pomo de su espada y la otra en la cadera. Por desgracia, a D'Artagnan la cólera le cegaba, y en lugar del discurso digno y altanero que forjara en su mente para formular su provocación, no halló en el pico de su lengua más que una ofensa burda a la que acompañó de un ademán de enfurecimiento.

—¡Eh!, caballero —exclamó—, caballero, a vos que os hurtáis tras ese criado me dirijo; sí, a vos. ¿Queréis hacerme la merced de decirme de qué os estáis riendo y nos reiremos juntos?

El hidalgo apartó del jaco la mirada para posarla lentamente en el jinete, cual si le hubiera sido menester algún tiempo para comprender que era a él a quien se dirigían tan singulares reproches. Luego, cuando ya no le cupo la más mínima duda, frunció ligeramente el ceño y, por último y tras larga pausa, le respondió con indecible acento de ironía y desprecio:

—No hablo con vos, caballero.

—Pues yo sí con vos —replicó el mozo, exasperado ante aquel compuesto de insolencia y de buenos modales, de decoro y de desdén.

El desconocido lo miró todavía un instante con su ligera sonrisa, después se retiró de la ventana y salió pausadamente del mesón hasta detenerse a dos pasos de D'Artagnan, delante del rocín, acrecentando con su ademán tranquilo y su fisonomía burlona la risa de sus interlocutores, que no se habían movido de la ventana.

D'Artagnan, al ver venir al hidalgo, sacó cosa de un palmo su espada de la vaina.

—Este caballo es indubitablemente, o más bien ha sido en su juventud, botón de oro, color muy común en botánica, pero rarísimo en los caballos —profirió el desconocido, y continuó sus investigaciones, dirigiéndose a sus oyentes de la ventana y, al parecer, sin notar lo más mínimo la exasperación de D'Artagnan que, sin embargo, estaba entre uno y otros.

—Puede que el que se ríe del caballo no se atrevería a hacerlo de su dueño —exclamó fuera de sí el émulo de Tréville.

—No acostumbro a reírme, caballero —repuso el desconocido—, como podéis ver con vuestros propios ojos con solo mirar mi cara; sin embargo, quiero conservar el privilegio de reírme cuando que se me antoje.

—Pues yo no consiento que persona alguna se ría cuando a mí no me place —exclamó el mozo.

—¿De veras, caballero? —continuó el desconocido con mayor tranquilidad que hasta entonces—. Bien mirado, tenéis razón.

Dichas estas palabras, el hidalgo hizo ademán de meterse otra vez en el mesón por la puerta grande, bajo la cual D'Artagnan, al llegar, había visto un caballo ensillado. Pero el mozo no era de condición para dejar que se marchara de tal suerte

un hombre que había llevado su insolencia hasta el extremo de burlarse de él. Así es que, desenvainando su espada, se echó tras el hidalgo gritando desaforadamente:

—Volved el rostro, señor burlón, u os ensarto por la espalda.

—¡A mí! —profirió el hidalgo, volviéndose, y miró al mozo con tanta sorpresa como desprecio—. ¡Bah!, estáis loco. —Luego, a media voz, y como hablando consigo mismo, añadió—: Vaya con el inoportuno, sería un precioso hallazgo para su majestad, que anda por todas partes al husmo de valientes para reclutar sus mosqueteros.

No bien el desconocido hubo formulado este soliloquio, cuando D'Artagnan le tiró tan furiosa estocada que de seguro hubieran acabado allí sus burlas si no hubiera retrocedido con rapidez. El agredido, al ver que la broma degeneraba en veras, desenvainó su espada, saludó a su adversario y se puso en guardia con toda gravedad; pero en ese mismo instante sus dos oyentes y el mesonero se abalanzaron sobre D'Artagnan y con garrotes, palas y tenazas le molieron el cuerpo. Esta diversión fue tan rápida y completa que el adversario del mozo, al ver que este se volvía para hacer frente al nublado que le descargaba encima, envainó de nuevo con la misma seriedad, y de actor que estuvo a punto de ser, se convirtió en espectador del combate, papel que desempeñó con su impasibilidad acostumbrada, pero no sin dejar de proferir:

—¡Mal hayan los gascones! Venga, subidlo otra vez sobre su caballo naranja y que se vaya.

—No sin antes haber acabado contigo, cobarde —exclamó D'Artagnan, defendiéndose como Dios le daba a entender y sin cejar un paso de sus tres adversarios que le molían como cibera.

—Otra gasconada —repuso el desconocido—. Esos gascones son incorregibles. Puesto que se empeña, que siga la danza; cuando esté cansado ya avisará. —Pero el desconocido no sabía aún con qué testarudo se las había; D'Artagnan no era de los que dan su brazo a torcer. La lucha, pues, continuó todavía algunos segundos hasta que el mozo, agotadas las fuerzas, soltó su espada, rota en dos mitades de un garrotazo y, casi simultáneamente, dio consigo en tierra, medio desmayado y cubierto de sangre, de resultas de otro garrotazo que le partió la frente.

Este fue el instante en que los vecinos de Meung acudieron al teatro de la lucha.

El mesonero, temeroso del escándalo, con ayuda de sus criados trasladó a la cocina al maltrecho mozo, que fue objeto de algunos de los cuidados que el caso requería.

Respecto al hidalgo, se había ido a ocupar su sitio en la ventana y miraba con mal reprimido enojo a la muchedumbre, cuya presencia en aquel sitio parecía causarle gran contrariedad.

—¿Cómo sigue ese poseso? —preguntó el hidalgo, volviéndose al ruido que produjo la puerta al abrirse y dirigiéndose al mesonero, que venía para informarse de su salud.

—¿Estáis sano y salvo, excelentísimo señor? —preguntó el recién llegado.

—Del todo, mi querido mesonero —respondió el interpelado—; pero decidme, os repito, ¿qué es del mocito ese?

—Está mejor —dijo el dueño del mesón—; ha perdido los sentidos por completo.

—¿De veras?

—Sí, señor; pero antes ha hecho un colosal esfuerzo para llamaros y retaros.

—¡Diantre! ¿Si será el diablo en persona ese atrevido? —exclamó el desconocido.

—No, señor, no es el diablo —repuso el mesonero, haciendo una mueca de desdén—, porque durante su desmayo lo hemos registrado y no lleva más que una camisa en su hatillo y doce escudos en su bolsa, lo cual no ha sido óbice para que, al desmayarse, haya dicho que si lo que le ha pasado aquí le hubiese pasado en París, os arrepentiríais luego, pero que ya os arrepentiréis con el tiempo.

—Esto quiere decir que es un príncipe real disfrazado —profirió con flema el hidalgo.

—Os digo eso, señor —continuó el mesonero—, para que viváis prevenido.

—¿Y en su arrebato no ha pronunciado el nombre de persona alguna?

—Sí, señor; golpeándose la faltriquera, ha dicho: veremos cómo tomará m. de Tréville el agravio inferido a su protegido.

—¿M. de Tréville? —profirió el hidalgo, poniéndose imaginativo—. ¿Ese mozo se golpeaba la faltriquera pronunciando el nombre de m. de Tréville? ¿Y qué llevaba en la faltriquera? No me digáis que no lo sabéis, porque no os creería; vos habéis metido mano en ella, aprovechándoos de las circunstancias.

—Llevaba una carta dirigida a m. de Tréville, capitán de los mosqueteros.

—¿De veras?

—Como tengo la honra de decíroslo, excelentísimo señor. El mesonero, que no brillaba por su perspicacia, no reparó en la expresión que sus palabras habían impreso en la fisonomía del desconocido, el cual se quitó de la ventana, en cuyo alféizar había tenido apoyado un codo hasta entonces, y frunció el entrecejo como quien no las tiene todas consigo.

—¡Diantre! —dijo para sí el hidalgo—. ¿Tréville me habrá enviado a ese gascón? ¡Bah! Es muy joven. Sin embargo, una estocada es una estocada, sea quien fuere el que la da, y uno recela menos de un muchacho que de un hombre. A las veces basta un obstáculo insignificante para oponerse a un gran designio.

Y por espacio de algunos minutos, el desconocido se entregó a meditación profunda. Luego dijo al mesonero:

—Vamos a ver, ¿no me libraréis de ese frenético? En conciencia no puedo matarle y, sin embargo —añadió con ademán de fría amenaza—, me contraría. ¿Dónde está?

—En el cuarto de mi mujer, en el primer piso, donde lo están curando.

—¿Trae consigo su equipaje y su talego? ¿Lleva todavía el jubón?

—Al contrario, todo está abajo, en la cocina. Mas ya que ese loco os contraría…

—Y mucho. Ved el escándalo que ha provocado en vuestro mesón; no hay persona decente que lo resista. Subíos a vuestro aposento, hacedme la cuenta y de paso advertid a mi lacayo.

—¡Cómo! ¿Ya os vais, señor?

—Lo sabe de sobra, puesto que os he dado orden de ensillar mi caballo, no podéis alegar ignorancia sobre el particular. ¿Acaso no se me ha obedecido?

—Vuestra excelencia sabe que sí, pues bajo la puerta grande ha visto su caballo completamente aparejado para partir.

—Está bien, entonces cumplid lo que os he dicho.

—¡Vaya! ¿Será que le da miedo el mocito? —dijo para sí el mesonero.

Pero atajado este por una mirada imperativa del desconocido, saludó con humildad y se fue.

—Es preciso que ese bellaco no vea a milady —continuó el hidalgo—, debe de estar a punto de llegar, ya lleva retraso. Decididamente, vale más que monte a caballo y salga a su encuentro… Si por lo menos pudiese yo saber lo que reza la carta que lleva ese tunante para Tréville…

Y hablando entre dientes, el desconocido se encaminó a la cocina.

Entre tanto, el mesonero, que estaba plenamente convencido de que la presencia de D'Artagnan era la causa que ahuyentaba al desconocido de su mesón, subió al cuarto de su mujer y, habiendo encontrado al mozo completamente recobrado, aprovechó la coyuntura para instarle, no obstante su endeblez, a que se levantara y prosiguiera su camino haciéndole patente, de paso, que la policía podía darle un disgusto por haberse atrevido a buscar quimera a un gran señor, que tal no podía dejar de ser el desconocido a los ojos del mesonero. D'Artagnan, medio aturdido, sin jubón y con la cabeza bizmada, se levantó, pues, y empujado por el mesonero, empezó a descender la escalera. Al llegar a la cocina, lo primero que vio fue a su provocador, que, en pie al estribo de una pesada carroza a la que estaban enganchando dos corpulentos caballos normandos, hablaba con la mayor tranquilidad del mundo.

La interlocutora del hidalgo, mujer de veinte a veintidós años, estaba asomada a la portezuela.

D'Artagnan, que, como ya hemos dicho, abarcaba con gran rapidez de investigación una fisonomía a la primera mirada, vio que aquella mujer era joven y hermosa, y esa hermosura le impresionó tanto más hondamente, cuanto era de todo

en todo distinta de las que él estaba acostumbrado a ver en las tierras meridionales en que hasta entonces habitara. Aquella mujer, que conversaba con mucha viveza con el desconocido, era pálida y rubia, y tenía abundosa cabellera que se le desparramaba por los hombros cual cascada de rizos, grandes ojos garzos y de mirar apasionado, labios de rosa y manos de alabastro.

—Así pues —decía la dama—, su eminencia me ordena…

—Que ahora mismo os volváis a Inglaterra y me escribáis directamente si el duque sale de Londres.

—¿Y respecto de las demás instrucciones? —preguntó la hermosa viajera.

—Las hallaréis en este cofrecito que no abriréis hasta vuestra llegada al otro lado de la Mancha.

—Muy bien; y vos, ¿qué hacéis?

—Me vuelvo a París.

—¿Sin castigar a ese rapaz insolente? —preguntó la dama. El desconocido iba a responder; pero en el instante en que abría la boca, D'Artagnan, que todo lo había oído, salió furiosamente de la cocina diciendo a grandes voces:

—Quien castiga a los demás es el rapaz insolente, y ahora espero que no se le escapará como la vez primera aquel a quien debe castigar.

—¿Que no se le escapará? —repuso el desconocido, frunciendo las cejas.

—No, porque presumo que en presencia de una dama no os atreveréis a huir.

—Pensad que el más pequeño retardo puede echarlo todo a perder —exclamó la dama al ver que el hidalgo requería la espada.

—Tenéis razón —profirió el desconocido—; idos pues por vuestro lado, yo parto por el mío.

Y saludando a la dama con la cabeza, el hidalgo se subió sobre su caballo mientras el cochero de aquella fustigaba a los de la carroza.

Los dos interlocutores partieron, pues, al galope y se alejaron en direcciones opuestas.

—¡Eh! ¿Y mi dinero? —vociferó el dueño del mesón, trocando en profundo desdén el afecto que sintiera por el desconocido, al ver que este se marchaba sin satisfacer el gasto.

—Paga, bergante —dijo el viajero, sin dejar de galopar, a su lacayo, que arrojó dos o tres monedas de plata a los pies del mesonero y echó al galope tras su amo.

—¡Cobarde, miserable, hidalgo de pega! —exclamó D'Artagnan, echándose a su vez tras el lacayo.

Mas el herido estaba aún demasiado endeble para soportar tal sacudimiento; así es que apenas hubo avanzado diez pasos, cuando le zumbaron los oídos, se le turbó la mente, perdió de vista el mundo y dio con su cuerpo en medio de la calle, gritando aún:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

—Realmente lo es, y mucho —dijo el mesonero, acercándose a D'Artagnan, procurando con esta lisonja congraciarse con el mozo, como la garza de la fábula con el caracol.

—Sí, muy cobarde; pero ella es un portento de hermosura —murmuró D'Artagnan.

—¿Quién es ella? —preguntó el mesonero.

—Milady —balbuceó el mozo, desmayándose otra vez.

—Lo mismo da —dijo para sí el mesonero—; he perdido dos, pero me queda este, a quien estoy seguro de conservar por lo menos por algunos días, lo cual equivale a una ganancia de once escudos.

Recuerde el lector que esta era precisamente la cantidad de dinero que quedaba en la bolsa de D'Artagnan.

El mesonero había calculado once días de enfermedad a razón de un escudo por día; pero no había contado con el mozo. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, D'Artagnan se levantó, bajó a la cocina, pidió, amén de otros ingredientes cuya lista no ha llegado a nuestras manos, vino, aceite y romero, y con la receta de su madre en la mano, compuso un bálsamo con que se untó sus heridas, que no eran pocas, y renovó sus apósitos él mismo, pues no quiso que médico alguno lo cuidara. Gracias sin duda a la eficacia del bálsamo de Bohemia y quizá también gracias a la ausencia de médico, D'Artagnan se encontró tal cual aquella tarde misma y casi curado del todo al día siguiente.

Mas en el instante de pagar el romero, el aceite y el vino, único gasto del amo que había guardado la más rigurosa dieta, y el pienso del caballo amarillo que, por lo menos al decir del mesonero, comiera tres veces más de lo que buenamente podía sospecharse de su talla, D'Artagnan no encontró en su faltriquera más que su pequeña bolsa de terciopelo raído, así como los once escudos en ella contenidos; pero en cuanto a la carta dirigida a m. de Tréville, volavérunt.

El mozo empezó a buscar con gran paciencia la consabida carta, registró una y otra vez sus faltriqueras y bolsillos, los volvió del revés, escudriñó y volvió a escudriñar su talego, abrió y cerró su bolsa para de nuevo abrirla y cerrarla. Pero cuando tuvo el convencimiento de que la carta había desaparecido, le dio por tercera vez un arrebato de coraje que por poco le ocasiona un nuevo gasto de vino y aceite aromatizados al mesonero, el cual, al ver que el mozo se atufaba y amenazaba con no dejar en el mesón títere con cabeza si la carta no aparecía, se había ya pertrechado de un chuzo, su mujer de un mango de escoba y los criados de las mismas varas que usaron la antevíspera.

—¡Mi carta de recomendación! —vociferaba D'Artagnan—. ¡Mi carta de recomendación! O por Dios vivo que os espeto a todos como hortelanos.

Por desgracia, una circunstancia se oponía a que el mozo cumpliese sus amenazas, y era que como hemos dicho, en su primera refriega su espada se rompió en dos pedazos. Resultó, pues, que cuando D'Artagnan quiso efectivamente tirar de su acero, se encontró solamente armado de un trozo de espada no más largo de ocho a diez pulgadas, que el mesonero había metido cuidadosamente en la vaina después de hurtar el resto de la hoja para labrar con él un asador.

Sin embargo, es probable que tal decepción no hubiese detenido al fogoso joven si el mesonero, que consideró que la reclamación que se le hacía era por demás justa, no hubiese depuesto su chuzo y preguntado:

—En definitiva, ¿dónde está esa carta?

—Eso pregunto yo —exclamó D'Artagnan—. Ante todo os advierto que la carta esa va dirigida a m. de Tréville y es preciso de todo punto que se dé con ella; y si no aparece, él sabrá de sobra hacer que aparezca.

Esta amenaza acabó de intimidar al mesonero; y es que después del rey y del cardenal, quizá no había mortal cuyo nombre fuese, como el de Tréville, más frecuentemente repetido por los militares y aun por los paisanos. Cierto es que también estaba el padre Joseph, pero el nombre de este no era nunca pronunciado sino en voz queda a causa del grandísimo terror que inspiraba la eminencia gris, como llamaban al familiar del cardenal.

El mesonero, pues, arrojó el chuzo y, después de ordenar a su mujer y a sus criados que hicieran respectivamente lo mismo con su mango de escoba y con sus estacas, fue el primero en dar ejemplo al ponerse en busca de la carta extraviada.

—¿Contenía algo precioso la carta esa? —preguntó el mesonero tras un instante de investigaciones infructuosas.

—¡Sandis! ¡Ya lo creo! —exclamó el gascón, que tenía puesta toda su esperanza en la carta para presentarse en la corte—. Contenía mi fortuna.

—¿Bonos españoles? —preguntó con inquietud el mesonero.

—Bonos de la tesorería particular de su majestad —respondió D'Artagnan, que esperaba, gracias a aquella recomendación, ingresar en el servicio del rey y creía poder dar, sin mentir, una respuesta que tenía algo de aventurada.

—¡Diantre! —profirió el mesonero, ya verdaderamente disgustado.

—Pero no importa —continuó D'Artagnan con la impasibilidad de los de su tierra—; el dinero tanto me da, para mí lo primordial era la carta. Hubiera preferido perder mil doblones de oro.

No hubiese arriesgado más el mozo con decir veinte mil, pero cierto pudor juvenil le retuvo.

De improviso, pasó una ráfaga de luz por el cerebro del mesonero que, al ver que no encontraba la consabida carta, se daba a todos los diablos.

—La carta esa no está perdida —exclamó el buen hombre.

—¿Decís? —repuso D'Artagnan.

—Que la carta no está perdida; os la han robado.

—¡Robado! ¿Y quién?

—El hidalgo de ayer. Sí, recuerdo que bajó a la cocina, donde estaba vuestro jubón, y en ella permaneció solo. Apostaría que es él quien os la ha robado.

—¿Lo creéis así? —profirió D'Artagnan, poco convencido, porque sabía mejor que nadie la importancia personal de la carta y nada velaba en ella que pudiese despertar la codicia.

La verdad es que a ninguno de los criados ni de los viajeros presentes les hubiera reportado provecho la posesión de aquel papel.

—¿Conque vos sospecháis de aquel impertinente hidalgo? —prosiguió D'Artagnan.

—No me limito a la sospecha, tengo la seguridad de que es él quien os ha quitado la carta. Cuando le dije que vuestra señoría era el protegido de m. de Tréville y que teníais en vuestro poder una carta para aquel ilustre personaje, se puso imaginativo y me preguntó dónde estaba la susodicha carta. Se lo dije y al punto bajó a la cocina, en la que sabía que estaba vuestro jubón.

—Entonces él es quien me ha robado —repuso D'Artagnan—; me quejaré a m. de Tréville, el cual a su vez elevará mi queja al rey.

Tras estas palabras, el mozo sacó con gran prosopopeya dos escudos de su faltriquera, los dio al mesonero, que le acompañó sombrero en mano hasta la puerta, y se subió de nuevo sobre su caballo amarillo, que sin más contratiempo le condujo hasta la puerta de Saint Antoine de París, donde su dueño lo vendió por tres escudos, cantidad muy exorbitante si se tiene en consideración que D'Artagnan lo había casi reventado durante la última etapa. Y, además, el chalán que lo adquiriera no ocultó al joven que si por el jaco aquel acababa de dar tal fortuna era debido a la originalidad de su pelaje.

D'Artagnan entró pues en París a pie, con su hatillo sobarcado, y anduvo hasta que encontró alojamiento en consonancia con la exigüidad de su caudal.

El alojamiento aquel era una como buhardilla situada en la rue des Fossoyeurs, contigua al Luxembourg.

Una vez hubo dado las arras, D'Artagnan tomó posesión de su alojamiento y pasó el resto del día en coser a su jubón y a sus calzas unos trozos de pasamanería que a hurtadillas recibiera de su madre, que los había arrancado de un jubón casi nuevo de su marido. Luego se encaminó al quai de la Ferraille para que echaran una nueva hoja a su espada y después se dirigió al Louvre para informarse por boca del primer mosquetero con quien topara dónde estaba el palacio de m. de Tréville. Precisamente el capitán de los mosqueteros vivía en la rue du Vieux Colombier, es

decir, en las cercanías de la habitación alquilada por D'Artagnan: circunstancia que a este le pareció de feliz agüero para el buen éxito de su viaje.

Después, y satisfecho de su conducta en Meung, sin remordimientos, confiando en lo presente y henchido de esperanzas, se acostó y se durmió como duermen los valientes.

Aquel sueño, todavía provinciano, le condujo hasta las nueve de la mañana siguiente, hora a la que se levantó para encaminarse a casa del famoso m. de Tréville, tercer personaje del reino según la opinión paterna.

II

LA ANTESALA DE M. DE TRÉVILLE

M. de Troisville, como se llamaba aún su familia en Gascuña, o m. de Tréville, como este acabó por apellidarse a sí mismo en París, efectivamente había empezado como D'Artagnan, es decir, sin un ardite, pero con el caudal de audacia, ingenio y talento que hace que el más pobre hidalguillo gascón reciba con frecuencia de sus esperanzas más de la herencia paterna que el más encopetado hidalgo del Périgord o del Berry recibe en realidad. Su extraordinario brío, su fortuna más extraordinaria aun en un tiempo en el que las estocadas llovían como granizo, lo habían encaramado a la cumbre de la escala dificultosa que llaman la privanza de la corte, y de la que él había subido de cuatro en cuatro los escalones.

Tréville era el amigo del rey, el cual, como es sabido, honraba grandemente la memoria de su progenitor Enrique IV. El padre de m. de Tréville había servido a aquel con tanta fidelidad en sus guerras contra la Liga, que a falta de dinero contante y sonante —de que anduvo toda su vida escaso el bearnés, el cual pagó constantemente sus deudas con lo único que nunca necesitó pedir prestado, es decir, con su ingenio—, le autorizó, después de la rendición de París, para que tomara por escudo de armas un león de oro sobre gules con esta divisa: fidelis et fortis; dicho escudo era mucho por lo que atañe a la honra pero nada por lo que se refiere al bienestar. Así es que cuando el ilustre compañero del gran Enrique murió, por toda herencia legó a su hijo su espada y su divisa. Gracias a este doble legado y al nombre sin mancilla que lo acompañaba, m. de Tréville fue admitido en la casa del joven príncipe, donde sirvió tan bien con su espada y fue tan fiel a su divisa, que Luis XIII, uno de los más consumados espadachines del reino, solía decir: si yo tuviera amigo a punto de batirse, le aconsejaría que me tomase por padrino a mí o a Tréville, y tal vez a éste con preferencia.

Luis XIII sentía por Tréville verdadero apego, apego real y egoísta, eso sí, pero que no dejaba de ser apego. Y es que en aquellos desventurados tiempos todos ponían su conato en rodearse de hombres del temple de Tréville. Muchos eran los que podían tomar por divisa el epíteto fuerte, que formaba la segunda mitad del exergo; pero pocos nobles estaban en potencia de reclamar el epíteto fiel, que formaba la primera. Tréville pertenecía a estos últimos; era una de esas naturalezas escasas, de inteligencia obediente como la de un dogo, de intrepidez temeraria, de

mirada certera y de mano pronta. A Tréville Dios le había dado ojos solo para ver si el rey estaba descontento de alguno, y manos para castigar al molesto, se llamara este Besme, Maurevers, Poltrot de Meré, Vitry o tuviera cualquier otro nombre. Hasta entonces, a Tréville solo le había faltado la ocasión; pero la acechaba, y en su corazón había jurado asirla de sus tres cabellos si se le ponía al alcance de la mano. Luis XIII, pues, nombró a Tréville capitán de sus mosqueteros, los cuales eran para con el rey, por su devoción o más bien por su fanatismo, lo que para Enrique III sus familiares y para Luis XI su guardia escocesa.

Por su parte y respecto del particular, el cardenal no le iba en zaga al soberano. Al ver el escogido personal con el que Luis XIII se rodeaba, aquel segundo, o hablando con más propiedad, aquel primer rey de Francia quiso también tener su guardia. Así pues tuvo mosqueteros, como Luis XIII tenía los suyos, y se vio a cada una de aquellas dos potencias rivales reclutar para su servicio personal, en todas las provincias de Francia y aun en todos los estados extranjeros, los más célebres espadachines. De ahí que Richelieu y Luis XIII contendieran a menudo, al jugar por la noche al ajedrez, sobre los merecimientos de sus respectivos servidores. Cada uno ensalzaba por su lado la gentileza y el valor de los suyos; y aunque públicamente condenaban los duelos y las riñas, a socapa azuzaban a aquellos y se entristecían hondamente con su derrota o sentían una alegría inmoderada con su victoria. Por lo menos así lo rezan las memorias de un hombre que concurrió a algunas de aquellas derrotas y a muchas de aquellas victorias.

Tréville había tomado al rey por su lado flaco, y a esta maña debió el largo y constante favor de un monarca que tiene fama de no haber sido muy fiel a sus amistades. Hacía maniobrar a sus mosqueteros en las barbas del cardenal Armand du Plessis con un ademán burlón que erizaba de cólera los entrecanos bigotes de su eminencia. Tréville entendía a las mil maravillas la guerra de aquel tiempo, en que, cuando uno no vivía a expensas del enemigo, lo hacía a costa de sus paisanos: sus soldados formaban una legión de diablos sueltos que, aparte de a él, no obedecían a rey ni roque.

Desaliñados, borrachos, deslenguados, los mosqueteros del rey, o más bien dicho los de m. de Tréville, se desparramaban por figones, paseos y sitios públicos, alborotando y atusándose los mostachos, haciendo sonar sus espadas y complaciéndose en topar con los guardias del cardenal cuando con ellos se encontraban; y como si esto fuese poco, por un quítame allá esas pajas tiraban de su acero vomitando al mismo tiempo mil chuscadas. Si alguno de ellos sucumbía, estaba seguro de ser llorado y vengado; si mataba, que era lo que con más frecuencia acontecía, le cabía la certeza de no pudrirse en la cárcel, pues allí estaba m. de Tréville para reclamarlo. No hay que decir pues si el capitán de los mosqueteros era adorado y ensalzado por sus subalternos, que no obstante ser todos ellos hombres

de la vida airada, temblaban ante él como escolares ante su maestro, le obedecían sin chistar y estaban prontos a sacrificar su vida para lavar la más leve afrenta.

M. de Tréville había aprovechado aquella poderosa palanca, ante todo en favor del rey y de los amigos de este, y luego en beneficio propio y de sus amigos. Por lo demás, en ninguna de las memorias de aquel tiempo, que ha dejado tantas, aparece que aquel cumplido caballero hubiese sido acusado, ni aun por sus enemigos, que los tenía, así entre los hombres de pluma como entre los que ceñían espada; en ninguna parte, decimos, aparece que aquel cumplido caballero hubiese sido acusado de hacerse pagar la cooperación de sus secuaces. No obstante ser intrigante como el que más, supo conservarse digno. Es más, a pesar de la derrengadura que en sí llevan el continuo manejo de la espada y la fatiga inherente a los ejercicios penosos, fue galanteador bizarrísimo, pisaverde elegante y uno de los más sutiles culteranos de su tiempo; se hablaba de los amoríos de Tréville, como veinte años antes se hablara de los de Bassompierre, que no es poco decir. El capitán de los mosqueteros era, pues, admirado, temido y estimado, lo cual constituye el súmmum de la grandeza humana.

Luis XIV ofuscó con su fúlgido brillo todos los astros secundarios de su corte; pero su padre, sol pluribus impar, dejó su esplendor personal a cada uno de sus favoritos y no cercenó el valor individual de sus cortesanos. Aparte la del rey y la del cardenal, había a la sazón, en París, más de doscientas ceremonias llamadas lever du roi, entre ellas la de Tréville, que era una de las más concurridas.

Desde las seis de la mañana en verano y desde las ocho en invierno, el patio del palacio de Tréville parecía un campamento. Cincuenta o sesenta mosqueteros, que al parecer allí se congregaban para presentar un número siempre imponente, se paseaban sin cesar por él, armados de punta en blanco y preparados a todo evento. A lo largo de una de aquellas grandiosas escaleras que ocupaban tanto sitio como hoy ocupa una casa de mediana capacidad, subían y bajaban los pretendientes parisienses que corrían en pos de una merced, los hidalgos de provincias ávidos de ser alistados y los lacayos vestidos de colorines, portadores de los mensajes de sus amos para m. de Tréville. En la antesala y en los largos bancos, estaban sentados los elegidos, es decir, los que habían sido convocados. Desde la mañana hasta la noche reinaba allí un zumbido continuo, mientras el capitán de los mosqueteros, en su gabinete, contiguo a la antesala, recibía las visitas, escuchaba las quejas, daba órdenes y, como el rey en el Louvre, podía pasar revista de hombres y de armas con solo asomarse a la ventana.

El día en que D'Artagnan se presentó, la gente reunida en la antesala de m. de Tréville formaba un núcleo imponente, sobre todo para un provinciano recién venido de su tierra. Cierto es que el provinciano aquel era gascón y que, particularmente en aquellos tiempos, los paisanos de D'Artagnan tenían fama de no dejarse poner la ceniza en la frente. En efecto, una vez traspuesta la maciza puerta, reforzada con

largos clavos de cabeza cuadrangular, se hallaba uno en medio de una tropa de hombres armados que se cruzaban en el patio, interpelándose, denostándose o jugando entre sí. Para abrirse paso entre aquel revuelto oleaje, hubiera sido preciso ser oficial, gran señor o mujer hermosa.

A través de aquella infernal batahola y de aquel desorden avanzó, pues, nuestro mozo con el corazón palpitante, ajustando la larga espada a sus delgadas piernas y con la mano en la orilla de su sombrero, mientras fruncía los labios con la media sonrisa del provincial corrido que se esfuerza en aparentar presencia de ánimo. Cuando dejaba un grupo tras sí, D'Artagnan respiraba con más libertad, pero comprendía que los que a su espalda quedaban se volvían para mirarle, y por vez primera en su vida se halló ridículo, él, que hasta entonces tan bien opinara de sí mismo.

En la escalera las dificultades subieron de punto: en los primeros peldaños había cuatro mosqueteros que se estaban divirtiendo en el ejercicio siguiente, mientras otros diez o doce aguardaban, en el rellano, que les tocara su vez en el partido.

Uno de ellos, colocado en el escalón superior, espada en mano impedía, o por lo menos se esforzaba en impedir, a los otros tres que subieran, a pesar de la destreza con que estos esgrimían sus aceros.

De buenas a primeras, D'Artagnan creyó que las armas que usaban los cuatro mosqueteros eran floretes embotados, pero a no tardar y a vista de ciertos rasguños notó que, por el contrario, eran espadas afiladas y aguzadas.

Cada vez que uno de los contendientes recibía un arañazo, no solamente los espectadores, mas también los actores, se echaban a reír desaforadamente.

El mosquetero que en aquel instante ocupaba el escalón superior mantenía maravillosamente a raya a sus adversarios.

Los espectadores formaban rueda en torno de los combatientes.

La condición del juego era que el herido abandonaría el partido perdiendo su turno de audiencia en provecho del heridor. En el espacio de cinco minutos, el defensor del peldaño, que no recibió lesión alguna, consiguió rozar a tres: uno en la muñeca, otro en la barbilla, y en la oreja el tercero; esta destreza le valió, según lo pactado, tres turnos.

Aunque no fuera difícil, dado que quería ser asombrado, aquel pasatiempo llenó de asombro a nuestro joven viajero; en su tierra, donde sin embargo se amostazan tan pronto los hombres, había visto que se usaban algunos preliminares más en los duelos; así es que la gasconada de los cuatro mosqueteros le pareció muy superior a cuantas oyera referir hasta entonces, aun en Gascuña.

D'Artagnan se creyó transportado a la famosa tierra de los gigantes a donde fue a parar Gulliver y en la que este pasó tantísimo miedo; y, sin embargo, quedaba todavía el rabo por desollar; le faltaba atravesar el rellano y entrar en la antesala.

En el rellano, en lugar de batirse, los congregados contaban aventuras de mujeres y, en la antesala, los concurrentes referían historias de corte. En el rellano, D'Artagnan se abochornó; en la antesala, sintió calambres. Su imaginación viva y vagabunda, que en Gascuña le hacía temible a las jóvenes camareras y en ocasiones a las jóvenes señoras, nunca había soñado, ni en los momentos de delirio, la mitad de aquellas maravillas amorosas, ni la cuarta parte de aquellas proezas galantes en las que figuraban los nombres más conocidos y de las que se daban los más desembozados pormenores. Pero si en el rellano se sintió herido en su amor por las buenas costumbres, en la antesala quedó escandalizado su respeto por el cardenal. Allí oyó con asombro criticar en alta voz la política que tenía estremecida a Europa y la vida privada del cardenal, que a tantos y tan altos y poderosos señores había costado rigurosos castigos el haber intentado profundizarla. Aquel gran hombre, reverenciado por el padre de D'Artagnan, servía de befa a los mosqueteros de m. de Tréville, que se burlaban de sus piernas zambas y de su joroba. Unos entonaban coplas satirizando a mm. D'Aiguillon, su amante, y a mm. Combalet, su sobrina; otros proyectaban jugarretas contra los pajes y los guardias del cardenal-duque: todo lo cual le parecía a D'Artagnan la mayor de las monstruosidades.

Con todo eso, cuando de improviso sonaba el nombre del rey entre aquel chorro de pullas dirigidas al cardenal, todas las bocas se callaban momentáneamente, como tapadas por una mordaza. Aquellos hombres miraban con vacilación a su alrededor, y parecía que temiesen la indiscreción del tabique que les separaba del gabinete de m. de Tréville; mas al poco tiempo una alusión hacía recaer de nuevo la conversación sobre su eminencia, y empezaban otra vez las carcajadas, y se sacaban sin reparo a colación todos sus actos.

—No hay escapatoria para ellos —dijo para sí D'Artagnan aterrorizado—; todos, todos van a ir a parar a la cárcel, y de la cárcel a la horca, y yo con ellos, porque habiéndoles oído y escuchado, me tendrán por cómplice suyo. ¿Qué diría mi padre, que con tan vivas instancias me recomendó que guardara el mayor respeto al cardenal, si supiese que me hallo entre tales herejes?

Por otra parte, y el lector lo creerá sin que yo lo jure, D'Artagnan no acertaba a sustraerse a aquellas conversaciones; al contrario, se hacía ojos y oídos, aplicaba todas sus fuerzas para no perder ni un ademán ni una sílaba y, a pesar de su confianza en las recomendaciones paternas, se sentía arrastrado por sus gustos y sus inclinaciones, a ensalzar más bien que a condenar las cosas inusitadas que allí pasaban.

No obstante, como él era absolutamente extraño a la muchedumbre de cortesanos de Tréville y, además, era aquella la primera vez que le veían en semejante lugar, se le acercó un ayuda de cámara para preguntarle qué se le ofrecía. D'Artagnan se presentó con toda humildad, invocando, de paso, su calidad de paisano para

conseguir una audiencia con m. de Tréville, lo que con tono de protección le prometió cumplir en su tiempo y lugar el ayuda de cámara.

Recobrado un poco de su primera sorpresa, D'Artagnan tuvo, pues, ocasión de estudiar los trajes y las fisonomías.

El centro del grupo más animado lo formaba un mosquetero de elevadísima estatura y presencia altanera, que iba vestido de un modo que llamaba la atención de todos. En aquel momento no llevaba el casacón de uniforme que, por lo demás, no era obligatorio en aquellos tiempos de menos libertad, pero de más independencia, sino un ajustador azul celeste, algo sucio y raído, cruzado por un tahalí magnífico, cuajado de bordaduras de oro, que relucía como el mar cuando le da de lleno el sol. Finalmente, ostentaba con garbo una larga capa de terciopelo carmesí, que solo por delante dejaba al descubierto el riquísimo tahalí, del que pendía una descomunal espada.

Aquel mosquetero acababa de salir de guardia, se quejaba de estar constipado y de tiempo en tiempo tosía con afectación. Por eso se había puesto la capa, según decía, y mientras hablaba desde lo alto de su cabeza, retorciéndose desdeñosamente el bigote, sus oyentes admiraban con entusiasmo el bordado tahalí, y D'Artagnan más que todos.

—¿Qué queréis? —decía el mosquetero—, se ha puesto a la moda; ya sé que es una locura, pero es moda y se acabó. Por otra parte, es justo que uno emplee el dinero de su legítima.

—¡Ah, Porthos! —exclamó uno de los presentes—, no intentes hacernos comulgar con la rueda de molino de que ese tahalí lo debes a la generosidad de tu padre; apuesto dos contra uno que te lo ha regalado la dama tapada con quien te encontré el otro domingo cerca de la porte de Saint-Honoré.

—No, por mi honor y fe de caballero; yo mismo lo he comprado, y con mi propio peculio —repuso el personaje a quien acababan de dar el nombre de Porthos.

—Como yo compré esta bolsa nueva con lo que mi amante puso en la vieja —replicó otro mosquetero.

—Por este puñado de cruces que es verdad lo que digo —profirió Porthos—, y la prueba está en que di por él doce doblones de oro.

Las palabras del gigantón redoblaron el asombro de los circunstantes, pero no borraron la duda que se había levantado en el ánimo de aquellos.

—¿No es verdad, Aramis? —preguntó Porthos, volviéndose hacia otro mosquetero.

El interpelado hacía el mayor contraste con el que acababa de interrogarle: era un mozo entre veintidós y veintitrés años, de rostro cándido y apacible, ojos negros y de mirar suave, y mejillas sonrosadas y aterciopeladas como melocotón en otoño. Su fino bigote trazaba una línea perfecta sobre su labio superior, parecía como temeroso de

bajar las manos para que no se le hincharan las venas, y de vez en cuando se pellizcaba los pulpejos de las orejas para mantenerlas sonrosadas. Por hábito, hablaba poco y pausadamente, prodigaba las cortesías, se reía callandico y mostrando los dientes, que tenía hermosos, y los cuales, como el resto de su persona, al parecer cuidaba minuciosamente.

Aramis contestó con un movimiento de cabeza afirmativo a la interpelación de su amigo.

La afirmación del joven mosquetero pareció desvanecer toda duda respecto del tahalí; así pues, los presentes continuaron admirándolo, pero ya sin hacer de él nueva mención.

—¿Qué os parece lo que cuenta el escudero de Chalais? —preguntó otro mosquetero, dirigiéndose a todos y a ninguno, llevado por una de tantas y rápidas evoluciones del pensamiento y cambiando de tema de improviso.

—¿Y qué cuenta? —preguntó Porthos con suficiencia.

—Que en Bruselas encontró a Rochefort, el instrumento ciego del cardenal, disfrazado de capuchino, y que gracias a ese disfraz había burlado como un tonto a m. de Laigues.

—Como un tonto rematado —dijo Porthos—. Pero ¿es cierto lo que se cuenta?

—Yo lo sé por boca de Aramis —respondió el mosquetero.

—¿De veras? —exclamó Porthos.

—No hagáis el ignorante —repuso Aramis—, a vos mismo os lo conté ayer; de consiguiente, no se hable más de ello.

—¡Cómo que no se hable más de ello! —profirió Porthos—. ¡No se hable más! ¡Diablo! Que rápido concluís. ¡Cómo! ¡El cardenal hace espiar a un caballero, hace robar su correspondencia por un traidor, un bandido, un bigardo; con ayuda de ese espía y gracias a la correspondencia robada hace decapitar a Chalais, bajo el necio pretexto de haberse propuesto matar al rey y casar a la reina con su cuñado! ¡Y queréis vos que no se hable más de ello! No había quien supiese palabra de ese enigma y ayer, y con la mayor satisfacción de todos, nos pusisteis en autos, y cuando todavía estamos aturdidos por tal nueva, hoy nos salís con ¡no se hable más de ello!

—Pues si os empeñáis, volvamos sobre el asunto —dijo Aramis con paciencia.

—Si yo fuese el escudero del infortunado Chalais, lo que es ese Rochefort pasaría un rato muy acerbo —exclamó Porthos.

—Y vos pasaríais un cuarto de hora muy triste con el duque rojo —repuso Aramis.

—¡Ah! ¡El duque rojo! —profirió Porthos, palmoteando y haciendo con la cabeza señales de aprobación—. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡El duque rojo! Buena está la frase, buena, buena. Haré correr la voz, mi querido amigo. ¡Pues no es poco agudo ese Aramis! ¡Qué lástima que no os haya sido posible seguir vuestra vocación! ¡Vaya un cura hubierais hecho!

—No es más que un retraso momentáneo —repuso Aramis—; día llegará en que lo sea; ya sabéis que a este fin continúo estudiando la teología.

—Y a la corta o a la larga hará cual dice —profirió Porthos.

—A la corta —añadió Aramis.

—Para decidirse a descolgar de nuevo la sotana, que está ahorcada detrás de su uniforme, no aguarda más que una cosa —dijo el mosquetero.

—¿Qué? —preguntó otro.

—Que la reina haya dado un heredero a la corona de Francia.

—Vamos, señores, dejémonos de chanzas sobre el particular —dijo Porthos—; a Dios gracias la reina se halla todavía en edad de darlo.

—Dicen que m. de Buckingham está en Francia —repuso Aramis una con risa de zumba que daba a sus palabras, tan sencillas en apariencia, una significación más que medianamente escandalosa.

—Amigo Aramis —interrumpió Porthos—, esta vez no estáis en lo cierto y vuestra manía por mostraros agudo os hace traspasar los justos límites; si m. de Tréville os oyera, os arrepentiríais de haber hablado de tal suerte.

—¿Os proponéis darme una lección? —exclamó Aramis, por cuyos dulces ojos cruzó un relámpago.

—Amigo mío —respondió Porthos—, pase que seáis mosquetero o cura, pero no las dos cosas a un tiempo. El otro día ya os lo dijo Athos: coméis a dos carrillos. Ea, no nos incomodemos, pues sería inútil; ya sabéis el pacto que existe entre vos, Athos y yo. Visitáis a mm. D'Aiguillon y la galanteáis; vais a casa de mm. de Bois-Tracy, la prima de mm. de Chevreuse, y según dicen sois muy bien quisto de la dama. Callaos vuestra dicha, nadie os exige que divulguéis el secreto de vuestra alma, sobre todo sabiendo lo discreto que sois; mas ya que poseéis tal virtud, ¡qué diantre!, usadla para con su majestad. Ocúpese quién quiera y cómo quiera en el rey o en el cardenal; pero la reina es sagrada, y de hablar de ella, hágase en bien.

—Sois presuntuoso cual Narciso —replicó Aramis—; ya sabéis que los sermones me empalagan, menos cuando los da Athos. Respecto a vos, lleváis un tahalí demasiado rico para estar versado en moral. Si me agrada seré cura; entre tanto, soy mosquetero y, como tal, digo lo que me place, y en este instante me place deciros que me estáis probando la paciencia.

—¡Aramis!

—¡Porthos!

—¡Señores! ¡Señores! —profirieron a una los circunstantes.

—M. de Tréville está aguardando a m. D'Artagnan —interrumpió el lacayo, abriendo la puerta del despacho.

Al oír este aviso, durante el cual la puerta quedó de par en par, todos se callaron, y, en medio del más profundo silencio, el joven gascón atravesó la antesala en parte

de su longitud y entró en el despacho del capitán de los mosqueteros, congratulándose en su corazón de que le hubiesen llamado a punto para no presenciar el final de aquella singular contienda.

III

LA AUDIENCIA

Justamente en aquel instante, Tréville estaba de malísimo humor. Sin embargo, saludó con finura al joven, que enarcó el espinazo hasta tocar con la frente el suelo, y se sonrió al oír el cumplido que aquel le dirigiera con acento bearnés que le trajo a la mente su juventud y su tierra; doble recuerdo que hace sonreír al hombre en todas las edades. Pero acercándose casi al punto a la antesala y haciendo con la mano una seña al gascón como para pedirle permiso para despachar a los demás antes de empezar con él, el capitán llamó tres veces, ahuecando cada una de ellas más la voz y recorriendo de esta suerte todos los tonos intermediarios entre el acento imperativo y el acento irritado:

—¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!

Los dos mosqueteros con los cuales hemos trabado ya conocimiento, y que respondían a los dos últimos de los transcritos nombres, se separaron inmediatamente del grupo del que formaban parte y se encaminaron al despacho, cuya puerta se cerró tras ellos no bien la hubieron franqueado. Aunque la compostura de Porthos y de Aramis no revelaba una calma absoluta, su despejo, a la vez digno y sumiso, excitó la admiración de D'Artagnan, para quien aquellos hombres eran semidioses y su capitán, un Júpiter olímpico armado de todos sus rayos.

Cuando hubieron entrado los mosqueteros, y tras ellos se hubo cerrado la puerta, cuando hubo empezado de nuevo el murmullo en la antesala, que el llamamiento había interrumpido y al que sin duda había dado nuevo pábulo y, finalmente, cuando ceñudo y silencioso el capitán de los mosqueteros hubo dado tres o cuatro vueltas por su despacho, pasando cada vez por delante de Porthos y de Aramis, que estaban rígidos y mudos, se detuvo de improviso ante ellos, los midió de pies a cabeza con mirada irritada y dijo con voz de trueno:

—¿Sabéis lo que me dijo anoche el rey, señores?

—No, señor —respondieron, tras un instante de silencio, los dos mosqueteros.

—Sin embargo, espero que nos haréis la merced de decírnoslo —añadió Aramis con la más exquisita finura y haciendo una graciosa reverencia.

—Pues me dijo que en adelante reclutaría sus mosqueteros entre los guardias de m. el cardenal.

—¡Entre los guardias del cardenal! ¿Y por qué? —preguntó Porthos con viveza.

—Porque ve que su aguapié necesita ser remozado con una adición de buen vino.

Un bochorno abrasador encendió los rostros de los dos mosqueteros.

D'Artagnan parecía estar en ascuas; en aquel instante querría haberse hallado siete estados bajo tierra.

—Y su majestad tiene razón —continuó m. de Tréville, animándose—, pues, por mi honor que es cierto que los mosqueteros hacen un papel muy poco lucido en la corte. Ayer el cardenal contaba al joven monarca, con un ademán de pesar que me sentó pésimamente, que anteayer esos réprobos, esos diablos sueltos a los que llaman mosqueteros, y al decir esto recalcaba las palabras con un retintín que me sentó todavía peor, que esos fanfarrones, añadió posando en mí sus ojos de gato-tigre, estaban a deshora en un figón de la rue de Férou, y que una ronda de sus guardias, creí que iba a reírseme en las barbas, se había visto obligada a prender a los perturbadores. ¡Maldita sea! Me da la impresión que vosotros debéis de saber algo sobre el particular. ¡Prender a mosqueteros! Vosotros erais de la partida, no me lo neguéis; os conocieron, y tan es así, que el cardenal os nombró. Yo tengo la culpa, yo, sí, pues yo soy quien elijo a los míos. Vamos a ver, Aramis, ¿por qué me pedisteis el casacón cuando tan bien os hubiera sentado la sotana? ¿Y vos, Porthos, ostentáis este tahalí cuajado de oro solo para suspender de él una espada de cartón? ¿Y Athos? No veo a Athos, ¿dónde está?

—Señor —respondió Aramis con tristeza—, está enfermo, gravemente enfermo.

—¿Gravemente enfermo, decís? ¿Y qué enfermedad padece?

—Se teme que no sea la viruela —profirió Porthos, deseoso de meter también baza en la conversación—, y lo malo sería que, en este caso, al pobre le quedaría estropeado el rostro.

—¡Enfermo de viruela! Esta no cuela. ¡Enfermo de viruela a su edad! ¡Bah! Estará herido, tal vez muerto… ¡Ah! ¡Si yo lo supiera! Por Dios vivo, señores mosqueteros, que no me place poco ni mucho que concurráis las casas públicas, que riñáis en las calles y andéis a pinchazos en las encrucijadas. Y, finalmente, no quiero que seáis el hazmerreír de los guardias de m. el cardenal, hombres valientes, tranquilos, diestros, y que no se dejarían prender, de esto estoy seguro. No, antes que retroceder un paso preferirían morir en el sitio… ¡Echar a correr! ¡Huir! ¡Esto es cosa de los mosqueteros del rey!

Porthos y Aramis temblaban de furia; de buena gana habrían estrangulado a m. de Tréville si no hubiesen adivinado que el móvil de sus palabras no era otro que el grande afecto que les profesaba. Pateaban la alfombra, se mordían los labios hasta arrancarles sangre y oprimían con toda su fuerza los pomos de sus espadas.

Como hemos dicho, en la antesala habían oído llamar a Athos, Porthos y Aramis, y en el tono de la voz de Tréville, adivinado que este estaba irritado de veras. Así es que muchos se habían apoyado a la tapicería para escuchar y palidecían de rabia a

medida que el capitán iba avanzando en su filípica, pues sus oídos pegados a la puerta no se perdían ni una sílaba de lo que se decía, mientras sus bocas repetían las palabras insultantes del capitán a toda la población de la antecámara. En un abrir y cerrar de ojos y desde la puerta del despacho hasta la de la calle toda la casa estuvo en efervescencia.

—¡Conque los mosqueteros del rey se dejan prender por los guardias del cardenal! —continuó m. de Tréville, tan furioso interiormente como sus subalternos, pero recalcando sus palabras y haciéndolas penetrar una a una, y como otros tantos pinchazos de verduguillo, en el pecho de sus oyentes—. ¡Conque seis guardias de su eminencia arrestan a igual número de mosqueteros de su majestad! ¡Por todos los diablos! Ya sé lo que debo hacer. Ahora mismo voy a presentarme en el Louvre para poner en manos del rey mi dimisión como capitán de sus mosqueteros; luego me iré a solicitar al cardenal una tenencia en sus guardias, y si me la niega, me hago cura.

A estas palabras, el murmullo de la sala reventó en votos y blasfemias.

D'Artagnan buscaba un tapiz tras el cual hurtarse, y aun sintió vivos impulsos de colarse bajo la mesa.

—Pues bien, mi capitán —dijo Porthos con arrebato—, la verdad es que éramos tantos a tantos, pero fuimos atacados traidoramente y, antes de que pudiéramos haber desenvainado, ya dos de los nuestros yacían sin vida en el suelo, y Athos quedaba gravemente herido y poco menos que difunto. Vos ya sabéis quién es Athos, mi capitán; el pobre intentó levantarse dos veces y otras tantas dio consigo en tierra. Con todo eso no nos rendimos. ¡No mil veces! Nos arrastraron a la fuerza, y durante el trayecto nos escapamos. En cuanto a Athos, como lo dieron por muerto, lo dejaron en el campo de la lucha, pensando que no valía la pena llevárselo. Esto es lo sucedido. ¡Qué diantre, capitán! No todas las batallas se ganan. El gran Pompeyo perdió la de Farsalia, y el rey Francisco I, que según es fama valía tanto como el que más, fue vencido en Pavie.

—Y yo tengo la honra de deciros que maté a uno con su propia espada —repuso Aramis—, pues la mía se había roto en el primer encuentro. Matado o apuñalado, señor, como más os plazca.

—Ignoraba estos pormenores —profirió Tréville, suavizando un poco la voz—. Por lo que veo el cardenal estuvo muy ponderativo.

—Señor —prosiguió Aramis, alentado por el favorable cambio de su capitán—, por caridad no digáis que Athos está herido, el pobre sentiría vivamente que tal noticia llegase a oídos del rey; y como la herida es gravísima, pues le atraviesa desde la espalda hasta el pecho, sería de temer…

En aquel mismo instante se levantó la cortina de la puerta para dar paso a una figura noble y hermosa, pero horrorosamente pálida.

—¡Athos! —exclamaron los dos mosqueteros.

—¡Athos! —repitió Tréville.

—Según me han manifestado mis compañeros —dijo Athos al capitán con voz débil pero sosegada—, me habéis llamado, y me apresuro a obedecer; ¿qué se os ofrece, m. de Tréville?

Dichas estas palabras, el mosquetero, que vestía por manera irreprochable e iba con la cintura apretada como de costumbre, entró con paso firme en el despacho.

—Estaba diciendo a estos señores —contestó el capitán, conmovido hasta lo más íntimo de su corazón ante aquella prueba de valor, y acercándose con viveza al recién llegado— que prohíbo a mis mosqueteros que expongan su vida sin necesidad, porque el rey quiere de un modo entrañable a los valientes y sabe que sus mosqueteros son los hombres más bravos de la tierra. Dadme la mano, Athos.

Y sin esperar a que este correspondiera a tal prueba de afecto, Tréville le cogió la diestra y se la estrechó con todas sus fuerzas, no advirtiendo que Athos, pese al gran dominio que sobre sí tenía, hacía una contracción de dolor y se volvía aún más pálido, por mucho que esto pudiera haber parecido imposible.

La llegada de Athos, cuya herida era conocida de todos, a pesar del secreto guardado sobre el particular, produjo una sensación profunda; rumores de satisfacción acogieron las últimas palabras del capitán y dos o tres individuos, arrebatados por el entusiasmo, asomaron la cabeza por las aberturas de los tapices.

Indudablemente, m. de Tréville iba a reprimir con voz enérgica tal infracción de las leyes de la etiqueta, cuando sintió de improviso que la mano de Athos se crispaba entre la suya. Entonces miró al mosquetero y vio que este iba a desmayarse. Al mismo instante, Athos, que llamara a sí todas sus fuerzas para luchar contra el dolor, vencido al fin por la naturaleza, cayó en el suelo cuan largo era.

—¡Un cirujano! —gritó Tréville—. ¡El mío, el del rey, el mejor! ¡Un cirujano! O mi valiente Athos va a morirse.

Al oír las voces del capitán, todos los que se hallaban en la antesala entraron en tropel en el despacho y rodearon con solicitud al herido, sin que Tréville hubiese hecho oposición alguna. Pero toda solicitud hubiera sido ineficaz de no haberse encontrado en el edificio mismo el suspirado médico, el cual se abrió paso entre la muchedumbre y se acercó a Athos, que continuaba desmayado, y, como le molestara grandemente tanto ruido y movimiento, lo primero que pidió, y como más urgente, fue que trasladaran al mosquetero a una pieza contigua.

Tréville abrió inmediatamente una puerta y enseñó el camino a Porthos y Aramis, que se llevaron en brazos a su compañero, seguidos del cirujano, y tras ellos se cerró la puerta.

Entonces el despacho del capitán, por lo común tan respetado, se convirtió momentáneamente en una sucursal de la antesala. Todos discurrían, peroraban, hablaban en alta voz, echaban votos y maldecían al cardenal y sus guardias.

Poco después, Porthos y Aramis volvieron a entrar en el despacho, dejando al cirujano y al capitán junto al herido.

Por fin volvió a presentarse Tréville, y por él supieron los circunstantes que Athos se había recobrado y que, según dictamen facultativo, el estado del mosquetero no era para inspirar zozobras a sus amigos, ya que su endeblez obedecía única y exclusivamente a la hemorragia.

Luego el capitán de los mosqueteros hizo una seña con la mano y se retiraron todos, menos D'Artagnan, que no olvidó que estaba de audiencia y que, con la tenacidad del gascón, no se movió del mismo sitio.

Una vez todos estuvieron fuera y la puerta fue cerrada, Tréville se volvió y se encontró a solas con el mozo; y como lo que acababa de pasar le embrollara algo el hilo de sus ideas, preguntó al obstinado solicitante qué quería.

Entonces D'Artagnan se presentó.

—Perdonad —dijo Tréville, que, acordándose de pronto de lo pasado y de lo presente, se puso al tanto de la situación—; perdonad, mi querido paisano, pero os había olvidado por completo. Un capitán es un padre de familia sobre el cual pesa una responsabilidad más abrumadora que la que pesa sobre un padre de familia ordinario. Los soldados son niños grandes; pero como tengo empeño en que las órdenes del rey y mayormente las del cardenal se cumplan…

D'Artagnan no pudo ocultar una sonrisa. Al notarlo, Tréville se dio cuenta que no se las había con un necio. Así es que yéndose en derechura al grano, dio otro rumbo a la conversación, diciendo:

—Vuestro padre me fue muy caro; ¿qué puedo hacer por su hijo? Daos prisa, tengo los instantes contados.

—Señor —respondió D'Artagnan—, al salir de Tarbes para acá me propuse pediros, en recuerdo de esa amistad que no habéis echado al olvido, un casacón de mosquetero; pero después de lo que he visto de dos horas a esta parte, comprendo que tal favor sería inusitado y temo no merecerlo.

—Realmente es un favor, joven —repuso Tréville—; pero quizá no estéis tan distante de merecerlo como creéis o aparentáis creerlo. No obstante, una decisión de su majestad ha previsto el caso; por la misma razón, y por más que me pese el decíroslo, conviene que sepáis que no se recibe a individuo alguno en el cuerpo de mosqueteros antes de la prueba preliminar de varias campañas, de ciertas acciones hazañosas, o de un servicio de dos años en otro regimiento menos favorecido que el nuestro.

D'Artagnan se inclinó sin contestar, pero sintiendo aún con más vehemencia el deseo de vestir el uniforme de mosquetero desde el punto y hora en que para conseguirlo debían vencerse tantas dificultades.

—Mas como quiero complacer a vuestro padre —prosiguió Tréville, fijando en su paisano una mirada tan penetrante que no parecía sino que con ella se hubiese propuesto leer en lo más recóndito de su corazón—, antiguo compañero mío, como ya os he manifestado, haré algo por vos. Los cadetes del Bearn no suelen ser ricos, y me da la impresión que desde que partí de aquella tierra, las cosas han variado poco. De consiguiente, no debe sobraros el dinero que para vivir habéis traído.

D'Artagnan se irguió con altivez significativa de que no pedía limosna a nadie.

—Está bien, caballerito, está bien —continuó Tréville—, ya conozco yo esos ademanes. Yo me vine a París con cuatro doblones en el bolsillo y me habría peleado con quien me hubiese dicho que no me hallaba en estado de comprar el Louvre.

D'Artagnan se irguió más todavía, y es que gracias a la venta de su caballo, empezaba su carrera con cuatro doblones más que con los que Tréville empezara la suya.

—Como os estaba diciendo, pues —prosiguió el capitán—, debéis de tener necesidad de conservar lo que poseéis, por mucho que sea; pero también debéis de tener necesidad de perfeccionaros en los ejercicios propios de un hidalgo. Hoy escribiré una carta al director de la Academia Real y desde mañana os recibirán en ella sin retribución alguna. No os neguéis a aceptar este pequeño obsequio. Los hidalgos más encumbrados y más ricos lo solicitan y a veces no lo consiguen. Allí aprenderéis a montar, la esgrima y la danza; anudaréis buenas amistades, y de cuando en cuando vendréis a verme para decirme a qué altura os halláis y al mismo tiempo para ver si puedo hacer algo en vuestro provecho.

No obstante ser todavía extraño a las costumbres cortesanas, D'Artagnan advirtió la frialdad de aquella acogida; así es que con sentida voz repuso:

—¡Ah!, señor, ¡ahora veo cuánta falta me hace la carta de recomendación que para vos me había dado mi padre!

—En efecto —replicó Tréville—, me admira que hayáis emprendido un viaje tan largo sin ese obligado viático, único recurso de que podemos echar mano los bearneses.

—Lo tenía, señor, y, a Dios gracias, en toda regla, pero me lo robaron pérfidamente —exclamó D'Artagnan.

Y el mozo refirió lo que le había ocurrido en Meung y retrató al desconocido hidalgo hasta el más mínimo detalle con tanto calor y verdad, que Tréville quedó maravillado.

—Es curioso —murmuró el capitán imaginativo—; ¿así pues hablasteis de mí en voz alta?

—Parece que efectivamente cometí esta indiscreción; qué queréis, un nombre como el vuestro debía servirme de broquel durante el camino, y juzgue vuestra merced cuán a menudo me he cubierto con él.

En aquel entonces la lisonja era moneda corriente y a Tréville le gustaba el incienso como a un rey o a un cardenal. Así pues no pudo menos de sonreírse con visible satisfacción, si bien cobró de nuevo y pronto su gravedad.

—Decidme —prosiguió el capitán, volviendo de suyo a la aventura de Meung—, el hidalgo del que me habéis hablado ¿no tenía una ligera cicatriz en la mejilla?

—Sí, como producida por la rozadura de una bala.

—¿Era apuesto?

—Sí, señor.

—¿De elevada estatura?

—También.

—¿Pálido y de cabello castaño?

—Esto es; pero ¿cómo se explica que vuestra merced conozca a ese hombre? ¡Ah!, como yo le encuentre otra vez, y juro que volveré a encontrarlo, aunque fuese en los infiernos…

—¿Estaba aguardando a una mujer? —prosiguió Tréville.

—Al menos partió después de haber cruzado algunas palabras con aquella a quien aguardaba.

—¿Sabéis vos, por ventura, de qué hablaron?

—Él entregó a la desconocida un cofrecito, diciéndole que en él iban sus instrucciones, y le recomendó que no lo abriese hasta haber llegado a Londres.

—¿Era inglesa la mujer?

—Él la llamaba milady.

—¡Es él! —murmuró Tréville—. ¡Es él! Creía que todavía estaba en Bruselas.

—¡Oh!, señor —exclamó D'Artagnan—, si sabéis quién es ese hombre y de dónde viene, decídmelo, y os libero de todas sus promesas, incluso la de hacerme ingresar en el cuerpo de mosqueteros, porque ante todo quiero vengarme.

—Guardaos mucho de hacerlo —profirió Tréville—; al contrario, si lo veis venir por un lado de la calle, pasad al otro. No choquéis con semejante peñasco, pues os desmenuzaría como a un pedazo de vidrio.

—Esto —replicó D'Artagnan— no impide que si alguna vez lo encuentro…

—Mientras tanto, y si queréis seguir mi consejo, no lo busquéis —repuso Tréville.

De improviso, el capitán de los mosqueteros se calló; acababa de asaltarle una sospecha. ¿El odio profundo que tan ostensiblemente manifestaba el joven viajero por aquel hombre que, lo que no era muy verosímil, le había robado la carta de su padre, no ocultaba alguna perfidia? ¿Aquel mancebo no sería un enviado de su eminencia? ¿No vendría para tenderle una trampa? ¿Aquel supuesto D'Artagnan no sería un emisario del cardenal, emisario a quien pretendían introducir en su propia casa para burlar su confianza y más adelante perderle, siguiendo la costumbre establecida? Entonces clavó en D'Artagnan los ojos con más pertinacia que la vez

primera, y al contemplar aquella fisonomía en que brillaban la astucia y la humildad afectada se tranquilizó un poco. Ya sé que es gascón, dijo para sus adentros Tréville, pero tanto puede serlo para el cardenal como para mí. Vamos a ver, probémosle. Y levantando la voz, añadió con lentitud:

—Siendo, como sois, hijo de mi viejo amigo, pues doy por cierta la historia de la carta perdida, y deseando deshacer la frialdad con que os he acogido, voy a revelaros los secretos de nuestra política. El rey y el cardenal están a partir un piñón; sus aparentes desavenencias no sirven más que para desorientar a los necios. No pretendo que un paisano mío, un gentil caballero, un mozo valiente, nacido para mayores empresas, se deje embaucar por todas estas ficciones, y como un bobalicón caiga en el garlito, como para su perdición han hecho tantos otros. No olvidéis que estoy consagrado en cuerpo y alma a esos dos omnipotentes señores, y que nunca mi conducta tenderá a otro fin que al de servir al rey y al cardenal, uno de los más ilustres genios que Francia ha producido. Que os sirva de pauta lo que acabo de decir, y si vuestra familia, o lo que pudiereis haber oído, o bien vuestro instinto os hubieren imbuido contra el cardenal una de esas enemistades que se manifiestan en los hidalgos, separémonos desde ahora. Os ayudaré en todo cuanto pueda, pero os mantendré apartado de mí. Como quiera que sea, espero que mi franqueza captará vuestra amistad; porque vos sois hasta lo presente el único mozo a quien he hablado como lo estoy haciendo. —Si el cardenal me ha soltado ese zorro, dijo Tréville para su capote, sabiendo cuanto le execro no se habrá descuidado de decir a su espía que la manera más eficaz de hacerme la corte es decirme pestes de él; por lo tanto, a pesar de mis protestas, el taimado va a contestarme que detesta a su eminencia: como si lo viera.

Pero sucedió muy distinto de lo que Tréville esperaba.

—Caballero —profirió con la mayor sencillez D'Artagnan—, acabo de llegar a París animado de parecidas intenciones. Mi padre me recomendó que no tolerase nada más que del rey, de m. el cardenal y de vos, para él los más ilustres varones de Francia.

El lector habrá advertido que D'Artagnan añadió el nombre de Tréville a los otros dos; pero ya se figurará también que tal añadidura nada debía echar a perder.

—Siento, pues —continuó el mozo—, la más profunda veneración por m. el cardenal, y el mayor respeto por sus actos. Mejor para mí si, como decís, señor, me habláis con franqueza, pues en este caso me haréis la honra de apreciar esta paridad de gustos. Pero si es que os ha asaltado alguna desconfianza, muy natural por otra parte, conozco que fulmino mi sentencia al deciros la verdad. Mas, ¡qué caramba!, no dejaréis de estimarme, que es lo que ante todo prefiero.

Tréville quedó sorprendido hasta más no poder. Tanta penetración, tanta franqueza, le admiraron, pero no desvanecieron del todo sus dudas, al contrario, para

él era tanto más de temer aquel mozo, cuanto más superior se mostraba a su edad. Sin embargo, estrechó la mano a D'Artagnan y le dijo:

—Sois todo un hombre, pero a la hora de ahora no puedo hacer por vos más que lo que hace poco os he manifestado. Para vos están siempre de par en par las puertas de mi casa. Más adelante, como podéis preguntar por mí siempre y cuando os acomode y, por consiguiente, aprovechar todas las ocasiones, es más que probable que veáis colmados vuestros deseos.

—Como si dijéramos —exclamó D'Artagnan—, que aguardáis a que yo me haya hecho digno de ello. —Y con la familiaridad del gascón, añadió—: Nada temáis, yo os prometo que no os haré esperar mucho tiempo.

Dichas estas palabras, el joven saludó para retirarse, como si desde aquel punto y hora lo demás le atañese únicamente a él.

—¿Adónde vais? Aguardad —repuso Tréville, deteniéndolo—; os he prometido una carta para el director de la Academia y voy a dárosla, a no ser que vuestro orgullo os vede el aceptarla.

—No, señor —contestó D'Artagnan—, y os respondo que con esta no me sucederá como con la otra. La guardaré tan cuidadosamente, que os juro que llegará a su destino, y ¡ay de quien intente quitármela!

Esta fanfarronada hizo sonreír al capitán de los mosqueteros, quien, dejando a su paisano junto a la ventana donde se hallaban y conversaran los dos, fue a sentarse a una mesa para escribir la prometida carta de recomendación. Entre tanto, D'Artagnan, que no tenía otra cosa mejor en que entretenerse, se puso a teclear una marcha sobre los cristales, mientras miraba a los mosqueteros marcharse uno tras otro y les seguía con los ojos hasta que desaparecían tras la esquina de la calle.

En cuanto hubo escrito la carta, Tréville la cerró, se levantó y se acercó al joven para entregársela; pero en el mismo instante en que D'Artagnan tendía la mano para tomarla, aquel vio con extrañeza que su protegido se sobresaltaba y, encendido de cólera el rostro, se salía precipitadamente del gabinete y gritando:

—¡Maldita sea! Ahora sí que no se me escapa.

—¿Quién? —preguntó Tréville.

—Él, el que me robó la carta —respondió D'Artagnan—. ¡Ah! ¡Traidor!

—¡Diablo de loco! —murmuró Tréville así que hubo desaparecido el joven. Y luego añadió—: A menos que eso no sea una manera hábil de escabullirse al ver que ha errado el golpe…

IV

EL HOMBRO DE ATHOS, EL TAHALÍ DE PORTHOS Y EL PAÑUELO DE ARAMIS

D'Artagnan atravesó enfurecido y en tres saltos la antesala y se lanzó a la escalera, con la intención de descender de cuatro en cuatro los escalones, cuando, arrebatado por el ímpetu de su carrera y con la cabeza gacha fue a dar contra un mosquetero que salía del despacho de m. de Tréville por una puerta hurtada, y que al sentir en uno de sus hombros la topetada del mozo, lanzó más que un ¡ay!, un aullido.

—Perdone su merced, pero tengo prisa —profirió D'Artagnan, intentando reanudar su carrera.

Mas apenas hubo descendido el primer escalón, una mano férrea le detuvo por su charpa.

—¿Conque tenéis prisa? —exclamó el mosquetero, blanco como una mortaja—. ¿Conque bajo este pretexto me dais una topetada y creéis que estamos pagados con decirme «perdone su merced»? Pues os engañáis de medio a medio. ¿Os figuráis, porque habéis oído a m. de Tréville hablarnos hoy con un poco de aspereza, que todo dios puede tratarnos de la misma manera como él nos habla? Desengañaos de tal engaño, compadre; vos no sois m. de Tréville.

—Por mi fe —replicó D'Artagnan, que conoció a Athos, el cual regresaba a su habitación después de haberle curado el doctor—, por mi fe que no lo he hecho adrede, y por eso os he pedido que me perdonarais, con lo que podéis daros por satisfecho. Con todo, os repito, y tal vez sea ya un exceso de satisfacción, que tengo prisa, mucha prisa. Hacedme pues la merced de soltarme y dejar que me vaya adonde me llaman mis asuntos.

—Para cortés os faltan más de cien, caballero —dijo Athos, soltándolo—; se conoce que venís de lejos.

D'Artagnan, que ya había descendido tres o cuatro escalones, al oír las palabras del mosquetero se detuvo prontamente, y dijo:

—¡Será posible! Por más que viniese del otro confín del mundo, no seréis vos quien me dé a mí lecciones de cortesía.

—Puede que sí —repuso Athos.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan—, si no me apresurase tanto dar alcance a quien yo me sé…

—Sabed, señor apresurado, que sin correr me encontraréis.

—¿Dónde, si os place?

—Junto a los Carmes-Deschaux.

—¿A qué hora?

—A mediodía.

—De acuerdo, allí estaré.

—Ved de no hacerme aguardar, o seré yo quien a las doce y quince minutos os corte las orejas a la carrera.

—¡Está bien! —le gritó D'Artagnan—; me hallaré en el lugar de la cita a las doce menos diez.

El mozo echó a correr como alma que lleva el diablo, con la esperanza de dar aún con el desconocido, que no debía de andar muy lejos, teniendo en cuenta su caminar calmoso.

Pero a la puerta de la calle, Porthos estaba conversando con un soldado de la guardia, y entre los dos interlocutores no quedaba más espacio que el estrictamente necesario para dar paso a un hombre. D'Artagnan creyó que aquel espacio le bastaría, y se disparó para pasar como una flecha entre los dos; pero D'Artagnan no había contado con el viento, que en el preciso instante en que él iba a pasar, se engolfó en la amplia y larga capa de Porthos, en la que nuestro mozo quedó prendido. Sin duda, a Porthos le asistían más de media docena de razones para no desprenderse de aquella parte esencial de su vestimenta, pues en lugar de soltar el pliegue que empuñado tenía, tiró de él, con tal fuerza, que D'Artagnan se enrolló en el terciopelo, impulsado por un movimiento de rotación que delataba la resistencia del obstinado Porthos.

D'Artagnan, al oír que el mosquetero vomitaba cada voto como el puño, intentó salir de aquella ondulante prisión que lo cegaba, y buscó camino en las sinuosidades de la capa. Lo que más temía el mozo era haber menoscabado la frescura del magnífico tahalí del que ya hemos hablado más arriba; pero al abrir con timidez los ojos, se encontró con las narices pegadas entre los omoplatos de Porthos, es decir, precisamente sobre el tahalí.

¡Ay!, como casi todo lo de este mundo, aquel tahalí no era más que apariencia: por delante estaba bordado de oro, es verdad, pero por detrás era de cuero de búfalo, mondo y pelado; y es que Porthos, prototipo de la presunción, no pudiendo poseer por entero un tahalí de oro, poseía por lo menos la mitad: de ahí la necesidad del catarro y la urgencia de la capa.

—¡Por Dios Santo! —exclamó Porthos, haciendo indecibles esfuerzos para deshacerse de D'Artagnan, que estaba bregando a sus espaldas—. ¿Qué modo es ese de arrojarse sobre la gente? Por ventura, ¿estáis frenético?

—Perdone su merced —repuso D'Artagnan, reapareciendo por debajo del brazo del gigante—, pero me apremia el dar alcance a cierto individuo, y…

—¿Acaso os olvidáis los ojos cuando corréis? —preguntó Porthos.

—No —respondió D'Artagnan, picado—, y gracias a ellos veo lo que no ven los demás.

Si Porthos comprendió o no comprendió la indirecta, lo que sí es cierto es que el gigante, dando rienda a su cólera, dijo con voz destemplada:

—Os advierto que si continuáis rozándoos de esta suerte con los mosqueteros, os vais a ganar una felpa.

—¡Una felpa! —exclamó D'Artagnan—, duro es el vocablo.

—Es el que debe emplear un hombre acostumbrado a mirar cara a cara a sus enemigos.

—¡Pardiez! Ya sé que los mosqueteros no muestran la espalda a los suyos.

Y el mozo, satisfecho de su travesura, se alejó riéndose a carcajadas.

Porthos, lanzando espumarajos de rabia, hizo finta de arrojarse tras el joven.

—Más tarde, más tarde, cuando hayáis dejado la capa —gritó D'Artagnan.

—A la una, pues, detrás del Luxembourg.

—Está bien, a la una —respondió el mozo, doblando la esquina de la calle.

Pero ni en la calle que acababa de recorrer, ni en la que ahora abarcaba con la mirada, vio D'Artagnan alma viviente. Por muy despacio que hubiese andado el misterioso personaje, había avanzado camino, o quizá se había metido en alguna casa. D'Artagnan preguntó por su perseguido a cuantos encontró al paso, descendió hasta la barca, recorrió la rue de Seine y de la Croix-Rouge; pero nada, absolutamente nada. Sin embargo, aquella carrera le fue provechosa, pues a compás que iba entrando en sudor su cuerpo, el corazón se le iba entibiando.

El mozo se echó entonces a reflexionar sobre los recién pasados acontecimientos, que si no eran pocos, en cambio eran nefastos. Aun no señalaban los relojes las once de la mañana, y ya se había agenciado D'Artagnan el disfavor de Tréville, que no podía menos de hallar un tantico irrespetuosa la manera como él le dejara. Esto sin contar que se le habían echado encima dos duelos con dos hombres capaces, cada uno por sí, de acabar con tres D'Artagnanes, en una palabra, con dos mosqueteros, o si decimos con dos de aquellos individuos a quienes profesaba un afecto tan entrañable que, según él, no había hombre que pudiese parangonárseles.

La conjetura no tenía nada de alegre, muy al contrario. Se comprende que el mozo, seguro de ser matado por Athos, no se preocupase mucho con Porthos. Con todo eso, como la esperanza es lo último que se extingue en el corazón del hombre, D'Artagnan llegó a darse a entender que podría sobrevivir, eso sí, con heridas terribles, a aquellos dos duelos, y, para el caso de supervivencia, se hizo a sí mismo las amonestaciones siguientes:

—¡Qué destornillada cabeza la mía! ¡Y cuán torpe soy! Ese pobre y valiente Athos está herido en el hombro, y precisamente voy, nuevo ariete, a darle una topetada en la herida. Lo que me pasma es que no me haya dejado en el sitio; y a fe que le sobraba la razón para hacerlo, pues he debido de causarle un dolor excesivo. En cuanto a Porthos, ya es más chusco.

Y a pesar suyo el mozo se echó a reír, mientras miraba a todas partes para cerciorarse de que su solitaria risa, e inmotivada para los que pudiesen haberle visto, no había molestado a transeúnte alguno.

—En cuanto a Porthos, ya es más chusco —prosiguió D'Artagnan—, mas no por eso dejo de ser un atolondrado. ¡Qué! ¿Se precipita uno sobre la gente sin decir ¡agua va!, y mete uno la cabeza bajo la capa del prójimo para ver lo que no hay? Él me habría disculpado, tan cierto como estoy vivo, a no haberle yo hablado del maldito tahalí, por más que lo he hecho en términos velados. ¡Será posible! Soy gascón y no tengo remedio; me las daría de gracioso hasta en la sartén de freír. Vamos, D'Artagnan —continuó, hablando consigo mismo con toda la amenidad que juzgó del caso—, si de esta escapo, lo que no es probable, es menester de todo punto que en adelante sea yo prototipo de cortesía, que me admiren y me citen como modelo. No quita lo cortés a lo valiente. Y si no, ahí está Aramis, que es el comedimiento y la gracia personificados, y sin embargo nadie se ha atrevido a calificarlo de cobarde. Voy a tomarlo puntualmente por norma. ¡Ah! Por ahí viene precisamente.

Mientras iba andando y hablando consigo mismo, D'Artagnan pasó a poca distancia del palacio de Aiguillon, a la puerta del cual estaba Aramis, conversando alegremente con tres hidalgos de la guardia real. Aramis vio a D'Artagnan; pero como recordaba que ante este les había echado por la mañana m. de Tréville la tremenda filípica de marras, y como no le agradaba lo más mínimo la presencia de un testigo de los reproches que los mosqueteros recibieran, hizo que no lo veía. D'Artagnan, al contrario, entregado en cuerpo y alma a sus planes de conciliación y cortesía, se acercó a los cuatro jóvenes y les hizo una gran reverencia, acompañada de la más afable sonrisa. Aramis inclinó ligeramente la cabeza, pero sin sonreírse.

No hay que decir que los cuatro interlocutores interrumpieron al instante su conversación. D'Artagnan no era tan inocente como para no comprender que allí estaba de más; pero aun no conocía lo bastante el trato de la gente lucida para salir hábilmente de una situación irregular como suele serlo la del hombre que se introduce entre gentes a quienes apenas conoce y mete baza en una conversación que no le atañe. Buscaba pues el mozo, allá en su imaginación, el modo de retirarse lo menos malamente posible, cuando notó que Aramis había dejado caer su pañuelo y, sin duda por inadvertencia, puesto el pie sobre él, le pareció llegado el momento de reparar su torpeza. Se agachó entonces D'Artagnan y con el ademán más afable que

supo, sacó el pañuelo de debajo del pie del mosquetero, pese a la fuerza que este hacía para sujetarlo, y se lo entregó diciéndole:

—Caballero, me parece que esta es una prenda que sentiríais grandemente perder.

El pañuelo estaba, en efecto, ricamente bordado y ostentaba una corona y un escudo en uno de sus picos.

Aramis, hecho un ascua, arrancó más que tomó el pañuelo de manos del gascón.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó uno de los guardias—. ¿Te atreverás a sostener todavía, discreto Aramis, que estás mal con mm. de Bois-Tracy, cuando esa bondadosa dama tiene la galantería de prestarte sus pañuelos?

Aramis lanzó a D'Artagnan una mirada fulminante, una de esas miradas que dan a comprender a un hombre que acaba de atraerse un enemigo mortal; luego, recobrando su aspecto meloso, dijo:

—Os engañáis, señores, este pañuelo no es mío, y no sé por qué al caballero se le ha ocurrido dármelo a mí con preferencia a vosotros; y en certificación de mis palabras, ahí está el mío en mi faltriquera.

Y Aramis sacó su pañuelo, elegante también, y de rica batista, por más que en aquel tiempo la batista estuviese muy cara, pero sin bordados y sin escudo, y adornado únicamente con la cifra de su propietario.

Ahora D'Artagnan, que conoció su error, no dijo esta boca es mía; pero los amigos de Aramis no quisieron dar por buena la negativa del mosquetero, y aun uno de ellos le dijo con fingida formalidad:

—De ser como tú supones, mi querido Aramis, me vería obligado a reclamarte ese pañuelo, pues te consta que BoisTracy es uno de mis amigos íntimos, y no consiento que se haga alarde de los objetos de su mujer.

—Mal te expresas —repuso Aramis—, y eso hace que a pesar de ser justa la esencia de tu reclamación, me negara a atenderla por la forma.

—La verdad es —se animó a decir tímidamente D'Artagnan— que yo no he visto salir el pañuelo del bolsillo de m. Aramis. Tenía el pie sobre él, y nada más, y esto me ha dado a entender que el pañuelo era suyo.

—Y os habéis engañado, señor mío —profirió con desapego Aramis, poco sensible a la reparación; y volviéndose hacia el guardia que se dijera amigo de Bois-Tracy, añadió—: Por otra parte he reflexionado, señor amigo de Bois-Tracy, que yo también lo soy suyo, y quizá más íntimo que no tú; de modo que en rigor este pañuelo tanto puede haber salido de mi faltriquera como de la tuya.

—No, de la mía no, por mi honor lo juro —exclamó el guardia de su majestad.

—Tú vas a jurar por tu honor, y yo bajo la fe de mi palabra —dijo Aramis—, y entonces resultará evidentemente que uno de los dos habrá mentido. Mira, obremos mejor, Montaran, tomemos la mitad cada cual.

—¿La mitad del pañuelo?

—Sí.

—¡Bravo! —exclamaron los otros dos guardias—, esto se llama juzgar a lo Salomón. Realmente, eres un sabio, Aramis.

Los jóvenes se echaron a reír y, como es de suponer, no pasaron de aquí las cosas.

Poco después cesó la conversación, y los tres guardias y el mosquetero, estrechándose cordialmente las manos, se fueron, aquellos por un lado y Aramis por otro.

Esta es la ocasión de hacer las paces con ese caballero, dijo para sí D'Artagnan, que durante la última parte de la conversación que acabamos de transcribir, se había desviado un poco de los interlocutores; y animado de tan buenas intenciones, se acercó a Aramis, que se alejaba sin hacer de él el más mínimo caso, y le dijo:

—Caballero, supongo que me excusaréis.

—¡Ah! ¿Sois vos? —repuso Aramis—, permitidme que os diga que en esta ocasión no habéis obrado como cumple a un hidalgo.

—¡Cómo! —exclamó D'Artagnan—, vos suponéis…

—Lo que yo supongo, caballero, es que no sois un zote, y que por más que lleguéis de Gascuña, sabéis que uno no pisa sin causa los pañuelos de bolsillo. ¡Qué diantre! Las calles de París no están entapizadas de batista.

—Hacéis mal en querer humillarme, caballero —repuso D'Artagnan, en quien su carácter quimerista empezaba a sobreponerse a sus resoluciones pacíficas—. Soy gascón, es verdad, y puesto que lo sabéis, no tengo por qué deciros que los gascones son poco pacientes; por manera que cuando se han disculpado una vez, aunque sea de una tontería, creen haber hecho ya más de la mitad de lo que debían hacer.

—Caballero —profirió Aramis—, advertid que no os digo lo que os digo para buscaros quimera. A Dios gracias no soy espadachín, y como, por otra parte, solo sirvo en los mosqueteros interinamente, no me bato sino a la fuerza, y siempre con mucha repugnancia; pero ahora el asunto es grave, porque por vuestra culpa ha quedado comprometida una dama.

—Querréis decir por la nuestra —exclamó D'Artagnan.

—¿Por qué habéis cometido la torpeza de darme el pañuelo?

—¿Y por qué la habéis cometido vos de dejarlo caer?

—He dicho y repito, caballero, que el pañuelo no ha salido de mi faltriquera.

—Pues habéis mentido dos veces, porque yo lo he visto salir de ella.

—¡Ah! ¿Así lo tomáis, señor gascón? Pues yo os voto que os enseñaré a vivir.

—Y yo os mandaré a rezar misa, señor cura. Tirad de la espada, si os place, y ahora mismo.

—Alto, querido, aquí no, por lo menos. ¿No veis que estamos a las puertas del palacio de Aiguillon, que hierve de secuaces del cardenal? ¿Quién me dice a mí que no sea su eminencia el que os ha dado encargo de procurarle mi cabeza? Pero ved lo que son las cosas, estoy apegado a mi cabeza hasta la ridiculez, porque en verdad me parece que me sienta más que medianamente bien. Así pues no rehúyo mataros, pero a la chita callando, en sitio cerrado y cubierto, donde no podáis vanagloriaros de vuestra muerte ante persona alguna.

—A pedir de boca, pero andaos con tiento, y, sea vuestro o no lo sea, llevaos el pañuelo, pues es fácil que os sirva.

—¿Sois gascón? —preguntó Aramis.

—Lo soy; pero decidme, supongo que no aplazáis una cita por prudencia.

—Si la prudencia es una virtud poco estimable para los mosqueteros, lo es, y mucho, para los eclesiásticos; y como no soy mosquetero más que de un modo provisional, me interesa permanecer prudente. A las dos tendré la honra de aguardaros en el palacio de m. de Tréville; allí os indicaré los sitios más a propósito.

Ambos jóvenes cruzaron un saludo, y Aramis se alejó por la calle que conducía al Luxembourg, mientras que D'Artagnan, al ver que iba acercándose la hora, tomó el camino de los Carmes-Deschaux, diciendo para sí: Decididamente, de esta no salgo; pero por lo menos, si me matan, habré sucumbido a manos de un mosquetero.

V

LOS MOSQUETEROS DEL REY Y LOS GUARDIAS DEL CARDENAL

Como D'Artagnan no conocía en París a persona alguna, se encaminó, sin padrinos, a la cita de Athos, resuelto a contentarse con los que hubiese elegido su adversario. Por otra parte, le animaba la intención formal de dar al valiente mosquetero toda suerte de satisfacciones, pero sin bajeza, temeroso de que aquel duelo no acarrease lo que suele acarrear un asunto de esta índole cuando un hombre joven y robusto se bate con un adversario herido y endeble: vencido, aumenta la gloria de su antagonista; vencedor, le acusan de felón y de audaz a salva mano.

Además, o nosotros no hemos hecho una pintura fiel del carácter de nuestro caballero andante, o nuestros lectores han notado ya que D'Artagnan no era un pelele. Esto expuesto, no es extraño que el mozo, a la par que se decía una y otra vez que su muerte era inevitable, no se resignase a morir como una oveja, como otro menos valiente y menos templado que él habría hecho en su lugar. Entonces fue cuando, haciendo reflexiones sobre el carácter de cada uno de aquellos con los cuales iba a batirse, D'Artagnan empezó a ver más claramente su situación, y fue entonces también cuando esperó que, gracias a las leales disculpas que él estaba dispuesto a darle, iba a captarse la amistad de Athos, de quien le placían con extremo el continente señoril y la gravedad del semblante. Por lo que se refería a Porthos, nuestro Quijote se lisonjeaba de mantenerlo a raya con el lance del tahalí, ya que, de no quedar en el acto, podía contarlo a todo el mundo, y, haciéndolo con destreza, cubrir de ridiculez a aquel; y en cuanto al socarrón de Aramis, le inspiraba tan poco temor que, suponiendo que llegase hasta él, tenía por cierto que le expediría pasaporte para el otro barrio, o al menos lo heriría en el rostro, como César recomendara que se hiriera a los soldados de Pompeyo, averiando de esta suerte y para siempre aquella hermosura que tanto enorgullecía a su dueño.

Luego, los consejos que le diera su padre, esto es, en sustancia, que no sufriese nada de persona alguna excepto del rey, del cardenal y de m. de Tréville, habían sembrado en el corazón de D'Artagnan una resolución inquebrantable. Así pues, el mozo voló más que se encaminó hacia el convento de los Carmes-Deschaux, un edificio sin ventanas, ceñido de estériles prados, sucursal del Pré-aux-Clercs, y en el que por lo común reñían sus desafíos aquellos que no tenían tiempo que perder.

Al llegar D'Artagnan a vista del reducido terreno baldío que se extendía al pie del convento, dieron las doce. Athos no hacía más que cinco minutos que estaba aguardando. Era pues el gascón puntual como la Samaritaine, y el más riguroso casuista respecto a los duelos nada tenía que decir. Athos, a quien seguía doliéndole por manera cruel la herida, por más que le hubiese hecho una nueva cura el cirujano de m. de Tréville, estaba sentado en un guardacantón aguardando a su contrincante con la apacible serenidad y el digno ademán que le eran habituales. Al ver a D'Artagnan, Athos se levantó y salió cortésmente al encuentro del joven, que por su parte se acercó a su adversario, sombrero en mano y barriendo el suelo con su pluma.

—Caballero —dijo Athos—, he mandado avisar a dos de mis amigos para que me sirvan de padrinos, y todavía no han llegado. Me admira su tardanza, pues acostumbran a ser puntuales.

—Yo no tengo padrinos, caballero —repuso D'Artagnan—, pues como no hace más que veinticuatro horas que estoy en París, todavía no conozco en ella más que a m. de Tréville, a quien me ha recomendado mi padre, que tiene la honra de ser uno de sus amigos.

—¿Conque no conocéis más que a m. de Tréville? —profirió Athos tras un instante de reflexión.

—A nadie más.

—Vaya, vaya… —continuó Athos, hablando consigo mismo y con D'Artagnan a la vez—, lo que va a resultar de eso, es que si os mato van a tildarme de traganiños.

—No tanto, no tanto, caballero —arguyó D'Artagnan, haciendo una reverencia no exenta de dignidad—; no tanto, como lo prueba el que me hacéis la honra de cruzar vuestra espada con la mía teniendo una herida que debe molestaros muchísimo.

—Mucho, por mi fe, y vos me habéis causado un dolor inaguantable; pero esgrimiré con la mano izquierda, como acostumbro en casos parecidos. Y no deis en creer que os hago una merced con eso, pues tiro tan bien con una mano como con la otra; y aun la desventaja estará de vuestra parte, porque no podéis imaginaros lo engorroso que es para aquel que no está prevenido el habérselas con un zurdo. Siento en el alma no haberos puesto antes al corriente de esta circunstancia.

—En verdad no sé cómo agradecer a vuestra merced la sin igual cortesía con que me trata —dijo D'Artagnan, haciendo una nueva reverencia.

—Ved que me sonrojáis —repuso Athos con su ademán señoril—; pero hablemos de otra cosa, si no os desplace. ¡Diablos! ¡Si supierais el mal que me habéis hecho! El hombro me arde.

—Si vuestra merced quisiera… —dijo D'Artagnan con timidez.

—¿Qué, caballero?

—Poseo un bálsamo milagroso para las heridas, un bálsamo que me dio mi madre, y del que he hecho la prueba en mí mismo.

—¿Y qué?

—Que estoy seguro de que antes de tres días ese bálsamo os curaría, y una vez estuvieseis curado, continuaría siendo para mí una gran honra el cruzar mi espada con la vuestra.

D'Artagnan se expresó con una sencillez que hacía honor a su cortesía y muy sin menoscabo de su valor.

—Pardiez que me place la proposición —dijo Athos—, no porque la acepte, sino porque huele a hidalgo a tiro de ballesta. Así hablaban y obraban los paladines del tiempo de Carlomagno, a los cuales debe tomar por norma todo caballero. Por desgracia pasaron ya los tiempos del gran emperador, y nos hallamos en los del cardenal, lo cual quiere decir que dentro de tres días y por mucho que se guardara el secreto, no habría quien no supiese nuestro desafío, y se opondrían a él. Pero, ¡caramba!, ¿qué hacen esos callejeros que no vienen?

—Si el tiempo os apremia y queréis despacharme inmediatamente para el otro mundo, no os andéis con cumplidos —profirió D'Artagnan con la misma sencillez que hacía un instante propusiera aplazar el duelo a tres días.

—He aquí otra frase que me agrada —repuso Athos, moviendo con gracia la cabeza—; quien la ha proferido no carece de entendimiento y sin duda tiene corazón. Me gustan los hombres de vuestro temple, y estoy viendo que si no nos matamos uno a otro, más adelante hallaré verdadero placer en vuestra conversación. Como nada me apresura, lo más correcto será que aguardemos la llegada de los padrinos. ¡Ah! Me parece que ahí viene uno.

En efecto, por el extremo de la rue de Vaugirard empezaba a aparecer el gigantesco Porthos.

—¡Cómo! —exclamó D'Artagnan—, ¿m. Porthos es vuestro primer padrino?

—¿Os contraría acaso?

—Lo más mínimo.

—Y ahí está el segundo —profirió Athos.

—¡Qué! ¿Vuestro segundo padrino es m. Aramis? —repuso D'Artagnan, volviendo la cabeza hacia donde indicara su interlocutor y con un acento de admiración más marcado que la vez primera.

—Claro está; ¿no sabéis que siempre vamos juntos y que entre los mosqueteros y los guardias, en la corte y en la ciudad, nos apellidan Athos, Porthos y Aramis, o los tres inseparables? A bien que como llegáis de Dax o de Pau…

—De Tarbes —dijo D'Artagnan.

—… se os puede disculpar la ignorancia de estos pormenores —repuso Athos.

—Por mi vida que os encaja de perlas el calificativo, y si mi aventura tiene alguna resonancia, probará por lo menos que vuestra unión no se basa en los contrastes.

En esto llegó Porthos, que dicho sea de paso había cambiado de tahalí y dejado la capa, y después de saludar con la mano a Athos, se volvió hacia D'Artagnan.

—¿Qué significa eso? —exclamó lleno de admiración el gigante al ver a nuestro mozo.

—El caballero con quien me bato —dijo Athos, señalando con la mano a D'Artagnan y saludándole con el mismo movimiento.

—También me bato yo con él —repuso Porthos.

—Pero a la una —arguyó D'Artagnan.

—Y yo me bato también con el caballero —dijo Aramis, llegando a su vez.

—Pero a las dos —profirió el gascón con el mismo sosiego.

—¿Y por qué te bates tú? —preguntó Aramis a Athos.

—No lo sé muy bien; me ha lastimado el hombro. ¿Y tú, Porthos?

—Hombre, yo me bato porque sí —respondió el gigante, sonrojándose.

Athos, a quien nada le pasaba inadvertido, vio vagar una sonrisa por los labios del gascón.

—Hemos tenido una disputa respecto al tocado —dijo el mozo.

—¿Y tú, Aramis? —preguntó Athos.

—¿Yo? Me bato por razones teológicas —respondió Aramis, rogando al mismo tiempo y por medio de una seña a D'Artagnan que nada dijese sobre la causa de su duelo.

—¿De veras? —preguntó Athos, que vio vagar por los labios del gascón otra sonrisa.

—De veras, un punto de san Agustín sobre el cual no estamos de acuerdo —dijo D'Artagnan.

—Realmente, es hombre de chapa —murmuró Athos.

—Ahora que estáis reunidos, señores —profirió D'Artagnan—, permitidme que me disculpe.

Al oír esta última palabra, por la frente de Athos pasó una nube, por los labios de Porthos vagó una sonrisa de altivez y Aramis hizo un signo de negativa.

—Veo que no me comprendéis —repuso D'Artagnan irguiendo la cabeza, de la que en aquel instante un rayo de sol hacía resaltar las correctas y enérgicas líneas—; no os pido sino que me disculpéis en el caso de que me halle imposibilitado de pagaros a los tres mi deuda, pues m. Athos es el que primeramente tiene el derecho de matarme, lo que cercena grandemente el valor a vuestro crédito, m. Porthos, y hace casi ilusorio el vuestro, m. Aramis. Repito pues que me disculpéis, pero de eso solamente, y basta. ¡En guardia!

Pronunciando estas palabras, D'Artagnan desenvainó su espada con ademán de lo más caballeresco.

Nuestro gascón, a quien ya se le había subido la mostaza a las narices, habría echado mano de su espada contra todos los mosqueteros del reino, como acababa de hacerlo contra Athos, Porthos y Aramis.

Eran las doce y cuarto. El sol estaba en su cenit y con sus encendidos rayos caldeaba el teatro del duelo.

—Hace mucho calor —dijo Athos, desenvainando—; pero no me decido a quitarme el jubón porque he sentido que mi herida aún sangraba y temería molestar al caballero mostrándole sangre no derramada por él.

—Decís bien —repuso D'Artagnan—, pero derramada por otro o por mí, tened la certeza de que veré con profundo pesar la sangre de un hidalgo tan valiente como vos; así pues también me batiré yo con jubón.

—Venga, basta de palabritas melosas, y acordaos de que estamos aguardando nuestra vez —dijo Porthos.

—Cuando se os ocurra soltar semejantes patochadas, hablad para vos solo, amigo Porthos —interrumpió Aramis—. Por lo que a mí reza, hallo oportunísimas y dignas de dos hidalgos las cosas que se dicen esos caballeros.

—A las órdenes, caballero —dijo Athos poniéndose en guardia.

—Esperaba las vuestras —repuso D'Artagnan, cruzando su acero con el de su adversario.

Pero apenas había resonado el choque de las espadas, cuando apareció en la esquina del convento una sección de guardias de su eminencia mandada por m. de Jussac.

—¡Los guardias del cardenal! —exclamaron a una Porthos y Aramis—. ¡Señores! ¡Envainad las espadas!

Pero ya era tarde; los dos adversarios habían sido vistos en actitud que no daba lugar a duda respecto de sus intenciones.

—¡Deténganse! —exclamó Jussac, acercándose a ellos y haciendo seña a los suyos de que le imitarán—. ¿Conque os batís aquí, señores mosqueteros? ¿Y los edictos? ¿Son acaso letra muerta?

—Sois muy generosos, señores guardias —dijo Athos con rencoroso acento, pues Jussac era uno de los agresores de la antevíspera—. Si nosotros os viésemos batiros, os respondo que nos guardaríamos de impedíroslo. Dejadnos hacer, pues, y vais a recibir gusto sin tomaros ningún trabajo.

—Señores, con profundo pesar debo deciros que lo que me pedís es imposible —contestó Jussac—. Nuestro deber se antepone a todo. Hacedme pues la merced de envainar y seguirnos.

—Caballero —profirió Aramis, parodiando a Jussac—, tendríamos sumo placer en obedeceros si esto dependiese de nosotros; pero por desgracia es imposible: nos lo ha prohibido m. de Tréville. Así pues, lo mejor que podéis hacer es pasar de largo.

—Si desobedecéis, os atacaremos —dijo Jussac, exasperado por la chanza de Aramis.

—Son cinco —repuso Athos en voz baja—, y nosotros tres, y como nuevamente van a vencernos, no nos cabe otro recurso que morir en el sitio, pues lo que es yo no vuelvo a comparecer derrotado delante del capitán.

Athos, Porthos y Aramis se agruparon mientras Jussac alineaba a los suyos.

A D'Artagnan le bastó aquel instante para tomar una resolución definitiva: era aquel uno de esos acontecimientos que deciden el porvenir de un hombre; o con el rey, o con el cardenal; no cabían vacilaciones, y una vez hecha la elección, había que perseverar en ella. Batirse, esto es, desobedecer a la ley, arriesgar la cabeza, hacerse de rondón enemigo de un ministro más poderoso que el monarca: ahí lo que columbró el mozo; pero dicho sea en su alabanza, no titubeó ni un segundo. Así pues, se volvió hacia Athos y sus amigos y les dijo:

—Perdonen vuestras mercedes si les enmiendo la plana. M. Athos ha dicho que no eran más que tres, y a mí se me figura que somos cuatro.

—Pero vos no sois de los nuestros —repuso Porthos.

—Es cierto —contestó D'Artagnan—; no ostento el uniforme, pero tengo el alma de mosquetero. ¡Oh!, mi corazón lo es, y esto me conduce.

—Echaos a un lado, mocito —exclamó Jussac, que indudablemente en los ademanes y en la expresión de su semblante adivinara el designio de D'Artagnan—. Os autorizamos para que os retiréis. De prisa, salvad el pellejo.

D'Artagnan no se movió.

—De veras sois mozo de prendas —dijo Athos, estrechando la mano del joven.

—Decidíos de una vez —profirió Jussac.

—O herrar o quitar el banco —dijeron Porthos y Aramis.

—El caballero —repuso Athos, señalando a D'Artagnan— se nos brinda con generosidad digna de encomio.

Pero los tres mosqueteros pensaban en la juventud de nuestro gascón y temían su inexperiencia.

—No seríamos más que tres, uno de nosotros herido, y un niño —profirió Aramis—, a pesar de lo cual dirán que éramos cuatro hombres.

—Sí —repuso Porthos—, pero ¡retroceded!

—Es difícil —añadió Athos.

—Sea lo que fuere —dijo D'Artagnan, que comprendió la irresolución de los mosqueteros—, pónganme vuestras mercedes a prueba, y por mi honor les juro que no salgo de aquí si somos vencidos.

—¿Cómo os llaman, mi buen amigo? —preguntó Athos.

—D'Artagnan, señor.

—Pues bien, Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan, ¡a por ellos! —exclamó Athos.

—¿Os decidís o no? —gritó por tercera vez Jussac.

—Ya está, señores —respondió Athos.

—¿Y qué habéis decidido? —preguntó el jefe de los guardias del cardenal.

—Vamos a tener la honra de atacaros —respondió Aramis, levantando su sombrero con una mano y desenvainando con la otra.

—¡Ah! ¡Resistís! —exclamó Jussac.

—¡Diantre! ¿Eso os sorprende?

Y los nueve combatientes se atacaron con furia, pero no sin método.

Athos se lió con un tal Cahusac, favorito del cardenal, Porthos con Biscarat, y Aramis la emprendió contra dos adversarios.

En cuanto a D'Artagnan, se encontró cara a cara con el mismísimo Jussac.

Al mozo el corazón parecía querer saltársele del pecho, tan aceleradamente le latía, pero no de miedo, eso no, pues ni sombra de él tenía, sino de emulación; se batía como tigre enfurecido, girando en torno de su contrario cual torbellino, cambiando de guardias y de terreno a cada instante. Jussac era, como entonces se decía, goloso de la espada, y tenía larga práctica en el manejo de ella; sin embargo, a duras penas conseguía defenderse contra un adversario ágil y brincador, que a cada dos por tres se apartaba de las reglas admitidas y atacaba a la vez por todos lados, mientras paraba como hombre que respeta en grado sumo su epidermis.

Esta lucha acabó por apurar la paciencia de Jussac, el cual, furioso de que le tuviese en jaque un niño, como él juzgaba a D'Artagnan, se exasperó y empezó a cometer faltas. Nuestro gascón, que si no práctico era profundamente teórico, redobló su agilidad.

Resuelto a concluir de una vez, Jussac tiró una terrible estocada a su adversario, yéndose a fondo; pero el mozo paró el golpe, y en el instante en que Jussac volvía a levantarse, se deslizó como una sierpe por debajo de su espada y lo atravesó de parte a parte. Jussac cayó como un tronco.

D'Artagnan lanzó entonces una rápida e inquieta mirada sobre el campo de batalla. Aramis había acabado ya con uno de sus adversarios, y aunque el otro lo atacaba con ardor, todavía estaba aquel en buenas condiciones y podía defenderse; Biscarat y Porthos acababan de dar golpe doble, del que este salió con una estocada en un brazo, y el otro con un muslo atravesado; pero como las heridas no eran graves, solo contribuyeron a exacerbar el furor de los duelistas. Athos, nuevamente herido por Cahusac, palidecía a la vista de los ojos, pero no cedía un palmo de terreno; lo único que hizo fue pasar su espada de la diestra a la siniestra.

Mientras nuestro mozo buscaba con los ojos cuál de sus compañeros necesitaba ayuda, sorprendió una mirada de Athos, mirada sublime, más elocuente que cuanto pudiera haber dicho el mosquetero, que antes habría sucumbido que pedir socorro; pero si no hablar, a Athos le era permitido mirar, y con la mirada solicitar apoyo.

D'Artagnan, que adivinó la muda petición, y, según las leyes del duelo de aquel tiempo, podía auxiliar a quien bien le pareciese, dio un salto terrible, y se echó sobre Cahusac, gritando:

—¡A mí, señor guardia, que os mato!

Cahusac se volvió, y por cierto a tiempo, pues Athos, a quien solo sostenía en pie su extraordinario valor, acababa de caer sobre una de sus rodillas.

—¡Maldita sea! —gritó Athos a D'Artagnan—, no lo matéis; tengo que saldar con él una antigua cuenta cuando me halle curado y repuesto. Desarmadlo tan solo, ligadle la espada. Esto es. ¡Bien, muy bien!

Esta exclamación se la arrancó a Athos la espada de Cahusac, que fue a parar a unos veinte pasos, y tras la cual se lanzaron su dueño y D'Artagnan, el uno para recobrarla y el otro para apoderarse de ella; pero el gascón, más listo, llegó primero y puso el pie sobre el arma.

Entonces Cahusac se abalanzó sobre el cuerpo del guardia a quien Aramis matara, se apoderó de su espada, y se dispuso a embestir a D'Artagnan; pero en su camino se encontró con Athos, que había recobrado aliento durante el reposo que le procurara el mozo y, temeroso de que este acabara con su enemigo, quería anudar el duelo.

D'Artagnan comprendió que disgustaría a Athos si no le dejaba hacer; y, en efecto, poco después Cahusac cayó con la garganta atravesada.

En aquel mismo instante, Aramis apuntaba su espada al pecho de su adversario derribado, y le obligaba a pedir cuartel.

Quedaban Porthos y Biscarat. Porthos hacía mil fanfarronadas, preguntando a su contrincante qué hora era, y dándole la enhorabuena por la compañía que acababa de obtener su hermano en el regimiento de Navarra; pero con sus burlas nada adelantaba. Biscarat era uno de esos hombres infatigables que solo caen muertos.

Con todo eso era menester concluir, pues de un momento a otro podía llegar la patrulla y echar el guante a todos los combatientes heridos o no, monárquicos o cardenalistas. Athos, Aramis y D'Artagnan rodearon a Biscarat y le intimaron la rendición; pero este, aunque solo contra todos y con el muslo atravesado de una estocada, estaba resuelto a resistir. Entonces Jussac, que se había incorporado, le dijo que se rindiera. No obstante, Biscarat, que era gascón como D'Artagnan, se hizo el sordo, se rió, trazó, entre dos paradas, una línea en el suelo con la punta de la espada, y parodiando un versículo de la Biblia, exclamó:

—Aquí morirá Biscarat, el único de los que están con él.

—Pero ¿no ves que son cuatro contra ti? —profirió Jussac—; ríndete, te lo ordeno.

—¡Ah!, si me lo ordenas es distinto —repuso Biscarat—; como eres mi sargento, me toca obedecer. Y, dando un salto atrás, el guardia rompió su espada en su rodilla

para no rendirla, arrojó los pedazos por encima de la cerca del convento, y, cruzando los brazos, se puso a silbar un aire cardenalista.

Como siempre que el valor ha sido respetado, aun en un enemigo, los mosqueteros saludaron a Biscarat con sus espadas y envainaron. D'Artagnan hizo lo mismo, luego, con ayuda de Biscarat, único que permaneciera en pie, llevó bajo el pórtico del convento a Jussac, Cahusac y al adversario de Aramis, que solamente estaba herido. El cuarto, como ya hemos manifestado, había perecido. Luego tiraron de la campana, y llevándose de cinco espadas cuatro, se encaminaron ebrios de gozo al palacio de m. de Tréville.

Los vencedores, que iban del brazo y cogían toda la anchura de la calle, se llevaban tras sí cuantos mosqueteros encontraban al paso, de modo que al término de su camino aquella fue una verdadera marcha triunfal. D'Artagnan, loco de entusiasmo, iba entre Athos y Porthos, a quienes estrechaba con ternura el brazo.

—Si todavía no soy mosquetero, heme por lo menos recibido aprendiz, ¿no es verdad? —dijo nuestro gascón a sus nuevos amigos al entrar en el palacio de m. de Tréville.

VI

SU MAJESTAD EL REY LUIS XIII

La riña entre los mosqueteros y los guardias del cardenal levantó gran polvareda. Tréville echó en alta voz una tremenda filípica a sus subordinados, y les felicitó en voz baja; pero como urgía advertir cuanto antes al rey, m. de Tréville se encaminó apresuradamente al Louvre. Era ya demasiado tarde; el monarca estaba encerrado con el cardenal, y al capitán de los mosqueteros le dijeron que el rey trabajaba y no podía recibir a nadie en aquel momento. Por la noche, Tréville acudió al juego de Luis XIII, y como este ganaba, y era por demás avaro, estaba de buenísimo humor; así es que apenas vio desde lejos a Tréville, le dijo:

—Acercaos, señor capitán, tengo que regañaros. Sabed que su eminencia ha venido a presentar queja de vuestros mosqueteros, y con tal emoción, que esta noche está enfermo.

¡Cómo! ¿Son acaso diablos sueltos o racimos de horca vuestros mosqueteros?

—No, señor —respondió Tréville, que de buenas a primeras vio el rumbo que iba a tomar el asunto—; al contrario, son lo mejor que vuestra majestad pueda imaginar, son mansísimos corderos que no alientan más que un deseo, del que yo salgo garante, y es el de no desenvainar la espada más que para el servicio de vuestra majestad. Pero, qué queréis, señor, los guardias de m. el cardenal les buscan incesantemente quimera, y para honra del cuerpo los pobres se ven constreñidos a defenderse.

—¡Escuchad! —profirió el rey—, escuchad a m. de Tréville, cualquiera diría que habla de una comunidad religiosa. En verdad, mi querido capitán, me asaltan tentaciones de retiraros vuestro despacho y darlo a mlle. de Chemerault, a quien he prometido una abadía. Pero no imaginéis que me contento con lo que me decís. Me apellidan Luis el Justo, m. de Tréville, y pronto veremos.

—Señor, precisamente porque fío en esa justicia aguardaré con paciencia y sosiego la decisión de vuestra majestad.

—Aguardad, pues —dijo el rey—, no tendréis que molestaros mucho.

En efecto, el viento de la suerte dio en soplar en otra dirección, y como el rey empezaba a perder lo que había ganado, le venía de perlas hallar un pretexto para hacer carlomagno —y perdónenos el lector este vocablo de jugador del que no conocemos el origen—. Se levantó, pues, el rey poco después, y embolsando el

dinero que ante si tenía y cuya mayor parte procedía de su ganancia, dijo a uno de los circunstantes:

—La Vieuville, ocupad mi sitio, me urge hablar de un asunto importante con m. de Tréville. ¡Ah!…, ante mí tenía ochenta luises; poned la misma cantidad, a fin de que los perdidosos no tengan motivo de queja. La justicia ante todo.

Luego se volvió el rey hacia m. de Tréville, y encaminándose con este al vano de una ventana, continuó:

—¿Decíais que los que han buscado quimera a vuestros mosqueteros son los guardias de su eminencia?

—Sí, señor, como siempre.

—¿Y cómo se ha originado la riña? Vamos a ver; porque vos ya sabéis, mi querido capitán, que un juez debe escuchar a las dos partes.

—Del modo más sencillo y natural del mundo, señor —respondió Tréville—. Tres de mis mejores soldados, a quienes vuestra majestad conoce de oídas, tres soldados que en repetidas ocasiones han probado a vuestra majestad su abnegación, y que toman muy a pecho el serviros, tres de mis mejores soldados, repito, los señores Athos, Porthos y Aramis, habían proyectado una partida de campo con un joven cadete de Gascuña que les recomendara yo por la mañana. Si mal no me acuerdo, el punto designado para la fiesta era Saint-Germain, y el lugar de la cita los Carmes-Deschaux, cuando resulta que una vez reunidos, se han visto perturbados por m. de Jussac y los señores Cahusac, Biscarat y otros dos guardias que sin duda no se han presentado en aquel sitio en tan numerosa compañía sin malas intenciones contra los edictos.

—¡Ah! Ahora me hacéis caer en ello —repuso el rey—; apostaría que los guardias iban allá para pelear entre sí ellos mismos.

—Señor —profirió Tréville—, no les acuso, pero vuestra majestad juzgará qué pueden ir a hacer cinco hombres armados en un lugar tan desierto como lo son las cercanías del convento de los carmelitas.

—Os sobra la razón, Tréville, os sobra la razón.

—Al ver a los mosqueteros, los guardias han mudado de consejo, olvidando su odio particular para no pensar más que en el odio de cuerpo; porque vuestra majestad no ignora que los mosqueteros, que pertenecen al rey y a nadie más que al rey, son los enemigos naturales de los guardias, que pertenecen al cardenal.

—Lo sé, Tréville, lo sé —profirió Luis XIII con melancolía—, y creedme, es muy triste que en Francia haya dos partidos, dos jefes de Estado; pero eso acabará. Decíais, pues, que los guardias han buscado quimera a los mosqueteros.

—Digo que es probable que así haya sucedido, pero no lo juraría. Ya sabéis cuán difícil es conocer la verdad, señor, y a menos de estar dotado del admirable instinto que ha valido a Luis XIII el dictado de Justo…

—Tenéis razón, Tréville, pero vuestros mosqueteros no iban solos, llevaban consigo un niño.

—Es verdad, señor, y un hombre herido, de modo que tres mosqueteros, uno de ellos herido, y un muchacho, no solo han hecho cara a cinco de los más terribles guardias de m. el cardenal, mas también han tendido a cuatro de ellos.

—Esto es una victoria, y victoria completa —exclamó el rey, colmado de gozo.

—Tanto como la del puente de Cé, señor.

—¿Decís que eran cuatro hombres, de ellos uno herido y otro un niño?

—Apenas mozo; y por cierto que se ha portado tan admirablemente en esta ocasión, que me animo a recomendarlo a vuestra majestad.

—¿Se llama?

—D'Artagnan, señor. Es hijo de uno de mis más añejos amigos, un sujeto que hizo con vuestro padre, de gloriosa memoria, la guerra de guerrillas.

—¿Decís que ese mozo se ha portado bien? Contadme lo que ha pasado, Tréville; ya sabéis cuánto me placen los relatos de guerras y combates.

Y el rey Luis XIII se atusó con ademán altivo el bigote y se afirmó sobre una de sus caderas.

—Señor —prosiguió Tréville—, como ya os he dicho, D'Artagnan es casi un niño, y como no tiene la honra de ser mosquetero, vestía a lo paisano; los guardias del cardenal, al ver su mucha juventud, y, además, que no pertenecía al cuerpo, le han incitado a que se marchase antes de que ellos atacaran.

—Ya veis que son ellos los que han acometido —interrumpió el rey.

—Es cierto, señor: ya no queda la más mínima duda; le han intimado pues que se retirara; pero él ha respondido que era mosquetero de corazón y devoto del rey, y que, por lo tanto, con los mosqueteros se quedaba.

—Valiente es el mozo —murmuró Luis XIII.

—Efectivamente, con los mosqueteros se ha quedado, y para que vuestra majestad vea si en D'Artagnan tiene un firme campeón, sepa que él ha sido quien ha dado a Jussac la terrible estocada que de tal suerte ha irritado al cardenal.

—¡Cómo! ¿D'Artagnan es quien ha herido a Jussac? —exclamó el rey—. ¡D'Artagnan! ¡Un niño! Es imposible.

—Es tal cual tengo la honra de decírselo a vuestra majestad.

—¡Jussac, uno de los primeros espadachines del reino!

—Pues ha hallado la horma de su zapato, señor.

—Quiero conocer a ese mozo, Tréville, y si podemos hacer algo por él, de mil amores.

—¿Cuándo se dignará recibirle vuestra majestad?

—Mañana a mediodía.

—¿Lo acompañaré yo solo?

—No, veníos con los cuatro. Quiero dar a la vez las gracias a todos; los hombres abnegados escasean, Tréville, y hay que recompensar la abnegación.

—A mediodía estaremos en el Louvre, señor.

—¡Ah! Subid por la escalerilla; es inútil que el cardenal se entere.

—Está bien, señor.

—Vos ya comprendéis que los edictos se dan para que se cumplan, y que al fin y a la postre está prohibido batirse.

—Pero el choque de esta mañana se aparta de todo en todo de las condiciones ordinarias de un duelo: ha sido una riña, y la prueba está en que eran cinco guardias del cardenal contra mis tres mosqueteros y m. D'Artagnan.

—Cierto es —profirió el rey—, pero no importa, subid por la escalerilla.

Tréville se sonrió; mas como ya era mucho haber obtenido que el rey se rebelase contra su señor, saludó respetuosamente a su majestad y, con su venia, se retiró.

Aquella misma noche, los tres mosqueteros supieron la honra que les esperaba, pero como hacía mucho tiempo que conocían al rey, su entusiasmo no fue muy grande. Ahora, por lo que respecta a D'Artagnan, con ayuda de su imaginación gascona vio su porvenir en tal recepción, y se pasó la noche haciendo castillos en el aire. No es extraño, pues, que a las ocho de la mañana estuviese ya en casa de Athos.

D'Artagnan encontró al mosquetero pronto para salir; y es que no teniendo que comparecer en palacio hasta medio día, había proyectado con Porthos y Aramis un partido de pelota en un trinquete contiguo a las caballerizas del Luxembourg. Athos incitó a D'Artagnan a que le siguiera, y a pesar de que el mozo nunca había jugado a aquel juego, aceptó el envite, pues no sabía cómo matar las tres horas que faltaban para mediodía.

Porthos y Aramis ya habían llegado y estaban peloteando. Athos, que era habilísimo en todos los ejercicios corporales, pasó con D'Artagnan al lado opuesto, y desafió a sus amigos; pero no bien hubo intentado mover el brazo, por más que jugara con la mano izquierda, comprendió que su herida era aún demasiado reciente para dejarle que se entregara a tal ejercicio. Así pues, D'Artagnan se quedó solo, y como declaró que era poco diestro para sostener un partido en regla, continuaron únicamente enviándose uno a otro la pelota sin contar los tantos. Con todo eso, una de las pelotas lanzada por la hercúlea mano de Porthos pasó tan cerca del rostro de D'Artagnan, que este no pudo menos de decir para sí que si en vez de pasar junto a su cara la pelota hubiese dado de lleno en ella, adiós audiencia, ya que le hubiera sido imposible presentarse al rey. Ahora bien, como según se había dado a entender a sí mismo, de aquella audiencia dependía su porvenir, D'Artagnan saludó cortésmente a Porthos y a Aramis, y después de decirles que no anudaría el partido hasta tanto no se hallase en condiciones de poder jugar con ellos mano a mano, fue a situarse junto a la cuerda, en la galería.

Por desgracia para D'Artagnan, entre los espectadores estaba un guardia de su eminencia, el cual guardia, llegado la víspera y todavía caliente de la derrota de sus compañeros, se había propuesto en su alma asirse de la primera ocasión para vengarla. Así pues, dándose a entender que la ocasión se le ofrecía, se dirigió a su vecino en estos términos:

—No me pasma que a ese mozo le asuste una pelota; apostaría que es un aprendiz mosquetero.

D'Artagnan se volvió como si una serpiente lo hubiese mordido, y miró fijamente al guardia que acababa de proferir tan procaces palabras.

—Podéis mirarme cuanto os plazca; caballerito, no me retracto —repuso el guardia, retorciéndose el bigote con insolencia.

—Y como lo que habéis dicho es más claro que la luz para que necesite explicación, hacedme la merced de seguirme —contestó D'Artagnan.

—¿Cuándo? —preguntó el guardia con el mismo ademán de zumba.

—Ahora mismo.

—¿Ya sabéis quién soy?

—Ni lo sé ni me importa averiguarlo.

—Pues hacéis mal, porque de saber vos quien soy, tal vez no os mostrarais tan diligente.

—¿Cómo os llamáis?

—Bernajoux, para serviros.

—Pues bien, caballero Bernajoux —repuso con todo sosiego D'Artagnan—, os aguardo en la puerta.

—Os sigo, caballero.

—No os apresuréis en demasía, no sea que adviertan que salimos juntos —dijo D'Artagnan—, y ya comprenderéis que, por lo que vamos a hacer, la gente nos estorbaría.

—Por supuesto —profirió el guardia, admirado de que su nombre no hubiese producido más efecto en el mozo.

En verdad, el nombre de Bernajoux era conocido de todo el mundo, menos de D'Artagnan quizá, pues aquel guardia era uno de los que con más frecuencia figuraban en las riñas que ocurrían diariamente pese a los edictos del rey y del cardenal.

Porthos y Aramis estaban tan ocupados en su partido, y Athos los estaba mirando con tanta atención, que ni aquellos ni este vieron salir a su amigo; el cual, como él mismo dijera al guardia de su eminencia, se detuvo en la puerta, donde a poco se le reunió su adversario.

D'Artagnan, a quien la audiencia del rey, fijada para mediodía, no le permitía perder tiempo, tendió en torno de sí la mirada, y al ver desierta la calle, dijo al guardia:

—Es una fortuna para vos, por más que os llaméis Bernajoux, el no tener que habéroslas más que con un aprendiz de mosquetero; pero no temáis, haré cuanto pueda. ¡En guardia!

—Ved que el sitio no es a propósito; mejor estaríamos tras la abadía de Saint-Germain o en el Pré-aux-Clercs —objetó Bernajoux.

—Decís muy bien —repuso D'Artagnan—; mas por desgracia el tiempo me apremia; tengo una cita para mediodía en punto. ¡En guardia pues, caballero, en guardia!

Bernajoux no era hombre para hacerse repetir dos veces semejante cumplido. Así es que al mismo instante tiró de su espada y arremetió a su adversario, a quien por su mucha juventud esperaba intimidar.

Pero D'Artagnan había hecho su aprendizaje, y, recién salido de su victoria e hinchado de su futuro valimiento, estaba decidido a no retroceder ni un paso: así es que los dos aceros quedaron ligados hasta la guarda, y como D'Artagnan se mantuvo firme, fue su adversario quien tuvo que hacerse un paso atrás. Nuestro gascón aprovechó el instante en que, en su retroceso, la espada de Bernajoux se desvió de la línea, para apartar su arma y herir en el hombro a su adversario. D'Artagnan retrocedió, a su vez, un paso y levantó su espada; pero Bernajoux le dijo que no valía la pena, y tirándose ciegamente a fondo se atravesó a sí mismo con la espada del contrario. Sin embargo, como el guardia no caía, ni se daba por vencido, si bien se desviaba hacia el palacio de m. de La Trémouille, en cuya casa estaba empleado un pariente suyo, y por otra parte como él mismo ignoraba la gravedad de la última herida que su adversario recibiera, D'Artagnan lo atacaba con ardor, e indudablemente iba a rematarlo de una tercera estocada, cuando habiendo cundido hasta el juego de pelota el rumor de la calle, dos amigos del guardia, que le habían oído cruzar algunas palabras con D'Artagnan, y visto salir inmediatamente después, abandonaron espada en mano y apresuradamente el trinquete y se lanzaron sobre el vencedor. Pero al punto Athos, Porthos y Aramis salieron a su vez, y en el momento en que los dos guardias atacaban al mozo, les obligaron a volver la cara. En esto cayó Bernajoux, y como eran solamente dos contra cuatro, los guardias se echaron a gritar: «¡A nosotros, los del palacio de La Trémouille!». A estas voces salieron cuantos estaban en el palacio y atacaron a los cuatro amigos, que a su vez empezaron a gritar: «¡A nosotros, mosqueteros!».

Este grito por lo regular era oído, pues no había quien no supiese que los mosqueteros eran enemigos de su eminencia, y los querían por odio al cardenal. Así es que los guardias de las otras compañías no pertenecientes al duque Rojo, como lo

apellidara Aramis, solían tomar, en aquellas pendencias, parte a favor de los mosqueteros del rey. Dos de tres guardias de la compañía de m. Des Essarts, que en aquel momento pasaban, acudieron en auxilio de los cuatro amigos, mientras el otro volaba hacia el palacio de m. de Tréville, gritando: «¡A nosotros, mosqueteros, a nosotros!». Como de costumbre, el palacio de Tréville estaba lleno de soldados de esta arma, que corrieron en ayuda de sus camaradas. La refriega, pues, se hizo general, pero como la fuerza estaba de parte de los mosqueteros, los guardias del cardenal y los criados de m. de La Trémouille se retiraron al palacio, del que cerraron las puertas bastante a tiempo para impedir que sus enemigos entrasen con ellos. En cuanto a Bernajoux, desde un principio lo habían trasladado al palacio de La Trémouille, donde yacía en el pésimo estado que ya hemos dicho.

Los mosqueteros y sus aliados estaban tan furiosos, que deliberaron si, para castigar la insolencia de los criados de m. de La Trémouille, que se atrevieran a hacer una salida contra los mosqueteros del rey, incendiarían el palacio. La proposición fue hecha y acogida con entusiasmo; pero, por fortuna, en aquel momento el sonar de una campana al dar las once recordó a D'Artagnan y a sus amigos su audiencia, y como hubieran sentido que se hubiese dado sin ellos un golpe tan magistral, consiguieron calmar a los circunstantes. Se contentaron, pues, con arrojar algunos adoquines contra las puertas, que resistieron, y se marcharon, tanto más cuanto aquellos que podían ser tenidos por jefes del ataque hacía un instante que abandonaran el grupo y se encaminaban al palacio de m. de Tréville, quien, al corriente ya de la algarada, les estaba aguardando.

—Al Louvre inmediatamente —les dijo el capitán—, y procuremos ver al rey antes no se nos adelante el cardenal; le contaremos lo que ha pasado como si fuese continuación de lo sucedido ayer y los dos lances pasarán juntos.

M. de Tréville, acompañado de los cuatro jóvenes, tomó pues el camino del Louvre; pero con profunda extrañeza para el capitán, le dijeron que el rey había salido para el bosque de Saint-Germain, a la caza del ciervo. Tréville se hizo repetir dos veces la nueva, y a cada vez sus compañeros vieron ponérsele más sombrío el rostro.

—¿Acaso ayer había proyectado ya esa cacería su majestad? —preguntó el capitán.

—No, excelentísimo señor —respondió el ayuda de cámara—, el montero mayor es quien ha venido esta mañana a decirle que durante la última noche habían desviado un ciervo para él. De buenas a primeras su majestad ha respondido que no iría, luego no ha podido resistir al placer que esa caza le brindaba, y después de comer ha partido.

—¿Ha visto el rey al cardenal? —preguntó Tréville.

—Es muy probable que sí —respondió el ayuda de cámara—, pues esta mañana he visto a punto de marcha la carroza de su eminencia, y al preguntar yo adónde iba, me han dicho que a Saint-Germain.

—Nos han ganado por la mano —repuso Tréville—. Señores, esta noche veré al rey; pero en cuanto a vosotros, os aconsejo que no lo intentéis.

La advertencia era de sobra razonable y sobre todo venía de un hombre que conocía muy bien al rey para que los cuatro amigos pensasen en rebatirla. Les incitó pues m. de Tréville a que cada cual se retirase a su casa hasta nueva orden.

De regreso a su palacio, el capitán de los mosqueteros imaginó que lo que le convenía era tomar la delantera, querellándose él primero. Así pues, envió uno de sus criados a casa de m. de La Trémouille con una carta en la cual rogaba a este señor que echase de su palacio al guardia de su eminencia y amonestara a sus criados por haberse atrevido a hacer armas contra los mosqueteros. Pero m. de La Trémouille, prevenido ya por su escudero, con quien, como se ha dicho, estaba emparentado Bernajoux, le hizo contestar que no eran m. de Tréville ni sus mosqueteros los que debían quejarse, sino muy al contrario, era él quien estaba en el caso de hacerlo por haber los mosqueteros atacado a aquellos a quienes se acusaba, y, además, excitado a los suyos a que le incendiaran su palacio. Ahora bien, como el debate entre aquellos dos señores pudiera haber durado largo tiempo, ya que, como es natural, cada uno de ellos debía aferrarse a su opinión, Tréville ideó un expediente para acabar de una vez: presentarse él mismo ante m. de La Trémouille, como hizo sin perder minuto.

Ambos señores se saludaron cortésmente, pues si bien no estaban unidos por los lazos de la amistad, se profesaban mutuamente una gran consideración. Los dos eran hombres cultos y francos; y como La Trémouille, que era protestante y veía muy rara vez al rey, no estaba afiliado a partido alguno, en sus relaciones sociales no le animaba ninguna prevención. Sin embargo, ahora su acogida, aunque atenta, fue más fría que de costumbre.

—Vos y yo estamos en la creencia de que nos asiste mutua razón de queja, y por eso he venido yo mismo para que los dos pongamos las cosas en claro —dijo Tréville.

—De mil amores —contestó el duque—; pero os prevengo que, según mis informes, bebidos en buena fuente, toda la sinrazón está de parte de vuestros mosqueteros.

—Sois demasiado justo y razonable —profirió Tréville—, para no aceptar la proposición que vengo a haceros.

—Decid.

—¿Cómo está m. Bernajoux, el allegado de vuestro escudero?

—Malísimo; además de la estocada que ha recibido en el brazo, que no es peligrosa, ha recogido otra que le atraviesa el pulmón, de modo que el médico da muy malas esperanzas.

—Pero ¿ha conservado su conocimiento el herido?

—Con toda lucidez.

—¿Habla?

—Sí, señor, pero con dificultad.

—Pues bien, señor, veámonos los dos con el doliente, y conjurémosle en nombre del Dios ante quien va a ser quizá llamado a que diga la verdad; yo lo tomo por juez de su propia causa, y lo que él diga será para mí el Evangelio.

El duque meditó por breve espacio, luego, como era imposible hacer una proposición más razonable, aceptó.

La Trémouille y el capitán de los mosqueteros bajaron a la pieza en la que yacía el herido; el cual, al ver entrar a aquellos dos nobles señores, hizo un esfuerzo para incorporarse en su lecho, pero a causa de su gran endeblez y rendido por el esfuerzo que hiciera, volvió a caer sin sentido.

El duque se acercó al lecho e hizo respirar un pomo de sales a Bernajoux, que regresó a la vida. Entonces m. de Tréville, que no quería que pudiese acusársele de haber ejercido presión en el ánimo del doliente, incitó a m. de La Trémouille a que le interrogara él mismo.

Sucedió lo que previera el capitán de los mosqueteros. Colocado como estaba entre la vida y la muerte, Bernajoux no pensó ni un segundo en disfrazar la verdad, y contó a los dos señores el lance tal cual había pasado.

Era cuanto anhelaba m. de Tréville, el cual deseó a Bernajoux un pronto restablecimiento, se despidió del duque, regresó a su palacio y mandó pasar recado a los cuatro amigos de que les aguardaba a comer.

El capitán de los mosqueteros recibía a su mesa a gente muy encopetada y, por supuesto, anticardenalista. No hay que decir, pues, que la conversación rodó, durante toda la comida, sobre los dos descalabros que acababan de sufrir los guardias de su eminencia. Ahora bien, como D'Artagnan había sido el héroe de las dos jornadas, sobre él llovieron todas las felicitaciones, felicitaciones de que le hicieron gracia Athos, Porthos y Aramis, no solo como buenos camaradas, sino como hombres a quienes les tocara con bastante frecuencia a su vez para que le dejaran el libre goce de la suya.

A eso de las seis, m. de Tréville anunció a sus compañeros de mesa que asuntos de importancia lo llamaban al Louvre; pero como había pasado la hora de la audiencia concedida por su majestad, en vez de reclamar que le dejasen entrar por la escalerilla, se situó con los cuatro jóvenes en la antecámara. El rey aún no había llegado de la caza.

Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan estaban aguardando hacía obra de media hora, confundidos entre el hormiguero de cortesanos, cuando abrieron de par en par todas las puertas y anunciaron a su majestad.

A este anuncio, D'Artagnan se estremeció hasta la médula. El instante que iba a seguir debía, según toda probabilidad, decidir del resto de su vida. Así es que fijó con angustia los ojos en la puerta por la cual iba a entrar el monarca.

Luis XIII apareció al frente de su séquito, en traje de caza todavía polvoriento, con grandes botas y el látigo en la mano. A D'Artagnan le bastó una mirada para comprender que el rey estaba de pésimo talante.

Por más que fuese visible esta disposición del ánimo de su majestad, no por eso los cortesanos dejaron de alinearse a su paso; que en las antecámaras regias vale más ser visto con ojos de irritación que dejar de ser visto. Los tres mosqueteros no titubearon, pues, y avanzaron un paso, mientras D'Artagnan permanecía escondido tras ellos. Sin embargo, por más que el rey conocía personalmente a Athos, a Porthos y a Aramis, siguió adelante sin mirarlos, sin dirigirles ni una palabra, cual si nunca los hubiese visto. En cuanto a m. de Tréville, al volver hacia él los ojos el monarca, sostuvo la mirada de este con tanta firmeza que se la hizo desviar; después de lo que su majestad entró refunfuñando en su gabinete.

—Los negocios andan mal —dijo Athos, sonriendo—; todavía no vamos a recibir la investidura de caballeros de la orden.

—Aguardadme aquí diez minutos —dijo Tréville a los cuatro amigos—; si dentro de este espacio no me veis salir, volveos a mi palacio, pues será inútil que prolonguéis vuestra espera.

Los tres mosqueteros y D'Artagnan aguardaron veinte minutos, y al ver que m. de Tréville no aparecía, se marcharon no teniéndolas todas consigo.

M. de Tréville entró resueltamente en el gabinete del monarca, a quien encontró de un humor de perros, sentado en un sillón y golpeándose las botas con el mango de su látigo; lo cual no fue óbice para que, con la mayor flema, le preguntara por su salud.

—Mal, caballero, mal, me estoy aburriendo —respondió el rey.

Era, en efecto, el aburrimiento la peor enfermedad de Luis XIII, que con frecuencia cogía a uno de sus cortesanos, lo conducía hasta una ventana y le decía: «Señor fulano, aburrámonos juntos».

—¡Cómo! ¿Vuestra majestad se aburre? —profirió Tréville—. ¿No se ha recreado hoy en la caza?

—¡Valiente recreación! —exclamó el rey—. Todo degenera, por mi fe, y no sé si es la caza la que ya no deja pista o si los perros ya no tienen olfato. Hacemos salir un ciervo de diez puntas, lo perseguimos durante seis horas, y cuando está dispuesto a defenderse, en el instante en que Saint-Simon iba a tocar la bocina, patatrás, toda la jauría se deja engañar y la emprende contra un cervato. En verdad os digo, que me veré obligado a renunciar a la caza con perros como ya lo he hecho con la cetrería.

¡Ah!, soy un rey muy desgraciado, m. de Tréville, no me quedaba ya más que un gerifalte, y anteayer se murió.

—Comprendo vuestra desesperación, señor; la desventura es grande; pero me parece que aún os quedan muchos halcones, gavilanes y torzuelos.

—Pero ni un hombre para amaestrarlos; los halconeros se van, ya no queda más conocedor del arte de la cetrería que yo. Muerto yo, todo habrá concluido, y las gentes cazarán con trampas, lazos y armadijos. Si me quedase tiempo para formar discípulos, ¡aún!, pero ahí está el cardenal, que no me da punto de reposo hablándome de España, Austria e Inglaterra. Y, a propósito del cardenal, no estoy satisfecho de vos, m. de Tréville.

El capitán de los mosqueteros, que conocía de larga fecha al rey, le aguardaba en este traspié; sí, Tréville había comprendido que todas las quejas del monarca no eran más que un prólogo, como una excitación para alentarse a sí mismo, y que aquel era el hito al que Luis XIII apuntaba.

—¿En qué he tenido la desgracia de desplacer a vuestra majestad? —preguntó Tréville, fingiendo la más honda extrañeza.

—¿Así es como cumplís los deberes de vuestro cargo, caballero? —continuó el rey, sin responder directamente a la pregunta de Tréville—. ¿Para eso os he nombrado yo capitán de mis mosqueteros, que asesinan a un hombre, amotinan todo un barrio y están si prenden o no prenden fuego a París sin que vos digáis esta boca es mía? Mas apostaría que me apresuro a acusaros, que los perturbadores ya están presos y que venís a anunciarme que se ha hecho justicia.

—Muy al contrario, señor, vengo a pedírosla —respondió con todo sosiego m. de Tréville.

—¿Y contra quién? —exclamó el rey.

—Contra los calumniadores.

—Hombre, eso sí que es raro —profirió el rey—. ¡Si me diréis vos que vuestros tres condenados mosqueteros, Athos, Porthos y Aramis y vuestro cadete del Bearn no han arremetido furiosos al infeliz Bernajoux y no lo han maltratado de tal suerte que es más que probable que a estas horas esté luchando entre la vida y la muerte! ¡Si me diréis vos que luego no han sitiado el palacio del duque de La Trémouille y no han querido incendiarlo! Lo cual no habría sido quizá una gran desventura en tiempo de guerra, atento que el tal palacio es una madriguera de hugonotes; pero lo que, en tiempo de paz, es un malísimo ejemplo. ¿No ibais a decirme todo eso?

—¿Quién os ha hecho una pintura tan galana, señor? —preguntó Tréville con el mismo sosiego.

—¿Quién queréis que sea, sino el que vela cuando duermo, trabaja cuando me divierto, y todo lo dirige dentro y fuera del reino?

—Indudablemente, vuestra majestad habla de Dios —dijo Tréville—, pues un ser tan superior a vuestra majestad solo puede tratarse de Dios.

—Hablo de la columna del Estado, de mi único servidor, de mi único amigo, de m. el cardenal.

—Su eminencia no es Su Santidad, señor.

—¿Qué os proponéis decir con eso?

—Que solamente el papa es infalible, y que su infalibilidad no se extiende a los cardenales.

—¡Ah! ¡Queréis decir que el cardenal me engaña y me traiciona! Luego lo acusáis. Adelante, confesad con toda franqueza que lo acusáis.

—Señor, no lo acuso, lo que digo es que se engaña, que le han informado mal, que se ha dado prisa en inculpar a los mosqueteros de vuestra majestad, para con los cuales es injusto, y que no ha bebido en buena fuente sus informes.

—La acusación parte del mismísimo duque de La Trémouille. ¿Qué respondéis a eso?

—Señor, me será fácil responder que el duque está demasiadamente interesado en el asunto para ser un testigo del todo imparcial; pero no, tengo al duque por hombre sincero, y me remito a su fallo, mas con una condición, señor.

—¿Cuál?

—Que vuestra majestad mande llamarle y le interrogue personalmente y a solas, sin testigos, e inmediatamente después de haber recibido vuestra majestad al duque, me reciba a mí.

—Lo haré —repitió el rey—; ¿y vos os atendréis a lo que diga m. de La Trémouille?

—Sí, señor.

—¿Aceptaréis su fallo?

—A ojos cerrados.

—¿Y os someteréis a las reparaciones que él exija?

—Sin abrir la boca.

—¡La Chesnaye! ¡La Chesnaye! —gritó el rey.

El ayuda de cámara de confianza de Luis XIII, que nunca se movía de la puerta, entró en el gabinete real.

—La Chesnaye —dijo el monarca—, que vayan inmediatamente a por el duque de La Trémouille; quiero hablar con él esta misma noche.

—¿Me promete vuestra majestad no ver a persona alguna entre m. de La Trémouille y yo?

—Os lo prometo.

—Entonces hasta mañana, señor.

—Hasta mañana.

—¿A qué hora, si le place a vuestra majestad?

—A la hora que más os acomode.

—Temo despertar a vuestra majestad si vengo demasiado temprano.

—¿Despertarme, decís? ¿Acaso duermo? No, ya no duermo, m. de Tréville; lo que hago es soñar alguna vez, y nada más. Venid, pues, tan temprano como queráis, a las siete; pero ¡ay de vos si vuestros mosqueteros son culpables!

—En caso afirmativo, serán puestos en manos de vuestra majestad, que hará de ellos lo que bien le pareciere. ¿Ordena otra cosa su majestad? Estoy pronto a obedecer.

—No, m. de Tréville; solo quiero deciros que no sin razón me apellidan Luis el Justo. Hasta mañana, pues.

—Dios guarde hasta entonces a vuestra majestad.

Si el rey durmió poco, todavía durmió menos m. de Tréville, el cual, habiendo aquella noche misma mandado que pasaran recado a sus tres mosqueteros y a D'Artagnan para que a las seis y media de la mañana se presentasen a él, se los llevó consigo sin afirmarles ni prometerles cosa alguna, y sin ocultarles que tanto el favor de ellos como el suyo propio colgaban de un cabello.

Una vez al pie de la escalerilla, el capitán les dijo que aguardasen. Si el rey seguía irritado contra ellos, se irían sin ser vistos; si, al contrario, aquel consentía en recibirlos, bastaría con llamarlos.

Al llegar a la antecámara particular del rey, m. de Tréville dio de manos a boca con La Chesnaye, quien le hizo sabedor de que no habiendo encontrado, en la víspera, en su casa al duque de La Trémouille, quien había regresado excesivamente tarde para presentarse en el Louvre, acababa de hacerlo, y que en aquel instante estaba conferenciando con su majestad.

Grandemente satisfizo esta circunstancia a m. de Tréville, que de esta suerte tuvo la certeza de que entre la declaración del duque y él no se interpondría ninguna sugestión extraña.

En efecto, apenas diez minutos después se abrió la puerta del gabinete del rey, y Tréville vio salir de él al duque, que se le acercó, diciéndole:

—M. de Tréville, su majestad acaba de hacerme llamar para informarse de lo ocurrido ayer por la mañana en mi casa. Le he dicho la verdad, esto es que la culpa la tenían mis criados, y que estaba pronto a daros toda clase de satisfacciones. Recibidlas, pues, ya que os encuentro, y hacedme la merced de tenerme por uno de vuestros amigos.

—¡Ah!, señor duque —repuso el capitán—, tan seguro estaba yo de vuestra buena fe, que ante su majestad no quise otro defensor que vos. Veo que no me engañé, y os agradezco de todo corazón lo que habéis hecho, pues me demuestra

que en Francia todavía hay un hombre de quien puede decirse a boca llena lo que yo he dicho de vos.

—Bien, muy bien —profirió Luis XIII, que, entre las dos puertas, había escuchado aquellos cumplidos—; decidle asimismo, Tréville, ya que se tiene por uno de vuestros amigos, que también yo querría serlo de él, pero que no me hace caso; que van para tres años que no le había visto, y que no lo veo sino cuando mando llamarle. Decidle esto de mi parte, pues estas cosas son de aquellas que no puede decirlas personalmente un soberano.

—Gracias, señor, gracias —exclamó el duque—; pero tenga por seguro vuestra majestad, y no lo digo por m. de Tréville, que no son aquellos a quienes vuestra majestad ve a todas horas los que le son más devotos.

—¡Ah! ¿Habéis oído lo que he dicho? Mejor, duque, mejor —repuso el rey, avanzando hasta la puerta—. ¿Sois vos, Tréville? ¿Dónde están vuestros mosqueteros? ¿No os dije anteayer que me los presentarais? ¿Por qué no lo habéis hecho?

—Están abajo, señor, y con vuestra venia La Chesnaye va a decirles que suban.

—Sí, sí, que suban inmediatamente; van a dar las ocho, y a las nueve aguardo una visita. Podéis marcharos, señor duque, y sobre todo dejaos ver por acá. Entrad, Tréville.

El duque saludó, y en el instante en que abría la puerta para salir, aparecieron en lo alto de la escalera los tres mosqueteros y D'Artagnan, conducidos por La Chesnaye.

—Entrad, valientes, entrad, tengo que regañaros —dijo el monarca.

Los tres mosqueteros se acercaron al rey, a quien hicieron una profunda reverencia; D'Artagnan les seguía a dos pasos de distancia.

—¡Cómo se entiende! —continuó Luis XIII—. ¡Haber puesto vosotros cuatro, solo vosotros cuatro, siete guardias de su eminencia fuera de combate! Esto es excesivo, señores, excesivo. A este paso, su eminencia va a verse obligado a renovar su compañía dentro de tres semanas, y yo a hacer aplicar en todo su rigor los edictos. Uno, por chiripa, no digo; pero siete en dos días, lo repito, es demasiado, más que demasiado.

—Por esto, señor, vuestra majestad ve cuán contritos y arrepentidos vienen a disculparse.

—¡Contritos y arrepentidos! ¡No me diga! —profirió el rey—, no me fío ni pizca de sus semblantes hipócritas; sobre todo, estoy viendo allí una cara de gascón… Acercaos, caballero, acercaos.

D'Artagnan, que comprendió que a él se dirigía el cumplido, se acercó, tomando el ademán más desesperado.

—¿Pues no me dijisteis que era un mozo, m. de Tréville? —prosiguió Luis XIII—, si es un niño, un verdadero niño. ¿Él es quien dio aquella terrible estocada a Jussac?

—Y el que ha dado las dos magistrales cuchilladas a Bernajoux.

—¡De veras!

—Sin contar —dijo Athos— que si no me hubiese sacado a mí de las manos de Cahusac, es más que probable que en este momento no me cabría la honra de hacer a vuestra majestad mi más humilde acatamiento.

—¡Que baje Dios y lo vea! Como hubiera dicho el rey mi padre —exclamó el monarca—, decid que ese bearnés es un verdadero diablo, m. de Tréville. A este paso no va a ganar para espadas y jubones, y como los gascones no son ricos… ¿No es cierto?

—Señor, todavía no se han descubierto minas de oro en sus montañas, por más que Dios les deba este milagro en recompensa de haber sostenido, como lo hicieron, las pretensiones del rey vuestro padre.

—Lo cual quiere decir que los gascones son los que me han hecho rey a mí, pues soy hijo de mi padre. Enhorabuena, no digo lo contrario. La Chesnaye, a ver si registrando todas mis faltriqueras encontráis cuarenta pistolas, y en caso afirmativo, traédmelas. Y ahora, m. D'Artagnan, con la mano sobre la conciencia contadme lo que ha pasado.

D'Artagnan contó circunstanciadamente el lance de la víspera.

—Esto es —murmuró el rey—; así mismo me lo ha referido el duque. ¡Pobre cardenal! Siete hombres en dos días, siete de los hombres que le eran más caros; pero ya hay bastante, señores, ¿lo oís?, ya hay bastante: habéis tomado de sobras vuestro desquite de la rue de Férou, y debéis daros por satisfechos.

—Si vuestra majestad lo está, también nosotros —profirió m. de Tréville.

—Lo estoy —añadió el rey, tomando un puñado de monedas de oro de manos de La Chesnaye y dándoselas a D'Artagnan—. Ahí una prueba de mi satisfacción.

En aquel entonces aun no se habían puesto a la moda las arrogancias de nuestros días. Un noble recibía sin mengua dinero de manos del rey. D'Artagnan se metió, pues, sin cumplidos las cuarenta pistolas en la faltriquera, y dio a su majestad un millón de gracias por la merced.

—Son las ocho y media —dijo el rey, consultando su péndulo—, y ya os he manifestado que aguardo una visita para las nueve. Retiraos, señores, y gracias por vuestra devoción. Puedo contar con ella, ¿no es verdad?

—¡Oh!, señor —prorrumpieron a una los cuatro amigos—, dejaríamos que nos hiciesen tajadas por vuestra majestad.

—Bien, bien; pero vale más que os conservéis enteros y seréis más útiles. Tréville —añadió el rey a media voz, mientras los demás se retiraban—, como no hay vacante alguna en los mosqueteros, y como, separadamente de eso, para entrar en el cuerpo

hemos decidido que se hiciera un noviciado, colocad a ese mozo en la compañía de los guardias de m. Des Essarts, vuestro cuñado. Por mi vida, Tréville, que solo el pensar en el hocico que va a poner el cardenal me llena de regocijo: ¡no será poco su enojo! Pero, ¡bah!, estoy en mi derecho.

El monarca saludó con la mano a Tréville, que salió y se reunió con sus mosqueteros, a quienes encontró compartiendo con D'Artagnan las cuarenta pistolas.

En cuanto al cardenal, realmente, como dijera su majestad, se puso furioso, hasta el extremo de no asistir por espacio de ocho días al juego del rey, lo que no fue óbice para que este le pusiera la mejor cara del mundo y le preguntase con el mayor cariño cada vez que lo encontraba:

—¿Qué tal están los pobrecitos Bernajoux y Jussac, vuestros servidores, m. cardenal?

VII

INTERIORIDADES DE LOS MOSQUETEROS

D'Artagnan, una vez fuera del Louvre y habiendo consultado a sus amigos respecto al empleo que debía dar a la parte que le correspondiera de las cuarenta pistolas, recibió las siguientes contestaciones: de Athos, que encargara una suculenta comida en la Pomme de Pin; de Porthos, que tomara un lacayo, y de Aramis, que se agenciara una amante decorosa.

La comida se celebró el mismo día, y un lacayo la sirvió: la primera la había encargado Athos, y Porthos proporcionado el lacayo, que era un picardo a quien el presumido mosquetero contratara aquel mismo día también, en el puente de la Tournelle, mientras a salivazos trazaba círculos en el Sena.

A Porthos se le antojó que semejante ocupación era señal evidente de una organización reflexiva y contemplativa, y sin más recomendación se llevó consigo al picardo. El aspecto imponente del mosquetero, por cuenta de quien se dio a entender que estaba contratado, había seducido a Planchet —que así se llamaba aquel lacayo—, el cual tuvo un ligero disgusto al ver que su plaza la desempeñaba ya un cofrade suyo llamado Mousqueton, y al oír que Porthos le decía que el estado de su casa, aunque grande, no consentía dos criados, y que debía entrar al servicio de D'Artagnan. Sin embargo, cuando Planchet asistió al banquete dado por su amo y vio que este, al pagar, sacaba de su faltriquera un puñado de monedas de oro, se tuvo ya por rico y en su alma dio gracias a Dios de haber caído en manos de semejante creso; opinión en que perseveró hasta después del festín, con los relieves del cual reparó largas abstinencias. Pero al hacer, por la noche, la cama de su amo, Planchet vio desvanecidas todas sus ilusiones. En la habitación de D'Artagnan, compuesta de antesala y dormitorio, no había más cama que aquella. Planchet durmió en la antesala sobre un cobertor sacado de la cama de D'Artagnan, y del que luego hizo este caso omiso.

Athos tenía un criado, Grimaud, al que adiestrara de una manera particular en su servicio. ¡Qué callado era aquel buen señor! Hablamos de Athos, por supuesto. Hacía cinco o seis años que vivía en la mayor intimidad con sus compañeros Porthos y Aramis, y si estos recordaban haberle visto sonreír con frecuencia, nunca le habían oído reír. Era parco y expresivo en el hablar, y decía siempre lo que decir quería, ni

una palabra más, sin adornos ni recamados. Su conversación era un suceso sin episodios.

Aunque Athos apenas frisaba los treinta y física y moralmente era de privilegiada hermosura, no se sabía que tuviese amante. Nunca hablaba de mujeres, pero no se oponía a que en su presencia hablaran de ellas, por más que era visible que semejantes conversaciones, en las que únicamente tomaba parte para soltar algunas palabras acerbas o tal cual noción misantrópica, le desagradaban del todo. Su reserva, su esquivez y su mutismo hacían de él casi un anciano; así pues, y para no modificar sus hábitos, había acostumbrado a Grimaud a obedecerle a un simple ademán, o a un sencillo movimiento de labios. Si le hablaba, era únicamente en circunstancias graves.

En algunas ocasiones, Grimaud, que temía a su amo más que a una tempestad, a la vez que era un gran devoto de su persona y un admirador sincero de su talento, creyendo interpretar los deseos de aquel, se apresuraba a ejecutar la orden recibida y hacía precisamente lo contrario. Entonces Athos encogía los hombros y, sin encolerizarse lo más mínimo, vapuleaba a Grimaud. En tales días el mosquetero apenas hablaba.

Porthos, como ya habrá podido ver el lector, era, en cuanto al carácter, el reverso de Athos: no solamente hablaba mucho, sino en voz muy alta; y es que, haciéndole justicia, le daba igual que le escucharan o no; hablaba por el gusto de hablar y por escucharse a sí mismo; todo pasaba por el tamiz de su lengua, menos las ciencias, alegando, sobre el particular, el odio inveterado que, según él decía, llevaba desde su infancia a los sabios. No tenía un aspecto tan señoril como Athos, lo cual, en los comienzos de sus amistades, lo había hecho más de una vez injusto para con tan cumplido caballero, a quien se esforzó entonces en sobrepujar por la esplendidez de su tocado. Pero con su sencillo casacón de mosquetero y solo por la gallardía con la que echaba atrás la cabeza y adelantaba el pie, Athos conquistaba ipso facto el sitio que le pertenecía, dejando relegado a segunda fila al fastuoso Porthos. Este se consolaba de tales descalabros llenando la antesala de m. de Tréville y los cuerpos de guardia del Louvre con el ruido de sus lances amorosos, de que Athos nunca hablaba; y, por el momento, después de haber pasado de la nobleza de toga a la nobleza de pergaminos, de la golilla a la baronesa, según Porthos se trataba nada menos que de una princesa extranjera que le quería más que a las niñas de sus ojos.

«Tal amo, tal criado», dice un antiguo refrán. Pasemos pues del criado de Athos al criado de Porthos, de Grimaud a Mousqueton.

Era, este, un normando a quien su amo cambiara el pacífico nombre de Boniface por el infinitamente más sonoro de Mousqueton. Mousqueton, pues, había entrado a servir a Porthos con la única condición de que este lo alojara y lo vistiera, pero de un modo magnífico; no reclamaba el normando más que dos horas libres por día para

consagrarlas a cierta industria que debía proveer a sus demás necesidades. Porthos aceptó el trato, y nunca tuvo motivo para arrepentirse. De sus jubones viejos y de sus capas de repuesto mandaba labrar los trajes de su criado, y gracias a un sastre muy hábil que le dejaba como flamantes sus ropas, volviéndolas al revés, y cuya esposa tenía fama de querer apear a Porthos de sus hábitos aristocráticos, Mousqueton hacía un papel lucido cuando acompañaba a su amo.

En cuanto a Aramis, del que estimamos haber dado a conocer suficientemente el carácter, que, por otra parte, como el de sus compañeros, tendremos ocasión de seguir en su desenvolvimiento, su lacayo se llamaba Bazin, el cual, gracias a la esperanza que su amo sustentaba de ordenarse, siempre vestía de negro, como corresponde al servidor de un hombre de iglesia. Era Bazin natural de la región de Berry, de treinta y cinco a cuarenta años, manso, apacible, regordete, que en los momentos que le dejaba libres su amo se ocupaba en leer libros piadosos, y condimentaba para dos una comida de pocos platos, pero excelente. Por lo demás, Bazin era mudo, ciego y sordo, y de una fidelidad a toda prueba.

Ahora que, superficialmente por lo menos, conocemos a los amos y a los criados, hablemos de las habitaciones respectivas.

Athos vivía en la rue de Férou, a dos pasos del Luxembourg, en una casa de huéspedes, cuya patrona, aún joven y verdaderamente hermosa, le echaba, aunque en vano, el ojo, y su habitación se componía de dos reducidas piezas limpiamente alhajadas. Acá y allá, en las paredes de aquella humilde vivienda brillaban algunos restos de pasada grandeza: por ejemplo, una espada ricamente damasquinada, del tiempo de Francisco I de Francia, de empuñadura incrustada de piedras preciosas, que valía por sí dos tientas pistolas, no obstante lo cual Athos no había querido venderla ni empeñarla en sus más grandes apuros. Por largo espacio, aquella espada había excitado de tal suerte la concupiscencia de Porthos, que este habría dado diez años de su vida para poseerla. Y aun intentó pedírsela prestada una vez que cierta duquesa le había dado una cita; pero Athos, sin proferir palabra, vació sus faltriqueras, reunió todas sus alhajas, agujetas y cadenas de oro, y se las ofreció a Porthos; en cuanto a la espada, le dijo que estaba sellada en su sitio hasta que su dueño no dejara aquella habitación. Además de la espada de la que acabamos de hacer mérito, en la vivienda de Athos había un retrato que representaba un señor del tiempo de Enrique III de Francia, elegantísimamente ataviado, y que ostentaba la cruz de la orden del Espíritu Santo. El mencionado retrato tenía cierto parecido con Athos, cierto aire de familia, que indicaban que aquel gran señor, caballero de las órdenes del rey, era su antepasado. Por último, y formando un centro de chimenea que rabiaba de verse allí haciendo marcado contraste con el resto de la guarnición, había un suntuoso cofrecito de orfebrería, del que Athos llevaba siempre la llave consigo. Una vez Athos abrió el cofrecito en presencia de Porthos, el cual pudo cerciorarse de

que aquella preciosa alhaja solo encerraba cartas y documentos: indudablemente, cartas de amor y documentos de familia.

Porthos vivía en la rue du Vieux-Colombier, en una habitación grande y de apariencia suntuosa. Cada vez que nuestro gigante pasaba con algún amigo suyo por delante de sus ventanas, en una de las cuales, y vestido de gran librea, estaba perennemente asomado Mousqueton, levantaba la cabeza y la mano, y decía: «Esta es mi casa». Pero nunca lo encontraban en ella, ni a ella convidaba a subir a persona alguna; así es que nadie podía formarse idea de las riquezas que se escondían tras aquella suntuosa apariencia.

En cuanto a Aramis, vivía en una pequeña estancia compuesta de retrete, comedor y dormitorio, el cual dormitorio, situado en la planta baja como el resto de la habitación, daba a un jardincito bien conservado, verde, umbroso e impenetrable a las miradas de los vecinos.

Respecto a D'Artagnan, ya hemos dicho cómo estaba alojado, como también hemos entrado en relaciones con su lacayo Planchet.

D'Artagnan, que era de por sí muy curioso, como lo son los intrigantes, hizo cuanto pudo para saber a punto fijo quiénes eran Athos, Porthos y Aramis, porque era indudable que tras aquellos nombres de guerra, cada uno de ellos escondía su noble apellido, Athos sobre todo, que a una legua olía a gran señor. Se dirigió, pues, nuestro gascón a Porthos para que le ilustrara respecto de Athos y Aramis, y a este último para que le pusiese al tanto acerca de Porthos.

Por desgracia, ni el propio Porthos no sabía sobre la vida de su taciturno compañero más que lo que de ella traspirara. Decían que Athos había sido muy desgraciado en amores, y que para siempre jamás le había amargado la existencia una traición terrible. Cual fuese esta traición, lo ignoraba todo el mundo.

Referente a Porthos, excepto su verdadero nombre, conocido únicamente de m. de Tréville, así como el de sus dos compañeros, su vida era fácil de conocer. Vanidoso e indiscreto, ni un cristal era más trasparente que él. Lo único que pudiera haber extraviado al investigador es que las gentes hubiesen creído todo lo bueno que él decía de sí mismo.

Aramis, si bien aparentaba no tener secretos, era arca de misterios, y si se mostraba más que parco al responder a las preguntas que sobre los demás le dirigían, cerraba los oídos a las que hacían referencia a él. Una vez, D'Artagnan, después de haberle interrogado largo y tendido respecto de Porthos y habiéndose puesto al corriente del rumor que acerca de los amores del mosquetero con una princesa cundía, se empeñó en saber también a qué atenerse sobre los galanteos de su interlocutor.

—¿Y vos, mi querido compañero —le dijo—, vos que habláis de las baronesas, condesas y princesas de los demás?

—Con vuestra licencia —interrumpió Aramis—, si he dicho lo que he dicho es porque el mismo Porthos lo divulga, porque él en persona ha proclamado en mi presencia todas esas lindezas; pero tened la seguridad de que de saberlas yo por otro conducto, o de habérmelas él confiado, no habría confesor más discreto que yo.

—Lo creo —repuso D'Artagnan—; pero sea lo que fuere, me parece que también vos estáis bastante familiarizado con los escudos de armas, y si no, hable por mí cierto pañuelo bordado al que debo la honra de conoceros.

Esta vez no se incomodó Aramis, pero tomó el ademán más modesto que supo y contestó afectuosamente:

—No olvidéis que ansío pertenecer a la Iglesia, mi querido amigo, y que rehúyo todas las ocasiones mundanas. El pañuelo que visteis no me lo confiaron; se lo dejó olvidado en mi casa uno de mis amigos, y no tuve más remedio que recogerlo para no comprometerle a él y a la dama por quien él suspira. Yo no tengo amante, ni quiero, siguiendo en este punto al muy juicioso Athos, que tampoco tiene.

—¡Qué diablos! Vos servís en los mosqueteros, no sois cura.

—Soy mosquetero interinamente, mi caro amigo, como dice el cardenal, mosquetero contra mi voluntad, pero sacerdote de corazón, os lo aseguro. Athos y Porthos me han hecho ingresar en el cuerpo para ocuparme; en el momento de ordenarme tuve una ligera disputa con… Pero eso no os interesa, y os estoy robando un tiempo precioso.

—No, por mi vida —exclamó D'Artagnan—; lo que me estáis refiriendo me interesa grandemente, y nada, nada en absoluto tengo que hacer en este momento.

—Pues yo sí —replicó Aramis—; me está llamando mi breviario, tengo que componer unos versos que me ha pedido mm. D'Aiguillon, y luego debo acercarme a la rue de Saint-Honoré y comprar colorete para mm. de Chevreuse; ya veis pues que si a vos nada os apremia, yo tengo mucha prisa.

Y Aramis tendió afectuosamente la mano a su joven compañero y se despidió de él.

Como por mucho que hizo, D'Artagnan no pudo averiguar más respecto de sus tres nuevos amigos, resolvió admitir, de momento, cuanto se decía acerca del pasado de aquellos, con la esperanza de que lo venidero le haría revelaciones más ciertas y más amplificadas. Entre tanto, tuvo a Athos por un Aquiles, a Porthos por un Ayax, y por un José al socarrón de Aramis.

Por lo demás, los cuatro jóvenes llevaban una vida alegre: Athos jugaba, y siempre con desgracia. A pesar de ello, nunca pedía prestado dinero a sus amigos, por más que su bolsa estuviera siempre abierta para ellos; y si jugaba bajo palabra, hacía despertar a su acreedor a las seis de la mañana para pagarle la deuda de la víspera.

Porthos tenía arrebatos: en tales ocasiones, si ganaba, se mostraba insolente y liberal; si perdía, se eclipsaba totalmente por algunos días, tras los cuales reaparecía con el rostro lívido y mal gesto, pero con la bolsa henchida.

Aramis nunca jugaba. Era el mosquetero más malo y el más fastidioso comensal que imaginar se pueda. Siempre tenía qué hacer. En ocasiones, a la mitad de una comida, cuando todos y cada uno, en medio de los vapores del vino y en el calor de la conversación, creían que aún había para dos horas de mesa, Aramis consultaba su reloj, se levantaba, sonriéndose graciosamente, y se despedía de la concurrencia para irse, según él decía, a consultar a un casuista con quien tenía cita. Otras veces se volvía a su casa para escribir una tesis, y solicitaba de sus amigos que no le distrajesen.

En tales casos, Athos se sonreía con la melancólica expresión que tan bien sentaba a su noble semblante, y Porthos trasegaba en su estómago un vaso de vino, mientras afirmaba que Aramis nunca pasaría de cura de aldea.

Planchet, el criado de D'Artagnan, soportó noblemente la buena fortuna; recibía treinta sueldos al día, y durante un mes regresó a casita alegre como un pinzón y lleno de afabilidad para con su amo; pero cuando el viento de la adversidad se desencadenó sobre la vivienda de la rue des Fossoyeurs, o si decimos cuando estuvieron comidas, o poco faltaba, las cuarenta pistolas de Luis XIII, empezó a lanzar quejas que a Athos le parecieron nauseabundas, a Porthos indecentes, y a Aramis ridículas. Athos aconsejó, pues, a D'Artagnan que despidiese al pícaro, pero al parecer de Porthos, no sin antes haberle vapuleado, a lo que Aramis sustentó que un amo no debe escuchar más palabras que las que se digan en su alabanza.

—Esto poco os cuesta decirlo —replicó D'Artagnan—: a vos, Athos, porque no cruzáis palabra con Grimaud y se las vedáis, y por consiguiente nunca andáis con él en dimes y diretes; a vos, Porthos, porque vivís ostentosamente, y sois un dios para Mousqueton; y, finalmente a vos, Aramis, porque perdurablemente absorto en vuestros estudios teológicos, inspiráis el más profundo respeto a Bazin, hombre manso y religioso; pero yo, que no soy hombre de crédito ni de haberes, que no soy mosquetero ni siquiera guardia, ¿qué me es dable hacer para inspirar afecto, terror o respeto a Planchet?

—Esto es grave —respondieron los tres amigos—; atañe a la vida doméstica; igual que con las mujeres pasa con los criados: hay que ponerlos enseguida en el sitio en que uno quiere que permanezcan. Reflexionad, pues.

D'Artagnan reflexionó, efectivamente, y lo que resolvió fue aporrear previamente a Planchet, como lo hizo, con el ardor que el mozo ponía en todo; luego, después de haber molido a palos al mezquino, le vedó que lo plantara sin su licencia, arguyendo que el porvenir no podía menos de mostrársele propicio, y que, por lo tanto, esperaba tiempos mejores.

—Así pues —dijo por añadidura D'Artagnan a Planchet—, te vendrá como llovida la fortuna si continúas a mi servicio, y soy bastante buen amo para no quitártela accediendo a despedirte.

Esta manera de obrar inspiró gran respeto a los mosqueteros acerca de la política de D'Artagnan, y la más profunda admiración a Planchet, que no volvió a hablar de marcharse.

Los cuatro jóvenes habían acabado por hacer vida común; D'Artagnan, que no tenía hábito alguno, pues acababa de llegar de su provincia y caía en medio de una sociedad nueva para él, adquirió sin tardanza los de sus amigos.

Los cuatro se levantaban a las ocho de la mañana en invierno y a las seis en verano, y se iban a tomar, amén de la consigna, el pulso a los asuntos al palacio de m. de Tréville. D'Artagnan, aunque no era mosquetero, hacía el servicio de tal con puntualidad notable: siempre estaba de guardia, por la sencillísima razón de que siempre hacía compañía a aquel de sus amigos que de los tres la montaba. No había en el palacio mosquetero que no lo conociera ni lo tuviese por un buen compañero, y m. de Tréville, que de buenas a primeras lo estimara en lo que valía, y le profesaba hondo afecto, no cesaba de recomendarlo al monarca.

Por su parte, los tres mosqueteros querían de manera entrañable a su joven camarada. La amistad que unía a aquellos cuatro hombres, y la necesidad de verse tres o cuatro veces todos los días, sea para un duelo, ya para asuntos particulares o para divertirse, les hacía correr sin cesar uno en pos de otro; a los inseparables siempre se les encontraba buscándose mutuamente desde el Luxembourg a la place Saint-Sulpice o de la rue du Vieux-Colombier al Luxembourg.

Entre tanto, las promesas de m. de Tréville iban camino de realizarse, tanto, que un buen día el rey ordenó al caballero Des Essarts que, en calidad de cadete, admitiese en su compañía de guardias a D'Artagnan; el cual se puso, suspirando, aquel uniforme, que a cambio de diez años de su existencia habría trocado por el casacón de mosquetero. Pero como m. de Tréville prometió este favor al mozo para después de un noviciado de dos años —que podía ser abreviado si a D'Artagnan se le presentaba coyuntura de prestar algún servicio al rey o de hacer una acción meritoria—, nuestro héroe se retiró, confiado en tal promesa, y empezó su servicio al día siguiente.

Entonces fueron Athos, Porthos y Aramis quienes montaban a su vez la guardia con D'Artagnan cuando este de guardia estaba; con lo cual la compañía del caballero Des Essarts tomó, en lugar de uno, cuatro hombres el día que D'Artagnan ingresó en ella.

VIII

UNA INTRIGA PALACIEGA

Como todo lo del mundo, las cuarenta pistolas del rey Luis XIII, después de haber tenido principio tuvieron fin, y su fin dejó en la escasez a nuestros cuatro amigos. En los comienzos, Athos había sostenido durante una temporada y con sus propios recursos la asociación; luego le sucedió Porthos, y gracias a una de las desapariciones a las que todos estaban acostumbrados, el gigante pudo subvenir aún por espacio de una quincena a las necesidades comunes; y por último tocó la vez a Aramis, el cual logró procurarse algunas pistolas, gracias, según dijo, a la venta de sus libros de teología.

Entonces recurrieron, como de costumbre, a m. de Tréville, quien les hizo algunos anticipos sobre la soldada; pero tales anticipos no podían sacar de apuros a tres mosqueteros que ya tenían muchas cuentas atrasadas, y a un guardia que no las tenía siquiera.

Por último, cuando vieron que iban a quedarse definitivamente sin recursos, hicieron el postrer esfuerzo, con lo que consiguieron reunir ocho o diez pistolas que Porthos jugó; pero por desgracia el gigante estaba de malas, y lo perdió todo, más veinticinco pistolas bajo palabra.

Entonces el apuro se convirtió en ruina, y los cuatro amigos recorrieron con avidez, seguidos de sus lacayos, los malecones y los cuerpos de guardia, recogiendo entre los amigos no asociados, digámoslo así, cuantas comidas les fue posible; porque, según dictamen de Aramis, en la prosperidad debe uno sembrar banquetes a diestro y a siniestro para recoger algunos en la desgracia.

Athos fue convidado cuatro veces y otras tantas llevó consigo a sus amigos con sus lacayos; Porthos lo fue seis, e hizo como Athos, y Aramis, que, como ya lo habrá advertido el lector, era hombre que hablaba poco y hacía mucho, no lo fue menos de ocho veces.

En cuanto a D'Artagnan, que aun no conocía a persona alguna en París, solo pescó un almuerzo de chocolate en casa de un cura paisano suyo, y una comida en casa de un corneta de los guardias. No es necesario decir que el mozo condujo a sus amigos a casa del cura, de quien devoraron la provisión de dos meses, y a la del corneta, que hizo maravillas; pero, como decía Planchet, por mucho que uno coma de una sentada, no come más que una vez.

A D'Artagnan le dejó, pues, más que medianamente humillado el no haber podido ofrecer sino una comida y media a sus compañeros, pues el almuerzo en casa del cura no podía ser contado más que como media comida, en comparación con los festines que se procuraran Athos, Porthos y Aramis. Se consideraba, pues, como una carga para la sociedad, olvidando, en su buena fe juvenil, que él había nutrido a la sociedad durante un mes; y bajo el influjo de su preocupación empezó a devanarse los sesos, sacando en limpio de sus reflexiones que aquella alianza de cuatro hombres jóvenes, valerosos, emprendedores y activos, debía tener otro fin que el de andorrear, el de ejercitarse en la esgrima y el de soltar bufonadas más o menos agudas.

En efecto, cuatro hombres como ellos, consagrados uno a otro desde la bolsa hasta la vida, cuatro hombres que se prestaran siempre mutuo apoyo y nunca retrocediesen, que juntos o aisladamente ejecutaran las resoluciones tomadas en común; cuatro brazos que a los cuatro puntos cardinales amenazaran o se volviesen contra un solo punto, encubiertamente o al descubierto, por mina o por trinchera, por la astucia o por la fuerza, debían abrirse camino hacia el fin propuesto, por muy bien defendido y alejado que estuviese. Lo único que admiraba a nuestro gascón es que sus amigos no hubiesen pensado en eso. Y él en eso pensando estaba, y muy en serio, enfrascándose en meditaciones para hallar una dirección a aquella fuerza única multiplicada por cuatro, con la cual tenía por cierto que, como con la palanca que buscaba Arquímedes, lograrían levantar el mundo, cuando sonaron en la puerta unos golpecitos muy suaves.

—Ve a abrir —dijo D'Artagnan, despertando a Planchet.

No porque hayamos dicho que D'Artagnan despertara a su criado imagine el lector que era de noche. No, acababan de sonar las cuatro de la tarde, y dos horas antes, Planchet había pedido de comer a su amo, que se limitara a recordarle el refrán que reza que quien duerme come. Y Planchet comía durmiendo.

En esto entró en la habitación un hombre de fisonomía cándida y aspecto vulgar.

Planchet, para postres, querría haber oído la conversación; pero el recién llegado manifestó que lo que tenía que decir a D'Artagnan era importante y confidencial, y deseaba quedarse con él a solas.

D'Artagnan despidió, pues, a su criado e hizo tomar asiento a su visitador.

Por espacio de algunos segundos reinó en la pieza el más profundo silencio, durante el cual los dos hombres se miraron uno a otro como para estudiarse previamente; luego, D'Artagnan inclinó la cabeza como en señal de que estaba pronto a escuchar.

—Me han dicho que el m. D'Artagnan era mozo robusto y valiente —profirió el desconocido—, y lo justo de semejante fama me ha decidido a confiarle un secreto.

—Decid, caballero —repuso D'Artagnan, que por instinto olió una ganga.

—Mi mujer es costurera de la reina —continuó tras una nueva pausa el desconocido—, y no es tonta ni fea. Van para tres años que me hicieron tomarla por esposa, aunque su caudal era pequeño, porque m. La Porte, el criado de confianza de la reina, es su padrino y la protege…

—¿Y qué? —preguntó D'Artagnan.

—Que han robado a mi mujer esta mañana al salir de su cuarto de costurera.

—¿Quién le ha robado?

—No lo sé, pero lo supongo.

—¿De quién sospecháis?

—De un hombre que hace tiempo la requebraba.

—¡Diantre!

—Sin embargo —continuó el visitador—, si queréis que os hable con franqueza, os diré que en ese negocio más juega la política que no el amor, como si lo viera.

—¿Que la política juega más que el amor en ese negocio? —repuso D'Artagnan con rostro imaginativo—. ¿Y qué sospecháis vos?

—Eso no sé si debería decíroslo…

—¡Caballero! —profirió el mozo—, notad que yo nada os pregunto. El que ha venido aquí sois vos; vos el que me habéis dicho que teníais que confiarme un secreto. Haced, pues, lo que os acomode; todavía estáis a tiempo de retiraros.

—No, me parecéis mozo honrado y confío en vos. Digo, pues, que lo que a mí me parece es que a mi mujer no le han robado a causa de sus amores, sino de los amores de una dama más encumbrada que ella.

—¡Ah! ¿Radicará la causa en los amores de mm. de BoisTracy? —repuso D'Artagnan, afanoso de aparentar, ante su interlocutor, que estaba al corriente de los enredos de la corte.

—Subid mucho más alto, caballero, mucho más.

—¿De mm. D'Aiguillon?

—Todavía más alto.

—¿De mm. de Chevreuse?

—Más, mucho más alto.

—¿De la?… —profirió D'Artagnan, interrumpiéndose.

—Habéis adivinado, caballero —respondió el desconocido, lleno de espanto y en voz tan baja que el mozo apenas pudo oírle.

—¿Y con quién?

—¿Con quién puede ser sino con el duque de…?

—¡El duque de…!

—Sí, señor —respondió el interlocutor de D'Artagnan.

—¿Y cómo lo sabéis, vos?

—¿Cómo lo sé?

—Sí; y no me vengáis con confidencias mancas, o… Y basta, ya me comprendéis.

—Lo sé por mi mujer, caballero, por boca de mi mismísima mujer.

—¿Y por quién lo supo ella?

—Por m. La Porte. ¿No os he dicho ya que mi mujer era la ahijada de m. La Porte, confidente de la reina? Pues bien, m. La Porte puso junto a su majestad a mi mujer, para que por lo menos nuestra pobre reina tuviese alguien en quien confiar, abandonada como se ve por el rey, espiada por el cardenal y vendida por todos.

—Esto ya empieza a cobrar forma —dijo D'Artagnan.

—Ahora bien —prosiguió el desconocido—, mi mujer, que según lo estipulado tenía que venir a verme dos veces por semana, porque, como ya os he manifestado, me ama entrañablemente, estuvo en mi casa hace cuatro días y me comunicó en confianza que en esos momentos la reina tenía grandes temores.

—¿De veras?

—Como os digo. Por lo que se ve, m. el cardenal la acosa como nunca. ¡Ah!, no le perdona la historia de la zarabanda.

¿Conocéis la historia de la zarabanda, vos?

—¡Que si la conozco! —respondió D'Artagnan, que la ignoraba de todo en todo, pero que quería aparentar que estaba al corriente.

—De modo que ahora ya no es el odio lo que mueve a m. el cardenal contra la reina, sino la venganza.

—¡De veras!

—Y la reina cree…

—¿Qué cree la reina?

—Que alguien ha escrito en su nombre a m. duque d Buckingham.

—¿En nombre de la reina?

—Sí, para atraer aquí al duque, a París, y una vez en París, hacerle caer en algún lazo.

—¡Diablos! Pero ¿qué pito toca vuestra mujer en ese asunto?

—Saben que es muy devota de la reina, y o bien tienen empeño en alejarla de su señora, o quieren intimidarla para arrancarle los secretos de su majestad, o se proponen seducirla para servirse de ella como de un espía.

—Puede —dijo D'Artagnan—; pero ¿vos conocéis al hombre que le ha robado?

—Ya os he manifestado que sospechaba quien era.

—¿Y se llama?

—Lo ignoro; lo único que me consta es que es un secuaz del cardenal, el instrumento ciego de su eminencia.

—Pero ¿le habéis visto vos?

—Sí, mi mujer me lo mostró un día.

—¿Tiene alguna seña particular por la cual pueda conocérsele?

—Sí, es un caballero de gallarda apostura, pelinegro, atezado, de mirada penetrante, dientes blancos, y con una cicatriz en la sien.

—¡Una cicatriz en la sien, y dientes blancos, mirada penetrante, color moreno, pelo negro y gallarda apostura! ¡Ese es el fulano de Meung! —exclamó D'Artagnan.

—¿El fulano de Meung, decís?

—Sí, pero eso nada tiene que ver, digo mal, eso simplifica grandemente el asunto; si el hombre a quien os referís es el mismo a quien yo me refiero, mataré dos pájaros de un tiro, y nada más. Pero ¿dónde podré encontrar a ese sujeto?

—No lo sé.

—¿Ni tampoco dónde vive?

—Tampoco; una vez que acompañé a mi mujer al Louvre, él salía en el instante en que yo iba a entrar, y ella me lo mostró.

—Ta, ta, ta —murmuró D'Artagnan—, todo eso es muy vago. ¿Por quién habéis sabido el rapto de vuestra mujer?

—Por m. La Porte.

—¿Y ese señor os ha dado a conocer alguna circunstancia?

—Respecto del particular es tan ignorante como yo.

—¿Y por otro conducto nada habéis sabido?

—Sí, ha llegado a mis manos…

—¿Qué?

—No sé si estoy cometiendo una gran imprudencia.

—¿Volvéis a las andadas? Sin embargo, ahora os haré observar que ya es demasiado tarde para retroceder.

—Y no retrocedo —exclamó el visitador, echando un voto para darse aliento—. Por otra parte, como Bonacieux que me llamo…

—¿Se llama Bonacieux vuestra merced? —interrumpió D'Artagnan.

—Sí, señor.

—Perdonad si os he quitado las palabras de la boca, pero me ha parecido que ese nombre no me era extraño.

—Nada tiene de particular, soy vuestro casero.

—¡Ah!, ¡ah! —profirió el mozo, medio levantándose y haciendo una cortesía—. ¿Vos sois mi casero?

—Sí, señor; y como hace tres meses que vivís en mi casa, y absorto indudablemente en vuestras graves ocupaciones os habéis olvidado de pagarme el alquiler, a pesar de lo cual no os he molestado para nada, he imaginado que tendríais en consideración mi delicadeza.

—Ya os he dicho, mi querido m. Bonacieux, que os estoy profundamente agradecido por vuestras atenciones, y que si en algo puedo ser útil…

—Os creo, os creo, y como ya os he dicho, tengo confianza en vos.

—Acabe su merced lo que ha empezado a decirme. Bonacieux sacó de su faltriquera una carta, y la entregó a D'Artagnan.

—¡Una carta! —profirió el mozo.

—La he recibido esta mañana.

D'Artagnan desdobló el pliego y, como empezaba a oscurecer, se acercó a la ventana, adonde le siguió Bonacieux.

Ved lo que D'Artagnan leyó:

> No busquéis a vuestra mujer; cuando ya no se necesite de ella, os será restituida. ¡Ay de vos si dais un solo paso para encontrarla!

—Esto es hablar sin ambages —dijo D'Artagnan—; pero ¡bah!, al fin y a la postre, no es más que una amenaza.

—Bien, sí, pero una amenaza que me aterroriza. ¡Ay!, señor, yo no soy hombre de armas tomar, y tengo un miedo espantoso a la Bastille.

—¡Dios santo! Como si yo no la temiera también —repuso D'Artagnan—. Si no se tratase más que de una estocada, todavía.

—Sin embargo, para el caso había contado con vos.

—¿Sí?

—Al veros siempre rodeado de mosqueteros de marcialísimo continente, y conociendo que los tales mosqueteros eran los de m. de Tréville, y por tanto enemigos irreconciliables del cardenal, pensé que a vos y a vuestros amigos os vendría como anillo al dedo jugarle una mala pasada a su eminencia, haciendo al mismo tiempo justicia a nuestra pobre soberana.

—Ciertamente.

—Además, supuse que debiéndome, como me debéis, tres meses de alquiler y no habiéndoos yo dicho nunca una palabra sobre el particular…

—Ya me habéis dado esta razón que, por otra parte, considero excelente.

—Esto sin contar que mientras me hagáis la honra de permanecer en mi casa, os doy por quito de alquileres.

—Muy bien.

—A lo cual podéis añadir que si, lo que no es probable, andáis momentáneamente escaso de dinero, os ofrezco cincuenta pistolas.

—Miel sobre hojuelas; ¿conque estáis rico, mi querido señor?

—Vivo con desahogo; he acumulado algo así como dos o tres mil escudos de renta comerciando en mercería, y principalmente interesando algún dinero en el primer viaje del célebre navegante Jean Mocquet; de modo que, como comprenderéis fácilmente… Pero ¿qué estoy viendo? —exclamó Bonacieux.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó D'Artagnan.

—Allí, en la calle, en el hueco de la puerta frontera: un hombre enmascarado. ¡Ah! ¡Es él!

—¡Él es! —exclamó a su vez D'Artagnan, quien precipitándose sobre su espada, al igual que Bonacieux, conoció al individuo—. ¡Ah! Ahora sí que no se me escapa.

Y desenvainando, el mozo se lanzó fuera del aposento, y del aposento a la escalera, donde topó con Athos y Porthos, que venían a verle, y entre los cuales pasó como disparada saeta.

—¿Adónde vas de esta suerte? —le preguntaron a una los dos mosqueteros.

—Al encuentro del fulano de Meung —respondió D'Artagnan, desapareciendo.

D'Artagnan había contado más de una vez a sus amigos su aventura con el desconocido, así como la aparición de la hermosa viajera a la cual aquel individuo confiara una importante misiva.

Según el parecer de Athos, D'Artagnan había perdido la carta en medio del tumulto, ya que un hidalgo tal cual lo pintara el mozo era incapaz de cometer la bajeza de robar una carta; Porthos no había visto en el asunto más que una cita de amor dada por una dama a un caballero, o al revés, cita turbada por la presencia de D'Artagnan y de su jaco amarillo, y Aramis, manifestado que siendo, como eran, misteriosos tales hechos, valía más no profundizarlos.

Comprendieron, pues, Athos y Porthos de qué se trataba por las contadas palabras que se le escaparon a D'Artagnan, y como imaginaron que después de haber encontrado al individuo de marras o haberle perdido de vista, su compañero se volvería a casa, continuaron escalera arriba.

Al entrar en la habitación de D'Artagnan, los dos mosqueteros la encontraron vacía; Bonacieux, temeroso de las consecuencias del choque entre el mozo y el desconocido, y haciendo buenas las palabras que respecto de su carácter profiriera, había juzgado prudente retirarse.

IX

D'ARTAGNAN VA DÁNDOSE A CONOCER

Cual Athos y Porthos previeran, media hora después D'Artagnan estaba de regreso en su casa. Esta vez también el desconocido se había escapado, digámoslo así.

D'Artagnan, tras haber recorrido espada en mano las circunvecinas calles sin dar con títere que se pareciese al individuo en pos del cual saliera, pensó en lo que debía haber pensado desde un principio, esto es, en llamar a la puerta a la que arrimado estaba el misterioso personaje; pero inútilmente dio uno y otro aldabazo, nadie respondió a la llamada; solo algunos vecinos, atraídos por el estruendo, se asomaron a puertas y ventanas para decir a nuestro mozo que en aquella casa —de la que, por lo demás, estaban cerradas todas las aberturas— hacía seis meses que no habitaba bicho viviente.

Mientras D'Artagnan iba desempedrando calles y llamando a las puertas, Aramis se había reunido con sus compañeros, de modo que cuando el gascón entró de nuevo en su vivienda, encontró junta magna.

—¿Qué tal? —preguntaron a una los tres mosqueteros al ver a D'Artagnan sudoriento y turbado por la cólera.

—¿Qué? —exclamó el mozo, lanzando su espada sobre la cama—, que es menester que ese hombre sea el diablo en carne y hueso; ha desaparecido como un fantasma, como una sombra, como un espectro.

—¿Creéis vos en las visiones? —preguntó Athos a Porthos.

—¿Yo? Solo creo lo que veo, y como nunca he visto visiones, no creo en ellas.

—Pues la Biblia nos impone el deber de creer en ellas —dijo Aramis—: a Saúl se le apareció Samuel, y es este un artículo de fe que sentiría muy de veras que Porthos pusiera en tela de juicio.

—Sea lo que fuere, hombre o diablo, cuerpo o fantasma, ilusión o realidad, ese hombre ha nacido para mi condenación —repuso D'Artagnan—, pues su fuga nos echa a perder un negocio magnífico, en el cual había una ganancia de cien o más pistolas.

—¿Cómo? —preguntaron Porthos y Aramis.

En cuanto a Athos, fiel a su mutismo, se limitó a interrogar a D'Artagnan con la mirada.

—Planchet —dijo D'Artagnan a su criado, que en aquel instante asomaba el hocico por la abertura de la puerta para ver si pescaba algunas palabras de la conversación—, bajad a casa de mi casero, m. Bonacieux, y de mi parte que haga subir media docena de botellas del de Beaugency, que es el que yo prefiero.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Conque tenéis crédito abierto en casa de vuestro casero? —preguntó Porthos.

—Sí —respondió D'Artagnan—, desde hoy, y no temáis, si el vino que nos envíe es malo, mandaremos a por otro.

—Bueno es usar, pero no abusar —dijo sentenciosamente Aramis.

—Siempre he dicho que el más despejado de todos nosotros era D'Artagnan —profirió Athos, sumergiéndose nuevamente en su peculiar silencio después de haber emitido esta opinión, a la cual el mozo respondió haciendo una reverencia.

—Pero en definitiva, ¿qué pasa? —preguntó Porthos.

—Esto es, ¿qué pasa? —repuso Aramis—; digo, siempre y cuando no se halle comprometida en esta confidencia la honra de alguna dama. De ser así, más vale que os deis un punto a la boca.

—Lo que tengo que deciros no será en ofensa de nadie —respondió D'Artagnan.

El cual refirió con toda menudencia a sus amigos lo que acababa de pasar entre él y su casero, así como que el hombre que robara la mujer de aquel era el mismísimo con quien él había tenido que habérselas en la posada del Franc Meunier.

—No es malo el negocio —dijo Athos, después de haber catado el vino cual hiciera un experto y tras indicar con un movimiento de cabeza que lo hallaba bueno—; a ese buen hombre podrán sacársele de cincuenta a sesenta pistolas. Ahora lo que falta saber es si esa cantidad vale tanto la pena como para arriesgar cuatro cabezas.

—Advertid que en el negocio anda una mujer raptada, a quien indudablemente amenazan, y tal vez martirizan, y todo porque es fiel a su señora —dijo D'Artagnan.

—Idos con tiento, D'Artagnan —profirió Aramis—, a mi parecer os interesáis en demasía por la suerte de mm. Bonacieux. La mujer ha sido creada para nuestra perdición; de ella nos vienen todas nuestras miserias.

Athos, al escuchar esta sentencia de Aramis, frunció el ceño y se mordió los labios.

—No es mm. Bonacieux la que me inspira cuidados, sino la reina, abandonada por el monarca, perseguida por el cardenal, y que una tras otra ve caer las cabezas de sus amigos —profirió D'Artagnan.

—¿Por qué tiene, pues, tanto apego a lo que nosotros detestamos más en el mundo, a los españoles y a los ingleses?

—Porque España es su patria, y es muy natural que quiera a los españoles, como hijos que son de la tierra misma en que ella nació. En cuanto al segundo cargo que le hacéis, he oído decir que no profesaba afecto a los ingleses, sino a un inglés.

—Y hay que confesar que ese inglés es digno de ser amado: no he visto en mi vida un garbo cortesano como el suyo —repuso Athos.

—Sin contar que viste como no hay quien le iguale —añadió Porthos—. Yo estaba en el Louvre el día en el que sembró sus perlas, y por mi vida que recogí dos que vendí a diez pistolas cada una. Y tú, Aramis, ¿lo conoces?

—Tan bien como vosotros, pues fui uno de los que lo arrestaron en el jardín de Amiens, en el que me había introducido m. de Putange, caballerizo de la reina. Yo estaba, en aquel entonces, en el seminario, y el lance me pareció penoso para el monarca.

—Lo cual no sería obstáculo —dijo D'Artagnan— para que yo cogiese por la mano al duque de Buckingham, si supiera dónde está, y lo condujese en presencia de la reina, no fuese más que para hacer rabiar al cardenal; porque señores, el cardenal es nuestro verdadero, único y eterno enemigo, y si pudiésemos hallar manera de jugarle una mala pasada, expondría gustoso mi cabeza con tal de conseguirlo.

—¿Y el mercero os ha dicho que la reina sospecha que se han valido de una noticia falsa para hacer venir a Buckingham? —preguntó Athos a D'Artagnan.

—Así le parece.

—¡Callad! —dijo Aramis.

—¿Qué hay? —preguntó Porthos.

—Continuad, voy a ver si recuerdo ciertas circunstancias.

—Y ahora juraría —repuso D'Artagnan— que el rapto de esa servidora de la reina tiene conexión con los acontecimientos de los que estamos hablando, y quizá con la presencia del duque de Buckingham en París.

—Ese gascón es hombre de chapa —dijo Porthos con admiración.

—No podéis imaginaros lo que me gusta oírle hablar, su patois me divierte —profirió Athos.

—Escuchad, señores —exclamó Aramis.

—Escuchamos —dijeron a una los tres amigos.

—Ayer estuve en casa de un sabio doctor en teología a quien consulto algunas veces para mis estudios…

Athos se sonrió.

—Conforme a sus gustos y a su profesión, el mentado doctor vive en un barrio solitario —continuó Aramis—. Ahora bien, en el preciso instante en el que yo iba a salir de su casa…

Aquí Aramis se detuvo.

—¿Qué pasó en el instante en el que vos ibais a salir de la casa del doctor? —preguntaron los oyentes.

Aramis hizo, al parecer, un esfuerzo sobre sí mismo, como quien en medio de una mentira tropieza con un obstáculo imprevisto; pero ya no era posible retroceder, sus tres compañeros tenían clavados los ojos en él y estaban con el oído atento.

—El doctor a quien quiero referirme tiene una sobrina —prosiguió Aramis.

—¡Ah! Tiene una sobrina —interrumpió Porthos.

—Dama muy respetable —dijo Aramis. Los tres amigos se rieron.

—Si os reís o ponéis en duda mis palabras —profirió Aramis—, os quedáis a oscuras.

—Somos creyentes como mahometanos y mudos como catafalcos —dijo Athos.

—Prosigo, pues —repuso Aramis—. Dicha sobrina va, de cuando en cuando, a ver a su tío, y como casualmente ayer nos encontramos ella y yo en casa del doctor, no tuve más remedio que brindarme para acompañarla a la carroza.

—¡Ah! ¿Posee carroza la sobrina del doctor? —interrumpió Porthos, que entre otros defectos tenía el de hablar de vicio—; vaya, vaya, estáis muy bien relacionado.

—Os he dicho más de una vez que sois muy indiscreto —repuso Aramis, volviéndose hacia Porthos—, y que esto os desmerece grandemente a los ojos de las mujeres.

—Señores, señores —exclamó D'Artagnan, que columbraba la parte misteriosa del lance—, el asunto es formal; dejémonos pues de chanzas, si es posible. Continuad, Aramis.

—De improviso se me acercó un hombre alto, moreno, de modales señoriles… por el estilo del fulano de marras, D'Artagnan.

—Puede que fuese el mismo —repuso éste.

—Quién sabe —continuó Aramis—; pues sí, se me acercó el individuo aquel, acompañado de cinco o seis hombres que le seguían a unos diez pasos de distancia, y con la mayor cortesía, «Señor duque» me dijo a mí, «y vos, señora» prosiguió, dirigiéndose a la dama a quien daba yo el brazo…

—¿A la sobrina del doctor?

—Callaos, Porthos, estáis inaguantable —profirió Athos.

—«Hacedme la merced de subiros a esta carroza, y esto sin chistar y sin oponer la menor resistencia» —continuó Aramis.

—Os tomó por Buckingham —dijo D'Artagnan.

—Tal creo —respondió el narrador.

—Pero ¿y la dama? —preguntó Porthos.

—El hombre moreno la tomó por la reina —repuso D'Artagnan.

—Ni más ni menos —contestó Aramis.

—Ese gascón es el mismísimo diablo —exclamó Athos—, nada se le escapa.

—La verdad es —dijo Porthos— que Aramis tiene la estatura y algo del empaque del gallardo duque; sin embargo, me parece que el uniforme de mosquetero…

—Llevaba yo una capa descomunal —repuso Aramis.

—¡Diablos! —exclamó Porthos—. ¡Capa en el mes de julio! ¿Acaso el doctor teme que te conozcan?

—Comprendo que el espía se dejase engañar por el porte —profirió Athos—; pero el rostro…

—Casi me lo cubría un gran sombrero —atajó Aramis.

—¡Por la vida del chápiro verde! —profirió Porthos—. ¡Cuántas precauciones para estudiar teología!

—Señores, no perdamos el tiempo en chanzas —exclamó D'Artagnan—; salgamos cada cual por nuestro lado y busquemos a la mujer del mercero; esta es la clave de la intriga.

—¡Una mujer de calidad tan ínfima! ¿Y vos creéis, D'Artagnan…? —repuso Porthos, repulgando la boca con desdén.

—Es la ahijada de La Porte, criado de confianza de la reina. ¿No os lo he dicho ya? Además, puede que su majestad haya buscado esta vez, por cálculo, un apoyo tan humilde. A la gente encumbrada se la divisa a mucha distancia, y el cardenal tiene ojos de lince.

—Pues estipulad previamente el precio con el mercero, y cargad la mano —dijo Porthos.

—Es inútil —repuso D'Artagnan—, pues aunque no nos pague, tengo para mí que por otro lado vamos a sacar buena ganancia.

En esto se oyó a alguien que subía precipitadamente la escalera, y abriéndose con gran estruendo la puerta, el desventurado mercero entró disparado en la pieza donde se estaba celebrando el consejo.

—¡Ah! Señores —exclamó Bonacieux—, salvadme, por Dios; ahí están cuatro hombres que vienen a prenderme. ¡Salvadme! ¡Salvadme!

Porthos y Aramis se levantaron.

—Alto —exclamó D'Artagnan, haciendo a sus amigos una seña para que dejasen en reposo las espadas, que ya habían desenvainado en parte—, lo que aquí hace falta no es valor, sino prudencia.

—Sin embargo —dijo Porthos—, no vamos a dejar…

—Dejaréis que D'Artagnan obre como más bien le cuadre, pues repito que es el que tiene la cabeza más bien organizada de todos nosotros —repuso Athos—; yo le obedezco. D'Artagnan, haz como quieras.

En este momento aparecieron en la puerta de la antesala los cuatro guardias, y al ver cuatro mosqueteros en pie y con espada al cinto, no se decidieron a entrar.

—Adelante, caballeros, adelante —profirió D'Artagnan—; estáis en mi casa, y todos somos servidores del rey y de m. el cardenal.

—¿Entonces no os opondréis a que cumplamos las órdenes que hemos recibido? —preguntó el que parecía jefe de la escuadra.

—Al contrario, señores —repuso D'Artagnan—, y si menester fuere os prestaríamos ayuda.

—¿Qué está diciendo? —murmuró Porthos.

—Eres un necio —dijo Athos—, cállate.

—Pero vos me habéis prometido… —profirió en voz baja el infeliz mercero.

—Solo podemos salvaros permaneciendo libres —contestó rápidamente D'Artagnan, y también en voz baja—: si hiciésemos ademán de defenderos, nos arrestarían con vos.

—Aun así, me parece…

—Adelante, señores —repuso D'Artagnan en voz alta—; no tengo por qué defender al caballero. Hoy lo he visto por vez primera, y aun por lo que él mismo os dirá, para nada menos que para venir a reclamarme el alquiler. ¿No es así, m. Bonacieux?

—Es la pura verdad —respondió el mercero—; pero el señor se calla…

—Silencio respecto de mí y de mis amigos, y principalmente de la reina, o nos perdéis a todos sin salvaros a vos. Adelante, señores, podéis llevaros a este hombre.

Y D'Artagnan empujó al aturdido mercero hasta los guardias, diciéndole al mismo tiempo:

—Sois un belitre, amigo mío; ¡venir a pedirme dinero a mí, a un mosquetero! ¡A la cárcel! Señores, os lo repito, a la cárcel con él, y guardadlo bajo llave cuanto más tiempo mejor, así no tendré yo que pagarle el alquiler.

Los corchetes se deshicieron en frases de gratitud y se llevaron a su presa; pero D'Artagnan, en el instante en el que aquellos empezaban a bajar por la escalera, dio un golpecito en el hombro del jefe y, llenando al mismo tiempo dos vasos del vino de Beaugency que debía a la liberalidad de Bonacieux, le preguntó:

—¿Queréis decir que podré yo beber a vuestra salud y vos a la mía?

—Para mí sería todo un honor, y acepto con gratitud —respondió el jefe de los corchetes.

—Pues a vuestra salud, señor… ¿Cómo os llamáis?

—Boisrenard.

—A vuestra salud, m. Boisrenard.

—A la vuestra, señor… Y vos, ¿cómo os llamáis, si os place?

— D'Artagnan.

—A vuestra salud, m. D'Artagnan.

—Y sobre todo —exclamó nuestro gascón como arrebatado por el entusiasmo—, a la salud del rey y del cardenal.

Puede que el corchete mayor hubiese dudado de la sinceridad de D'Artagnan de haber sido malo el vino, pero como el vino era bueno, se convenció.

—Pero venid acá y decidme ¿qué villanía es esa que acabáis de cometer? —dijo Porthos a D'Artagnan en cuanto el alguacil brindador se hubo reunido con sus compañeros—. ¡Habrase visto cosa tal! ¡Cuatro mosqueteros dejar que a sus barbas prendan a un hombre que pide auxilio! ¡Un hidalgo chocar su vaso con el de un corchete!

—Oye, Porthos —profirió Aramis—, Athos ya te ha dicho que eres un necio, y yo me adhiero a su parecer.

Y volviéndose hacia el gascón, Aramis continuó:

—D'Artagnan, eres un gran hombre, y de ahora para cuando desempeñes el cargo de m. de Tréville, solicito tu protección para ayudarme a conseguir una abadía.

—De verdad que no lo entiendo —exclamó Porthos.

—¡Cómo! ¿Vosotros aprobáis lo que D'Artagnan acaba de hacer?

—Claro que sí —respondió Athos—, y no solo apruebo lo que acaba de hacer, mas también le felicito por ello.

—Desde ahora, señores —dijo D'Artagnan, sin tomarse la molestia de explicar su conducta a Porthos—, nuestra divisa es: todos para uno y uno para todos, ¿no es así?

—Sin embargo… —repuso Porthos.

—Tiende la mano y jura —profirieron a la vez Athos y Aramis.

Vencido por el ejemplo, mascullando, Porthos tendió la mano, y los cuatro amigos repitieron a una la fórmula dictada por D'Artagnan.

—Está bien, ahora cada mochuelo a su olivo —dijo el mozo como si en su vida hubiese hecho otra cosa que mandar—, y ojo alerta, porque desde este instante estáis en pugna abierta con el cardenal.

X

UNA RATONERA EN EL SIGLO XVII

La ratonera no es invención moderna; tan pronto las sociedades, al formarse, hubieron inventado una policía buena o mala, esta a su vez inventó las ratoneras.

Como puede ser que el lector no esté familiarizado aún con el argot de la rue de Jérusalem, y esta sea la primera vez que en nuestros escritos empleamos semejante voz en tal acepción, vamos a explicar qué es una ratonera.

Cuando se aprehende en su domicilio a un sujeto sobre el cual recaen sospechas de que ha cometido un crimen, la autoridad, guardando el mayor sigilo, manda emboscar cuatro o cinco hombres en el primer aposento, hombres que abren la puerta a todo el que llama, para cerrarla tras los que entran y arrestarlos; de esta suerte, bastan dos o tres días para apoderarse de todos o casi todos los familiares de la casa.

Eso es una ratonera.

La vivienda de maese Bonacieux quedó pues convertida en una ratonera, y a todo aquel que en ella sentó la planta le echaron el guante y le interrogaron los agentes del cardenal. Excusamos decir que a los que se encaminaban a la vivienda de D'Artagnan, situada en el piso primero y a la cual conducía un pasillo particular, no les molestaron lo más mínimo.

Por otra parte, a casa de D'Artagnan solo iban los tres mosqueteros.

Athos, Porthos y Aramis, cada uno por su lado, hicieron, aunque infructuosamente, toda suerte de pesquisas. Athos, el taciturno Athos, llevó su espíritu de investigación hasta interrogar a m. de Tréville, el cual, conociendo, como conocía, el mutismo del digno mosquetero, quedó grandemente admirado. Pero el caso es que Tréville no sabía más sino que la última vez que viera al cardenal, al rey y a la reina, el primero parecía estar muy receloso, el segundo nada sosegado, y los ojos de la reina delataban, por su hinchazón, que había llorado o pasado la noche en vela. Sin embargo, esta última circunstancia no le asombró en demasía, ya que desde su matrimonio, la soberana velaba y lloraba con harta frecuencia.

M. de Tréville recomendó a Athos que a todo trance sirviera al rey, y principalmente a la reina, y le rogó que en su nombre hiciese la misma recomendación a sus amigos.

En cuanto a D'Artagnan, no se movió de su casa; y es que había convertido su cuarto en observatorio. Desde las ventanas veía llegar a los que venían a hacerse aprehender; luego, como había arrancado los ladrillos del piso, agujereado el suelo, y solamente le separaba un simple cielo raso del aposento inferior en el cual se hacían los interrogatorios, oía cuanto pasaba entre los inquisidores y los acusados.

Los interrogatorios, precedidos de una investigación minuciosa respecto de la persona arrestada, estaban casi siempre concebidos en estos términos:

—¿Os ha entregado algún objeto para su marido o para cualquier otra persona mm. Bonacieux?

—¿Os ha entregado algún objeto para su mujer o para cualquier otra persona m. Bonacieux?

—¿Os han hecho los dos o uno de los dos alguna confidencia verbal?

Si supiesen algo, dijo para sí D'Artagnan, no interrogarían de esta suerte. ¿Qué se proponen indagar? Si el duque de Buckingham está en París, y si ha visto o debe ver a la reina.

D'Artagnan no llevó más allá sus reflexiones; después de lo que oyera, la que acababa de hacer no estaba exenta de verosimilitud.

Mientras tanto, la ratonera continuaba funcionando, así como D'Artagnan seguía al acecho.

Por la noche del día siguiente al del arresto del pobre Bonacieux, poco después de haberse separado Athos de D'Artagnan para ir a ver a m. de Tréville, al sonar la última campanada de las nueve, y en el instante en que Planchet, que todavía no hiciera la cama, empezaba su tarea, llamaron a la puerta de la calle, puerta que se abrió y cerró inmediatamente: acababa de caer otra persona en la ratonera.

D'Artagnan se lanzó al sitio desenladrillado, se techó de bruces y escuchó.

Poco después se oyeron grandes voces, seguidas de gemidos que alguien intentaba sofocar. Ahora no se trataba de interrogatorio alguno.

—¡Diablos! —dijo para sí D'Artagnan—. Me parece que es una mujer: la registran y ella se resiste. ¡Ah! Infames, la violentan.

Y D'Artagnan, pese a su prudencia, hacía esfuerzos sobrehumanos para no tomar parte en la escena que se desenvolvía bajo él.

—Señores —exclamaba la infeliz mujer—, os digo que soy el ama de la casa, mm. Bonacieux, y que estoy al servicio de la reina.

—¡Mm. Bonacieux! —murmuró D'Artagnan—. ¡Caramba! ¿Tendré yo la fortuna de haber dado con lo que todo el mundo busca en vano?

—Precisamente a vos estábamos aguardando —profirieron los interrogadores.

La voz se hizo cada vez más sofocada, y resonaron algunos golpes en la entabladura. La víctima resistía cuanto le es dable a una mujer resistir a cuatro hombres.

—Perdón, señores, per… —murmuró la voz, que ya no volvió a proferir más que sonidos inarticulados.

—La están amordazando y van a llevársela —exclamó D'Artagnan, levantándose como a impulsos de un muelle—. ¡Mi espada! ¡Ah!, la llevo al cinto. ¡Planchet!

—¿Señor?

—Ve a buscar inmediatamente a Athos, a Porthos y a Aramis. Seguro que alguno de los tres estará en su casa, y puede que los tres ya hayan regresado. Que se armen y se vengan volando. ¡Ah!, ahora me acuerdo, Athos está en el palacio de m. de Tréville.

—Pero ¿adónde vais, señor?

—Me bajo por la ventana para llegar más pronto —respondió D'Artagnan—; oye, devuelve a su lugar los ladrillos, barre el piso, sal por la puerta y corre adonde te he dicho.

—¡Oh!, señor, vais a mataros —exclamó Planchet.

—Cállate, necio —repuso D'Artagnan. Y, agarrándose con las manos al borde de la ventana, se dejó caer del primer piso, que por fortuna no era muy alto, sin hacerse ni un rasguño.

Luego se encaminó a la puerta, y dio un aldabazo mientras decía para sí: Voy a hacerme coger a mi vez en la ratonera, y ¡ay de los gatos que se rocen con este ratón! Apenas hubo resonado la aldaba bajo la mano del mozo, cesó el alboroto, alguien se acercó, se abrió la puerta, y D'Artagnan entró disparado y espada en mano en la habitación de maese Bonacieux, mientras tras él y como por arte de magia volvía a cerrarse la puerta.

Los que aun habitaban en la desgraciada casa del mercero y los que en las casas contiguas vivían oyeron entonces gritos, patadas, choque de aceros y una prolongada fractura de muebles. Poco después, los que, sorprendidos por tal zipizape, se asomaran a las ventanas para indagar el origen del alboroto, vieron como la puerta de la calle se abría de nuevo y por ella salían, no corriendo, sino volando, cual cuervos espantados, cuatro hombres vestidos de negro, sembrando por el suelo y dejando en las esquinas de las tablas parte de las plomas de sus alas, quiero decir, jirones de sus trajes y trozos de sus capas.

Si vale decir la verdad, D'Artagnan había vencido sin gran esfuerzo, pues solo uno de los alguaciles iba armado, y aun este se defendió por guardar las formas. Cierto es que los otros tres intentaron machucar al mozo con sillas, taburetes y cacharros, pero bastó que aquel les hiciera dos o tres arañazos con su tizona para que no supiesen dónde meterse. Diez minutos habían bastado para su derrota y para que D'Artagnan quedase dueño del campo de batalla.

Los vecinos, que abrieran sus respectivas ventanas con la flema peculiar de los habitantes de París en aquellos tiempos de motines y pendencias perennes, volvieron

a cerrarlas en cuanto vieron huir a los cuatro hombres negros, pues su instinto les decía que por el momento todo había concluido.

Además, iba haciéndose tarde, y entonces como ahora los vecinos del barrio del Luxembourg se acostaban temprano.

Una vez a solas con mm. Bonacieux, D'Artagnan se volvió hacia ella: la pobre estaba echada en una silla de brazos y casi desmayada.

El mozo examinó con rápida mirada a la esposa del mercero, y vio que era mujer de veinticinco a veintiséis años, pelinegra, de ojos azules y nariz un tanto respingona, dientes preciosísimos y cutis de ópalo y rosa. Sin embargo, ahí acababan las señales que podían hacerla pasar por dama de cuenta. Las manos, las tenía blancas, pero no delicadas, y los pies no eran de mujer de calidad. Por fortuna, D'Artagnan no estaba aún en el caso de preocuparse con tales zarandajas.

Cuando el examen de D'Artagnan llegó a los pies de la mujer de Bonacieux, reparó en el suelo un rico pañuelo de batista, y al recogerlo, según su costumbre, vio y conoció en uno de los picos de la prenda la misma cifra que viera en el pañuelo que por poco le pone a matarse con Aramis.

Desde que le ocurriera el lance con el mosquetero, al mozo le inspiraban grandísima desconfianza los pañuelos blasonados; así pues metió en el bolsillo de mm. Bonacieux el que acababa de recoger.

En ese instante la desmayada se recobró, abrió los párpados, paseó a su alrededor una mirada de espanto, y al ver que en la habitación no había nadie más que su libertador, se sonrió y le tendió las manos.

—¡Ah!, caballero —profirió mm. Bonacieux—, dejad que os muestre mi gratitud por haberme salvado.

—Señora —dijo D'Artagnan—, no he hecho ni más ni menos de lo que habría hecho cualquier otro hidalgo en mi lugar; no me debéis, pues, ninguna demostración de gratitud.

—Por supuesto que sí, señor, y espero probaros que no os las habéis con una ingrata. Pero ¿qué querían de mí esos hombres, a quienes de pronto he tenido por ladrones, y por qué no está aquí mi esposo?

—Señora —respondió D'Artagnan—, esos hombres eran imponderablemente más peligrosos que si hubiesen sido ladrones, pues son agentes del cardenal; y en cuanto a vuestro esposo, no está aquí porque ayer vinieron a arrestarlo para conducirlo a la Bastille.

—¡Mi esposo en la Bastille! ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho? ¡Pobre hombre! ¡Él, la encarnación de la inocencia! —exclamó mm. Bonacieux, por cuyo rostro, todavía despavorido, vagó algo así como una sonrisa.

—¿Qué ha hecho, preguntáis? —repuso el gascón—. A mi entender su único crimen consiste en tener la dicha y la desdicha de ser vuestro marido.

—Entonces vos sabéis…

—Que os han raptado, señora.

—¿Y por quién? ¿Lo sabéis vos? ¡Oh! Si lo sabéis, decídmelo.

—Un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, de cabellos negros, moreno y con una cicatriz en la sien izquierda.

—Esto es; pero ¿cómo se llama?

—Lo ignoro.

—¿Y mi esposo sabía que me habían raptado?

—El raptor mismo se lo hizo saber por escrito.

—¿Y mi esposo sospecha la causa del lance? —preguntó con mal reprimida turbación mm. Bonacieux.

—Me parece que lo atribuye a una causa política.

—No lo supuse yo así al principio, pero ahora pienso como él. ¿Conque mi querido esposo no ha sospechado de mí un solo instante?

—Al contrario, señora, al contrario; ¡si supieseis cuán orgulloso está de vuestra cordura y principalmente de vuestro amor!

Una segunda y casi imperceptible sonrisa desfloró los sonrosados labios de la hermosa costurera de la reina.

—Pero ¿cómo os habéis fugado vos? —preguntó D'Artagnan.

—Aprovechando un momento en que me han dejado sola; como desde esta mañana conocía yo la causa de mi rapto, con ayuda de mis sábanas me he bajado por la ventana y me he venido aquí volando, con la creencia de que encontraría a mi marido.

—¿Para poneros bajo su amparo?

—¡Oh! No, ¡pobrecito! Ya sabía yo que es incapaz de defenderme; pero como podía servirnos para otro negocio, quería informarle.

—¿De qué?

—No puedo decíroslo, no soy dueña de este secreto.

—Por otra parte —dijo D'Artagnan—, y perdonadme, señora, si a pesar de ser guardia, como soy, os recomiendo la prudencia; por otra parte, repito, me parece que este no es sitio acomodado para hacer confidencias. Los hombres a quienes he ahuyentado van a volver con refuerzos, y si nos encuentran aquí no hay remedio para nosotros. Ya he mandado avisar a tres de mis amigos; pero ¿y si no están en casa?

—Tenéis razón —profirió mm. Bonacieux llena de terror—, huyamos; huyamos.

Y asiendo el brazo de D'Artagnan, lo apretó con fuerza.

—Bien, sí, huyamos, pero ¿adónde? —preguntó el mozo.

—Primero alejémonos de esta casa, luego veremos.

Mm. Bonacieux y D'Artagnan salieron de la habitación, sin tomarse la molestia de cerrar la puerta, atravesaron apresuradamente la rue des Fossoyeurs, tomaron la de FossésMonsieur-le-Prince y no pararon hasta la place de Saint-Sulpice.

—Y ahora ¿qué hacemos? ¿Adónde queréis que os conduzca? —preguntó D'Artagnan a su acompañante.

—Confieso que no sé qué responderos —contestó mm. Bonacieux—; mi intención era que mi marido previniera a m. La Porte, para que este nos dijera claramente qué había pasado en el Louvre desde hacía tres días y si yo, de presentarme en palacio, corría peligro.

—Eso no quita que yo pueda verme con m. La Porte —dijo D'Artagnan.

—Claro que no; solo hay una contra: en el Louvre conocen a m. Bonacieux y le hubieran dejado pasar, en tanto que a vos persona alguna os conoce allí y os cerrarán la puerta.

—¡Bah! —repuso D'Artagnan—, en este o en aquel postigo del Louvre seguro que hay algún portero que os es devoto, y que gracias a algún santo y seña…

—¿Y si yo os hiciese sabedor del santo y seña, lo olvidaríais al instante de haberos servido de él? —preguntó la esposa del mercero, mirando de hito en hito a su acompañante.

—Palabra —respondió D'Artagnan con acento de verdad indubitable.

—Os creo; tenéis las trazas de hombre digno; además, ¿quién sabe si al cabo de vuestra abnegación está vuestra fortuna?

—Sin el cebo de promesa alguna haré en conciencia cuanto esté en mis fuerzas para servir al rey y complacer a la reina —dijo D'Artagnan—; disponed de mí como de un amigo.

—Pero, entre tanto, ¿en dónde me dejaréis a mí?

—¿No conocéis a persona alguna de cuya casa pueda recogeros m. La Porte?

—No quiero fiarme de nadie.

—Aguardad —dijo D'Artagnan—, estamos a la puerta de Athos; sí, esta es.

—¿Quién es Athos?

—Un amigo mío.

—¿Y si está en casa y me ve?

—No está; además, me llevaré la llave una vez os haya dejado en su habitación.

—¿Y si regresa?

—No lo hará; por otra parte, le dirán que yo he conducido a su casa una mujer.

—¡Pero eso va a comprometerme grandemente!

—¿Qué os importa? No os conocen; además, estamos en una situación que nos fuerza a pasar por encima de ciertas conveniencias.

—De acuerdo, vámonos a casa de vuestro amigo. ¿Dónde vive?

—En la rue de Férou, a dos pasos de aquí.

—Vamos.

Mm. Bonacieux y su acompañante anudaron la marcha. Como Athos no estaba en su casa, según previera D'Artagnan, este pidió la llave a un vecino a quien el mosquetero tenía la costumbre de dejársela, subió la escalera e introdujo en la pequeña habitación, que ya hemos descrito, a mm. Bonacieux.

—Estáis en vuestra casa —dijo el mozo a la mercera—, y ahora cerrad la puerta por dentro y no abráis a nadie; a no ser que oigáis tres golpes así.

Y D'Artagnan dio tres golpes: dos rápidos y fuertes y el otro tras una pausa y más suave.

—Está bien —contestó mm. Bonacieux—; ahora me toca a mí daros mis instrucciones.

—Escucho.

—Presentaos en el postigo del Louvre que da a la rue de l'Échelle, y preguntad por Germain.

—Entendido; ¿qué más?

—Germain os preguntará qué se os ofrece, y le responderéis: Tours y Bruselas. Enseguida se pondrá a vuestras órdenes.

—¿Y qué debo ordenarle?

—Que vaya a buscar a m. La Porte, ayuda de cámara de la reina.

—¿Y una vez se haya presentado m. La Porte?

—Enviádmelo.

—Conforme, pero ¿cómo y dónde volveré a veros?

—¿Tenéis empeño en verme otra vez?

—Sí, señora.

—Pues dejadme a mí ese cuidado, y nada temáis.

—Confío en vuestra palabra.

—Podéis fiaros en ella.

D'Artagnan saludó a mm. Bonacieux, lanzándole al mismo tiempo una mirada lo más amorosa que supo, y mientras se dirigía escalera abajo oyó cerrar la puerta con dos vueltas de llave.

El mozo llegó al Louvre con dos saltos, y en el instante en que entraba por el postigo de la rue de l'Échelle, dieron las diez.

Los acontecimientos que acabamos de narrar se habían desenvuelto en media hora.

Todo se hizo como anunciara mm. Bonacieux. Germain, al darle D'Artagnan el santo y seña, se inclinó; diez minutos después, La Porte estaba en la habitación del portero, y en un santiamén, por boca del gascón se enteró de cuanto había ocurrido y del sitio donde se refugiara la costurera de la reina.

La Porte preguntó dos veces la dirección de la casa de Athos, para estar seguro de no equivocarse, y partió apresuradamente; no obstante, apenas hubo adelantado diez pasos, retrocedió para decir a D'Artagnan:

—Permitidme que os dé un consejo.

—¿Cuál?

—Lo que acaba de pasar podría acarrearos algunos disgustos.

—¿Os parece?

—Sí. ¿Tenéis algún amigo a quien le retrase el péndulo?

—No os entiendo.

—Pues idos inmediatamente a verle para que pueda atestiguar que vos estabais en su casa a las nueve y media. En lenguaje jurídico eso se llama una coartada.

D'Artagnan halló prudente el consejo, y voló a casa de Tréville; pero en vez de encaminarse al salón, como todo el mundo, solicitó que le dejaran entrar en el despacho, a lo cual nadie puso óbice, ya que el mozo era uno de los más asiduos concurrentes del palacio. Luego fueron a avisar a m. de Tréville que su joven paisano tenía algo importante que comunicarle y solicitaba una audiencia particular. Cinco minutos después, el capitán de los mosqueteros preguntaba a D'Artagnan en qué podía serle útil y a qué debía el placer de su visita a una hora tan avanzada.

—Dispensadme, señor —profirió D'Artagnan, que había aprovechado el instante en que lo dejaron a solas para retrasar tres cuartos de hora el péndulo—; pero como no son más que las nueve y veinticinco, he supuesto que todavía era posible presentarme en vuestra casa.

—¡Las nueve y veinticinco! —exclamó Tréville, consultando su péndulo—; ¡es imposible!

—Vuestro péndulo da fe, y si no, mirad —repuso D'Artagnan.

—Tenéis razón —dijo Tréville—; habría jurado que era más tarde. Vamos a ver, ¿qué queréis?

D'Artagnan refirió a su interlocutor una larga historia referente a la reina. Le expuso los temores que en su espíritu se habían despertado respecto de su majestad, y le contó lo que oyera decir acerca de los proyectos del cardenal relativamente a Buckingham, pero todo con tal sosiego y pulso, que Tréville tragó tanto más el anzuelo, cuanto él mismo, como ya hemos manifestado, notara algo nuevo entre el cardenal, el rey y la reina.

Al sonar las diez, D'Artagnan se despidió del capitán, que se volvió al salón después de dar al mozo las gracias por las nuevas que acababa de comunicarle, y de recomendarle que siempre tomara a pecho el servicio del rey y de la reina; pero al llegar al pie de la escalera, nuestro héroe recordó que se había olvidado su bastón, y subiendo otra vez y precipitadamente al despacho, de una dedada puso de nuevo el péndulo a la hora, para que al día siguiente no pudiesen advertir que andaba mal;

luego y seguro ya de que contaba con un testigo para probar su coartada, bajó por la escalera y a no tardar llegó a la calle.

XI

LA INTRIGA SE ENREDA

Al salir de su visita a m. de Tréville, D'Artagnan se encaminó, imaginativo, a su casa por la vía más larga.

¿En qué iba pensando D'Artagnan, que de tal suerte se desviaba de su camino, y, con la mirada en las estrellas, ora suspiraba, ora se sonreía?

El mozo estaba pensando en mm. Bonacieux. Para un aprendiz de mosquetero, era, aquella, casi un ideal amoroso. Linda, joven, misteriosa, un punto menos que iniciada en todas las intrigas palaciegas, que imprimían tan hechicera gravedad a sus graciosas facciones, la esposa del mercero tenía fama de no ser insensible, lo cual es un incentivo incontrastable para los amantes novatos; además, D'Artagnan la había salvado de las garras de los corchetes que querían registrarla y maltratarla, y este importante favor había establecido entre ella y él una de esas corrientes de gratitud que con tanta facilidad toman carácter apasionado.

Vuelan tan raudos en alas de la imaginación los delirios de la mente, que a D'Artagnan ya le parecía estar viendo venir un mensajero de la joven con un billete de cita, una cadena de oro o un diamante. Ya hemos dicho más arriba que los mozos hidalgos recibían sin sonrojo dinero del rey, y ahora nos cumple añadir que en aquellos tiempos de moral acomodaticia, no tenían los tales mozos más vergüenza respecto de sus amantes, las cuales solían hacerles don de recuerdos preciosos y duraderos, como si hubiesen intentado conquistar con la riqueza de sus regalos la fragilidad de sus afectos.

Entonces los hombres prosperaban, sin avergonzarse, a la sombra de las mujeres. Las que únicamente eran hermosas daban su hermosura, y de ahí deriva indudablemente el refrán que reza que la mujer más hermosa del mundo no puede dar más que lo que tiene. Las que estaban ricas daban, además, parte de su dinero, y fácil sería citar buen número de héroes de aquellos galantes días que no habrían ganado, primeramente, sus espuelas de oro y luego batalla alguna sin la bolsa más o menos repleta que sus amantes colgaban del arzón de sus sillas.

D'Artagnan era pobre, en la acepción más extensa del vocablo; su indecisión provinciana, tenue barniz, flor efímera, pelusilla de melocotón, se había evaporado al soplo de los nada ortodoxos consejos de los tres mosqueteros, sus amigos. Siguiendo la singular costumbre del tiempo, para D'Artagnan vivir en París era lo mismo que

vivir en campaña, ni más ni menos que si estuviese en Flandes, con la única diferencia que en Flandes los enemigos hubieran sido los españoles, y en París eran las mujeres; lo cual quería decir que tanto en una parte como en otra era del caso imponer contribuciones de guerra.

Con todo eso, a D'Artagnan lo impulsaba, por lo pronto, algo más noble y desinteresado. Al decirle el mercero que era rico, el mozo adivinó que siendo, como era, Bonacieux un necio, la mujer era quien tenía la llave de la gaveta. Pero esto no había influido poco ni mucho en la sensación producida por la presencia de mm. Bonacieux, y puede decirse que el interés permaneciera extraño a la iniciación de amor que a aquella siguiera. Y nos hemos expresado como acabamos de hacerlo, porque antes corrobora que no entibia toda iniciación de amor una mujer joven, linda, graciosa y despejada, si además de tales circunstancias reúne la de ser rica.

La riqueza lleva en sí multitud de cuidados y caprichos aristocráticos que sientan de perlas a la hermosura. Medias finas y blancas, vestido de seda, camisolín de encajes, lindo calzado y una cinta flamante en la cabeza no embellecen a una mujer fea, pero sí aumentan en tercio y quinto los encantos de una mujer hermosa; esto sin contar que las manos ganan grandemente; las manos, que, sobre todo en las mujeres, necesitan estar ociosas para conservar su hermosura.

Además, D'Artagnan, como sabe el lector, no era millonario, por más que esperaba serlo; pero estaba muy lejos todavía el tiempo que él mismo se fijara para tan venturoso cambio. Mientras tanto, ¡qué dolor para un mozo el ver que el bien amado anhela esas mil fruslerías en que las mujeres fundan su satisfacción, y no poder proporcionárselas! Por lo menos, si la mujer es rica y el amante no, lo que él no puede ofrecerle se lo ofrece ella a sí misma; y aunque la mujer suele darse tales gustos con el dinero del marido, raro es que en este recaiga la gratitud.

Luego, D'Artagnan, que estaba dispuesto a ser el amante más solícito, era entre tanto el amigo más devoto. En medio de sus amorosos proyectos acerca de la mujer del mercero, el mozo no olvidaba los suyos. La hermosa Bonacieux era mujer para pasearla por el llano de Saint-Denis o por la feria de Saint-Germain en compañía de Athos, Porthos y Aramis, a quienes nuestro gascón mostraría con orgullo tal conquista; como es sobradamente sabido que andando se despierta el hambre, como el mismo D'Artagnan notara de algún tiempo a aquella parte. Lo cual quería decir que harían aquellas comidas íntimas y llenas de hechizos en las que por un lado se toca la mano de un amigo y por el otro el pie de la amante. Esto sin contar que en los momentos de apuro, en las situaciones extremas, D'Artagnan sería el salvador de sus amigos.

¿Y m. Bonacieux, a quien D'Artagnan pusiera en manos de los corchetes, renegando de él en alta voz y al que recatadamente prometiera salvarlo? Si vale decir la verdad, D'Artagnan así pensaba en el mercero como en hacerse turco, y si pensaba

en él, era para decirse que bien se estaba el buen hombre donde estaba, doquiera estuviese. ¡Cuán cierto es que no hay pasión más egoísta que la del amor!

Con todo eso, si D'Artagnan olvida a m. Bonacieux, o parece olvidarlo, con el pretexto de que ignora adónde lo condujeron, nosotros no lo olvidamos y sabemos dónde para; mas por lo pronto hagamos como el enamorado gascón; luego volveremos a ocuparnos de él.

D'Artagnan, a la vez que reflexionaba sobre sus futuros amores y hablaba a las tinieblas y sonreía a los astros, seguía calle arriba por la del Cherche-Midi o Chasse-Midi, según entonces la llamaban; y como precisamente en aquel barrio vivía Aramis, al mozo se le antojó ir a visitar a su amigo para darle algunas explicaciones acerca de las causas que le obligaran a enviarle a Planchet con recado de que inmediatamente se trasladara a la ratonera, porque era obvio que si Planchet había encontrado en casa a Aramis, este se había encaminado más que aprisa a la rue des Fossoyeurs, y como en ella tal vez no viera más que a sus dos amigos, ni unos ni otros habrían sabido lo que aquello quería decir. Semejante molestia merecía, pues, una explicación, según el parecer de D'Artagnan, el cual tenía para sí, además, que aquella era una coyuntura favorable para hablar de la hermosa mercera, que si no el corazón, le llenaba ya la mente. ¡Bah! ¿Quién va a exigir discreción al amor primero? ¡Ay! Al primer amor le acompaña un gozo tan grande, que si no se desbordara nos ahogaría.

Hacía dos horas que París estaba envuelta en negruras y sus calles empezaban a convertirse en desiertos. En todos los relojes del barrio de Saint-Germain sonaban las once, y hacía un tiempo suave. D'Artagnan caminaba por una callejuela situada en el mismo punto donde hoy está la rue d'Assas, respirando las embalsamadas emanaciones que en alas del viento venían de la rue de Vaugirard y procedían de los jardines refrescados por el rocío de la tarde y la brisa de la noche. A lo lejos resonaban, amortiguados por robustos postigos, los cantos de los borrachos que rendían culto a Sileno en los figones desparramados por la llanura. Una vez al cabo de la calle, D'Artagnan dobló a la izquierda y se dirigió hacia la casa de Aramis, situada entre la rue Cassette y la rue Servandoni.

D'Artagnan acababa de dejar a su espalda la primera de las mencionadas calles y ya veía la puerta de la morada de su amigo, escondida entre sicomoros y clemátides que encima de ella formaban una gran guirnalda, cuando notó que de la rue de Servandoni salía un bulto al que, desde luego, D'Artagnan tomó por un hombre, pero que a poco y por la baja estatura y el andar indeciso y nada firme conoció que era una mujer tapada. Además, aquella mujer, como si no hubiese estado segura de la casa de la que iba en busca, levantaba los ojos para orientarse, se detenía y retrocedía para avanzar de nuevo.

—¡Si me ofreciese a ella! —dijo para sí D'Artagnan, sintiendo aguijada su curiosidad—. En su andar se conoce que es joven, y puede que sea hermosa. ¡Oh!, indudablemente lo es. Pero una mujer que a estas horas vaga por las calles no sale más que en solicitud de su amante. ¡Diablos! Mala puerta sería esa para entrar en relaciones con ella si fuese yo a turbar la cita.

Con todo, la desconocida seguía adelante, contando las casas y las ventanas, lo cual no era largo ni difícil, ya que en aquel trozo de la calle no había más que tres edificios y dos ventanas que mirasen a la vía pública, la de un pabellón paralelo al de Aramis y la del pabellón del mosquetero.

—¡Pardiez! —dijo para sí D'Artagnan, acordándose de la sobrina del teólogo—, no sería poco chusco que esa paloma rezagada buscase la casa de mi amigo. Y las señas son mortales. ¡Ah!, mi querido Aramis, lo que es esta vez quiero saber a qué atenerme.

Y D'Artagnan se achicó cuanto pudo y se abrigó en la parte más sombría de la calle, junto a un poyo situado en el fondo de un nicho.

La joven continuó avanzando; y decimos joven, porque además de haberla delatado su andar ligero, ahora acababa de escaparse de su boca una tosecilla que denunciaba una voz de las más frescas.

—Esto es una seña —dijo D'Artagnan para sus adentros. Sin embargo, sea que hubiesen respondido a la tos por una seña equivalente que hubiese fijado la resolución de la nocturna buscadora, o bien que sin ayuda ajena aquella hubiese conocido que había llegado al término de su carrera, lo cierto es que la noctívaga se acercó resueltamente al postigo del pabellón de Aramis y dio en él y a intervalos iguales tres golpes con los nudillos.

—Es la mismísima casa de Aramis —murmuró D'Artagnan—. ¡Ah! ¡Señor hipócrita! ¡Ved de qué manera estudia la teología! Os he cogido.

Apenas la joven hubo dado los tres golpes, se abrió la ventana interior y apareció una luz al través de los cristales de la contraventana.

—¡Ah!, no por las puertas, sino por las ventanas —musitó el acechador—. La visita era esperada. Ahora va a abrirse el postigo y la dama entrará por escalamiento. ¡Bravo!

Pero con gran admiración de D'Artagnan, el postigo permaneció cerrado; además, la luz que brillara por un instante desapareció y todo quedó nuevamente sumergido en tinieblas.

D'Artagnan, entendiendo que aquello no podía continuar de la misma manera, siguió mirando y escuchando con ahínco.

El mozo tenía razón: poco después resonaron en el interior dos golpes secos, a los que la joven de la calle respondió con otro.

Entonces se abrió el postigo.

Júzguese con qué avidez escuchaba y miraba D'Artagnan.

Por desgracia, se habían llevado la luz a otro aposento; pero los ojos del mozo estaban ya acostumbrados a la oscuridad; esto sin contar que los ojos de los gascones, según afirman, tienen, como los de los gatos, la propiedad de ver de noche.

D'Artagnan vio, pues, que la joven sacaba de su faltriquera un objeto blanco, lo desdoblaba con viveza, y lo presentaba a su interlocutor por uno de los picos.

Aquel objeto blanco era un pañuelo, que hizo recordar al mozo el que él encontrara a los pies de mm. Bonacieux, que a su vez le refrescara en la memoria el que viera hollado por Aramis.

¿Qué diablos significaba aquel pañuelo?

D'Artagnan, desde su paradero, no podía ver el rostro de Aramis, que tal daba el mozo por admitido que era el que estaba conversando desde el interior con la dama de la calle, y como vencía en él la curiosidad a la prudencia, se aprovechó de la preocupación en que la vista del pañuelo parecía haber abismado a los dos personajes que hemos puesto en escena para salir del nicho, y con la rapidez del rayo y de puntillas, ir a pegarse a una de las esquinas del pabellón, desde donde le era fácil dominar con la mirada el interior de la vivienda de Aramis.

Al llegar a su nuevo acechadero, D'Artagnan a duras penas logró reprimir un grito de sorpresa: no era Aramis quien estaba hablando con la nocturna visitadora, sino una mujer. Lo que había era que si bien D'Artagnan veía lo bastante para distinguir la forma de los vestidos de aquella, no lo suficiente para percibir sus facciones.

Al mismo instante la mujer del pabellón sacó a su vez un pañuelo de su faltriquera y lo trocó por el que acababan de mostrarle. Luego las dos mujeres cruzaron algunas palabras, y se cerró el postigo. La de la calle se volvió, y se echó sobre el rostro el velo de su manto al pasar junto a D'Artagnan, pero la precaución había sido lo bastante tardía para que el mozo pudiese haber conocido en la noctívaga a la mercera.

A D'Artagnan ya le había cruzado por el espíritu, al verle sacar el pañuelo, la sospecha de que era ella, pero ¿quién imaginaría que mm. Bonacieux, que enviara por m. La Porte para que este la condujera nuevamente al Louvre, quién imaginaría, digo, que aquella corretearía por las calles de París, sola, a las once y media de la noche, a riesgo de ser víctima de un rapto por segunda vez?

Era, pues, menester que fuese de importancia suma el asunto que la moviera a salir a tan intempestivas horas y en la forma en que lo hizo; ¿y cuál es el asunto más importante para una mujer de veinticinco años? El amor.

Pero ¿se exponía mm. Bonacieux a tales contingencias para su provecho particular o para satisfacción ajena? Ahí lo que se preguntaba a sí mismo el mozo, a

quien el demonio de los celos ya le mordía el corazón cual, ni más ni menos, hiciera en el de un amante correspondido.

Por otro lado, existía una manera sencilla e indefectible de saber adónde iba mm. Bonacieux, y era seguirla. Y D'Artagnan lo hizo instintivamente.

Sin embargo, la mercera, al ver separarse de la pared al mozo, como de su hornacina una estatua, y al oír tras de sí rumor de pasos, lanzó un pequeño grito y emprendió la fuga.

D'Artagnan fue tras la fugitiva, y como no era difícil para él dar alcance a una mujer enredada en su manto, lo consiguió al llegar a un tercio de la calle por la cual tomara aquella. Mm. Bonacieux estaba jadeante, no de fatiga, de terror, y cuando el mozo le puso la mano en el hombro, la pobre se desplomó sobre una de sus rodillas y dijo con turbación:

—Antes me arrancaréis la vida que una palabra.

D'Artagnan levantó a la mercera cogiéndola por la cintura; pero como el mozo sintió por el peso de la aterrorizada mujer que estaba a punto de desmayarse, se apresuró a tranquilizarla con frases afectuosas, frases que ningún valor tenían para mm. Bonacieux, ya que uno puede decir mieles con la más torcida intención del mundo. Sin embargo, la voz del mozo dio alientos a la mercera para abrir los párpados y mirar al hombre que tanto la aterrorizara.

—¡Ah!, ¿sois vos? —dijo mm. Bonacieux con acento de alegría y reconociendo a D'Artagnan—. ¡Gracias, Dios mío!

—Sí, soy yo —respondió el mozo—, yo, a quien Dios ha enviado para velar por vos.

—¿Era esta la intención que os animaba a seguirme? —preguntó con sonrisa llena de coquetería mm. Bonacieux, libre ya de todo temor desde el punto en que conociera a un amigo en aquel a quien tomara por un enemigo, y dando rienda suelta a su carácter zumbón.

—Os confieso que no —repuso D'Artagnan—; el acaso me ha puesto en vuestro camino; he visto una mujer que llamaba a la ventana de un amigo mío…

—¿De un amigo vuestro? —interrumpió la mercera.

—Sí, señora; Aramis es uno de mis más grandes amigos.

—¿Y quién es Aramis?

—¡Esta es buena! ¿Vais a decirme que no lo conocéis vos?

—Esta es la primera vez que oigo tal nombre.

—¿Entonces hoy habéis venido por vez primera a esa casa?

—Sí.

—¿Y no sabíais que en ella vivía un hombre joven?

—No.

—¿Un mosquetero?

—Os digo que no.

—Así pues, ¿no le buscabais a él?

—Ni por pienso. Además, vos mismo habéis visto que la persona con quien he hablado es una mujer.

—Es verdad; pero ¿es amiga de Aramis aquella mujer?

—Lo ignoro.

—¡Como se aloja en su casa!

—Esto no me atañe.

—Pero ¿quién es ella?

—No puedo decíroslo.

—Señora mía —repuso D'Artagnan—, valéis vuestro peso en oro, pero sois la mujer más misteriosa.

—¿Pierdo en ello?

—Al contrario, estáis adorable.

—Pues dadme el brazo.

—De mil amores. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Acompañadme.

—¿Adónde?

—A donde voy.

—¿Y adónde os encamináis?

—Ya lo veréis, pues me dejaréis en la puerta.

—¿Os esperaré?

—Sería en vano.

—¿Conque regresaréis sola?

—¿Quién sabe?

—Pero ¿será varón o hembra quien luego os acompañe?

—Todavía lo ignoro.

—Pues yo lo sabré.

—¿Cómo?

—Aguardándoos hasta que salgáis.

—En este caso, adiós.

—¡Cómo adiós!

—No necesito de vuestra compañía.

—Sin embargo, la habéis solicitado.

—Lo que yo he solicitado es la ayuda de un hidalgo, no la vigilancia de un espía.

—Duro es el vocablo.

—¿Cómo llaman, pues, al que sigue al prójimo contra su voluntad?

—Indiscreto.

—Suave por demás es la palabra.

—Vaya, veo que es menester doblegarse a vuestra voluntad, señora.

—¿Por qué os habéis enajenado el mérito de hacerlo enseguida?

—¿No lo hay en el arrepentimiento?

—¿Y os arrepentís sinceramente?

—Ni yo mismo lo sé; pero sí os prometo cumplir vuestros deseos si me dejáis que os acompañe hasta donde vais.

—¿Y os separaréis de mí luego?

—Al instante.

—¿Sin espiar mi salida?

—Sin hacerlo.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Dadme el brazo y adelante.

D'Artagnan ofreció el brazo a mm. Bonacieux, que se apoyó en él entre risueña y recelosa, y ambos llegaron de esta suerte al cabo de la rue de La Harpe, donde la mercera pareció titubear, como ya en la rue de Vaugirard hiciera. Con todo, con ciertas señales se podía adivinar que había llegado al término de su viaje, pues orientándose se acercó a una puerta y dijo a su acompañante:

—Aquí es donde me llama mi deber, caballero; gracias mil por vuestra estimable compañía, que me ha salvado de los peligros a que me habría visto expuesta de haber venido sola. Ahora os toca cumplir vuestra palabra.

—¿Nada tendréis que temer al volver?

—Únicamente a los ladrones.

—¿Os parece poco?

—¿Qué podrían robarme?, no llevo encima ni un ardite.

—Os olvidáis de cierto rico pañuelo bordado y con un escudo en uno de sus picos.

—¿Qué pañuelo?

—El que he encontrado a vuestros pies y he metido nuevamente en vuestra faltriquera.

—¡Callaos, desventurado! ¿Queréis perderme? —exclamó mm. Bonacieux.

—Ya veis que todavía no estáis libre de peligros, pues os hace estremecer una sola palabra que de ser oída causaría vuestra perdición. ¡Ah!, señora —prosiguió D'Artagnan, cogiendo una de las manos de la mercera y fijando en esta una mirada de fuego—, mostraos más generosa, confiaos a mí; ¿no habéis leído en mis ojos que para vos no hay en mi alma más que abnegación y simpatía?

—Sí lo he leído —respondió mm. Bonacieux—, y tan es así, que os faculto para que me preguntéis cuanto os agrade respecto de mí, pero acerca de los secretos de los demás, ya es muy distinto.

—Está bien —dijo D'Artagnan—, ya los descubriré, pues teniendo, como pueden tener, influjo sobre vuestra vida, es menester que me apodere de ellos.

—Guardaos de hacer como decís —exclamó la mercera con voz tan formal, que D'Artagnan se estremeció a su pesar—. ¡Oh!, no os inmiscuyáis en nada de lo que a mí atañe, no intentéis ayudarme en mi obra; y esto os lo pido en nombre del interés que os inspiro, en nombre del favor que me habéis prestado y que no olvidaré mientras aliente. Creedme, no os ocupéis más en mí, haced como si para vos yo no existiera, como si nunca me hubieseis visto.

—¿Y Aramis debe obrar de la misma manera que yo? —preguntó D'Artagnan con cierto enojo.

—Esta es la segunda o tercera vez que pronunciáis ante mí ese nombre, y sin embargo os repito que no sé de quién me habláis.

—¿Vos no conocéis al hombre en el postigo de cuya casa habéis llamado? Ea, señora, me tenéis por demasiado crédulo.

—Sed franco, y declarad de una vez que solo para hacerme hablar habéis inventado esa historia, creado ese personaje.

—Nada invento, nada creo, señora, digo la pura verdad.

—¿Y afirmáis que en aquella casa vive uno de vuestros amigos?

—Lo afirmo y repito por tercera vez, aquella casa la habita un amigo mío, y ese amigo es Aramis.

—Todo eso se aclarará más adelante —profirió mm. Bonacieux—; ahora lo que interesa es que os calléis.

—¡Ah!, señora —repuso D'Artagnan—, si pudieseis ver al descubierto mi corazón, leeríais en él tanta curiosidad, que os compadeceríais de mí, y tanto amor, que al instante satisfaríais mi curiosidad. Nada debemos temer de aquellos que nos aman.

—Muy pronto habláis de amores —repuso mm. Bonacieux, moviendo a una parte y a otra la cabeza.

—Es que el amor me ha entrado muy deprisa y por primera vez, y todavía no he cumplido los veinte.

Mm. Bonacieux miró a hurtadillas al mozo.

—Escuchad, señora —continuó D'Artagnan—, yo ya tengo indicios. Hace tres meses que por poco me bato con Aramis a causa de un pañuelo bordado de idéntica manera.

—Caballero —repuso mm. Bonacieux—, no acertaríais a imaginar cuánto me fatigan vuestras preguntas.

—Bien, pero vos que sois tan prudente, pensad cuál no sería vuestro compromiso si cayeseis en poder de perseguidores y os cogiesen ese pañuelo.

—No, porque las iniciales son las mías: c, b, o lo que es lo mismo, Constance Bonacieux.

—O Camille de Bois-Tracy.

—¡Silencio!, caballero, ¡silencio! ¡Ah!, ya que no os detienen los peligros que yo corro, pensad en aquellos en los que vos podéis exponeros.

—¿Yo?

—Sí, vos. Vuestra libertad, vuestra vida peligran en conocerme.

—Pues no os dejo.

—¡Silencio!, caballero, ¡silencio! —profirió la mercera con acento de súplica y enclavijando los dedos—; por Dios, por la honra de un militar, en nombre de la cortesía de un hidalgo os pido que os vayáis; oíd, da la medianoche, es la hora en que me están aguardando.

—Señora —dijo el mozo, inclinándose—, nada sé negar a quien me pide de esta suerte; os complazco, me alejo.

—Pero ¿no me seguiréis ni me espiaréis?

—Me vuelvo a casa ahora mismo.

—¡Ah! Ya sabía yo cuán noble erais —exclamó mm. Bonacieux, tendiendo una mano a D'Artagnan y cogiendo con la otra la aldaba de una puertecilla casi escondida en la pared.

El mozo tomó la mano de la mercera y se la besó con ardor; luego y con la ingenua descortesía que las mujeres suelen preferir a los melindres de la civilidad, porque delata el pensamiento y prueba que la pasión es superior al cálculo, profirió:

—Querría no haberos conocido.

—Pues yo no —contestó mm. Bonacieux con voz casi cariñosa y estrechando la mano a D'Artagnan, que no se la había soltado—; lo que hoy hemos perdido podemos recobrarlo mañana, y ¿quién sabe si, cuando llegue el día en que yo me vea libre, no satisfaré vuestra curiosidad?

—¿Hacéis la misma promesa a mi amor? —exclamó D'Artagnan, reventando de gozo.

—Respecto del particular no quiero comprometerme; esto depende de los afectos que sepáis inspirarme.

—Así pues hoy…

—Todavía no he pasado de la gratitud.

—¡Ah! Sois demasiado hermosa —dijo D'Artagnan con tristeza—, y abusáis de mi amor.

—No lo creáis, uso de vuestra generosidad y nada más; pero tened la firme persuasión de que entre ciertas personas nada se pierde, todo vuelve a encontrarse.

—¡Oh!, señora, me hacéis el más dichoso de los hombres —exclamó el mozo—. No olvidéis esta noche ni vuestra promesa.

—Nada temáis, en su lugar y tiempo me acordaré de todo; pero idos, por Dios, idos; me estaban aguardando para la medianoche en punto, y ya me he retrasado.

—Cinco minutos.

—Que en determinadas circunstancias son cinco siglos.

—Cuando uno ama.

—¿Y quién os dice que no se trata de una persona enamorada?

—¿Es hombre quien os está aguardando? —exclamó D'Artagnan.

—¿Volvemos a las andadas? —repuso mm. Bonacieux con sonrisa de impaciencia.

—No, señora; me voy; me fío de vos; quiero tener todo el mérito de mi devoción, por más que mi devoción pueda reunir todos los visos de una tontería. Adiós, señora, adiós.

Y como si no se hubiese sentido capaz de apartarse de la mano que cogida tenía, más que con aspereza, se alejó corriendo, mientras mm. Bonacieux daba tres golpes lentos y a intervalos iguales en el postigo, como hiciera en la casa de Aramis.

D'Artagnan, al llegar a la esquina de la calle, volvió el rostro y vio como se abría la puerta para dar paso a la hermosa mercera y cerrarse de nuevo.

El mozo, que había dado palabra de no espiar a mm. Bonacieux, y que, por mucho que su vida hubiese dependido del lugar a que aquella debía luego encaminarse, o de la persona que debía acompañarla, se volvió a su casa, pues así lo prometiera, continuó su camino y, cinco minutos después, llegó a la rue des Fossoyeurs.

—¡Pobre Athos! —dijo D'Artagnan—, se habrá estrujado los sesos para adivinar qué significa todo eso, o se habrá dormido aguardándome, o habrá regresado a su casa, y al entrar en ella le habrán dicho que ha estado allí una mujer. ¡Una mujer en casa de Athos! ¡Y qué!, también había una en casa de Aramis. Es muy singular lo que está pasando, y me gustaría saber cómo acabará.

—Mal, mi amo, muy mal —respondió una voz que no era otra que la de Planchet; y es que D'Artagnan, mientras iba haciendo en voz alta su soliloquio, como todo el que está profundamente preocupado, se había internado en el pasillo de cuyo extremo arrancaba la escalera que conducía a su habitación.

—¿Cómo, mal? ¿Qué quieres decir, zopenco? ¿Qué ha sucedido? —preguntó el mozo.

—Todas las desventuras imaginables.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, m. Athos está preso.

—¡Athos, preso!, ¿y por qué?

—Lo han encontrado en vuestra casa, y lo han tomado por vos.

—¿Y quién lo ha reducido a prisión?

—La guardia que los hombres negros a quienes vos habéis puesto en fuga han ido a buscar.

—¿Por qué no se ha dado a conocer? ¿Por qué no ha declarado que nada tenía que ver en este asunto?

—Se ha guardado muy mucho de hacerlo; al contrario, se ha acercado a mí y me ha dicho: «Quien necesita estar libre en este momento no soy yo, sino tu amo, ya que él lo sabe todo y yo nada. Así pues, como supondrán que está preso, le quedará tiempo para obrar conforme estime más provechoso; dentro de tres días me daré a conocer, y fuerza será que me suelten».

—¡Oh, corazón nobilísimo! —murmuró D'Artagnan—, en este rasgo te conozco. ¿Y qué han hecho los guardias?

—Cuatro se lo han llevado no sé adónde, a la Bastille o al For-l'Evêque; dos se han quedado con los corchetes, que después de hacer un registro general se han llevado todos los papeles, y otros dos han guardado la puerta durante todo el tiempo que han durado las diligencias; luego se han marchado, dejándolo todo abierto y la casa vacía.

—¿Y Porthos y Aramis?

—Como no los he encontrado, no han venido.

—Pero es fácil que lleguen de un momento al otro, pues supongo que has encargado que les avisaran que yo les estaba aguardando.

—Sí, señor.

—Pues no te muevas de aquí; si vienen, diles lo que pasa y que me aguarden en el figón de la Pomme de Pin; aquí correrían peligro, pues es más que probable que la casa esté vigilada. Yo me voy a ver a m. de Tréville para ponerle al corriente, y luego me reuniré con ellos.

—Está bien, señor —profirió Planchet.

—¿Quieres decir que no te moverás de aquí y que no tendrás miedo? —preguntó D'Artagnan, retrocediendo para alentar a su criado.

—Nada temáis, señor —respondió Planchet—, todavía no me conocéis; cuando me arremango, ni el Cid; para mí, todo es empezar; además, soy picardo.

—Quedamos, pues, en que antes te quitarán la vida que abandonarás tu puesto —dijo D'Artagnan.

—Sí, señor —contestó Planchet—, y no repararé en sacrificios para probaros cuánta devoción os profeso.

Parece que el método que he empleado con ese quídam es el mejor, dijo para sí D'Artagnan: volveré a echar mano de él cuando llegue el caso.

Y con toda la celeridad que le permitieron sus ya fatigadas piernas, D'Artagnan se encaminó a la rue du Vieux Colombier.

M. de Tréville no estaba en su palacio, sino en el Louvre, donde daba guardia su compañía; pero como a D'Artagnan le urgía ver al capitán de los mosqueteros, como importaba grandemente que este supiese lo que ocurría, el mozo resolvió probar si

podía introducirse en el Louvre, máxime cuando debía facilitarle la entrada en él su uniforme de guardia de la compañía de m. Des Essarts.

Descendió, pues, D'Artagnan por la rue des Petits-Augustins, y subió el paseo para tomar el Pont-Neuf, después de haber sustentado por un instante la idea de aprovecharse de la barca, idea de la que tuvo que desistir al llegar al borde del agua, por haberse encontrado, al meter la mano en su bolsillo, con que no llevaba para pagar al barquero.

Al llegar a la rue de Guénégaud, vio salir por la rue Dauphine dos personas cuyo andar le llamó en extremo la atención. Una de dichas personas era hombre, mujer la otra; la mujer tenía todo el aspecto de mm. Bonacieux y el hombre se parecía extraordinariamente a Aramis. Además, la mujer iba envuelta en el negro manto que D'Artagnan aún veía dibujarse sobre el postigo de la rue de Vaugirard y sobre la puerta de la rue de La Harpe, y el hombre ostentaba el uniforme de mosquetero. La mujer llevaba el rostro tapado con su capuchón, y el hombre se cubría la cara con su pañuelo; ergo ambos tenían interés en no ser conocidos.

Los dos personajes tomaron el puente, y como D'Artagnan se dirigía al Louvre, y por lo tanto aquel era su camino, se encaminó tras ellos.

Aún no había andado veinte pasos el mozo, cuando ya no le cupo la más mínima duda de que aquella mujer y su acompañante eran mm. Bonacieux y Aramis.

D'Artagnan, traicionado a la vez por su amigo y por aquella tan cara ya para él como una amante, sintió reventar en su corazón todas las sospechas de los celos.

La mercera le había jurado por todo lo jurable que no conocía a Aramis, y hete que un cuarto de hora después él la encontraba del brazo del mosquetero.

Ni siquiera reflexionó D'Artagnan, que únicamente hacía tres horas que conocía a la mercera, que esta no le debía más que alguna gratitud por haberla librado de los alguaciles que intentaban llevársela, y que ella nada le había prometido. Se tuvo por amante ultrajado, vendido, burlado, y, con el rostro hecho un ascua por la cólera y por la sangre que a él le afluyera, resolvió poner en limpio lo que hubiere.

La nocturna pareja, al advertir que alguien la seguía, apretó el paso, y D'Artagnan redobló el suyo para tomar la delantera y retroceder y encararse con ella frente a la Samaritaine, alumbrada por un farol que proyectaba su luz sobre todo en aquel trozo del puente.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó el mosquetero, haciéndose un paso atrás y con un dejo extranjero que probó a D'Artagnan que se equivocara en parte de sus conjeturas.

—¡No es Aramis! —exclamó el mozo.

—No, señor, no soy Aramis, y en vuestra exclamación conozco que me habéis tomado por otro; por eso os perdono, repuso el desconocido.

—¡Ah! ¿Conque me perdonáis? —profirió D'Artagnan.

—Sí, y como nada tenéis que ver conmigo, dejadme el paso libre.

—La razón os sobra, caballero —dijo D'Artagnan—, pero si con vos no, tengo que ver con la señora.

—¡Con la señora! —exclamó el extranjero—, ¡si no la conocéis!

—Os engañáis, caballero.

—¡Ah! —profirió mm. Bonacieux con voz de reproche—, como militar y como hidalgo me habíais dado vuestra palabra, y creí poder fiar en ella.

—Y vos —repuso D'Artagnan con turbación—, me habíais prometido…

—Señora —dijo el extranjero—, dadme el brazo y continuemos nuestro camino.

Con todo eso D'Artagnan, aturdido, aterrado, confundido por lo que acababa de pasarle, permanecía hecho una estatua y con los brazos cruzados ante el mosquetero y mm. Bonacieux.

El desconocido avanzó entonces dos pasos y con la mano desvió a D'Artagnan, que dio un brinco hacia atrás y desenvainó su espada.

Al mismo tiempo, y con la rapidez del rayo, el mosquetero tiró de la suya.

—¡Por Dios, milord! —profirió mm. Bonacieux, lanzándose entre los combatientes y cogiendo las espadas por la hoja.

—¡Milord! —exclamó D'Artagnan, iluminado por una idea súbita—. ¡Milord!, perdone su merced, pero ¿acaso sois vos…?

—M. duque de Buckingham —dijo la mercera a media voz—; y ahora podéis perdernos a todos.

—Milord, señora —repuso D'Artagnan—, os pido mil perdones; pero amo, milord, amo y he sentido la incontrastable furia de los celos; vos ya sabéis qué es amar, milord; perdonadme, pues, y ved de qué manera puedo hacerme matar por vuestra gracia.

—Sois mozo valiente —dijo Buckingham, tendiendo a D'Artagnan una mano que este estrechó con respeto—; acepto vuestros servicios; seguidnos a veinte pasos hasta el Louvre, y si alguien nos espía, cortadle para siempre más el aliento.

D'Artagnan sobarcó su espada, dejó que el duque y mm. Bonacieux avanzaran veinte pasos, y les siguió pronto a ejecutar al pie de la letra las instrucciones del noble y elegante ministro de Carlos I de Inglaterra.

Por desgracia, al joven adepto no se le ofreció coyuntura para dar prueba alguna de su devoción al duque, y la mercera y el mosquetero entraron sin tropiezo en el Louvre por el postigo de l'Échelle.

D'Artagnan, por su lado, partió en demanda del figón de la Pomme de Pin, donde encontró a Porthos y a Aramis, que le estaban aguardando, y a los cuales dijo que había dado fin por sí solo al asunto para la resolución del cual creyera por un instante necesitar de su ayuda.

En cuanto a la molestia que causara a sus amigos haciéndoles concurrir a hora tan intempestiva al figón de la Pomme de Pin, el mozo no dio explicación alguna.

Y ahora, impelidos como nos hallamos por las exigencias de nuestro relato, dejemos que los tres amigos se retiren cada cual a su casa, y sigamos, a través de los rodeos del Louvre, al duque de Buckingham y a su guía.

XII

GEORGES VILLIERS, DUQUE DE BUCKINGHAM

Mm. Bonacieux y el duque entraron sin impedimento en el Louvre; aquella, por ser conocida como perteneciente a la servidumbre de la reina, Buckingham, por vestir el uniforme de los mosqueteros de m. de Tréville, que, como ya hemos dicho, estaban de guardia aquella noche. Por otra parte, Germain estaba en favor de la reina, y si algo sucedía, todo cuanto podía sobrevenir era que la mercera fuese acusada de haber introducido a su amante en el Louvre. Cierto es que mm. Bonacieux, al hacerse solidaria del crimen, enterraba su buena reputación, pero ¿qué le importaba al mundo la fama de una mercerilla?

Ya en el patio, el duque y la joven anduvieron unos veinticinco pasos, arrimados a la pared; luego, mm. Bonacieux empujó una puertecita de servicio, abierta durante el día, pero generalmente cerrada por la noche. La puerta cedió, y ambos entraron y se encontraron en tinieblas, pero la mercera, que conocía todas las vueltas y revueltas de aquella parte del Louvre, destinada a los criados, cerró las puertas tras de sí, cogió por la mano al duque, avanzó, a tientas algunos pasos, asió una barandilla, tocó con el pie un peldaño y empezó a subir una escalera, no parando el ascenso hasta que, según le pareció al duque, hubieron llegado al piso segundo; luego dobló a la derecha, atravesó un largo pasillo, descendió un piso, avanzó algunos pasos más, introdujo una llave en una cerradura, abrió una puerta y, empujando al duque y haciéndole entrar en un aposento alumbrado únicamente por una mariposa, le dijo:

«No os mováis de aquí, milord, pronto vendrán». Luego mm. Bonacieux salió por la misma puerta y la cerró con llave, de manera que el duque quedó literalmente preso.

No obstante hallarse aislado, el duque de Buckingham no se turbó lo más mínimo; y es que una de las notas más salientes de su carácter era el galanteo peligroso, el amor romancesco. Valiente, audaz y emprendedor, no era aquella la primera vez que arriesgaba su existencia en tales tentativas. Cuando había sabido que el supuesto mensaje de Ana de Austria, fiado en el cual se hallaba en París, era un ardid, en lugar de volver a Inglaterra, y abusando de la situación en que lo colocaran, había manifestado a la reina que no partiría sin haberla visto. Al principio Ana de Austria se negó redondamente; pero luego, temerosa de que el duque, exasperado, hiciese algún desatino, estaba ya resuelta a recibirlo y a rogarle que partiese sin demora,

cuando la noche misma de tal decisión fue secuestrada mm. Bonacieux, que era la persona encargada de ir por el duque y conducirlo al Louvre. Por espacio de dos días, nada se supo del paradero de la mercera, y todo quedó suspenso; pero una vez libre aquella, y puesta nuevamente en relación con La Porte, el negocio volvió a encauzarse, y ahora mm. Bonacieux acababa de cumplir el peligroso encargo que, de no haber sido por su arresto, hubiera llevado a cabo tres días antes.

Una vez a solas, Buckingham, que vestía el uniforme de mosquetero y le sentaba a las mil maravillas, se acercó a un espejo.

Entonces el duque tenía treinta y cinco años, y con justicia pasaba por el más gentil caballero y el más apuesto jinete de Francia y de Inglaterra.

Valido de dos reyes, asombrosamente rico, omnipotente en un reino, al que turbaba y calmaba a su antojo, Georges Villiers, duque de Buckingham, se entregó a una de esas existencias fabulosas que durante el curso de los siglos asombran al linaje humano.

Así pues, seguro como estaba de sí mismo, de su poder y de que las leyes que rigen a los hombres no podían alcanzarle, iba en derechura al fin que se proponía, por muy elevado que estuviese su objetivo y por más que fuese este tan deslumbrador que para otro que no él solo el mirarlo equivaliese a una locura. Así es como Buckingham había conseguido acercarse repetidas veces a la hermosa y altiva Ana de Austria y hacerse amar por ella, de puro fascinarla.

Como hemos dicho, Georges Villiers se acercó al espejo, restituyó a su rubia cabellera las ondulaciones que el peso del sombrero le hiciera perder, se atusó el bigote, y con el corazón henchido de gozo, reventando de dicha y vanidad al ver próximo el momento que él anhelaba hacía tanto tiempo, se dirigió a sí mismo una sonrisa de orgullo y de esperanza.

En esto se abrió una puerta escondida tras el entapizado, y apareció una mujer que arrancó un grito a Buckingham, que vio reflejada en la luna del espejo la aparición, que no era otra que la reina.

Ana de Austria tenía en aquel entonces veintiséis o veintisiete años, y estaba en todo el esplendor de su peregrina hermosura. Su andar era el de una soberana, el de una diosa; sus ojos, que despedían chispas esmeraldinas, eran divinos y de ellos emanaba un torrente de dulzura y de majestad. La boca, la tenía pequeña y sumamente encarnada, y aunque ligeramente belfa, como la de los príncipes de la casa de Austria, al sonreír era graciosísima, tanto cuanto desdeñosa cuando era intérprete del menosprecio.

Por su finura y por aterciopelado, el cutis de la reina era citado con encomiásticas frases; y si las prendas físicas que acabamos de citar le parecen pocas al lector, agregue a ellas unos brazos dignos del cincel de Fidias y cantados como incomparables por todos los poetas de aquel tiempo, y unos cabellos, rubios años

antes, que se habían vuelto castaños, y que distribuidos en ralos bucles y sumamente empolvados, formaban un admirable marco a su rostro, al cual el censor más riguroso no habría hallado más que un ligerísimo exceso de afeites, y el estatuario más descontentadizo otro defecto que una leve incorrección en la nariz.

Buckingham quedó, pues, deslumbrado por un instante; nunca, en bailes, fiestas y torneos, Ana de Austria le había parecido tan hermosa como en aquel momento, envuelta en una sencilla bata de raso blanco y acompañada de doña Estefanía, única mujer española de su servidumbre que no hubiese sido despedida por los celos del rey y por las persecuciones de Richelieu.

Ana de Austria se adelantó dos pasos, y antes de que le fuese dable impedirlo, ya Buckingham se había precipitado a sus pies y había besado la orla de su bata.

—Duque, os consta ya que no soy yo quien ha mandado escribiros —dijo la reina.

—¡Oh! Lo sé, señora, lo sé, majestad —exclamó el duque—; he sido un loco, un insensato al darme a entender que la nieve se animaría, que el mármol cobraría calor; pero cuando uno ama, cree fácilmente en el amor; por otra parte, no lo he perdido todo en este viaje, pues os veo.

—Sí —respondió Ana—, pero vos sabéis cómo y por qué os veo, porque insensible a todos mis pesares, os habéis obstinado en permanecer en una ciudad donde, al quedaros en ella, arriesgáis vuestra vida y ponéis en peligro mi honra: os veo para deciros que todo nos separa, los abismos de la mar, la enemistad de los reinos y la santidad de los juramentos. ¡Oh!, milord, luchar contra tantas cosas es sacrílego. Y, por último, os veo para deciros que es menester que no volvamos a vernos nunca jamás.

—Hablad, señora, hablad, reina —profirió Buckingham—, la dulzura de vuestra voz neutraliza la dureza de vuestras palabras. Habláis de sacrilegio, sin tomar en cuenta que el sacrilegio está en la separación de los corazones que Dios creara el uno para el otro.

—Milord —repuso la reina—, olvidáis que nunca os he dicho que os amaba…

—Pero tampoco me habéis dicho nunca que no me amabais —atajó Georges Villiers—, y, en verdad, semejantes palabras implicarían una ingratitud demasiado grande por parte de vuestra majestad, porque ¿dónde hallaríais vos un amor como el mío, un amor que ni el tiempo, ni la ausencia ni la desesperación pueden entibiar; un amor que se contenta con una cinta extraviada, una mirada cogida al vuelo, una palabra vertida al acaso? ¡Ah!, señora, hace tres años que os vi por vez primera y desde entonces os amo de esta suerte. ¿Queréis que os diga cómo ibais ataviada la primera vez que os vi? ¿Que os especifique los adornos de vuestro tocado? Me parece estaros viendo todavía: estabais sentada en cojines, a la usanza de España: ostentabais un vestido de raso verde con bordados de oro y plata y mangas perdidas y sujetadas en los brazos, en esos brazos admirables, con diamantes de gran tamaño,

y llevabais gorguera cerrada y un pequeño casquete verde también y engalanado con una pluma de garza real. ¡Oh!, con los ojos cerrados os estoy viendo tal cual entonces; vuelvo a abrirlos y os contemplo tal cual sois ahora, es decir, imponderablemente más hermosa.

—¡Qué locura! —murmuró Ana de Austria, que no se sentía con ánimos de echar en cara al duque que conservara con tanta fidelidad su retrato en su corazón—. ¡Qué locura alimentar con semejantes recuerdos una pasión vana!

—¿Y de qué queréis que viva yo, señora, si no me alimento más que de recuerdos? Los recuerdos son mi dicha, mi tesoro, mi esperanza. Cada vez que os veo, enriquezco con un nuevo diamante el estuche de mi corazón. Este es el cuarto que dejáis caer y que yo recojo; porque en tres años, señora, no os he visto más que cuatro veces; la primera que os he dicho, la segunda en casa de mm. de Chevreuse, y la tercera en los jardines de Amiens.

—Duque —profirió la reina sonrojándose—, no habléis de aquella noche.

—¡Oh!, al contrario, señora, hablemos de ella: es la noche más dichosa y radiante de mi vida. ¡Qué templado estaba el ambiente! ¡Qué límpida y pura la estrellada bóveda! ¿Os acordáis? ¡Ah!, aquella noche pude pasar un instante a solas con vos, con vos, que os sentíais inclinada a hacerme sabedor del aislamiento de vuestra vida y de los pesares de vuestro corazón. Vos estabais apoyada en mi brazo, en este; yo, al inclinar la cabeza hacia vos, sentía el roce de vuestros cabellos en mi rostro, y cada vez que eso sucedía se estremecía todo mi ser. ¡Oh! ¡Reina! ¡Reina!, vos no sabéis qué celestiales arrobos, qué gozos paradisíacos incluye un momento como aquel. ¡Oh!, por otro momento semejante, por otra noche como aquella, daría yo mis bienes, mi fortuna, mi gloria, los días de vida que me quedan, porque aquella noche me amabais, señora, no me digáis que no.

—Milord —repuso Ana de Austria—, es posible que la influencia del lugar, que el hechizo de aquella hermosa noche, que la fascinación de vuestra mirada, y en fin, las mil circunstancias que en ocasiones se reúnen para causar la perdición de una mujer se agruparan en torno de mí en aquella velada fatal, pero vos mismo fuisteis testigo de que la reina acudió en auxilio de la mujer que desfallecía: no bien os atrevisteis a hablar, a mostraros audaz, pedí socorro.

—Es verdad, señora, y otro que no os hubiese amado lo que yo habría sucumbido a aquella prueba; pero mi amor salió de ella más ardiente y más eterno. Vos creísteis huir de mí regresando a París, dándoos a entender que yo no osaría abandonar el tesoro sobre el cual mi amo me ordenó que velara. ¡Ah! ¿Qué me importan a mí todos los tesoros del mundo, todos los reyes de la tierra? Ocho días después estaba yo de regreso, señora; pero ahora nada teníais que decirme. Para veros por espacio de un segundo, arriesgué mi valimiento y mi vida; ni siquiera toqué vuestra mano, y al verme vos tan sumiso y tan arrepentido, me perdonasteis.

—Pero la calumnia se apoderó de todas esas locuras en las cuales yo no tenía arte ni parte, ya lo sabéis, milord. El rey, incitado por el cardenal, llevó las cosas a un extremo violento, de cuyas resultas fue despedida mm. de Vernet, Putange desterrado, y mm. de Chevreuse cayó en desgracia, y cuando resolvisteis veniros nuevamente a Francia en calidad de embajador, acordaos de que el rey se opuso personalmente.

—Y Francia va a pagar con una guerra la negativa de su rey. ¡Ah!, señora, ya que me está vedado el volver a veros, quiero que oigáis hablar de mí todos los días. ¿Qué fin veis vos a la expedición de Ré a la liga que estoy proyectando con los protestantes de La Rochelle? El del placer de veros. No me anima la esperanza de entrar en París a mano armada; pero esta guerra podrá traer una paz que necesite de un negociador, y ese negociador seré yo. Entonces no se atreverán a rechazarme, y volveré a París, y os veré de nuevo, y seré dichoso por un instante. Cierto es que millares de hombres habrán pagado mi ventura con su vida; pero ¡qué me importará a mí, con tal de que vuelva a veros! Esto que os digo será insensato si queréis; mas decidme, ¿qué mujer tiene un amante más rendido? ¿Qué reina un servidor más devoto?

—Milord, milord, cosas invocáis en vuestra defensa que os acusan, ya que lindan con el crimen todas las pruebas de amor que intentáis darme.

—¡Ah!, señora, si me amaseis, todo lo veríais desde otro prisma; si me amaseis, ¡oh!, si me amaseis sería para mí una dicha tan grande, que se me trastornaría la razón. Mm. de Chevreuse, de quien hace poco me habéis hablado, fue menos cruel que vos: Holland la amó y se vio correspondido.

—Mm. de Chevreuse no era reina —murmuró Ana de Austria, vencida a su pesar por la expresión de un amor tan profundo.

—¡Ah!, señora, entonces ¿me amaríais si no fueseis reina? Entonces ¿me es dable creer que solo la dignidad de vuestra alcurnia os vuelve cruel para conmigo; que si hubieseis sido mm. de Chevreuse, el pobre Buckingham podría haber esperado? Gracias, gracias por vuestras dulces palabras. ¡Oh, mi hermosa majestad!, gracias de todo corazón.

—Habéis oído mal, interpretado malamente, milord; no he querido decir…

—¡Callaos! ¡Callaos! —exclamó el duque—; si un error me hace dichoso, no tengáis la crueldad de arrebatarme mi ventura. Vos misma lo habéis dicho, señora, me han armado un lazo, en el que tal vez dejaré la vida; porque —añadió Buckingham, sonriéndose de un modo triste a la par que seductor— ved si es singular, hace algún tiempo que presiento mi próximo fin.

—¡Oh! ¡Dios mío! —profirió Ana de Austria con acento de espanto que demostraba cuánto más grande de lo que ella quería admitir era el interés que le inspiraba el duque.

—No he dicho lo que he dicho para asustaros, señora —repuso Buckingham—; y aun lo que os he dicho es una ridiculez. Tened por seguro que no me preocupan tales imaginaciones. Pero la frase que acaba de escaparse de vuestros labios, la esperanza que casi me habéis dado, serán suficiente recompensa a todo, incluso a mi vida.

—Pues bien, duque —repuso Ana de Austria—, también yo tengo presentimientos y sueños. El otro día soñé que os veía tendido y ensangrentado, con una herida…

—En el costado izquierdo, inferida con un cuchillo, ¿no es verdad? —interrumpió Buckingham.

—Sí, esto es, milord, en el costado izquierdo, inferida con un cuchillo. ¿Quién puede haberos declarado mi sueño? Únicamente lo he confiado a Dios, y en mis plegarias.

—No quiero saber más, señora, vos me amáis.

—¡Que yo os amo!

—Sí, señora, porque ¿os enviaría Dios a vos los mismos sueños que a mí si no me amarais? ¿Tendríamos los dos los mismos presentimientos, si nuestras existencias no estuviesen atadas por los vínculos del corazón? ¡Oh!, reina, me amáis y me lloraréis.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —profirió Ana de Austria—, esto es superior a mis fuerzas. Duque, por la Virgen Santísima, partid; no sé si os amo o no os amo, pero sí sé que no seré perjura. Compadeceos de mí; idos. ¡Oh!, si os hiriesen en Francia, si en Francia murieseis, si llegase yo a suponer que la causa de vuestra muerte fuese el amor que me profesáis, no habría consuelo para mí, se me trastornaría la razón. Partid, pues, con toda el alma os lo ruego.

—¡Qué hermosa estáis así, señora! ¡Oh! ¡Cuánto os amo! —dijo Buckingham.

—Por favor, milord, partid, partid y volved más adelante; volved como embajador, como ministro, pero rodeado de guardias que os defiendan, de servidores que velen por vos, y entonces no temeré por vuestra vida, y tendré la ventura de volver a veros.

—¡Oh! ¿Es realmente verdad lo que decís, señora?

—Sí…

—Pues bien, dadme una prenda que justifique vuestra indulgencia, un objeto que proceda de vos y me recuerde que no he estado soñando; algo que hayáis usado y que pueda yo llevarlo a mi vez, una sortija, un collar, una cadena.

—Y si accedo a lo que me pedís, ¿vais a partir?

—Sí, señora.

—¿Al instante?

—Al instante.

—¿Y volveréis a Inglaterra?

—Os lo juro.

—Aguardaos pues.

Ana de Austria entró en sus habitaciones, y al poco regresó trayendo en la mano un cofrecito de palo de rosa con su cifra, incrustado de oro.

—Tomad, milord —dijo la reina—, guardadlo en memoria de mí.

Buckingham tomó el cofrecito y por segunda vez hincó la rodilla.

—Me habéis prometido partir —dijo Ana de Austria.

—Y cumpliré mi palabra. Dadme vuestra mano, señora, y parto.

La reina tendió su diestra, cerrando los ojos y apoyándose con la izquierda en doña Estefanía, pues conoció que iban a faltarle las fuerzas.

Buckingham besó con pasión la hermosa mano de la soberana, y levantándose, profirió:

—Si no muero antes, no se pasarán seis meses sin que haya vuelto a veros, señora, aun cuando para conseguirlo deba trastornar al mundo.

Y fiel a su promesa, el duque se lanzó fuera del aposento. Buckingham encontró en el pasillo a mm. Bonacieux, que le estaba aguardando, y que con las mismas precauciones y la misma fortuna que al venir le condujo fuera del Louvre.

XIII

MONSIEUR BONACIEUX

Ya el lector habrá advertido que en este fregado figuraba un personaje de quien, pese a su precaria situación, al parecer no hacían gran caso; queremos referirnos a m. Bonacieux, respetable mártir de las intrigas políticas y amorosas que en aquel tiempo, a la vez tan caballeresco y tan galante, se enredaban unas con otras.

Por fortuna, como recuerda o no recuerda el lector, prometimos no perderle de vista. Los rufianes que le echaron la garra lo condujeron en derechura a la Bastille, donde le obligaron a pasar, muerto de miedo, ante un pelotón de soldados que estaban cargando sus mosquetes. Luego le hicieron entrar en una galería semisubterránea, en la que sus custodios, al ver que no se las habían con un noble, lo maltrataron inhumanamente de obra y de palabra, como a verdadero villano. Media hora después compareció un escribano, que puso fin a las torturas del infeliz, pero no a su zozobra, ordenando que lo llevaran a la sala de interrogatorios, infringiendo con esto la costumbre establecida, pues los presos solían ser interrogados en su propia casa; pero con m. Bonacieux no anduvieron con tantos cumplidos.

Dos guardias se apoderaron del mercero, le hicieron atravesar un patio y entrar en un corredor en el que había tres centinelas, y luego de abrir una puerta, de un empujón lo echaron en una pieza baja de techo, en la que no se veían otros muebles que una mesa, una silla y un comisario que estaba sentado en la silla, ocupado en escribir sobre la mesa. Los guardias condujeron al preso ante la mesa, lo dejaron allí y se alejaron fuera del alcance de la voz del comisario. Este, que hasta entonces había estado de hocicos sobre sus papeles, levantó la cabeza para ver con quién tenía que habérselas.

Era, el tal comisario, hombre de rostro avinagrado, nariz puntiaguda, pómulos amarillos y abultados, ojos de ratón, pero investigadores y vivos, y fisonomía que así recordaba a la garduña como a la zorra; la cabeza, sostenida por un cuello largo y movible, le arrancaba de una holgada y negra toga y se balanceaba poco más o menos como la de la tortuga cuando este anfibio la saca de su carapacho.

El comisario empezó por preguntar a Bonacieux su nombre y apellido, edad, estado y domicilio; a lo cual el acusado respondió que se llamaba Jacques-Michel Bonacieux, tenía cincuenta y un años de edad, era mercero retirado, y vivía en la rue des Fossoyeurs, número once.

Entonces, el comisario, en vez de continuar el interrogatorio, echó a Bonacieux un largo discurso sobre el peligro que, para un ciudadano oscuro, hay en inmiscuirse en los asuntos públicos.

El comisario complicó el exordio con una exposición en la cual hizo resaltar el poder y los actos de m. el cardenal, ministro incomparable, vencedor de todos los ministros pasados y ejemplo de los venideros: actos y poder a que nadie se oponía impunemente.

Después de la parte segunda de su discurso, fijó el comisario su mirada de gavilán en el pobre mercero, y le invitó a que reflexionase sobre la gravedad de su situación.

Bonacieux, que ya lo había reflexionado todo, daba al diablo la hora en que a m. La Porte se le ocurriera casarlo con su ahijada y, principalmente, la hora en que esta fuera admitida al servicio de la reina.

En la esencia, el mercero era egoísta, sórdido y cobarde, y como el amor que le inspirara su joven esposa no tenía para él más que una importancia secundaria, de ahí que semejante amor desapareciera ante las cualidades de carácter que hemos enumerado.

—Señor comisario —dijo con frialdad Bonacieux, que efectivamente reflexionó sobre lo que aquel acababa de decirle—, tened la certidumbre de que conozco y aprecio como el que más el mérito de la incomparable eminencia por la cual tenemos la dicha de ser gobernados.

—¿De veras? —preguntó el comisario con aire de duda—. Entonces, siendo así como decís, ¿por qué estáis en la Bastille? ¿Por bueno?

—Cómo estoy, o más bien por qué causa estoy —replicó Bonacieux—, eso es lo que me será absolutamente imposible deciros por la sencilla razón de que yo mismo lo ignoro. Pero a buen seguro que no será por haber desobedecido al cardenal; al menos, a sabiendas y con intención de hacerlo.

—Sin embargo, es menester que hayáis cometido un crimen, puesto que estáis acusado de alta traición.

—¡De alta traición! —exclamó Bonacieux, espantado—. ¡De alta traición! ¿Y cómo queréis que un pobre mercader que detesta los hugonotes y que aborrece a los españoles sea acusado de alta traición? Reflexionad, señor, que esto es materialmente imposible.

—M. Bonacieux —dijo el comisario, mirando al acusado como si sus ojillos tuviesen la virtud de penetrar hasta lo más profundo de los corazones—, m. Bonacieux, ¿tenéis mujer?

—Sí, señor —respondió el mercader todo tembloroso, temiendo que esto fuese a embrollar el asunto—. Es decir, tenía una.

—¡Cómo que teníais una! Pues ¿qué habéis hecho de ella, si no la tenéis ya?

—¡Me la han robado, caballero!

—¿Os la han robado? —dijo el comisario—. ¡Ah, ya! Bonacieux conoció por este «¡ya!» que el asunto se embrollaba cada vez más.

—¡Os la han robado! —continuó el comisario—. ¿Y sabéis quién es el raptor?

—Creo conocerle, aunque de vista.

—¿Quién es?

—Mirad que no afirmo nada en concreto, señor comisario, y que solo se trata de una sospecha.

—¿Qué sospecháis? Veamos; responded francamente.

M. Bonacieux se hallaba sumido en la mayor perplejidad. ¿Debía negarlo todo, o confesarlo todo? Negándolo todo, podían creer sus esbirros que sabía demasiado para confesarlo. Diciéndolo todo, daba pruebas de buena voluntad. Por consiguiente, se decidió por esta última solución.

—Sospecho —dijo— de un hombre alto, moreno, de buena presencia y que tiene todo el aspecto de un gran señor. Nos ha seguido muchas veces, según me parece, cuando yo aguardaba a mi esposa delante de la verja del Louvre para llevarla a mi casa.

El comisario pareció experimentar alguna inquietud.

—¿Y su nombre? —dijo, aguzando aún más la mirada y el oído.

—¡Oh! En cuanto a su nombre, lo ignoro. Aunque si me encuentro alguna vez con él, le reconoceré al instante, incluso hallándose entre mil personas.

El comisario frunció la frente.

—¿Lo reconoceríais entre mil, decís?

—Es decir —contestó Bonacieux, que conoció que había dado un paso en falso—, es decir, que me parece…, no sé…

—¡Habéis dicho que lo reconoceríais! —aulló el comisario—. Está bien; eso me basta por hoy. Es necesario, antes de ir más lejos, dar cuenta a ciertas personas de que conocéis al raptor de vuestra mujer.

—¡No he dicho que le conociese! —exclamó Bonacieux, desesperado—. Os he dicho todo lo contrario. Os he dicho que…

—¡Llevaos al preso! —dijo el comisario a los guardias.

—¿Y adónde le hemos de llevar? —preguntó el escribano.

—A un calabozo.

—¿A cuál?

—¡Oh, Dios de Dios! Al primero que encontréis, con tal que esté bien vigilado —respondió el comisario con una indiferencia que horrorizó al pobre Bonacieux.

—¡Ay de mí! —murmuró el mercero—, sobre mi cabeza se cierne la desventura; mi mujer habrá cometido un crimen espantoso, y me tienen por cómplice suyo, y me condenarán con ella. Lo habrá declarado todo, y confesado que me había puesto al

corriente… ¡Es tan débil la mujer!… ¡Un calabozo! ¡Cualquiera! Sí, una noche pronto pasa; y mañana, a la rueda, a la horca… ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Apiadaos de mí!

Los dos guardias asieron de Bonacieux cada cual por un brazo, y sin escuchar los lamentos del desdichado, lamentos a que, por lo demás, debían de estar acostumbrados, se lo llevaron consigo, mientras el comisario escribía apresuradamente una carta que su escribano estaba aguardando.

Bonacieux no pegó ojo, no porque su calabozo fuese desagradable en demasía, sino porque no podía con la zozobra que lo embargaba. El pobre pasó la noche entera sentado en su escabel y estremeciéndose al más leve rumor. Cuando la primera luz diurna se deslizó en su aposento, le pareció que la aurora había tomado fúnebres tintas.

De improviso, Bonacieux oyó descorrer los cerrojos, y tuvo un sobresalto terrible, pues creyó que venían por él para llevárselo al patíbulo, pero al ver que en vez del verdugo eran el comisario y su escribano los que entraban, sintió impulsos de echarles los brazos al cuello.

—Vuestro proceso se ha enmarañado extraordinariamente desde anoche, amigo mío —dijo el comisario a Bonacieux—, y para vuestro bien os aconsejo que digáis la verdad, pues solo vuestro arrepentimiento puede evitar la irritación de su eminencia.

—Estoy pronto a decirla, por lo menos cuanto sé —exclamó el mercero—. Interrogadme, os lo ruego.

—Ante todo es menester que declaréis dónde está vuestra mujer.

—¿No os dije ya que me la habían robado?

—Pero gracias a vos se escapó ayer a las cinco de la tarde.

—¡Que mi mujer se ha escapado! —profirió Bonacieux—. ¡Oh! ¡Desventurada! Pero, señor, si se ha escapado no ha sido por culpa mía.

—¿Qué fuisteis a hacer, pues, a casa de m. D'Artagnan, vuestro inquilino, con quien durante el día celebrasteis una larga entrevista?

—Es verdad que fui a donde decís, señor comisario, y confieso que obré mal.

—¿Con qué fin hicisteis tal visita?

—Con el de rogar a m. D'Artagnan que me ayudara a encontrar a mi mujer. Creía que me asistía derecho a reclamarla, pero, por lo que se ve, anduve desacertado, y por ello os pido mil perdones.

—¿Y qué os respondió m. D'Artagnan?

—Se ofreció a ayudarme, pero no tardé en ver que me vendía.

—¡Cómo! ¿Os atrevéis a engañar a la justicia? M. D'Artagnan ha hecho un pacto con vos en virtud del cual puso en fuga a los agentes de policía que habían arrestado a vuestra mujer, y la ha sustraído a nuestras pesquisas.

—¡Que m. D'Artagnan ha arrebatado a mi mujer! ¿Qué estáis diciendo? —exclamó Bonacieux.

—Por fortuna m. D'Artagnan está en nuestro poder y vais a ser careado con él.

—¡Ah! Ni a pedir de boca —profirió el mercero—; no sentiré ver un rostro conocido.

—Que entre m. D'Artagnan —dijo el comisario a los guardias, que inmediatamente hicieron cumplir a Athos la orden que acababan de recibir.

—M. D'Artagnan —dijo el comisario, dirigiéndose al mosquetero—, declarad lo que ha pasado entre vos y m. Bonacieux.

—Pero ¡si este caballero no es m. D'Artagnan! —exclamó el mercero.

—¡Cómo que no es m. D'Artagnan! —dijo el comisario.

—No, señor.

—¿Cómo se llama el caballero? —preguntó.

—No lo sé, porque no le conozco.

—¿Que no le conocéis?

—No, señor.

—¿Nunca lo habéis visto?

—Sí, señor, pero ignoro cómo se llama.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó el comisario al mosquetero.

—Athos —respondió este.

—¿Qué estáis diciendo? —profirió el interrogador, que empezaba ya a marearse—. Eso no es un nombre de persona, sino el nombre de una montaña.

—Es mi nombre —dijo con toda tranquilidad Athos.

—Vos dijisteis que os llamabais D'Artagnan.

—¿Yo?

—Vos, sí.

—A mí me preguntaron si era yo m. D'Artagnan, y yo respondí: «¿Os parece?», a lo cual mis guardias replicaron que sabían lo que decían. Yo no quise contradecirles, porque ¿quién me aseguraba a mí que no era yo el que estaba equivocado?

—Caballero, estáis ofendiendo la majestad de la justicia.

—De ninguna manera —contestó con todo sosiego Athos.

—Vos sois m. D'Artagnan.

—¿Veis? Vos mismo me lo estáis repitiendo.

—No, señor comisario, no —repuso Bonacieux—, aquí no caben dudas. M. D'Artagnan es inquilino mío y, por consiguiente, aunque no me satisfaga los alquileres, y precisamente por esta causa, debo conocerlo. M. D'Artagnan es un mozo de unos diecinueve a veinte años, y el caballero tiene por lo menos treinta; m. D'Artagnan sirve en la compañía de guardias de m. Des Essarts, y el caballero en la compañía de mosqueteros de m. de Tréville; y si no, echad una mirada a su uniforme.

—Es verdad —murmuró el comisario.

En aquel momento se abrió la puerta de un boleo, y un mensajero introducido por uno de los subalcaides de la Bastille entregó una carta al comisario, que al poco exclamó:

—¡Oh! ¡Desventurada!

—¿Qué estáis diciendo? ¿De quién habláis? Supongo que no es de mi mujer —repuso el mercero.

—De ella hablo. Por Dios vivo que va poniéndose de perlas vuestro asunto.

—¡Cómo! —exclamó Bonacieux, exasperado—. ¿Me haríais la merced de decirme por qué lo que hace mi mujer mientras yo estoy preso puede empeorar mi situación?

—Porque lo que hace vuestra mujer no es más que la prosecución de un plan concertado entre vos y ella. ¡Un plan infernal!

—¡Ah!, señor comisario —profirió el mercero—, ¡cuán equivocado andáis! A fe de cristiano que no sé palabra de cuanto debía hacer mi mujer, que no tengo arte ni parte alguna en lo que ella hace, y que reniego de ella, y la desmiento y la maldigo si comete necedades.

—Si ya no necesitáis de mí, despachadme adonde os agradare, pues ese m. Bonacieux está insufrible —dijo Athos al comisario.

—Conducid a los presos a sus respectivos calabozos, y que se redoble sobre ellos la vigilancia —profirió el comisario, designando con el mismo ademán a Athos y al mercero.

—No obstante —repuso Athos con su calma habitual—, si tenéis que habéroslas con m. D'Artagnan, no acierto a ver en qué puedo sustituirlo.

—Haced lo que os digo —exclamó el comisario, dirigiéndose a los guardias—, y sobre todo punto en boca. ¿Habéis oído?

Athos siguió a sus guardias, encogiendo los hombros, y m. Bonacieux, lanzando lamentaciones capaces de partir el corazón de un tigre.

Serían las nueve de la noche cuando el mercero, en el instante en que se decidía a meterse en la cama, oyó rumor de pasos en el corredor, y al poco vio abrirse la puerta de su calabozo, en cuyo umbral aparecieron algunos guardias.

—Seguidnos —dijo a Bonacieux un exento que venía detrás de aquellos.

—¡Que os siga! ¡A estas horas! ¿Y adónde? —exclamó el mercero.

—A donde tenemos la orden de llevaros.

—Esto no es una respuesta.

—No podemos daros otra.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ahora sí que para mí no hay remedio! —murmuró el mercero, siguiendo maquinalmente y sin resistencia a los guardias.

Bonacieux tomó el mismo corredor que la otra vez, atravesó un patio y un cuerpo de fábrica, y al llegar a la puerta del patio de ingreso vio un coche rodeado de cuatro guardias montados, al que le hicieron subir. El exento se sentó junto al infeliz,

cerraron con llave la portezuela, y preso y custodio se hallaron en una prisión rodadera.

El carruaje echó a andar con la lentitud de un coche fúnebre. A través de la reja cerrada con candado, el preso veía las casas y los adoquines, pero nada más; sin embargo, Bonacieux, que era parisiense castizo, reconocía las calles por los guardacantones, los letreros y los faroles.

En el instante en que el coche pasó por delante de Saint-Paul, lugar donde ejecutaban a los reos que salían de la Bastille, el mercero se signó dos veces y casi se desmayó; tan por cierto tuvo que el coche iba a detenerse allí.

No obstante, el coche siguió adelante, y así que hubo recorrido cierta distancia, el preso sintió otra vez un terror profundo, y fue cuando la prisión ambulante pasó a lo largo de la tapia del cementerio de Saint-Jean, donde enterraban a los reos de Estado. Solo una cosa le tranquilizó un poco, y fue el pensar que a dichos reos, antes de enterrarlos solían cortarles la cabeza, y él todavía sustentaba la suya sobre sus hombros. Sin embargo, al ver que el coche tomaba el camino de la Grève, al divisar los puntiagudos tejados de las casas consistoriales, al notar que el coche se internaba en la arcada, se tuvo por muerto y le dio por confesarse con su custodio, que esquivó el entrometerse en lo que no le atañía. Entonces Bonacieux empezó con unos gritos tan lastimeros, que el exento le previno que de continuar asordándole de aquella suerte, le amordazaría.

Esta amenaza sosegó a Bonacieux, porque de haber tenido que ejecutarlo en Grève, no valía la pena de que lo amordazaran; no estaban más que a un paso del teatro de la ejecución. En efecto, el coche cruzó, sin detenerse, la fatídica plaza. Ya no podía inspirar temores al mercero más que la Croix-du-Trahoir, y precisamente aquel fue el camino que tomó el carruaje.

Ahora ya no cabían dudas; la Croix-du-Trahoir era el sitio donde ejecutaban a los criminales de chicha y nabo. ¡Ah! Bonacieux había sido bastante presuntuoso para tenerse por digno de Saint-Paul o de la place de Grève, y su viaje y su vida iban a terminar en la Croix-du-Trahoir. El mercero no podía ver aún la funesta cruz, pero como si oliese que le salía al encuentro.

A unos veinte pasos de aquel lugar de muerte, el coche se detuvo.

Bonacieux, al notar la parada y al oír cierto rumor, y ya abrumado por las sucesivas emociones que lo trastornaran, no pudo soportar este último golpe; exhaló un débil gemido, que podría haberse tomado por el último suspiro de un moribundo, y se desmayó.

XIV

EL HOMBRE DE MEUNG

La concurrencia de gentes en la Croix-du-Trahoir era motivada no por la espera de un hombre a quien debían ahorcar, sino por la contemplación de un ahorcado.

El coche, detenido por un instante, anudó pues su marcha, pasó a través de la muchedumbre, tomó la rue de Saint-Honoré, entró en la rue des Bons-Enfants, y paró ante una puerta chata, que se abrió al punto para dar salida a dos guardias, que después de recibir en sus brazos a Bonacieux, sostenido por el exento, lo empujaron hacia un pasillo, le hicieron subir una escalera y lo dejaron en una antesala.

Bonacieux realizó como un verdadero autómata los actos de los que acabamos de hablar. Anduvo como andamos en sueños; columbró los objetos como a través de la niebla y oyó sin discernir lo que oía; en aquel instante, podrían haberlo ejecutado sin que hubiese hecho un ademán en su defensa ni lanzado una voz para implorar misericordia.

De esta suerte se quedó sentado en la banqueta en que lo dejaron, con la espalda arrimada a la pared y los brazos colgando.

Con todo eso, como al tender en torno de sí la mirada no vio objeto alguno temible; como no percibió cosa alguna que le indicara que corriese peligro real, y, además, la banqueta estaba bien rehenchida, la pared cubierta con un hermoso cuero de Cordoue, y ante la ventana ondulaban grandes colgaduras de rojo damasco sujetadas con abrazaderas de oro, poco a poco comprendió que su terror era exagerado, y empezó a mover la cabeza a derecha y a izquierda y de arriba abajo.

Este movimiento, al que no se opuso persona alguna, reanimó un tantico a Bonacieux, que se aventuró a encoger primero una pierna, luego la otra, hasta que, por último, y con ayuda de las manos, se levantó y se puso en pie.

En esto un oficial de porte distinguido abrió una mampara, continuó cruzando algunas palabras con una persona de la estancia contigua, y volviéndose hacia el preso, le preguntó:

—¿Sois vos quien os llamáis Bonacieux?

—Para servir a su merced, señor oficial —balbuceó el mercero, más muerto que vivo.

—Entrad —dijo el oficial, haciéndose a un lado para que pudiese pasar el mercero.

Este obedeció sin chistar, y entró en la pieza donde al parecer le estaban aguardando.

Aquella pieza era un espacioso gabinete, con las paredes adornadas de armas ofensivas y defensivas, cerrado y sofocado, y en el cual ya ardía lumbre, pese a no haber llegado todavía el mes de octubre. Se nos olvidaba decir que en el centro del gabinete había una gran mesa atestada de libros y papeles sobre los cuales estaba desenrollado un inmenso plano de La Rochelle.

Ante la chimenea y en pie, había un hombre de mediana estatura, de traza arrogante y audaz, mirada penetrante, frente ancha y desembarazada, rostro flaco, prolongado todavía más por una larga perilla, y bigotes al uso. Aquel hombre, que no obstante no haber rebasado todavía los treinta y siete ya tenía entrecanos el bigote y la perilla, y aunque no ceñía espada, tenía el aspecto militar, y sus botas de búfalo, aun ligeramente cubiertas de polvo, indicaban que había montado a caballo durante el día.

El personaje del que acabamos de hacer mérito era Armand-Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, no tal cual nos lo pintan, cascado como un viejo, doliente como un mártir, con el cuerpo quebrantado, la voz apagada, enterrado en descomunal sillón como en una tumba anticipada, alentado solo por la energía de su intelecto, y no sosteniendo ya la lucha con Europa más que con la eterna aplicación de su pensamiento; sino tal cual era en aquel entonces, es decir, sagaz y caballeroso, ya endeble, pero sostenido por aquella energía moral que hizo de él uno de los hombres más extraordinarios que hayan existido; preparándose, en fin, para llevar a cabo el sitio de La Rochelle, después de haber sostenido al duque de Nevers en su ducado de Mantua, tomado Nîmes, Castres y Uzès, y echado de la isla de Ré a los ingleses.

A primera vista, señal alguna indicaba, pues, que aquel hombre fuese el cardenal, y a los que no lo conocían personalmente les era imposible adivinar en presencia de quién estaban.

El pobre mercero se quedó clavado en el umbral mientras Richelieu fijaba los ojos en él como quien trata de leer en los más oscuros senos de lo pasado.

—¿Ese es Bonacieux? —preguntó el cardenal tras un corto silencio.

—Sí, monseñor —respondió el oficial.

—Está bien, dadme esos papeles y dejadnos.

El oficial cogió de sobre la mesa los papeles designados, los entregó a quien se los pidiera y salió después de haber hecho una gran reverencia con la cabeza a su eminencia.

Bonacieux conoció que aquellos papeles no eran otros que su interrogatorio de la Bastille.

De cuando en cuando, Richelieu desviaba los ojos del escrito para indagar en el corazón del mercero.

Al cabo de diez minutos de lectura y de diez segundos de examen, el cardenal ya sabía a qué atenerse.

Esa cabeza nunca ha conspirado, dijo para sí Richelieu; pero no importa, probemos. Y, levantando la voz y con toda lentitud, se dirigió a Bonacieux en estos términos:

—Estáis acusado de alta traición.

—Así me lo han manifestado ya, monseñor —exclamó el mercero, dando a su interrogador el tratamiento que oyera al oficial darle—, pero a fe de bueno que me ha cogido de sorpresa la noticia.

—Habéis conspirado con vuestra mujer, con mm. de Chevreuse y con milord duque de Buckingham.

—En efecto, le he oído pronunciar a mi mujer todos esos nombres, monseñor —contestó Bonacieux.

—¿Cuándo?

—Decía mi mujer que el cardenal de Richelieu había atraído al duque de Buckingham a París para causar su ruina y la de la reina.

—¿Vuestra mujer dijo eso? —exclamó con arrebato el cardenal.

—Sí, monseñor; pero yo le repliqué que hacía mal en hablar de tal suerte, y que su eminencia era incapaz de…

—Callaos, sois un mentecato —profirió Richelieu.

—Esto mismo me respondió mi mujer, monseñor.

—¿Sabéis quién secuestró a vuestra mujer?

—No, monseñor.

—Sin embargo, alentáis sospechas.

—Sí, monseñor; pero como tales sospechas han contrariado, al parecer, al señor comisario, ya no las tengo.

—¿Sabíais vos que vuestra mujer se hubiese escapado?

—No, monseñor; lo he sabido después de preso, y también por conducto del señor comisario, que por cierto es hombre amabilísimo.

—Entonces ¿ignoráis qué ha sido de vuestra mujer después que se ha fugado? —preguntó el cardenal, reprimiendo una segunda sonrisa.

—De todo punto, monseñor; pero apostaría que ha vuelto al Louvre.

—A la una de la madrugada aún no había regresado a palacio.

—¡Válgame Dios! —exclamó el mercero—; ¿qué ha sido, pues, de ella?

—Sosegaos, ya lo sabremos; al cardenal no se le oculta nada; todo lo sabe.

—En este caso, monseñor, ¿estimáis que el cardenal consentirá en decirme qué ha sido de mi mujer?

—Puede que sí; pero en primer lugar es preciso que declaréis cuanto sepáis respecto a las relaciones de vuestra mujer con mm. de Chevreuse.

—Sobre el particular nada sé, monseñor; en mi vida he visto a esa dama.

—Cuando ibais por vuestra mujer al Louvre, ¿regresaba esta directamente a vuestra casa?

—Casi nunca; siempre tenía negocios pendientes con mercaderes de telas, a cuyos domicilios yo la conducía.

—¿Y cuántos eran esos mercaderes?

—Dos, monseñor.

—¿Dónde viven?

—Uno en la rue de Vaugirard, y el otro en la rue de La Harpe.

—¿Entrabais vos con ella en sus casas?

—Nunca, monseñor; la aguardaba en la puerta.

—¿Y qué pretexto os daba vuestra mujer para entrar sola?

—¿Pretexto?, no me daba ninguno; me decía que me aguardara y yo aguardaba.

—Sois un marido complaciente, mi querido m. Bonacieux —profirió el cardenal.

¡Me ha llamado su querido m. Bonacieux!, dijo para sí el mercero. ¡Diablos!, las cosas se presentan bien.

—¿Conoceríais vos las puertas de esas casas?

—Sí, monseñor.

—¿Sabéis los números?

—Los sé, monseñor.

—¿Cuáles son?

—El de la casa de la rue de Vaugirard, el 25, y el 75 el de la rue de La Harpe.

—Está bien —dijo Richelieu, cogiendo una campanilla de plata y llamando. Luego, dirigiéndose al oficial que había acudido al llamamiento, repuso a media voz—: Idos a casa de Rochefort y, si ya ha regresado, que venga inmediatamente.

—El conde está ahí —contestó el oficial—, y solicita con empeño hablar con vuestra eminencia.

¡A vuestra eminencia!, murmuró Bonacieux, abriendo unos ojos como naranjas, que sabía que tal era el título que se le daba de ordinario a m. el cardenal Richelieu;…¡a vuestra eminencia!

—Que entre —dijo con viveza el cardenal.

El oficial salió volando, con el afán que todos los servidores de Richelieu ponían en servirle.

Apenas hacía cinco segundos que el oficial saliera, cuando se abrió la puerta y entró un nuevo personaje.

—¡Es él! —exclamó Bonacieux al verlo.

—¿Quién es él? —preguntó el cardenal.

—El que me ha robado mi mujer.

Richelieu llamó por segunda vez, y, al reaparecer el oficial, dijo:

—Custodien los guardias nuevamente a ese hombre, y que espere hasta que yo vuelva a llamarlo.

—No, monseñor, no, no es él —exclamó el mercero—; me he equivocado: es otro que en nada se le parece. El señor es hombre fino y amable.

—Llevaos a ese sandio —dijo el cardenal.

El oficial cogió por debajo del brazo a Bonacieux, lo condujo otra vez a la antesala y lo entregó a los dos guardias.

El nuevo personaje a quien acababan de introducir siguió el mercero con mirada de impaciencia hasta que este no hubo salido del gabinete; luego, acercándose apresuradamente a Richelieu, le dijo:

—Se han visto.

—¿Quiénes? —preguntó su eminencia.

—Ella y él.

—¡La reina y el duque! —exclamó el cardenal.

—Sí, monseñor.

—¿Dónde?

—En el Louvre.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Como de mí mismo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Mm. de Lannoy, que, como sabéis, monseñor, está entregada en cuerpo y alma a vuestro servicio.

—¿Por qué no lo ha dicho antes esa señora?

—Sea casualidad, o bien desconfianza, la reina hizo acostar a mm. de Fargis en su dormitorio, y la retuvo a su lado todo el día.

—Está bien, nos han vencido; procuremos ahora tomar el desquite.

—Os ayudaré con todas mis fuerzas, monseñor, nada temáis.

—Contadme cómo ha pasado el lance.

—A medianoche, y estando la reina con sus camaristas…

—¿Dónde?

—En su dormitorio…

—Adelante.

—Vinieron para entregarle un pañuelo de parte de su costurera…

—¿Qué más?

—La reina manifestó al punto una gran emoción, y a pesar del mucho colorete que le cubría el rostro, se pudo ver que había palidecido.

—¿Qué más? ¿Qué más?

—Con todo eso, la reina se levantó y, con voz conmovida, dijo: «Señoras, vuelvo dentro de diez minutos; aguardadme». Luego abrió una puerta de su alcoba, y desapareció por ella.

—¿Por qué no fue a avisaros inmediatamente mm. de Lannoy?

—Aún era imposible afirmar cosa alguna; además, la reina había dicho que la aguardaran, y mm. de Lannoy no se atrevía a desobedecerla.

—¿Cuánto tiempo permaneció fuera de su dormitorio la reina?

—Tres cuartos de hora.

—¿No la acompañó alguna de las damas de su servidumbre?

—Únicamente doña Estefanía.

—Y luego ¿regresó al dormitorio?

—Sí, monseñor, mas para tomar un cofrecito de palo de rosa con su cifra, y volverse a ir enseguida.

—Y cuando, más tarde, regresó, ¿no volvió con el cofrecito?

—No, monseñor.

—¿Sabe mm. de Lannoy qué contenía el cofrecito aquel?

—Los herretes de diamantes que su majestad dio a la reina.

—¿Y decís que esta regresó sin el cofrecito?

—Sí, monseñor.

—¿Y mm. de Lannoy opina que la reina entregó los herretes al duque de Buckingham?

—Está segura de ello.

—¿Y eso?

—Mm. de Lannoy, como encargada que está de dirigir el tocado de la reina, ha buscado esta mañana el cofrecito, y no encontrándolo, y fingiendo gran turbación, ha preguntado a aquella dónde estaba.

—¿Y qué ha dicho la reina?

—Se ha puesto muy colorada y ha respondido que habiendo, ayer, roto uno de sus herretes, lo había mandado a componer a casa de su joyero.

—Hay que pasar por casa del orífice y ver si es o no cierto lo que ha dicho la reina.

—Lo he hecho.

—¿Y qué ha dicho el joyero?

—Que no había oído hablar de tal herrete.

—Bien, bien, Rochefort, todavía no está todo perdido, y quizá… quizá este contratiempo nos sea favorable.

—No me cabe la más mínima duda de que el ingenio de vuestra eminencia…

—Ya, queréis decir que mi ingenio no repara en las torpezas de su agente, ¿no es así?

—Precisamente es lo que yo iba a decir si vuestra eminencia me hubiese dejado redondear la frase.

—Bueno, ¿sabéis dónde se esconden la duquesa de Chevreuse y el duque de Buckingham?

—No, monseñor, mis gentes no han podido darme noticia alguna positiva sobre el particular.

—Pues yo lo sé.

—¿Vos, monseñor?

—Sí, o por lo menos lo sospecho: el uno está escondido en la casa número 25 de la rue de Vaugirard, y el otro en la rue de La Harpe, número 75.

—¿Quiere vuestra eminencia que los mande arrestar a los dos?

—Sería demasiado tarde; ya habrán partido.

—No importa, nunca está de más asegurarse…

—Tomad diez guardias de los míos y registrad las dos casas.

—Voy inmediatamente, monseñor —dijo Rochefort, saliendo apresuradamente de la estancia. Richelieu, una vez a solas, se entregó por un instante a la reflexión, y luego volvió a llamar, y dijo al oficial, que reapareció enseguida:

—Que entre el preso.

M. Bonacieux fue introducido de nuevo y, a una seña de Richelieu, el oficial se retiró.

—Me habéis engañado —dijo con severidad el cardenal al mercero.

—¡Yo! ¡Yo engañar a vuestra eminencia! —exclamó Bonacieux.

—Vuestra mujer no iba a la rue de Vaugirard ni a la de La Harpe para ver a mercader de telas alguno.

—¿Adónde iba pues, justo cielo?

—A casa de la duquesa de Chevreuse y a la del duque de Buckingham.

—Sí, esto es, esto es —profirió Bonacieux, llamando a sí todos sus recuerdos—, vuestra eminencia tiene razón. Ya repetidas veces había dicho yo a mi mujer que era muy de admirar que unos mercaderes de telas habitasen en casas como aquellas y sin rotulata alguna; pero mi mujer se reía. ¡Ah!, monseñor —continuó el mercero, arrojándose a los pies de Richelieu—, en verdad sois el cardenal, el gran cardenal, el genio a quien todo el mundo respeta.

Por más que el triunfo que acababa de conseguir sobre un ser tan vulgar como Bonacieux fuese por demás insignificante, no por eso el cardenal dejó de gozarlo por un momento; luego, casi al punto y como si por la mente le hubiese cruzado un nuevo pensamiento, se sonrió, y dijo al mercero, tendiéndole la mano:

—Levantaos, amigo mío, sois un hombre de bien.

—¡El cardenal me ha tocado la mano! ¡Yo he tocado la mano del gran hombre! ¡El gran hombre me ha llamado su amigo! —exclamó Bonacieux.

—Sí, amigo mío, sí —dijo Richelieu con el tono paternal que tomaba en ocasiones, pero que solo engañaba a los que no lo conocían—; y como se ha sospechado de vos injustamente, es de ley que se os indemnice. Tomad ese talego de cien pistolas, y disculpadme.

—¡Que os disculpe, monseñor! —dijo Bonacieux, no sabiendo si tomar o no tomar el talego, temeroso de que aquel supuesto don no fuese una chanza—. ¡Ah!, señor, erais muy libre de hacerme prender, como lo sois de sujetarme al tormento y de ordenar que me ahorquen: vos sois el señor y yo hubiera acatado vuestros fallos sin proferir palabra. ¡Disculparos yo, monseñor! Estáis bromeando.

—¡Ah!, mi querido m. Bonacieux, os mostráis generoso y os lo agradezco. ¿Conque tomáis el talego y no os vais del todo descontento?

—Me voy henchido de gozo, monseñor.

—Adiós pues, o más bien hasta la vista, pues confío en que volveremos a vernos.

—Siempre y cuando monseñor quiera; estoy a las órdenes de vuestra eminencia.

—No temáis, será a menudo, pues vuestra conversación me ha placido grandemente.

—¡Oh! ¡Monseñor!

—Hasta la vista, m. Bonacieux, hasta la vista.

El cardenal hizo con la mano una seña, a la que el mercero contestó enarcando el espinazo hasta besar con la frente el suelo; luego Bonacieux salió a reculones, y cuando hubo llegado a la antesala, Richelieu le oyó que, en su entusiasmo, gritaba a voz en cuello: «¡Viva monseñor! ¡Viva su eminencia! ¡Viva el gran cardenal!».

Richelieu escuchó sonriendo aquella ruidosa manifestación de los entusiastas sentimientos de m. Bonacieux, y cuando los gritos de este se hubieron apagado a lo lejos, dijo para sí:

—Ahí un hombre que desde este instante se hará matar por mí.

El cardenal se puso a examinar con la mayor atención el plano de La Rochelle, que, como hemos dicho, estaba desenrollado sobre su bufete, trazando al mismo tiempo, con lápiz, la línea por donde debía pasar el famoso dique que dieciocho meses después cerraba el puerto de la ciudad sitiada.

Enfrascado estaba en sus meditaciones estratégicas, cuando se abrió la puerta del gabinete para dar paso a Rochefort.

—¿Qué hay? —preguntó con viveza Richelieu, levantándose con una prontitud que demostraba la gran importancia que atribuía a la comisión que confiriera al conde.

—Efectivamente, se han alojado, la una por espacio de cinco días y durante cuatro el otro, en las casas indicadas por vuestra eminencia, una mujer de veintiséis a veintiocho años y un hombre de treinta y cinco a cuarenta —respondió Rochefort—, pero la mujer partió ayer por la madrugada y el hombre lo ha hecho esta mañana.

—¡Eran ellos! —exclamó el cardenal, que tenía los ojos clavados en su péndulo—; ya es demasiado tarde para emprender su persecución: la duquesa está en Tours y el duque en Boulogne. Hay que reunirse con ellos en Londres.

—¿Qué órdenes me da vuestra eminencia?

—Ni una palabra sobre lo que ha pasado; es menester que la reina quede en la más completa tranquilidad de espíritu; que ignore que somos dueños de su secreto, y crea que seguimos el hilo de una conspiración cualquiera.

—¿Y qué ha hecho de ese hombre vuestra eminencia?

—¿Qué hombre?

—Bonacieux.

—He hecho de él cuanto era posible: lo he convertido en espía de su mujer.

El conde de Rochefort se inclinó como servidor que reconoce la superioridad del amo, y se retiró.

Una vez a solas, el cardenal volvió a sentarse, escribió una carta, la timbró con su sello particular, y llamó.

—Hacedme venir a Vitray, que entre, y que se disponga para un viaje —dijo Richelieu al oficial que acudió al campanillazo.

Poco después Vitray, con botas de montar, estaba en pie ante el cardenal.

—Vais a partir para Londres —dijo a Vitray—; pero aprisa y sin deteneros ni un instante en el camino. Una vez allí, entregad esta carta a milady. Ahí va una cédula por doscientas pistolas, que os hará efectivas mi tesorero. Os ganaréis otro tanto si estáis de vuelta dentro de seis días y habéis desempeñado bien mi comisión.

El mensajero se inclinó sin proferir palabra, tomó la carta y la cédula, y partió.

Decía la carta:

Milady: concurrid al primer baile al que asista el duque de Buckingham. En su justillo lucirá doce herretes de diamantes; acercaos a él y cortadle dos.

Tan pronto estén en vuestro poder los herretes, advertídmelo.

XV

GOLILLAS Y MILITARES

Como al día siguiente de los sucesos que dejamos narrados Athos no había reaparecido, D'Artagnan y Porthos fueron a poner en conocimiento de m. de Tréville la desaparición de su amigo.

En cuanto a Aramis, había pedido licencia para cinco días, y estaba en Rouen, adonde, según decía la gente, le llamaron asuntos de familia.

Tréville era el padre de sus soldados. El menor de todos ellos, el más humilde, tan pronto vestía el uniforme de la compañía estaba tan seguro de la ayuda y del apoyo de su capitán como pudiera haberlo estado el mismísimo hermano de este.

Se presentó, pues, Tréville inmediatamente ante el juez del crimen, quien hizo comparecer al oficial que mandaba la guardia de la Croix-Rouge, y gracias a lo que este manifestó y a los indagatorios sucesivos, se vino en conocimiento de que Athos estaba encerrado interinamente en el For-l'Êveque.

Athos había pasado por todas las pruebas que hemos visto pasar a Bonacieux.

Ya hemos asistido al careo entre los dos presos, como también hemos visto que en aquel momento Athos, que hasta entonces nada dijera, temeroso de que D'Artagnan, cuidadoso a su vez, no tuviese el tiempo que le era menester, había declarado su nombre. Además, el mosquetero añadió que no conocía a los esposos Bonacieux, ni había hablado nunca con ellos; que había ido a ver a su amigo D'Artagnan a las diez de la noche, hasta cuya hora permaneció en casa de m. de Tréville, donde había comido, como podían aseverarlo muchos testigos de cuenta, entre otros el duque de La Trémouille.

El segundo comisario quedó tan sorprendido como el primero ante la sencilla y firme declaración de Athos, en quien querría haber tomado el desquite que tanto les halaga a los golillas tomar sobre los militares; pero el nombre de m. de Tréville y el del duque de La Trémouille merecían reflexión.

Athos fue también enviado al cardenal, pero por desgracia este estaba en el Louvre, junto al rey.

Precisamente aquel era el instante en que el capitán de los mosqueteros, que como tal tenía a toda hora acceso en palacio, llegaba a la antecámara de su majestad después de haberse reunido con el juez del crimen y con el gobernador del Forl'Êveque, sin haber podido dar con Athos.

Ya conoce el lector cuáles eran las prevenciones del rey contra la reina, prevenciones alimentadas con maña por el cardenal, que en achaque de intrigas desconfiaba infinitamente más de las mujeres que de los hombres.

Una de las causas primordiales de tal prevención era la amistad de Ana de Austria con mm. de Chevreuse. Estas dos mujeres le tenían al rey más en espinas que las guerras con España, las desavenencias con Inglaterra y los apuros de la hacienda. Para él, era artículo de fe que mm. de Chevreuse no solo ayudaba la reina en sus intrigas políticas, sino también, y esto le afligía imponderablemente más, en sus intrigas amorosas.

El rey, al oír de boca del cardenal que mm. de Chevreuse, desterrada en Tours, donde todos tenían por seguro que residía, había estado en París y había desorientado a la policía durante los cinco días que en la ciudad permaneciera, se puso furioso.

La posteridad comprenderá difícilmente el carácter de Luis XIII, que siendo, como era, arbitrario e infiel, tomaba a pecho que le llamaran el Justo y el Casto. La historia no lo explica más que por actos, no por razonamientos.

Pero cuando Richelieu añadió que no solamente mm. de Chevreuse había estado en París, mas también que la reina anudara relaciones con ella con ayuda de una de las misteriosas correspondencias a las que en aquel entonces daban el nombre de cábalas, y afirmó que cuando él iba a desenredar los más ocultos hilos de aquella intriga, en el momento de coger en flagrante, provisto de todas las pruebas, al intermediario de la reina y la duquesa, un mosquetero había osado interrumpir violentamente el curso de la justicia cayendo, espada en mano, sobre los agentes de la ley encargados de examinar con imparcialidad el asunto para someterlo al rey Luis XIII, fuera de sí, dio algunos pasos hacia las habitaciones de la reina, con la pálida y muda indignación que, al reventar, conducía a aquel príncipe a la crueldad más fría.

Y, sin embargo, el cardenal aún no había dicho una palabra del duque de Buckingham.

Entonces fue cuando entró m. de Tréville; impasible, cortés e irreprochable en los modales.

Advertido de lo que acababa de pasar por la presencia del cardenal y por la alteración de las facciones del soberano, el capitán de los mosqueteros se sintió fuerte como Sansón delante de los filisteos.

Luis XIII, que iba ya a coger la manecilla de la puerta, al oír el ruido que produjo Tréville al entrar, volvió el rostro.

—Llegáis oportunamente, caballero —dijo el rey, que cuando se le desbordaban sus pasiones no sabía fingir—; buenas son, por mi vida, las cosas que voy sabiendo de vuestros mosqueteros.

—Buenas son también las que yo tengo que comunicar a vuestra majestad respecto de sus golillas —repuso con toda calma m. de Tréville.

—¿Cómo? —dijo el rey con altivez.

—Tengo la honra de anunciar a vuestra majestad —prosiguió Tréville en el mismo tono— que una partida de procuradores, comisarios y agentes de policía, sujetos muy estimables, pero mucho más predispuestos, por lo que se ve, contra el uniforme, se ha permitido de prender en una casa, pasear públicamente y encerrar en el For-l'Êveque, todo en cumplimiento de una orden que se han negado a mostrarme, a uno de mis mosqueteros, o más bien de los vuestros, señor, mosquetero de conducta irreprochable, de fama casi ilustre, y a quien vuestra majestad conoce favorablemente; en una palabra, a Athos.

—¿Athos? —repuso el rey maquinalmente—; en realidad, no me es desconocido este nombre.

—Avive vuestra majestad su memoria —dijo Tréville—; m. Athos es aquel mosquetero que, en el malhadado duelo que vos sabéis, tuvo la desgracia de herir gravemente a m. Cahusac. A propósito, monseñor —continuó Tréville, dirigiendo la palabra al cardenal—, me han dicho que m. Cahusac está ya restablecido del todo, ¿no es así?

—Gracias a Dios —contestó Richelieu, pellizcándose de cólera los labios.

—Pues sí —prosiguió el capitán de los mosqueteros—, m. Athos iba a visitar a un amigo suyo, a la sazón ausente, un joven bearnés, cadete de los guardias de vuestra majestad, que sirve en la compañía de Des Essarts; mas he aquí que apenas acababa de instalarse en casa de su amigo y de coger un libro para ocupar el tiempo aguardándole, cuando una nube de corchetes y soldados sitió la casa, derribó las puertas…

El cardenal hizo una seña al rey como queriéndole decir: «Iban para el asunto de que os he hablado».

—Todo eso ya lo sabemos —replicó el rey—, pues lo han efectuado para nuestro servicio.

—Entonces —repuso Tréville—, también para el servicio de vuestra majestad han preso a uno de mis mosqueteros inocente, lo han colocado entre dos guardias como un malhechor y han paseado a través de un populacho insolente a ese caballero dignísimo que ha prodigado su sangre para el servicio de vuestra majestad, como está pronto a prodigarla de nuevo.

—¿Queréis decir que ha pasado así? —repuso el rey un tanto conmovido.

—M. de Tréville no dice —profirió el cardenal con toda la flema del mundo— que ese mosquetero inocente, ese caballero honorable, una hora antes había acuchillado a cuatro comisarios instructores delegados por mí para informar sobre un asunto de suma importancia.

—Reto a vuestra eminencia a que pruebe lo que acaba de decir —exclamó Tréville con su franqueza gascona y su rudeza militar—, porque una hora antes m. Athos, que, lo digo en confianza a su majestad, es hombre de elevadísima cuna, me hacía la honra, después de haber comido a mi mesa, de conversar conmigo en el salón de mi palacio con m. duque de La Trémouille y m. conde de Châlus.

Luis XIII miró al cardenal.

—Un juicio verbal hace fe —arguyó Richelieu, respondiendo en alta voz a la muda interrogación del rey—, y los agentes maltratados han trazado este que tengo la honra de presentar a vuestra majestad.

—¿Un proceso verbal hilvanado por la gente de toga acaso vale tanto como la palabra de honor de un hombre de espada? —respondió con arrogancia el capitán de los mosqueteros.

—Vamos, vamos, Tréville, callaos —dijo el rey.

—Si monseñor alimenta alguna sospecha contra uno de mis mosqueteros —repuso Tréville—, la justicia de m. el cardenal es sobradamente conocida para que yo reclame una información.

—Según tengo entendido —continuó Richelieu, impasible—, en la casa donde se ha verificado la visita domiciliaria de que estamos tratando vive un bearnés amigo del mosquetero.

—Vuestra eminencia se refiere a m. D'Artagnan.

—Me refiero a un joven a quien vos protegéis.

—El mismo es, monseñor.

—¿Y vos no sospecháis que ese mozo haya dado malos consejos?…

—¿A quién? ¿A m. Athos? ¿A un hombre que le dobla la edad? —interrumpió Tréville—; no, monseñor. Por otra parte, m. D'Artagnan pasó la velada en mi casa.

—¡Vaya! —profirió el cardenal—. ¿Con que todo el mundo pasó la velada en vuestra casa?

—¿Acaso vuestra eminencia pone en duda mi palabra? —exclamó Tréville, con el fuego de la cólera en el rostro.

—Dios me libre —contestó Richelieu—, pero ¿a qué hora estaba m. D'Artagnan en vuestra casa?

—Esto puedo decírselo con toda exactitud a vuestra eminencia, porque al entrar consulté el péndulo y vi que eran las nueve y media, por más que a mí me parecía que era más tarde.

—¿Y a qué hora salió de vuestro palacio?

—A las diez y media; una hora después del suceso.

—Sea como quiera, Athos fue arrestado en la casa de la rue des Fossoyeurs —repuso el cardenal, que no sospechó ni por un instante de la lealtad de Tréville, y veía que la victoria se le escapaba de las manos.

—¿Está vedado que un amigo visite a otro? ¿Que un mosquetero de mi compañía fraternice con un guardia de la compañía de m. Des Essarts?

—Sí, cuando la casa donde el mosquetero fraterniza con ese amigo es sospechosa.

—Esa casa es sospechosa, Tréville —dijo el rey—; ¿acaso lo ignorabais?

—Realmente, lo ignoraba, señor. Sea lo que fuere, aunque toda ella sea sospechosa, niego que se haya hecho acreedora de tal nota la parte que habita m. D'Artagnan; porque puedo afirmaros, señor, que, de dar crédito a lo que él mismo dice, no existe servidor más abnegado de vuestra majestad, ni un admirador más entusiasta de m. el cardenal.

—¿Ese D'Artagnan no es quien hirió a Jussac en la refriega que ocurrió tiempo atrás junto al convento de los Carmes-Deschaux? —preguntó el rey, mirando al cardenal, que se sonrojó de despecho.

—Y a Bernajoux al día siguiente. Sí, señor, es el mismo. Vuestra majestad tiene una memoria feliz.

—Vamos a ver, ¿qué resolvemos? —dijo el rey.

—Esto atañe a vuestra majestad más que a mí —repuso el cardenal—. Yo afirmaría la culpabilidad.

—Y yo la niego —profirió Tréville—; pero su majestad tiene jueces, sus jueces decidirán.

—Esto es —dijo el soberano—; que conozcan de la causa los jueces: a ellos corresponde fallar, y fallarán.

—Con todo eso —repuso Tréville—, es muy triste que en los desventurados tiempos que corremos, la vida más pura, la virtud más incontestable, no eximan de la persecución y de la infamia a un hombre. ¡Ah!, poco satisfecho estará el ejército, y de ello respondo, al verse convertido en blanco de rigurosos tratos a propósito de expedientes de policía.

La frase era imprudente; pero Tréville la había soltado con entero conocimiento de lo que decía. Deseaba una explosión, porque de esta suerte la mina produce llama, y la llama alumbra.

—¡Expediente de policía! —exclamó el rey, recogiendo las palabras del capitán—; ¿qué sabéis vos? Cuidaos de vuestros mosqueteros, y no me quebrantéis la cabeza. Al oíros, cualquiera diría que del arresto de un mosquetero pende la salvación de Francia. ¡Cuánto ruido por un mosquetero! Por Dios Santo, que si me atufo mando arrestar, no digo a diez, sino a cien, incluso a toda la compañía, y cuidado con chistar.

—Desde el preciso instante en que vuestra majestad sospecha de ellos, los mosqueteros son culpables —dijo Tréville—; así pues, señor, os entrego mi espada; porque después de haber acusado a mis soldados, m. el cardenal acabaría por

acusarme a mí mismo. Vale más, pues, que yo me dé por arrestado con m. Athos, que ya está preso, y con m. D'Artagnan, a quien indudablemente van a prender.

—¿Os callaréis, gascón testarudo? —profirió el rey.

—Señor —respondió Tréville sin bajar la voz—, ordenad que me sea devuelto mi mosquetero, o que lo juzguen.

—Lo juzgarán —dijo Richelieu.

—Mejor —repuso Tréville—, porque en este caso solicitaré de su majestad el permiso de abogar por él.

—Siempre y cuando a su eminencia no le asistan razones personales en contra —repuso el rey, que temió un estallido.

—Perdonad —profirió el cardenal, que vio venir al rey y se le anticipó—; desde el instante en que vuestra majestad me tiene por juez apasionado, me retiro.

—Vamos a ver —dijo el monarca al capitán—, ¿me juráis por mi padre que m. Athos estaba en vuestra casa mientras ocurrió el lance, y que en él no tomó parte alguna?

—Os lo juro por vuestro glorioso padre y por vos, que sois lo que más amo y venero en el mundo.

—Dignaos reflexionar, señor —profirió Richelieu—. Si de esta suerte soltamos al preso, será ya imposible conocer la verdad.

—M. Athos estará siempre dispuesto para responder a los golillas que le interroguen —repuso el capitán—. Nada temáis, m. cardenal, no desertará; respondo de él.

—La verdad es que no desertará —profirió el rey—, y que, como dice m. de Tréville, siempre y cuando se le busque se le encontrará. Por otra parte —añadió, bajando la voz y mirando con ojos de súplica a su eminencia—, así les infundimos confianza: esto es política.

—Ordenad, señor, disfrutáis de la regia prerrogativa del perdón —contestó Richelieu, a quien hizo sonreír la política de Luis XIII.

—La regia prerrogativa del perdón no se aplica más que a los culpables —exclamó Tréville, que quería tener la última palabra frente a su adversario—, y mi mosquetero es inocente. Por lo tanto, señor, no es gracia, sino justicia la que vais a hacer.

—¿No está encerrado en el For-l'Êveque? —preguntó el rey.

—Sí, señor, e incomunicado en una mazmorra como el más empedernido de los criminales.

—¡Diablos! —murmuró el monarca—. ¿Qué hay que hacer?

—Firmar la orden de suelta; no se necesita más —dijo el cardenal—; creo, como vuestra majestad, que la garantía de m. de Tréville es más que suficiente.

El capitán se inclinó respetuosamente con satisfacción no exenta de temor; más que aquella repentina condescendencia, hubiera preferido una oposición obstinada por parte de Richelieu.

Luis XIII firmó la orden de puesta en libertad y Tréville se la llevó inmediatamente.

En el instante en que iba a salir, el cardenal le dirigió una sonrisa de amistad, y dijo al rey:

—Grande es la armonía que en vuestros mosqueteros reina entre jefes y soldados; esto es muy beneficioso para el servicio y nos honra verdaderamente a todos.

No tardará en jugarme alguna mala pasada, decía para sí Tréville, refiriéndose a Richelieu; con semejante hombre nunca quedan zanjadas las cuentas. Pero apresurémonos, no sea que el rey mude de consejo; al fin y a la postre, es más difícil volver a encarcelar en la Bastille o en el For-l'Êveque a un hombre que de allí ha salido, que conservar un preso que está ya bajo llave.

Tréville entró pomposamente en el For-l'Êveque, donde le entregaron el mosquetero, que ni por un instante había perdido su admirable calma.

Luego, cuando vio de nuevo a D'Artagnan, el capitán le dijo:

—De buena habéis escapado, la estocada de Jussac ya está saldada. Ahora falta la de Bernajoux, pero idos con muchísimo tiento.

Tréville tenía razón al desconfiar de Richelieu y al pensar que no todo había acabado, pues apenas hubo él cerrado tras de sí la puerta, cuando su eminencia dijo a Luis XIII:

—Ahora que estamos silla a silla, vamos a conversar seriamente, si así le place a vuestra majestad. Señor, el duque de Buckingham ha partido de París esta mañana, después de haber permanecido en ella por espacio de cinco días.

XVI

EN EL QUE EL CANCILLER MAYOR SÉGUIER BUSCA UNA Y OTRA VEZ LA CAMPANA PARA TAÑERLA, COMO HACÍA EN OTRO TIEMPO

Es imposible hacerse una idea de la impresión que estas pocas palabras causaran en Luis XIII; este enrojecía y palidecía sucesivamente. Richelieu vio enseguida que de un solo golpe había reconquistado todo el terreno perdido.

—¡M. de Buckingham en París! —exclamó el rey—. ¿Y qué viene a hacer aquí?

—Probablemente, viene para conspirar con vuestros enemigos los hugonotes y los españoles.

—¡No, pardiez!, sino a conspirar contra mi honra con mm. de Chevreuse, mm. de Longueville y los Condé.

—¡Oh!, señor, ¡qué pensamientos se os ocurren! La reina es demasiado casta y sobre todo ama demasiado a vuestra majestad…

—La mujer es débil, m. cardenal —interrumpió el monarca—; y en cuanto a si me ama o no me ama, tengo yo formada mi opinión sobre el particular.

—No por eso dejo de sostener que al duque de Buckingham le ha traído a París un fin político —repuso el cardenal.

—Pues yo estoy seguro de que le han traído acá otros fines, m. cardenal; pero si la reina es culpable, ¡ay de ella!

—La verdad es —repuso Richelieu—, por mucho que me repugne hablar de tamaña traición, que vuestra majestad me hace pensar en una cosa: mm. de Lannoy, a quien por orden de vuestra majestad he interrogado varias veces, me ha dicho hoy que esta última noche su majestad ha velado hasta hora muy avanzada, y llorado toda la mañana, y escrito durante todo el día.

—A él, como si lo viera —exclamó el rey—. Cardenal, necesito los papeles de la reina.

—¿Y cómo apoderarse de ellos, señor? —arguyó Richelieu—; me parece que ni vuestra majestad ni yo podemos encargarnos de semejante cometido.

—¿Cómo hicieron con la mariscala de Ancre? —exclamó el rey en el colmo de la cólera—; no solo registraron sus armarios, más también a ella misma.

—La mariscala de Ancre no pasaba de ser lo que era, una aventurera florentina, y nada más, en tanto que la augusta esposa de vuestra majestad es Ana de Austria, reina de Francia, es decir, una de las más grandes princesas del mundo.

—Y por lo mismo tanto más culpable, señor duque —profirió Luis XIII—. A tanto más bajo nivel ha descendido, cuanto más ha olvidado el eminentísimo lugar en que estaba colocada. Por lo demás, hace ya largo tiempo que estoy decidido a acabar con todas esas intriguillas políticas y esos galanteos. Tiene también la reina a su servicio un tal La Porte…

—Para mí es la clave maestra de toda esa máquina, se lo confieso —dijo el cardenal.

—Entonces, ¿también creéis vos, como yo, que la reina me está engañando? —exclamó Luis XIII.

—Yo creo, y lo repito a vuestra majestad, que la reina conspira contra la autoridad de su rey, pero no he dicho que conspirara contra su honra.

—Pues yo os digo que conspira contra las dos, que la reina no me ama, que ama a otro, y que ese otro es el infame duque de Buckingham. ¿Por qué no hicisteis prender al duque durante su estancia en París?

—¡Prender al duque! ¡Al primer ministro del rey Carlos I de Inglaterra! ¿Ya sabéis lo que estáis diciendo, señor? ¡Qué escándalo, mayormente si las sospechas de su majestad, de las que continúo dudando, hubiesen tenido alguna consistencia!

—Ya que se exponía como un vagabundo y un ladrón, era preciso…

Luis XIII se detuvo, asustado de lo que iba a decir, mientras Richelieu, alargando el cuello, aguardaba inútilmente que el rey soltase la palabra que le había quedado en los labios.

—¿Era preciso qué? —preguntó el cardenal.

—Nada, nada —respondió el soberano—. Pero supongo que durante todo el tiempo que el duque ha permanecido en París no lo habéis perdido de vista, ¿no es así?

—Y suponéis acertadamente, señor.

—¿Dónde se alojaba?

—En la rue de La Harpe, número 75.

—¿Dónde está la calle esa?

—En las inmediaciones del Luxembourg.

—¿Y estáis seguro de que la reina y él no se han visto?

—Señor, a mi juicio la reina es esclava de sus deberes.

—Pero se han correspondido; a él es a quien la reina ha estado escribiendo durante todo el día. Señor duque, necesito esas cartas.

—Sin embargo, señor…

—Señor duque, las quiero a toda costa.

—No obstante, me atrevo a hacer observar a vuestra majestad…

—¡Qué! ¿También me vendéis vos, m. cardenal, que os oponéis tan obstinadamente a mi voluntad? ¿Estáis vos también de acuerdo con los españoles y los ingleses, con mm. de Chevreuse y con la reina?

—Señor —respondió Richelieu, lanzando un suspiro—, creía estar al abrigo de semejante sospecha.

—Ya me habéis oído, m. cardenal; quiero esas cartas.

—Solo hay un modo de conseguirlas.

—¿Cuál?

—Encargando esta comisión a m. canciller mayor Séguier. Este asunto entra de lleno en sus atribuciones.

—Que vayan por él inmediatamente.

—Debe de estar en mi casa, señor; le he enviado a decir que me hiciese el favor de dejarse ver, y al venirme aquí he dado orden de que le hiciesen aguardar si se presentaba.

—Que vayan por él inmediatamente —repitió el rey.

—Las órdenes de vuestra majestad serán cumplidas; pero…

—¿Qué?

—Cabe la posibilidad que la reina se niegue a obedecer.

—¿A mis órdenes?

—Sí, si ignora que esas órdenes proceden del rey.

—Pues bien, para que no dude, yo mismo voy a prevenirla.

—No olvide vuestra majestad que he hecho cuanto humanamente he podido para evitar un rompimiento.

—Ya sé que sois muy indulgente para con la reina, quizá demasiado, duque; ya hablaremos de eso más tarde, daos por advertido.

—Cuando bien le plazca a vuestra majestad; pero quiero que desde ahora sepáis, señor, que siempre será para mí una dicha y un orgullo sacrificarme en favor de la buena armonía que anhelo que prevalezca entre vos y la reina de Francia.

—Está bien, cardenal, está bien; pero entre tanto enviad en busca del canciller mayor; yo me voy a ver a la reina.

Luis XIII abrió la puerta de comunicación, y se internó en el pasillo que conducía de sus habitaciones a las de Ana de Austria.

Esta estaba rodeada de sus damas, mm. de Guitaut, mm. de Sablé, mm. de Montbazon y mm. de Guéménée. En un rincón había la camarista española, doña Estefanía, que siguió a su soberana desde Madrid. Mm. de Guéménée estaba leyendo, y todas las presentes escuchaban con atención a la lectora, excepto la reina, que justamente había provocado aquella lectura con el fin de poder seguir el hilo de sus propios pensamientos; pensamientos que, por mucho que estuviesen dorados por un último rayo de amor, no dejaban de ser tristes.

Ana de Austria, privada de la confianza de su esposo, perseguida por el odio del cardenal, que no le perdonaba que hubiese rechazado un sentimiento más dulce, teniendo a la vista el ejemplo de la reina madre, que durante toda su existencia se viera perseguida por aquel odio, por más que María de Médicis, si hay que dar crédito a las memorias de aquel tiempo, hubiese empezado por conceder al cardenal el afecto que Ana de Austria le negó constantemente. Ana de Austria, decimos, había visto caer en torno de ella a sus más abnegados servidores, a sus confidentes más íntimos, y a sus más caros validos. Como ciertos infelices dotados de un don fatal, sembraba la desventura en todo cuanto tocaba; su amistad era una señal funesta que atraía la persecución. Mm. de Chevreuse y mm. de Vernet gemían en el destierro, y La Porte mismo no ocultaba a su señora que esperaba verse preso de un momento a otro.

La puerta de la cámara se abrió para dar paso al monarca, en el instante en que la reina estaba entregada más de lleno a sus reflexiones.

Se calló al punto mm. de Guéménée y, como las demás damas, se levantó en medio del silencio más profundo.

El rey no hizo ninguna demostración de cortesía, y se detuvo ante la reina, a quien dijo con voz atropellada:

—Señora, vais a recibir la visita del canciller mayor, el cual os hará sabedora de cierta comisión que le he encargado.

La desventurada reina, a quien se la amenazaba incesantemente con el divorcio, el destierro y aun con procesarla, pese a sus afeites pudo notarse que palidecía.

—¿Por qué tal visita, señor? —no logró refrenarse de decir la reina—. ¿Qué me dirá m. canciller que vuestra majestad no tenga facilidad de decirme?

El rey dio media vuelta sin responder, y casi al mismo instante el capitán de guardias, m. de Guitaut, anunció la visita del canciller.

Cuando este apareció, el rey había salido ya por otra puerta.

Séguier entró entre risueño y avergonzado; pero no estaría mal para nuestros lectores que en dos pinceladas les diéramos a conocer este personaje, ya que en el trascurso de la presente historia es fácil que nos encontremos con él otra u otras veces.

Era Séguier un hombre singular. Des Roches le Masle, canónigo de Notre-Dame y antiguo ayuda de cámara del cardenal, fue quien lo propuso a su eminencia, al cual se lo recomendó como devotísimo de su persona.

Richelieu confió en el canónigo, y no tuvo motivos para arrepentirse.

Referentes al tal canciller, se contaban ciertas historias, entre otras esta.

Tras una juventud borrascosa, Séguier se retiró a un convento para expiar en él, y por lo menos por algún tiempo, los desatinos de la adolescencia; pero al ingresar en aquel santo asilo, el pobre penitente no pudo cerrar tan aprisa la puerta como para

que las pasiones de las que huía no entrasen con él y le acosaran sin tregua ni descanso. El prior, a quien Séguier hizo confidencia de tal desgracia, anheloso de hacer cuanto estuviese en su poder para librarlo de ella, le recomendó que, para conjurar al demonio tentador, recurriese a la cuerda de la campana y repicase a todo vuelo. Así, al ruido denunciador, los frailes conocerían que la tentación estaba asediando a uno de sus hermanos, y la comunidad en peso se entregaría a la oración.

El consejo pareció de perlas al futuro canciller, que conjuró al espíritu maligno con gran acompañamiento de oraciones por parte de los frailes; pero el demonio no se deja desposeer tan fácilmente de un plaza en la que ha puesto guarnición; al compás que aumentaban los exorcismos, él redoblaba las tentaciones; de manera que día y noche la campana no dejaba de repicar, anunciando el grandísimo deseo de mortificación que sentía el penitente.

Los frailes no tenían instante de reposo. De día no hacían más que subir y bajar por las escaleras que conducían al oratorio, y de noche, además de completas y maitines, a cada dos por tres se veían obligados a saltar de la cama para arrodillarse sobre las losas de sus celdas.

No ha podido sacarse en limpio, ni en sucio, quién fue el que soltó la presa, si el demonio o los frailes; lo que sí se sabe de buena tinta es que al cabo de tres meses el penitente reapareció en el siglo con la reputación del más terrible poseso que hubiese existido desde que el sol alumbra.

Séguier, al salir del convento, entró en la magistratura, reemplazó a su tío en la presidencia de mortero, abrazó el partido del cardenal, lo que demostraba no poca sagacidad, ascendió a canciller, sirvió con celo a su eminencia en su odio contra la reina madre y su venganza contra Ana de Austria, estimuló a los jueces en el proceso de Chalais, fomentó los experimentos de m. de Laffemas, gran zurronero de Francia, y, por último, investido de la omnímoda confianza del cardenal, confianza a la que tan acreedor se hiciera, recibió el singular encargo para la ejecución del cual acababa de presentarse en las habitaciones de la reina.

Ana de Austria estaba todavía en pie cuando entró Séguier; pero apenas lo hubo visto, volvió a sentarse en su sillón e hizo seña a sus damas de que la imitaran.

—¿Qué se os ofrece y con qué fin os presentáis aquí? —preguntó con acento de abrumadora altivez la reina al canciller mayor.

—Para hacer en nombre del rey, y salvo el respeto que tengo la honra de deber a vuestra majestad, una investigación minuciosa en vuestros papeles.

—¡Cómo! —exclamó Ana de Austria—, una investigación en mis papeles… ¡A mí! ¡Esto es una infamia!

—Pido mil perdones a vuestra majestad —repuso Séguier—; pero en el caso presente no soy más que el instrumento del rey. ¿No acaba de salir de aquí su majestad después de haberos invitado a que os preparaseis para esta visita?

—Registrad, pues; por lo que se ve, soy una criminal. Estefanía, dadle las llaves de mis mesas y de mis escritorios a ese… caballero.

El canciller registró los muebles por pura formalidad, pues de sobra sabía que no era en un mueble donde la reina debía de haber encerrado la importante carta por ella redactada durante el día.

Cuando ya hubo abierto y cerrado una y otra vez los cajones del escritorio, el canciller, pese a sus vacilaciones, no tuvo más remedio que llegar a la conclusión de su cometido, es decir, al registro de la reina. Se acercó, pues, Séguier a Ana de Austria, y con acento de marcada perplejidad y ademán grandemente irresoluto, dijo:

—Ahora me falta hacer la investigación principal, señora.

—¿Cuál? —preguntó la reina, que no comprendió al canciller, o más bien no quiso comprenderle.

—Su majestad tiene la certeza de que vos habéis escrito una carta durante el día, y sabe que la carta esa no ha sido aún enviada a su destino. Ahora bien, como la carta a que me refiero no está en vuestra mesa ni en vuestro escritorio, es obvio que está en otra parte.

—¡Cómo! ¿Osaríais poner la mano en vuestra reina? —exclamó Ana de Austria, levantándose e irguiendo con altivez la frente y mirando con ojos casi de amenaza a Séguier.

—Señora, como súbdito fiel del rey, haré cuanto su majestad me ordene —respondió el canciller mayor.

—Pues bueno, es verdad —dijo Ana de Austria—, y los espías del cardenal le han servido bien. Sí, hoy he escrito una carta, y la carta esa, que no ha salido aún para su destino, está aquí —añadió la reina, llevando la mano a su corpiño.

—Dádmela, pues, señora —repuso Séguier.

—Únicamente la entregaré al rey —profirió Ana de Austria.

—Si su majestad hubiese querido que esa carta se la entregaran personalmente, os la hubiera pedido él mismo; pero lo reitero, señora, el encargado de reclamárosla soy yo, y si os negáis a dármela…

—¿Qué?

—Tengo el encargo de tomárosla.

—¿Qué queréis decir?

—Que las órdenes que he recibido son muy claras, señora, y que estoy autorizado para buscar el documento sospechoso hasta en la persona de vuestra majestad.

—¡Horror! ¡Horror mil veces! —exclamó la reina.

—Dígnese, pues, vuestra majestad, a facilitar mi cometido.

—Tal conducta es de una violencia infame.

—Perdonad, señora; pero el rey manda.

—Antes la muerte que soportar tal afrenta —exclamó Ana de Austria, en quien se sublevaba la sangre imperiosa de la española y de la austríaca que era.

El canciller hizo una profunda reverencia; luego, con la intención bien patente de no retroceder ni una pulgada en el cumplimiento de la comisión de que estaba encargado, y cual pudiera haberlo hecho un ayudante de verdugo en la sala del tormento, se acercó a la reina, de los ojos de quien brotaron en aquel mismo instante lágrimas de rabia.

Como hemos manifestado más arriba, Ana de Austria era muy hermosa.

La comisión, pues, podía pasar por delicada; pero el rey, de puro estar celoso de Buckingham, había llegado a no estarlo de nadie más.

Es indudable que el canciller mayor buscó en aquel momento y con los ojos la cuerda de la famosa campana; pero como no dio con ella, se decidió y tendió la mano hacia el sitio donde la reina confesara que estaba el documento.

Ana de Austria retrocedió un paso, pálida como una difunta, y apoyándose con la mano izquierda, para no caer, en una mesa que había tras ella, con la derecha sacó de su seno un papel y lo tendió al canciller mayor.

—Tomad, aquí está la carta —profirió la reina con voz entrecortada y temblorosa—, tomadla, y libradme de vuestra odiosa presencia.

Séguier, a quien, por su parte, le tenía convulso una emoción fácil de concebir, tomó la carta, hizo una gran reverencia y se retiró.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras el canciller, cuando la reina cayó casi desmayada en brazos de sus damas.

Séguier llevó la carta al rey sin haber leído de ella una sola palabra. Luis XIII tomó con mano temblorosa el documento, buscó la dirección, que no había, palideció intensamente, lo abrió con lentitud, y al ver por las primeras palabras que iba dirigida al rey de España, leyó con suma rapidez.

La carta de Ana de Austria era un verdadero plan de ataque contra el cardenal. La reina incitaba a su hermano y al emperador de Austria, ofendidos por la política de Richelieu, cuya preocupación eterna fue la humillación de la casa de Austria, a que fingiesen declarar la guerra a Francia e impusiesen como condición de la paz la destitución del cardenal; pero de amor, ni una sola palabra.

El rey, henchido de gozo, preguntó si su eminencia se hallaba todavía en el Louvre, y al responderle que aquel estaba aguardando en el estudio las órdenes de su majestad, se reunió al cardenal.

—Vos teníais razón, y no yo —dijo Luis XIII a Richelieu—; la intriga es puramente política; la carta no reza ni una palabra de amor, pero en cambio habla mucho de vos. Tomadla.

El cardenal tomó la carta y la leyó dos veces con atención profunda.

—Ya veis hasta dónde llegan mis enemigos, señor —dijo Richelieu—; os amenazan con dos guerras si no me destituís. En verdad, señor, yo de vos cedería a tan poderosas instancias, y de esta suerte me proporcionaríais también a mí una satisfacción, la de retirarme de la vida pública.

—¿Qué estáis diciendo, duque?

—Digo, señor, que cada día más se quebranta mi salud en estas luchas excesivas y eternas; digo que, según toda probabilidad, no podré sostener las fatigas del sitio de La Rochelle, y que mejor será que en mi lugar nombréis a m. de Condé, a m. de Bassompierre, o a otro hombre animoso, capaz y en estado de dirigir la guerra, y no yo, que soy eclesiástico e incesantemente me desvían de mi vocación para aplicarme a cosas para las cuales carezco de aptitud. Ello proporcionará a vuestra majestad más ventura en casa y más grandeza fuera de ella.

—Comprendo, señor duque —dijo el rey—, pero nada temáis; cuantos nombra esta carta serán castigados como merecen, sin excluir a la reina.

—¡Oh!, señor, ¿qué estáis diciendo? —exclamó el cardenal—. No permita Dios que por mí la reina padezca la menor contrariedad. Ella me ha tenido siempre por enemigo, señor, bien que vuestra majestad puede salir garante de que sin cesar he tomado con empeño su defensa, aun contra vos mismo. Si la reina os faltare en lo que atañe a la honra, sería distinto, señor, yo el primero os aconsejaría entonces que os mostrarais implacable para con la culpable. Empero no es así, por fortuna, y de ello vuestra majestad acaba de adquirir una nueva demostración.

—Es cierto —repuso Luis XIII—, y la razón estaba de vuestra parte, como siempre; pero no por eso la reina es menos merecedora de mi cólera.

—¡Ah!, señor —profirió Richelieu—, vos sois quien habéis incurrido en la suya, y no me sorprendería que su majestad os manifestase formalmente su descontento. ¡La habéis tratado con una severidad…!

—Así trataré siempre a mis enemigos y a los vuestros, duque, por muy encumbrados que estén, sea cual fuere el peligro que yo corra al obrar severamente contra ellos.

—La reina es mi enemiga, pero no la vuestra, señor —objetó el cardenal—; al contrario, es modelo de esposas, sumisa e irreprochable. Permitidme, pues, señor, que interceda por ella ante vuestra majestad.

—Que se humille, pues, y venga a mí la primera.

—Al contrario, señor, dad vos el ejemplo; al sospechar de ella, habéis cometido vos la primera sinrazón.

—¡Yo reconciliarme el primero! —exclamó el rey—. ¡Eso nunca!

—Señor, os lo suplico.

—Además, ¿de qué manera me reconciliaría yo el primero?

—Haciendo algo que supieseis fuese de su agrado.

—¿Qué?

—Dad un baile; ya sabéis cuánto le gusta a la reina la danza. Os garantizo que su rencor no resistirá a tal tentación.

—Cardenal, os consta que no soy amante de los placeres mundanos.

—Tanto más os lo agradecerá la reina, pues sabe cuán antipático os es semejante placer; por otra parte, así tendrá ella ocasión de lucir los hermosos herretes de diamantes que le regalasteis el día de su santo, y con los que todavía no ha podido engalanarse.

—Veremos, m. cardenal, veremos —dijo Luis XIII, que en su satisfacción de ver que la reina era culpable de un crimen que a él le preocupaba muy poco, e inocente de una falta de él muy temida, estaba pronto a hacer las paces con ella—; veremos, pero en verdad os digo que sois indulgente en demasía.

—Señor —profirió Richelieu—, dejad la severidad para los ministros; la indulgencia es la virtud de los reyes; usad de ella, y veréis cuánto os aprovecha.

Dichas estas palabras, y al oír que en el péndulo sonaban las once, el cardenal hizo una profunda reverencia y pidió venia al rey para retirarse, suplicándole al mismo tiempo que se reconciliara con la reina.

Ana de Austria, que después del embargo de su carta, esperaba algún reproche, quedó grandemente admirada al ver, al día siguiente, que el rey intentaba reconciliarse con ella. Su primer ademán fue de repulsión, y es que su orgullo de mujer y su dignidad de reina habían sufrido una ofensa cruelísima, pero vencida por los consejos de sus damas, hizo como que empezaba a olvidar: momento de regreso del que el rey se aprovechó para decirle que pensaba dar una fiesta cuanto antes.

Era, para la pobre Ana de Austria, una cosa tan rara una fiesta, que a su solo anuncio y cual lo imaginara Richelieu, desapareció, sino de su corazón, por lo menos de su rostro, el último vestigio de sus resentimientos.

—¿Y cuándo va a celebrarse esa fiesta? —preguntó la reina.

—Sobre el particular es menester que me ponga de acuerdo con el cardenal —respondió Luis XIII.

Efectivamente, todos los días preguntaba el rey a Richelieu cuándo se celebraría la proyectada fiesta, y todos los días también, y so cualquier pretexto, el cardenal difería fijarla.

De esta suerte trascurrieron diez días.

Ocho después del que ocurriera la escena que hemos narrado, el cardenal recibió una carta fechada en Londres y que no contenía más que estas palabras:

> Están en mi poder; pero no puedo ponerme en camino por falta de dinero. Enviadme quinientas pistolas, y a los cuatro o cinco días de haber estas llegado a mis manos, estaré en París.

El día mismo en que el cardenal recibió la precedente carta, el rey le dirigió su pregunta habitual.

Richelieu contó con los dedos y dijo para sí: Milady llegará cuatro o cinco días después de haber recibido el dinero; más cuatro o cinco que este necesita para ir, y otros tantos que debe emplear ella en venir, son diez días, que unidos a todas las contingencias que puedan presentarse, tales como vientos desfavorables, acontecimientos fortuitos y debilidades de mujer, hacen doce, más o menos.

—Bueno, ¿ya habéis hecho vuestros cálculos, duque? —preguntó el rey.

—Sí, señor —respondió su eminencia—; hoy estamos a 20 de setiembre; el municipio da una fiesta el 3 de octubre… Magnífico, señor, porque de esta suerte no aparentaréis que os reconciliáis con la reina.

Luego añadió Richelieu:

—A propósito, señor, no se os olvide decir a su majestad, la víspera de esa fiesta, que deseáis ver qué tal le sientan sus herretes de diamantes.

XVII

LOS ESPOSOS BONACIEUX

Era la segunda vez que Richelieu hablaba de los herretes de diamantes al rey, al cual le llamó la atención tal insistencia, que podía muy bien encerrar algún misterio.

A Luis XIII lo había humillado más de una vez el que el cardenal, cuya policía, si bien no tan concienzudamente organizada como la policía actual, era excelente, estuviera mejor instruido que él respecto de lo que pasaba en su propia casa. El rey esperó, pues, sacar alguna luz de una conversación con Ana de Austria, para luego y pertrechado con un secreto sabido o ignorado del cardenal, presentarse a este; lo cual, en uno como en otro caso, lo realzaría infinitamente a los ojos de su ministro.

El rey fue, pues, a ver a su esposa, y, como de costumbre, de buenas a primeras se desató en amenazas contra las que la rodeaban. Ana de Austria bajó la cabeza y dejó pasar el torrente sin responder, con la esperanza de que acabaría por detenerse; pero no era eso lo que quería Luis XIII; lo que este quería era una discusión formal de la que brotara poca o mucha luz, pues alimentaba el convencimiento de que al cardenal le movía algún oculto designio y le estaba preparando una de las terribles sorpresas en que era maestro.

Luis XIII llegó al fin que se había propuesto, persistiendo en sus acusaciones.

—¡Ah!, señor —dijo Ana de Austria, fatigada de aquellos vagos ataques—, vos no me decís cuanto os dicta el corazón.

¿Qué he hecho yo? Vamos a ver, ¿qué crimen he cometido? Es imposible que vuestra majestad mueva tanto alboroto por una carta escrita a mi hermano.

El rey, atacado a su vez de una manera tan directa, y no sabiendo qué responder, juzgó que aquel era el momento adecuado para hacer a su esposa la recomendación que no debía haber hecho hasta la víspera de la fiesta.

—Señora —profirió Luis XIII con majestad—, un día de estos va a darse un baile en las casas consistoriales, y a mi entender y para honrar a nuestros buenos ediles, cumple que os presentéis en él en traje de ceremonia, y principalmente engalanada con los herretes de diamantes que os regalé el día de vuestra patrona.

La respuesta del monarca fue terrible. Ana de Austria creyó que su marido lo sabía todo, y que el cardenal había obtenido de él aquel largo disimulo que, por lo demás, se amoldaba a su carácter.

Ana de Austria se puso espantosamente pálida, apoyó en una consola una de sus admirables manos, que entonces parecía de cera, y mirando al rey con ojos de terror, quedó como petrificada.

—¿Habéis oído, señora? —dijo el rey, gozándose en aquella turbación, pero no adivinando la causa de ella.

—He oído, señor —balbució la reina.

—¿Iréis al baile?

—Iré.

—¿Con vuestros herretes?

—Sí —respondió Ana de Austria, palideciendo todavía más, aunque parecía imposible que tal pudiese suceder.

—Conforme, entonces, nada más tenía que deciros —profirió el rey, que advirtió la palidez de su esposa y se gozó en ella con la fría crueldad que constituía una de las malas condiciones de su carácter.

—¿Qué día va a celebrarse el baile? —preguntó la reina.

—No lo recuerdo fijamente —repuso Luis XIII, que por la voz casi moribunda con que Ana de Austria hiciera su interrogación, conoció instintivamente que no debía responder a ella—; no lo recuerdo fijamente, pero va a ser muy pronto; lo preguntaré al cardenal.

—¡Ah! ¿Es el cardenal quien os ha anunciado esa fiesta? —exclamó la reina.

—Sí, señora —respondió Luis XIII con admiración—; pero ¿por qué me lo preguntáis?

—¿Es él también el que os ha dicho que me invitarais a presentarme en las casas consistoriales con los herretes?

—Entendámonos, señora…

—¡Oh!, sí, él es.

—Bien y ¿qué? ¿Qué importa que sea él o sea yo? ¿Hay crimen en esa invitación?

—No, señor.

—Entonces iréis al baile, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Está bien, confío en vuestra palabra —dijo el monarca, retirándose.

Ana de Austria hizo una reverencia, más porque se le doblegaban las rodillas que no por etiqueta.

Luis XIII salió reventando de gozo.

—Estoy perdida —murmuró la reina—; el cardenal lo sabe todo; él es quien impele al rey, todavía ignorante de lo sucedido, pero que pronto va a saberlo. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Estoy perdida!

Ana de Austria se arrodilló en una almohada y se entregó a la oración con la cabeza entre sus palpitantes brazos.

La situación era terrible, en efecto. Buckingham había regresado a Londres, y mm. de Chevreuse estaba en Tours.

Ana de Austria, sobre quien se ejercía una vigilancia activa como nunca; Ana de Austria, que tenía barruntos de que una de sus damas la vendía, sin que le fuese dable saber cuál de ellas era bastante infame para cometer tal vileza; Ana de Austria, que no podía recurrir ni a La Porte por lo comprometido que era hacerle salir del Louvre, no tenía en el mundo una sola alma en quien fiarse. Así es que aquella desventurada mujer, en presencia de la desgracia que la amenazaba y de su abandono, rompió en sollozos.

—¿Quiere decir vuestra majestad que no le puedo ser útil en algo? —dijo de pronto una voz llena de dulzura y compasión.

La reina se volvió con viveza; y es que la expresión de aquella voz no daba lugar a dudas: realmente era una amiga la que de tal suerte hablaba.

En efecto, al umbral de una de las puertas que comunicaban con las habitaciones de la reina apareció la linda mujer de Bonacieux, la cual estaba ocupada en arreglar los vestidos y la ropa blanca en una pieza contigua, al entrar el rey, y no siéndole posible salir lo había oído todo.

La reina, al verse sorprendida, lanzó un grito penetrante, pues en su turbación no conoció de pronto a la mujer que La Porte le había proporcionado.

—¡Oh!, nada temáis, señora —dijo mm. Bonacieux, enclavijando los dedos y llorando a su vez ante la aflicción de la reina—; pertenezco en cuerpo y alma a vuestra majestad, y por mucha que sea la distancia que de ella me separe, por humilde que sea mi condición, creo haber dado con la manera de librar a vuestra majestad del apurado trance en que se halla.

—¡Vos! ¡Oh, Dios mío! —exclamó Ana de Austria—, pero, miradme cara a cara; me rodea de tal manera la traición, que no sé si puedo fiarme de vos.

—¡Oh, señora! Juro por la salvación eterna de mi alma que estoy pronta a morir por vuestra majestad —profirió la joven, cayendo de rodillas y con acento de sinceridad que tampoco daba lugar a dudas—. Sí, aquí hay traidores, pero por la Virgen Santísima os juro, señora, que no existe persona más abnegada a vos que yo. Los herretes que vuestra majestad reclama los disteis al duque de Buckingham, ¿no es verdad? Estaban encerrados en un cofrecito de palo de rosa que él llevaba sobarcado, ¿no es así?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró la reina, mientras los dientes le castañeteaban de espanto.

—Pues urge recobrar esos herretes —prosiguió mm. Bonacieux.

—Sí, pero ¿cómo? —exclamó Ana de Austria.

—Enviando algún mensajero al duque.

—¿Cuál? ¿En quién fiarme?

—En mí, señora; otorgadme esta honra, y yo daré con el mensajero.

—Pero será menester escribir.

—Es indispensable. Dos palabras de puño y letra de vuestra majestad y vuestro sello particular.

—Pero ¡esas dos palabras son mi condenación, el divorcio, el destierro!

—Sí, si caen en manos infames; pero yo os respondo, señora, que llegarán a su destino.

—¡Conque es menester que yo ponga mi vida, mi honra, mi fama en vuestras manos!

—Es preciso, señora, y yo las salvaré.

—Pero decidme, por lo menos, cómo lo conseguiréis.

—Mi marido, que hace dos o tres días ha sido puesto en libertad y a quien todavía no he vuelto a ver, que es un buen hombre que no quiere ni odia a persona alguna, hará cuanto yo le diga; así pues, no bien yo se lo insinúe, se pondrá en camino, sin saber qué lleva, y entregará la carta de vuestra majestad a quien vaya dirigida.

La reina cogió con apasionado arranque las manos de la joven, la miró como para leer en lo más íntimo de su corazón, y al ver que en los lindos ojos de aquella brillaba la sinceridad, la besó con ternura.

—Haz como dices —repuso Ana de Austria—, y a ti deberé mi vida y mi honra.

—¡Oh, señora! No deis más importancia de la que encierra al servicio que me cabe la altísima honra de prestaros; no tengo que salvar nada a vuestra majestad, solo víctima de pérfidas conjuraciones.

—Es cierto, es cierto, hija mía; tienes razón —dijo la reina.

—Dadme, pues, esa carta, señora; el tiempo apremia.

La reina se acercó presurosa a una mesita sobre la cual había recado de escribir, trazó algunas palabras, timbró la carta con su sello particular y la entregó a mm. Bonacieux, diciéndole:

—Nos olvidamos de una cosa muy necesaria.

—¿Cuál?

—Del dinero.

—Es cierto —contestó la mercera, sonrojándose—, y confieso a vuestra majestad que mi marido…

—No tiene; ¿no es eso lo que quieres decir?

—Sí tiene, señora, pero es sumamente avaro; ahí su defecto. Sin embargo, no se apure vuestra majestad, hallaremos cómo…

—Es que yo tampoco tengo —quien lea las Memorias de mm. de Motteville no se admirará de esta respuesta—; pero aguarda —profirió Ana de Austria acercándose apresuradamente a su escriño. Luego añadió—: Toma, ahí tienes una sortija de gran

precio, según dicen; me la regaló mi hermano el rey de España y, como es mía, puedo disponer de ella. Tómala, véndela, y que parta tu marido.

—Dentro de una hora seréis obedecida —señora.

—Ya ves la dirección —repuso la reina, hablando en voz tan baja que apenas podía oírse lo que decía—: A milord duque de Buckingham, Londres.

—La carta le será entregada personalmente.

—¡Oh, criatura generosa! —exclamó Ana de Austria. Mm. Bonacieux besó las manos a la reina, escondió la carta en su corpiño y desapareció con la ligereza de un pájaro.

Diez minutos después, la mercera estaba en su casa.

Como ella misma dijera a Ana de Austria, mm. Bonacieux no había visto a su esposo desde que lo soltaran; por lo tanto, ignoraba el cambio operado en él respecto del cardenal, cambio robustecido luego por dos o tres visitas del conde de Rochefort, convertido en el mejor amigo del mercero, al cual diera a entender, sin gran trabajo, que solamente una precaución política, y no una idea culpable, había acarreado el rapto de su mujer.

Mm. Bonacieux encontró solo a su marido, que con grandes sudores estaba poniendo nuevamente orden en la casa, de la que hallara los muebles casi hechos astillas y los armarios poco menos que vacíos, lo cual era nueva demostración de lo que todos sabemos, es decir, de que la justicia no es una de las tres cosas que, según el rey Salomón, no dejan huella de su paso. En cuanto a la sirvienta, emprendió la fuga cuando redujeron a prisión a su amo, y, llena de terror, de un tirón fue a parar a Bourgogne, su tierra natal.

Inmediatamente después de haber llegado a su casa, el mercero hizo saber a su mujer su feliz regreso, a lo cual respondió aquella dándole la enhorabuena y notificándole que le consagraría por entero el primer instante que le dejaran libre sus deberes.

El instante anunciado se hizo esperar cinco días, lo que, en otras circunstancias, hubiera parecido un poco largo a m. Bonacieux; pero con la visita que hiciera al cardenal y con las que Rochefort le hacía, tenía el mercero ancho campo para la reflexión, y ya sabemos que reflexionar apresura asombrosamente el curso del tiempo. Tanto más cuanto las reflexiones de Bonacieux eran todas color de rosa. Rochefort le llamaba su amigo, mi querido Bonacieux, e incesantemente le decía que el cardenal lo estimaba mucho.

De más está decir que el mercero se veía ya en la senda de los honores y de la fortuna.

Por su parte, mm. Bonacieux también había reflexionado, pero no en la ambición; pese a ella, sus pensamientos habían tenido por móvil constante aquel mozo tan apuesto, tan valiente y al parecer tan enamorado. Casada a los dieciocho años con

Bonacieux, habiendo vivido siempre en medio de los amigos de un esposo poco capaz de inspirar el más pequeño afecto a una mujer joven cuyo corazón era superior a su representación social, la mercera había permanecido insensible a las seducciones vulgares; pero, sobre todo en aquellos tiempos, el título de hidalgo ejercía un gran influjo entre la gente plebeya, y D'Artagnan era hidalgo; todavía más, nuestro gascón ostentaba el uniforme de los guardias, que, después del de los mosqueteros, era el más apreciado de las damas. D'Artagnan, como ya hemos dicho, era de gallarda presencia, joven y osado, y hablaba de amor como quien ama y tiene sed de ser amado; lo cual era más que suficiente para trastornar una cabeza de veintitrés años, que precisamente era la venturosa edad que tenía mm. Bonacieux.

Por más que hacía ocho días que no se veían, y que en el transcurso de ellos hubiesen pasado los dos serios disgustos, los esposos Bonacieux se acercaron, pues, uno a otro con cierta preocupación. Aun así, el mercero manifestó un gozo no fingido y salió con los brazos abiertos al encuentro de su esposa.

—Hablemos un poco —dijo mm. Bonacieux, dando a besar la frente a su marido.

—¿Cómo? —exclamó el mercero con extrañeza.

—Tengo que comunicaros un asunto de grandísima importancia.

—Pues bien, yo tengo que haceros asimismo algunas preguntas bastante serias. Hacedme la merced de explicarme vuestro rapto.

—Ahora no se trata de eso —profirió mm. Bonacieux.

—¿De qué, pues? ¿De mi prisión?

—La supe el mismo día, pero como no erais culpable de ningún crimen ni de intriga alguna, en una palabra, como nada sabíais que pudiese comprometeros ni a vos ni a persona, no di al caso más importancia que la que merecía.

—Habláis de ello con mucha frescura, señora —repuso el mercero, hondamente mortificado al ver el poco interés que le demostraba su mujer—. Sabed que estuve sepultado un día y una noche en uno de los calabozos de la Bastille.

—Un día y una noche pronto pasan; dejemos pues de hablar de vuestra prisión, y volvamos a lo que me trae.

—¡Cómo lo que os trae! ¿Acaso no os ha conducido aquí el deseo de ver nuevamente a vuestro esposo, de quien hacía ocho días que estabais separada? —preguntó Bonacieux, picado en lo más vivo.

—Primeramente esto, luego otro asunto.

—Decid.

—Un asunto de grandísimo interés y del cual pende quizá nuestra fortuna venidera.

—Nuestra fortuna ha cambiado grandemente de faz desde que os vi la última vez, mm. Bonacieux, y no sería de extrañar que antes de algunos meses despertara la envidia de muchos.

—Principalmente, si os avenís a seguir las instrucciones que voy a daros.

—¿A mí?

—A vos. Se presenta coyuntura de hacer una acción santa y noble y de ganar, al mismo tiempo, dinero en abundancia.

La mercera sabía que hablar de dinero a su marido era atacarle por su flaco, pero ignoraba que, fuese mercero o no lo fuese, un hombre que había hablado diez minutos con el cardenal quedaba convertido en otro.

—¡Ganar dinero en abundancia! —dijo Bonacieux, repulgando la boca.

—Muchísimo.

—¿Cuánto, más o menos?

—Quizá mil pistolas.

—¿Tan grave es lo que vais a pedirme?

—Sí.

—¿Qué hay que hacer?

—Partir al instante con un papel del que no os desprenderéis bajo ningún pretexto y que entregaréis en propia mano.

—¿Y para dónde debo partir?

—Para Londres.

—¡Yo, para Londres! ¡Bah!, os estáis chanceando; nada tengo que hacer en Londres.

—Pero otros necesitan que vayáis allá.

—¿Quiénes son esos otros? Os advierto que ya no doy más un paso a ciegas, y que quiero saber no solamente a qué me expongo, más también para quién me expongo.

—Una persona ilustre os envía y os espera; la recompensa será superior a vuestros deseos. Es cuanto puedo prometeros.

—¡Todavía intrigas! ¡Siempre intrigas! Gracias, pero ahora ya no me fío; m. el cardenal me ha abierto los ojos sobre el particular.

—¡El cardenal! —exclamó mm. Bonacieux—. ¡Qué! ¿Lo habéis visto?

—Me mandó a llamar —respondió con arrogancia el mercero.

—¿Y acudisteis al llamamiento? ¡Qué imprudente sois!

—Debo manifestaros que no estaba en mi mano ir o no ir, pues a cada uno de mis lados tenía un guardia. Verdad es también que como entonces yo no conocía a su eminencia, de poder excusarme la ida, no voy.

—¿Conque os maltrató? ¿Conque os amenazó?

—Al contrario, me tendió la mano y me llamó su amigo, su amigo, ¿oís, señora? Sí, soy amigo del gran cardenal.

—¡Del gran cardenal!

—¿Acaso vais a disputarle este título?

—Nada le disputo, solo os digo que el favor de un ministro es volandero y que es menester estar tocado de la cabeza para apegarse a una persona de tal calaña; hay poderes superiores al suyo, que no se basan en el capricho de un hombre o en el éxito feliz de un suceso. Esos son los poderes de que uno debe ampararse.

—Lo siento, señora, mas para mí no hay otro poder que el del grande hombre a quien tengo la honra de servir.

—¡Qué! ¿Vos servís al cardenal?

—Sí, señora, y como servidor suyo que soy, no consentiré que conspiréis contra la seguridad del Estado, ni que secundéis las intrigas de una mujer nacida en España y española por sus cuatro costados. Por fortuna, ahí está el gran cardenal, cuya vigilante mirada penetra hasta lo más recóndito del corazón.

Al expresarse así, Bonacieux no hacía más que repetir al pie de la letra una frase que oyera de labios del conde de Rochefort; pero la pobre mujer, que contaba con su marido y que, con esta esperanza, había respondido de él a la reina, se estremeció al pensar en el peligro en el que por poco cae y en la imposibilidad en que se hallaba de obrar. A pesar de ello, conociendo, como conocía, la concupiscencia de su marido, no perdió la esperanza de inclinarlo a sus fines.

—¡Vaya! ¿Conque sois cardenalista? ¿Conque servís al partido de los que maltratan a vuestra mujer e insultan a vuestra soberana? —exclamó la mercera.

—Ante el interés general no hay intereses particulares que valgan. Yo estoy con los que salvan al Estado —dijo con énfasis Bonacieux, repitiendo otra de las frases que de Rochefort retuviera en la memoria y que ahora hallaba ocasión de aplicarla.

—¿Y qué sabéis vos qué es Estado? —profirió la mercera, encogiendo los hombros—. Contentaos con ser lo que sois, un burdo plebeyo, y volveos del lado que ofrece más ventajas.

—¡Je, je! —exclamó Bonacieux, dando unas palmadicas en la panza de un talego, que produjo un sonido argentino—; ¿es esto moco de pavo, señora machacona?

—¿De dónde procede ese dinero?

—¿No lo adiviná is?

—¿Del cardenal?

—De él y de mi amigo el conde de Rochefort.

—¡Del conde de Rochefort! Pero ¡si es él quien me secuestró!

—Puede que sí.

—¿Y vos recibís dinero de semejante hombre?

—¿No me habéis dicho vos misma que vuestro rapto era puramente político?

—Sí, pero ese rapto iba encaminado a hacerme vender a mi señora, a arrancarme por el tormento declaraciones que pudiesen comprometer la honra y quizá la vida de mi augusta soberana.

—Vuestra augusta soberana es una española pérfida, y lo que el cardenal hace, bien hecho está —repuso el mercero.

—Sabía que erais cobarde, avaro y necio, pero ignoraba que fuerais infame —profirió la joven.

—¡Señora! ¿Qué estáis diciendo? —exclamó Bonacieux, que nunca viera encolerizada a su mujer, y retrocedía ante la ira conyugal.

—Digo que sois un canalla —continuó la mercera, que vio que recobraba algún ascendiente sobre su marido—. ¿Conque os dais a la política, y, como si esto fuese poco, a la política cardenalista? ¿Conque por dinero vendéis vuestro cuerpo y vuestra alma al diablo?

—No, sino al cardenal.

—Tanto monta; Richelieu y Satanás, todo es uno —exclamó la joven.

—Callaos, señora, callaos, podrían oíros.

—Es verdad —dijo mm. Bonacieux—, y me avergonzaría por vos de vuestra cobardía.

—Pero vamos a ver, ¿qué exigís de mí?

—Ya os lo he dicho; que partáis inmediatamente y desempeñéis con toda lealtad la comisión que me digno encargaros; con esta condición lo doy todo al olvido, os perdono; es más, os devuelvo mi amistad —añadió la mercera, tendiendo la mano a su marido.

Bonacieux, que si bien era cobarde y avaro, amaba a su mujer, se sintió enternecido. Un hombre de cincuenta años no conserva largo tiempo rencor a una mujer de veintitrés.

—¿Estáis resuelto? —le preguntó la mercera al ver que titubeaba.

—Pero mi querida amiga —repuso Bonacieux—, hacedme la merced de reflexionar un poco sobre lo que exigís de mí, Londres está lejos de París, muy lejos, y quizá la comisión que me confiéis no está exenta de peligros.

—¿Qué os importan, si los evitáis?

—Mirad, no, digo que no en redondo —repuso el mercero—: las intrigas me dan miedo. He visto la Bastille, y, ¡brrrú!, es horrorosa. Solo pensar en ella se me pone la carne de gallina. Me amenazaron con someterme al tormento. ¿Sabéis vos lo que es el tormento? Pues sí, le meten a uno cuñas de palo entre pierna y pierna hasta que le quebrantan los huesos. Que no voy, y punto. Pero, ¡caramba!, ¿por qué no vais vos misma? Pues, la verdad, tengo la impresión que hasta hoy he vivido en un engaño respecto de vos: se me antoja que sois hombre, y aun de los más diabólicos.

—Y vos sois una mujer, una mísera mujer, mema y embrutecida. ¡Ah! ¡Tenéis miedo! Pues bien, como no partáis ahora mismo, os hago prender en nombre de la reina, y que os metan en esa Bastille que tanto os asusta.

Bonacieux se cayó en una reflexión profunda; pesó en su cerebro y con madurez las dos cóleras, la del cardenal y la de la reina, y como vencía con grandísima ventaja la del primero, contestó:

—Hacedme prender en nombre de la reina, y yo recurriré a su eminencia.

Esta vez la mercera conoció que se había excedido, y, estremecida de espanto, contempló por un momento el torpe semblante de su esposo, en el que estaba impresa una resolución irrevocable, como la de los brutos que tienen miedo.

—Enhorabuena —repuso la joven—; en resumidas cuentas, quizá tengáis razón: en política, un hombre siempre es más avisado que una mujer, y vos sobre todo, que habéis hablado con el cardenal. Sin embargo, es muy duro que mi marido, con el afecto del cual creí poder contar, me trate con tal desapego y no satisfaga uno de mis caprichos.

—Es que vuestros caprichos pueden acarrearme funestas consecuencias, y desconfío de ellos —contestó Bonacieux con gran prosopopeya.

—Renuncio a ellos, pues; no se hable más del asunto —profirió la mercera, lanzando un suspiro.

—Si por lo menos me dijerais qué voy a hacer en Londres —repuso Bonacieux, que se acordó, un poco tarde, de que Rochefort le había recomendado que tratara de sonsacar a su esposa.

—Es inútil que lo sepáis —dijo la mercera, a quien ahora impelía hacia atrás una desconfianza instintiva—: se trataba de una de tantas bagatelas como desean las mujeres, de hacer una compra sobre la cual había mucho que ganar.

Pero cuanto más se defendía la joven, más se aferraba Bonacieux a la idea de que el secreto que aquella se negaba a confiarle era de monta. Así pues, resolvió irse inmediatamente a casa de Rochefort para decirle que la reina estaba buscando un mensajero para enviarlo a Londres.

—Perdonadme si os dejo, mi querida esposa —dijo Bonacieux a su mujer—; pero como no sabía que vos vendríais a verme, había citado a un amigo mío; vuelvo al instante, y si me hacéis la merced de aguardarme no sea sino medio minuto, en cuanto esté listo vuelvo por vos, y, como ya empieza a hacerse tarde, os conduzco al Louvre.

—Gracias —respondió la mercera—, no sois bastante animoso para que me sirváis de algo; regresaré al Louvre yo sola.

—Como gustéis —repuso Bonacieux—. ¿Tardaré mucho en veros nuevamente?

—Espero que la semana próxima las atenciones del servicio van a dejarme algunas horas libres, y las aprovecharé para venir a poner orden en nuestros asuntos, que me parece que deben de estar más que medianamente embrollados.

—De acuerdo; os aguardaré. Y ahora, decidme, ¿no me lleváis ojeriza?

—¿Yo?, en absoluto.

—Entonces, hasta luego.

—Hasta luego.

Bonacieux besó la mano a su mujer, y se alejó más que aprisa.

—Vamos —dijo la mercera, una vez a solas y cuando su marido hubo cerrado tras de sí la puerta de la calle—, a ese gaznápiro no le faltaba más que ser cardenalista. ¡Y yo que he dado palabra a la reina! ¡Yo que he prometido a mi desventurada señora…! ¡Oh! ¡La reina va a confundirme con una de tantas infames que hormiguean en palacio y que para espiarla las han colocado junto a ella! ¡Ah! ¡M. Bonacieux! ¡M. Bonacieux!, nunca me he muerto de amor por vos; pero ahora os odio y, doy mi palabra, me la pagaréis.

En el instante en que la mercera profería estas palabras, resonó en el techo un golpe que le hizo levantar la cabeza.

—Mi querida mm. Bonacieux —gritó desde arriba una voz—, hacedme la merced de abrir la puertecita del pasillo, y bajo de un vuelo.

XVIII

EL AMANTE Y EL MARIDO

—¡Ah!, señora —profirió D'Artagnan, entrando por la puerta que abrió la joven—, no llevéis a mal que os lo diga, pero tenéis un marido que no vale un ardite.

—Así pues, ¿habéis oído nuestra conversación? —preguntó con viveza mm. Bonacieux, mirando al mismo tiempo con inquietud al mozo.

—De cabo a rabo.

—Pero ¿cómo?

—Valiéndome de cierta tramoya que yo me sé, y que también me facilitó oír la animada conversación que sostuvisteis con los corchetes del cardenal.

—¿Y qué habéis deducido de lo que hemos hablado?

—Qué sé yo cuántas cosas: en primer lugar, que vuestro marido, por fortuna, es un zote; luego, que no sabíais dónde dar de cabeza, de lo que no me he alegrado poco, pues me proporciona la coyuntura de ponerme a vuestras órdenes, y Dios sabe si estoy pronto a arrostrarlo todo por vos; y, finalmente, que la reina necesita de un hombre valeroso, inteligente y abnegado que haga por ella un viaje a Londres. Yo poseo dos, por lo menos, de las tres cualidades que son menester, y aquí estoy.

Mm. Bonacieux no respondió, pero el corazón le latió de gozo al columbrar una esperanza.

—¿Qué garantía vais a darme si consiento en confiaros esa comisión? —preguntó la mercera.

—Mi amor por vos. Veamos, ordenad: ¿qué hay que hacer?

—No sé si debo confiaros a vos un secreto de tamaña importancia. Sois casi un niño.

—Veo que necesitáis quien os responda de mí.

—Os confieso que esto me tranquilizaría grandemente.

—¿Conocéis a Athos?

—No.

—¿Y a Porthos?

—Tampoco.

—¿Y a Aramis?

—Menos. ¿Quiénes son esos señores?

—Mosqueteros del rey. ¿Conocéis a m. de Tréville, su capitán?

—Sí le conozco, pero no personalmente, sino por haber oído hablar con frecuencia de él a la reina, que le tiene en concepto de leal y valiente.

—Supongo que no sospecháis que él os venda por el cardenal, ¿no es cierto?

—¡Y qué he de temer!

—Pues bien, reveladle a él vuestro secreto, y preguntadle si, por importante, precioso y terrible que este sea, podéis confiármelo.

—Es que no soy dueña de ese secreto para revelarlo así como se quiera.

—Bien ibais a confiarlo a vuestro marido —replicó D'Artagnan con despecho.

—Como se confía una carta a una oquedad de un árbol, al aja de una paloma, a la carlanca de un perro.

—Y, sin embargo, ya veis que os amo.

—Vos lo decís.

—Soy caballero.

—Lo creo.

—Valiente.

—¡Oh!, en cuanto a esto estoy segura.

—Entonces, ponedme a prueba.

Mm. Bonacieux miró al mozo, retenida por una última vacilación. Pero en los ojos de D'Artagnan hablaba tal fuego, y tal persuasión en su voz, que aquella se sintió arrastrada a confiar en su interlocutor. Además, la mercera se hallaba en una de esas situaciones en las que es preciso jugar el todo por el todo. Tanto conspiraba en contra de la reina una reserva excesiva como una confianza ilimitada. Luego, hay que confesar también que el involuntario afecto que sentía por su joven protector la decidió a hablar.

—Me rindo a vuestras protestas y cedo a vuestras promesas —dijo mm. Bonacieux a D'Artagnan—; pero ante Dios os juro que si me traicionáis y mis enemigos me perdonan, me suicidaré acusándoos a vos de mi muerte.

—Y yo os juro ante el Omnipotente, señora —repuso D'Artagnan—, que si me prenden durante el desempeño de las órdenes que me deis, antes moriré que hacer o decir cosa alguna que comprometa a persona.

La mercera confió entonces al mozo el terrible secreto del que el acaso le revelara ya parte al pie de la Samaritaine, lo cual fue su mutua declaración de amor.

D'Artagnan estaba radiante de gozo y de orgullo. Aquel secreto de que era dueño, aquella mujer a quién amaba, la confianza y el amor, hacían de él un gigante.

—Parto sin demora —dijo el mozo.

—¡Cómo! —exclamó mm. Bonacieux—. ¿Y vuestro regimiento? ¿Y vuestro capitán?

—Por mi alma, me habíais hecho olvidar de eso, mi querida Constance; tenéis razón, he menester licencia.

—Otro obstáculo —murmuró la mercera con acento de amargura.

—Nada temáis, este lo venceré yo —dijo D'Artagnan, tras un instante de reflexión.

—¿Cómo?

—Esta tarde misma me reúno con m. de Tréville, y le ruego que solicite por mí este favor a su cuñado m. Des Essarts.

—Ahora, otra cosa…

—¿Cuál? —preguntó D'Artagnan, al ver que mm. Bonacieux titubeaba.

—Quizás andéis escaso de dinero.

—Puede que demasiado —dijo D'Artagnan, sonriendo.

—Entonces tomad este talego —repuso la mercera, abriendo un armario y sacando el que media hora antes acariciara tan amorosamente su marido.

—¡El del cardenal! —exclamó, echándose a reír, el mozo, que gracias a los ladrillos arrancados no perdiera sílaba de la conversación del mercero con su mujer.

—Sí, el del cardenal —contestó mm. Bonacieux—; ya veis que presenta un aspecto bastante respetable.

—¡Pardiez que será divertido salvar a la reina con el dinero de su eminencia! —profirió D'Artagnan.

—Sois mozo amable y delicioso, y tened la certidumbre de que su majestad no se mostrará ingrata —dijo la mercera.

—¡Oh!, ya estoy recompensado de sobra —repuso D'Artagnan—. Os amo y me dais licencia para que os lo diga: no me atrevía a esperar yo tanta ventura.

—¡Silencio! —dijo mm. Bonacieux, estremeciéndose.

—¿Qué hay?

—Están hablando en la calle.

—Es la voz…

—De mi marido.

—No entrará antes de que yo esté fuera —profirió D'Artagnan, corriendo a echar el cerrojo—; una vez yo haya salido, abridle.

—También yo debería haber salido al entrar él, porque ¿cómo voy a justificar la desaparición de este dinero estando yo aquí?

—Tenéis razón, es menester que salgáis.

—Pero ¿cómo, si no podemos efectuarlo sin que él nos vea?

—Entonces no os cabe más remedio que subiros a mi casa.

—Me decís esto en un tono que me da miedo —profirió mm. Bonacieux, dejando escapar una lágrima que hizo caer a D'Artagnan, turbado y enternecido, a los pies de su amada.

—Palabra que en mi casa estaréis tan segura como en un templo —repuso el mozo.

—Adelante, pues, confío en vos, amigo mío —dijo mm. Bonacieux.

D'Artagnan descorrió con precaución el cerrojo, y los dos, ligeros cual fantasmas, se deslizaron al pasillo por la puerta interior, subieron silenciosamente la escalera y entraron en el aposento del mozo.

Una vez en el cual y para mayor seguridad, D'Artagnan atrancó la puerta; luego se acercaron los dos a la ventana, y por una hendidura del postigo vieron al mercero, que estaba hablando con un hombre enmascarado.

Al ver al interlocutor de Bonacieux, D'Artagnan dio un brinco, y se abalanzó a la puerta con la espada a medio desenvainar.

Aquel hombre era el sujeto de Meung.

—¿Qué vais a hacer? Vais a perdernos —exclamó mm. Bonacieux.

—Es que he jurado matar a ese hombre —respondió D'Artagnan.

—En este momento vuestra vida no os pertenece; la habéis consagrado a la reina. En nombre, pues, de la reina, os vedo que os lancéis a todo peligro extraño al del viaje.

—¿Y en vuestro nombre nada ordenáis?

—En el mío os lo ruego —contestó la mercera con viva emoción—. Pero escuchemos, parece que están hablando de mí.

—D'Artagnan se acercó a la ventana y escuchó con suma atención.

Bonacieux abrió la puerta de su habitación, y al ver que esta estaba vacía, se acercó nuevamente al enmascarado, a quien dejara solo un instante.

—Se ha marchado —dijo el mercero—; se habrá vuelto al Louvre.

—¿Estáis seguro de que no ha sospechado la intención que os ha movido a salir? —preguntó el desconocido.

—Segurísimo —respondió Bonacieux con suficiencia—; no ve más allá de sus narices.

—¿Está en su casa el cadete de los guardias?

—No lo creo; mirad, el postigo de su ventana está cerrado y no se ve luz a través de las rendijas.

—Lo mismo da, convendría que os asegurarais.

—¿Cómo?

—Yendo a llamar a su puerta.

—Lo preguntaré a su criado.

Bonacieux entró en su casa, atravesó la misma puerta que acababa de dar paso a los dos fugitivos, subió hasta el rellano de D'Artagnan y llamó.

Aquí encaja decir que aquella tarde Porthos, para darse más importancia, había pedido prestado a Planchet.

Como decíamos, Bonacieux llamó a la puerta de D'Artagnan, y como este se guardara de dar señales de vida, el mercero no obtuvo más que el silencio por respuesta.

En el momento en que el dedo de Bonacieux resonó sobre la puerta, a los dos jóvenes les dio un brinco el corazón.

—No hay nadie —dijo el mercero, reuniéndose nuevamente con el enmascarado.

—Bueno, no importa —objetó el desconocido—, entremos en vuestra casa, siempre estaremos en ella más seguros que en el umbral de una puerta.

—¡Ah! —murmuró la mercera—, ya no oiremos más.

—Al contrario —repuso D'Artagnan—, ahora es cuando vamos a oír mejor.

El mozo levantó los tres o cuatro ladrillos que convertían su aposento en una nueva oreja de Dionisio, extendió en el suelo una alcatifa, se arrodilló e hizo seña a mm. Bonacieux de que, imitándole, se inclinase hasta la abertura.

—¿Estáis seguro de que no hay nadie? —preguntó el desconocido.

—Como de mí mismo —respondió el mercero.

—¿Y vos creéis que vuestra mujer…?

—Se ha vuelto al Louvre.

—¿Sin haber hablado a otro que a vos?

—Lo juraría.

—Este es un punto importante.

—Lo cual quiere decir que la nueva que os he trasmitido tiene un valor…

—Grandísimo, mi querido Bonacieux, no os lo oculto.

—Entonces ¿el cardenal estará satisfecho de mí?

—¿Quién lo duda?

—¡Oh! ¡El gran cardenal!

—¿Estáis seguro de que durante su conversación con vos, vuestra esposa no ha pronunciado nombre alguno?

—Segurísimo.

—¿No ha nombrado a mm. de Chevreuse, ni al duque de Buckingham, ni a mm. de Vernet?

—Solo me ha dicho que quería enviarme a Londres en pro de los intereses de una persona ilustre.

—¡Ah, traidor! —murmuró mm. Bonacieux.

—¡Silencio! —dijo D'Artagnan, cogiéndole una mano que ella le abandonó descuidadamente.

—No importa —prosiguió el desconocido—, habéis sido un necio al no fingir que aceptabais la comisión; ahora la carta estaría en nuestro poder, el Estado, al que amenazan, estaría salvado, y vos…

—¿Qué?

—Como si ya tuvierais en el bolsillo un título nobiliario que el cardenal os hubiera conferido.

—¡Qué! ¿El cardenal ha dicho esto?

—Sí, sé que quería daros esa sorpresa.

—¡Oh!, nada temáis —exclamó el mercero—; mi mujer me adora, y todavía es tiempo.

—¡Miren el botarate! —murmuró mm. Bonacieux.

—¡Silencio!, repito —profirió D'Artagnan, estrechando con más fuerza la mano de su compañera de acecho.

—¿Que todavía es tiempo? ¿Qué queréis decir? —repuso el desconocido.

—Sí, oíd: regreso al Louvre, pregunto por mi mujer, le digo que he reflexionado, reanudo el asunto, obtengo la carta, y de un vuelo me planto en casa del cardenal.

—Pues idos sin demora, y dentro de un rato vuelvo para saber qué tal —profirió el enmascarado, marchándose.

—¡Infame! —dijo mm. Bonacieux, dirigiendo este nuevo epíteto a su marido.

—¡Silencio! —repitió D'Artagnan, estrechando todavía más la mano.

En esto un aullido terrible cortó las reflexiones de D'Artagnan y de mm. Bonacieux. Era que el mercero acababa de notar la desaparición de su talego y gritaba al ladrón.

—¡Válgame Dios! —profirió la joven—, va a amotinar todo el barrio.

Bonacieux gritó un buen rato, pero como tales gritos, por lo frecuentes, no atraían a persona alguna a la rue des Fossoyeurs, y como, por otra parte, la casa del mercero hacía ya algún tiempo que gozaba de no muy buena fama, el burlado marido se echó a la calle, voceando a más y mejor.

—Ahora que está fuera —dijo mm. Bonacieux a D'Artagnan, una vez los gritos del mercero se hubieron perdido en dirección de la rue du Bac—, idos vos también; ánimo, pero sobre todo prudencia, y no echéis al olvido que os debéis a la reina.

—A ella y a vos —exclamó D'Artagnan—. ¡Oh! Tranquilizaos, hermosa Constance; me haré digno de su gratitud, pero ¿y de vuestro amor?

Un vivo arrebol que le encendió las mejillas respondió por la linda mercera.

Al poco salió D'Artagnan, envuelto también en amplia capa, levantada arrogantemente, en el orillo, por descomunal tizona.

Mm. Bonacieux siguió al mozo con esa larga mirada de amor con que la mujer acompaña al hombre a quien conoce que va a amar, y cuando aquel hubo transpuesto la esquina, se arrodilló, juntó las manos y dijo con enternecido acento:

—¡Dios mío! ¡Proteged a la reina, protegedme a mí!

XIX

PLAN DE CAMPAÑA

D'Artagnan se encaminó directamente a casa de m. de Tréville; y es que había reflexionado que antes de poco el cardenal sería puesto en autos por este maldito desconocido, al parecer agente suyo, y que, por lo tanto, era preciso no perder segundo.

A D'Artagnan el corazón le reventaba de gozo. Se le presentaba ocasión de adquirir gloria y dinero, y, como primer estímulo, aquella ocasión acababa de ligarlo a una mujer que adoraba: contingencia que, de buenas a primeras, hacía en su favor más que él no hubiera osado pedir a la Providencia.

Tréville estaba en su salón, rodeado de su corte habitual de hidalgos. D'Artagnan, a quien los criados del capitán conocían como familiar del palacio, se encaminó al gabinete de aquel y le hizo pasar recado de que deseaba hablarle de un asunto de importancia.

No hacía cinco minutos que el mozo estaba en el gabinete, cuando entró m. de Tréville, que a la primera mirada y en el alegre semblante de aquel, comprendió que, efectivamente, ocurrían novedades.

Durante el camino, D'Artagnan debatió consigo mismo si se confiaría a m. de Tréville, o si únicamente solicitaría de él carta blanca para un asunto secreto. Pero el capitán de los mosqueteros había sido siempre tan correcto con él, y era tan devoto del rey y de la reina, y odiaba tan hondamente al cardenal, que el mozo resolvió declarárselo todo.

—¿Me habéis mandado a buscar, mi joven amigo? —preguntó m. de Tréville.

—Sí, señor —respondió D'Artagnan—, y espero que me perdonaréis la molestia cuando sepáis la gran importancia del asunto que me trae.

—Decid.

—Se trata nada menos que de la honra y quizá la vida de la reina —profirió D'Artagnan en voz baja.

—¿Qué estáis diciendo? —repuso Tréville, mirando a todas partes para cerciorarse de que no había nadie más que ellos en el gabinete, y posando nuevamente en D'Artagnan sus interrogadores ojos.

—Digo que el acaso me ha hecho sabedor de un secreto…

—Que supongo guardaréis aunque en ello os vaya la vida.

—Sin embargo, debo confiároslo a vos, señor, pues solo vos podéis ayudarme en la comisión que su majestad acaba de conferirme.

—¿Y sois vos dueño de ese secreto?

—No, señor, pertenece a la reina.

—¿Y estáis autorizado por su majestad para confiármelo?

—No, señor; me han recomendado, por el contrario, el más profundo misterio.

—¿Por qué, pues, ibais a vendérmelo a mí?

—Porque os repito que sin vos nada puedo hacer, y temo que no os avengáis a hacerme la merced que vengo a solicitar de vos, si no sabéis con qué fin os la solicito.

—Guardad el secreto y decidme cuál es vuestro deseo.

—Que obtengáis para mí, de m. Des Essarts, una licencia por quince días.

—¿Cuándo?

—Esta noche misma.

—¿Salís de la capital?

—Voy en comisión.

—¿Adónde?, si no os está vedado el decirlo.

—A Londres.

—¿Hay alguien que tenga interés en que vos no lleguéis al termino de vuestro viaje?

—Barrunto que el cardenal daría montañas de oro para impedirme llevar a cabo mi cometido.

—¿Y partís solo?

—Solo.

—En este caso, no paséis por Bondy; y ved que soy yo quien os lo digo.

—¿Por qué?

—Porque os harían asesinar.

—Bueno, moriría cumpliendo con mi deber.

—Pero no desempeñaríais vuestro cometido.

—Es cierto —dijo D'Artagnan.

—Creedme —continuó Tréville—, para llevar a buen fin semejantes empresas, son menester cuatro hombres para que llegue uno.

—Tenéis razón, señor —repuso D'Artagnan—; pero vos que los conocéis, ya sabéis si puedo disponer de Athos, Porthos y Aramis.

—¿Sin revelarles el secreto que yo no he querido saber?

—De una vez para siempre nos hemos jurado confianza ciega y abnegación sin límites; por otra parte, podéis decirles que vos tenéis en mí la más omnímoda confianza, y no se mostrarán más incrédulos que vos.

—Puedo enviarles a cada uno una licencia por quince días: a Athos, a quien sigue molestándole su herida, para ir a las aguas de Forges, y a Porthos y a Aramis, para

que acompañen a su amigo, al cual no quieren abandonar en un estado tan doloroso. El envío de sus licencias será la prueba de que yo autorizo su viaje.

—Gracias por tantas bondades, señor.

—Abocaos con ellos sin pérdida de tiempo, y que esta noche misma todo quede arreglado. ¡Ah! En primer lugar, extended vuestra instancia a m. Des Essarts; quizás algún espía os iba pisando los calcañares, y de esta suerte quedará legitimada vuestra venida, que en aquel caso es ya conocida del cardenal.

D'Artagnan hizo como le dijeron, y al entregar la instancia a m. de Tréville, este le afirmó que antes de las dos de la madrugada las cuatro licencias estarían en los respectivos domicilios de los viajeros.

—Hacedme la merced de enviar la mía a casa de Athos —dijo D'Artagnan—, pues si me acercara ahora a mi domicilio, temería hacer en él un mal encuentro.

—Sosegaos. Adiós y feliz viaje —dijo Tréville; y llamando al mozo, que se volvió atrás, añadió—: ¿tenéis dinero?

D'Artagnan hizo sonar el talego que llevaba en la faltriquera.

—¿Bastante? —preguntó el capitán.

—Trescientas pistolas.

—Está bien, con este dinero puede uno ir hasta el fin del mundo; adelante, pues.

D'Artagnan saludó a m. de Tréville, y le estrechó la mano con respeto y gratitud; y es que el mozo, desde su llegada a París, no había tenido más que ocasiones de alabanza para aquel hombre excelente, a quien hallara siempre digno, leal y grande.

Nuestro gascón se encaminó en derechura a casa de Aramis, en la que no había estado desde la famosa noche en que siguiera a mm. Bonacieux. Hay más: apenas había visto al joven mosquetero, y aun las pocas veces que lo viera, le pareció que su amigo estaba abismado en una amarga tristeza.

Aquella noche Aramis velaba sombrío y pensativo, y D'Artagnan le hizo algunas preguntas sobre tan profunda melancolía.

Aramis la motivó en un comentario del capítulo XVIII de san Agustín que para la semana siguiente se veía obligado a escribir en latín y le traía una gran preocupación.

Unos minutos hacía que nuestros dos amigos estaban conversando, cuando entró un criado de m. de Tréville con un pliego sellado.

—¿Qué es eso? —preguntó Aramis.

—La licencia que habéis solicitado, señor —respondió el lacayo.

—¿Yo? No he solicitado licencia alguna.

—Callaos y tomad —dijo D'Artagnan—. Y para vos, mi amigo, ahí va esa media pistola por vuestro trabajo. ¡Ah!, decid a m. de Tréville que m. Aramis le da las más encarecidas gracias. Podéis marcharos.

El lacayo hizo una profunda reverencia y salió.

—¿Qué significa eso? —preguntó Aramis.

—Tomad lo que os es menester para un viaje de quince días, y seguidme.

—Es que en este instante no puedo salir de París sin saber…

—Qué ha sido de ella, ¿no es verdad? —profirió D'Artagnan al ver que su amigo se interrumpía.

—¿Quién? —preguntó Aramis.

—La dama que estaba aquí, la del pañuelo bordado.

—¿Y quién os ha dicho a vos que aquí había una mujer? —replicó Aramis, poniéndose pálido como un difunto.

—La vi.

—¿Y sabéis quién es?

—Por lo menos lo barrunto.

—Ya que tanto sabéis —dijo Aramis—, ¿qué ha sido de esa mujer?

—Presumo que ha regresado a Tours.

—¿A Tours?, sí, eso es; la conocéis. Pero ¿cómo ha regresado a Tours sin decirme nada?

—Porque temió que la arrestaran.

—¿Por qué no me escribió?

—Porque temió comprometeros.

—¡Ah!, amigo mío, me devolvéis la vida —exclamó Aramis—. Me tuve por desdeñado, vendido. ¡Fue tan grande mi dicha al verla de nuevo! No me decidía a creer que hubiese arriesgado su libertad por mí, y sin embargo, ¿qué causa la habría incitado a regresar a París?

—La que hoy nos lleva a Inglaterra.

—¿Y qué causa es esa? —preguntó Aramis.

—Ya la sabréis andando el tiempo; por ahora, imito la discreción de la sobrina del doctor.

Aramis, que recordó el cuento que él mismo refiriera cierta tarde a sus amigos, sonrió, y dijo:

—Bueno, pues ya que estáis seguro de que ella ha salido de París, nada me liga a la capital y os sigo. ¿Decís que vamos a…?

—Por de pronto, a casa de Athos, y si os place acompañarme, apresuraos, porque ya hemos perdido un tiempo precioso. ¡Ah!, advertid a Bazin.

—¡Qué! ¿Bazin se viene con nosotros? —preguntó el mosquetero.

—Puede que sí. Como quiera que sea, bueno es que de momento nos siga a casa de Athos. Aramis llamó a Bazin y le ordenó que fuese a reunírsele a casa de Athos; luego, después de haber tomado su capa, su espada y sus tres pistolas y abierto en vano tres o cuatro cajones para ver si en ellos encontraba algún dinero olvidado, dijo:

—Partamos.

Aramis siguió a D'Artagnan, asombrado de que el joven cadete de los guardias supiese tan bien como él quién era la mujer a quien había dado hospitalidad, y mejor que él lo que de ella había sido.

Una vez en la calle, Aramis puso su diestra sobre el brazo de su compañero, y mirándole cara a cara, le preguntó:

—¿No habéis hablado de esa mujer a persona alguna?

—Absolutamente a nadie.

—¿Ni a Athos ni a Porthos?

—No les he dicho palabra sobre el particular.

—Enhorabuena.

Sosegado sobre este punto esencial, el mosquetero siguió adelante en compañía de D'Artagnan, y, al poco, ambos llegaron a casa de Athos, a quien encontraron con su licencia en una mano y la carta de Tréville en la otra.

—¿Podéis decirme qué significan esta licencia y esta carta que acabo de recibir? —preguntó Athos con extrañeza—. Escuchad lo que reza la carta.

Mi querido Athos: pues lo reclama vuestra salud, consiento en concederos un reposo de quince días. Idos, pues, a tomar las aguas de Forges o las que más os convengan, y restableceos pronto.

Vuestro afectísimo,

TRÉVILLE

—Esa licencia y esa carta significan que es menester que nos sigáis —dijo D'Artagnan.

—¿A los baños de Forges?

—O a otra parte.

—¿Para el servicio del rey?

—O de la reina: ¿no somos servidores de sus majestades?

—¡Habrase visto tal cosa! —profirió en este momento Porthos, entrando—, eso sí que me deja con la boca abierta: ¿desde cuándo, en los mosqueteros, le conceden licencia a uno sin que la solicite?

—Desde que tiene amigos que la piden por él —dijo D'Artagnan.

—¡Ah!, ya —repuso Porthos—; se me antoja que aquí hay gato encerrado.

—Lo hay; partimos —dijo Athos.

—¿Para dónde? —preguntó Porthos.

—No lo sé; pregúntaselo a D'Artagnan.

—Para Londres, señores —dijo el mozo.

—¡Para Londres! —exclamó Porthos—; ¿y qué vamos a hacer en Londres?

—No puedo decíroslo, señores —profirió D'Artagnan—, y sin embargo cumple que confiéis en mí.

—Bueno —replicó Porthos—, pero para ir a Londres es menester dinero, y yo no poseo blanca.

—Ni yo tampoco —exclamó Athos.

—Ni yo —añadió Aramis.

—Pues yo sí —profirió D'Artagnan, sacando de su faltriquera su tesoro y poniéndolo sobre la mesa—. En este talego hay trescientas pistolas, lo cual quiere decir que corresponden setenta y cinco por barba, que es más de lo que se necesita para ir a Londres y regresar. Por otra parte, no temáis, no llegaremos todos allá.

—¿Y eso?

—Porque es más que probable que alguno o algunos de nosotros nos quedemos en el camino.

—¡Qué! ¿Vamos a emprender una campaña?

—Y de las más peligrosas, os lo advierto.

—Hombre, ya que nuestro pellejo peligra, por lo menos quisiera yo saber por qué.

—¿Y qué saldrías ganando con saberlo? —dijo Athos.

—A pesar de ello —repuso Aramis—, abundo en el parecer de Porthos.

—¿Acostumbra el rey a daros conocimiento de sus actos? —profirió D'Artagnan—. No; os dice buenamente: Señores, en Gascuña, en Flandes, se están batiendo; idos allá y batíos, y vais sin preocuparos con el porqué.

—D'Artagnan tiene razón —repuso Athos—. Aquí están nuestras licencias expedidas por m. de Tréville, y aquí trescientas pistolas que nos llueven de no sé dónde. Vamos a hacernos matar adonde nos dicen que vayamos. ¿Vale por ventura la vida tanta cháchara? D'Artagnan, me voy contigo.

—Y yo también —dijo Porthos.

—Y yo —profirió Aramis—. Así como así no consiento salir de la capital. Necesito distraerme.

—Yo os respondo que no os faltarán distracciones, señores —exclamó D'Artagnan.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Athos.

—Inmediatamente —respondió nuestro gascón—; no hay minuto que perder.

—¡Vamos! ¡Grimaud! ¡Planchet! ¡Mousqueton! ¡Bazin! —gritaron los cuatro jóvenes, llamando a sus respectivos lacayos—, calzad las espuelas a nuestras botas y volad al depósito por nuestros caballos.

En efecto, todos y cada uno de los mosqueteros dejaban en el depósito general, como en un cuartel, sus caballos y los de sus lacayos.

Planchet, Grimaud, Mousqueton y Bazin partieron a toda prisa.

—Ahora tracemos el plan de campaña —dijo Porthos—. ¿Adónde vamos primeramente?

—A Calais —respondió D'Artagnan—; es la línea que con más derechura conduce a Londres.

—Pues ahí va mi parecer —repuso el gigante—. Cuatro hombres que viajan juntos despiertan sospechas: dénos pues D'Artagnan individualmente sus instrucciones; yo parto el primero, como explorador, por el camino de Boulogne; Athos lo efectuará dos horas después por el de Amiens; Aramis nos seguirá por el de Noyon, y D'Artagnan saldrá cuando bien le parezca, con el traje de Planchet, que a su vez irá con las ropas de D'Artagnan, es decir, con el uniforme de los guardias, cerrará la marcha.

—Señores —repuso Athos—, yo opino que conviene no inmiscuir lacayos en un asunto como el presente; es raro que un hidalgo venda un secreto, pero casi seguro que un lacayo lo divulgue.

—El plan de Porthos me parece impracticable —arguyó D'Artagnan—, por la razón sencillísima de que yo mismo ignoro qué instrucciones puedo daros. Soy portador de una carta, y nada más. Me es imposible sacar tres copias de la carta esa, pues está sellada; por lo tanto, voto porque viajemos juntos. La carta está aquí, en este bolsillo —añadió D'Artagnan, mostrando el que la encerraba—. Si sucumbo, que la tome uno de vosotros y seguid adelante; si el que la llevare muere también, que se encargue otro de ella, y así sucesivamente; con tal que llegue uno, ya habremos cumplido.

—¡Bravo, D'Artagnan! Tu consejo es el mío —dijo Athos—. Además, hay que ser lógicos: voy a los baños y me acompañáis; pero como soy dueño de ir a tomarlos adonde mejor me pareciere, voy a tomarlos en el mar en vez de tomarlos en Forges. Si pretenden prendernos, exhibo la carta de m. de Tréville, y vosotros mostráis vuestras licencias; si nos atacan, nos defendemos; si nos procesan, sostenemos, sin apearnos de nuestro empeño, que no nos animaba más intención que la de tomar unos baños de mar. Pronto se acaba con cuatro hombres aislados, en tanto que cuatro hombres reunidos hacen tropa. Armaremos de pistolas y mosquetes a los cuatro lacayos; si envían contra nosotros un ejército, libraremos batalla, y el que sobreviva llevará, como ha dicho D'Artagnan, la carta a su destino.

—Muy bien —exclamó Aramis—; hablas poco, pero cuando lo haces, tu pico es de oro. Adopto el plan de Athos, ¿y tú, Porthos?

—También, si lo acepta D'Artagnan, pues como portador que es de la carta, queda de jefe natural de la empresa. Lo que él decida lo ejecutaremos.

—Pues decido que adoptemos el plan de Athos y que partamos dentro de media hora —dijo D'Artagnan.

—¡Adoptado! —repitieron a una los tres mosqueteros.

Y cada cual tendió la mano hacia el talego, tomó setenta y cinco pistolas e hizo sus preparativos para partir a la hora convenida.

XX

VIAJE

A las dos de la madrugada, nuestros cuatro viajeros salieron de París por la puerta de Saint-Denis, y mientras fue de noche no profirieron palabra; y es que a su pesar sufrían la influencia de las tinieblas y veían emboscadas por todas partes.

No bien clareó, desataron los cuatro amigos sus lenguas, y con el sol recobraron el buen humor: les parecía estar en la víspera de un combate: les latía el corazón y les reían los ojos; la vida de la que tal vez iban a despedirse era, al fin y al cabo, una buena cosa.

Por lo demás, el aspecto de la caravana era formidable: los negros y marciales caballos de los mosqueros, y la regularidad que imprime a la marcha de esos nobles compañeros del soldado el hábito del escuadrón, hubieran puesto en evidencia el más riguroso incógnito.

Detrás de D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, seguían los criados, armados de punta en blanco.

Los viajeros llegaron felizmente a Chantilly a las ocho de la mañana, y como era menester almorzar, se apearon, después de ordenar a sus lacayos que no desensillaran y estuviesen prontos a anudar inmediatamente la marcha, a la puerta de una posada, que como por vía de recomendación, ostentaba una muestra que representaba a san Martín compartiendo su capa con un pobre.

Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan entraron en el comedor de la posada y se sentaron a la mesa, a una mesa en la cual precisamente estaba almorzando un hidalgo que acababa de llegar por la carretera de Dammartin, hidalgo que entabló conversación sobre cosas indiferentes con los cuatro amigos, que le respondieron, y luego bebió a la salud de ellos, que le pagaron con la misma moneda.

Sin embargo, en el instante en que Mousqueton vino a anunciar que los caballos estaban prestos, y en que los viajeros se levantaban de la mesa, el desconocido propuso a Porthos beber a la salud de Richelieu, a lo cual respondió aquel que lo haría de mil amores siempre y cuando el proponedor bebiera a la del rey. El desconocido dijo que para él no había más rey que su eminencia; Porthos le replicó que era un borracho, y liados ya de palabras, el desconocido desenvainó su espada.

—Habéis cometido una majadería —dijo Athos a Porthos—, pero ya no tiene remedio; matad a ese hombre y reuníos con nosotros tan pronto podáis.

Athos, D'Artagnan y Aramis se subieron de nuevo sobre sus caballos y partieron a escape, mientras Porthos estaba diciendo a su adversario que iba a abrirle en el cuerpo tantos ojales cuantas eran las estocadas conocidas en esgrima.

—¡Uno menos! —dijo Athos, cuando estuvieron a unos quinientos pasos.

—Pero ¿por qué ha provocado el hombre ese a Porthos con preferencia a cualquiera de nosotros? —preguntó Aramis.

—Porque como Porthos hablaba más recio que nosotros, lo ha tomado por el jefe —respondió D'Artagnan.

—Siempre he dicho que ese cadete de Gascuña era un pozo de sabiduría —murmuró Athos.

Los viajeros continuaron su camino, y al llegar a Beauvais hicieron un alto de dos horas tanto para proporcionar descanso a los caballos cuanto para aguardar a Porthos; pero al ver que ni este llegaba ni de él venía noticia alguna, siguieron adelante.

A una legua de Beauvais, en un paraje donde el camino se encajonaba entre dos taludes, nuestros expedicionarios dieron de manos a boca con ocho o diez individuos que, aprovechando la circunstancia de que la vía no estaba adoquinada en aquel sitio, hacían como que trabajaban en ella abriendo hoyos y cubriendo de cenagosos baches aquel trozo.

Aramis, temeroso de ensuciarse las botas en aquel mortero artificial, apostrofó con dureza a aquellos individuos, y aun cuando Athos quiso contenerlo, era ya demasiado tarde. Los trabajadores empezaron a burlarse de los viajeros, y con su insolencia hicieron perder los estribos al mismísimo Athos, que acometió a uno de ellos.

Entonces los fingidos trabajadores retrocedieron hasta la cuneta, empuñaron sendos mosquetes, que tenían escondidos en ella, y literalmente abrieron fuego contra D'Artagnan, Athos, Aramis y a sus lacayos. Aramis salió de la refriega con un hombro atravesado, y Mousqueton con una bala en las posaderas. Sin embargo, este último fue el único que cayó del caballo, y no porque estuviese herido de gravedad, sino porque siéndole imposible ver su herida, se dio a entender que lo habían lesionado más peligrosamente de lo que en realidad estaba.

—Es una emboscada —dijo D'Artagnan—, no disparemos ni un tiro, y adelante.

Aramis, a pesar de su herida, se agarró de la crin de su caballo, que lo llevó con los otros. En cuanto al de Mousqueton, se había reunido con sus compañeros y galopaba solo en su fila.

—Así tendremos un caballo de reserva —dijo Athos.

—Preferiría un sombrero —repuso D'Artagnan—; el mío se lo ha llevado una bala. Por fortuna, la carta no estaba dentro.

—¡Ah, malditos! —exclamó Aramis—, van a asesinar al pobre Porthos cuando pase.

—Si Porthos alentara, a estas horas ya se nos habría reunido —profirió Athos—. Me parece que el borracho se habrá despejado al desenvainar su espada.

Los tres amigos siguieron galopando todavía por espacio de dos horas, por más que los corceles estaban fatigados hasta tal extremo que era de temer que pronto se negaran a prestar servicio.

Athos, D'Artagnan y Aramis habían tomado a campo travieso, con la confianza de que así se verían menos molestados; poro al llegar a Crèvecœur, el mosquetero teólogo declaró que le era imposible ir más allá. En efecto, había sido menester todo el valor que Aramis escondía bajo su forma elegante y sus modales corteses para llegar hasta donde llegara. A cada paso palidecía, y sus compañeros se veían constreñidos a sostenerlo sobre su caballo. Lo dejaron, pues, en un figón junto con Bazin, que, por otra parte, en una escaramuza no servía más que de estorbo, y anudaron la marcha contando pasar la noche en Amiens.

—¡Maldita sea! —dijo Athos, cuando estuvieron nuevamente en camino, reducidos a dos amos a Grimaud y a Planchet—. No volverán a engañarme; os respondo que hasta Calais no me harán abrir el pico ni desnudar la espada. Lo juro…

—No juremos —replicó D'Artagnan—, galopemos, si todavía lo consienten nuestros caballos.

Los viajeros espolearon a sus corceles, que estimulados de tal suerte hallaron nuevas fuerzas. A medianoche llegaron a Amiens los expedicionarios y se alojaron en la posada del Lis d'Or.

El posadero, que tenía toda la catadura de un bonachón, recibió a los viajeros con una palmatoria en una mano y su gorro de algodón en la otra, y se empeñó en alojarlos en sendos, limpios y cómodos cuartos; por desgracia, uno de los cuartos estaba en un extremo de la posada, y en la extremidad opuesta, el otro. D'Artagnan y Athos no lo admitieron; el posadero replicó que no había otros aposentos dignos de sus excelencias; aquellos objetaron que pasarían la noche en el comedor, acostados en sendos colchones, tendidos en el suelo; insistió el posadero; los dos amigos se mantuvieron firmes, y no pudo sino acceder a lo que estos quisieron.

Apenas Athos y D'Artagnan acababan de disponer su cama y de atrancar por la parte de adentro la puerta, cuando oyeron unos golpes en el postigo que daba al patio.

—¿Quién hay? —preguntaron Athos y D'Artagnan.

—Somos nosotros —respondieron los llamadores.

—Son Grimaud y Planchet —dijo Athos, conociendo la voz de los lacayos y abriendo.

—Para vigilar los caballos Grimaud basta —dijo Planchet—; yo, si vuestras mercedes me dan su licencia, me acostaré a su puerta y de esta manera estarán seguros de no verse molestados por persona alguna.

—¿Y sobre qué vas a acostarte? —preguntó D'Artagnan.

—Esta es mi cama —respondió Planchet, mostrando un haz de paja.

—Tienes razón —dijo D'Artagnan—; entra: la cara del posadero no me halaga, es demasiado risueña.

—Tampoco me place a mí —repuso Athos.

Planchet entró por la ventana y se instaló atravesado a la puerta; Grimaud fue a encerrarse en la caballeriza, dando palabra de que a las cinco de la mañana él y los cuatro caballos estarían prestos.

La noche se pasó con tranquilidad relativa. A las dos de la madrugada intentaron abrir la puerta, pero como Planchet se despertó sobresaltado y preguntó qué querían, le respondieron que se habían equivocado y se alejaron. A las cuatro se oyó un gran ruido en las caballerizas. Era que los mozos de cuadra estaban vapulando a Grimaud por haberles despertado. Cuando Athos y D'Artagnan abrieron la ventana, vieron al pobre muchacho tendido sin conocimiento y con la cabeza hendida de un golpe de mango de horca.

Planchet bajó entonces al patio para ensillar los caballos, pero los halló despeados. Únicamente el de Mousqueton, que, en la víspera, viajara sin jinete por espacio de cinco o seis horas, podría haber continuado el camino; pero por error inconcebible, el veterinario mandado a buscar, al parecer, para sangrar al caballo del posadero, había sangrado al de Mousqueton.

Las cosas empezaban a presentar un cariz poco tranquilizador: todos los accidentes acaecidos hasta entonces tal vez eran hijos del acaso, pero también podían ser el fruto de una conjuración.

Athos y D'Artagnan salieron, mientras Planchet fue a ver si por allí encontraba quien le vendiera tres caballos. Dos había a la puerta de la posada, completamente equipados, frescos y vigorosos, que ni pintados. Planchet preguntó dónde estaban los dueños de aquellas bestias, y le respondieron que los dueños de aquellas bestias habían pasado la noche en la posada y que en aquel instante estaban arreglando su cuenta con el posadero.

Athos bajó para pagar el gasto, y D'Artagnan y Planchet fueron a aguardarlo a la puerta de la calle.

El posadero estaba en un cuarto bajo y retirado, a donde rogaron a Athos que entrase.

Así lo hizo el mosquetero, sin desconfianza, y sacó dos pistolas para pagar: el hostelero, que se encontraba solo y sentado a su bufete, del que se veía a medio abrir uno de sus cajones, tomó el dinero que le dio Athos, lo volvió y revolvió en sus

manos, y prontamente prorrumpió en destempladas voces; diciendo que aquellas monedas no eran de recibo y que iba a hacer que le echaran el guante a él y a su camarada, por monederos falsos.

—¡Ah, tunante! —exclamó Athos, abalanzándose sobre el posadero—, voy a cortarte las orejas.

Pero en aquel instante, y por las puertas laterales, invadieron la estancia cuatro hombres armados de todas las armas y se arrojaron sobre el mosquetero.

—¡Me han sorprendido! ¡Huye, D'Artagnan, huye! —gritó Athos con todas sus fuerzas y disparando dos pistoletazos.

D'Artagnan y Planchet no se hicieron repetir el aviso; desataron los dos caballos que estaban arrendados a la puerta, se subieron sobre ellos y los sacaron a toda prisa.

—¿Qué ha sido de Athos? ¿Lo sabes? —preguntó D'Artagnan a Planchet mientras iban corriendo.

—¡Ah!, señor —respondió el lacayo—, al disparar sus pistolas ha derribado a dos, y a través de la vidriera me ha parecido que se batía a estocadas con los demás.

—¡Oh, valeroso Athos! —murmuró D'Artagnan—. ¡Y pensar que no cabe otro remedio que abandonarlo a su suerte! Por otra parte, tal vez a dos pasos de aquí nos aguarde lo mismo a nosotros. ¡Adelante, Planchet, adelante! Eres hombre de prendas.

—Ya os lo dije, mi amo —respondió Planchet—, a los picardos se les aprecia tanto más cuanto más se les trata; por otro lado, esta es mi tierra, solo pensarlo me enardece.

De esta suerte y sin parar, D'Artagnan y Planchet llegaron de un tirón a Saint-Omer, donde dieron un poco de descanso a sus monturas, mientras, y con las riendas de estas al brazo para que no les pillara desprevenidos algún percance, comían un bocado en pie y en la calle. Luego anudaron la marcha.

A unos cien pasos de las puertas de Calais, el caballo de D'Artagnan dio consigo en tierra, y no hubo manera de hacerlo levantar: la sangre le salía por ojos y narices.

Quedaba el caballo de Planchet; pero como se hubo parado, resultaron inútiles todos los esfuerzos para hacerlo andar otra vez.

Por fortuna, como ya hemos dicho, estaban a cien pasos de Calais; dejaron, pues, nuestros expedicionarios sus caballos en la carretera y se encaminaron apresuradamente al puerto; una vez en el cual Planchet mostró a su amo, a unos cincuenta pasos delante de ellos, un hidalgo seguido de su lacayo. El hidalgo, a quien D'Artagnan y Planchet se acercaron con viveza, llevaba cubiertas de polvo las botas, y con ademán al parecer muy atareado, estaba informándose sobre si le sería posible embarcarse inmediatamente para Inglaterra.

—No habría inconveniente alguno —respondió el patrón de un buque presto a darse a la vela—; pero esta mañana ha llegado una orden prohibiendo que se embarcara quien quiera que sea sin un permiso expreso de m. el cardenal.

—Traigo yo el permiso, helo aquí —repuso el hidalgo, sacando de su faltriquera el documento.

—Haced que lo vise el capitán del puerto y dadme la preferencia —dijo el patrón.

—¿Dónde puedo ver al capitán?

—En su casa de campo.

—¿Está muy lejos?

—A un cuarto de legua de la ciudad; desde aquí podéis divisarla; es aquella que tiene el tejado de pizarra, al pie de aquel otero.

—De acuerdo —dijo el hidalgo.

Este, seguido de su lacayo, tomó el camino de la casa. D'Artagnan y Planchet se fueron detrás del hidalgo, a quinientos pasos de distancia.

Una vez fuera de la ciudad, el gascón apresuró el paso y alcanzó al hidalgo en el instante en que este iba a entrar en un bosquecillo.

—Caballero, ¿tenéis prisa? —preguntó D'Artagnan al desconocido.

—Hasta más no poder, caballero —respondió el interpelado.

—Lo siento en el alma —repuso D'Artagnan—, porque como yo también lo estoy, quería pediros una merced.

—¿Cuál?

—La de dejarme pasar el primero.

—Es imposible —profirió el hidalgo—; he recorrido sesenta leguas en cuarenta y cuatro horas, y es menester que mañana al mediodía me halle en Londres.

—Pues yo he hecho el mismo camino en cuarenta horas, y es necesario de toda necesidad que me halle en Londres a las diez de la mañana.

—Lo siento, caballero; pero he llegado antes que vos, y pasaré primero que vos.

—Con pesar os lo digo, caballero, pero aunque he llegado tras vos, pasaré antes que vos.

—Estoy en servicio del rey —prorrumpió el hidalgo.

—Y yo en el mío —replicó D'Artagnan.

—Me parece que me estáis buscando una quimera de mal género.

—¿Qué imaginabais, pues?

—Bueno, ¿qué queréis?

—¿Deseáis saberlo?

—Sí, lo deseo.

—Pues quiero la orden de que sois portador; me hace falta una y no la tengo.

—Supongo que os estáis chanceando.

—Pues suponéis malamente.

—Dejadme pasar.

—No pasaréis.

—Voy a estrellaros el cráneo. ¡Lubin!, mis pistolas.

—Planchet —dijo D'Artagnan—, torna por tu cuenta al lacayo, yo me encargo del amo.

El criado de D'Artagnan, enardecido por su primera hazaña, se echó sobre Lubin, y como era fuerte y robusto, lo derribó de espaldas y le puso una rodilla sobre el pecho.

—Despachad vos, mi amo —dijo Planchet—, yo ya estoy listo.

Al ver lo que pasaba, el hidalgo desenvainó y se abalanzó sobre D'Artagnan; pero en manos estaba el pandero que le sabían tocar.

En tres segundos nuestro gascón dio otras tantas estocadas a su adversario, diciendo a cada una de ellas: «Esta por Porthos, esta por Athos, esta por Aramis».

Al tercer pinchazo, el hidalgo cayó como un tronco. D'Artagnan, que tuvo por muerto, o por lo menos por desmayado a su contrincante, se agachó para tomarle el disputado documento; mas en el instante en que tendía la mano para registrarlo, el herido, que no había soltado su espada, le tiró una estocada al pecho, diciendo:

—Esta para vos.

—Y esta por mí, las buenas se reservan para el final —exclamó D'Artagnan hecho una furia y clavando literalmente en el suelo a su adversario de una cuarta estocada en el vientre.

Ahora el hidalgo cerró los ojos y se desmayó.

D'Artagnan metió la mano en la faltriquera donde había notado que el hidalgo se guardara el pase, lo tomó, y vio que estaba extendido a nombre del conde de Wardes.

Luego lanzó una última mirada a aquel gallardo joven, que apenas tenía veinticinco años, y al que dejaba allí tendido, privado de conocimiento y tal vez de vida, y exhaló un suspiro, arrancado por el sino fatal que lleva a los hombres a exterminarse mutuamente en pro de gentes que les son extrañas y que a menudo ni siquiera saben si ellos existen.

Pero pronto le desvió de sus reflexiones Lubin, que daba cada aullido y cada voz pidiendo socorro que hacía retemblar el bosque.

—Señor —dijo Planchet a D'Artagnan, mientras con los dedos oprimía la garganta del lacayo de Wardes—, en tanto lo mantenga atornillado de esta suerte no gritará, os lo garantizo; pero en cuanto lo suelte, va a empezar de nuevo. Huelo que es normando, y los normandos son testarudos.

En efecto, pese a la presión de los dedos de Planchet, Lubin intentaba aún articular algunas palabras.

—Aguarda —dijo D'Artagnan, amordazando a Lubin con su pañuelo.

—Ahora atémosle a un árbol —repuso Planchet.

Puesto en obra y con toda conciencia el consejo del picardo, este y su amo trasladaron el cuerpo del conde de Wardes junto a Lubin; y como empezaba a anochecer y el agarrotado y el herido estaban algo internados en el bosque, era evidente que allí se quedarían hasta el día siguiente.

—Ahora —dijo D'Artagnan—, a casa del capitán del puerto.

—Me parece que estáis herido, señor —dijo Planchet.

—No es nada; ocupémonos de lo que urge, luego ya hablaremos de la herida, que, por lo demás, no tengo por muy peligrosa.

Se encaminaron a toda prisa amo y criado a casa del capitán del puerto, cuando llegaron se anunció al conde de Wardes, y D'Artagnan fue introducido.

—¿Traéis una orden firmada de m. el cardenal? —preguntó el capitán.

—Aquí la tiene —respondió el gascón.

—Está en regla y bien recomendada.

—No es de admirar —repuso D'Artagnan—, soy uno de los más fieles servidores de monseñor.

—Parece que su eminencia tiene empeño en que alguien no llegue a Inglaterra.

—Sí, un tal D'Artagnan, un hidalgo gascón que ha salido de París en compañía de tres de sus amigos con la intención de dirigirse a Londres.

—¿Lo conocéis personalmente? —preguntó el capitán del puerto.

—¿A quién?

—A D'Artagnan.

—Como a mí mismo.

—Entonces, hacedme la merced de darme su filiación.

—Es facilísimo.

Y D'Artagnan dio de pe a pa las señas del conde de Wardes.

—¿Va acompañado? —preguntó el capitán.

—Sí, de un criado a quien llaman Lubin.

—Se estará alerta, y si se les echa el guante, su eminencia los verá entrar en París bien escoltados.

—De hacerlo así —dijo D'Artagnan—, mereceréis bien del cardenal.

—¿Veréis a su eminencia a vuestro regreso, m. conde?

—Claro que sí.

—Pues hacedme la gran merced de decirle que en mí tiene un servidor fidelísimo.

—No dejaré de decírselo.

Satisfecho con esta promesa, el capitán visó el pasaporte y se lo devolvió a D'Artagnan.

El cual no perdió el tiempo en cumplidos excusados, sino que sencillamente dio las gracias al capitán, le hizo una reverencia y partió.

Cuando, después de haber dado un gran rodeo para evitar el paso por el bosque, entraron en Calais por otra puerta, y llegaron al puerto, D'Artagnan y Planchet encontraron al patrón de marras que les estaba aguardando.

—¿Qué hay? —preguntó el marino al ver a D'Artagnan.

—Aquí está mi pasaporte visado —respondió el gascón.

—¿Y el otro hidalgo?

—No parte hoy, pero tranquilizaos, pago el pasaje por él y por mí.

—En este caso, partamos —dijo el patrón.

—Partamos —repitió D'Artagnan, saltando con Planchet en el bote.

Cinco minutos después estaban a bordo.

Justo a tiempo, pues no habían aún navegado media legua cuando D'Artagnan vio brillar un fogonazo y oyó un estampido.

Era el cañonazo que anunciaba el cierre del puerto.

Ya era hora de que D'Artagnan se ocupara de su herida; por fortuna, y como él presumiera, la estocada no ofrecía peligro; la punta de la espada del conde de Wardes había dado en una costilla y resbalado a lo largo del hueso; además, la camisa se había pegado a la llaga, de la que apenas brotaba sangre.

D'Artagnan, quebrantado de fatiga, se echó y durmió en un colchón que tendieron en cubierta para él, y cuando al amanecer el día siguiente abrió los ojos, se encontró únicamente a tres o cuatro leguas de las costas de Inglaterra, adonde ya habría llegado si durante la noche hubiera soplado una brisa más fuerte.

A las diez la embarcación tiraba el ancla en el puerto de Douvres, y media hora después D'Artagnan pisó tierra inglesa, exclamando al mismo tiempo:

—¡Por fin!

Pero todavía faltaba llegar a Londres.

En Inglaterra, el servicio de postas era bastante bueno. D'Artagnan y Planchet montaron en sendas jacas y, precedidos de un postillón, cuatro horas después llegaron a las puertas de la capital.

D'Artagnan no conocía Londres ni sabia una palabra de inglés; pero le bastó escribir en un papel el nombre del duque de Buckingham para que le dijeran donde vivía el duque.

Este se encontraba en Windsor, cazando con el rey.

D'Artagnan preguntó por el ayuda de cámara particular de Buckingham, que, por haber acompañado a su señor en todos sus viajes, hablaba correctamente el francés, y le dijo que necesitaba ver inmediatamente al duque para enterarle de un asunto gravísimo.

Patrice, que así se llamaba aquel ministro del ministro, convencido por la confianza con que D'Artagnan hablaba, mandó ensillar dos caballos y se encargó de

conducir al joven guardia. En cuanto a Planchet, lo habían bajado de su cabalgadura, envarado como un junco: el pobre estaba al cabo de sus fuerzas.

D'Artagnan parecía de bronce.

Al llegar a Windsor, nuestro gascón y Patrice supieron que el rey y Buckingham estaban a unas dos o tres leguas de allí, cazando aves en los pantanos.

Veinte minutos después y ya en el sitio indicado, Patrice oyó la voz de su señor, que estaba llamando a su halcón.

—¿A quién debo anunciar a milord duque? —preguntó Patricio.

—Al mozo que una noche le buscó quimera en el PontNeuf, frente a la Samaritaine.

—Singular es la recomendación.

—Ya veréis como es tan buena y mejor que cualquier otra.

Patrice sacó su caballo al galope, alcanzó al duque y le anunció en los términos expuestos que le estaba aguardando un mensajero.

Buckingham conoció inmediatamente a D'Artagnan, y sospechando que en Francia ocurría algo y enviaban a decírselo, no perdió más tiempo que el necesario para preguntar dónde estaba el portador de la nueva y salir, al galope, al encuentro de D'Artagnan, de quien conoció desde lejos el uniforme de los guardias.

Patrice, por discreción, se mantuvo a distancia.

—¿Ha sucedido alguna desgracia a la reina? —exclamó Buckingham, dando expansión a todo su pensamiento y a todo su amor en esta interrogación.

—No lo creo —respondió D'Artagnan—; pero sospecho que corre algún peligro muy grave del que únicamente vuestra gracia puede librarla.

—¿Yo? —exclamó Buckingham—. ¡Qué! ¿Sería tanta mi ventura que pudiese prestarle algún servicio? ¡Hablad! ¡Hablad!

—Tomad esta carta, señor —dijo D'Artagnan.

—¡Esta carta!, y ¿de quién procede?

—Supongo que de su majestad.

—¡De su majestad! —exclamó el duque, palideciendo de tal suerte que D'Artagnan temió que iba a darle un síncope. Luego, después de romper el sello y mostrando al mozo un sitio en que estaba agujereada la carta, añadió—: ¿Qué es este desgarrón?

—¡Ah!, no lo había visto —respondió D'Artagnan—; este agujero lo habrá abierto la espada del conde de Wardes al herirme en el pecho.

—¿Estáis herido? —preguntó Buckingham.

—No es nada —dijo el mozo—; no es más que un rasguño.

—¡Válgame Dios! ¿Qué estoy leyendo? —exclamó el duque—. Patrice, quédate aquí, o más bien sal en busca de su majestad y dile que le suplico humildemente que

me excuse, pero que me llama a Londres un asunto gravísimo. —Y volviéndose hacia el mozo, añadió—: Veníos conmigo, caballero.

D'Artagnan y el duque emprendieron a galope la vuelta de la capital.

XXI

LA CONDESA DE WINTER

Durante el camino, Buckingham hizo que D'Artagnan le pusiera al corriente, no de cuanto pasara, sino de lo que este sabía. Al conexionar, pues, sus recuerdos con lo que le dijo el mozo, el duque pudo formarse una idea bastante aproximada de una situación de cuya gravedad, por otra parte, le daba la medida la carta de la reina, por breve y poco explícita que fuese. Lo que principalmente admiraba al duque era que el cardenal, interesado como estaba en que aquel mozo no llegara a Inglaterra, no hubiese logrado atajarle el camino. Entonces, y al manifestarle Buckingham su extrañeza sobre el particular, fue cuando D'Artagnan le hizo sabedor de las precauciones que había tomado al efecto, y de que gracias a la abnegación de sus tres amigos, a los que dejara desparramados y heridos en el tránsito, había salido quito del lance con la estocada que atravesara el billete de la reina y que él pagara a Wardes con tan terrible moneda. El duque, mientras prestaba atención a este relato, hecho con la mayor sencillez, miraba de vez en cuando y con ojos de admiración al joven guardia, cual si no acertara a explicarse cómo podían aliarse con un rostro que todavía no indicaba veinte años tanta prudencia, tanto valor y tanta abnegación.

El vuelo, que no el correr de sus caballos, puso en pocos minutos a las puertas de Londres a los dos jinetes, y contra el parecer de D'Artagnan, que creyó que el duque, al llegar a la ciudad, iba a acortar el paso de su cabalgadura, aquel continuó su camino a escape, importándole un comino los transeúntes. En efecto, al atravesar la ciudad, Buckingham atropelló a dos o tres personas, pero ni siquiera volvió el rostro para ver qué había sido de aquellos a quienes derribara.

D'Artagnan seguía al duque en medio de unos gritos que no le parecían otra cosa que maldiciones.

Al entrar en el patio de su morada, Buckingham se apeó, y sin preocuparse con lo que sería de su caballo, le echó las riendas al cuello y se lanzó a la escalinata. D'Artagnan hizo lo mismo, aunque un poco más inquieto por aquellos nobles animales, de los cuales pudo apreciar el mérito, pero tuvo el consuelo de ver que de las cocinas y de las caballerizas habían salido ya precipitadamente tres o cuatro criados que se hicieron cargo de las monturas.

El duque, que andaba con tanta rapidez que D'Artagnan apenas podía seguirlo, atravesó algunos salones alhajados con un lujo y buen gusto que ni siquiera los más

encumbrados señores de Francia podían soñar, y llegó a un dormitorio que era un portento de elegancia y de riqueza. En la alcoba de aquel dormitorio había una puerta escondida tras las colgaduras, y el duque la abrió con una llavecita de oro que llevaba al cuello en una cadena del mismo metal. Por discreción, D'Artagnan se quedó atrás, pero Buckingham, al atravesar el umbral de aquella puerta, se volvió, y al ver la vacilación del mozo, le dijo:

—Veníos, y si tenéis la dicha de ser admitido por su majestad, decidle lo que habéis visto.

Alentado por estas palabras, D'Artagnan siguió a Buckingham, que cerró tras de sí la puerta.

El duque y el joven guardia se hallaron entonces en un oratorio tapizado de seda de Persia y brocado de oro, vivísimamente iluminado por innúmeras bujías. En una especie de altar y bajo un dosel de terciopelo azul, coronado de plumas blancas y encarnadas, lucía un retrato de tamaño natural que representaba a Ana de Austria, retrato de parecido tan maravilloso, que D'Artagnan no pudo reprimir un grito de sorpresa pues no parecía sino que la reina estaba hablando.

En el altar y al pie del retrato, había el cofrecito que encerraba los herretes de diamantes.

Buckingham se acercó al altar y se arrodilló como pudiera haberlo hecho ante un crucifijo; luego abrió el cofrecito, sacó de él un gran lazo de cintas, deslumbrado por los diamantes, y lo entregó a D'Artagnan, diciéndole:

—Tomad, aquí están estos preciosos herretes con los cuales juré que me haría enterrar. La reina me los dio, ella vuelve a tomármelos, cúmplase como la de Dios su voluntad.

Luego besó uno tras otro aquellos herretes de que iba a separarse y, de improviso, lanzó una voz terrible:

—¿Qué os pasa, milord? —preguntó D'Artagnan con zozobra.

—Que todo está perdido —exclamó Buckingham, poniéndose pálido como un cadáver—; faltan dos herretes, solo hay diez.

—¿Milord los ha perdido o sospecha que se los han robado?

—Robado —respondió el duque—, y el instigador del robo es el cardenal. Ved, las cintas que los sujetaban están cortadas con tijeras.

—Si milord pudiese barruntar quién ha cometido el robo… Quizá la persona que lo llevó a cabo todavía tiene en su poder los herretes.

—Aguardaos —exclamó Buckingham—; la única vez que me los puse fue para el baile que el rey dio en Windsor hace ocho días. La condesa de Winter, con la que estaba yo desavenido, se me acercó durante el baile… ¡Ah!, tal reconciliación no era más que una venganza de mujer… Desde entonces no he vuelto a ver a la condesa… No hay duda, la condesa es agente del cardenal.

—¡Decís que su eminencia tiene agentes en todas partes! —profirió D'Artagnan.

—¡Oh!, sí, es un lidiador terrible —dijo Buckingham, rechinando de cólera los dientes—. Sin embargo, ¿cuándo debe celebrarse el baile?

—El lunes próximo.

—¡El próximo lunes! ¡Es decir, dentro de cinco días! Nos sobra el tiempo. ¡Patrice! —exclamó el duque, abriendo la puerta del oratorio—. ¡Patrice!

El ayuda de cámara de confianza del duque compareció al llamamiento.

—Mi joyero y mi secretario —le dijo Buckingham. Patrice salió con la presteza y el mutismo de quien tiene el hábito de obedecer a ciegas y sin chistar.

Pero, aunque el primer llamado fue el joyero, el secretario se le anticipó, por la sencillísima razón de que vivía en el palacio del duque.

El secretario encontró a Buckingham sentado a una mesa de su dormitorio y redactando de su puño y letra algunas órdenes.

—Señor Jackson —le dijo el duque—, sin perder minuto vais a iros a casa del lord canciller, y le diréis de mi parte que le encargo la ejecución de estas órdenes, que deseo sean promulgadas inmediatamente.

—Y si el lord canciller me interroga respecto de las causas que puedan haber movido a vuestra gracia a tomar una providencia tan extraordinaria, ¿qué le responderé, monseñor?

—Que tal ha sido mi gusto, y que no tengo que dar conocimiento de mis actos a nadie.

—¿Esta es la respuesta que el lord canciller deberá trasmitir a su majestad —repuso el secretario, sonriendo—, si por acaso al rey le da por saber por qué no puede salir de los puertos de la Gran Bretaña buque alguno?

—Tenéis razón —repuso Buckingham—. En este caso, que diga el lord canciller al rey que me he decidido por la guerra, y que esta disposición es mi primer acto hostil contra Francia.

El secretario hizo una reverencia y salió.

—Por este lado ya estamos tranquilos —profirió el duque, volviéndose hacia D'Artagnan—. Si los herretes no han partido ya para Francia, no llegarán allá sino después que vos.

—¿Y eso?

—Acabo de embargar todos los buques anclados en este instante en los puertos de su majestad, y ninguno de ellos se atreverá a levar anclas sin una orden expresa mía.

D'Artagnan miró con ojos de estupefacción a aquel hombre que ponía al servicio de sus amores el poder ilimitado de que le revistiera la confianza del rey.

—Sí —repuso Buckingham, que en la cara del mozo leyó lo que este pensaba—, os admira lo que acabo de hacer; pero tened por sabido que Ana de Austria es mi

verdadera reina; a una palabra de ella, vendería yo mi patria, mi rey y mi Dios. Me pidió que no enviara a los protestantes de La Rochelle los socorros que les prometí, y no los he enviado. He sido perjuro, lo sé, pero he obedecido a mi deseo, y he visto pagada con creces mi obediencia; porque a mi obediencia debo el retrato de la soberana.

D'Artagnan vio y admiró de qué frágiles e incógnitos hilos está suspendida, en ocasiones, la suerte de un pueblo y la vida de los hombres.

Enfrascado en tales reflexiones estaba el joven guardia cuando llegó el joyero, un irlandés peritísimo en su arte y que, según decía, la clientela de Buckingham le dejaba todos los años cuatro mil libras esterlinas limpias de polvo y paja.

—Hola, señor O'Reilly —le dijo el duque, conduciéndole al oratorio—, ved estos herretes de diamantes y decidme cuánto vale cada pieza.

El joyero fijó una sola mirada en la elegante forma con que estaban engastados los diamantes, calculó el valor de estos uno con otro y, sin vacilar, respondió:

—Mil quinientas pistolas cada uno, monseñor.

—¿Cuánto tiempo se necesita para labrar dos herretes como estos? Ya veis que faltan dos.

—Ocho días, milord.

—Los pago doble, pero los necesito para pasado mañana.

—Estarán, milord —dijo O'Reilly.

—Valéis tanto oro cuanto pesáis —profirió el duque—; pero todavía no he concluido: como estos herretes no puedo confiarlos a persona alguna, es menester que los dos que faltan los labréis aquí, en mi palacio.

—Es imposible, milord, para que no se note la diferencia entre los nuevos y los viejos debo labrarlos yo mismo.

—Pues estáis preso, mi querido m. O'Reilly; de aquí no salís aun cuando os empeñéis; conque decidíos. Decid qué oficiales os hacen falta, y designad los utensilios que aquellos deben traer consigo.

El joyero, que conocía al duque, y sabía que con él holgaba toda observación, se decidió en el acto.

—¿Me da vuestra gracia licencia para advertir a mi mujer? —preguntó O'Reilly.

—Y también para verla —respondió Buckingham—: no temáis, vuestro cautiverio será suave, y como toda incomodidad requiere una recompensa, ahí va, además del precio de los herretes, esta cédula por mil pistolas, para que olvidéis la molestia que os doy.

D'Artagnan no volvía de su asombro, tal era la sorpresa que le causaba aquel ministro que a manos llenas revolvía hombres y millones.

El joyero escribió a su mujer, remitiéndole la cédula, y rogándole que, a cambio, le enviase su aprendiz más experto, un surtido de diamantes de los que le indicaba el precio y el nombre, y los utensilios tal y tal que le eran necesarios.

Buckingham condujo a O'Reilly a la pieza que le destinara, y que, media hora después, quedó convertida en obrador; luego, puso sendos centinelas a las puertas, con orden de que no dejaran entrar a persona alguna, excepto a Patrice. No necesitamos añadir que al joyero y a su ayudante les estaba absolutamente vedado salir, bajo el pretexto que fuese. Arreglado este extremo, el duque se reunió otra vez con D'Artagnan.

—Ahora —dijo Buckingham al mozo—, Inglaterra está en nuestras manos. ¿Qué queréis? ¿Qué deseáis?

—Una cama —respondió el joven guardia—; por el pronto es lo que más falta me hace.

Buckingham dio a D'Artagnan una pieza contigua a su dormitorio; y es que quería retener junto a sí al mozo, no porque desconfiara de él, sino para tener con quien hablar constantemente de la reina.

Una hora después fue promulgado en Londres el bando por el que se prohibía que saliera de los puertos de Inglaterra, para Francia, buque alguno cargado, ni siquiera los correos. A los ojos de todos, era aquel bando una declaración de guerra entre los dos reinos.

Al día siguiente, a las once de la mañana, los dos herretes estaban acabados, pero imitados con tanta exactitud y tan portentosamente semejantes, que el mismo duque no acertó a diferenciar los nuevos de los antiguos, como no los habrían diferenciado tampoco los más peritos en el arte.

Buckingham hizo llamar inmediatamente a D'Artagnan.

—Aquí están los herretes —le dijo—, y sed vos mismo testigo de que he hecho lo humanamente posible.

—No se perderá por mí, señor —repuso D'Artagnan—: diré lo que he visto, pero ¿me da vuestra gracia los herretes sin el cofrecito?

—El cofrecito os estorbaría; además, es para mí tanto más precioso, cuanto es lo único que de la reina me queda. Ya diréis a su majestad que lo conservo en mi poder.

—Cumpliré al pie de la letra vuestro encargo, milord.

—Y ahora —profirió Buckingham, mirando con fijeza a su interlocutor—, ¿cómo podré pagaros la deuda que para con vos he contraído?

D'Artagnan se puso hecho un ascua, pues conoció que el duque buscaba cómo hacerle aceptar algo, y la idea de que la sangre de sus amigos y la suya iba a serle pagada con oro inglés le repugnaba por manera indecible.

—Entendámonos, milord —replicó el joven guardia—, y pesemos de antemano y concienzudamente los actos para que no haya lugar a equivocaciones. Yo estoy al

servicio de los reyes de Francia y formo en la compañía de guardias de m. Des Essarts, el cual, así como su cuñado el m. de Tréville, es devotísimo de sus majestades. Así pues, cuanto he hecho ha sido en pro de la reina, no de vuestra gracia; más os digo, es probable que yo no hubiera hecho lo que he hecho, si no hubiese sido por ser grato a alguien que es mi dama, como la reina lo es vuestra.

—Entiendo —repuso el duque, sonriendo—, incluso me parece que conozco a la dama a que queréis referiros; es…

—Ved que no la he nombrado, milord —atajó D'Artagnan con viveza.

—Tenéis razón —dijo Buckingham—; así pues, a quien debo agradecer vuestra devoción es a aquella dama.

—Vos lo habéis dicho, milord; porque precisamente ahora que se trató de hacer la guerra, os confieso que en vuestra gracia no vea más que un inglés, y por tanto un enemigo a quien me satisfará mil veces más encontrar en el campo de batalla que no en el parque de Windsor o en los pasillos del Louvre; lo cual, por lo demás, no será óbice para que yo desempeñe puntualmente mi comisión y la lleve a feliz término aun a costa de mi vida. Pero lo repito, sin que vuestra gracia tenga que dármelas por lo que hago por mí en esta segunda entrevista, más que por lo que hice por ella en la primera.

—Nosotros decimos: «Orgulloso como un escocés» —profirió Buckingham.

—Y nosotros, «Arrogante como un gascón». Los gascones son los escoceses de Francia —repuso D'Artagnan, saludando al duque y disponiéndose a partir.

—¡Qué! ¿Así os vais? ¿Por dónde? ¿Cómo?

—Es verdad.

—¡Dios me tenga de su mano! —exclamó Buckingham—, los franceses atropellan por todo.

—Se me olvidaba que Inglaterra es una isla y que vos erais su rey.

—Idos al puerto, preguntad por la corbeta el Sund, y entregad esta carta a su capitán; él os conducirá a un puertecito francés donde verdaderamente no os aguardan, y al que no suelen aportar más que barcas pescadoras.

—¿Cómo se llama el puerto ese?

—Saint-Valery; pero aguardaos: una vez en Saint-Valery, entraréis en una mísera posada que carece de nombre y de muestra, un verdadero tugurio de marineros. No podéis equivocaros, es la única.

—¿Qué más?

—Preguntad por el posadero y decidle «Forward».

—¿Qué quiere decir?

—«Adelante»: es el santo y seña. El posadero os proporcionará un caballo ensillado y os indicará el camino que debéis seguir, en el cual hallaréis cuatro relevos. Si en cada uno de los relevos os place dar las señas de vuestra casa de París, os

seguirán allá los cuatro caballos, dos de los cuales ya los conocéis, y, a mi parecer, los apreciasteis como perito en la materia: son los que vos y yo montamos el otro día; los otros dos no les irán en zaga, os lo aseguro. Los cuatro están equipados para la guerra. El fin justifica los medios, como decís los franceses, ¿no es así?

—Así es, milord; acepto —dijo D'Artagnan—, y si Dios lo permite, haremos buen uso de vuestros presentes.

—Ahora vuestra mano —profirió Buckingham—; puede que antes de poco volvamos a vernos en el campo de batalla; pero, entretanto, espero que nos separaremos como buenos amigos.

—Sí, milord, pero con la esperanza de convertirnos pronto en enemigos —repuso D'Artagnan.

—No temáis, os lo prometo.

—Confío en vuestra palabra, milord.

D'Artagnan saludó al duque, salió apresuradamente y, al llegar frente a la Torre de Londres, encontró el buque designado, y entregó su carta al capitán, que la hizo visar por el gobernador del puerto, y aparejó al punto.

Cincuenta buques estaban aguardando a pique del ancla. Al pasar por el costado de uno de ellos, a D'Artagnan le pareció ver a la dama de Meung, a la misma a quien el incógnito hidalgo apellidara milady y a la que él hallara tan hermosa; pero gracias a la corriente del río y al viento favorable que en aquel momento soplaba, su buque navegaba con tanta rapidez, que al poco se puso fuera del alcance de la vista.

A las nueve de la mañana del día siguiente el Sund ancló en Saint-Valery.

D'Artagnan se encaminó inmediatamente a la posada que le indicara Buckingham, y la conoció en los gritos que de ella salían: estaban hablando, como de un hecho próximo y probable, de la guerra entre Inglaterra y Francia, y los marineros la celebraban alegremente con una francachela.

El mozo se abrió paso entre la multitud, se acercó al posadero y pronunció la palabra Forward. El posadero le hizo inmediatamente seña de que lo siguiera, salió con él por una puerta que daba a un patio, lo condujo a la caballeriza, donde le estaba aguardando un caballo ensillado, y le preguntó si necesitaba algo más.

—Lo único que necesito es conocer el camino que debo seguir —respondió D'Artagnan.

—Primero os dirigiréis a Blangy, y de Blangy a Neufchâtel. Una vez en Neufchâtel, encaminaos a la posada de la Herse d'Or, dad el santo y seña al posadero, y os proporcionará otro caballo ensillado.

—¿Debo algo? —preguntó D'Artagnan.

—Todo está pagado, y generosamente —respondió el posadero—. Marchaos, pues, y que Dios os guíe.

—Amén —repuso el mozo, partiendo al galope, y sin parar hasta Neufchâtel, a donde llegó cuatro horas después.

D'Artagnan siguió puntualmente las instrucciones que recibiera; en Neufchâtel, encontró otra cabalgadura ensillada, y al querer trasladar las pistolas de la silla de que acababa de apearse a la que iba a montar, vio que las pistoleras estaban provistas de pistolas iguales:

—¿Vuestra dirección en París? —le preguntó el posadero.

—Cuartel de los guardias, compañía Des Essarts —respondió D'Artagnan.

—Está bien.

—¿Qué camino debo tomar? —preguntó el mozo.

—El de Rouen; pero dejad la cuidad a vuestra derecha. Al llegar a la aldehuela de Ecouis, deteneos en ella y entrad en su única posada, el Ecu de France. No la juzguéis por su apariencia; en sus caballerizas habrá un caballo que en nada cederá a este.

—¿He de dar el mismo santo y seña?

—El mismo.

—Adiós.

—Feliz viaje, señor; ¿os hace falta cosa alguna? D'Artagnan hizo con la cabeza un movimiento negativo y partió a escape. En Ecouis se repitió la misma escena: el mozo encontró un posadero tan solícito como los anteriores, y un caballo fresco y reposado; dejó su dirección, como ya hiciera antes, y con la misma celeridad salió para Pontoise, donde cambió de montura por última vez, y a las nueve entró a galope tendido en el patio del palacio de Tréville.

En doce horas había recorrido unas sesenta leguas.

M. de Tréville recibió a D'Artagnan como si le hubiese visto aquella mañana misma, solo que le estrechó la mano un poco más efusivamente que de costumbre, le anunció que la compañía de m. Des Essarts estaba de guardia en el Louvre y que él podía ir a ocupar su puesto.

XXII

EL BAILE DE LA MERLAISON

Al día siguiente, en París no se hablaba más que del baile que los señores ediles de la ciudad daban a los reyes, en el cual sus majestades debían danzar el famoso baile de la Merlaison, que era el predilecto de Luis XIII.

En efecto, hacía ocho días que en las casas consistoriales se hacían toda suerte de preparativos para aquel solemne sarao. El carpintero de la ciudad había construido tablados para las damas convidadas; el cerero del municipio, adornado las salas con doscientos blandones de cera blanca, lujo inusitado en aquel tiempo, y por último habían sido contratados veinte violines a doble precio que el ordinario, debido, dice el informe, a que debían pasar toda la noche tocando.

A las diez de la mañana, m. de La Coste, portaestandarte de los guardias del rey, seguido de dos exentos y de un pelotón de arqueros del cuerpo, vino a pedir al escribano de la ciudad, Clément, todas las llaves de las puertas, aposentos y oficinas de las casas consistoriales, llaves que fueron entregadas enseguida, y cada una de ellas provista de un rótulo que indicaba su aplicación. Desde aquel instante, m. de La Coste quedó encargado de la custodia de todas las puertas y pasos. A las once compareció Duhallier, capitán de los guardias, con cincuenta arqueros que fueron a colocarse de centinelas en las puertas que se les designaron. A las tres de la tarde llegaron dos compañías de los guardias, francesa la una y suiza la otra, y la primera compuesta por mitad de soldados de m. de Duhallier y de soldados de m. Des Essarts.

A eso de las seis de la tarde empezaron a llegar los convidados, los cuales, a medida que iban entrando, tomaban sitio en los tablados construidos a tal efecto en la sala grande. A las nueve llegó la primera presidenta y, como después de la reina, era la dama más importante de la fiesta, fue recibida por los ediles y conducida a un palco frontero del que estaba destinado a la soberana. A las diez prepararon la colación de confituras para el rey, en la salita que miraba a la iglesia de Saint-Jean y hacía frente al aparador de plata de la ciudad, custodiado por cuatro arqueros.

Medianoche era por filo cuando resonaron grandes aclamaciones: era el rey, que avanzaba a través de las calles que conducían del Louvre a las casas consistoriales, y que estaban iluminadas con linternas de colores.

Inmediatamente los ediles, envueltos en granallas de paño y precedidos de seis sargentos con sendas antorchas en la mano, se adelantaron a recibir al rey, a quien encontraron en la escalinata, donde el preboste de los mercaderes le estaba dando la bienvenida; cumplido al cual su majestad respondió excusando su tardanza y echando la culpa de ella a Richelieu, que lo retuviera hasta las once para hablar de asuntos del Estado.

Su majestad ostentaba traje de ceremonia e iba acompañado de su alteza real su hermano, del conde de Soissons, el gran prior, los duques de Longueville y de Elbeuf, los condes de Harcourt, de La Roche-Guyon y de Cramail, m. de Liancourt y m. de Baradas, y el caballero de Souveray.

Todos advirtieron que el rey estaba triste y preocupado. En uno de cada dos gabinetes dispuestos respectivamente para el rey y para su alteza real, había disfraces, como los había también en los gabinetes que para Ana de Austria y mm. la presidenta se prepararan. Los señores y las damas del séquito de sus majestades debían vestirse de dos en dos en piezas arregladas a ese propósito.

El rey, antes de entrar en el gabinete, recomendó que le avisaran tan pronto llegara el cardenal.

Media hora después de haber entrado Luis XIII, se oyeron nuevas aclamaciones, anuncio de la llegada de la reina, que fue recibida por los ediles con las mismas ceremonias que lo fuera su esposo.

Ana de Austria entró en la sala, donde todos pudieron ver que, como él rey, estaba, al parecer, triste y, sobre todo, fatigada.

En el instante en que la reina puso los pies en la sala, se abrió la cortina de una pequeña tribuna que hasta entonces permaneciera cerrada, y por ella apareció la pálida cabeza del cardenal, que iba vestido de caballero español. Richelieu fijó los ojos en los de la reina y por sus labios vagó una sonrisa de gozo terrible: Ana de Austria no lucía sus herretes.

La reina empleó algunos instantes en recibir los cumplimientos de los ediles y en contestar a los saludos de las damas.

De improvisó aparecieron a una de las puertas de la sala el rey y el cardenal; el primero, pálido hasta más no poder, escuchaba lo que en voz queda le estaba diciendo su primer ministro.

Luis XIII se abrió paso entre los concurrentes, sin antifaz, con los lazos de su jubón apenas anudados, se acercó a su esposa y le dijo con alterado acento:

—Señora, ¿me haréis la merced de decirme por qué no lucís vuestros herretes de diamantes, cuando os consta que me hubiera halagado veros adornada con ellos?

La reina tendió en torno de sí la mirada, y vio a su espalda al cardenal, que estaba sonriendo diabólicamente.

—Señor —respondió Ana de Austria con voz turbada—, no me los he puesto porque he temido que en medio de tan numerosa concurrencia se me extraviase alguno.

—Pues habéis hecho mal, señora; os los di para que os engalanarais con ellos —repuso el rey con voz trémula de cólera.

Los circunstantes miraban y escuchaban con extrañeza, sin comprender palabra de lo que estaba pasando.

—Señor —profirió la reina—, los herretes los tengo en el Louvre, y puedo enviar por ellos para cumplir los deseos de vuestra majestad.

—Enviad, pues, señora, y cuanto antes mejor, porque dentro de una hora va a empezar el baile.

Ana de Austria se inclinó en señal de sumisión, y siguió a las damas que debían conducirla al gabinete.

El rey, por su parte, se encaminó al suyo.

En la sala reinó por un instante la turbación y la inquietud. Los concurrentes pudieron notar que había pasado algo entre el rey y la reina; pero como estos hablaron en voz sumamente baja, y no hubo quien, por respeto, no se alejara algunos pasos, persona alguna pudo oír palabra.

A más y mejor tocaban los violines, pero lo mismo que si no; no había nadie que los escuchase.

El que primero salió de su gabinete fue el rey, que vestía elegantísimo traje de caza, como, al igual que él, lo vestían su alteza real y los demás señores de su séquito. Era aquel el traje que más bien le sentaba a Luis XIII, que, vestido de tal suerte, verdaderamente parecía el primer grande de su reino.

Richelieu se acercó al rey y le entregó una cajita.

—¿Qué significa eso? —preguntó el soberano al cardenal al abrir el estuche y hallar en él dos herretes de diamantes.

—Nada —respondió Richelieu—; lo único que os digo, señor, es que, si la reina luce los herretes, que lo dudo, os toméis la molestia de contarlos, y si no halláis más que diez, preguntadle quién puede haberle robado los dos que hay en este estuche.

El rey miró al cardenal como para interrogarle; pero no tuvo tiempo de dirigirle pregunta alguna: de todas las bocas acababa de salir un grito de admiración. Si el rey parecía el primer grande de su reino, la reina era sin disputa la mujer más hermosa de Francia. Verdad es que su traje de cazadora le sentaba a las mil maravillas. Ana de Austria ostentaba un sombrero de fieltro con plumas azules, sobretodo de terciopelo color de perla con broches de diamantes, falda de raso azul con recamados de plata, y en su hombro izquierdo brillaban los herretes sostenidos por un lazo del mismo color que las plumas y la falda.

Luis XIII se estremeció de gozo, de cólera el cardenal; con todo eso, uno y otro, a la distancia que de la reina estaban, no podían contar los herretes. Lo positivo, sin embargo, era que la reina los poseía; lo que faltaba saber era si ostentaba doce o únicamente diez.

En ese momento, los violines dieron la señal del baile.

El rey se acercó a la presidenta, con la cual debía danzar, y su alteza real se encaminó al encuentro de la reina.

Cada cual en su sitio, empezó el baile.

El rey estaba enfrente de la reina, y cada vez que pasaba junto a ella devoraba con los ojos los herretes, de los que, con el continuo movimiento de su dueña, no podía echar la cuenta exacta.

Richelieu tenía la frente inundada de helado sudor.

El baile, con sus dieciséis intermedios, duró una hora, y una vez concluido, cada caballero condujo a su dama a su sitio en medio de los aplausos de la sala entera. En cuanto al rey, aprovechándose de su privilegio, dejó a la suya en el sitio en que se hallaba y se acercó con presteza a la reina.

—Gracias, señora, por lo deferente que os habéis mostrado a mis deseos, pero me parece que os faltan dos herretes, y os los traigo —dijo Luis XIII, tendiendo a su esposa los que le entregara el cardenal.

—¡Cómo, señor! —exclamó la reina con bien fingida sorpresa—. ¿Me dais otros dos? Entonces serán catorce.

El rey contó los herretes que lucían en el hombro de su majestad, y halló doce.

—¿Qué significa eso, m. el cardenal? —preguntó con tono severo el rey a Richelieu, a quien mandó a buscar.

—Eso significa, señor —respondió su eminencia—, que siendo mi deseo que su majestad aceptase estos dos herretes, y no atreviéndome a ofrecérselos en persona, he recurrido a este expediente.

—Y de ello estoy tanto más agradecida a vuestra eminencia —repuso la reina con una sonrisa que demostraba que no se dejaba engañar por aquella ingeniosa galantería—, cuanto estoy segura de que estos dos herretes os cuestan lo que los otros doce a su majestad.

Tras estas palabras, Ana de Austria saludó al rey y al cardenal, y se volvió al aposento donde se vistiera y en el que debía mudar de traje.

La atención que al principio de este capítulo nos hemos visto obligados a prestar a los ilustres personajes que en él hemos introducido, nos ha hecho desviarla por un instante de aquel a quien Ana de Austria debía el inusitado triunfo que acababa de conseguir sobre Richelieu, y que, confundido, ignorado, perdido entre la muchedumbre apiñada a una de las puertas, contemplaba desde allí la escena que

hemos descrito, únicamente comprensible para cuatro personas, el rey, la reina, el cardenal y él.

La reina acababa de entrar en su aposento, y D'Artagnan se disponía a retirarse, cuando sintió un golpecito en el hombro, se volvió y vio a una joven que le hacía seña de que la siguiese. La joven llevaba máscara de terciopelo negro, pero a pesar de esta precaución, que, de otra parte, más la tomara aquella para los demás que no para el mozo, este conoció inmediatamente a su guía habitual, a la decidida y aguda mercera.

El día anterior apenas habían tenido tiempo de verse en casa del suizo Germain, para donde D'Artagnan citara a mm. Bonacieux. La prisa que esta tenía de trasmitir a su soberana la plausible nueva hizo que los dos amantes no cruzaran más que contadas palabras.

D'Artagnan siguió, pues, a la mercera, movido por dos sentimientos, el del amor y el de la curiosidad.

Durante todo el camino, y a medida que los pasillos iban siendo más desiertos, nuestro gascón quiso detener a mm. Bonacieux, cogerla y contemplarla no fuera más que por un segundo; pero aquella se le deslizaba de las manos con la viveza del pájaro, y cada vez que su acompañante intentaba hablar, se llevaba un dedo a los labios y, con ademán imperativo y gracioso, le hacía presente que estaba bajo el imperio de un poder al cual debía ciega obediencia.

Por fin, y tras haber dado vueltas y revueltas por espacio de uno o dos minutos, la joven abrió una puerta e introdujo a D'Artagnan en un gabinete oscuro y, después de hacerle nuevamente seña de que no profiriese palabra, abrió otra puerta escondida tras la tapicería, cuyas aberturas desparramaron de improviso una luz vivísima, y desapareció.

D'Artagnan quedó por un instante inmóvil y buscando en su imaginación qué sitio podía ser aquel a donde lo condujeran, cuando, de pronto, una ráfaga de luz que penetró desde la pieza contigua, el ambiente tibio y perfumado que hasta él llegaba, la conversación de dos o tres mujeres, un lenguaje a la vez respetuoso y florido, y el vocablo majestad proferido muchas veces, le indicaron claramente que se hallaba en un gabinete contiguo al de Ana de Austria.

D'Artagnan se mantuvo en la penumbra y aguardó.

La reina parecía estar gozosa, lo cual se hubiera dicho que admiraba grandemente a las personas que la rodeaban, tanto más cuanto estas estaban acostumbradas a verla casi incesantemente desasosegada.

Ana de Austria atribuía su gozo a la hermosura de la fiesta, al gusto que le diera el baile, y como no está permitido contradecir a una reina, ya se sonría o bien llore, todas ponderaban la galantería de los ediles de París.

D'Artagnan, por más que no conocía a la reina, pronto distinguió la voz de esta, entre las demás voces, primero en un ligerísimo dejo extranjero, y luego en el tono de dominación naturalmente impreso en todas las palabras soberanas.

El mozo la oía acercarse y alejarse, y aun por dos o tres veces vio como interceptaba la luz la sombra de un cuerpo.

Por fin pasaron de improviso a través de las colgaduras una mano y un brazo adorables por su forma y su blancura, y D'Artagnan, comprendiendo que aquello era su recompensa, hincó una rodilla en tierra, cogió aquella mano e imprimió en ella un respetuoso beso; luego la mano se retiró, dejando en las del mozo una sortija.

Inmediatamente después se cerró la puerta, y D'Artagnan volvió a quedar en las tinieblas.

Nuestro gascón se puso en el dedo la sortija y esperó de nuevo, pues era evidente que no todo había concluido aún. Después de la recompensa de su abnegación debía venir la de su amor.

Por otra parte, y por más que hubiese terminado el baile, la fiesta apenas había empezado, pues la cena estaba señalada para las tres y el reloj de Saint-Jean había dado, no hacía mucho, las tres menos cuarto.

Poco a poco fue disminuyendo el rumor de voces en el aposento contiguo, hasta que se alejó por completo, y finalmente entró mm. Bonacieux en el gabinete en que D'Artagnan estaba.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el mozo.

—¡Silencio! —profirió la mercera, tapando con una de sus manos la boca del joven guardia—; silencio y volveos por donde habéis venido.

—Pero ¿dónde y cuándo volveré a veros? —repuso D'Artagnan.

—Os lo dirá un billete que encontraréis en vuestra casa.

¡Idos! ¡Idos!

Al proferir estas palabras, mm. Bonacieux abrió la puerta del pasillo y empujó a D'Artagnan fuera del gabinete.

D'Artagnan obedeció como un niño, sin oponer la más leve resistencia ni hacer objeción alguna, lo cual prueba que estaba realmente enamorado.

XXIII

LA CITA

En un salto alcanzó su casa el joven gascón, y aunque eran más de las tres de la madrugada y debió atravesar los peores barrios de París, no tuvo ningún mal encuentro; que ya es sabido que hay un dios para los beodos y para los enamorados.

D'Artagnan halló entornada la puerta del pasillo, subió las escaleras y llamó suavemente y de una manera convenida entre él y su lacayo.

Planchet, a quien había despedido dos horas antes de las casas consistoriales, encargándole que lo aguardase, abrió la puerta.

—¿Han traído carta para mí? —preguntó D'Artagnan con viveza.

—Hay una, pero ha venido por sí sola —respondió Planchet.

—¿Qué quieres decir, mentecato?

—Quiero decir que al venirme, y por más que yo traía en la faltriquera la llave del piso y nadie me la hubiese quitado, lo primero que he visto ha sido una carta sobre el tapete verde de la mesa de vuestro dormitorio.

—¿Dónde está la carta esa?

—En el mismo sitio donde la he hallado. No es natural que las cartas entren de esta suerte en las casas. Si la ventana hubiese estado abierta, o entreabierta, aún; pero todo estaba herméticamente cerrado. Idos con tiento, mi amo, porque el lance me huele a cosa de magia.

D'Artagnan entró disparado en su dormitorio y abrió la carta, que era de la mercera y decía así:

Hay quien tiene que daros y trasmitiros las más encarecidas gracias. Hallaos esta noche a las diez en Saint-Cloud, frente al pabellón que forma la esquina de la casa de m. de Estrées.

C. B.

Al leer esta carta, a D'Artagnan se le dilató y se le encogió el corazón con el suave espasmo que atormenta y acaricia al de los amantes. Era, aquel, el primer billete que el mozo recibía, aquella la cita primera que le otorgaban; así es que, casi sofocado por la embriaguez de la alegría, a poco estuvo de perder el aliento a la puerta del paraíso terrenal que llamamos amor.

—¿Verdad que he adivinado, señor mi amo, que se trata de un asunto desagradable? —dijo Planchet, al ver que a D'Artagnan un color se le iba y otro se le venía.

—Te engañas —respondió el gascón—, y en prueba de ello, ahí va un escudo para que bebas a mi salud.

—Gracias, señor, os prometo seguir puntualmente el consejo, pero eso no quita que las cartas que de esta suerte entran en las casas cerradas…

—Caigan del cielo, amigo mío.

—Entonces ¿estáis contento, mi amo?

—Soy el hombre más dichoso del mundo.

—Y decidme, ¿puedo aprovechar vuestra dicha para ir a acostarme?

—Ve.

—Dios derrame sobre vuestra merced todas sus bendiciones; pero lo que es la carta esa… —dijo Planchet, moviendo la cabeza a uno y otro lado con ademán de duda que la liberalidad de su amo no había conseguido desvanecer del todo.

Una vez a solas, D'Artagnan leyó y releyó el billete, besó y volvió a besar aquellas líneas trazadas por su hermosa amante, y por último se acostó y soñó ángeles y serafines.

El joven guardia se levantó a las siete de la mañana y llamó a Planchet, el cual, al segundo llamamiento, abrió la puerta y se presentó a su amo con el rostro del que todavía no se había borrado completamente la huella de sus zozobras de la víspera.

—Oye —dijo D'Artagnan a su criado—, salgo para no volver quizás en todo el día; por lo tanto, eres libre hasta las siete de la tarde; pero a las siete estate preparado con dos caballos.

—Por lo que se ve —repuso Planchet—, vamos otra vez a que nos pongan el cuerpo como una criba.

—Te pertrecharás con tu mosquetón y tus pistolas.

—¿No lo dije? —exclamó Planchet—. Esta ya me la tenía yo tragada; ¡maldita carta!

—Nada temas, botarate, no se trata más que de una partida de campo.

—Sí, como el viaje de recreo del otro día, en que las balas llovían como granizo y brotaban abrojos por todas partes.

—¡Será posible! ¿Acaso tienes miedo? —repuso D'Artagnan—; en este caso, me voy sin ti; prefiero viajar solo a llevar conmigo un cobarde.

—Me estáis injuriando, señor —dijo Planchet—, tanto más cuanto me habéis visto cumplir como bueno.

—Es verdad, pero no sé por qué se me antoja que gastaste de una vez todo tu valor.

—Cuando llegue la ocasión, mi amo verá si todavía me queda o no me queda; lo único que ruego a mi amo es que no lo prodigue en demasía, si quiere que me quede para mucho tiempo.

—¿Crees que tienes aún bastante como para gastar un poquito esta noche?

—Tal espero.

—Pues cuento contigo.

—A las siete estaré preparado; pero yo creí que vuestra merced no tenía más que un caballo en las caballerizas de los guardias.

—Quizás a estas horas todavía no haya más que uno, pero a las siete de la tarde habrá cuatro.

—Cualquiera diría que vamos a emprender un viaje de remonta.

—Lo has adivinado —dijo D'Artagnan, haciendo a Planchet una última señal de recomendación y marchándose.

El mercero estaba a la puerta de su casa, y aunque la intención de nuestro mozo era pasar de largo, le saludó aquel con ademán tan cariñoso y benigno, que D'Artagnan no pudo menos de corresponderle y aun de entablar conversación con él.

Por otra parte, ¿cómo no mostrarse un poco condescendiente con un marido cuya mujer le ha citado a uno para aquella noche misma en Saint-Cloud, frente al pabellón del m. de Estrées? D'Artagnan se acercó, pues, a Bonacieux con el rostro más amable.

La conversación recayó, como es de imaginar, sobre la prisión del pobre hombre. El mercero, que ignoraba que D'Artagnan hubiese oído lo que él y el fulano de Meung hablaran en aquel mismo aposento, refirió a su joven inquilino las persecuciones de las que fuera víctima por parte de aquel monstruo llamado Laffemas, al cual no cesó de calificar, durante su relato, de verdugo del cardenal, y se extendió largamente sobre la Bastille, los cerrojos, los postigos, los tragaluces y los instrumentos de tortura.

—¿Y sabéis vos quién arrebató a vuestra esposa? —preguntó D'Artagnan después de haber escuchado con ejemplar complacencia a su interlocutor—; os lo pregunto porque no olvido que a tan desagradable circunstancia debo la ventura de conoceros.

—¡Ah! —exclamó m. Bonacieux—, se han guardado mucho de decírmelo, y por su parte mi mujer me ha afirmado bajo juramento que no lo sabía. Pero ¿y vos? —continuó el mercero con acento de sencillez admirable—, ¿qué ha sido de vos durante esos días? Mucho hace que no os he visto ni a vos ni a vuestros amigos, y opino que no habéis recogido en las calles de París todo el polvo que Planchet estaba ayer quitando a vuestras botas.

—Decís bien, mi querido m. Bonacieux, mis amigos y yo hemos hecho un pequeño viaje.

—¿Muy lejos de aquí?

—Unas cuarenta leguas tan sólo: fuimos a acompañar a Athos a los baños de Forges, donde se han quedado mis amigos.

—Y vos habéis regresado, ¿no es eso? —repuso el mercero, imprimiendo en su fisonomía un gesto de lo más malicioso—. Un mozo apuesto cual vos no obtiene largas licencias de su amante. ¿Conque os estaban aguardando con impaciencia en París?

—Por mi vida que sí —respondió D'Artagnan, riéndose—; y os lo declaro con tanto más gusto, cuanto veo que nada se os esconde. Sí, me estaban aguardando con suma impaciencia, os lo garantizo.

—Y por supuesto vais a recibir la recompensa de vuestra diligencia —profirió el mercero, por la frente del cual pasó una nube en la que D'Artagnan no reparó, y con voz ligeramente trémula, en la que tampoco se fijó el mozo.

—¡Ah, hipocritón! —dijo D'Artagnan, riéndose.

—No, únicamente os he dirigido tal pregunta para saber si regresaríais tarde —profirió el mercero.

—¿Y eso? —repuso D'Artagnan—; ¿os proponéis aguardarme?

—No; lo que hay es que desde que me pusieron preso y después del robo cometido en mi casa, cada vez que oigo abrir la puerta, sobre todo de noche, se me eriza el cabello. ¡Qué le haremos! No soy hombre de armas tomar.

—Pues no os asuste si me recojo a la una, a las dos o las tres de la madrugada, y si no me recojo, tampoco.

Ahora Bonacieux se puso tan pálido, que D'Artagnan, que no pudo menos que advertirlo, le preguntó qué le pasaba.

—Nada —respondió el mercero—, padezco desfallecimientos que me asaltan prontamente, y acabo de sentir un escalofrío. No paréis la atención en esto, vos que no tenéis que ocuparos más que en ser dichoso.

—Pues lo soy, estoy ocupado.

—No os vayáis todavía; me habéis dicho que hasta esta noche…

—Ya llegará la noche, no temáis; y puede que vos la aguardéis con tanta impaciencia como yo, pues quizá mm. Bonacieux visite el domicilio conyugal.

—Mi mujer no tiene libre esta noche —repuso el mercero con voz grave—; el servicio la retiene en el Louvre.

—Peor para vos, mi querido casero; siendo como soy dichoso, querría que también lo fuese todo el mundo; pero esto, al parecer, es imposible.

Y D'Artagnan se alejó, riéndose estrepitosamente de la broma, que solo él, a su ver, comprendía.

—¡Divertíos mucho! —respondió Bonacieux con voz sepulcral.

Pero D'Artagnan estaba ya demasiado lejos para oírle, y aunque le hubiese oído, es seguro que, dada la disposición de su espíritu, no lo habría notado.

Nuestro gascón se encaminó al palacio de m. de Tréville, a quien hiciera, el día antes, una visita muy corta y muy poco explicativa.

M. de Tréville estaba henchido de gozo; y es que Luis XIII y Ana de Austria le habían colmado de atenciones en el baile, del que aquellos no se retiraron hasta las seis de la mañana.

—Ahora —dijo el capitán de mosqueteros, bajando la voz e interrogando con la mirada los rincones del aposento para cerciorarse de que no había allí más que él y su interlocutor—, hablemos de vos, mi joven amigo: porque es evidente que vuestro feliz regreso ha contribuido poco o mucho a la alegría del rey, al triunfo de la reina y a la humillación del cardenal, y es menester que andéis con pies de plomo.

—¡Qué! —respondió D'Artagnan—, ¿debo temer algo mientras me quepa la ventura de gozar del favor de sus majestades?

—Todo, y yo soy quien os lo digo —repuso Tréville—. El cardenal no es hombre que olvide un chasco hasta que no haya ajustado sus cuentas con el burlador, que me parece a mí que no es otro que cierto gascón que yo me sé.

—¿Y vos creéis que el cardenal está tan al tanto como vos y sabe que soy yo quien he estado en Londres?

—¡Diantre! ¿En Londres habéis estado? ¿Y de allí habéis traído ese hermoso diamante que brilla en vuestro dedo? Idos con tiento, mi querido D'Artagnan, mirad que suele acarrear disgustos todo regalo que proviene de manos de un enemigo. Me parece que sobre el particular hay un verso latino que dice… dice… ¡Caramba!, lo tengo en el pico de la lengua…

—Sí hay uno, desde luego —repuso D'Artagnan, que en su vida lograra comprender las primeras nociones de la lengua latina, y que, por su ignorancia, había sido la desesperación de su maestro.

—Hay uno seguro —profirió Tréville, que tenía un barniz literario—, y por cierto que el otro día me citó m. de la Benserade… ¡Ah!, ya lo recuerdo: «… Timeo danaos et dona ferentes». Que quiere decir: «Desconfiad de los enemigos que os hagan presentes».

—Este diamante no me lo ha dado un enemigo, sino la reina —dijo D'Artagnan.

—¡La reina! ¡Oh! ¡Oh! —repuso Tréville—. Efectivamente es una joya regia, que vale, por lo menos, mil pistolas.

¿Y por conducto de quién os ha hecho este presente la reina?

—Me lo dio ella misma.

—¿Dónde?

—En el gabinete contiguo al aposento donde mudó de tocado.

—¿Cómo?

—Dándome a besar la mano.

—¡Qué! ¿Vos habéis besado la mano a la reina? —exclamó Tréville mirando al mozo.

—Su majestad me ha hecho la honra de concederme esta gracia.

—¿En presencia de testigos? ¡Qué imprudencia!

—Tranquilizaos, señor, no lo vio persona alguna —profirió D'Artagnan, que contó enseguida al capitán de los mosqueteros lo que había pasado.

—¡Oh! ¡Las mujeres! ¡Las mujeres! —exclamó el veterano—, las conozco en su imaginación exaltada; todo lo que huele a misterio las hechiza. Así pues, habéis visto el brazo de la reina, y nada más, y si la encontraseis, no la conoceríais, como ella no os conocería a vos si os viera.

—No, pero gracias a este diamante… —repuso D'Artagnan.

—¿Queréis que os dé un consejo de amigo?

—Me honraréis grandemente.

—Pues bien, entrad en casa de cualquier joyero y vendédselo por el dinero que os dé por él; por logrero que sea os entregará a cambio de esa joya ochocientas pistolas, por lo menos. Las pistolas no tienen nombre, amigo mío, y esa sortija lo tiene, y tan terrible, que puede perder al que la ostente.

—¡Vender esta sortija! ¡Una sortija que proviene de mi soberana! ¡Nunca! —exclamó D'Artagnan.

—Entonces volved el engarce hacia el interior de la mano, locuelo, porque todo el mundo sabe que un cadete de Gascuña no halla tales alhajas en el escriño de su madre.

—Entonces ¿estimáis que he de temer algo? —preguntó el mozo.

—Tanto, que el que se duerme sobre una mina cuya mecha está alumbrada debe sentirse seguro en comparación con vos.

—¡Diantre! —repuso D'Artagnan—, la convicción con que habláis empieza a ponerme inquieto; ¿qué hay que hacer?

—Estar siempre y principalmente ojo avizor. El cardenal tiene la memoria tenaz y la mano larga; creedme, os jugará una mala pasada.

—Pero ¿cuál?

—¿Qué sé yo? ¿Acaso no tiene a su servicio todas las astucias del demonio? Lo menos que puede sucederos es que os prendan.

—¡Cómo! ¿Se atreverían a reducir a prisión a un hombre que sirve a su majestad?

—¡Pardiez! ¡No anduvieron con cumplidos con Athos! Como quiera que sea, creedme a mí, que hace treinta años que vivo en la corte: no os durmáis en vuestra confianza, o estáis perdido. Al contrario, ved enemigos en todas partes. Si os buscan quimera, evitadla, aunque sea un niño de diez años quien os la busque; si os atacan, sea de noche o de día, batíos en retirada y sin temor al oprobio; si cruzáis un puente,

tantead las tablas, para que no se hundan bajo vuestros pies; si pasáis por delante de un edificio en construcción, mirad hacia arriba para que no os caiga una piedra en la cabeza; si os recogéis a deshora, que os siga vuestro lacayo, si lo tenéis, y que vaya armado. Desconfiad de todo el mundo, sea hermano, amigo o amante, sobre todo de vuestra amante.

—¡De mi amante! —repitió D'Artagnan maquinalmente y sonrojándose—; ¿y por qué de ella con preferencia a otra persona?

—Porque la amante es uno de los medios predilectos del cardenal; no los tiene más expeditivos: una mujer vende a un hombre por diez pistolas, y sino ahí está Dalila, que no me dejará mentir. ¿Conocéis la Sagrada Escritura, vos?

D'Artagnan pensó en la cita que le diera mm. Bonacieux para aquella noche misma; pero en elogio de nuestro héroe, nos cumple decir que la mala opinión que su interlocutor tenía de las mujeres en general no le infundió la más leve sospecha contra su hermosa casera.

—Y ahora que recuerdo —exclamó m. de Tréville—, ¿qué ha sido de vuestros tres compañeros?

—Iba yo a preguntaros si sabíais algo de ellos.

—Nada absolutamente.

—Pues sí, los dejé en el camino: a Porthos en Chantilly, liado a estocadas con no sé quién; a Aramis en Crèvecœur, con una bala en un hombro, y a Athos en Amiens, con una acusación de monedero falso sobre el cuerpo.

—¿Lo veis? —exclamó Tréville—; pero, y vos, ¿cómo escapasteis?

—Por milagro, señor, con una estocada en el pecho, y clavando a m. el conde de Wardes como una mariposa en una colgadura, en la cuneta de la carretera de Calais.

—¿Lo veis? —repitió el capitán de los mosqueteros—; el conde de Wardes es primo de Rochefort y secuaz del cardenal. Pero se me ocurre una idea.

—Decid, señor.

—Yo en vuestro lugar haría una cosa.

—¿Cuál?

—Mientras que su eminencia me haría buscar por la ciudad, yo, a cencerros tapados, tomaría nuevamente el camino de Picardie a ver qué nuevas hay de mis tres amigos. ¡Qué diablos! Bien merecen aquellos esta atención de vuestra parte.

—Bueno es el consejo, señor, y mañana sin falta partiré.

—¿Y por qué no esta noche?

—Porque me retiene en París un asunto ineludible.

—¡Ah! ¡Joven! ¡Joven! ¿Algún amorcillo? Os repito que os andéis con tiento; la mujer es, ha sido y será siempre causa de la perdición de los hombres. Creedme, partid esta noche.

—Es imposible, señor.

—¿Habéis empeñado vuestra palabra?

—Sí, señor.

—Eso es distinto; pero prometedme que si esta noche no os matan, partiréis mañana.

—Palabra.

—¿Necesitáis dinero?

—Todavía poseo cincuenta pistolas, que es, a mi ver, cuanto me hace falta.

—¿Y vuestros amigos?

—Supongo que tampoco andarán necesitados de dinero, pues al salir de París llevábamos cada uno de nosotros setenta y cinco pistolas en el bolsillo.

—¿Os veré de nuevo antes que partáis?

—Me parece que no, a no ser que ocurran novedades.

—Entonces, feliz viaje, amigo mío.

—Gracias, señor —dijo D'Artagnan, despidiéndose de Tréville, y conmovido como nunca por la solicitud paternal de este para con sus mosqueteros.

El mozo pasó sucesivamente por los domicilios de Athos, Porthos y Aramis, ninguno de los cuales había regresado, como tampoco sus lacayos, ni se tenían noticias de unos ni de otros.

D'Artagnan hubiera tomado informes de sus amigos en casa de sus respectivas amantes, pero no conocía la de Porthos, ni la de Aramis, y Athos no tenía.

Al pasar por delante del cuartel de los guardias, el mozo lanzó una mirada a las caballerizas, y vio que de cuatro caballos tres estaban ya arrendados al pesebre.

Planchet, que, hecho un páparo, estaba almohazando ya el tercero, al ver a D'Artagnan, exclamó:

—¡Ah!, señor, ¡cuánto me alegro de veros!

—¿Y eso? —el mozo.

—¿Tenéis confianza en vuestro casero?

—Ninguna.

—Hacéis bien, señor.

—¿A qué obedece esta pregunta?

—Obedece a que mientras vos estabais hablando con él, yo os observaba sin escucharos. Pues bien, el rostro de vuestro casero ha mudado dos o tres veces de color.

—¡Bah!

—Vos no lo habéis advertido, preocupado como estabais con la carta que acababais de recibir; pero yo, que estaba sobre aviso por el extraño modo como llegara la carta aquella, no he perdido un movimiento de su fisonomía.

—¿Y su fisonomía te ha parecido?

—Alevosa.

—¿De veras?

—Además, en cuanto vos os habéis despedido de él y doblado la esquina, ha cogido su sombrero, cerrado la puerta y echado a correr por la calle opuesta.

—En verdad, tienes razón, Planchet, todo eso es muy sospechoso; pero no temas, no le pagaremos el alquiler hasta que no lo veamos claro.

—Mi amo se burla, pero ya verá.

—Qué le haremos, Planchet, lo que ha de ser está escrito.

—Entonces ¿no renunciáis al paseo de esta noche, señor?

—Al contrario, tengo tanto más empeño en comparecer a la cita que me ha dado la carta que en tal zozobra te ha puesto, cuanto mayor es la tirria que le profeso a m. Bonacieux.

—Si mi amo está resuelto…

—Por manera inquebrantable, amigo mío; así pues, a las nueve, aguárdame aquí, preparado para seguirme.

Planchet, al ver que no había esperanza de hacer que su amo renunciara a su proyecto, lanzó un profundo suspiro y se puso a almohazar el tercer caballo.

En cuanto a D'Artagnan, como era esencialmente cauto, en lugar de encaminarse a su casa se fue a comer a la de aquel cura gascón que, en los días de apuro de los cuatro amigos, le había dado un almuerzo de chocolate.

XXIV

EL PABELLÓN

D'Artagnan llegó a las nueve al cuartel de los guardias, donde encontró a Planchet alerta y armado de un mosquetón y una pistola.

En las caballerizas estaba ya la cuarta cabalgadura. D'Artagnan, que ceñía espada, se puso al cinto un par de pistolas, y luego él y Planchet montaron sendos caballos y partieron silenciosamente en medio de las tinieblas de la noche y sin ser vistos.

Planchet siguió a su amo a la distancia de unos ocho o diez metros, sin que la acortara lo más mínimo mientras estuvieron en la ciudad; pero tan pronto el camino se hizo más desierto y oscuro, fue acercándose poco a poco hasta que a la entrada del bosque de Boulogne se encontró junto a su amo. En efecto, debemos no callar que la oscilación de los árboles y la luz de la luna en los sombríos sotos le causaban una vivísima inquietud.

—¿Qué hay, Planchet? —preguntó D'Artagnan, que advirtió que a aquel le pasaba algo extraordinario.

—¿No os parece, señor, que los bosques son como las iglesias?

—¿Por qué?

—Porque uno no se atreve a hablar en alta voz ni en los unos ni en las otras.

—¿Y por qué no te atreves tú a hablar en alta voz, porque tienes miedo?

—De que nos oigan, sí, señor.

—¡De que nos oigan! Pero si nuestra conversación es moral, y nadie hallaría pero en ella.

—¡Ah!, señor —repuso Planchet, volviendo a su idea fundamental—, ese m. Bonacieux tiene en sus cejas y en las comisuras de sus labios no sé qué de marrajo y desagradable.

—¿Qué diablos te hace pensar en m. Bonacieux?

—Señor, uno piensa en lo que puede, no en lo que quiere.

—Porque eres un cobarde.

—Señor, no confundamos la prudencia con la cobardía; la prudencia es una virtud.

—Y tú eres virtuoso, ¿no es así?

—¿No es el cañón de un mosquete lo que brilla allá abajo, mi amo? Bajemos la cabeza.

—Al final —murmuró D'Artagnan, sacando su caballo al trote y refrescándosele en la memoria las recomendaciones de m. de Tréville—; al final, ese bruto acabará por infundirme miedo.

—Decidme, mi amo —preguntó Planchet, siguiendo el movimiento de D'Artagnan con la misma exactitud que si hubiese sido la sombra del mozo—, ¿acaso vamos a marchar de esta suerte toda la noche?

—No, porque tú ya has llegado.

—¡Que yo he llegado! ¿Y vos, señor?

—Yo voy todavía un poco más allá.

—¿Y me dejáis solo aquí?

—¡Ah!, Planchet, tú tienes miedo.

—Os juro que no; lo que hay es que la noche va a ser muy fría, y el frío da romadizos, y un lacayo romadizado es un mal servidor, principalmente para un amo tan despierto como vos.

—Pues bien —repuso D'Artagnan—, si tienes frío, entra en uno de los figones que ves allá abajo, y mañana a las seis me aguardas en la puerta.

—Señor, me he comido y bebido respetuosamente el escudo que me habéis dado esta mañana, y no me queda un maldito sueldo por si me asalta el frío.

—Ahí va media pistola, y hasta mañana —dijo D'Artagnan, apeándose, echando las riendas de su cabalgadura sobre el brazo de Planchet y alejándose con rapidez mientras se envolvía en su capa.

—¡Brrú! ¡Qué frío! —exclamó Planchet en cuanto hubo perdido de vista a su amo.

Y anheloso de calentarse, el lacayo fue apresuradamente a llamar a la puerta de una casa adornada con todos los atributos de un figón de las afueras.

Entretanto, D'Artagnan, que se internara en un atajo, continuaba adelante y llegaba a Saint-Cloud; pero en vez de seguir la calle mayor, pasó por detrás del palacio, entró en una callejuela muy apartada, y enseguida se encontró frente al pabellón de marras, que por cierto se alzaba en sitio completamente solitario. El pabellón formaba esquina, y de él partían, por la parte de la callejuela, un extenso muro, y por la parte opuesta, un seto que defendía de los viandantes un huertecito al extremo del cual se alzaba una cabaña.

D'Artagnan había llegado al lugar de la cita, y como no le dijeran que anunciase con señal alguna su presencia, aguardó.

No parecía sino que aquel sitio estaba a cien leguas de la capital, tal era el silencio que en él reinaba.

D'Artagnan, después de haber lanzado tras de sí una mirada, se acercó al seto, y a través de él estudió el terreno con ojos escudriñadores. Más allá del huerto y de la cabaña, una niebla oscura envolvía la inmensidad en que duerme París, cuenca

anchurosa en que brillaban algunos puntos luminosos, fúnebres estrellas de aquel infierno.

Sin embargo, a D'Artagnan todo se le presentaba bajo formas seductoras, todas las ideas le sonreían, y aun las tinieblas se le antojaron trasparentes; y es que dentro de poco iba a sonar la hora de la cita.

Efectivamente, segundos después partieron con lentitud diez campanadas de la ancha y mugiente boca del reloj de Saint-Cloud.

Aquella voz de bronce que se lamentaba de tal suerte en medio de la negrura tenía algo de lúgubre; sin embargo, cada una de aquellas horas, que en conjunto componían la hora esperada, vibró armoniosamente en el corazón del mozo, que tenía los ojos clavados en el pabelloncito que formaba la esquina del muro y del que estaban cerradas con postigos todas las ventanas, excepto una del primer piso.

A través de la ventana abierta brillaba una suave luz que plateaba el trémulo follaje de dos o tres tilos que se alzaban fuera del parque. Evidentemente, detrás de aquella ventanica tan graciosamente alumbrada estaba aguardando la mercera.

Mecido por tan grato pensamiento, D'Artagnan esperó todavía media hora sin impaciencia, con la mirada fija en aquella pequeña y hechicera mansión de la que él veía parte de las doradas molduras del techo, nuncio de la elegancia del resto de la habitación.

En el reloj de Saint-Cloud sonaron las diez y media.

En aquel momento, D'Artagnan, sin explicarse la causa, se estremeció. Quizás empezaba a apoderarse de él el frío y tomaba por una impresión moral lo que no era más que una sensación puramente física.

Luego, al mozo se le ocurrió que había leído mal, y que la cita no era para las diez, sino para las once. Para cerciorarse de ello se acercó a la ventana de modo que le diera la luz, sacó de su faltriquera la carta, y volvió a leerla; no se había equivocado: la cita era realmente para las diez.

D'Artagnan, ya desasosegado por aquel silencio y aquella soledad, se volvió a su acechadero, y al sonar las once empezó a temer verdaderamente que a mm. Bonacieux no le hubiese sucedido algún percance.

El mozo dio tres palmadas, señal común de los enamorados, y al ver que persona alguna le respondía, ni siquiera el eco, no sin despecho pensó que tal vez la joven se había dormido aguardándole.

Entonces D'Artagnan se acercó al muro e intentó encaramarse a él, pero como el muro estaba recién enjalbegado, el esperador se retorció inútilmente las uñas.

En esto nuestro gascón descubrió los árboles, de los que la luz continuaba argentando las hojas, y como uno de ellos tendía sus ramas por encima del camino, aquel tuvo por cierto que desde una de las ramas le sería fácil mirar dentro del pabellón.

El árbol no ofrecía dificultad; por otra parte, D'Artagnan tenía veinte años no cumplidos, y por consiguiente se acordaba de sus travesuras de muchacho. Lo cual quiere decir que en un santiamén estuvo en medio de las ramas, y que una vez encaramado en ellas buceó con sus ojos el interior del pabellón a través de los trasparentes cristales de la ventana. D'Artagnan se estremeció de pies a cabeza: aquella luz suave, aquella lámpara tranquila, alumbraba una escena de desorden espantosa; uno de los cristales de la ventana estaba roto, la puerta del aposento hundida y, medio astillada, pendía de sus goznes; se veía una mesa derribada por el suelo que debía de haber estado cubierta con delicada cena; por todas partes estaban sembrados fragmentos de frascos y frutas aplastadas: testimonio evidente de que aquel aposento había sido teatro de una lucha violenta y desesperada.

D'Artagnan, a quien le pareció ver también, en medio de aquella extraña confusión, trozos de vestido y algunas manchas de sangre en los manteles y colgaduras, bajó apresuradamente del árbol y, pábulo de conmoción tremenda, quería ver si encontraba otras huellas de violencia.

Al tenue resplandor de la lámpara, que seguía brillando en medio de la quietud de la noche, D'Artagnan reparó en lo que primeramente no viera por la sencilla razón de que nada le excitara a tal examen: en el suelo, trillado acá, y acullá cuajado de pequeños hoyos, se veían huellas confusas de pisadas de hombres y caballos; además, un coche, que al parecer procedía de París, había abierto en la reblandecida tierra profundísimas rodadas que no iban más allá del pabellón y tomaban nuevamente la dirección de la capital.

Prosiguiendo sus investigaciones, D'Artagnan dio por fin, junto al muro, con un guante de mujer desgarrado. Aun así, aquel guante era de una frescura irreprochable allí donde no había tocado la cenagosa tierra; era uno de esos guantes perfumados que los amantes se complacen en quitarlos de una mano linda.

A medida que el mozo proseguía sus investigaciones, por la frente le corría un sudor más copioso y más frío, sentía el pecho oprimido por una terrible angustia, y por momentos su respiración se hacía más jadeante.

Sin embargo, D'Artagnan, para tranquilizarse, quería darse a entender que aquel pabellón nada tenía de común con mm. Bonacieux; que esta le había citado delante del pabellón, no dentro de él, y que la habían detenido en París atenciones del servicio o los celos de su marido.

Pero todos esos razonamientos se derrumbaban pulverizados, batidos en brecha por ese presentimiento doloroso que en ciertas circunstancias se apodera de nuestro ser y nos grita, por boca de todos los órganos que en nosotros están destinados a comprender, que encima de nuestra cabeza se cierne una gran desventura.

Entonces D'Artagnan, casi fuera de juicio, echó a correr por la carretera, tomó hacia el camino que al venir, avanzó hasta la barca, e interrogó al barquero.

Este le dijo que a las siete de la tarde había trasladado de una a otra orilla a una mujer tapada y que, al parecer, tenía vivo interés en no ser conocida; precauciones que precisamente le despertaron la curiosidad, y por el hilo de sus observaciones sacara el ovillo de que aquella mujer era joven y hermosa.

En aquel tiempo, como hoy, eran muchas las mujeres jóvenes y hermosas que iban a Saint-Cloud y tenían interés en no ser vistas, y, sin embargo, D'Artagnan tuvo por indiscutible que la mujer que llamara la atención del barquero era mm. Bonacieux.

D'Artagnan aprovechó la lámpara que ardía en la choza del barquero para leer nuevamente el billete de la mercera y cerciorarse de que no se había equivocado, es decir, de que la cita era realmente en Saint-Cloud, frente al pabellón de Estrées y no en otra parte.

Todo concurría a probar al mozo que sus presentimientos no le engañaban y que había acaecido una gran desventura.

D'Artagnan se encaminó de nuevo, corriendo, al palacio; y es que tenía la impresión de que durante su ausencia quizás habían ocurrido novedades en el pabellón y de que allí le aguardaban noticias.

La callejuela continuaba desierta, y de la ventana salía la misma claridad tenue y tranquila.

D'Artagnan pensó entonces en aquella cabaña muda y ciega, pero que indudablemente había visto y tal vez podía hablar.

Como la puerta del huerto estaba cerrada, el mozo salvó el seto y, pese a los ladridos de un can encadenado, se acercó a la cabaña y llamó.

Nadie respondió a este primer llamamiento; como en el pabellón, en la cabaña reinaba un silencio sepulcral; no obstante, como aquella cabaña era el último recurso del que podía valerse D'Artagnan, este llamó con obstinación.

Pronto le pareció al mozo oír un ligero ruido interior, ruido temeroso, y que parecía estremecerse de ser oído.

Entonces D'Artagnan cesó de llamar y rogó con acento tan preñado de inquietud y de promesas, de terror y de mimo, que su voz era para tranquilizar al más miedoso. Por fin un viejo y carcomido postigo se abrió, o más bien dicho se entreabrió, para cerrarse otra vez e inmediatamente tan pronto la luz mortecina de una mísera lámpara que estaba ardiendo en un rincón hubo iluminado el tahalí, la empuñadura de la espada y la culata de las pistolas de D'Artagnan. Aunque rápido como el rayo fue el abrir y el cerrar del postigo, el mozo tuvo tiempo de columbrar la cabeza de un anciano.

—En nombre de Dios misericordioso —dijo D'Artagnan—, escuchadme: estoy aguardando a cierta persona que no viene, y me roe la zozobra. ¿Habrá ocurrido alguna desventura por estos alrededores? Hablad.

La ventana volvió a abrirse con lentitud, y de nuevo apareció la misma cabeza, pero ahora más pálida que la vez primera.

D'Artagnan contó con ingenuidad su historia, cambiando los nombres, añadiendo que tenía cita con una mujer frente al pabellón, y que no viéndola venir se había encaramado en un tilo y desde él y a la luz de una lámpara visto el desorden que reinaba en el aposento.

El anciano le escuchó con atención, mientras hacía señas de que realmente era tal cual se lo estaba contando su interlocutor; y cuando D'Artagnan hubo concluido, movió a uno y otro lado la cabeza con ademán que nada bueno presagiaba.

—¿Qué queréis decir? —exclamó nuestro gascón—; explicaos, por favor.

—¡Oh! —repuso el anciano—, nada me preguntéis, señor, porque si os dijera lo que he visto, es seguro que me sucedería alguna desgracia.

—¿Conque habéis visto algo? —profirió D'Artagnan, arrojando una moneda al anciano—. En este caso, os ruego con toda mi alma que me digáis qué, y os doy palabra de que ni una sola de las vuestras saldrá de mi corazón.

El anciano leyó tanta franqueza y dolor en el rostro de D'Artagnan, que le hizo seña de que lo escuchara.

—Eran poco más o menos las nueve —prosiguió en voz baja el de la cabaña—, cuando oí rumores en la calle y, deseoso de saber qué ocurría, me he acercado a la puerta y he advertido que alguien intentaba entrar. Como estoy pobre y no temo que me roben, he abierto y he visto tres hombres a pocos pasos de aquí. En la penumbra había una carroza con un tronco enganchado, y algunos caballos de mano, que era evidente que pertenecían a los tres hombres, que vestían traje de montar.

»"¿Qué se les ofrece a sus mercedes?", les he preguntado.

»"Es probable que poseas una escalera", me ha dicho el que parecía jefe del piquete.

»"Sí, señor, la que me sirve para coger mi fruta".

»"Pues dámela y vuélvete adentro; ahí un escudo por la molestia. Escucha, ten presente que si dices una palabra de lo que vas a ver y a oír, pues estoy seguro de que no valdrán nuestras amenazas para que dejes de mirar y escuchar, no hay remedio para ti".

»Tras estas palabras, aquel hombre me ha arrojado un escudo, que yo he recogido, y se ha llevado mi escalera.

»Efectivamente, después de haber cerrado tras de sí la puerta del seto, he hecho como que me volvía a casa, pero al punto he vuelto a salir por la puerta trasera y, deslizándome por la sombra, he llegado hasta aquella mata de saúcos, desde el corazón de la cual me era fácil ver sin ser visto.

»Los tres hombres han hecho avanzar silenciosamente el coche, del que ha salido un hombrecillo grueso, bajo, entrecano y con un mísero traje de color oscuro; este

hombrecillo ha subido con precaución la escalera, ha lanzado una mirada de socarronería al interior del aposento, ha bajado nuevamente de puntillas, y ha dicho en voz baja: "Es ella".

»Inmediatamente después, el que había hablado conmigo se ha acercado a la puerta del pabellón, la ha abierto con una llave que llevaba encima, y una vez dentro ha vuelto a cerrarla, mientras los otros dos echaban escalera arriba. El hombrecillo estaba en pie a la portezuela del coche, el cochero sujetaba el tronco, y un lacayo hacía lo mismo con los caballos de mano.

»De pronto han resonado grandes voces en el pabellón, y una mujer se ha abalanzado a la ventana y la ha abierto como para arrojarse por ella; pero al ver a los dos hombres, ha retrocedido con viveza, perseguida por estos, que se han precipitado tras ella. Y ya no he visto nada más, pero sí he oído romper muebles. La mujer pedía socorro a grandes voces, mas a no tardar se han ahogado sus gritos; los tres hombres se han acercado a la ventana con la mujer en brazos, y dos de ellos la han bajado por la escala y se la han llevado al coche, en el cual se ha subido tras ella el hombrecillo. El que se había quedado en el pabellón ha cerrado la ventana, poco después ha salido por la puerta, y se ha cerciorado de que la mujer se hallaba realmente en el coche; luego ha montado a caballo, a imitación de sus dos compañeros, que le estaban ya aguardando en esta actitud; el lacayo ha tomado otra vez sitio junto al cochero; el coche ha partido al galope, escoltado por los tres jinetes, y se acabó. Ya no he visto ni oído más.

D'Artagnan, anonadado por tan terrible nueva, quedó inmóvil y mudo, mientras aullaban en su corazón todos los demonios de la cólera y de los celos.

—No os aflijáis, señor, no la han matado, y esto es lo esencial —repuso el anciano, en quien causó más efecto aquella muda desesperación de lo que lo hubiesen hecho lamentos y lágrimas.

—¿Podríais decirme poco más o menos quién es el hombre que conducía tan infernal empresa?

—No lo conozco.

—Bien, pero como ha hablado con vos, lo habéis visto.

—¡Ah! ¿Me pedís su filiación?

—Sí.

—Es un sujeto amojamado, moreno, de bigotes y ojos negros y con todo el empaque de un noble.

—Esto es —exclamó D'Artagnan—, ¡él otra vez! ¡Siempre él! Por lo que se ve, es mi genio del mal. ¿Y el otro?

—¿Cuál?

—El hombrecillo.

—¡Oh!, ese no es señor, respondo de ello; además, no ceñía espada y los otros le trataban sin consideración alguna.

—Vamos, sería un lacayo —repuso D'Artagnan—. ¡Pobre mujer! ¿Qué han hecho de ella?

—Me habéis prometido guardar el secreto —dijo el anciano.

—Y os ratifico mi promesa, nada temáis, soy noble, y un noble es esclavo de su palabra.

D'Artagnan, con el alma transida, se dirigió otra vez hacia la barca. Tan pronto se resistía a admitir que la mujer arrebatada del pabellón fuese mm. Bonacieux, y esperaba verla de nuevo en el Louvre, como le asaltaba la duda de que la mercera podía haber sostenido un galanteo con otro, y que un tercero, celoso, la había sorprendido y hecho raptar.

—¡Oh! —dijo para sí el mozo, indeciso y desesperado—, si mis amigos estuviesen en París, al menos me quedaría alguna esperanza de dar con ella; pero ¡quién sabe lo que ha sido de Athos, Porthos y Aramis!

Era medianoche, y por lo pronto convenía reunirse con Planchet. D'Artagnan llamó sucesivamente en todos los figones en que viera un poco de luz, y en ninguno de ellos estaba su lacayo.

Al llamar a la puerta del sexto figón, el mozo reflexionó que sus pesquisas eran un poco arriesgadas, y, además, que había citado a Planchet para las seis de la mañana, y que en cualquier parte que estuviese no cabía recriminárselo.

Por otra parte, D'Artagnan calculó que quedándose en las cercanías del teatro del rapto, quizás obtendría alguna luz sobre aquel misterioso asunto.

Como hemos dicho, D'Artagnan se detuvo en el sexto figón, pidió una botella de vino generoso, se acodó en el rincón más oscuro y resolvió aguardar el día en esta actitud; pero también esta vez vio fallidas sus esperanzas, y por más que puso todo su conato en escuchar, en medio de una lluvia de blasfemias, bufonadas e injurias que unos a otros se disparaban los obreros, lacayos y carreteros que componían la escogida sociedad de que en aquel momento formaba parte, nada oyó que pudiese ponerle sobre las huellas de la pobre mujer arrebatada. Forzoso le fue, pues, tras haber vaciado, por ociosidad o para no despertar sospechas, la botella, buscar en su rincón la más cómoda postura para dormirse. Y aquí encaja el recordar al lector que D'Artagnan frisaba los veinte, y que a esta edad el sueño tiene derechos imprescriptibles, y los hace prevalecer imperiosamente, aun sobre los corazones más desesperados.

A las seis de la mañana se despertó nuestro gascón con el malestar que suele acompañar al alba tras una mala noche. Su tocado fue corto; se tanteó para cerciorarse de que no se habían aprovechado de su sueño para robarle, y cuando hubo hallado su diamante en el dedo, su bolsa en su faltriquera y sus pistolas al cinto,

se levantó, satisfizo el gasto y se salió para ver si, por la mañana, sería más venturoso en la rebusca de su lacayo que no lo había sido durante la noche. En efecto, lo primero que divisó a través de la húmeda y plomiza niebla fue al buen Planchet, que, sujetando por las bridas a dos caballos, le estaba aguardando a la puerta de un pequeño y mísero figón ante el cual había pasado D'Artagnan sin sospechar siquiera su existencia.

XXV

LA AMANTE DE PORTHOS

D'Artagnan no se encaminó directamente a su domicilio; se apeó a la puerta del palacio de Tréville, y subió apresuradamente las escaleras, decidido, ahora, a contarle al capitán de los mosqueteros lo que acababa de pasar, seguro de que aquel le daría buenos y oportunos consejos; además, como Tréville veía casi todos los días a la reina, era fácil que pudiese recabar de su majestad alguna luz sobre la desventurada mujer a quien indudablemente hacían pagar su devoción a su señora.

M. de Tréville escuchó el relato del mozo con una gravedad que demostraba que él veía, en aquel lance, algo muy distinto de una intriga de amor.

—¡Vaya! —profirió el capitán de los mosqueteros, en cuanto D'Artagnan hubo acabado—, esto me huele a cardenal a tiro de ballesta.

—¿Qué podemos hacer, pues? —preguntó el mozo.

—Por lo pronto nada más que salir de París cuanto antes, como ya os he dicho. Veré a la reina y le contaré las circunstancias de la desaparición de esa pobre mujer, las cuales, sin duda, ella ignore; estos pormenores guiarán por su parte a su majestad, y, a vuestro regreso, tal vez me sea dable comunicaros alguna buena nueva. Dejádmelo a mí.

D'Artagnan sabía que m. de Tréville, aunque gascón, no tenía la costumbre de prometer, y que cuando hacía una promesa la cumplía con creces. Le saludó, pues, henchido de gratitud por lo pasado y lo venidero. En cuanto al dignísimo capitán, que, por su parte, se interesaba vivamente por aquel mozo tan valiente y decidido, le estrechó cordialmente la mano y le deseó un viaje venturoso.

Resuelto a poner inmediatamente a la obra los consejos de Tréville, D'Artagnan se encaminó a la rue des Fossoyeurs, para presenciar el arreglo de su portamanteo, y al hallarse a pocos pasos de su casa vio a Bonacieux, que, en traje de mañana, estaba a la puerta.

D'Artagnan, a quien se le refrescó al punto cuanto le había dicho Planchet el día anterior respecto del siniestro carácter de su casero, miró a Bonacieux con más atención que no hiciera hasta entonces. En efecto, además de la amarilla y enfermiza palidez que indica la infiltración de la bilis en la sangre y que, de otra parte, podía no ser más que accidental, D'Artagnan notó un no sé qué solapadamente pérfido en la configuración de las arrugas del rostro de Bonacieux. No, un perillán no se ríe como

un hombre de bien, un hipócrita no llora como un hombre de buena fe. Toda falsedad es un antifaz, y por muy bien que esté labrada la careta, con un poco de atención uno llega a distinguir la cara.

Le pareció, pues, a D'Artagnan que el mercero llevaba carátula, e incluso que esta era desagradable a más no poder. En consecuencia, y vencido por la repugnancia que le inspiraba aquel hombre, iba a pasar por delante de él sin dirigirle la palabra, cuando, al igual que hiciera en la víspera, Bonacieux le interpeló.

—¿Qué hay, buen mozo? —dijo el mercero a nuestro gascón—; por lo que se ve, hacéis de la noche día. ¡Diantre! ¡Las siete de la mañana! Pareceme que trocáis los frenos y que os recogéis a la hora en que los otros salen de su casa.

—No así dirán de vos, m. Bonacieux, que sois modelo de hombres arreglados —repuso D'Artagnan—. Verdad es que cuando uno tiene mujer joven y linda, no tiene para qué correr en pos de la ventura, sino que la ventura se le mete en casa; ¿no le parece, m. Bonacieux?

—¡Je! ¡Je! —replicó el mercero, poniéndose pálido como un difunto y gesticulando una sonrisa—, sois muy gracioso. Pero ¿dónde diablos habéis ido esta noche, buena pieza? Parece que los atajos no estaban muy limpios.

D'Artagnan fijó los ojos en sus botas, cubiertas de barro; pero al bajar la cabeza, sus miradas se detuvieron al mismo tiempo en los zapatos y las medias de su interlocutor, que no parecía sino que los hubiesen empapado en el mismo cenagal.

Entonces, por la mente de D'Artagnan cruzó súbito una idea. Aquel hombre botijo, chiquitín, entrecano; aquella especie de lacayo que vestía traje de color oscuro y a quien trataran sin consideración alguna los de la escolta era el mismísimo Bonacieux. El marido había presidido el rapto de su mujer.

D'Artagnan sintió vehementes impulsos de estrangular al mercero, pero, cauto por naturaleza, refrenó sus ímpetus. Sin embargo, fue tan visible la revolución que se operara en su rostro, que Bonacieux cobró miedo e intentó retroceder un paso; mas precisamente se hallaba de espaldas a la hoja de la puerta, que estaba cerrada, y el obstáculo con que tropezó le obligó a permanecer en el mismo sitio.

—¡Caramba! —exclamó D'Artagnan—, me parece, mi buen amigo, vos que os estáis burlando, que si mis botas reclaman el auxilio de la esponja, vuestras medias y vuestros zapatos piden a grito pelado el cepillo. Cualquiera diría que también vos habéis corrido la tuna, m. Bonacieux. ¡Diablos! Esto no sería disculpable en un hombre de vuestra edad, encima estando casado con una mujer tan linda como la vuestra.

—Pues os engañáis de medio a medio —repuso Bonacieux—; lo que hay es que ayer estuve en Saint-Mandé para informarme de una sirvienta, de cuyo servicio me es absolutamente imposible prescindir, y como los caminos estaban intransitables, recogí este barro, que todavía no he tenido tiempo de quitármelo.

El lugar designado por el mercero como objetivo de su caminata fue otra prueba en corroboración de las sospechas que asaltaban al mozo. Bonacieux había dicho Saint-Mandé, porque este punto estaba diametralmente opuesto a Saint-Cloud.

Esta probabilidad fue para D'Artagnan un primer consuelo; porque si Bonacieux sabía donde estaba su mujer, echando mano de recursos extremos podría obligarle a abrir el pico y a dar suelta a su secreto. Solo faltaba cambiar tal probabilidad en certidumbre.

—Perdonad si no ando con cumplidos con vos, mi querido m. Bonacieux —dijo D'Artagnan—; pero nada da tanta sed como el no dormir, y el cuerpo me está pidiendo agua con mucha necesidad; dadme licencia para tomar un vaso de agua en vuestra casa; ya sabéis que esto no se niega entre vecinos.

Y sin aguardar la autorización de su casero, D'Artagnan entró apresuradamente en la morada de Bonacieux, y lanzó a la cama una mirada veloz. La cama estaba intacta; el mercero no se había acostado. Así pues, no hacía más que una o dos horas que aquel había vuelto; lo cual quería decir que había acompañado a su mujer hasta el lugar a donde se la llevaran, o por lo menos, hasta el primer relevo.

—Gracias, m. Bonacieux —dijo D'Artagnan, vaciando su vaso—, nada más deseaba de vos. Ahora me subo a mi casa para que Planchet me limpie las botas, y una vez esté listo el muchacho, os lo enviaré, si queréis, para que haga lo mismo con vuestros zapatos.

El mercero quedó pasmado de tan singular despedida, preguntándose si no había revuelto contra sí mismo sus propias armas.

—¡Ah!, señor —dijo Planchet a D'Artagnan cuando este hubo llegado a la puerta de su habitación—, ¿no sabéis qué pasa? ¡Ay!, no veía la hora de que regresarais, mi amo.

—¿Qué hay? —preguntó D'Artagnan al ver el despavorido rostro de Planchet.

—Apuesto ciento mil contra uno que no adivináis quién ha estado aquí en vuestra ausencia.

—¿Hace mucho?

—Media hora escasa, mientras os hallabais en casa de m. de Tréville.

—¿Quién ha venido? Habla de una vez.

—M. de Cavois.

—¿M. de Cavois?

—En persona.

—¿El capitán de los guardias de su eminencia?

—El mismo.

—¿Para llevarme a prisión?

—Eso me he temido, pese a su trapacería.

—¿Trapacería? No entiendo.

—Quiero decir que se estaba derritiendo de puro meloso.

—¿De veras?

—Según ha dicho, venía de parte de su eminencia, que os quiere mucho, para rogaros que le siguierais al palacio real.

—¿Y qué le has contestado tú?

—Que era imposible, pues estabais ausente, como podía verlo él mismo.

—¿Y qué ha replicado él?

—Que no dejéis de pasar por su casa durante el día; y en voz baja ha añadido: «Di a tu amo que su eminencia siente gran predilección por él, y que su fortuna pende quizá de esta entrevista».

—El artificio es demasiado burdo para haberlo inventado el cardenal —repuso D'Artagnan, sonriendo.

—Y como he visto la trama, he contestado que vos, al regresar, sentiríais en el alma no haberos hallado en casa.

»—¿Adónde se ha ido? —me ha preguntado luego m. de Cavois.

»—A Troyes en Champagne —le he respondido.

»—¿Cuándo partió?

»—Anoche».

—Verdaderamente eres hombre de prendas, Planchet —repuso D'Artagnan.

—Es que he comprendido que en el caso de desear vos abocaros con m. de Cavois, siempre era tiempo de desmentirme diciendo que no habíais partido; y como soy yo quien habría mentido, santas pascuas, pues no siendo noble puedo mentir.

—Nada temas, Planchet, conservarás tu fama de hombre verídico: dentro de un cuarto de hora partimos.

—Así iba yo a aconsejároslo, mi amo; ¿y adónde vamos, si no soy indiscreto?

—A un punto diametralmente opuesto al que tú has dicho. Por otra parte, ¿no sientes tú tanto anhelo por saber de Grimaud, Mousqueton y Bazin, como yo por indagar qué se ha hecho de Athos, Porthos y Aramis?

—Sí anhelo, señor —repuso Planchet—, y en cuanto me lo digáis, con vos me voy; huelo que en este instante el aire de provincias va a sentarnos mejor que el de París. Conque…

—Conque lía nuestro petate y andando; yo tomo la delantera, con las manos en el bolsillo para no despertar sospechas. Vente luego al cuartel de guardias. ¡Ah!, se me olvidaba, me parece que has estado en lo firme respecto de nuestro casero y que realmente es un canalla de la peor ralea.

—Lo cual significa, señor, que haréis bien en dar crédito a mis palabras; ¡vaya si soy yo un buen fisonomista!

Según lo acordado, D'Artagnan tomó la delantera, y para no tener nada que echarse en cara, se encaminó por última vez a las respectivas viviendas de sus

amigos: nada se sabía de ellos; solo había llegado a casa de Aramis una carta perfumada y de elegante sobrescrito. Se encargó de ella D'Artagnan, a quien diez minutos después se reunió Planchet en el cuartel de los guardias.

A fin de no perder minuto, nuestro gascón había ensillado ya por su propia mano su caballo.

—Está bien —dijo D'Artagnan a Planchet una vez este hubo juntado el portamanteo al equipo—; ahora ensilla los otros tres caballos y en marcha.

—¿Os parece, mi amo, que andaremos más aprisa montados cada uno en dos caballos? —preguntó Planchet con ademán marrullero.

—No, señor bufón sin gracia —respondió D'Artagnan—, pero con nuestros cuatro caballos podremos traernos con nosotros a nuestros tres amigos, si es que los encontramos todavía en pie.

—Lo cual sería una gran fortuna —profirió Planchet—; en fin, no hay que desesperar de la misericordia de Dios.

—Amén —dijo D'Artagnan, subiéndose sobre su caballo, en cuya operación le imitó Planchet, montando uno de los tres restantes.

Amo y criado salieron del cuartel de guardias, y cada cual tomó por vía opuesta: el uno debía alejarse de París por la puerta de La Villette, y el otro por la de Montmartre, para reunirse a la otra parte de Saint-Denis; maniobra estratégica que por haber sido ejecutada con igual puntualidad, se vio coronada de felicísimo éxito.

D'Artagnan y Planchet entraron juntos en Pierrefitte.

A Planchet, que era más animoso de día que de noche, no le abandonaba, sin embargo, ni por un instante, su prudencia innata; no había olvidado ninguno de los incidentes del primer viaje; para él, eran enemigos todos aquellos con quienes se encontraba. De ahí que casi constantemente tenía el sombrero en la mano; lo que le valía severas reprensiones por parte de D'Artagnan, que temía que gracias a tal exceso de civilidad no tomasen a aquel por lacayo de un hombre de poco valer.

A pesar de ello, sea que los viandantes se sintieran movidos ante la urbanidad de Planchet, sea que ahora no estuviese apostada persona alguna en el camino del mozo, lo cierto es que nuestros dos viajeros llegaron felizmente a Chantilly y se apearon en la posada del Grand Saint Martin, donde ya se detuvieran en su primer viaje.

El posadero, al ver a un joven seguido de un lacayo y de dos caballos de mano, salió respetuosamente a la puerta. Ahora bien, D'Artagnan, que ya había hecho once leguas, juzgó del caso detenerse, estuviese o no Porthos en la posada. Además, tal vez no era prudente preguntar de antuvión qué había sido del mosquetero. El resultado de estas reflexiones fue que D'Artagnan, sin informarse de cosa alguna, se apeó, dejó al cuidado de Planchet los caballos, entró en un aposentito destinado a los que deseaban estar solos, y pidió al posadero una botella del más generoso vino que

en la casa hubiese y un almuerzo de lo mejor posible, petición que contribuyó a corroborar el aventajado concepto que de buenas a primeras formara aquel del viajero.

Así es que D'Artagnan fue servido con prontitud milagrosa.

Como el regimiento de los guardias se reclutaba entre la primera nobleza del reino, y D'Artagnan, seguido de un lacayo y viajando con cuatro soberbios corceles, pese a la sencillez de su uniforme, no podía menos de dar golpe, el posadero se empeñó en servirle personalmente; de lo cual se aprovechó nuestro héroe para hacer que trajeran dos vasos y entablar la conversación siguiente.

—A fe mía, mi querido posadero —dijo D'Artagnan, llenando los dos vasos—, que de no haberme servido el mejor vino de la casa vais a recibir el castigo por do habéis pecado, pues, como detesto beber solo, os toca beber conmigo. Tomad ese vaso y bebamos; pero ¿a qué beberemos para no herir delicadezas? A la prosperidad de vuestra posada.

—Vuestra señoría me honra grandemente —profirió el posadero—, y le doy las más expresivas gracias por sus buenos deseos.

—Pero no os engañéis —repuso D'Artagnan—, quizá mi brindis incluye más egoísmo que no imagináis; únicamente en las posadas prósperas le reciben bien a uno; en las que van de capa caída todo anda como Dios quiere, y el viajero es víctima de la penuria del posadero. Ahora bien, como yo viajo mucho y particularmente por este camino, querría que todos los posaderos prosperaran.

—Realmente —dijo el posadero—, me parece que no es esta la primera vez que tengo la honra de ver a vuestra merced.

—Por lo menos he pasado diez veces por Chantilly, y de las diez, tres o cuatro he posado en esta casa. Mirad, hace unos diez u once días que estuve aquí con unos amigos, mosqueteros, y por más señas que uno de ellos se lió de palabras con un extraño que le buscó no sé qué quimera.

—Es verdad —profirió el posadero—, lo recuerdo como si fuese ahora. ¿No se refiere a m. Porthos vuestra señoría?

—Así se llamaba mi compañero de viaje. Decidme, ¿le sucedió alguna desgracia?

—Vuestra señoría ya debió de notar que su compañero no pudo continuar el viaje.

—Efectivamente, no volvimos a verlo por más que nos prometiera que se nos reuniría.

—Nos ha hecho la merced de quedarse aquí.

—¡Cómo! ¿Os ha hecho la merced de quedarse aquí?

—Sí, señor, en esta posada; y, por cierto, que estamos sumamente intranquilos.

—¿Por qué?

—Porque ha hecho algunos gastos…

—Y los pagará —interrumpió D'Artagnan.

—¡Ah!, señor, me quitáis un gran peso de encima. Hemos hecho cuantiosos anticipos, y esta mañana misma el cirujano nos ha advertido que si m. Porthos no le pagaba, me reclamaría a mí el dinero que se le adeuda, alegando que soy yo quien lo envié a buscar.

—¿Entonces m. Porthos está herido?

—No lo sé, señoría.

—¡Cómo no lo sabéis! Sin embargo, me parece que no hay quien pueda estar mejor informado que vos.

—Sí, pero en nuestro estado nunca decimos cuanto sabemos, señor, máxime cuando se nos ha advertido que nuestras orejas respondían de nuestra lengua.

—¿Puedo ver a Porthos?

—Sí, señor; subid la escalera, y al llegar al primer piso llamad a la puerta del número uno. ¡Ah!, os aconsejo que digáis que sois vos.

—¿Y eso?

—Porque de lo contrario podría sobreveniros algún disgusto.

—¿Y qué disgusto queréis que me sobrevenga?

—M. Porthos puede tomaros por alguno de la casa, y en un arrebato de cólera atravesaros de parte a parte o levantaros la tapa de los sesos.

—¿Qué le habéis hecho, pues?

—Le hemos pedido dinero.

—¡Ah!, diablos, comprendo; siempre que se halla sin blanca recibe Porthos pésimamente tales peticiones; pero yo sé que llevaba bien herrada la bolsa.

—Así lo creímos también nosotros, señor; como la casa hace con suma regularidad todas sus operaciones, quiero decir, como extendemos semanalmente las cuentas, al cabo de ocho días le presentamos la suya; pero por lo que se ve lo hicimos en mala ocasión, porque no bien le dijimos a qué íbamos, nos envió en hora mala. Verdad es que en la víspera m. Porthos había jugado.

—¡Jugado! ¿Y con quién?

—¿Con quién? Vaya su merced a saberlo, con un hidalgo que estaba de paso y al cual hizo proponer un partido de sacanete.

—Y el desgraciado lo habrá perdido todo.

—Todo, incluso su caballo, señor —contestó el posadero—; y tan es así, que al prepararse el desconocido para ponerse nuevamente en camino, y al hacerle observar que su lacayo estaba ensillando la cabalgadura de m. Porthos, contestó que yo me metía en todo y que aquel caballo era suyo. Al punto hice pasar aviso a m. Porthos, informándole de lo que estaba ocurriendo, y m. Porthos mandó decirme que dudar de un hidalgo era propio de bergantes, y que como el hidalgo aquel había dicho que el caballo era suyo, suyo debía de ser.

—Lo reconozco, sin duda, en ese punto —murmuró D'Artagnan.

—Entonces —continuó el posadero—, le envié a decir que desde el punto y hora en que al parecer estábamos destinados a no entendernos respecto del pago, esperaba que por lo menos me haría la merced de conceder el favor de su pupilaje a mi cofrade el dueño del Aigle d'Or; pero m. Porthos me respondió que como mi posada era la mejor, en ella se quedaba. Esta contestación era demasiado halagüeña para que yo insistiera respecto de su partida; así pues, me limité a rogarle que desocupara la habitación, que es la mejor de la posada, y se contentase con un lindo y pequeño cuarto del tercero. Pero a esto m. Porthos replicó que como estaba aguardando de un momento a otro a su amante, que era una de las damas de más viso de la corte, yo debía comprender que la habitación que él me hacía la honra de habitar en mi casa era aún mucho menos que mediana para una persona tan encumbrada. Sin embargo, y por más que conocí la verdad de lo que él decía, creí deber insistir; pero m. Porthos, sin tomarse siquiera la molestia de entrar en discusión conmigo, cogió su pistola y la puso sobre la mesa, diciendo que a la primera palabra que le dijesen respecto de trasladarse fuera de la casa o a otra habitación de ella, levantaría la tapa de los sesos al que cometiera la imprudencia de meterse en un asunto que no atañía más que a él. Así es que desde entonces solo Mousqueton entra en su cuarto.

—¿Conque Mousqueton está aquí?

—Sí, señor; cinco días después de haber partido, regresó de un humor de mil demonios; parece que también él ha tenido alguna desazón en su viaje. Por desgracia, es más avispado que su amo, lo cual hace que para este lo revuelva todo de arriba abajo y tome sin pedir cuanto necesita, ya que, según su parecer, podrían negarle lo que pidiese.

—La verdad es —profirió D'Artagnan— que siempre he notado en Mousqueton una devoción y una inteligencia notables.

—Puede —repuso el posadero—, mas como solo me encontrase yo cuatro veces al año en contacto con una inteligencia y una devoción parecidas, estaba aviado, como hay Dios.

—No, porque Porthos pagará.

—¡Buf! —repuso el posadero en tono de duda.

—Es el favorito de una dama principalísima que no le dejará en la estacada por una bicoca como la que os está adeudando.

—Si yo me atreviera a decir lo que opino sobre el particular…

—¿Lo que opináis?

—Más claro, lo que sé.

—¿Lo que sabéis?

—Lo de que estoy certísimo.

—¿Y de qué estáis certísimo? Vamos a ver.

—De que conozco a esa dama tan principal.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y cómo la habéis conocido?

—Si yo pudiese confiar en vuestra discreción…

—Palabra que no tendréis que arrepentiros de vuestra confianza.

—Pues bien, ya comprenderá vuestra merced que la inquietud incita a hacer muchas cosas.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada a que no tenga derecho un acreedor.

—Pero bueno, ¿qué?

—Como m. Porthos no podía salir de su cuarto, y Mousqueton aún no había llegado, aquel, que no tenía más remedio que encargarme sus comisiones, me entregó una carta para la duquesa, encomendándome que la echara en el buzón.

—¿Y qué más?

—Pues bien, ¿yo qué hice? En vez de confiar la carta al correo, que nunca es del todo seguro, aproveché la ocasión de que uno de mis muchachos debía salir para París, y le ordené que la entregase en propia mano. ¿Era o no era esto dar cumplimiento a las intenciones de m. Porthos, tanto más cuanto nos encomendara la carta con tan vivas instancias?

—Casi, casi.

—Pues bien, ¿sabe vuestra merced quién es esa dama de tantas campanillas?

—No; he oído hablar de ella a Porthos, y nada más.

—¿Sabe su merced quién es esa fingida duquesa?

—Ya os he dicho que no la conocía.

—Es una vieja procuradora del Châtelet, llamada mm. Coquenard, la cual, con su medio siglo a cuestas, todavía se hace la celosa. ¡Ya me parecía a mí algo singular eso de que una princesa viviese en la rue aux Ours!

—¿Y cómo sabéis eso vos?

—Porque mm. Coquenard estalló en cólera al recibir la carta de m. Porthos, y dijo que este era un veleta, y que sin duda era una mujer la causante de la estocada que recibiera.

—¿Conque Porthos recibió una estocada?

—¡Válgame Dios! ¿Qué he dicho?

—Habéis dicho que Porthos había recibido una estocada.

—¡Maldito sea yo! ¡Y que no me vedó con poca severidad que lo dijera!

—¿Por qué?

—¡Caramba!, porque m. Porthos se había jactado de que perforaría a aquel sujeto con quien le dejasteis liado y, al contrario, fue el otro quien, pese a todas las bravatas de aquel, lo dejó tendido. Ahora bien, como m. Porthos es muy presumido, excepto con la duquesa, a quien creyera interesar haciéndole una reseña del lance, no quiere que nadie sepa que ha recibido una estocada.

—¿Conque es una estocada lo que le retiene en el lecho?

—Y una estocada maestra, os lo aseguro. Es menester que el amigo de vuestra merced tenga el alma empernada al cuerpo.

—¿Así pues, vos estabais presente?

—Les seguí por pura curiosidad, de modo que, sin ser visto, presencié el duelo.

—¿Cómo pasó? Vamos a ver, explicaos.

—La lucha fue corta. Los duelistas se pusieron en guardia; el forastero hizo una finta y se tiró a fondo con tanta rapidez, que cuando m. Porthos quiso parar ya tenía tres pulgadas de acero en el cuerpo y caía cuan largo era. El forastero le apuntó inmediatamente su espada a la garganta, y m. Porthos se dio por vencido al verse a discreción de su adversario. Este le preguntó cómo se llamaba, y al saber que su nombre era Porthos y no D'Artagnan, le ofreció el brazo y lo condujo aquí; luego se subió sobre su caballo y desapareció.

—¿Conque el forastero aquel, con quien quería habérselas era con D'Artagnan?

—Así parece.

—¿Sabéis qué ha sido de él?

—No, señor; no lo había visto nunca ni he vuelto a verlo.

—Bueno, sé cuanto quería saber. ¿Decís que el cuarto de Porthos es el número uno del primer piso?

—Sí, señor, el más hermoso de la posada; un cuarto que ya me hubieran alquilado no sé cuántas veces.

—¡Bah!, sosegaos —dijo D'Artagnan, riéndose—; Porthos os pagará con el dinero de la duquesa Coquenard.

—Con tal que aflojara la mosca, tanto me daría a mí que fuese procuradora o duquesa la dama; pero mm. Coquenard respondió categóricamente que estaba harta de las exigencias y de las infidelidades de m. Porthos, y que no le enviaría un maravedí.

—¿Y transmitisteis vos esta contestación a vuestro huésped?

—Ni por asomo; habría visto de qué manera habíamos desempeñado su comisión.

—Entonces ¿todavía está aguardando el dinero?

—Todavía. Ayer escribió otra vez; pero fue su lacayo quien echó la carta en el buzón.

—¿Queréis decir que la procuradora es vieja y fea?

—Cincuenta años, y me quedo corto, y, según Pathaud, nada hermosa.

—En este caso, no temáis, la vieja se ablandará; por otra parte, Porthos no puede deberos gran cosa.

—¿Qué? Veinte pistolas, sin contar el médico. No se priva de nada; se ve bien que está acostumbrado a la vida regalona.

—Os repito que nada temáis —dijo D'Artagnan—; si su amante le deja, amigos tiene que no lo abandonarán. Así pues, continuad prestándole todos los cuidados que su estado reclama.

—Vuestra merced me ha prometido no decir palabra respecto de la procuradora ni de la herida.

—Y cumpliré mi promesa.

—Es que m. Porthos me mataría; para nada más os lo digo, señor.

—Tranquilizaos, no es tan fiero el león como lo pintan. Dichas estas palabras, D'Artagnan subió la escalera, dejando al posadero un poco más sosegado respecto de dos cosas a las cuales parecía estar apegado grandemente: su crédito y su vida. Ya en lo alto de la escalera, D'Artagnan vio, trazado con tinta negra, un descomunal número uno encima de la puerta más notable del corredor, y a ella se encaminó y llamó.

—Adelante —respondieron desde el interior del cuarto. D'Artagnan entró y encontró a Porthos que, para entretener las manos, estaba jugando un partido de sacanete con Mousqueton, mientras un rosario de perdices espetadas en un asador estaban volteando ante la lumbre, y en cada uno de los rincones de una gran chimenea estaban hirviendo sobre sendos braserillos dos cacerolas, de las que se exhalaba un doble vaho de guisado de conejo y de caldereta que decía «comedme». Además, la tapa de una papelera y el mármol de una cómoda estaban cuajados de botellas destripadas.

Porthos, al ver a su amigo, lanzó una exclamación de alegría; en cuanto a Mousqueton, se levantó respetuosamente, cedió a D'Artagnan su sitio, y se fue a dar una mirada a las cacerolas, de las que parecía estar encargado.

—¡Ah! ¿Sois vos? —dijo el gigante al mozo—; bienvenido seáis, y perdonadme si no he salido a vuestro encuentro. ¿Sabéis lo que me ha pasado? —añadió Porthos, mirando a D'Artagnan con cierta inquietud.

—No —respondió nuestro gascón.

—¿Nada os ha dicho el posadero?

—Le he preguntado por vos, y me he subido en derechura. A Porthos pareció que se le dilataba el pecho.

—¿Qué os ha pasado, mi querido Porthos? —continuó D'Artagnan.

—Pues que al tirarme a fondo sobre mi adversario, a quien había largado ya tres estocadas, y al cual quería rematar de una cuarta, tropecé en una piedra y me causé una luxación en la rodilla.

—¿De veras?

—Palabra. Por fortuna para el tunante, a quien de otro modo lo habría dejado en el sitio.

—¿Qué ha sido de él?

—No lo sé; se dio por satisfecho, y partió sin pedir el resto; pero ¿y vos, mi querido D'Artagnan, qué tal os ha ido?

—¿De modo —continuó nuestro héroe— que os retiene en cama la luxación?

—Nada más; pero dentro de algunos días me levantaré.

—Pues ¿por qué no hicisteis que os condujeran a París? Aquí debéis de haberos aburrido de lo lindo.

—Ya era mi intención el hacer que me condujeran a París, pero debo confesaros una cosa.

—¿Qué?

—Que como realmente me estaba aburriendo hasta más no poder, y tenía en mi faltriquera las setenta y cinco pistolas que vos me habíais distribuido, para distraerme hice subir a un hidalgo que estaba de paso, y al cual propuse un partido de dados. El hidalgo aceptó el envite y, ¡Cristo bendito!, las setenta y cinco pistolas pasaron de mi faltriquera a la suya, junto con mi caballo, que se llevó de más a más. Pero ¿y vos, mi querido D'Artagnan?

—Qué le haremos, mi querido Porthos, uno no puede ser dichoso en todo; ya conocéis el refrán: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores». Sois demasiado feliz en amores para que el juego no se vengue de vos; pero ¿qué os importan a vos los reveses de fortuna? ¡Ah, picarillo! ¿Qué más queréis cuando tenéis la suerte de ser dueño del corazón de una duquesa que no puede menos de acorreros?

—Pues ahora veréis como en esto también me persigue la mala suerte —repuso Porthos con la mayor desenvoltura—; hace algunos días le escribí que me enviase medio centenar de luises que me hacían suma falta en la situación en que me hallaba…

—¿Y qué?

—Que es menester que la duquesa esté en sus posesiones, pues no me ha contestado.

—¿Habláis formalmente?

—Os repito que no me ha contestado; así es que ayer le dirigí otra carta todavía más apremiante que la primera… Pero ya que estáis aquí, hablemos de vos, mi queridísimo amigo. En verdad, ya empezaba a estar en zozobra respecto de vos.

—Por lo que se ve, vuestro posadero os trata a cuerpo de rey —profirió D'Artagnan, señalando las cacerolas llenas y las botellas vacías.

—Así, así —contestó Porthos—. Hace tres o cuatro días que el muy impertinente me subió la cuenta, y a la cuenta y a él les di con la puerta en los hocicos; de modo que estoy aquí, podríamos decir, a título de vencedor, o de conquistador. Por eso, como veis, temeroso de que tomen a viva fuerza mi posición, voy siempre armado de pies a cabeza.

—No obstante, me parece que de tiempo en tiempo hacéis algunas salidas —repuso D'Artagnan, riéndose y señalando con el dedo las cacerolas y las botellas.

—Por desgracia, no las efectúo yo —profirió Porthos—; esa maldita luxación me tiene clavado en el lecho; pero Mousqueton echa por esos trigos y trae víveres. —Y dirigiéndose a su lacayo, el mosquetero añadió—: Ya veis, amigo Mousqueton, que nos llegan refuerzos; por lo tanto, nos es menester un suplemento de vituallas.

—Desearía que me hicieseis un favor —dijo D'Artagnan a Mousqueton.

—¿Cuál, señor?

—Que dieseis a Planchet vuestra receta; también yo puedo verme asediado, y me holgaría que me hiciese gozar de los mismos beneficios con que vos gratificáis a vuestro amo.

—Es facilísimo, señor —contestó Mousqueton con ademán de modestia—. No se necesita más que maña. Fui educado en el campo, y mi padre, en sus ratos de ocio, se dedicaba algún tanto a la caza furtiva.

—Y fuera de sus ratos de ocio, ¿qué hacía?

—Se dedicaba a una industria que siempre me pareció bastante lucrativa.

—¿Cuál?

—Era en tiempos de las guerras entre católicos y hugonotes, y como veía que hugonotes y católicos se exterminaban mutuamente, ideó para su uso particular una creencia mixta, lo cual le permitía ser católico o hugonote según las circunstancias. Ahora bien, mi padre solía pasearse con la escopeta al hombro, detrás de los setos que orillan los caminos, y cuando veía venir un católico solo, inmediatamente sentía despertarse en su espíritu las creencias protestantes. Entonces encaraba su escopeta al viandante, y al hallarse este a diez pasos de la boca del arma, mi padre entablaba con aquel un diálogo que casi siempre acababa de la misma manera: soltando el viandante la bolsa para salvar el pellejo. No necesito decir que si el viandante era hugonote, a mi padre se le despertaba un fervor católico tan ardiente, que no acertaba a explicarse cómo, un cuarto de hora antes, pudiera habérsele ocurrido duda alguna respecto de la superioridad de nuestra religión. Porque yo soy católico, señor, así como mi hermano mayor protestante. Tal quiso mi padre, fiel a sus principios.

—¿Y qué fin tuvo un hombre tan aprovechado? —preguntó D'Artagnan.

—Pésimo, señor. Un día se encontró cogido en una hondonada entre un hugonote y un católico con quienes ya se las había habido, y como el católico y el hugonote lo conocieron, se aunaron contra él y lo colgaron de un árbol; luego fueron a jactarse de su calaverada en la taberna del primer villorrio que encontraron al paso y en la cual nos hallábamos mi hermano y yo.

—¿Y qué hicisteis?

—Les dejamos hablar —respondió Mousqueton—. Luego, al salir de la taberna, los ahorcadores de mi padre tomaron por caminos opuestos, y mi hermano fue a emboscarse en el del católico, y yo en el del protestante. Dos horas después estaba todo acabado: les habíamos expedido pasaporte para el otro barrio, a la vez que admirábamos la previsión de nuestro pobre padre, que tomara la precaución de educarnos a cada uno en una religión distinta.

—En efecto —exclamó D'Artagnan—, me parece que, como decís, vuestro padre fue muy avispado; pero ¿no habéis dicho también que el honrado sujeto se dedicaba, en sus ratos de ocio, a la caza furtiva?

—Sí, señor, y él fue quien me enseñó a hacer nudos corredizos y a colocar sedales. Gracias a ello he podido dedicarme nuevamente a mi antiguo oficio al ver que nuestro tacaño posadero nos daba a comer viandas rústicas, buenas para palurdos, pero no para estómagos tan debilitados como los nuestros. Pues sí, mientras me estoy paseando por el bosque de m. le Prince, tiendo nudos corredizos en las pasadas, y al tumbarme junto a los estanques de su alteza, deslizo los sedales en el agua. De manera que ahora, gracias a Dios, nada nos falta, como su merced puede ver con sus propios ojos: ni perdices ni conejos ni carpas ni anguilas, alimentos todos ellos ligeros y sanos, convenientes para quien tiene la salud quebrantada.

—Pero ¿quién proporciona el vino? ¿Vuestro posadero? —preguntó D'Artagnan.

—Sí y no.

—No entiendo.

—Él lo proporciona, es verdad, pero no sabe que tiene la honra de proporcionárnoslo.

—Explicaos, Mousqueton, vuestra conversación es por demás instructiva.

—Pues sí, señor; en una de mis peregrinaciones me encontré por chiripa con un español que había visto muchas tierras, entre otras, el Nuevo Mundo.

—¿Qué tiene que ver el Nuevo Mundo con las botellas que están sobre esa papelera y sobre esa cómoda?

—Tenga paciencia su merced, todo se andará.

—Decís bien; venga, continuad.

—El español a que quiero referirme tenía un lacayo que lo había acompañado a México; este lacayo era un paisano mío, de manera que amistamos tanto más pronto cuanto su carácter y el mío tenían más de un punto de contacto. A los dos nos

gustaba la caza sobre todas las cosas, de suerte que mi paisano me contó que en las pampas, los aborígenes cazan tigres y toros cogiéndolos por el cuello con simples nudos corredizos. Yo, al principio, no quise creer que pudiese llegarse a un grado tal de destreza, porque eso de arrojar a veinticinco o treinta pasos la extremidad de una cuerda, y que la cuerda agarre donde uno quiere, se me resistía; pero, ante la evidencia, no me cupo sino callar. Pues sí, mi amigo colocaba una botella a treinta pasos, y valiéndose de un nudo corredizo, la cogía por el gollete, sin marrar ni una sola vez. Entonces yo me entrené en tal ejercicio, y como la naturaleza no se ha mostrado avara conmigo, hoy arrojo el lazo con tanta destreza como el que más. ¿Comprende ahora vuestra merced? Nuestro posadero posee una bodega muy bien provista, pero de la que lleva siempre la llave en el bolsillo. Sin embargo, como la bodega tiene una lumbrera, por ella hago yo pasar el lazo, y como sé dónde está el rincón de lo bueno, en él pesco. Ahí tiene su merced explicado cómo el Nuevo Mundo está en relación con las botellas de la cómoda y de la papelera. Si ahora quiere su merced catar nuestro vino y decirnos con toda franqueza qué tal le sabe…

—Gracias, acabo de almorzar —contestó el mozo.

—Y bien, pon la mesa —dijo Porthos a su lacayo—, y mientras almorcemos, D'Artagnan nos contará qué ha sido de él durante los diez días que no lo hemos visto.

—De mil amores —repuso D'Artagnan.

Mientras Porthos y Mousqueton almorzaban con apetito de convalecientes y la cordial fraternidad que une a los hombres en la desgracia, D'Artagnan les hizo sabedores de que Aramis, herido, se había visto obligado a detenerse en Crèvecœur, de que había dejado a Athos en Amiens, resistiendo a cuatro hombres que lo acusaban de monedero falso, y de que él se había visto forzado a quitar de en medio al conde de Wardes para llegar a Inglaterra. Pero haciendo D'Artagnan punto aquí a su narración, solo añadió que a su regreso de la Gran Bretaña había traído consigo cuatro briosos corceles, uno para sí, y los otros tres para repartirlos entre sus amigos, y que el que correspondía a Porthos estaba ya instalado en las caballerizas de la posada.

En esto entró Planchet para decir a su amo que los caballos habían descansado ya lo suficiente, y que de ponerse luego en camino podrían dormir en Clermont.

Como D'Artagnan estaba ya casi tranquilizado respecto de Porthos, y no veía la hora de saber de sus otros dos amigos, tendió la mano al enfermo, y le manifestó que iba a ponerse en camino para continuar sus pesquisas, y que como debía regresar par la misma vía poco más o menos dentro de una semana, de paso lo recogería, si aún se hallaba en la posada.

—Es más que probable que de aquí a entonces mi luxación no me permita aún moverme —respondió—. Además, necesito quedarme en Chantilly para aguardar la contestación de la duquesa.

—Deseo que la contestación sea tan pronta como satisfactoria —dijo D'Artagnan.

Y después de haber encomendado por última vez a Mousqueton que cuidara cariñosamente de Porthos, el mozo satisfizo su gasto al posadero y anudó la marcha en compañía de Planchet, desembarazado ya de uno de sus caballos de mano.

XXVI

LA TESIS DE ARAMIS

D'Artagnan, que aunque mozo era prudentísimo, nada dijo a Porthos de su procuradora ni de su herida; por lo tanto, hizo que creía todo cuanto le contara el jactancioso mosquetero, convencido como estaba de que no hay amistad que resista a un secreto sorprendido, máxime cuando el secreto interesa al orgullo; además, el hombre que conoce la vida de otro hombre tiene sobre este una superioridad moral. Ahora bien, D'Artagnan, en sus proyectos para el porvenir, y decidido como estaba en convertir a sus tres compañeros en instrumentos de su fortuna, no sentía reunir previamente en sus manos los invisibles hilos con ayuda de los cuales contaba conducirlos.

Sin embargo, durante el camino D'Artagnan sintió el corazón oprimido por una profunda tristeza; pensaba en la linda mercera, en aquella mm. Bonacieux que debía pagarle su devoción; pero fuerza es decir que la tristeza del mozo se originaba no tanto del pesar de su dicha perdida cuanto del temor de que a aquella pobre mujer le acaeciese alguna desventura. Para él era claro como la luz que mm. Bonacieux era víctima de una venganza del cardenal y, como es sabido, las venganzas de Richelieu eran terribles. Esto expuesto, ¿cómo se explicaba que él hubiese hallado misericordia a los ojos del ministro? Él mismo lo ignoraba, e indudablemente le hubiera aclarado el misterio m. de Cavois, si este le hubiese encontrado en su casa.

No hay como un pensamiento que nos absorba todas las facultades del organismo para que el tiempo vuele y se acorte el camino. En tales casos la existencia externa tiene toda la semejanza de un dormir del que tal pensamiento fuera el sueño. A su influjo, el tiempo deja de tener medida y el espacio, distancia. Del intervalo recorrido, solo queda presente en nuestro recuerdo una niebla vaga en la cual se borran mil imágenes confusas de árboles, montañas y paisajes.

Pábulo de una alucinación semejante, y al paso que su cabalgadura quiso, D'Artagnan recorrió las seis u ocho leguas que separan Chantilly de Crèvecœur, sin que al llegar a esta última aldea recordase absolutamente nada de cuanto pudo haber visto durante el camino.

Apenas entró en Crèvecœur, se le despertó nuevamente la memoria, y moviendo a un lado y a otro la cabeza, percibió el figón en que dejara a Aramis. Entonces sacó al trote su caballo, y no se detuvo hasta la puerta de aquel.

Ahora no salió a recibir al mozo un posadero, sino una posadera; D'Artagnan, que era fisonomista, envolvió de una mirada la gruesa y regocijada figura de la dueña del figón, y vio que no tenía que andarse con fingimientos con ella, que nada tenía que temer de una fisonomía tan alegre.

—Mi buena señora —le preguntó D'Artagnan—, ¿podríais decirme qué ha sido de un amigo mío que nos vimos obligados a dejar en esta casa hace diez días?

—¿Os referís a un guapo mozo de veintitrés a veinticuatro años, bondadoso, amable y de arrogante apostura?

—El mismo; y, además, herido en un hombro.

—Cabal; todavía está aquí.

—Me devolvéis la vida, señora —exclamó D'Artagnan, apeándose y arrojando las riendas de su cabalgadura al brazo de Planchet—; ¿dónde está mi querido Aramis? Decídmelo, no veo el instante de abrazarlo.

—Perdone su merced —objetó la posadera—, pero dudo que en este instante pueda recibiros.

—¿Y eso? ¿Está por ventura con alguna mujer?

—¡Jesús, María, José! ¿Qué está diciendo ahí vuestra merced? ¡Pobre mozo! No, señor, no está con ninguna mujer.

—¿En compañía de quién, pues?

—Del párroco de Montdidier y del superior de los jesuitas de Amiens.

—¡Dios me valga! —exclamó D'Artagnan—. Entonces ¿mi pobre amigo ha empeorado?

—Al contrario, señor; sino que de resultas de la enfermedad, Dios le ha tocado en el corazón, y ha resuelto tomar el hábito.

—¡Caramba!, es verdad —exclamó D'Artagnan—, se me había olvidado que mi amigo era mosquetero interinamente.

—¿Persiste vuestra merced en verlo?

—Ahora más que nunca.

—Pues suba su merced la escalera de la derecha del patio y diríjase hasta el número cinco del segundo.

D'Artagnan tomó apresuradamente la dirección indicada y llegó a una escalera exterior, de las que quedan todavía ejemplares en los patios de las posadas antiguas. Pero no se llegaba tan fácilmente al cuarto del futuro sacerdote; los desfiladeros de la habitación de Aramis estaban guardados ni más ni menos que como los jardines de Armida; Bazin estaba de centinela en el corredor, y le cerró el paso con tanta más intrepidez cuanto después de largos años de prueba se veía próximo a conseguir el resultado al que eternamente ambicionara llegar.

En efecto, el sueño dorado de Bazin había sido siempre el de servir a un ministro del altar, y aguardaba con impaciencia el momento sin cesar columbrado en que

Aramis ahorcaría el casacón de mosquetero para vestir la sotana. Únicamente lo había retenido al servicio de un mosquetero, servicio en el cual, según él decía, no podía menos de condenar su alma, la promesa, renovada todos los días por su joven amo, de que no tardaría en ver cumplidos sus deseos.

Bazin estaba, pues, loco de contento. Ahora era probable que su amo no se desdeciría. La reunión del dolor físico y del dolor moral había producido el efecto tan largo tiempo anhelado. Aramis, a la vez doliente del cuerpo y del alma, había por fin detenido los ojos y el pensamiento en la religión, y mirado como una advertencia divina el doble accidente que le sobreviniera, queremos decir la súbita desaparición de su amante y la herida que le atravesaba el hombro.

No es de extrañar, pues, que para Bazin, atendida la disposición de su ánimo, la llegada de D'Artagnan fuese desagradable hasta más no poder, tanto más cuanto podía arrojar nuevamente a su amo en el mundanal torbellino que lo arrastrara por tanto tiempo. Bazin resolvió, pues, defender bravamente la puerta; y como, traicionado por la posadera, no podía decir que Aramis estaba ausente, se esforzó en demostrar al recién llegado que sería el colmo de la indiscreción distraer a su amo de la piadosa conferencia a que había dado principio aquella mañana y que, al decir de Bazin, no podía quedar terminada hasta la noche.

Pero D'Artagnan no tuvo para nada en cuenta el discurso de maese Bazin, y como no tenía ganas de entablar polémica con el criado de su amigo, lo apartó con una mano, y con la otra dio vuelta al pestillo de la puerta número cinco.

La puerta se abrió y D'Artagnan entró en el cuarto. Aramis, envuelto en un capote negro y con la cabeza tocada con una especie de casquete redondo y plano que tenía sus puntas y asomos de solideo, estaba sentado a una mesa oblonga, atestada de rollos de papeles y enormes infolios, y tenía a su derecha al superior de los jesuitas y a su izquierda al párroco de Montdidier. Las cortinas estaban medio cerradas y solo daban paso a una luz misteriosa, adecuada para una mística divagación. Todos los objetos mundanos que pueden herir la mirada al entrar en el cuarto de un mozo, y sobre todo de un mozo mosquetero, habían desaparecido como por arte de magia; e, indudablemente, de miedo que su vista no inclinase de nuevo a su amo a las ideas mundanas, Bazin se apoderó de la espada, las pistolas, el sombrero de plumas y los bordados y encajes de toda especie, en lugar de los cuales D'Artagnan vio, o le pareció ver, en un rincón oscuro, como unas disciplinas pendientes de un clavo de la pared.

Al ruido que hizo D'Artagnan al abrir la puerta, Aramis levantó la cabeza y conoció a su amigo; pero con gran admiración del mozo, su presencia no ejerció, al parecer, mucha impresión en el mosquetero; de tal suerte el espíritu de este se había desprendido de lo terrenal.

—Buenos días, mi querido D'Artagnan —dijo Aramis—; me place grandemente veros.

—A mí también, por más que todavía no estoy bien seguro de si estoy o no estoy hablando con Aramis —contestó el mozo.

—Con él mismo, amigo mío, con él mismo; pero ¿qué puede haberos hecho dudar?

—Temí haberme equivocado de cuarto —respondió D'Artagnan—; de buenas a primeras, me ha parecido entrar en el aposento de un sacerdote. Además, he caído en otro error al encontraros en compañía de estos señores, el de que estuvieseis enfermo de gravedad.

Los dos sacerdotes, que calaron la intención del mozo, lanzaron a este una mirada de amenaza o poco menos.

—Tal vez os estorbo —dijo D'Artagnan a Aramis, sin hacer caso de la mirada de los sacerdotes—, pues, por lo que veo, me inclino a creer que os estáis confesando con estos señores.

—¡Estorbarme vos! —repuso Aramis, sonrojándose ligeramente—, al contrario, mi buen amigo; y la prueba está en el regocijo que siento al veros sano y salvo.

Por fin se da a partido; del mal, el menos, dijo para sí D'Artagnan.

—Porque han de saber vuestras mercedes —profirió Aramis con unción y mostrando con la mano a D'Artagnan a los dos eclesiásticos— que el caballero, que es un gran amigo mío, acaba de librarse de un peligro terrible.

—Alabad a Dios, caballero —dijeron los sacerdotes, inclinándose a una.

—No he dejado de hacerlo, mis reverendos —respondió el mozo, inclinándose a su vez.

—Llegáis en ocasión propicia, mi querido D'Artagnan —dijo Aramis—; vais a ilustrar con vuestras luces la discusión. M. el director de los jesuitas de Amiens, m. el párroco de Montdidier y yo estamos argumentando sobre ciertos puntos teológicos cuyo interés nos absorbe hace ya largo rato, y tendría a dicha que vos nos dieseis vuestro parecer.

—El parecer de un soldado sobre tales extremos no tiene peso —respondió D'Artagnan, a quien empezaba a darle calambres el rumbo que tomaban las cosas—; lo mejor que podéis hacer, pues, es ateneros al saber de estos señores.

Los dos eclesiásticos se inclinaron.

—Al contrario —replicó Aramis—, vuestro dictamen nos será precioso; he aquí de qué se trata: m. el director estima que mi tesis debe ser principalmente dogmática y didáctica.

—¡Vuestra tesis! —exclamó D'Artagnan—. ¿Conque estáis haciendo una tesis?

—¡Claro! —respondió el jesuita—: para el examen que precede a la ordenación es de rigor una tesis.

—¡La ordenación! —profirió D'Artagnan, que no se avenía a dar crédito a lo que le dijeran la posadera y Bazin, y miraba con ojos de estupefacción a los tres personajes que ante sí tenía.

—Ahora bien —prosiguió Aramis, tomando en su silla de brazos la misma graciosa postura que si se hubiese hallado en casa de una dama, y mirando con complacencia su mano blanca y regordeta como la de una mujer, que tenía levantada para que la sangre bajase—; ahora bien, como habéis oído, D'Artagnan, m. el director querría que mi tesis fuese dogmática, mientras que yo quisiera que fuese ideal. Es por eso que m. el director me propone el siguiente tema, no tratado hasta ahora, y que reconozco que se presta a un amplio desenvolvimiento: «Utraque manus in benedicendo clericis inferioribus necessaria est».

D'Artagnan, cuya erudición nos es conocida, no pestañeó, al igual que hiciera con m. de Tréville a propósito de los presentes que este pretendía que el mozo recibiera de Buckingham.

—Lo cual quiere decir —continuó Aramis para facilitar la comprensión a su amigo—: «Son necesarias ambas manos cuando los clérigos de órdenes inferiores dan la bendición».

—¡Tema admirable! —exclamó el jesuita.

—¡Admirable y dogmático! —repuso el párroco, que, más o menos a la altura de D'Artagnan respecto del latín, no perdía de vista al jesuita para tomarle el paso y convertirse en su eco.

En cuanto a D'Artagnan, no participó poco ni mucho del entusiasmo de los dos sacerdotes.

—¡Admirable! Prorsus admirabile! —prosiguió Aramis—, pero que exige un estudio profundo de los santos padres y de la Sagrada Escritura. Ahora bien, he declarado sin ambages y con toda humillad a esos dos sabios eclesiásticos que las veladas de los cuerpos de guardia y el servicio del rey me habían hecho descuidar un poco los estudios. De consiguiente, sería para mí mucho más cómodo, facilius natans, si dejasen a mi elección el tema, que sería, para esos espinosos puntos teológicos, lo que la moral es para la metafísica en filosofía.

D'Artagnan se aburría soberanamente, y el párroco también.

—¡Qué exordio! —exclamó el jesuita.

—Exordium —repitió el párroco por decir algo.

—Quemadmodum inter coelorum immensitatem.

Aramis miró a D'Artagnan, y al ver que este estaba bostezando desaforadamente, dijo al jesuita:

—Hablemos francés, padre mío, y así m. D'Artagnan podrá saborear más nuestra conversación.

—Sí —respondió D'Artagnan—, como estoy fatigado del camino, todo ese latín se me escapa.

—De acuerdo —profirió el jesuita algo desorientado, mientras el cura, loco de satisfacción, dirigía a D'Artagnan una mirada de gratitud—. ¡Qué partido podría sacarse de esta glosa! Moisés, siervo de Dios… No es más que siervo, ¿comprendéis con claridad? Moisés bendice con las manos, se hace sujetar los brazos, mientras los hebreos derrotan a sus enemigos; así, pues, bendice con ambas manos. Por otra parte, ya nos dice el Evangelio: «Imponite manus, no manum». Imponed las manos, no la mano.

—Imponed las manos —repitió el cura, haciendo una mueca.

—Con san Pedro, de quien los papas son sucesores, pasa lo contrario —continuó el jesuita—. Porrige digitos. Alargad los dedos. ¿Comprendéis ahora?

—Sí, comprendo —respondió Aramis con complacencia—, pero sutil es el distingo.

—¡Los dedos! —repuso el jesuita—; san Pedro bendice con los dedos. Luego el papa bendice con los dedos también.

¿Y con cuántos dedos bendice? Con tres, uno por el Padre, otro por el Hijo y el tercero por el Espíritu Santo.

D'Artagnan, al ver que su amigo y los dos eclesiásticos se persignaban, creyó del caso imitarlos, e hizo lo mismo.

—El papa es sucesor de san Pedro y representa los tres poderes divinos; los demás, ordines inferiores de la jerarquía eclesiástica, bendicen en el nombre de los santos arcángeles y de los ángeles. Los clérigos más humildes, como diáconos y sacristanes, bendicen con el hisopo, que simula un número indefinido de dedos bendiciendo. Ahí tenéis el tema simplificado: Argumentum omni denudatum ornamento. Esto me bastaría a mí para componer dos tomos como este —prosiguió el jesuita, lleno de entusiasmo, dando una gran palmada sobre el san Crisóstomo que hacía gemir la mesa bajo su peso.

D'Artagnan se estremeció.

—Hago justicia a las bellezas de esta tesis —dijo Aramis—, pero confieso que para mí es abrumadora. Yo había escogido este texto; a ver qué tal os parece, mi querido D'Artagnan: Non inutile est desiderium in oblatione, o dicho en romance: en las ofrendas al Señor no desdice un poco de pesar.

—¡Alto ahí! —exclamó el jesuita—, esta tesis tiene sus puntas y ribetes de hereje; hay una proposición casi semejante en el Augustinus del heresiarca Jansénius, libro que, tarde o temprano, será quemado por mano del verdugo. Idos con tiento, mi joven amigo; vuestra inclinación a las falsas doctrinas va a perderos.

—Va a perderos —repitió el párroco, moviendo con dolorido ademán la cabeza a uno y otro lado.

—Tocáis el famoso punto del libre albedrío, que es un escollo mortal. Entráis de lleno en las insinuaciones de los pelagianos y de los semipelagianos.

—Pero, mi reverendo… —arguyó Aramis algo estupefacto ante la granizada de argumentos que le llovía encima.

—¿Cómo probaréis, vos —continuó el jesuita sin darle tiempo de hablar—, que uno debe suspirar por el mundo cuando se ofrece a Dios? Escuchad este dilema: Dios es Dios, y el mundo es el demonio. Suspirar por el mundo es suspirar por el demonio; esta es mi conclusión.

—Y la mía también —dijo el cura.

—Pero por favor… —repuso Aramis.

—Desideras diabolum, ¡desdichado! —exclamó el jesuita.

—¡Suspira por el demonio! ¡Ah!, mi joven amigo —profirió el párroco, lanzando un gemido—, no suspiréis por el demonio, os lo ruego.

D'Artagnan sentía algo así como si se le extraviase la razón; le parecía que se hallaba en un manicomio, y que iba a volverse loco como los tres sujetos que estaban en su presencia. Lo único que le diferenciaba de estos era que él se veía reducido al silencio por no comprender pizca el lenguaje que allí se hablaba.

—Pero hacedme la merced de escucharme —repuso Aramis con una finura bajo la cual empezaba a transparentarse la impaciencia—: yo no digo que suspiro, nunca pronunciaré semejante vocablo, pues no sería ortodoxo…

El jesuita levantó los brazos, en cuya operación le imitó el cura.

—No —continuó Aramis—; pero convenid al menos que es muy poco meritorio no ofrecer al Señor más que aquello que nos disgusta. ¿Digo bien, D'Artagnan?

—De perlas —exclamó nuestro gascón.

El cura y el jesuita dieron un brinco en sus respectivos asientos.

—Este es mi punto de partida —dijo Aramis—, es un silogismo; el mundo no carece de atractivos, es así que yo me aparto del mundo, y por lo tanto hago un sacrificio; pues la Sagrada Escritura dice claramente: haced un sacrificio al Señor.

—Esto es verdad —dijeron los antagonistas.

—Además —prosiguió Aramis, pellizcándose la oreja para enrojecerla y sacudiendo las manos para que se volviesen blancas—; además, sobre el particular he compuesto una glosa que leí el año pasado al joven m. de Voiture, y me felicitó por ella.

—¡Una glosa! —profirió con desdén el jesuita.

—¡Una glosa! —dijo maquinalmente el cura.

—Recitadla, esto nos distraerá un poco —exclamó D'Artagnan.

—No, porque es religiosa —contestó Aramis—, es teología en verso.

—¡Diablos! —profirió el gascón.

—Escuchad —dijo Aramis con ademán de modestia no exento de hipocresía:

Vosotros que lloráis un fue halagüeño
y los días pasáis en la tristeza,
un término hallaréis a tal crudeza
postrados a los pies del sacro Leño,
vosotros que lloráis un fue halagüeño.

D'Artagnan y el cura dieron muestras de halago; no así el jesuita, que persistió en su opinión.

—No entreveréis el gusto profano con el estilo teológico —profirió este último—; y si no, recordad lo que dice san Agustín: Severus sit clericorum sermo.

—Esto es, que el sermón sea claro —repuso el cura.

—Ahora bien —se apresuró a decir el jesuita al ver que su acólito echaba por los cerros de Úbeda—, vuestra tesis será del gusto de las damas, y nada más: alcanzará un triunfo parecido al que obtienen las defensas de m. Patru.

—¡Dios lo quiera! —exclamó Aramis con entusiasmo.

—¡Ah!, ya lo veis —profirió el jesuita—, en vos todavía habla en voz alta el mundo, altissima voce. ¡Oh!, mi joven amigo, seguís al mundo, y temo que la gracia no sea eficaz.

—Tranquilizaos, mi reverendo, respondo de mí.

—¡Presunción mundana!

—Me conozco, padre mío, mi resolución es irrevocable.

—Entonces ¿insistís en ese tema?

—Conozco que estoy llamado a desenvolver este, y no otro; voy, pues, a continuarlo, y espero que mañana estaréis satisfecho de las correcciones que haré en él, adaptándome a vuestros consejos.

—No apresuréis el trabajo —dijo el cura—, os dejamos en disposiciones excelentes.

—Sí, el terreno está completamente sembrado —añadió el jesuita—, y no debemos alimentar temor alguno de que la simiente haya ido a parar, parte en las piedras, parte a lo largo del camino, ni que los pajarillos del cielo se hayan comido el resto, aves coeli comederunt illam.

Cargue el diablo contigo y con tu latín, dijo para sí D'Artagnan, hastiado hasta más no poder.

—Adiós, hijo mío, hasta mañana —profirió el cura.

—Hasta mañana, joven temerario —repuso el jesuita—; prometéis ser una de las lumbreras de la Iglesia; permita Dios que esa luz no sea fuego devorador.

D'Artagnan, que durante una hora se había estado royendo las uñas de impaciencia, empezaba a comerse las yemas de los dedos.

Los dos eclesiásticos se levantaron, saludaron a Aramis y a D'Artagnan, y se encaminaron a la puerta. Bazin, que había permanecido en pie junto a aquella y había

escuchado de punta a cabo y con piadoso gusto la controversia, se acercó apresuradamente a ellos, cogió el breviario del cura y el misal del jesuita, y tomó respetuosamente la delantera para abrirles paso.

Aramis condujo a los eclesiásticos hasta el pie de la escalera y volvió a subir para reunirse con D'Artagnan, que todavía estaba atontado.

Una vez a solas, los dos amigos guardaron un silencio embarazoso, mas ya que era preciso que uno de los dos hablase, y como D'Artagnan parecía resuelto a ceder tal honra a su amigo, dijo Aramis:

—Ya lo veis, me halláis de regreso a mis ideas fundamentales.

—Os ha tocado la gracia, como decía hace poco uno de esos curas.

—Hace ya mucho tiempo que tenía decidido retirarme del mundo; ya me habéis oído hablar de ello en distintas ocasiones, ¿no es verdad?

—Sí, pero con toda franqueza os digo que siempre tomé a chanza vuestras palabras.

—¡Bromear con lo sagrado! ¡Oh! ¡D'Artagnan!

—¡Qué caramba! Bien se ríe uno de la muerte.

—Y obra mal quien tal hace, porque la muerte es la puerta que conduce a la salvación o a la perdición eternas.

—De acuerdo; pero dejémonos de teologías, si os place, Aramis; ya debéis de tener bastante para el resto del día. En cuanto a mí, casi he olvidado el latín que nunca he sabido; además, y hablando en plata, desde las diez de esta mañana no ha entrado nada en mi estómago, y tengo un hambre de mil demonios.

—Pronto comeremos, amigo mío —dijo Aramis—; pero os recuerdo que estamos a viernes y que, en dicho día, no puedo ver ni comer carne. Si os contentáis con mi comida, se compone de tetragonias cocidas y fruta.

—¿A qué dais el nombre de tetragonias? —preguntó D'Artagnan con inquietud.

—A las espinacas —respondió Aramis—; pero para vos añadiré huevos, y es una grave infracción de la regla, porque los huevos son carne, pues engendran el pollo.

—No es suculento el festín, pero no importa; me quedo, lo sufriré.

—Os agradezco el sacrificio —dijo Aramis—; si no aprovecha a vuestro cuerpo, os garantizo que aprovechará a vuestra alma.

—¿Conque definitivamente tomáis órdenes sagradas? —profirió D'Artagnan—. ¿Qué van a decir vuestros amigos? ¿Qué m. de Tréville? Os van a tildar de desertor, y ved que soy yo quien os lo digo.

—No voy a tomar órdenes sagradas, entro de nuevo en ellas, pues dejé la Iglesia por el mundo; ya sabéis que me violenté para vestir el casacón de mosquetero.

—¿Yo? No sé nada de eso.

—¡Qué! ¿Vos ignoráis cómo salí del seminario?

—De todo en todo.

—Pues escuchad mi historia; por otra parte, las Escrituras dicen: confesaos unos a otros; y me confieso a vos.

—Y yo os absuelvo de antemano, ya veis que soy hombre de bien.

—No bromeéis con lo santo, amigo mío.

—Vamos, contad, os escucho.

—Tenía yo nueve años al entrar en el seminario, y tres días antes de cumplir los veinte iba a verme cura, cuando hete aquí que una noche en que estaba en cierta casa a la que me satisfacía frecuentar, era joven, ¡qué queréis!, y débil, un oficial que me miraba con ojos llenos de celos leer las vidas de los santos a la dueña de la vivienda, entró de improviso y sin ser anunciado. Precisamente aquella noche había traducido un episodio de Judith, y acababa de leer mis versos a la dama, que me colmaba de elogios, e inclinada sobre mi hombro los releía conmigo. La postura de la dama, un tanto suelta, en verdad, mortificó al oficial, que mientras estuvo en la casa no abrió el pico; pero al salir yo, me siguió, y cuando me alcanzó, me dijo:

»"¿Os gustan los palos, señor cura?".

»"Como hasta ahora nadie se ha atrevido a dármelos", respondí, "no lo sé".

»"Pues bien", repuso el oficial, "os prevengo que si volvéis a sentar la planta en la casa dónde os he encontrado esta noche, yo me atreveré".

»Creo recordar que sentí miedo, palidecí intensamente, me flaquearon las piernas, y no atinando con respuesta alguna, me callé.

»El oficial, que esperaba mi contestación, al ver mi tardanza en hablar se echó a reír, dio media vuelta y entró nuevamente en la casa.

»Yo regresé al seminario.

»Noble como soy de buena cepa, tengo la sangre caliente, como vos podéis haber notado; el insulto era terrible, y por más que me lo infirieron a solas, lo sentía vivir y agitarse en lo más hondo de mi corazón. Entonces dije a mis superiores que no estando suficientemente preparado para la ordenación, que aplazaran un año la ceremonia, como efectivamente lo hicieron, y, puesto de acuerdo con un maestro de esgrima de París, tomé lección diaria por espacio de un año. Al llegar el aniversario del insulto que me infirieran, ahorqué mi sotana, me vestí de caballero y me fui a un baile que daba una dama amiga mía y al cual me constaba que debía concurrir mi insultador. Era en la rue des Francs-Bourgeois, junto a la prisión de la Force. En efecto, allí se hallaba mi oficial; me acerqué a él mientras estaba cantando una romanza de amor y miraba con ojos de ternura a una mujer, y le interrumpí en medio de la segunda estancia.

»"Caballero", le dije, "¿continúa desagradándoos que yo vuelva a cierta casa de la rue Payenne, y estáis todavía dispuesto a solfearme las espaldas a garrotazos si me da por desobedeceros?".

»"¿Qué queréis de mí? No os conozco", respondió el oficial después de haberme mirado largo rato con extrañeza.

»"Yo soy", repliqué, "el joven seminarista que lee las vidas de los santos y traduce a Judith en verso".

»"¡Ah!, ya recuerdo", profirió en tono de zumba el oficial; "¿qué queréis de mí?".

»"Querría que os vinieseis a dar una vueltecita conmigo".

»"Mañana por la mañana, si os place, y en ello recibiré grandísimo gusto".

»"Ha de ser ahora mismo".

»"Si os empeñáis…".

»"Lo exijo".

»"Salgamos, pues", dijo el oficial; y volviéndose hacia las damas, añadió: "Señoras mías, no interrumpáis la fiesta; estoy de vuelta dentro del tiempo estrictamente indispensable para matar al caballero; luego acabaré la última copla".

»Una vez en la calle, conduje al oficial a la rue Payenne, al sitio mismo en que un año antes, hora por hora, me infiriera el cumplido que ya sabéis. La luna brillaba en todo su esplendor. Desenvainamos, y al primer pase lo dejé en el sitio.

—¡Diablos! —profirió D'Artagnan.

—Ahora bien —prosiguió Aramis—, como las damas no vieron regresar a su cantor, y lo encontraron en la rue Payenne con el cuerpo atravesado de parte a parte, sospecharon que era yo quien lo había aviado de tal suerte, y el escándalo no fue pequeño. No me cupo, pues, otro remedio que renunciar a la sotana por algún tiempo. Athos, a quien conocí en aquel entonces, y Porthos, que aparte de las lecciones de esgrima, me había enseñado algunas estocadas magníficas, me decidieron a solicitar un casacón de mosquetero. El rey, que había tenido en gran estima a mi padre, muerto en el sitio de Arras, me concedió el casacón. Ya comprenderéis, pues, que ha llegado para mí el momento de regresar al seno de la Iglesia.

—¿Y por qué hoy en vez de ayer y de mañana? ¿Qué os ha pasado hoy, que tan malos pensamientos os ha inspirado?

—La herida esta ha sido para mí una advertencia del cielo, mi querido D'Artagnan.

—¿Esa herida? ¡Bah!, ya estáis casi curado de ella. Juraría que no es esa la que os hace padecer en la hora de ahora.

—¿Cuál, pues? —preguntó Aramis, sonrojándose.

—Tenéis una en el corazón más viva y más sangrienta, una herida causada por una mujer.

—¡Ah! —profirió Aramis, lanzando por los ojos y a pesar suyo un haz de rayos, y escondiendo su emoción tras una indiferencia fingida—, no me habléis de tales cosas. ¿Cómo queréis que yo piense en mujeres? ¿Que sienta pesares de amor? Vanitas

vanitatum. ¡Imagináis que me he sorbido los sesos!, ¿y por quién? Por alguna costurerilla, por alguna aventurera, a quienes hubiese galanteado en una guarnición. ¡Puf!

—Perdonad, amigo Aramis, pero siempre me figuré que habíais puesto vuestras miras en sitio más alto.

—¿Más alto? ¿Y quién soy yo para alimentar tamaña ambición? Un pobre mosquetero mísero y oscuro, que detesta las pasiones que imperan sobre el hombre, y se halla fuera de su centro en el siglo.

—¡Aramis! ¡Aramis! —exclamó D'Artagnan mirando a su amigo con ojos de duda.

—Polvo soy y al polvo me vuelvo. La vida está llena de humillaciones y de dolores —continuó Aramis con acento cada vez más sombrío—; uno tras otro van rompiéndose en la mano del hombre los hilos que lo sujetan a la dicha, y, más que todos, los hilos de oro. ¡Oh!, mi querido D'Artagnan —repuso Aramis, dando a su voz un ligero barniz de amargura—, creedme, cuando tengáis llagas, escondedlas cuidadosamente. El silencio es el último gozo de los desventurados; guardaos de poner a persona alguna en la huella de vuestros dolores, pues los curiosos chupan nuestras lágrimas como las moscas la sangre de un gamo herido.

—¡Ay, mi querido Aramis! —dijo D'Artagnan tras un suspiro—, no parece sino que estáis contando mi misma historia.

—¿Cómo?

—Sí, acaba de serme arrebatada una mujer a quien amo, que adoro, y no sé dónde está, a qué paraje se la han llevado; quizá gime en oscura prisión, tal vez ya no alienta.

—Pero a vos os queda por lo menos el consuelo de deciros a vos mismo que ella no os ha abandonado voluntariamente; que si de ella no sabéis nueva alguna, es porque le está vedada toda comunicación con vos, en tanto que…

—¿Qué?

—Nada, nada —contestó Aramis.

—¿Así pues, renunciáis para siempre jamás al mundo? ¿Es una resolución firme e inquebrantable?

—Para siempre jamás —respondió Aramis—. Vos sois para mí, hoy, un amigo, mañana no seréis a mis ojos más que un espectro, o más bien dicho, habréis dejado de existir. En cuanto al siglo, no es más que un sepulcro.

—¡Diablos!, es muy triste lo que estáis diciendo.

—¡Qué queréis!, mi vocación me atrae, me arrebata. D'Artagnan sonrió, pero no profirió palabra.

—Y, sin embargo —continuó Aramis—, mientras me unen todavía algunos lazos a la tierra, querría haberos hablado de vos y de nuestros amigos.

—Y yo querría haberos hablado de vos —repuso D'Artagnan—; pero os veo tan desapegado de todo… Para vos, el amor es un asco, los amigos espectros y el mundo un sepulcro.

—¡Ay!, con vuestros propios ojos lo veréis —dijo Aramis, dando un suspiro.

—No se hable más de ello —profirió D'Artagnan—, y quememos esta carta que indudablemente os anunciaba alguna nueva infidelidad de vuestra costurera.

—¿Qué carta? —exclamó con viveza Aramis.

—Una carta que llevaron a vuestra casa durante vuestra ausencia y me la han entregado para que os la diera.

—Pero ¿de quién procede esa carta?

—De alguna fregona desconsolada, de alguna costurera sin esperanzas, o tal vez de la doncella de mm. de Chevreuse, que se habrá visto obligada a volverse a Tours con su ama, y que para presumir de elegante habrá escrito en papel perfumado, y sellado su carta con una corona ducal.

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Cielo santo! ¡La habré perdido! —exclamó con socarronería el mozo mientras se tanteaba las ropas haciendo que la buscaba—. Suerte que el mundo es un sepulcro, los hombres, y por tanto las mujeres, espectros, y el amor un afecto que da náuseas, que si no…

—¡Ah! ¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —exclamó Aramis—, me estás matando.

—¡Por fin! Aquí está —dijo el gascón, sacando la carta de su faltriquera.

Aramis dio un brinco, tomó la carta y la leyó, ¿leyó, dije? La devoró.

—Parece que la doncella tiene un estilo elegante —dijo con negligencia el mensajero al ver el radiante rostro de su amigo.

—¡Gracias, D'Artagnan, gracias! —exclamó Aramis, casi delirante—. Se ha visto forzada a volver a Tours; no me es infiel, continúa amándome. Ven, amigo mío, ven que te abrace; la dicha me sofoca.

Y los dos amigos se pusieron a danzar en torno del venerable san Crisóstomo, pateando a más y mejor las cuartillas de la tesis, que habían rodado por el suelo.

En esto entró Bazin con las espinacas y la tortilla.

—¡Huye, desventurado! —gritó Aramis, arrojándole a la cara su casquete—; vuélvete allí de donde vienes, llévate esas asquerosas verduras y esos horripilantes entremeses, y pide una liebre mechada, un capón cebado, una pierna de carnero en salsa de ajos y cuatro botellas de borgoña rancio.

Bazin, que miraba a su amo sin comprender pizca de tal cambio, dejó caer melancólicamente la tortilla en las espinacas y las espinacas al suelo.

—Este es el momento de consagrar vuestra vida al Rey de Reyes —dijo D'Artagnan a Aramis—, si deseáis mostraros obsequioso con él: Non inutile est desiderium in oblatione.

—Al diablo con vuestro latín —exclamó Aramis—. ¡Bebamos, caramba!, y bebamos mucho y bueno, y contadme qué pasa en París.

XXVII

LA MUJER DE ATHOS

—Ahora solo falta saber de Athos —dijo D'Artagnan al pisaverde Aramis, cuando le hubo puesto al corriente de lo que, desde su partida, pasara en la capital y una suculenta comida consiguió que el uno olvidase su tesis y el otro su cansancio.

—¿Y vos creéis que le ha acaecido alguna desgracia? —preguntó Aramis—. ¡Athos es tan sereno, tan bravo, y esgrime tan magistralmente la espada!

—Nadie aprecia más que yo el valor y la destreza de Athos —profirió el mozo—; pero por mi fe que prefiero sentir en mi espada el choque de las lanzas que no el de los garrotes; temo que Athos no haya sido apaleado por la chusma, los criados son gente que pegan fuerte y no acaban presto. Esta es la causa por la cual quisiera yo anudar antes el camino.

—Veré de acompañaros —dijo Aramis—, aunque no me siento con fuerzas para montar a caballo. Ayer ensayé las disciplinas que veis allí colgada de aquel clavo, y el dolor me impidió continuar tan piadoso ejercicio.

—Claro, ¿quién ha visto curar un arcabuzazo con un sacudidor? Pero como estabais enfermo y la enfermedad debilita la inteligencia, se os puede disculpar.

—¿Cuándo partís?

—Mañana, al quebrar el alba; descansad esta noche cuanto os sea posible, y mañana, si os halláis con fuerzas suficientes, partiremos juntos.

—Hasta mañana, pues —dijo Aramis—, porque por mucho que seáis de bronce, debéis de estar necesitado de reposo.

Al día siguiente, D'Artagnan, al entrar en el cuarto de Aramis, halló a este asomado a la ventana.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó el gascón a su amigo.

—Tres magníficos corceles que los mozos de caballos tienen de la brida; es un placer de príncipe el viajar en tales cabalgaduras.

—Pues os daréis este placer, mi querido Aramis; uno de esos caballos es vuestro.

—¡Bah! ¿Cuál?

—Escoged: no tengo predilección por ninguno de ellos.

—¿Y también es mío el soberbio caparazón que lo cubre?

—También.

—De broma estáis, mi querido D'Artagnan.

—No lo estoy desde que habláis francés.

—¿Son para mí aquellas doradas pistoleras, aquella gualdrapa de terciopelo y aquella silla guarnecida de plata?

—Para vos, como el caballo que está piafando es mío, como es de Athos el que caracolea.

—¡Diantre! —exclamó Aramis—, son tres brutos preciosísimos.

—Me place que sean de vuestro gusto.

—¿Es el rey quien os ha hecho tan rico presente?

—Desde luego, no ha sido el cardenal; pero no os toméis la molestia de indagar de dónde proceden; pensad únicamente que uno de ellos es vuestro.

—Me quedo con el que tiene de la brida el criado petirrojo.

—Conforme.

—¡Vive Dios! —exclamó Aramis—, esto acaba de quitarme el dolor; en un caballo como ese montaría yo con treinta balas en el cuerpo. ¡Vaya unos estribos! ¡Bazin!, llegaos acá inmediatamente.

Bazin apareció, murrio y cabizbajo, al umbral del aposento.

—Limpiad mi espada, enderezad mi sombrero, cepillad mi capa y cargad mis pistolas —dijo Aramis a su lacayo.

—La última recomendación es inútil —repuso D'Artagnan—: en las pistoleras las hay cargadas.

Bazin lanzó un suspiro.

—Vamos, maese Bazin, tranquilizaos —dijo D'Artagnan—: en todas las condiciones de la vida puede uno ganar el reino de los cielos.

—¡Mi señor era ya tan buen teólogo! —contestó Bazin, haciendo pucheritos—: hubiera llegado a obispo y quizás a cardenal.

—¡Qué caramba! Bazinillo, tómate el trabajo de reflexionar un poco —dijo Aramis—. ¿De qué sirve ser eclesiástico? No por eso se zafa uno de ir a la guerra; ya ves tú, el cardenal va a emprender la primera campaña con el casco en la cabeza y la partesana al puño. ¿Y qué me dices de m. de Nogaret de La Valette?, ¿no es también cardenal? Pues pregúntale a su lacayo cuántas veces ha hecho hilas para él.

—Ya lo sé, mi señor —profirió Bazin, dando un suspiro—: todo anda hoy trastornado en el mundo.

Entretanto, los dos jóvenes y el lacayo habían bajado a la calle.

—Tenme el estribo, Bazin —dijo Aramis, subiéndose sobre la silla con su gracia y ligereza habituales.

Pero después de algunas vueltas y algunas corvetas del noble bruto, el mosquetero sintió tan insoportables dolores, que palideció y se tambaleó.

D'Artagnan que, en previsión de tal accidente, no había perdido de vista a Aramis, se abalanzó sobre él, le retuvo en sus brazos y lo condujo a su aposento.

—Ya iré yo solo en busca de Athos —profirió el gascón—; cuidaos, mi querido amigo.

—Sois de bronce —dijo Aramis a D'Artagnan.

—No lo creáis, estoy de suerte y nada más; pero ¿cómo vais a matar el tiempo aguardándome?, porque supongo que ya habéis dado carpetazo a las glosas sobre los dedos y las bendiciones, ¿eh?

—Compondré versos —contestó Aramis, sonriendo.

—Ya, versos que huelan al billete de la doncella de marras.

¿Por qué no enseñáis la prosodia a Bazin? Esto le consolará.

¡Ah!, montad todos los días el caballo, no sea sino espacio de un cuarto de hora; así os acostumbraréis a manejarlo.

—Nada temáis, me hallaréis pronto a seguiros.

Los dos amigos se despidieron y, diez minutos más tarde, después de haber recomendado a su amigo a Bazin y a la posadera, D'Artagnan iba al trote camino de Amiens.

¿Qué tal hallaría a Athos nuestro gascón? ¿Daría con él? Crítica era la situación en que lo dejara, y podía muy bien haber sucumbido a ella. Ese pensamiento entristeció el espíritu de D'Artagnan, le arrancó algunos suspiros y le hizo formular mentalmente algunos juramentos de venganza. Athos era su amigo de más edad, y por lo tanto el menos afín, en apariencia, con sus gustos y sus simpatías.

Sin embargo, el mozo sentía por Athos una marcada preferencia. El ademán noble y distinguido de aquel, el brillo de grandeza que de tiempo en tiempo brotaba de la oscuridad en que voluntariamente se encerrara; la inalterable calma que hacía de él el más dócil compañero de la tierra; su alegría pesarosa y mordaz, y su valentía a la que pudiera haberse llamado ciega si no hubiese sido hija de una admirable serenidad de ánimo, más que la estimación y la amistad, despertaban en D'Artagnan la admiración.

En efecto, parangonado con m. de Tréville, noble y elegante cortesano, Athos, en sus días de predisposición alegre y placentera, podía sostener con ventaja la comparación. Era de estatura media; pero tan portentosamente gallardo y bien proporcionado, que más de una vez, en sus luchas con Porthos, había sometido al gigante, cuya fuerza física se había vuelto proverbial entre los mosqueteros; su cabeza, de ojos perspicaces, nariz recta y barbilla abultada como la de Brutus, tenía un sello inefable de gracia y grandeza. ¿Y las manos? Las manos de Athos, que este no cuidaba en absoluto, eran la desesperación de Aramis, que cultivaba las suyas con pasta de almendras y aceite aromatizado; el sonido de su voz era penetrante y armonioso; y por último, lo indefinible en Athos, que siempre se hacía oscuro y pequeño, era su ciencia del mundo, su conocimiento de las costumbres de la

sociedad más excelsa, el garbo de gran señor que se trasparentaba hasta en la más nimia de sus acciones.

Si se trataba de una comida, Athos la ordenaba mejor que cualquier otro hombre de mundo, colocando a los convidados en el sitio y según la representación que les brindaran sus antepasados o se crearan ellos mismos; si era de ciencia heráldica, conocía todas las familias nobles del reino, su genealogía, casamientos y el origen de sus escudos de armas. Ninguna minucia de la etiqueta le era extraña; sabía cuáles eran los derechos de los grandes propietarios, y conocía tan al dedillo la montería y la cetrería, que hablando, en cierta ocasión, de este gran arte con Luis XIII, llenó de asombro al rey, que en tal concepto era maestro consumado.

Como todos los grandes señores de aquel tiempo, Athos era peritísimo en la equitación y en el ejercicio de las armas. En una palabra, había recibido una educación tan esmerada, incluso desde el punto de vista escolástico, estudio al que raramente se dedicaban los nobles de aquel tiempo, que los fragmentos en latín que soltaba Aramis le hacían sonreír, y parecía comprender a Porthos; y aun dos o tres veces y con gran admiración de sus compañeros, había acaecido que al hacer Aramis una cita de rudimento errónea, él pusiera nuevamente un verbo en su tiempo y un nombre en su caso. En cuanto a su probidad era intachable, y eso que vivía en un siglo en el que los militares transigían fácilmente con su religión y su conciencia, los amantes con la delicadeza rigurosa de nuestros días, y los pobres con el séptimo mandamiento. Athos era, pues, en toda la extensión de la palabra, un ser extraordinario.

Ello no obstante, se veía que aquel hombre tan distinguido, aquella criatura tan acabada, aquella esencia tan fina, insensiblemente iba inclinándose a la vida material, como hacia la flaqueza física y moral declinan los ancianos. Athos, en sus horas de privación, que eran muchas, perdía su parte luminosa, y sus brillantes cualidades desaparecían en un tenebroso abismo.

Entonces, muerto el semidiós, apenas si quedaba el hombre. Con la cabeza caída al pecho, turbios los ojos, tardía y pesada la palabra, Athos pasaba horas enteras contemplando su botella y su vaso, o bien a Grimaud, el cual, acostumbrado a obedecer por señas, leía en las inexpresivas pupilas de su amo hasta su más pequeño deseo y lo satisfacía al punto. Si los cuatro amigos se reunían cuando Athos se hallaba en semejante disposición de espíritu, todo el contingente que aquel ser privilegiado proporcionaba a la conversación se reducía a una frase vertida con inusitado esfuerzo. En cambio, Athos bebía él solo por cuatro, y eso sin que se advirtiera más que por un entrecejo más marcado y una tristeza más profunda.

D'Artagnan, de quien ya nos es conocido el carácter investigador y perspicaz, por mucho que ardiera en deseos de satisfacer su curiosidad respecto de aquel hombre, aún no había podido asignar causa alguna a semejante marasmo, ni observarla en dichas ocasiones, pues Athos no recibía carta alguna, ni hacía la más pequeña

diligencia que de sus amigos no fuese conocida. No podía atribuirse al vino la tristeza de Athos, pues solo para combatir la tristeza se daba a la bebida, por más que la bebida lo abismara en tristeza todavía más amarga. Tampoco podía atribuirse al juego su exceso de melancolía, pues, al contrario de Porthos, que acompañaba de cantos o blasfemias las volubilidades de la suerte, Athos, así en la ganancia como en la pérdida, permanecía impasible. En el círculo de los mosqueteros le habían visto ganar una noche mil pistolas, y perderlas junto con el cinturón bordado de oro de los días de gala, para recuperarlo todo, más cien luises, sin que sus hermosas cejas hubiesen subido o bajado media línea, ni sus manos perdido su nacarado color, ni su conversación, que era agradable aquella noche, hubiese dejado de ser sosegada y atractiva. Tampoco era, como les pasa a los ingleses, la influencia atmosférica la causa de su melancolía, pues su tristeza solía ser mayor cuando llegaban los más hermosos días del año: junio y julio eran para Athos meses terribles. Lo presente no le causaba pesadumbre alguna, y cuando le hablaban del porvenir, encogía los hombros; su secreto radicaba, pues, en lo pasado, como le dijeran de un modo vago a D'Artagnan. Este matiz misterioso hacía más interesante todavía al hombre cuyos ojos y cuya boca, ni aun en estado de embriaguez completa, habían hecho nunca revelación alguna, por muy hábilmente que se le hubiese interrogado.

—A estas horas —dijo D'Artagnan—, quizás el pobre Athos esté muerto, y por mi culpa, porque yo soy quien le he metido en este asunto, del que él ignoraba el origen, del que ignorará el resultado y del cual no debía sacar provecho alguno.

—Sin contar, mi amo —profirió Planchet—, que es muy probable que le debamos la vida. Acordaos, cuando nos dijo a grandes voces que huyésemos, de que a él lo habían cogido.

¡Y qué terrible ruido hacía con su espada después de haber descargado sus pistolas! No parecía sino que allí había veinte hombres, o más bien veinte diablos furiosos.

Las palabras de Planchet redoblaron el ardor de D'Artagnan, que espoleaba a su caballo, el cual, no necesitando que le excitaran, llevaba a su jinete al galope.

A las once de la mañana nuestros viajeros llegaron a vista de Amiens, y a las once y media se apearon a la puerta de la posada maldita.

D'Artagnan, que con frecuencia había meditado contra el pérfido posadero una de esas venganzas que solo el pensar en ellas consuela, entró en la posada con el sombrero encasquetado, la siniestra en la empuñadura de su espada, y haciendo silbar con la diestra su látigo.

—¿Me conocéis? —preguntó el mozo al posadero, que se acercó a él para saludarlo.

—No me cabe esta honra, monseñor —respondió el interpelado, con los ojos todavía deslumbrados por el brillante equipaje con que D'Artagnan se presentaba.

—Conque no me conocéis, ¿eh?

—No, monseñor.

—Pues en una daca las pajas os refrescaré la memoria.

¿Qué habéis hecho de aquel hidalgo a quien hace unos quince días tuvisteis la audacia de acusar de monedero falso?

El posadero palideció, pues D'Artagnan había tomado la actitud más amenazadora, y Planchet se amoldó a la de su amo.

—¡Ah!, monseñor, no me habléis de este asunto —exclamó el posadero con su voz más lacrimosa—; ¡cuán cara he pagado esta falta! ¡Ah! ¡Desventurado de mí!

—¿Qué ha sido de aquel hidalgo, os repito?

—Dignaos a escucharme, monseñor, y sed clemente. Sentaos, por favor.

D'Artagnan, mudo de cólera y de zozobra, se sentó, amenazador como un juez; Planchet se arrimó con ademán terrible al sillón de su amo.

—Voy a contaros lo que pasó, monseñor —repuso el posadero, temblando de pies a cabeza—, pues ahora os conozco: vos sois el que partió cuando tuve la desdichada desavenencia con el hidalgo a quien os referís.

—Sí, soy yo; de consiguiente, ya veis que no hay que esperar compasión como no me digáis la verdad monda.

—Dígnese vuestra merced a escucharme, y la sabrá toda entera.

—Os escucho.

—Recibí un aviso de la autoridad, en el cual se me decía que cuanto antes iba a llegar a mi posada un célebre monedero falso acompañado de algunos de sus amigos, todos ellos disfrazados de guardias o de mosqueteros.

—Adelante.

—Al pie del aviso se me daba la filiación de vuestras mercedes, así como la de vuestros lacayos y de vuestros caballos.

—¿Qué más? ¿Qué más? —dijo D'Artagnan, que inmediatamente vio de dónde provenía una filiación tan puntual.

—Conforme con las órdenes de la autoridad, que me envió un refuerzo de seis hombres, tomé las disposiciones que juzgué del caso para asegurarme de la identidad de los supuestos monederos falsos.

—¡Otra vez! —exclamó D'Artagnan, a quien el calificativo de monederos falsos le exasperaba hasta más no poder.

—Perdonad, monseñor, si empleo tales palabras, pero precisamente son mi descargo. La autoridad me había metido el miedo en el cuerpo, y vos ya sabéis, señor, que un posadero debe procurar no ofender a la autoridad.

—Bueno, sí, pero ¿qué ha sido de aquel hidalgo? ¿Dónde se halla? ¿Vive? ¿Murió?

—Paciencia, monseñor, ya estamos en ello. Sucedió, pues, lo que vos sabéis, y vuestra precipitada salida —añadió el posadero con una malicia que no pasó inadvertida a D'Artagnan— pareció autorizar el expediente de que se echó mano. Vuestro amigo se defendió como un león, y su lacayo, que por una fatalidad imprevista había buscado quimera a los agentes de la autoridad, disfrazados de mozos de caballos…

—¡Ah! ¡Tunante! —exclamó D'Artagnan—, ¿conque estabais de acuerdo? No sé cómo no os extermino a todos.

—¡Ay!, monseñor —profirió el posadero—, no estábamos de acuerdo, y de ello vais a cercioraros inmediatamente. El caballero vuestro amigo, de quien no tengo la honra de saber el nombre, después de haber puesto fuera de combate de dos pistoletazos a dos hombres, se batió en retirada, defendiéndose con su tizona, con la que hirió a uno de mis criados y a mí me dejó aturdido de un cintarazo.

—¿Acabarás de una vez, verdugo? —dijo D'Artagnan—. ¿Qué fue de Athos?

—Mientras se estaba batiendo en retirada, halló tras de sí la escalera de la bodega, y como la puerta estaba abierta, se apoderó de la llave y se parapetó por la parte de adentro. Entonces le dejaron libre, seguros de que allí lo encontrarían cuando quisiesen.

—Lo comprendo —profirió D'Artagnan—, no había empeño en matarlo; solo buscaban reducirlo a prisión.

—¡Ángeles y serafines! —exclamó el posadero—, ¿reducirlo a prisión decís, monseñor? Pero ¡si él mismo se aprisionó! ¡Y que no hizo antes poco estrago! Por el pronto había matado a un hombre y herido gravemente a dos, heridos y muerto a quienes se llevaron sus compañeros, sin que nunca jamás haya vuelto yo a saber de ellos. Yo en persona, una vez me hube recobrado, fui a ver al señor gobernador, a quien referí cuanto pasara y le pregunté qué debía hacer yo con el preso. Pero no pareció sino que m. el gobernador acababa de caer de las nubes, pues me dijo que no sabía de qué le estaba hablando, que las órdenes que yo recibiera no emanaban de él, y que si por mi desventura le inmiscuía en tal fregado, me haría ahorcar. Por lo que se ve, monseñor; me equivoqué de medio a medio, detuve a uno por otro, y aquel a quien debía prender se había escapado.

—Pero bien, ¿y Athos? —exclamó D'Artagnan, exasperada todavía más su impaciencia al ver el abandono en que la autoridad dejaba el asunto—; ¿qué ha sido de Athos?

—Como yo tenía prisa de reparar los agravios que infiriera al preso —continuó el posadero—, me encaminé a la cueva para devolverle la libertad. ¡Ah!, monseñor, el preso no era ya un hombre, sino un demonio. ¿Sabéis lo que contestó al proponerle yo dejarlo libre? Pues contestó que mi proposición no era más que un lazo que le armaban y que antes de salir quería imponer condiciones. Yo, que no me forjaba

ilusiones respecto del mal paso en el que me había metido al poner la mano sobre un mosquetero de su majestad, le respondí con toda humildad que estaba pronto a someterme a las que él me impusiera.

»"Ante todo exijo que se me restituya mi lacayo junto con sus armas", dijo el preso.

»La orden fue cumplida inmediatamente, tanto más cuanto estábamos dispuestos a hacer todo lo que se le antojara a vuestro amigo. M. Grimaud, que así dijo el lacayo que se llamaba, por más que habla muy poco, fue pues descendido a la cueva, pese a sus heridas, y una vez su amo se hubo hecho cargo de él, atrancó nuevamente la puerta y nos ordenó que nos quedásemos en nuestra tienda.

—Bien, sí, pero ¿dónde está Athos? —exclamó D'Artagnan.

—En la cueva, señor.

—¡Cómo, desdichado! ¿Desde aquel día lo retenéis en la cueva?

—¡Qué! ¿Nosotros retenerlo en la cueva? ¡Ah!, monseñor, se conoce que ignoráis lo que está haciendo en ella vuestro amigo. ¡Monseñor! ¡Monseñor! Si vos consiguieseis hacerlo salir de la cueva, mi gratitud para con vos sería eterna, os adoraría como a mi patrono.

—¿Conque está en la cueva?, ¿y le encontraré en ella? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, señor; se ha obstinado en no moverse de allí. Todos los días se le baja pan por la lumbrera, al extremo de una horca, y carne cuando la pide; pero, ¡ay!, lo que principalmente consume no es carne ni pan. Una vez intenté bajar con uno o dos criados míos, pero se enfureció de una manera terrible, y oí como él amartillaba sus pistolas y su lacayo hacía lo mismo con su mosquetón. Entonces les preguntamos cuáles eran sus intenciones, y vuestro amigo, monseñor, nos respondió que entré él y su lacayo poseían cuarenta cargas, y que dispararían hasta la última antes de consentir que uno de nosotros entrara en la cueva. Entonces fui a quejarme al señor gobernador, y por todo consuelo oí de su boca que no me pasaba más que lo que me merecía, y que esto me enseñaría a andarme con más tiento en insultar a los nobles señores que se hospedaban en mi casa.

—¿De modo que desde entonces…? —profirió D'Artagnan, no pudiendo menos de reírse al ver la triste figura del posadero.

—Desde entonces, monseñor —continuó el posadero—, llevamos la vida más triste que se pueda imaginar; porque es menester que sepa vuestra merced que todas nuestras provisiones están en la bodega, en ella guardamos el vino embotellado y, en barriles, la cerveza, el aceite y las especias, la manteca y los salchichones; y como nos está vedado bajar a ella, nos vemos obligados a negar la comida y la bebida a los huéspedes que nos llegan, de manera que nuestra posada va desacreditándose cada día más. Como vuestro amigo permanezca otra semana en la cueva, no hay remedio para nosotros, quedamos arruinados.

—Y sería muy justo, bribón. ¿No visteis en nuestro porte que éramos gente de calidad y no monederos falsos?

—Sí que lo vi, señor… Pero escuchad, otra vez se enfurece.

—Señal que le habrán molestado —dijo D'Artagnan.

—Es imposible no molestarlo —exclamó el posadero—; acaban de llegar a la posada dos caballeros ingleses.

—¿Y qué?

—Que los ingleses son amantes del vino caro, ya lo sabe vuestra merced, y esos han pedido del más generoso. Mi mujer habrá solicitado de m. Athos licencia para entrar en la cueva con el fin de satisfacer a los ingleses y, como de costumbre, vuestro amigo se habrá negado. ¡Virgen Santísima! ¿Oís? Redobla la gresca.

En efecto, D'Artagnan oyó un gran ruido del lado de la cueva, y levantándose y precedido del posadero, que se mesaba las barbas, y seguido de Planchet, que llevaba preparado el mosquetón, se acercó al teatro del escándalo.

Los dos ingleses, que habían hecho una larga caminata y perecían de hambre y sed, estaban exasperados.

—Es una tiranía que ese loco prive a estas buenas gentes el uso de su vino —gritaban los ingleses en francés castizo aunque con dejo extranjero—. Hundamos la puerta, y si tan furioso está, lo matamos y se acabó.

—¡Poco a poco, señores! —dijo D'Artagnan, sacando sus pistolas de su cinto—; aquí no se mata a persona alguna.

—Bueno, bueno —decía detrás de la puerta la voz tranquila de Athos—, dejadles a esos traganiños que entren, y luego veremos.

Los ingleses, por más que, al parecer, eran valientes, se miraron uno a otro con indecisión, como si en aquella cueva hubiese habido uno de esos ogros famélicos, gigantescos héroes de las leyendas populares, de los que no se fuerza impunemente la caverna.

Por algunos instantes, reinó el más profundo silencio, hasta que por fin los ingleses se avergonzaron de retroceder, y el más malhumorado de los dos bajó cinco de los seis peldaños que componían la escalera y dio en la puerta una patada capaz de derribar una pared maestra.

—Planchet —dijo D'Artagnan, amartillando sus pistolas—, yo me encargo de este que está aquí arriba, encárgate tú del que está abajo. ¿Conque queréis sarracina, señores? Pues por mi honor que la habrá, y de la buena.

—¡Calle! —exclamó la voz profunda de Athos—, me parece que estoy oyendo a D'Artagnan.

—En carne y hueso, amigo mío —contestó el mozo, levantando también la voz.

—Magnífico —repuso Athos—; ahora vamos a sentarles las costuras a esos hundepuertas.

Los ingleses habían desnudado sus espadas, mas como se hallaron cogidos entre dos fuegos, titubearon por un instante; sin embargo, y como la primera vez, el orgullo cegó al malhumorado, que de una segunda patada hizo crujir de arriba abajo la puerta.

—Hazte a un lado, D'Artagnan, que voy a disparar —gritó Athos.

—Paciencia, Athos —dijo D'Artagnan, a quien nunca abandonaba la reflexión; y, volviéndose hacia los ingleses, añadió—: Ved lo que hacéis, os enfrascáis en un mal negocio y vais a salir de él acribillados. Mi lacayo y yo os haremos tres disparos, y otros tantos os harán desde la cueva, y luego nos quedarán las espadas, que, en verdad os lo digo, mi amigo y yo esgrimimos tal cual. Dejad, pues, a mi cuidado el pergeñar este asunto en bien de todos. Palabra que antes de poco podréis beber vino.

—Si queda —dijo la voz zumbona de Athos.

—¡Cómo si queda! —murmuró el posadero, que sintió como si se le precipitara un torrente de hielo por la espina dorsal.

—¡Qué diablos! Quedará —repuso D'Artagnan—; sosegaos, no es posible que ellos dos solos se hayan bebido toda la bodega. Vamos, caballeros, volved a sus vainas las espadas.

—Y vos vuestras pistolas al cinto —replicaron los ingleses.

—De mil amores —profirió el gascón, dando el ejemplo, y haciendo seña a Planchet de que desarmara su mosquetón.

Los ingleses, convencidos, envainaron refunfuñando; luego D'Artagnan les contó la historia de la prisión de Athos, y como aquellos eran hidalgos de buen cuño, dieron la sinrazón al posadero.

—Ahora, señores —dijo el mozo a los ingleses—, volveos a vuestros cuartos; yo os respondo de que dentro de diez minutos os servirán en ellos cuanto deseéis.

Los ingleses saludaron y se fueron.

—Ahora que estoy solo, hacedme la merced de abrir la puerta, mi querido Athos —dijo D'Artagnan.

—Al instante —contestó el mosquetero.

Inmediatamente después se oyó un gran ruido de fagotes que entrechocaban y de vigas que gemían; eran las contraescarpas y los bastiones de Athos, que el sitiado demolía con sus propias manos.

Al poco, bamboleó la puerta, y apareció la pálida cabeza de Athos, quien de una rápida mirada exploró las cercanías.

D'Artagnan abrazó con ternura a su amigo, y al intentar conducirlo fuera de aquel húmedo lugar, advirtió que aquel se tambaleaba.

—¿Estáis herido? —preguntó el mozo a Athos.

—¿Yo?, no, pero si estoy hecho una uva; os garantizo que desde Noé no ha habido quien haya puesto más conato que yo en lograrlo. ¡Vive Dios!, señor posadero, que por mi parte me he bebido ciento cincuenta botellas, y me quedo corto.

—¡Misericordia! —exclamó el posadero—, como el lacayo haya bebido solamente la mitad que su amo, heme por puertas.

—Grimaud es lacayo de muy buena casa, lo cual quiere decir que no se hubiera atrevido a hacer lo que yo —dijo Athos—. No ha bebido más que del tonel, y… pero ¡caramba! Me parece que se ha olvidado de cerrar la espita. ¿Oís? Algo está manando.

D'Artagnan lanzó una carcajada que cambió en calentura el escalofrío del posadero.

En esto apareció Grimaud detrás de su amo, con el mosquetón al hombro y con la cabeza temblequeando, como los sátiros borrachos de los cuadros de Rubens. Por delante y por detrás iba empapado de cierto licor grasiento en el que el posadero reconoció su mejor aceite de olivas.

El cortejo atravesó el gran comedor y fue a instalarse, por la autoridad de D'Artagnan, en la más hermosa habitación de la posada.

Entretanto, el posadero y su mujer se precipitaron con sendas lámparas a la cueva, a la que por tanto tiempo les estuviera prohibido bajar y donde les esperaba un espectáculo de terror.

Más allá de las fortificaciones en las cuales Athos había abierto brecha para salir y que se componían de gavillas, tablas y toneles vacíos amontonados conforme a las reglas de la estrategia, vieron que en pantanos de aceite y vino nadaban los huesos de todos los jamones comidos, que en el rincón de la izquierda había una montaña de cascos de botella y que un tonel, del que quedara abierta la espita, estaba perdiendo por la abertura las últimas gotas de su sangre. El campo de batalla, como dice el poeta de la antigüedad, era la imagen de la devastación y de la muerte.

De cincuenta salchichones que pendían de las vigas cuando Athos entró en la cueva, apenas quedaban diez.

Allí fueron de oír los aullidos del posadero y de su mujer, tales y tantos, que atravesaron la bóveda de la cueva.

D'Artagnan se sintió conmovido; Athos ni siquiera volvió la cabeza.

Pero sucediendo al dolor la rabia, el posadero se armó de un asador y, ciego de desesperación, se lanzó al aposento a que se retiraran los dos amigos.

—¡Vino! —dijo Athos al ver al posadero.

—¡Vino! —exclamó este en el colmo de la estupefacción—. ¡Vino! ¡Cuando os habéis bebido por valor de más de cien pistolas, y me habéis arruinado, perdido, aniquilado!

—¡Bah! —repuso Athos—, nunca logramos apagar la sed.

—Si os hubieseis limitado a la bebida, del mal, el menos; pero habéis roto todas las botellas.

—Vos tenéis la culpa, vos me empujasteis sobre un rimero que a mi peso se desmoronó.

—¡Todo mi aceite está perdido!

—El aceite es un bálsamo soberano para las heridas, y era menester que el pobre Grimaud se curase las que vos le inferisteis.

—¡Todos mis salchichones están roídos!

—¿Cómo no, si la cueva esa es un vivero de ratones?

—Y vais a pagármelo todo —exclamó con exasperación el posadero.

—¡Ah, pillo! —dijo Athos, levantándose, pero volviendo a caer inmediatamente en su asiento y dando con ello la medida de sus fuerzas.

D'Artagnan corrió en socorro de su amigo y levantó el látigo.

El posadero retrocedió un paso y se echó a llorar.

—Esto os enseñará a tratar más cortésmente a los huéspedes que Dios os envía —dijo el gascón.

—¡Dios!, decid el diablo.

—Os prevengo que si continuáis rompiéndonos los tímpanos —repuso D'Artagnan—, vamos a encerrarnos los cuatro en vuestra cueva, y veremos si realmente el destrozo es de tanta monta como decís.

—Bueno, sí —exclamó el posadero—, mía es la culpa, lo confieso; pero todo pecado es digno de misericordia: vosotros sois señores, y yo un pobre posadero, y os compadeceréis de mí.

—¡Ah! —dijo Athos, si hablas de esta suerte vas a ablandarme el corazón y a hacer que de mis ojos manen las lágrimas como de tus toneles manaba el vino. No es uno tan malo como parece. Vamos, acércate y hablemos.

El posadero se acercó, no teniéndolas todas consigo.

—Acércate, digo, y no temas —continuó Athos—. En el instante en que iba a pagarte, dejé mi bolsa sobre la mesa.

—Es cierto, monseñor.

—Y mi bolsa contenía sesenta pistolas; ¿dónde está?

—Depositada en casa del escribano, monseñor. Me dijeron que la moneda aquella era falsa.

—Pues haz que te devuelvan la bolsa y quédate con las sesenta pistolas.

—Monseñor ya sabe que un escribano no suelta lo que cae en sus manos. Si la moneda fuese realmente falsa, aun podría esperarse algo; pero, por desgracia, es de ley.

—Arréglate con él, esto no me atañe a mí, tanto más cuanto no me queda ni un ardite.

—¿Y dónde está el antiguo caballo de Athos? —preguntó D'Artagnan.

—En la caballeriza. ¿Cuánto vale?

—Cincuenta pistolas a lo sumo.

—Vale ochenta, tómalo y en paz —dijo D'Artagnan.

—¡Cómo! —exclamó Athos—, ¿vendes mi Bajazet? ¿Y sobre qué cruzaré la campaña, sobre Grimaud?

—Te traigo otro —contestó D'Artagnan.

—¿Otro?

—Y soberbio —exclamó el posadero.

—Si hay otro más bueno y más joven, quédate con el viejo, y a beber.

—¿De cuál? —preguntó el posadero, ya serenado del todo.

—Del que está en el testero, junto a las latas: todavía quedan veinticinco botellas intactas; las demás se rompieron en mi caída. Subid seis.

¡Ese hombre es una cuba!, dijo para sí el posadero; como permanezca quince días más aquí, y me pague lo que beba, estaré otra vez a flote.

—Oye —profirió D'Artagnan—, no se te olvide subir cuatro botellas iguales a los dos hidalgos ingleses.

—Ahora —dijo Athos—, y mientras nos suben el vino, contadme qué ha sido de Porthos y Aramis.

D'Artagnan contó a su amigo cómo hallara a los dos mosqueteros, es decir, a Porthos en cama y con una luxación, y a Aramis sentado a una mesa y entre dos teólogos. Al acabar, el posadero entró con las botellas pedidas y un jamón que, por fortuna para aquel, había quedado fuera de la cueva.

—Muy bien —dijo Athos, llenando su vaso y el de D'Artagnan—, ahora ya estoy al corriente respecto de Porthos y de Aramis; pero ¿y vos, amigo mío? ¿Qué os pasa y qué os ha sucedido? Veo en vos algo siniestro.

—¡Ay! —profirió D'Artagnan—, yo soy el más desventurado de todos.

—¡Qué! ¡Tú, desventurado! —exclamó Athos—. ¿Y por qué? Veamos, explícame eso.

—Más tarde —dijo D'Artagnan.

—¡Más tarde! ¿Y eso? ¿Por qué te parece que estoy borracho? Escucha bien lo que voy a decirte: nunca tengo la imaginación más clara que cuando la ahogo en vino. Habla pues; te escucho con toda atención.

D'Artagnan contó lo que le había sucedido con la cita con mm. Bonacieux, y cuando hubo acabado, Athos, que le había escuchado sin pestañear, profirió, repitiendo su frase predilecta:

—Todo eso es miseria y nada más que miseria.

—Siempre decís lo mismo, mi buen Athos —repuso D'Artagnan—, y eso, francamente, os sienta mal, ya que nunca habéis amado.

Las muertas pupilas del mosquetero se inflamaron de improviso; pero no fue más que un relámpago, volvieron a quedar empañadas y vagas como antes.

—Es verdad —dijo Athos—, nunca he amado.

—Así pues, señor corazón de piedra berroqueña —repuso D'Artagnan—, ya veis que sois injusto al mostraros duro con nosotros los que lo tenemos blando.

—¡Corazones blandos! ¡Corazones traspasados! —murmuró Athos.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo que el amor es una lotería en la que el afortunado se gana la muerte. Creedme, mi querido D'Artagnan, al perder se os ha metido la dicha en casa; y si queréis que os dé un consejo, perded siempre.

—¡Parecía amarme tanto!

—Lo parecía.

—¡Oh!, me amaba.

—¡Niño! No hay hombre que, cual vos, no haya tenido por cierto que su amante le amaba y no hay hombre, tampoco, que no haya sido engañado por su amante.

—Excepto vos, Athos, que nunca la habéis tenido.

—Es cierto —dijo Athos tras un instante de silencio—; nunca he tenido. ¡Bebamos!

—Instruidme, pues, señor filósofo, y sostenedme; necesito saber y ser consolado.

—¿Consolado de qué?

—De mi desventura.

—Vuestra desventura me da risa —profirió Athos, encogiendo los hombros—. Me gustaría saber qué diríais si yo os contara una historia de amor.

—¿Que os pasó a vos?

—O a uno de mis amigos; esto es lo de menos.

—Decid, Athos, decid.

—Mejor será que bebamos.

—Bebed y contad.

—En realidad, puede hacerse así —dijo Athos, vaciando y llenando otra vez su vaso—; las dos cosas casan admirablemente.

—Os escucho —profirió D'Artagnan.

Athos se recogió, y a medida que iba ahondando en su meditación, D'Artagnan le vio palidecer. El mosquetero se hallaba en el período de la embriaguez en que los bebedores vulgares caen y duermen; él, sujeto a un sonambulismo de la borrachera que tenía un no sé qué de espantoso, soñaba en alta voz sin dormir.

—¿Os empeñáis en que os cuente esa historia? —preguntó Athos.

—No me empeño en que me la contéis —respondió D'Artagnan—, os lo ruego encarecidamente.

—Cúmplase vuestro deseo. Un amigo mío, ¿oís bien?, un amigo mío, no yo —dijo Athos, interrumpiéndose y con sonrisa sombría—. Un conde de mi provincia, es decir, del Berry, noble como un Dandolo o un Montmorency, a los veinticinco años se enamoró de una doncella de dieciséis, hermosa como un ángel. A través del candor de su edad se descubría una imaginación ardorosa, una imaginación, no de mujer, de poeta; no cautivaba, embriagaba. Aquel ángel vivía en compañía de su hermano, que era sacerdote, en una pequeña villa, a la que ambos habían llegado sin que persona alguna supiese de dónde; pero al verla a ella tan hermosa, y tan piadoso a su hermano, nadie pensó en preguntarles de dónde venían. Además, todos les tenían por nobles. Mi amigo, que era el señor de la comarca, podría haber seducido o forzado a la doncella a su gusto, pues era el señor; porque ¿quién hubiera auxiliado a aquellos dos extranjeros, a aquellos dos desconocidos? Por desgracia, era honrado, y la tomó por esposa. ¡Qué bobo fue! ¡Qué inocente! ¡Qué simple!

—¿Por qué si la amaba? —preguntó D'Artagnan.

—No os precipitéis —dijo Athos—. Pues sí, el conde condujo a su mujer a su castillo y la hizo la primera dama de la provincia; y aquí cabe mencionar que aquella llenaba cumplidamente su nueva representación social.

—¿Y pues? —profirió D'Artagnan.

—Un día que la dama había salido a cazar con su esposo —prosiguió Athos en voz baja, hablando atropelladamente—, aquella cayó del caballo y perdió los sentidos; el conde corrió a socorrerla, y al ver que el vestido la estaba sofocando, lo cortó con su cuchillo de monte, y le descubrió los hombros. A ver si adiviináis qué tenía en uno de ellos la condesa, D'Artagnan —dijo Athos, dando una estrepitosa carcajada.

—Decídmelo vos, si es que puedo saberlo —contestó D'Artagnan.

—¡Una flor de lis! —profirió Athos—. Estaba marcada.

—¡Qué horror! —exclamó D'Artagnan—; pero ¿qué me estáis contando, amigo mío?

—La verdad. ¡Ah! El ángel era un demonio. La mísera niña había robado.

—¿Y qué hizo el conde?

—El conde, que era un gran señor, y tenía derecho a ejercer sobre sus dominios el imperio mero y mixto, acabó de desgarrar las ropas de la condesa, le ató las manos a la espalda y la ahorcó de un árbol.

—¡Cielos! Esto es un asesinato —exclamó D'Artagnan.

—Ni más ni menos —repuso Athos, pálido como un difunto—. Pero ¿qué es eso? Me parece que se me escatima el vino.

Y el mosquetero cogió por el gollete la última botella que quedaba, se la acercó a los labios y la vació de un solo trago, como podría haberlo hecho con un vaso. Luego

dejó caer la cabeza entre las manos, mientras D'Artagnan le estaba contemplando con ojos de terror.

—Esto me ha curado de las mujeres hermosas, poéticas y enamoradas —dijo Athos levantando la cabeza y sin cuidarse de continuar con el apólogo del conde—. Dios os conceda otro tanto a vos. ¡Bebamos!

—Así pues, ¿murió la condesa…? —preguntó D'Artagnan.

—¡Pardiez! —contestó Athos—. Pero tended vuestro vaso.

¡Jamón, tunante! —gritó el mosquetero—, ¡ya no podemos beber!

—¿Y su hermano? —añadió con timidez el gascón.

—¿Su hermano? —repuso Athos.

—Sí, el sacerdote.

—¡Ah! El conde se informó respecto de él para ahorcarlo a su vez; pero hizo tarde, el día anterior había abandonado su curato.

—¿Pudo al menos indagarse quién era aquel canalla?

—Indudablemente, el primer amante y el cómplice de la hermosa, que se había disfrazado de cura tal vez para casar a su barragana y ponerla a cubierto de la necesidad. Supongo que habrá muerto descuartizado.

—¡Válgame Dios! —murmuró D'Artagnan, completamente aturdido por aquel horroroso relato.

—Tened, probad este jamón, amigo D'Artagnan —dijo Athos, cortando una lonja y poniéndola seguidamente en el plato del mozo—, está exquisito. Lástima que en la cueva solamente hubiese cuatro como este; me hubiera bebido cincuenta botellas más.

D'Artagnan, que ya no podía soportar aquella conversación, y que de continuar le hubiera trastornado el juicio, dejó caer la cabeza entre las manos e hizo que se dormía.

—Los mozos de hoy no saben qué es beber —dijo Athos, mirando con ojos de compasión a su amigo—, y, sin embargo, este pertenece a la flor y nata.

XXVIII

REGRESO

La terrible confidencia de Athos había dejado aturdido a nuestro gascón, al cual, sin embargo, muchas de las particularidades de aquella semirrevelación le parecían aún sobrado oscuras. Primero, la revelación la había hecho un hombre completamente beodo a otro que estaba medio borracho, y con todo eso, pese a la vaguedad que dan al cerebro los vapores de dos o tres botellas de Bourgogne, D'Artagnan, al despertarse al día siguiente por la mañana, recordó las palabras de Athos cual si se le hubiesen ido grabando en la mente a medida que aquel las profiriera; y como la duda no hacía más que estimular el deseo que el mozo sentía de llegar a una certidumbre, D'Artagnan se encaminó al cuarto de su amigo, firmemente resuelto a anudar la conversación de la víspera; pero Athos, ya del todo sereno, volvía a ser el hombre más sutil e impenetrable.

Por lo demás, el mosquetero, después de haber cruzado un apretón de manos con su amigo, se anticipó al pensamiento de este, diciéndole:

—Ayer estaba yo hecho una uva, mi querido D'Artagnan; lo he conocido esta mañana en mi lengua, todavía muy saburrosa, y en la alteración de mi pulso. —Y, mirando a su amigo con una fijeza que turbó a este, añadió—: Apostaría que solté mil desatinos.

—No —repuso D'Artagnan—, si mal no recuerdo, hablasteis de cosas muy corrientes.

—Me pasma lo que me decís; me daba la impresión que os había contado una historia de las más lamentable —profirió Athos, mirando al mozo cual si hubiese querido leer en los más recónditos senos de su alma.

—A fe mía —dijo D'Artagnan—, no parece sino que yo estaba más bebido que vos, pues de nada me acuerdo.

—Vos debéis de haber notado —prosiguió Athos, sin dejarse engañar respecto de lo que acababa de decirle el gascón—, vos debéis de haber notado que cada cual tiene su género de borrachera, triste o alegre; yo la tengo triste, y cuando estoy beodo, me da por contar historias lúgubres que la bestia de mi nodriza me inculcó en el cerebro. Es mi flaco, flaco capital, no lo niego; pero, aparte de eso, soy buen bebedor.

Hablaba Athos de una manera tan natural, que D'Artagnan empezó a dudar.

—En efecto —repuso el joven, intentando apoderarse nuevamente de la verdad—, me acuerdo de que hablamos de ahorcados, aunque al modo que uno se acuerda de un sueño.

—¿No lo dije? —exclamó Athos, palideciendo y esforzándose al mismo tiempo en sonreír—; estaba seguro de ello, los ahorcados son mi pesadilla.

—Sí —repuso D'Artagnan—, ahora se me refresca la memoria; sí, hablasteis…, aguardaos…, hablasteis de una mujer.

—¡Ah! —respondió Athos, poniéndose casi lívido—, es mi gran historia, la historia de la mujer rubia; cuando la cuento, es que estoy borracho hasta más no poder.

—Esto es —dijo D'Artagnan—, la historia de la mujer rubia, alta, hermosa, de ojos garzos.

—Sí, y ahorcada.

—Por su marido, que era un señor a quien vos conocíais —prosiguió D'Artagnan, mirando a Athos de hito en hito.

—Ved de qué manera podemos comprometer a un hombre cuando no sabemos lo que decimos —profirió Athos, encogiendo los hombros, cual si él mismo se compadeciera de sí—. Hago voto formal de no volver a emborracharme, es vicio pésimo.

D'Artagnan guardó silencio.

—Por cierto —profirió Athos, mudando plática de improviso—, os doy las gracias por el caballo que me habéis traído.

—¿Os place? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, pero no es caballo de fatiga.

—Os engañáis; he recorrido con él diez leguas en hora y media, y como si únicamente hubiese dado la vuelta a la place de Saint-Sulpice.

—Vais a hacer que suspire por él.

—¿Que suspiréis por él? No entiendo.

—Ya no es mío.

—¡Cómo!

—Sí, esta mañana me he despertado a las seis, vos dormíais a pierna tendida, todavía atontado por los excesos de ayer, y no sabiendo qué hacer de mi cuerpo, me he bajado al comedor, donde he visto a uno de los ingleses de marras que estaba tratando con un chalán para comprarle un caballo. Me he acercado a él, y al ver que ofrecía cien pistolas por un alazán tostado, le he dicho que también yo tenía de venta un caballo.

»"Y por cierto magnífico", ha contestado el inglés, "ayer lo vi, el lacayo de vuestro amigo lo llevaba de las riendas".

»"¿Os parece que vale cien pistolas? ¿Me lo cedéis por este precio?".

»"No, pero os lo juego".

»"¿Me lo jugáis?".

»"Sí".

»"¿A qué?".

»"A los dados".

»"Y dicho y hecho", continuó Athos, "he jugado y he perdido el caballo. ¡Ah!, pero he vuelto a ganar los arreos".

D'Artagnan puso mala cara.

—¿Os disgusta eso? —preguntó Athos.

—Sí, no quiero negarlo —respondió D'Artagnan—; el caballo ese debía servir para darnos a conocer el día de la batalla; era una prenda, un recuerdo, Athos, y habéis hecho mal.

—¡Qué diantre! Amigo mío, poneos en mi lugar —repuso el mosquetero—, me estaba aburriendo mortalmente; además, os lo digo con toda sinceridad, no me gustan los caballos ingleses. Si solo se trata de ser conocido de alguien, bastará la silla, que es notable. Por lo que respecta al caballo, ya hallaremos una excusa para motivar su desaparición. ¡Qué diablos! Un caballo es mortal; demos de barato que el mío ha muerto del muermo o de lamparones.

D'Artagnan no desarrugaba el ceño.

—Siento que tuvieseis tanto apego a esos caballos —continuó Athos—, máxime cuando todavía no he llegado al fin de mi historia.

—¿Qué más habéis hecho? —preguntó el mozo.

—Después de haber perdido mi caballo a nueve contra diez, ¿comprendéis?, se me ha ocurrido jugar el vuestro.

—Supongo que os habréis limitado a la intención.

—Al contrario, la he puesto en planta enseguida.

—¡Pues claro que sí! —exclamó D'Artagnan con inquietud.

—He jugado, y he perdido.

—¿Mi caballo?

—Vuestro caballo; siete contra ocho; por un punto…, ya conocéis el refrán.

—Verdaderamente, no estáis en vuestro juicio, Athos —dijo D'Artagnan.

—Ayer debiste decírmelo, mientras os estaba yo contando mis insípidas historias, y no esta mañana. Lo he perdido con todos sus arreos y más que hubiese tenido.

—Pero ¡es horrible!

—No os precipitéis, todavía no he acabado. Si yo no me encaprichara, sería un gran jugador; pero me encapricho, y me pasa lo que cuando bebo… Así pues, me he encaprichado…

—Pero ¿qué podéis haber jugado, si ya no os quedaba cosa alguna?

—Sí quedaba, amigo mío, nos quedaba el diamante que brilla en vuestro dedo, y que ayer noté.

—¡Este diamante! —exclamó D'Artagnan, llevando con viveza la mano a su sortija.

—Y como soy perito, pues he poseído algunos, lo estimé en mil pistolas.

—Espero que no habéis hecho mención alguna de mi diamante —profirió el gascón formalmente y medio muerto de terror.

—Al contrario —contestó Athos—; ya comprenderéis que ese diamante era nuestro único recurso, con él podía yo recuperar nuestros arneses y nuestros caballos, y, además, ganar el dinero necesario para el camino.

—¡Athos! ¡Athos! Me dais calambres —exclamó D'Artagnan.

—He hablado, pues, de vuestra sortija a mi contrincante, el cual también había reparado en ella. ¡Qué diablos! ¿Ostentáis en el dedo un brillantísimo lucero y queréis que uno no se fije en él? ¡Imposible!

—¡Acabad de una vez, Athos! —exclamó D'Artagnan—, pues os juro que con vuestra impasibilidad me estáis matando.

—Hemos dividido, pues, ese diamante en diez partes de cien pistolas.

—¡Ah! Vos queréis burlaros y ponerme a prueba —dijo D'Artagnan, a quien la cólera ya empezaba a asirle de los cabellos como Minerva coge a Aquiles en la Ilíada.

—No me burlo. ¡Será posible! A vos querría yo haberos visto en mi lugar. Hacía quince días que mis ojos no veían rostro humano y que me estaba embruteciendo de puro abocarme con botellas.

—Esta no es razón para que jugarais mi diamante —replicó D'Artagnan, crispando la mano.

—Escuchad el final. Como decía, pues, hemos dividido el diamante en diez partes de cien pistolas cada una, en diez tiradas sin desquite; en trece jugadas lo he perdido todo, ¡en trece jugadas! Siempre me ha sido fatal el número 13; el 13 de julio fue cuando…

—¡Por todos los santos! —exclamó D'Artagnan, levantándose de la mesa y olvidándose de la historia de la víspera con la del día.

—Paciencia —dijo Athos—; yo tenía un plan. El inglés es un tipo original; le había visto hablar con Grimaud, el cual me ha advertido que aquel le hiciera proposiciones para tomarlo a su servicio. Pues bien, le he jugado a Grimaud, al taciturno Grimaud, dividido en diez porciones.

—¡Valiente idea! —profirió D'Artagnan, riéndose a pesar suyo.

—A Grimaud en persona, y con las diez porciones de Grimaud, que en conjunto no valen un escudo, he recuperado el diamante. ¿Os atreveréis ahora a decir que la porfía no es una virtud?

—Es chistoso, por mi fe —exclamó D'Artagnan, consolado y desternillándose de risa.

—Ya comprenderéis que, sintiéndome en vena, al punto he vuelto a jugar sobre el diamante.

—¡Ah! ¡Diablos! —dijo D'Artagnan, arrugando nuevamente el ceño.

—He recuperado vuestros arneses, luego vuestro caballo, después mis arneses y mi caballo para perderlos otra vez. En una palabra, he recuperado vuestros arneses y los míos, y aquí estamos. Es un golpe soberbio; por lo tanto, en él me he detenido.

D'Artagnan respiró como si le hubiesen quitado la posada de encima.

—En resumidas cuentas —dijo con timidez el mozo—, ¿me queda el diamante?

—Intacto, mi buen amigo, y además los arneses de vuestro Bucéfalo y del mío.

—Pero ¿qué vamos a hacer de nuestros arneses sin caballos?

—Tengo un plan sobre ellos.

—Me dais escalofríos, Athos.

—Escuchad, ¿hace mucho tiempo que no habéis jugado?

—Ni tengo ganas de jugar.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé. Pues si hace mucho tiempo que no habéis jugado, debéis de estar de suerte.

—¿Y qué?

—Que el inglés y su compañero todavía se hallan en la posada. He advertido que los arneses le encandilaban a aquel los ojos, como a vos os encandila los vuestros vuestro caballo. Pues bien, yo, de vos, jugaría vuestros arneses contra vuestro caballo.

—¿Y vos creéis que se contentará con solo un arnés?

—Jugad los dos, pardiez, yo no soy tan egoísta como vos.

—¿Vos haríais eso que decís? —preguntó D'Artagnan irresoluto, de tal modo y sin que pudiese irse a la mano empezaba a hacerse dueño de él la confianza de Athos.

—Y en una sola jugada.

—Es que habiendo perdido los caballos tenía gran empeño en conservar los arneses.

—Entonces, jugad vuestro diamante.

—¡Mi diamante! ¡Nunca!

—¡Diablos! —profirió el mosquetero—, yo bien os propondría que jugarais a Planchet; pero como esto ya lo he hecho yo, quizás el inglés no aceptaría.

—Prefiero no arriesgar nada —repuso D'Artagnan.

—Es una lástima —dijo fríamente Athos—, el inglés está forrado de oro. Pero venid acá, hombre de Dios, probad una jugada; esto se hace en menos que canta un gallo.

—¿Y si pierdo?

—Ganaréis.

—Pero ¿y si pierdo?, repito.

—Daréis los arneses.

—Bueno, por una vez… —dijo el gascón.

Athos salió en busca del inglés, y lo encontró en la caballeriza, donde estaba mirando los arneses con ojos de concupiscencia. La ocasión no podía ser, pues, más propicia. El mosquetero estipuló las condiciones, que consistían en jugar los arneses contra un caballo o cien pistolas, a elegir. El inglés calculó rápidamente y al ver que los dos arneses valían, juntos, trescientas pistolas, aceptó el envite.

D'Artagnan arrojó con mano temblorosa los dados, y al ver que no había sacado más que tres puntos, se puso tan pálido, que Athos, asustado, se contentó con decir:

—Mala jugada, compañero. —Y, volviéndose al inglés, añadió—: me parece que os llevaréis enjaezados los caballos.

El inglés, radioso, ni siquiera se tomó el trabajo de hacer rodar los dados; los volcó sobre la mesa sin mirar, tan seguro estaba de su victoria.

En cuanto a D'Artagnan, se había vuelto de espaldas para ocultar su mal humor.

—Vaya, vaya, vaya —profirió Athos con su voz tranquila—, es una jugada extraordinaria; en mi vida solo la he visto cuatro veces: ¡dos ases!

El inglés miró y quedó mudo de asombro; D'Artagnan miró también, y quedó henchido de gozo.

—Como he dicho —repuso Athos—, solo cuatro veces he visto yo esta jugada: una vez en casa de m. de Créquy; otra en mi casa, en el campo, en mi castillo, cuando yo lo poseía; otra en casa de m. de Tréville, donde nos dejó sorprendidos a todos, y la cuarta vez en un figón, donde me acaeció a mí, y me costó cien luises y una cena.

—¿Conque el caballero recobra su caballo? —preguntó el inglés.

—Lo recobro —contestó D'Artagnan.

—Esto quiere decir que no hay desquite.

—Acordaos de que nuestras condiciones no hablaban de él.

—Es cierto —dijo el inglés—; voy a que entreguen el caballo a vuestro lacayo.

—Un instante —dijo Athos al inglés—; ¿me dais vuestra licencia para decir dos palabras a mi amigo?

—La tenéis.

Athos condujo a D'Artagnan aparte.

—¿Qué más queréis, tentador? —le dijo D'Artagnan—; que juegue, ¿no es verdad?

—No, que reflexionéis.

—¿Sobre qué?

—Vais a recuperar vuestro caballo, ¿no es así?

—Claro que sí.

—Yo de vos tomaría las cien pistolas; ya sabéis que habéis jugado los arneses contra el caballo o cien pistolas, a vuestra elección.

—Lo sé.

—Pues os lo repito, yo de vos tomaría las cien pistolas.

—No las tomo, me quedo con el caballo.

—Os vuelvo a decir que hacéis mal. ¿Qué vamos a hacer de un caballo para los dos? Yo no puedo montar en la grupa: pareceríamos los dos hijos de Aymón que han perdido a su hermano. Vos no podéis humillarme cabalgando junto a mí sobre ese magnífico destrero. Yo tomaría a ojos cerrados las cien pistolas, tanto más cuanto nos hace falta dinero para regresar a París.

—Tengo mucho aprecio a ese caballo, Athos.

—Hacéis mal, amigo mío, hacéis mal; un caballo da un repullo, tropieza y se echa a perder; un caballo come en un pesebre donde ha comido otro caballo atacado del muermo, y hete un caballo o cien pistolas tirados al mar; es menester que el amo alimente a su caballo, mientras que cien pistolas alimentan a su amo.

—Pero ¿cómo vamos a regresar a París?

—¡Pardiez! Sobre los jacos de nuestros lacayos; en nuestro porte ya se verá que somos gente principal.

—Y que no haremos mala facha, mientras Porthos y Aramis caracolearán sobre sus corceles.

—¡Aramis! ¡Porthos! —exclamó el mosquetero, echándose a reír.

—¿Eh? —profirió D'Artagnan, que no sabía a qué atribuir la risa de su amigo.

—Nada, nada, continuemos —dijo Athos.

—Así pues, opináis…

—Que lo mejor que podéis hacer es tomar las cien pistolas; con ellas vamos a festejarnos hasta fin de mes. Justo es que descansemos un poco de nuestras fatigas.

—¿Descansar? Ni por esas; en cuanto me vea en París salgo en busca de aquella mujer desventurada.

—¿Y creéis vos que vuestro caballo os será tan útil para eso como el dinero contante y sonante? Tomad las cien pistolas, amigo mío, tomad las cien pistolas.

D'Artagnan no necesitaba más que una razón para rendirse, y la que acababa de darle el mosquetero le pareció de perlas. Por otra parte, si seguía prolongando su resistencia, temía pasar por egoísta a los ojos de Athos; así pues, accedió a sus argumentos y eligió las cien pistolas, que el inglés le entregó a toca teja.

Los dos amigos ya no pensaron sino en partir. Liquidadas las cuentas con el posadero, este, además del antiguo caballo de Athos, cobró seis pistolas. D'Artagnan y Athos tomaron los caballos de Planchet y de Grimaud, quienes siguieron a sus amos a pie y llevando sobre la cabeza las sillas de sus respectivas cabalgaduras.

Por más que los dos amigos iban muy mal montados, no tardaron en tomar la delantera a sus lacayos y llegaron a Crèvecœur, no sin haber visto desde lejos a Aramis, melancólicamente apoyado en su ventana y mirando, como mi hermana Ana, las nubes de polvo que se levantaban en el horizonte.

—¡Eh! ¡Aramis! —gritaron los dos amigos—, ¿qué diablos estáis haciendo ahí?

—¡Ah! ¿Sois vosotros, D'Artagnan y Athos? —dijo Aramis—; estaba pensando en la rapidez con que se van los bienes de este mundo, y era para mí brillante imagen de la caducidad de lo terreno, mi caballo inglés, que se alejaba y que acaba de desaparecer en medio de un torbellino de polvo. La vida misma puede resumirse en tres palabras: Erat, est, fuit.

—¿Qué quiere decir esto en buen romance? —preguntó D'Artagnan, que empezaba a columbrar la verdad.

—Quiere decir que acabo de hacer un negocio redondo: ¡sesenta luises por un caballo que, según corre, puede hacer cinco leguas por hora!

D'Artagnan y Athos se echaron a reír.

—Mi querido D'Artagnan —dijo Aramis—, no me lo echéis en rostro; la necesidad no tiene ley; de otra parte, yo soy el primero en recibir el castigo, pues ese infame chalán me ha robado cincuenta luises, y me quedo corto. ¡Ah! Vosotros sois hombres previsores, venís en las monturas de vuestros lacayos y hacéis conducir a la mano vuestros caballos, poco a poco y a pequeñas jornadas.

En esto se detuvo un furgón que ya hacía algunos instantes que se veía en la carretera de Amiens, y de él salieron Planchet y Grimaud sosteniendo sus sillas sobre la cabeza. Aquel furgón regresaba vacío a París y mediante el compromiso que contrajeron los lacayos de apagar la sed del conductor a todo lo largo del camino, pudieron estos hacer de aquella suerte el viaje.

—¿Qué significa eso? —preguntó Aramis al ver lo que pasaba—; ¿nada más que las sillas?

—¿Comprendéis ahora? —profirió Athos.

—Amigos míos, os ha pasado exactamente lo que a mí. Por instinto he conservado los arneses. ¡Atiende! ¡Bazin! Lleva mis arneses nuevos junto a los de esos caballeros.

—¿Y qué ha sido de vuestros curas? —preguntó D'Artagnan.

—Al día siguiente les convidé a comer —respondió Aramis—, y como en esta posada, dicho sea de paso, hay un vino exquisito, les emborraché cuanto pude; entonces, el cura me vedó que ahorcara el casacón, y el jesuita me rogó que le hiciese ingresar en el cuerpo de mosqueteros.

—¡Sin tesis! —gritó D'Artagnan—. ¡Sin tesis! ¡Pido la supresión de la tesis!

—Desde entonces —prosiguió Aramis—, vivo de una manera agradable. He empezado un poema en verso monosílabo, que es dificilísimo; pero en la dificultad está el mérito. El asunto es agradable; ya os leeré el canto primero; tiene cuatrocientos versos y dura un minuto.

—A fe mía, mi querido Aramis —dijo D'Artagnan, que detestaba casi tanto los versos como el latín—, si al mérito de la dificultad añadís el de la brevedad, podéis estar seguro que, al menos, vuestro poema reunirá dos méritos.

—Además —continuó Aramis—, respira pasiones dignas por todas sus letras; ya veréis. ¿Conque nos volvemos a París? Magnífico, yo estoy dispuesto. ¡Ah! Vamos a ver de nuevo al buen Porthos; me alegro de veras. ¡Y que no me ha hecho poca falta el inocentón! No es él quien hubiese vendido su caballo, ni por un reino. Siento comezón de verle montado en su corcel y sobre su silla: no tengo duda alguna de que se asemejará al gran mogol.

Para dar un poco de descanso a los caballos, D'Artagnan y Athos hicieron un alto de una hora, y en cuanto Aramis hubo saldado su cuenta y colocado a Bazin en el furgón con sus camaradas, se pusieron todos en camino en busca de Porthos.

Hallaron a este en pie, menos pálido que no lo viera D'Artagnan en su primera visita, y sentado a una mesa sobre la que, por más que estaba solo, había cuatro cubiertos. La comida se componía de viandas dispuestas con buen gusto, vinos generosos y fruta exquisita.

—Llegáis de perlas, señores —dijo Porthos, levantándose—, precisamente estaba comiendo la sopa, y vais a acompañarme.

—¡Oh! ¡Oh! —profirió D'Artagnan—, apuesto que no es Mousqueton quien ha cogido al lazo esas botellas. ¡Caramba! Aquí hay un fricandó y un filete de buey…

—Me estoy rehaciendo —dijo Porthos—, no hay cosa que debilite más que esas malditas luxaciones. ¿Las habéis tenido vos alguna vez, Athos?

—Nunca; pero me acuerdo que en el fregado de la rue de Férou recibí una estocada que, al cabo de quince días, me produjo el mismísimo efecto.

—Pero esa comida no era para vos solo, mi querido Porthos, ¿verdad que no? —dijo Aramis.

—No —respondió el gigante—; estaba aguardando a algunos hidalgos de la vecindad, y acaban de enviarme a decir que no les era posible complacerme. Vosotros vais a reemplazarlos, y no perderé en el cambio. ¡Vamos! ¡Mousqueton! Trae sillas, y que suban otras tantas botellas.

—¿Sabéis lo que estamos comiendo aquí? —dijo Athos al cabo de diez minutos.

—¡Pardiez! —respondió D'Artagnan—, yo estoy comiendo ternera mechada, con cardos y salsa de tuétanos.

—Y yo filetes de cordero —profirió Porthos.

—Y yo pechugas —añadió Aramis.

—Pues todos estáis engañados —repuso con gravedad Athos—, coméis caballo.

—¡Queréis callaros! —dijo D'Artagnan.

—¡Caballo! —exclamó Aramis, haciendo una mueca de disgusto.

Porthos fue el único que no abrió el pico.

—Caballo he dicho —repuso Athos—; ¿no es verdad, Porthos, que estamos comiendo caballo? ¡Y quién sabe si con los arneses y todo!

—No, señores —respondió con viveza Porthos—, los arneses los he conservado.

—Caramba, podemos darnos las manos —exclamó Aramis—, no parece sino que nos hubiéramos puesto previamente de acuerdo.

—Qué queréis —dijo el gigante—, aquel caballo dejaba avergonzados a todos mis visitadores, y no pude soportar por más tiempo el humillarlos.

—Además, vuestra duquesa continúa ausente en los baños, ¿no es así? —profirió D'Artagnan.

—Así es —respondió Porthos—. Ahora bien, me pareció que el gobernador de la provincia, que es uno de los hidalgos a quien aguardaba hoy a comer, tenía grandes deseos de poseerlo, y se lo he dado:

—¡Cómo! ¿Dado? —exclamó D'Artagnan.

—¡Oh! ¡Dios Santo! Sí, dado, esta es la palabra —contestó Porthos—; porque el caballo valía ciento cincuenta luises, y el muy ladrón no quiso pagármelo por más de ochenta.

—¿Sin la silla? —preguntó Aramis.

—¡Claro!

—Observad, señores —dijo Athos—, que Porthos es quien ha hecho el negocio más brillante de todos nosotros.

Athos, D'Artagnan y Aramis rompieron en bravos y risotadas que dejaron aturdido al pobre Porthos; pero al explicarle luego la causa de tal alegría, la compartió ruidosamente, como de costumbre.

—¿De manera que todos tenemos dinero? —dijo D'Artagnan.

—Yo no —respondió Athos—; he hallado tan excelente el vino de España con el que nos ha recibido Aramis, que he hecho cargar sesenta botellas de él en el furgón de los lacayos; esto me ha escurrido grandemente la bolsa.

—¿Y yo? —profirió Aramis—; figuraos que di hasta el último sueldo a la iglesia de Montdidier y a los jesuitas de Amiens, y que, además, contraje compromisos ineludibles, quiero decir que encargué para mí y para vosotros, qué sé yo cuántas misas, que las rezarán y no podrán menos de sernos provechosas.

—Sí, ¿y yo? —exclamó Porthos—, ¿creéis por ventura que mi luxación no me ha costado un ojo de la cara? Esto sin contar la herida de Mousqueton, que me obligó a hacer venir dos veces por día un cirujano, que me reclamó doble emolumento so pretexto de que ese papanatas de Mousqueton había tenido la mala ocurrencia de hacerse meter una bala en sitio que suele uno no mostrar más que a los boticarios. No, ya le he advertido a Mousqueton que no vuelva a hacerse herir en semejante parte del cuerpo.

—Vaya —repuso Athos, cruzando una sonrisa con D'Artagnan y Aramis—, veo que os habéis conducido generosamente con el pobre muchacho: lo que habéis hecho con él es propio de un buen amo.

—En una palabra —continuó Porthos—, una vez satisfecho mi hospedaje me quedarán unos treinta escudos.

—Y a mí unas diez pistolas —profirió Aramis.

—Cualquiera diría que somos unos cresos —repuso Athos—. ¿Cuánto os queda a vos de las cien pistolas, D'Artagnan?

—¿De mis cien pistolas? —profirió el mozo—; recordad que de buenas a primeras os he dado cincuenta.

—¿Os parece?

—¡Cáscaras!

—¡Ah! Sí, es verdad, ya lo recuerdo.

—Luego he pagado seis al posadero.

—¡Valiente bruto estaba el tal posadero! ¿Por qué le habéis dado seis pistolas?

—Porque vos mismo me habéis dicho que se las diera.

—De eso tiene la culpa mi excesiva bondad. En definitiva, ¿cuánto os queda?

—Veinticinco pistolas —respondió D'Artagnan.

—Y yo —dijo Athos, sacando de su faltriquera algunas monedas de vellón—, yo…

—¿Vos? Nada.

—O tan poco que no vale la pena añadirlo al capital común.

—Bueno, calculemos ahora cuánto poseemos en conjunto.

—A ver, Porthos —dijo Athos.

—¿Yo? Treinta escudos.

—¿Y vos, Aramis?

—Diez pistolas.

—¿Y vos, D'Artagnan?

—Veinticinco.

—¿Cuánto hacen en total? —preguntó Athos.

—Cuatrocientas setenta y cinco libras —respondió D'Artagnan, que contaba como Arquímedes.

—Al llegar a París nos quedarán todavía cuatrocientas y, además, los arneses —argumentó Porthos.

—Pero ¿y nuestros caballos de escuadrón? —dijo Aramis.

—De los cuatro de nuestros lacayos haremos dos de amo; con las cuatrocientas libras haremos medio para uno de los desmontados, luego daremos los residuos de nuestras bolsas a D'Artagnan, que tiene buena mano, e irá a jugarlos en cualquier garito.

—Comamos, pues —aconsejó Porthos—; los manjares se están enfriando.

Ya tranquilos respecto del porvenir, los cuatro amigos despacharon con buen apetito la comida, cuyos restos recibieron sepultura en los estómagos de Mousqueton, Bazin, Planchet y Grimaud.

Al llegar a París, D'Artagnan halló una carta de m. de Tréville en la que este le comunicaba que había solicitado y obtenido del rey, para él, la gracia de ingresar en el cuerpo de mosqueteros.

Como esto era cuanto D'Artagnan ambicionaba en el mundo, aparte, por supuesto, el deseo de verse nuevamente con mm. Bonacieux, corrió lleno de gozo a casa de sus compañeros, de quienes aún no hacía media hora que se separara, y los encontró tristes por demás y muy preocupados, en la morada de Athos, donde estaban reunidos en consejo; indicio infalible de que las circunstancias revestían alguna gravedad.

En efecto, m. de Tréville acababa de mandarles aviso de que preparasen inmediatamente sus equipos, pues su majestad había resuelto abrir la campaña el primero de mayo.

Los cuatro filósofos se miraron unos a otros embobados; y es que m. de Tréville era severísimo en cuanto a la disciplina.

—¿En cuánto estimáis los equipos? —dijo D'Artagnan.

—Acabamos de echar las cuentas con cicatería espartana —respondió Aramis—, y según ellas necesitamos cada uno mil quinientas libras.

—Cuatro veces mil quinientas hacen seis mil —repuso Athos.

—A mí me parece que con mil libras por barba nos basta —dijo el gascón—; cierto es que no hablo como espartano, sino como procurador…

—¡Toma! Se me ocurre una idea —exclamó Porthos, a quien acababa de avispar el último vocablo proferido por D'Artagnan.

—Algo es algo —dijo fríamente Athos—, a mí no se me ocurre idea alguna, ni remotamente; pero en cuanto a D'Artagnan, el gozo de ser ya de los nuestros le ha quitado el juicio. ¡Mil libras! Yo solo necesito dos mil.

—Cuatro por dos, ocho —repuso Aramis—; entonces, nos hacen falta ocho mil libras para nuestros equipos, aunque, es cierto, que al menos poseemos las sillas.

—Y además —dijo Athos, aguardando a que D'Artagnan, que iba a dar las gracias a m. de Tréville, hubiese cerrado la puerta—; y, además, repito, el soberbio diamante que brilla en el dedo de nuestro amigo. ¡Qué diablos! D'Artagnan es demasiado buen compañero para dejarnos en la estacada, cuando lleva en el dedo cordial el rescate de un rey.

XXIX

EN BUSCA DEL EQUIPO

Aunque, como guardia, a D'Artagnan le fuese mucho más fácil equiparse que a los mosqueteros, que eran señores, fue el que más se preocupó de los cuatro amigos; pues, como el lector ya habrá podido ver, nuestro cadete de Gascuña era previsor y casi avaro, y, no obstante, y por una aberración inexplicable, tan presumido como Porthos, si no más. A la preocupación de su vanidad, D'Artagnan unía ahora una inquietud menos egoísta. ¿Qué había sido de mm. Bonacieux? Por mucho que se esforzó en averiguarlo, el mozo no pudo sacar nada en limpio. Tréville había hablado del asunto a la reina; pero como esta ignoraba el paradero de la mercera, se redujo a prometer que la haría buscar. A pesar de ello, la promesa de su majestad era muy vaga y no bastó para tranquilizar a D'Artagnan.

Athos, resuelto a no dar un paso para equiparse, no se movía de su casa, y cuando iban a verle sus amigos, les decía:

—Faltan aún dos semanas; si transcurridas estas no he encontrado nada, o mejor, si no ha venido a encontrarme a mí cosa alguna, como soy demasiado buen católico para deshacerme la cabeza de un pistoletazo, buscaré quimera a cuatro guardias de su eminencia o a ocho ingleses, y me batiré hasta que me maten, lo que no puede menos de suceder si se atiende al número de los provocados. Entonces dirán que he muerto por el rey, y así habré cumplido con mi deber sin necesidad de equiparme.

Porthos se paseaba con las manos a la espalda, y moviendo de arriba abajo la cabeza, decía:

—Voy persiguiendo mi idea.

Aramis, preocupado y mal rizado, no profería palabra.

Por los desastrosos pormenores que acabamos de exponer, puede verse fácilmente que en la comunidad reinaba la desolación.

Como los corceles de Hipólito, los lacayos compartían la pesadumbre de sus amos. Mousqueton hacía acopio de hambre; Bazin, que siempre había sido inclinado a la devoción, pasaba el día en las iglesias; Planchet mataba las horas papando moscas, y Grimaud, a quien la ruina general no era bastante para hacerle romper el silencio impuesto por su amo, no hacía más que lanzar suspiros capaces de hender una peña.

Los tres amigos, porque, como ya hemos dicho, Athos había jurado no dar un paso para equiparse, salían, pues, muy de madrugada y no regresaban hasta muy

tarde, después de haber andorreado inspeccionando adoquín por adoquín para cerciorarse de si las personas que les precedieran habían dejado en ellos alguna bolsa. No parecía sino que estaban siguiendo alguna huella, tal era la atención con que lo escudriñaban todo; y cuando volvían a reunirse, cruzaban miradas de aflicción que querían decir: ¿has encontrado algo?

Sin embargo, Porthos, que por más que se diga era hombre resuelto, fue el primero a quien se le ocurrió una idea, la cual había perseguido con tenacidad, y fue también el primero que se puso manos a la obra.

D'Artagnan vio un día al gigante, que se encaminaba a la iglesia de Saint-Leu, y le siguió instintivamente. Porthos entró en el templo después de haberse retorcido los bigotes y estirado la perilla, lo cual era, en él, señal infalible de que alimentaba intenciones de conquista. Como D'Artagnan tomaba precauciones para que su amigo no se diera cuenta de la persecución de que era objeto, Porthos, con la convicción de que no le habían visto, se arrimó a uno de los lados de un pilar, en tanto que el gascón, sin que aquel lo descubriera, se arrimaba al otro lado.

Precisamente había sermón en Saint-Leu, lo cual hacía que la iglesia estuviese cuajada de fieles; circunstancia que aprovechó Porthos para hacer guiños a las mujeres.

Aquí cabe mencionar que, gracias a la solicitud de Mousqueton, la presencia de Porthos distaba mucho de delatar su ruina interior; su sombrero estaba un poco raspado, bastante descolorida su pluma, algo marchitos sus bordados y deshilachados sus encajes; pero en la penumbra del templo todas esas bagatelas desaparecían, y Porthos conservaba toda su gallardía.

D'Artagnan vio, en el banco más próximo al pilar al que Porthos y él estaban arrimados, una especie de belleza madura, algo amarilla y seca, pero tiesa y altiva bajo sus negras tocas. Porthos dirigía furtivas miradas a la dama del banco, y luego sus ojos mariposeaban a lo lejos en la nave.

La dama, que de tiempo en tiempo se ponía hecha una guinda, con la rapidez del rayo lanzaba una mirada al voluble Porthos, cuyos ojos redoblaban entonces su mariposeo. Era evidente que la dama de las tocas negras se sentía mortificada en lo vivo, pues se clavaba literalmente los dientes en los labios, se rascaba la punta de la nariz y se rebullía con vehemencia en su asiento.

Porthos, al ver el efecto que su mariposeo óptico producía en la dama, se retorció nuevamente los bigotes, se estiró por segunda vez la perilla, y empezó a hacer señas a una hermosa dama que se hallaba junto al coro, dama que no solo era hermosa, mas también encumbrada, pues tras de sí tenía un negrillo que llevara el cojín sobre el cual estaba arrodillada, y una doncella que sostenía en la mano la bolsa bordada con un escudo de armas que servía de estuche al libro de misa.

La dama de las tocas negras siguió a través de todos sus rodeos las miradas de Porthos, y vio que se posaban en la dama del cojín de terciopelo acompañada de un negrito y de una doncella.

Porthos, entretanto, jugaba sobre seguro; eran de ver sus guiños, sus dedos puestos sobre los labios y, finalmente, también eran de admirar sus sonrisas asesinas, que realmente asesinaban a la hermosa desdeñada. Esta lanzó, en forma de mea culpa, un ¡ejem!, tan formidable, que todos los fieles, incluso la dama del cojín rojo, volvieron hacia ella las miradas.

El mosquetero permaneció impasible: a pesar de haber comprendido, se hizo el sordo.

La dama del cojín rojo, que era muy hermosa, causó gran efecto a tres personas: a la dama de las tocas negras, que vio en ella una rival verdaderamente temible; a Porthos, que la halló infinitamente más hermosa que la dama de las tocas negras, y a D'Artagnan, que conoció en ella a la dama de Meung, de Calais y de Douvres, a quien su perseguidor, el hombre de la cicatriz, saludara con el nombre de milady.

D'Artagnan, sin perder de vista a la dama del cojín rojo, continuó siguiendo los ademanes de Porthos, que le divertían grandemente, y le pareció adivinar que la dama de las tocas negras era la procuradora de la rue aux Ours, tanto más cuanto la iglesia de Saint-Leu no estaba muy lejos de la mencionada calle.

Por intuición, adivinó entonces el mozo que Porthos buscaba tomar el desquite de su derrota de Chantilly, cuando la procuradora se mostró recalcitrante a la hora de aflojar los cordones de su bolsa.

En medio de todo, D'Artagnan notó también que ni una sola mujer correspondía a las galanterías de Porthos; cuanto este hacía era pura fanfarria. Y es que, al fin y al cabo, para un amor real, para unos celos verdaderos, ¿hay más realidad que las imaginaciones?

Como todo lo del mundo, el sermón llegó a su fin, y la procuradora se encaminó a la pila de agua bendita; pero Porthos se le anticipó y, en lugar de meter un dedo en la pila, metió toda la mano, lo cual hizo sonreír a la procuradora, que se dio a entender que el mosquetero se ponía en remojo para ella. Pronto, sin embargo, la dama de las tocas negras recibió un desengaño cruel: cuando se halló a tres pasos de Porthos, este volvió la cabeza y fijó la mirada en la dama del cojín rojo, que se había levantado y se acercaba seguida de su negrito y de su doncella.

Una vez que la dama del cojín rojo estuvo cerca de Porthos, este sacó de la pila de agua bendita su chorreante y gruesa mano y la ofreció a aquella, que con la suya afilada tocó la del mosquetero, se persignó sonriendo y salió de la iglesia.

Este fue un golpe mortal para la procuradora, que ya tuvo por cierto que la dama y Porthos se correspondían. ¡Ah! Si en vez de haber sido una simple procuradora

hubiese sido dama principal, se habría desmayado; pero como tal principalía no rezaba con ella, se contentó con decir con rabia concentrada:

—¡Qué! ¿No me ofrecéis a mí agua bendita, m. Porthos?

—¡Se… señora! ¿Sois vos? —exclamó el mosquetero, como lo haría en medio del mayor sobresalto un hombre que se despertara tras un sueño de cien años—. ¿Qué tal? ¿Sigue tan campante vuestro esposo mi querido m. Coquenard? ¿Continúa siendo tan roñoso como siempre? Pero ¿dónde tenía yo los ojos que no os he visto en dos horas que ha durado el sermón?

—Yo estaba a dos pasos de vos —respondió la procuradora—, y si no me habéis visto, es porque solo teníais ojos para la hermosa dama a quien habéis ofrecido agua bendita.

—¡Ah! —profirió Porthos, fingiendo turbarse—, ¿vos habéis notado…?

—Era menester estar ciega para no verlo.

—Sí —prosiguió con indiferencia el mosquetero—, es una duquesa amiga mía con la cual apenas puedo relacionarme a causa de los celos de su marido, y que me había mandado a decir que vendría hoy a Saint-Leu, al riñón de este barrio extraviado, solo por el placer de verme.

—¿Me haríais la merced de darme el brazo durante cinco minutos, m. Porthos? Tendré sumo gusto en hablar con vos.

—De mil amores, señora —contestó Porthos, haciéndose un guiño a sí mismo, como un jugador se ríe de la fullería que va a hacer.

En esto pasó D'Artagnan, persiguiendo a milady, y volvió el rostro a tiempo para ver la mirada de triunfo de Porthos.

Vaya, vaya, dijo para sí el mozo razonando sobre el sentido de la moral escandalosamente acomodaticia de aquellos tiempos galantes, este va a ser equipado dentro del plazo exigido, como si lo viera.

Porthos, cediendo a la presión del brazo de su procuradora como una barca cede al timón, llegó al claustro de Saint-Magloire, sitio poco concurrido, cerrado por sendos molinetes en sus extremos, y en el que de día no se veían más que mendigos y muchachos, comiendo aquellos, y estos jugando.

—¡Ah! ¡M. Porthos! Por lo que se ve, sois un Tenorio —profirió la procuradora una vez que se hubo cerciorado de que ninguna persona extraña a los habituales concurrentes de la localidad podía verles ni oírles.

—¡Yo, señora! —dijo Porthos pavoneándose—; y eso ¿por qué?

—¿Y los signos de hace poco? ¿Y el agua bendita? Por lo menos es princesa la dama del negrito y de la doncella.

—Os engañáis —contestó el mosquetero—, no es más que duquesa.

—¿Y el correo que estaba aguardando a la puerta? ¿Y la carroza con un cochero de gran librea?

Porthos no había visto correo ni carroza, pero mm. Coquenard lo había visto todo con su mirada de mujer celosa.

El mosquetero sintió no haber hecho, de antuvión, princesa a la dama del cojín rojo.

—¡Ah! Sois el niño mimado de las hermosas, m. Porthos —repuso la procuradora, lanzando un suspiro.

—Ya comprenderéis que con un físico como el que me ha dotado la naturaleza, el amor no se me muestra esquivo.

—¡Qué pronto olvidan los hombres! —exclamó la procuradora con la mirada fija en el cielo.

—Menos aprisa que las mujeres —replicó Porthos—; porque, en suma, yo puedo decir que he sido vuestra víctima, cuando herido, moribundo, me vi abandonado de los cirujanos; yo, vástago de una familia ilustre, que había confiado en vuestra amistad, estuve en un tris de sucumbir a mis heridas primero y después de hambre, en una mala posada de Chantilly, y eso sin que os hubieseis dignado contestar ni una sola vez las apasionadas cartas que os dirigí.

—Pero, m. Porthos —murmuró la procuradora, que juzgando por la conducta de las damas más encumbradas de aquel tiempo, conocía que la sinrazón estaba de su parte.

—Yo, que os había sacrificado la baronesa de…

—Lo sé.

—La condesa de…

—No me abruméis, m. Porthos.

—La duquesa de…

—M. Porthos, mostraos generoso.

—Tenéis razón, señora, y por eso no acabaré.

—Es mi marido que no quiere oír hablar de préstamos.

—Mm. Coquenard —dijo Porthos—, acordaos de la primera carta que me escribisteis y que conservo grabada en mi memoria.

—Es que también era muy considerable la cantidad de dinero que pedíais a título de préstamo —objetó la procuradora, lanzando un suspiro.

—Mm. Coquenard, os daba la preferencia —contestó el mosquetero—. Me bastó con escribir a la duquesa de… No quiero nombrarla, porque nunca he comprometido a una mujer; pero sí sé que me bastó con escribirle para que me enviara mil quinientas.

—M. Porthos —dijo la procuradora, derramando una lágrima—, os juro que me habéis castigado rigurosamente, y que si en lo sucesivo volvéis a hallaros en tal apuro no necesitaréis dirigiros más que a mí.

—¡Queréis callaros, señora! —exclamó Porthos, haciéndose el ofendido—; no hablemos de dinero, esto es humillante.

—Lo cual quiere decir que ya no me amáis —repuso con voz lenta y triste la procuradora.

Porthos guardó un silencio majestuoso.

—¿Así me respondéis? —profirió mm. Coquenard—. ¡Ay! Comprendo.

—Señora, acordaos de la ofensa que me hicisteis; me quedó clavada aquí —dijo Porthos, llevando la mano al corazón y apretándoselo con fuerza.

—La repararé; ya lo verá, mi querido Porthos…

—Por otra parte, ¿qué solicitaba yo de vos? —repuso el gigante, encogiendo los hombros con un ademán lleno de sencillez—, un préstamo, y nada más. ¡Qué diantre! Yo no soy hombre que pida cotufas en el golfo. Ya sé que no sois rica, y que vuestro marido se ve obligado a chupar la médula a los infelices litigantes para sacar de ellos algunos miserables escudos. Si fueseis condesa, marquesa o duquesa, ya sería distinto y no tendríais disculpa.

—Sabed, m. Porthos —replicó mm. Coquenard, mortificada en lo vivo—, que mi arca, con ser de procuradora, tal vez está más repleta que la de todas vuestras presumidas arruinadas.

—En este caso, la ofensa sube de punto —dijo Porthos, apartando del suyo el brazo de la procuradora—; porque si sois rica, vuestra negativa no tiene excusa.

—Cuando digo rica —profirió mm. Coquenard, que vio que se había resbalado—, no hay que tomarlo al pie de la letra. No estoy, que digamos, rica, pero tengo un bienestar.

—Señora —repuso Porthos—, no hablemos más de estas cosas. Me habéis despreciado, y por lo tanto queda roto entre los dos todo lazo de simpatía.

—¡Que ingrato!

—Sí, quejaos todavía.

—Idos con vuestra hermosa duquesa; no os retengo más. Me parece que ya no está tan afligida, dijo para sí el mosquetero.

—Veamos, m. Porthos —profirió la procuradora—, por última vez, ¿me amáis todavía?

—¡Ay!, señora —contestó el gigante con la voz más melancólica que supo—, cuando entraremos en campaña, en una campaña en la que tengo el presentimiento de que voy a morir…

—¡Oh! No digáis eso —exclamó la procuradora rompiendo en sollozos.

—Una voz íntima me lo está diciendo —continuó Porthos, con acento cada vez más melancólico.

—Decid más bien que tenéis un nuevo amor.

—No, con toda franqueza. Ningún objeto nuevo me interesa, y aun siento aquí, en lo más hondo de mi corazón, algo que me está hablando de vos. Pero dentro de quince días, como sabéis, o no sabéis, se abre esa campaña fatal, y voy a verme grandemente preocupado con mi equipo. Además, voy a emprender un viaje al corazón de la Bretagne para ver a mi familia y reunir el dinero que me hace falta para mi partida.

Al llegar aquí, Porthos hizo una breve pausa, y notando que en la procuradora se libraba una postrera lucha entre el amor y la avaricia, prosiguió:

—Y como la duquesa a quien acabáis de ver en Saint-Leu tiene su fundo lindante con el mío, haremos juntos el viaje. Ya sabéis que los viajes parecen mucho más cortos cuando se hacen en compañía.

—¿Por ventura no tenéis amigos en París, m. Porthos? —dijo la procuradora.

—En un tiempo pensaba que los tenía —contestó el mosquetero poniendo otra vez melancólico el rostro—; pero, ¡ay!, en la hora de la prueba vi que me engañé.

—Los tenéis, m. Porthos, los tenéis —profirió mm. Coquenard en un arranque del que ella misma quedó asombrada—; veníos a verme mañana. ¡Ah!, que no se os olvide que sois el hijo de mi tía y por consiguiente mi primo; que llegáis de Noyon de Picardie, y que os falta procurador para gestionar los muchos pleitos que sostenéis en París. ¿Os acordaréis de todo esto?

—Perfectamente, señora.

—Veníos a la hora de comer.

—Muy bien.

—Y manteneos firme ante mi marido, que, no obstante llevar a cuestas sus setenta y seis, es astuto como él solo.

—¡Setenta y seis años! ¡La flor de la juventud! —repuso Porthos.

—La flor de la vejez, querréis decir; así es que el pobrecito puede dejarme viuda a lo mejor —dijo la procuradora, lanzando a Porthos una mirada significativa—. Por fortuna, según las capitulaciones matrimoniales, los bienes de ambos pasan por entero al superviviente.

—¿Por entero? —preguntó Porthos.

—Por entero.

—Sois mujer precavida, mi querida mm. Coquenard —dijo el mosquetero, estrechando con ternura la mano de la procuradora.

—¿Conque quedamos reconciliados, mi querido m. Porthos? —profirió con zalamería la procuradora.

—Para toda la vida —respondió Porthos, imitándola.

—Hasta la vista pues, traidorcillo.

—Hasta la vista, olvidadiza.

—Hasta mañana, ángel mío.

—Hasta mañana, luz de mi vida.

XXX

MILADY

D'Artagnan, que había visto subir a milady a su carroza, y había oído como aquella daba a su cochero la orden de que la condujera a Saint-Germain, juzgó que sería inútil seguir a pie un coche arrastrado por tan fogosos caballos al trote. Así pues, hizo rumbo hacia la rue de Férou.

Al pasar por la rue de la Seine, el mozo vio a Planchet pegado al escaparate de una pastelería y como en éxtasis ante un bollo que parecía de lo más apetitoso.

—¡Hola! —dijo D'Artagnan a su lacayo, arrancándolo de su contemplación—, a escape a las caballerizas de m. de Tréville, ensilla dos caballos, uno para mí y otro para ti, y volando te reúnes conmigo en casa de Athos.

Y aquí cabe mencionar que el capitán de los mosqueteros había puesto sus caballerizas a la disposición de D'Artagnan.

Planchet se encaminó a la rue du Colombier, y nuestro gascón, a la de Férou.

Athos, que estaba en su casa, destripando con tristeza una de las botellas del famoso vino de España que había traído de su viaje a Picardie, hizo seña a Grimaud, que obedeció como de costumbre, de que pusiese en la mesa un vaso para D'Artagnan.

Este contó a su amigo lo ocurrido en la iglesia de Saint-Leu entre Porthos y la procuradora.

—A estas horas —continuó D'Artagnan—, Porthos está probablemente en vías de equiparse.

—Pues yo —contestó Athos— estoy muy tranquilo; no serán las mujeres las que paguen mis arneses.

—Sin embargo, siendo, como sois, gallardo, cortés y gran señor en grado tan superlativo, no habría princesa ni reina que resistiera a vuestro galanteo.

—¡Qué niño sois! —dijo Athos, haciendo seña a Grimaud de que trajera otra botella.

En esto Planchet asomó modestamente la cabeza por la abertura de la puerta, y anunció a su amo que los dos corceles estaban aguardando en la calle.

—¿Qué corceles? —preguntó Athos.

—Dos que m. de Tréville me presta para el paseo, y con los cuales voy a dar una vuelta por Saint-Germain.

—¿Y qué vais a hacer en Saint-Germain?

D'Artagnan refirió a Athos su encuentro con la dama del cojín rojo que, con el señor de la capa negra y la cicatriz junto a la sien, constituían su preocupación eterna.

—Lo cual quiere decir que estáis enamorado de esa dama, como lo estabais de mm. Bonacieux —dijo Athos, encogiendo con desdén los hombros y como si se compadeciera de la flaqueza humana.

—¡Yo! Ni por asomo —contestó D'Artagnan—. Lo único que hay es que ansío aclarar un misterio con el cual se relaciona esa dama. No sé por qué, pero se me figura que esa mujer, por más que ni ella ni yo nos conocemos, ejerce influjo en mi vida.

—La verdad —dijo Athos— es que hacéis bien; no conozco mujer alguna que merezca que la busquen cuando se ha perdido. Peor para mm. Bonacieux si se ha extraviado; no le toca sino buscarse a sí misma.

—Os engañáis, Athos —repuso el gascón—; ahora más que nunca amo a mi pobre Constance, y si supiera dónde se halla, allá volaría para arrancarla de las manos de sus enemigos, aunque estuviese en el otro confín del mundo; pero todas mis pesquisas han resultado estériles. ¿Qué queréis? Uno tiene que distraerse.

—Pues distraeos con milady, mi querido D'Artagnan; lo deseo de todo corazón, si eso os divierte.

—Escuchad, Athos —dijo el mozo—, en vez de permanecer aquí como si estuvieseis arrestado, montad a caballo y venid a pasear conmigo por Saint-Germain.

—Mi querido D'Artagnan —replicó Athos—, yo monto a caballo cuando tengo el mío, y si no, ando a pie.

—Pues yo —repuso el gascón sonriéndose de la misantropía de su amigo, misantropía que a otro hubiera mortificado— soy menos orgulloso que vos y monto los que hallo a mano. Así pues, hasta la vista, mi querido Athos.

—Hasta la vista —dijo el mosquetero, haciendo seña a Grimaud de que descorchase la botella que acababa de traerle.

D'Artagnan y Planchet se subieron a caballo y se dirigieron a Saint-Germain.

Durante todo el camino el mozo estuvo pensando en lo que Athos le había dicho respecto de mm. Bonacieux; y es que pese a no tener D'Artagnan un carácter muy sentimental, la hermosa mercera le había interesado realmente el corazón. Sí, D'Artagnan estaba pronto a ir en busca de ella al otro confín del mundo; pero como el mundo, por ser esférico, tiene muchos confines, nuestro gascón no sabía hacia qué lado volverse.

Mientras, iba en pos de saber quién era milady. Esta había hablado con el hombre de la capa negra, señal de que lo conocía. Ahora bien, D'Artagnan estaba aferrado a la creencia de que el hombre de la capa negra era el que arrebatara por segunda vez a mm. Bonacieux, como la arrebatara la primera. D'Artagnan no mentía, pues, sino en

parte, lo que es muy poco mentir, cuando decía que al salir en busca de milady, lo hacía también respecto de Constance.

Mientras de esta suerte iba meditando y, de tiempo en tiempo, espoleaba a su cabalgadura, el mozo llegó a Saint-Germain, y después de dejar a su espalda el pabellón en que diez años más tarde debía nacer Luis XIV, y al cruzar una calle desierta, mirando a todas partes para ver si daba con alguna huella de la hermosa inglesa, vio aparecer a una persona que no le fue extraña en una azotea adornada de flores, situada en la planta baja de una linda casa que, según la usanza de aquel tiempo, no tenía ventana alguna en la parte de la calle.

—¿No conoce vuestra merced a ese sujeto que está comiendo moscas? —preguntó Planchet a D'Artagnan.

—No —respondió este—; y, sin embargo, juraría que no es esta la primera vez que lo veo.

—Pardiez, yo lo creo —dijo Planchet—, es el pobre Lubin, el lacayo del conde de Wardes, a quien aviasteis tan de lo lindo hace un mes, en Calais, en el camino de la quinta del gobernador.

—¡Ah! Es verdad —repuso D'Artagnan—, ahora le conozco. ¿Te parece que él te conocerá a ti?

—Apostaría que no, señor; estaba tan fuera de sí, que dudo que haya conservado de mí un recuerdo preciso.

—Entonces ve y entabla conversación con él, e infórmate de si su amo está muerto —dijo D'Artagnan.

Planchet se apeó y se encaminó directamente a Lubin, que, efectivamente no lo conoció, y los dos lacayos se pusieron a conversar como dos buenos amigos, mientras D'Artagnan guiaba a los dos caballos hacia una callejuela y, rodeando la casa, volvía para asistir a la entrevista tras un seto de avellanos.

Tras un rato de observación detrás del seto, el gascón oyó el ruido de un coche, y vio que frente a él se detenía la carroza de milady. No cabía duda, la inglesa estaba en la carroza. D'Artagnan se tendió, pues, sobre el cuello de su cabalgadura para ver sin ser visto.

Milady asomó su hechicera y rubia cabeza a la portezuela, y dio algunas órdenes a su doncella.

Esta última, linda moza de veintiuno o veintidós años, ágil y vivaracha, verdadera doncella de gran señora, saltó del estribo en que, según costumbre del tiempo, iba sentada, y se encaminó a la azotea donde D'Artagnan viera a Lubin.

El gascón siguió con la mirada a la doncella y la vio dirigirse hacia la azotea; pero ya fuera casual o bien porque desde el interior de la casa hubiesen llamado a Lubin, lo cierto es que Planchet estaba solo y buscando con los ojos a su amo.

La doncella se acercó a Planchet, a quien tomó por Lubin, y le entregó un billete, diciéndole:

—Para vuestro amo.

—¿Para mi amo? —preguntó Planchet con extrañeza.

—Sí, y es urgentísimo. Tomadlo, pues, enseguida.

Dichas estas palabras, la doncella echó a correr hacia la carroza, que anticipadamente había dado la vuelta, y sentándose nuevamente en el estribo, aquella se volvió por donde viniera.

Planchet miró y remiró por el anverso y por el reverso el billete; pero, acostumbrado como estaba a la obediencia pasiva, bajó de la azotea de un salto, enfiló la callejuela y a unos veinte pasos dio con D'Artagnan, que, habiéndolo presenciado todo, le salió al encuentro.

—Para vos, señor —dijo Planchet, entregando el billete al mozo.

—¿Para mí? ¿Ya estás bien seguro? —profirió D'Artagnan.

—¿Que si estoy seguro? Como que la doncella me ha dicho: «Para tu amo», y como no tengo más amo que vos, entonces… ¡Y que no es linda la doncellita! ¡Cáscaras!

D'Artagnan abrió el billete, y vio que decía:

> Quien se interesa por vos más que acertara a decirlo querría saber qué día os hallaréis en estado de pasear por el bosque. Mañana aguardará vuestra contestación, en el palacio del Champ du Drap d'Or, un lacayo de librea negra y encarnada.

—Es singular —dijo para sí D'Artagnan—. Por lo que se ve, milady y yo pasamos un mal rato por la salud de la misma persona. —Y, volviéndose hacia Planchet, añadió en voz alta—: ¿Qué tal está m. de Wardes? ¿Conque no ha muerto?

—No, señor, y sigue todo lo bien que le es posible a un hombre que tiene cuatro estocadas en el cuerpo; porque, dicho sea sin agravio, le largasteis cuatro a ese buen hidalgo, y está aún muy endeble a causa de haber perdido casi toda su sangre. Como ya le había dicho a vuestra merced, Lubin no me ha conocido, y me ha contado con pelos y señales nuestra aventura.

—Magnífico, Planchet, eres el rey de los lacayos; ahora súbete otra vez sobre tu caballo y demos alcance a la carroza.

Cinco minutos después, D'Artagnan y Planchet vieron la carroza parada en el declive de la carretera, y a la portezuela de ella, a un jinete ricamente ataviado.

Era tan animada la conversación entre milady y el jinete, que D'Artagnan se detuvo en el lado opuesto de la carroza sin que persona alguna, más que la doncella, advirtiera su presencia.

Los dos interlocutores sostenían la conversación en inglés, lengua totalmente desconocida para D'Artagnan; pero, en el acento, al mozo le pareció que la inglesa estaba encolerizada en grado máximo. En efecto, milady acabó por dar tan fuerte abanicazo en el canto de la portezuela, que el pequeño utensilio femenino voló en mil pedazos.

El jinete soltó una carcajada que, al parecer, exasperó a milady.

Este fue el momento en que D'Artagnan juzgó adecuado para intervenir, así que se acercó a la portezuela opuesta, y quitándose respetuosamente el sombrero, dijo a milady:

—¿Me dais licencia para ofreceros mis servicios, señora? Me parece que ese caballero ha provocado vuestra cólera. No tenéis más que decirlo, señora, para que le castigue por su falta de cortesía.

Milady, que a las primeras palabras del gascón se había vuelto para mirarlo con asombro, contestó en francés castizo:

—Caballero, me pondría al instante bajo vuestra protección si la persona que conmigo contiende no fuese mi hermano.

—Entonces, perdonad, señora —profirió D'Artagnan—, ignoraba yo tal particularidad.

—¿Y quién le manda a ese chorlito meterse en lo que no le importa? —exclamó, bajándose hasta la portezuela, el jinete a quien milady designara como su pariente—. ¿Por qué no sigue su camino?

—El chorlito lo sois vos —dijo D'Artagnan, bajándose a su vez sobre el cuello de su caballo, y contestando al través de la portezuela—; y no sigo mi camino porque me place detenerme aquí.

Entonces el jinete dirigió algunas palabras en inglés a su hermana.

—Ved que yo os estoy hablando en francés —profirió D'Artagnan—, así que hacedme la merced de contestarme en la misma lengua. Sois hermano de la señora, enhorabuena, pero por fortuna no lo sois mío.

Pudiera haberse creído que milady, temerosa como suelen serlo las mujeres, iba a interponerse en aquel comienzo de provocación, para impedir que el lance pasara a mayores; pero, al contrario, se metió en la carroza, y gritó con frialdad al cochero:

—¡A casa!

La linda doncella lanzó una mirada de inquietud a D'Artagnan, cuya buena presencia parecía haberla interesado.

Partió la carroza dejando cara a cara a los dos hombres, a quienes no separaba ya ningún obstáculo material.

El jinete gobernó a su caballo como para ir atrás de la carroza; pero D'Artagnan, que estaba ya hecho una pólvora, y se encolerizó aún más al conocer en aquel al

inglés que, en Amiens, le ganara su caballo y por poco le gana a Athos su diamante, echó la mano a las riendas y lo detuvo.

—¡Mil diablos! —exclamó el mozo—, me parece que sois todavía más chorlito que yo, porque cualquiera diría que olvidáis que entre nosotros hay cierta cuenta pendiente.

—¡Ah! ¿Sois vos? —repuso el inglés—. ¡Caramba! Puede que sí que os sea menester jugar siempre a uno u otro juego.

—Siempre, y esto me recuerda que tengo que tomar sobre vos un desquite. Ea, veamos si manejáis con tanta maestría la espada como el cubilete.

—Ya veis que no la ciño —dijo el inglés—, ¿queréis dároslas de valiente contra un hombre indefenso?

—Supongo que la tendréis en vuestra casa —replicó D'Artagnan—, y si no, yo poseo dos, y si queréis, os presto una.

—Gracias —repuso el inglés—, estoy abundantemente provisto de esta clase de utensilios.

—Pues elegid la más larga y venid a mostrármela esta tarde.

—¿Dónde?

—A espaldas del Luxembourg; es un barrio delicioso para los paseos como el que os propongo.

—De acuerdo, iré.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—A propósito, es probable que tengáis uno o dos amigos.

—Tres tengo que se considerarán grandemente honrados al jugar el mismo partido que yo.

—Como miel sobre hojuelas, ¡tres! —dijo D'Artagnan—. ¡Vaya una coincidencia! Los mismos que tengo yo, ni más ni menos.

—Y ahora, ¿me haréis la merced de decirme quién sois vos? —preguntó el inglés.

—Soy m. D'Artagnan, hidalgo gascón, al servicio de su majestad en la compañía de guardias de m. Des Essarts. ¿Y vos?

—Yo soy lord Winter, barón de Scheffield.

—Muy señor mío, m. el barón, soy vuestro servidor —dijo D'Artagnan—, por más que vuestros nombres sean difíciles de retener en la memoria.

Y, picando a su caballo, lo sacó al trote y tomó la vuelta de París.

Como acostumbraba a hacerlo en parecidas circunstancias, el mozo se apeó en casa de Athos, quien estaba tendido en un gran sofá, aguardando, como él mismo dijera, a que fuera a encontrarlo su equipo.

D'Artagnan contó a su amigo lo que acababa de pasar, pero se abstuvo de hacer mención de la carta de Wardes.

Athos recibió un alegrón al saber que iba a batirse con un inglés. Ya hemos dicho que este era su sueño dorado.

Sin pérdida de tiempo, los dos amigos enviaron a por Aramis y Porthos, a quienes pusieron al corriente de la situación.

Porthos desenvainó y empezó a tirar contra la pared, retrocediendo de cuando en cuando y haciendo flexiones como un danzarín; Aramis, que continuaba entregado en cuerpo y alma a su poema, se encerró en el gabinete de Athos, y rogó que no le molestaran hasta el preciso instante de desenvainar, y Athos pidió por señas a Grimaud una botella.

En cuanto a D'Artagnan, trazó en su mente un plan del que más adelante veremos la ejecución, plan que le prometía alguna agradable aventura, como se echaba de ver en las sonrisas que de tiempo en tiempo le animaban el rostro y rasgaban el velo que sobre él tendía su meditación.

XXXI

INGLESES Y FRANCESES

A la hora acordada, los cuatro amigos con sus lacayos se dirigieron a un cercado que había detrás del Luxembourg, abandonado a las cabras, y una vez en él, Athos dio una moneda al cabrero para que se marchara, y ordenó a los lacayos que estuviesen alerta.

Poco después, un grupo silencioso avanzó hacia el mismo cercado, entró también en él y se juntó a los cuatro amigos; luego, y según las costumbres de ultramar, se hicieron las presentaciones.

Como los ingleses eran todos de la primera nobleza, fueron para ellos objeto de asombro y aun de zozobra los singulares nombres de sus adversarios.

—No obstante —dijo lord Winter, una vez que Athos, Porthos y Aramis se hubieron nombrado—, ignoramos quiénes sois, y no nos batiremos sino con pares nuestros; esos son nombres de pastores.

—Por tanto, y como vos suponéis acertadamente, milord, son seudónimos —repuso Athos.

—Lo cual da más alas a nuestro deseo de conocer los nombres verdaderos —replicó el inglés.

—No necesitasteis saberlos para jugar contra nosotros —profirió Athos—, y la prueba es que nos ganasteis nuestros caballos.

—Habláis de perlas —dijo lord Winter—, pero entonces no arriesgábamos más que nuestro dinero, mientras que ahora vamos a exponer nuestra vida; el hombre puede jugar con todo el mundo, pero no batirse con quien no sea su igual.

—Tenéis razón —repuso Athos, y conduciendo aparte al inglés con quien debía batirse, le dijo su nombre al oído.

Porthos y Aramis hicieron igual con sus respectivos adversarios.

—¿Os basta? —preguntó Athos a su contrario—, ¿os parece que soy bastante noble para que me hagáis la merced de cruzar con la mía vuestra espada?

—Sí, señor —respondió el inglés, haciendo una reverencia.

—Y, ahora, ¿me dais licencia para que os diga una cosa? —repuso Athos con impasibilidad.

—¿Cuál? —preguntó el inglés.

—Que habríais obrado muy cuerdamente al no exigirme que me diese a conocer.

—¿Por qué?

—Porque me tienen por difunto, y me asisten poderosas razones para desear que no sepan que aliento; por lo tanto, voy a verme constreñido a mataros para que mi secreto no se divulgue.

El inglés miró a Athos, creyendo que este se estaba burlando, pero el mosquetero había hablado con toda formalidad.

—Señores —dijo Athos, dirigiéndose a la vez a sus amigos y a sus adversarios—, ¿estamos?

—Sí —respondieron a una ingleses y franceses.

—En guardia, pues —profirió Athos.

Al punto brillaron ocho espadas a los rayos del sol poniente, y la lucha empezó con el encarnizamiento natural entre gentes dos veces enemigas.

Athos esgrimía con la misma tranquilidad y el mismo método que si se hallara en una sala de armas; Porthos, sin duda escarmentado de su excesiva confianza por el lance de Chantilly, hacía primores de destreza y de prudencia, y Aramis, que tenía que dar remate al tercer canto de su poema, trabajaba como quien no tiene tiempo que perder.

El que primero mató a su adversario fue Athos, que en cumplimiento de su promesa tiró al inglés una estocada, una sola, que le atravesó el corazón.

Porthos fue el segundo que tendió al suyo en la hierba con el muslo atravesado; y como el inglés, sin más resistencia, le entregó su espada, el gigante lo tomó en peso y lo llevó a su carroza.

Aramis acosó al suyo de tal suerte que, después de haber este retrocedido unos cincuenta pasos, acabó echando a correr como alma que lleva el diablo y desapareció en medio del escarnio de los lacayos.

En cuanto a D'Artagnan, se había concretado a la defensiva, hasta que, al ver fatigado a su adversario, lo desarmó de una soberbia estocada. El barón, al verse desarmado, retrocedió dos o tres pasos; pero resbaló y cayó en posición supina.

—Podría mataros, caballero —dijo D'Artagnan al inglés, acercándosele de un brinco y apuntándole a la garganta su acero—; vuestra vida está en mis manos, pero os hago gracia de ella por el amor de vuestra hermana.

D'Artagnan reventaba de gozo; acababa de realizar el plan que de antemano se trazara, y cuyo desenvolvimiento hacía vagar por sus labios las sonrisas de las que hemos hablado en el capítulo anterior.

El inglés, satisfecho de habérselas con un hidalgo tan fácil de contentar, abrazó efusivamente a D'Artagnan y agasajó a los tres mosqueteros, y como el adversario de Porthos ya estaba instalado en la carroza y el de Aramis había tomado las de Villadiego, no pensaron ya más que en el difunto, del cinto del cual se desprendió una

bolsa repleta mientras Porthos y Athos lo estaban desnudando con la esperanza de que no fuera mortal la herida que recibiera.

—¿Qué diablos queréis que haga yo con eso? —dijo lord Winter a D'Artagnan, al presentarle este la bolsa que se le cayera al difunto y él había recogido.

—Devolvedla a su familia —repuso el gascón.

—Y el cuidado que le da a su familia esa miseria cuando pasa a heredar una renta de quince mil luises: repartid ese dinero entre vuestros lacayos.

D'Artagnan se metió la bolsa en la faltriquera.

—Y ahora, mi joven amigo, pues espero me permitiréis que os dé este título —dijo lord Winter—, esta misma noche, si os place, os presentaré a mi hermana, lady Clarick; quiero que ella a su vez os conceda su amistad, y como no le falta valimiento en la corte, es fácil que algún día os sea provechosa su recomendación.

D'Artagnan se sonrojó de gozo, y se inclinó en señal de asentimiento.

En esto Athos se acercó al gascón y le preguntó al oído qué pensaba hacer con la bolsa.

—Entregárosla, mi querido Athos —respondió D'Artagnan.

—¿A mí?, y ¿por qué?

—¡Pardiez!, son los despojos mortales; vos lo habéis matado.

—¡Heredar yo de un enemigo! —profirió Athos—, ¿por quién me habéis tomado?

—Si así se acostumbra en la guerra —dijo D'Artagnan—, ¿por qué no pasaría lo mismo en un duelo?

—Nunca he hecho eso, ni en el campo de batalla —repuso Athos.

Porthos se encogió de hombros y Aramis aprobó la conducta de Athos con un movimiento de labios.

—Bueno, pues —dijo el gascón—, demos ese dinero a los lacayos, como nos ha dicho lord Winter.

—Pero no a los nuestros, sino a los lacayos ingleses —objetó Athos, y tomando la bolsa y arrojándola a la mano del cochero, añadió—: para vos y vuestros compañeros.

Aquella grandeza principesca, aquella generosidad francesa en un hombre enteramente pobre conmovió al mismísimo Porthos, y publicada por lord Winter y su amigo tuvo gran resonancia y mereció el aplauso de todos menos de Grimaud, Mousqueton, Planchet y Bazin.

Lord Winter, al despedirse de D'Artagnan, le dio la dirección de su hermana, que vivía en la place Royale, el barrio de moda en aquel tiempo, casa número 6 y, además, se comprometió a ir con él para presentarlo.

D'Artagnan dio las gracias al inglés, y le dijo que a las ocho le aguardaría en el domicilio de Athos.

Su presentación a milady preocupaba grandemente a nuestro gascón, quien recordaba la manera singular como aquella mujer influyera hasta entonces en su vida.

Tenía la convicción de que milady era una secuaz del cardenal, y, sin embargo, se sentía arrastrado hacia ella por una fuerza invencible, por una predisposición inexplicable. Lo único que D'Artagnan temía era que milady se acordara de haberle visto en Meung y en Douvres, ya que en este caso sabría que él era uno de los amigos de m. de Tréville y, por lo tanto, que pertenecía en cuerpo y alma al rey, lo cual le haría perder parte de sus ventajas desde aquel punto y hora, puesto que, conociéndole milady como él la conocía a ella, las fuerzas quedarían equilibradas. En cuanto al principio de galanteo entre ella y el conde de Wardes, no preocupaba mucho que digamos al presumido D'Artagnan, por más que aquel fuese joven, apuesto y rico y gozase del aprecio de Richelieu.

Para algo tiene uno veinte años, máxime cuando ese uno ha nacido en Tarbes.

Lo primero que hizo D'Artagnan fue irse a su casa para ponerse de veinticinco alfileres; luego se volvió a la de Athos, a quien, como siempre, se lo refirió todo. Athos escuchó los proyectos de su joven amigo, y cuando este hubo acabado, movió a uno y otro lado la cabeza, y en voz no exenta de amargura le recomendó que fuese prudente.

—¡Cómo! —exclamó el mosquetero—, ¿acabáis de perder a una mujer que, según vos, era buena, seductora, perfecta, y ya corréis en pos de otra?

—Yo amaba a mm. Bonacieux con el corazón —repuso D'Artagnan, que conoció la justicia del reproche—, mientras que a milady la quiero con la cabeza. Al hacerme presentar en su casa, busco, en primer lugar, informarme respecto del papel que esa mujer desempeña en la corte.

—Según lo que me habéis dicho, no es difícil deducir qué papel desempeña en ella. Salta a la vista que es una emisaria del cardenal. Esa mujer va a armaros un lazo en el que perderéis la vida.

—¡Diablos! Me parece que veis las cosas a través de un prisma muy sombrío, mi querido Athos.

—¡Qué queréis! Desconfío de las mujeres, amigo mío, y por eso me abstengo de tratarlas, sobre todo a las rubias. ¿No me dijisteis que milady era rubia?

—Como un rayo de sol.

—¡Pobre D'Artagnan! —profirió Athos.

—Ya os he dicho que mi intención es informarme; en cuanto sepa yo lo que me propongo saber, si te he visto no me acuerdo.

—Informaos —dijo Athos de un modo flemático.

Lord Winter llegó a la hora convenida, pero Athos, avisado oportunamente, entró en la segunda pieza.

El inglés encontró, pues, solo a D'Artagnan y, como iban a dar las ocho, se lo llevó consigo.

A la puerta de la calle estaba aguardando una elegante carroza, y como de ella tiraba un soberbio caballo, en un abrir y cerrar de ojos el inglés y su acompañante llegaron a la place Royale.

Milady Clarick recibió graciosamente a D'Artagnan… pero antes que se nos olvide, digamos que la morada de aquella era verdaderamente suntuosa, y que por mucho que la mayor parte de los ingleses, ahuyentados por la guerra, salían de Francia, o estaban a punto de salir de ella, milady acababa de hacer nuevos gastos en su casa; lo cual probaba que el decreto de expulsión de los ingleses no la afectaba.

—El caballero —dijo lord Winter, presentando a D'Artagnan a su hermana— es un hidalgo que ha tenido mi vida en sus manos, y que no ha querido abusar de su ventaja, por más que fuésemos enemigos por dos conceptos, pues yo soy quien le ha insultado y, además, soy inglés. Si me tenéis algún apego, señora, dadle las gracias.

A milady se le arrugó ligeramente el ceño, se le nubló la frente de un modo casi imperceptible, y por los labios le vagó una sonrisa tan extraña, que el mozo, a quien no pasara inadvertida aquella triple trasformación, sintió algo así como un escalofrío.

Lord Winter, que se había vuelto para jugar con el mono predilecto de milady, que le tiraba del jubón, nada vio.

—Bienvenido seáis, señor, y tened la certeza de que los derechos que hoy habéis adquirido a mi gratitud son eternos —profirió milady con una voz cuya suavidad contrastaba extrañamente con los síntomas de mal humor que acababa de notar D'Artagnan.

En esto se volvió el inglés y contó detalladamente lo ocurrido durante el duelo. Milady le escuchó con suma atención; aun así se podía ver, por mucho que ella se esforzara en ocultar sus impresiones, que el relato de lord Winter no le placía. La sangre le afluía al rostro, y sus pequeños pies rebullían bajo su falda.

Lord Winter no se dio cuenta de nada y, cuando hubo terminado, se acercó a una mesa donde estaban servidos en una salvilla una botella de vino de España y algunos vasos, y llenando dos de estos, por señas convidó a beber a D'Artagnan.

Este, sabiendo como sabía que negarse a brindar con un inglés era ofenderle grandemente, se acercó a la mesa y tomó el segundo vaso. Sin embargo, el mozo no había perdido de vista a milady, y observándola en la luna del espejo, vio que aquella, ahora que creía no ser objeto de mirada alguna, mordía con rabia su pañuelo, y que su semblante había cobrado una expresión que tenía algo de feroz.

En esto entró la linda doncella en quien ya se fijara D'Artagnan, y dijo algunas palabras en inglés a lord Winter, que al punto pidió licencia al gascón para retirarse, pretextando la urgencia del asunto que lo llamaba, y dando a su hermana el encargo de disculparle.

D'Artagnan cruzó un apretón de manos con lord Winter y vino a sentarse nuevamente junto a milady, cuyo rostro había recobrado otra vez y con movilidad

sorprendente su expresión graciosa; solo algunas manchitas rojas diseminadas en su pañuelo indicaban que aquella se mordiera los labios hasta arrancarles sangre.

Bueno es decir que milady tenía divinos los labios: parecían de coral.

La conversación tomó un rumbo por demás animado. Milady, ya enteramente repuesta, por lo menos en apariencia, dijo que lord Winter no era hermano suyo, y sí su cuñado, y en cuanto a ella, que era viuda de un segundón, de quien tenía un hijo, único heredero de lord Winter, si es que este no contraía matrimonio. Todo ello le pareció a D'Artagnan como envuelto en un velo, pero todavía no columbraba cosa alguna a través de este.

Por lo demás, al cabo de media hora de conversación, al mozo no le cupo la más mínima duda de que milady era paisana suya; tal era la pureza y la elegancia con que hablaba el francés.

D'Artagnan se deshizo en frases galantes y en muestras de devoción, y a cuantas sandeces se le escaparon, milady sonrió con benevolencia.

A la hora de retirarse, el mozo se despidió de lady Clarick y salió del salón pisando fuerte y reventando de felicidad.

Ya en la escalera, nuestro gascón se cruzó con la linda doncella, que le rozó suavemente al pasar.

—Perdone vuestra merced que le haya rozado —dijo la doncella con voz dulcísima y poniéndose como una amapola.

—Lo estáis —respondió D'Artagnan.

Este volvió al día siguiente a casa de milady, que le recibió mejor aún que en la víspera. En ausencia de lord Winter fue ella la encargada de rendirle todos los honores de la velada, y le demostró interesarse grandemente por él, preguntándole cuál era su patria y cuáles sus amigos, y si alguna vez había pensado en tomar partido por el cardenal.

D'Artagnan, que, como sabemos, era muy prudente pese a no tener más que veinte años, sintió renacer las sospechas que ya le infundiera milady, de modo que contestó a las insinuaciones de esta haciendo un entusiasta elogio de Richelieu, y diciendo que de haber conocido a m. de Cavois en lugar de a m. de Tréville, estaba seguro de que no habría entrado a servir en los guardias del rey, sino en los del cardenal.

Sin afectación alguna, milady cambió de asunto, y preguntó a D'Artagnan, despreocupadamente, si había estado alguna vez en Inglaterra.

—Sí —respondió el mozo—, allá me envió m. de Tréville para contratar una remonta de caballos; y por cierto que traje cuatro por muestra.

Durante la conversación, milady repulgó dos o tres veces la boca; y es que se las había con un gascón que era la cautela personificada.

D’Artagnan se retiró a la misma hora que la víspera, y al pasar por el corredor volvió a encontrarse con la hermosa Ketty, que así se llamaba la doncella; quien le dirigió una mirada tan llena de ternura, que equivalió a una declaración formal. Pero D’Artagnan estaba tan preocupado con el ama, que solo notaba lo que de esta provenía.

Nuestro gascón visitó de nuevo a milady los días siguiente y subsiguiente, y cada vez fue recibido por aquella con más agasajo.

Cada noche también, ora en la antesala, ya en el corredor o en la escalera, el mozo se encontraba con la linda doncella; pero, como ya hemos dicho, D’Artagnan no se fijaba en la persistencia de la pobre Ketty.

XXXII

UNA COMIDA DE PROCURADOR

Porthos, a pesar del duelo en que tan brillante papel desempeñara, no se había olvidado de la comida de la procuradora. Al día siguiente, a la una, se hizo dar el último cepillado por Mousqueton y se encaminó a la rue aux Ours con el andar del hombre a quien la suerte se le muestra propicia por partida doble.

Al gigante le latía el corazón, pero no a impulsos de un amor joven e impaciente, como a D'Artagnan; no, le irritaba la sangre un interés más material; por fin iba a atravesar aquel umbral misterioso, a subir aquella escalera desconocida para él y por la cual ascendieran uno a uno los viejos escudos de m. Coquenard; iba a ver con sus propios ojos cierto cofre del que en sueños se le representara repetidas veces la imagen; cofre de forma larga y profunda, cerrado con candados y cerrojos, empotrado en el suelo; cofre del cual oyera hablar con tanta frecuencia, y que las manos de la procuradora, un tanto enjutas, es verdad, pero no exentas de elegancia, iban a abrir ante sus asombrados ojos. Además él, el hombre errante, sin fortuna y sin familia, el soldado hecho a las posadas, figones y tabernas, el sibarita constreñido casi siempre a las comidas a costa de los demás, iba a degustar una comida casera, a saborear las comodidades de una vivienda agradable, a disfrutar de esas pequeñas atenciones a que uno es tanto más sensible cuanto más frío, como dicen los veteranos.

Sentarse todos los días, y a título de primo, a una mesa bien servida, bailarle el agua al procurador y desplumar a los pasantes, enseñándoles las tretas de la baceta, el pasadiez y el sacanete, ganándoles, por vía de honorarios, y en una hora, sus economías de un mes, a Porthos le parecía de perlas.

Porthos recordaba haber oído aquí y allá maldecir de los procuradores, de su mezquindad, de su roñería y del mal trato que se daban en la mesa; pero como, después de todo, salvo ciertos intentos de economía que al gigante le parecieron siempre muy intempestivos, mm. Coquenard se había portado con él con bastante liberalidad —para una procuradora, se entiende—, supuso que hallaría una casa más que medianamente bien amueblada y provista.

Sin embargo, al mosquetero le asaltaron algunas dudas al llegar a la puerta, pues en realidad el acceso no era como para alentar a la gente. El pasillo era hediondo y oscuro como boca de lobo, la escalera, mal alumbrada por enrejados a través de

cuyos barrotes penetraba la luz que venía de un patio contiguo, y la puerta del primero era baja y estaba guarnecida de clavos descomunales, al igual que la puerta principal del Grand Châtelet.

Porthos llamó con los nudillos, y al llamamiento acudió un pasante alto como un escobón amarillo, y con un bosque de enmarañados cabellos que se le comían el rostro; este saludó con el ademán del hombre que se ve obligado a respetar en otro la elevada estatura y el fornido cuerpo que indican la fuerza, el uniforme militar que muestra la profesión, y el rostro encarnado signo de la costumbre a la buena vida.

Detrás del primer pasante había otro más chico, luego otro más alto, y por último un tagarote de doce años, o lo que es lo mismo, tres pasantes y medio, lo que, en aquel tiempo, anunciaba un estudio de los más acreditados.

Por más que el mosquetero no debía llegar hasta la una, la procuradora estaba al acecho desde el mediodía y contaba con el corazón y quizá también con el estómago de su amante para hacerle anticipar la hora.

Mm. Coquenard llegó, pues, por la puerta de la habitación, casi al mismo tiempo que su convidado lo hacía por la de la escalera, y la aparición de aquella le sacó del atolladero. Efectivamente, Porthos, no sabiendo qué decir a aquella ascendente y descendente escala de pasantes que le miraban con ojos llenos de curiosidad, se estaba callado como un muerto.

—Es mi primo —exclamó la procuradora—. Entre, m. Porthos, entre.

El nombre de Porthos despertó la risa de los pasantes, pero en cuanto aquel se volvió y les clavó la mirada, estos recobraron la seriedad.

Mm. Coquenard y Porthos cruzaron el recibidor en el que estaban los pasantes y el estudio donde estos deberían haber estado, entraron en el despacho del procurador, oscuro y atestado de legajos, dejaron a la derecha la cocina y por fin llegaron al salón.

Todas las piezas indicadas, que se comunicaban entre sí, no merecieron de Porthos ningún buen concepto. A través de todas aquellas puertas abiertas y de un extremo a otro de la habitación debían de oírse las palabras; además, el mosquetero había dirigido, al paso, una rápida e investigadora mirada a la cocina, y para dolor de él y vergüenza de la procuradora, no vio en ella ni la lumbre ni la animación que en los instantes que preceden a una suculenta comida suele haber en el santuario de la gula.

Era indudable que el procurador estaba advertido de antemano, pues no manifestó sorpresa alguna al ver a Porthos, que se acercó a aquel con bastante soltura y le saludó cortésmente.

—Por lo que se ve, somos primos, m. Porthos —dijo el procurador, levantándose, a fuerza de brazos, de su sillón de junco.

El anciano, que iba envuelto en un jubón holgado y negro dentro del cual se zarandeaba su delgadísimo cuerpo, tenía los ojos pequeños, castaños, pero brillantes

como carbúnculos, y gesticulante la boca; todas sus demás facciones parecían muertas. Por desgracia, las piernas empezaban a negarse a sustentar aquella máquina huesuda, y desde hacía cinco meses, que era cuando se iniciara tal endeblez, puede decirse que el procurador había pasado a ser esclavo de su mujer.

De hallarse ligero de piernas, m. Coquenard se hubiera negado a admitir como pariente a Porthos; pero ahora aceptó con resignación el primazgo.

—Sí, señor, somos primos —profirió sin desconcertarse Porthos, que ya había supuesto que el marido no lo recibiría con palmas.

—Por línea femenina, según parece —dijo con malicia el procurador.

Porthos no entendió la ironía y la tomó por una candidez de la que se rió entre dientes; no así mm. Coquenard, que sabiendo como sabía que un procurador cándido es una variedad rarísima de la especie, se sonrió un poco y se sonrojó mucho.

M. Coquenard, no bien hubo visto a Porthos, lanzó una mirada de zozobra a un gran armario frontero de su bufete de roble. Porthos comprendió que aquel armario, aunque por la forma no correspondía al que él viera en su imaginación, debía de ser el bienaventurado cofre, y se regocijó en su alma de que la realidad tuviese seis pies más de altura que la ilusión.

El procurador no llevó más allá sus investigaciones genealógicas, pero desviando del armario su inquieta mirada y posándola en Porthos, se contentó con decir:

—Supongo que nuestro señor primo nos hará la merced de comer una vez con nosotros antes de volverse al campo, ¿no es así, mm. Coquenard?

Ahora recibió Porthos el tiro en la mismísima boca del estómago, y de veras le dolió; y parece que por su parte la procuradora lo sintió también, pues repuso:

—Si ve que le tratamos mal, mi primo no va a volver; en cambio, si le agasajamos, como su estancia en París debe ser muy corta y por consiguiente apenas le quedará tiempo para vernos, no se negará a dedicarnos todos o casi todos los instantes de que pueda disponer antes de su partida.

—¡Oh! Piernas mías, mis pobres piernas, ¿qué ha sido de vosotras? —murmuró Coquenard mientras hacía un esfuerzo por sonreír.

El socorro que llegara a Porthos en el instante en que viera vulneradas sus esperanzas gastronómicas inspiró al mosquetero la más profunda gratitud hacia la procuradora.

Llegada la hora de comer, que no se hizo esperar, se encaminaron todos al comedor, que era una pieza oscura, situada frente a frente de la cocina.

Los pasantes, que al parecer olieron emanaciones culinarias insólitas en aquella casa, se habían presentado con puntualidad militar, y sostenían en las manos sendos taburetes para sentarse en ellos a la primera señal, y como si de antemano saborearan ya las viandas, movían las mandíbulas de un modo que daba miedo.

¡Rediós!, dijo para sí el mosquetero, lanzando una mirada a los tres hambrientos, pues, como ya lo habrá imaginado el lector, el tagarote no era admitido a la mesa magistral. ¡Rediós! Yo de mi primo no conservaría a mi lado a tales glotones. Se diría que son náufragos que no han comido en seis semanas.

M. Coquenard entró, sentado en su sillón de ruedas y empujado por su mujer, a quien Porthos prestó ayuda.

No bien estuvo a la mesa, el procurador movió la nariz y las mandíbulas, a imitación de sus pasantes, y exclamó:

—¡Caramba! Está rica la sopa.

Pero, ¿qué diablos huelen de extraordinario en esa sopa?, dijo para sí Porthos al ver aquel caldo descolorido, abundoso pero del todo ciego, en el cual, como las islas de un archipiélago, nadaban hasta media docena de diáfanas rebanadas de pan.

Mm. Coquenard sonrió y, a una señal suya, todos se sentaron apresuradamente; luego aquella sirvió a su marido y a Porthos, y una vez hubo llenado su propio plato, distribuyó las rebanadas, sin caldo, a los famélicos pasantes.

En esto se abrió por sí y chirriando la puerta del comedor, y a través de las entreabiertas hojas Porthos divisó al tagarote, que no pudiendo tomar parte en el festín, estaba comiendo su pan en medio de las suculentas vaharadas que partían de la mesa y de la cocina.

Después de la sopa, la criada sirvió una gallina cocida y, como si fuera algo magnífico, hizo dilatar de tal suerte los párpados de los comensales, que no parecía sino que iban a partírseles.

—Se ve que tenéis mucho apego a vuestra familia, mm. Coquenard —dijo el procurador, sonriendo de modo casi trágico—; seguro que esta es una galantería que hacéis a vuestro primo.

La pobre gallina, que de tan seca parecía un puñado de astillas, estaba cubierta de una de esas gruesas y erizadas pieles que los huesos nunca consiguen agujerear, pese a su continuado esfuerzo; seguro que para encontrarla en la percha donde se retirara para morir de vejez había sido necesario mucho tiempo.

¡Diablos!, dijo mentalmente Porthos, el caso es demasiado triste; yo respeto la vejez, pero cocida o asada no me interesa en absoluto.

Y el mosquetero tendió la mirada en torno suyo para ver si los demás compartían su opinión; pero solo vio ojos radiantes que devoraban anticipadamente aquella gallina sublime, blanco de su menosprecio.

Mm. Coquenard se acercó la fuente, separó del ave y con destreza las dos negras patas y las puso en el plato de su marido; cortó el cuello y, junto con la cabeza, lo puso aparte para sí, quitó un ala para Porthos y entregó el animal a la sirvienta que acababa de servirlo, quien lo devolvió a la cocina casi intacto y desapareció antes de

que el mosquetero pudiese haber examinado las variaciones que un revés imprime en los rostros según el caracter o el temperamento de los que lo sufren.

Tras la gallina sirvieron una descomunal fuente de habas, entre las cuales hacían como que se asomaban algunos huesos de carnero que, de pronto, podría uno haber creído que iban acompañados de carne.

Sin embargo, los pasantes no se engañaron con aquella superchería, y sus lúgubres caras tomaron la actitud de la resignación.

Mm. Coquenard distribuyó las habas entre los pasantes con la moderación de una buena ama de casa.

Una vez hubo llegado el vino, que lo sirvieron en una botella de greda por demás raquítica, el procurador escanció hasta la tercera parte de un vaso a cada uno de los pasantes, vertió en el suyo una porción casi igual, y luego acercó la botella a su mujer y a Porthos.

Los pasantes suplieron con agua la diferencia hasta llenar sus vasos, y como esta operación la repitieron a cada trago, de ahí que al final de la comida, en vez de envasar una bebida color de rubí, se echaron entre pecho y espalda un líquido del color del topacio tostado.

Porthos comió tímidamente su ala de gallina, y se estremeció al sentir por debajo de la mesa el contacto de la rodilla de la procuradora; lo cual no impidió que se bebiera medio vaso de aquel vino baratísimo, que él reconoció estar elaborado con la horrible uva de Montreuil, terror de los paladares delicados.

El procurador le miró beberse aquel vino puro y lanzó un suspiro.

—¿No probáis esas habas, primo Porthos? —profirió mm. Coquenard con acento que quería decir: creedme, no comáis.

—El diablo cargue conmigo si las pruebo —dijo entre dientes el mosquetero, y en voz alta añadió—: Gracias, prima, no tengo más apetito.

Por unos instantes reinó el más profundo silencio, durante el cual Porthos no sabía qué postura tomar.

—¡Ah! Mm. Coquenard, mm. Coquenard, mm. Coquenard —exclamó por fin el procurador—, os doy mil enhorabuenas, la comida ha sido un verdadero festín. ¡Caramba, lo que he comido! ¡Estoy hasta el cuello!

M. Coquenard había comido su ración de sopa y las negras patas de la gallina y roído el único hueso de carnero al que estaban pegadas algunos restos de carne.

Porthos tuvo por cierto que se estaban burlando de él, y empezó a manosearse los bigotes y a fruncir el ceño; pero la rodilla de la procuradora acudió dulcemente para aconsejarle paciencia.

Aquel silencio y la interrupción del servicio, que para Porthos eran incomprensibles, tenían una explicación terrible para los pasantes, quienes a una mirada del procurador, acompañada de una sonrisa del ama, se levantaron de la mesa

con gran lentitud, doblaron con más lentitud todavía sus servilletas, saludaron y se fueron.

—Venga, muchachos —les dijo con toda gravedad el procurador—, id a hacer la digestión trabajando.

Cuando hubieron salido los pasantes, mm. Coquenard se levantó y sacó de un aparador un pedazo de queso, un trozo de carne de membrillo y un pastel de almendras y miel amasado con sus propias manos.

El procurador frunció el ceño, porque veía un número excesivo de platos; Porthos repulgó los labios, porque veía que no había qué comer.

Entonces el mosquetero buscó con los ojos la fuente de las habas, pero, ¡ay!, las habas ya habían desaparecido.

—Lo que yo he dicho —exclamó m. Coquenard, zarandeándose en su sillón—, un verdadero festín, epuloe epularum; Lúculo come en casa de Lúculo.

Porthos fijó los ojos en la botella que tenía junto a sí, y esperaba que podría suplir la deficiencia de los platos que sirvieran con vino, pan y queso; pero ni en la botella había vino, y ni el procurador ni su mujer dieron muestras de haberlo notado.

De acuerdo, dijo Porthos para sus adentros, me doy por advertido.

El mosquetero lamió una cucharadita de confitura y enviscó los dientes en la pegajosa pasta de la procuradora.

Ya está consumado el sacrificio, dijo mentalmente Porthos. ¡Ah, si no me alentase la esperanza de inspeccionar con mm. Coquenard el armario de su marido!

Tras las delicias de una comida a que él llamaba un exceso, el procurador sintió necesidad de echar la siesta; pero por más que el mosquetero supusiera que Coquenard iba a pegar los ojos inmediatamente y en el comedor mismo, el maldito procurador se empeñó en que lo condujeran a su despacho, y no cesó de gritar hasta que estuvo enfrente de su armario, en el borde del cual, y para mayor precaución, puso los pies.

La procuradora hizo entrar a Porthos en una pieza contigua, y los dos empezaron a sentar las bases de la reconciliación.

—Podéis venir tres veces a la semana —dijo mm. Coquenard.

—Gracias —contestó Porthos—, no quiero abusar; por otra parte, debo pensar en mi equipo.

—Es verdad —profirió la procuradora, lanzando un gemido.

—¡Ay! Él es el que me trae de cabeza —repuso Porthos.

—Pero ¿de qué se compone el equipo de vuestro cuerpo?

—De muchas cosas, mm. Coquenard —respondió Porthos—; como sabéis, los mosqueteros son soldados escogidos, y necesitan muchos objetos que de nada sirven a los guardias ni a los suizos.

—Bueno, sí, pero hacedme la merced de enumerármelos.

—Lo cual puede subir a… —dijo Porthos, que prefería discutir la suma a hablar de los sumandos.

—¿A cuánto? Supongo que no pasará de… —profirió la procuradora, atragantándosele la voz y temblándole las carnes.

—¡Oh! No pasa de dos mil quinientas libras —respondió el mosquetero—, y aun tengo para mí que, escatimando, con dos mil libras saldría del apuro.

—¡Dios me valga! ¡Dos mil libras! ¡Pero si esto es una fortuna! —exclamó mm. Coquenard.

Porthos hizo una mueca por demás significativa.

—Si os he pedido la enumeración —dijo la procuradora, que comprendió al mosquetero—, es porque teniendo, como tengo, muchos parientes y muchos conocidos comerciantes, estaba segura de obtenerlo todo a la mitad del precio que vos.

—Eso ya es distinto —repuso Porthos.

—Pues eso quería yo decir —profirió mm. Coquenard—. Ante todo, ¿no necesitáis un caballo?

—Sí, señora.

—Pues precisamente puedo proporcionaros uno que ni pintado.

—Queda ya zanjado este punto —dijo Porthos, radiante de alegría—; luego necesito los arneses, que se componen de objetos que solo puede comprar un mosquetero, y que, por lo demás, no costarán más de trescientas libras.

—Trescientas libras, entonces pongamos trescientas libras —exclamó la procuradora, exhalando un suspiro.

Porthos se sonrió; y es que, como recordará el lector, ya poseía la silla procedente de Buckingham, lo que significaba que tenía la intención de meterse solapadamente trescientas libras en el bolsillo.

—Después —continuó el mosquetero—, me hace falta un caballo para mi lacayo y una maleta; respecto de las armas, no debéis preocuparos por ellas, las poseo.

—¡Un caballo para vuestro lacayo! —profirió la procuradora, titubeando—. Este es un lujo de gran señor, amigo mío.

—¡Señora! —dijo con altivez Porthos—. ¿Por ventura soy un mendruguero?

—No; lo que yo quería deciros es que a veces una buena mula luce lo que un caballo, y me parece que procurándoos una mula lucia para vuestro lacayo…

—De acuerdo —profirió Porthos—; bien mirado, no andáis tan desencaminada como eso, que yo he visto muy altos señores españoles con su séquito montado en mulas. Pero ya comprenderéis que una mula sin penachos y cascabeles…

—Tranquilizaos —dijo la procuradora.

—No falta más que la maleta.

—Este es punto muy fácil de resolver —dijo mm. Coquenard—, mi marido tiene cinco o seis, y podréis escoger como entre peras; particularmente, hay una que él tenía en gran estima cuando solía viajar, y en la cual cabe un escuadrón.

—¿Conque está vacía? —preguntó Porthos con candidez.

—Es más que seguro —respondió con igual candidez la procuradora.

—¡Ah! Pues yo la necesito bien proveída, querida —repuso el mosquetero.

Mm. Coquenard lanzó un rosario de suspiros. Molière no había escrito aún su escena del Avaro; por tanto, la procuradora es anterior a Harpagon.

El resto del equipo fue discutido de la misma manera; y el resultado de la sesión fue que mm. Coquenard daría ochocientas libras en dinero, y proporcionaría el caballo y la mula que tendrían la honra de conducir a la gloria a Porthos y a Mousqueton.

Fijadas estas condiciones, el mosquetero se despidió de la procuradora, que no hacía más que dirigirle miradas de ternura para retenerlo; pero Porthos pretextó exigencias del servicio, y mm. Coquenard se vio obligada a ceder el paso al rey.

El mosquetero entró en su casa con hambre canina y un mal humor de mil diablos.

XXXIII

DONCELLA Y SEÑORA

El presuntuoso D'Artagnan, que pese a la voz de su conciencia y a los prudentes consejos de Athos, estaba cada vez más enamorado de milady, iba todos los días a galantearla, en la íntima creencia de que tarde o temprano se vería correspondido.

Una noche, D'Artagnan, al entrar en el palacio de lady Clarick con la cabeza erguida y ligero como el hombre que espera liberalidades, encontró a Ketty bajo la puerta cochera, pero ahora la hermosa muchacha no se contentó con rozarle al pasar, sino que le cogió suavemente la mano.

¡Vaya!, dijo D'Artagnan para sus adentros. Va a comunicarme algún mensaje de parte de su ama, a indicarme algún lugar adonde aquella no se habrá atrevido a citarme de viva voz.

Y el mozo miró a la hermosa doncella con el más satisfecho ademán.

—Querría deciros dos palabras, señor caballero —balbució Ketty.

—Habla, hija mía —dijo D'Artagnan.

—Aquí, es imposible; lo que tengo que deciros es demasiado largo y, sobre todo, demasiado secreto.

—¿Cómo vamos a arreglarlo, pues?

—Si el señor caballero me hiciese la merced de seguirme —dijo con timidez la doncella.

—A donde quieras, niña hermosa.

—Venid, pues.

Ketty, que no había soltado la mano de D'Artagnan, lo condujo por una oscura escalera de caracol, y después de haberle hecho subir unos quince peldaños, abrió una puerta.

—Entrad, señor caballero —dijo la doncella—, aquí estaremos solos y podremos conversar.

—¿A quién pertenece este dormitorio, mi hermosa niña? —preguntó D'Artagnan.

—Es el mío, señor caballero —respondió Ketty—; comunica con el de mi señora por esta puerta. Pero nada temáis, como mi ama nunca se acuesta antes de medianoche, no podrá oírnos.

D'Artagnan tendió en torno de sí una mirada investigadora, y vio que el pequeño dormitorio era modelo de buen gusto y de limpieza; luego, y a pesar suyo, clavó los ojos en la puerta que, según la doncella, comunicaba con el dormitorio de milady.

—Mucho amáis a mi señora, señor caballero —dijo Ketty, adivinando lo que pasaba en el espíritu del mozo y lanzando un suspiro.

—Más que no me sería dable el decirlo; estoy loco por ella —contestó D'Artagnan.

—¡Ay!, señor, es una lástima —profirió Ketty, suspirando nuevamente.

—¿Y qué diablos ves tú de triste en esto? —preguntó D'Artagnan.

—Es que mi ama no os quiere pizca, señor —respondió la doncella.

—¿Cómo? —exclamó D'Artagnan—. ¿Por ventura te ha encargado tu ama que me lo dijeses?

—No, señor; pero como me intereso por vos, he resuelto decíroslo.

—Gracias, mi buena Ketty —dijo D'Artagnan—, pero solamente por la intención, porque ya ves tú que la confidencia no es nada agradable.

—Lo cual quiere decir que no me creéis —repuso la doncella.

—Siempre se le hace a uno cuesta arriba creer tales cosas, aunque solo sea por amor propio.

—Veo que no me creéis.

—Francamente, hasta que me des una prueba de lo que me has dicho…

—¿Qué os parece esta? —profirió Ketty, sacando de su faltriquera una carta.

—¿Para mí? —dijo D'Artagnan, apoderándose con viveza del billete.

—No, para otro.

—¿Para otro?

—Sí, señor.

—¡Su nombre! ¡Su nombre! —exclamó D'Artagnan.

—Consta en el sobre.

—¡El conde de Wardes!

Al presumido gascón se le refrescó inmediatamente el recuerdo de lo ocurrido en Saint-Germain, y con una rapidez superior a la del pensamiento rasgó el sobre, sin hacer caso del grito en que prorrumpiera Ketty al ver lo que él iba a hacer, o más bien lo que estaba haciendo.

—¡Oh! —exclamó la doncella—, ¿qué hacéis?

—¿Yo? Nada —respondió D'Artagnan, que abrió la carta y leyó lo siguiente:

> No he recibido contestación a mi primer billete; ¿acaso estáis aún doliente, u os olvidáis de la manera como me mirasteis en el baile de mm. de Guise? Ya que la ocasión se os ofrece, no la dejéis escapar, conde.

D'Artagnan palideció intensamente; fue herido en su amor propio, y se creyó herido en su amor.

—¡Pobre m. D'Artagnan! —dijo la doncella con acento inequívocamente compasivo y estrechando otra vez la mano del mozo.

—¡Ah! ¿Me compadeces, mi buena Ketty? —repuso D'Artagnan.

—De todo mi corazón, pues sé lo que es amar.

—¿Tú sabes lo que es amar? —profirió el mozo, mirando por primera vez con cierta intención a la doncella.

—¡Ay! Sí, señor.

—En este caso, en lugar de compadecerme, lo mejor que podrías hacer sería ayudarme a tomar venganza de tu señora.

—¿Y de qué manera querríais vos vengaros, señor caballero?

—Triunfando con ella, suplantando a mi rival.

—En eso no os ayudaré yo, señor —contestó Ketty con viveza.

—¿Por qué? —preguntó D'Artagnan.

—Por dos razones: la primera, porque mi señora nunca os amará.

—¿Qué sabes tú?

—La habéis irritado hondamente.

—¡Yo! ¿Y en qué puedo haberla irritado, si desde que la conozco vivo a sus pies como un esclavo? Hazme el favor de explicarte, Ketty.

—Eso no lo diré yo nunca más que al hombre… que lea hasta lo más recóndito de mi alma.

D'Artagnan miró por segunda vez a Ketty, que tenía un frescor y una hermosura que muchas duquesas hubieran comprado al precio de su corona.

—Ketty —dijo D'Artagnan a la doncella—, siempre y cuando quieras leeré yo en lo íntimo de tu alma; no quede por eso, mi querida niña.

Y el mozo dio a Ketty un beso que hizo cobrar a la pobre muchacha el color de la cereza.

—¡Oh, no! —exclamó la doncella—, vos no me amáis; a quien amáis es a mi señora, vos mismo lo habéis dicho hace poco.

—¿Y esto es lo que te impide darme a conocer la segunda razón? —repuso D'Artagnan.

—La segunda razón, señor caballero —dijo Ketty, alentada por el beso primero y luego por la expresión de los ojos del mozo—, es que en achaques de amor cada uno lleva el agua a su molino.

Entonces, solo entonces, recordó D'Artagnan el apasionado mirar de Ketty, sus encuentros en la antesala, en la escalera y en el pasillo, sus roces de mano y sus ahogados suspiros; absorbido por el deseo de ser agradable a la gran dama, había

desdeñado a la doncella, pero ¿qué cazador de águilas para mientes en los gorriones?

Pero ahora nuestro gascón vio de una sola ojeada todo el partido que podía sacarse del amor que la doncella acababa de declarar de una manera tan cándida, o tan desvergonzada si se quiere: interceptación de las cartas dirigidas al conde de Wares, contactos en la plaza, y entrada a todas horas en el dormitorio de Ketty, contiguo al de su amada. Como se ve, el pérfido sacrificaba ya mentalmente a la pobre muchacha para conseguir a milady de grado o por fuerza.

—Pues bien —dijo el mozo a la doncella—, ¿quieres que te dé una prueba de ese amor del que dudas?

—¿De qué amor? —preguntó la muchacha.

—Del que estoy pronto a sentir por ti.

—¿Y qué prueba es esa?

—¿Quieres que esta noche pase a tu lado el tiempo que acostumbro a pasar junto a tu ama?

—Sí, sí —respondió la doncella, batiendo palmas.

—Pues bien, mi querida niña —dijo D'Artagnan, sentándose en un sillón—, ven aquí para que te diga que eres la más hermosa doncella que he visto en mi vida.

Y nuestro gascón se lo dijo a Ketty con acento tan persuasivo, que la pobre muchacha, que no deseaba sino creerle, le creyó… Con todo eso, y con gran admiración de D'Artagnan, la linda doncella se defendía muy resueltamente.

El tiempo trascurre muy veloz, cuando se pasa en ataques y defensas.

En esto sonó la medianoche, y casi al mismo tiempo se oyó un campanillazo en el dormitorio de milady.

—Idos al instante —exclamó Ketty—, mi señora me está llamando.

D'Artagnan se levantó, cogió su sombrero como si hubiese tenido la intención de obedecer, y abriendo con rapidez la puerta de un gran armario en lugar de abrir la de la escalera, se apelotonó en él en medio de los vestidos y de los peinadores de milady.

—¿Qué hacéis? —dijo la doncella.

D'Artagnan, que al abrir la puerta del armario había cuidado de apoderarse de la llave, se encerró allí sin responder palabra.

—¿Estáis durmiendo, que no venís cuando llamo? —gritó milady con voz áspera y abriendo de un voleo la puerta de comunicación.

—Aquí estoy, señora, aquí estoy —respondió la muchacha, acercándose precipitadamente a su ama.

Las dos mujeres entraron en el dormitorio, y como la puerta de comunicación quedó abierta, D'Artagnan pudo todavía, por espacio de algún tiempo, oír cómo

milady regañaba a su doncella; luego milady se apaciguó, y la conversación recayó en él mientras Ketty aderezaba a su señora.

—Esta noche no he visto al gascón —dijo milady.

—¡Cómo! ¿No ha venido? —profirió la doncella—. ¡Si será voluble antes de alcanzar la dicha!

—No, debe de ser que m. de Tréville o m. Des Essarts le han impedido venir. Soy perita en la materia, y sé que a ese le tengo cogido.

—¿Y qué hará con él mi señora?

—¿Qué? Ya lo verás; entre ese hombre y yo hay algo que él ignora… Por poco me desacredita a los ojos de su eminencia… ¡Oh! ¡Me vengaré!

—Pues yo creí que mi señora le amaba.

—¡Yo! ¡Amarle, yo! ¡Le detesto! ¡Un necio que tiene en sus manos la vida de lord Winter y no lo mata, haciéndome perder con su bobería trescientas mil libras de renta!

—Es verdad —dijo la doncella—, vuestro hijo es el único heredero de su tío, y hasta su mayor edad vos habríais usufructuado sus bienes.

D'Artagnan sintió frío en los huesos al escuchar que aquella delicada criatura le reprochaba con la voz estridente, que apenas conseguía disimular en la conversación, el que no hubiese matado a un hombre a quien él viera colmar de atenciones a la misma que anhelaba su exterminio.

—Y ya me hubiera vengado de él —continuó milady—, si el cardenal, sin que yo sepa por qué, no me hubiese recomendado que le tratase con miramientos.

—Mi señora no se ha andado con ellos con la mujer a quien él amaba.

—¿La mercerilla de la rue des Fossoyeurs? ¡Bah! ¿Y tú crees que él no la ha olvidado ya? ¡Pues vaya una venganza! ¡Sí!

D'Artagnan tenía la frente bañada de frío sudor; aquella mujer era un monstruo.

El mozo aguzó nuevamente el oído, pero por desgracia ya estaba listo el tocado.

—Bueno —dijo milady—, vuélvete a tu cuarto, y mañana ve a obtener respuesta a la carta que te he confiado.

—¿Para m. de Wardes? —dijo Ketty.

—¡Y pues!

—He aquí uno que me parece todo lo contrario del pobre m. D'Artagnan —repuso la doncella.

—He dicho que te vayas —replicó milady—, no me placen los comentarios.

D'Artagnan oyó cómo cerraban la puerta, así como el ruido de dos cerrojos que echaba milady para encerrarse en su dormitorio; la doncella, por su parte, pero tan calladamente como pudo, dio una vuelta a la llave.

—¿Qué os pasa que estáis tan pálido? —preguntó Ketty al mozo al volverse y ver que este salía del armario en un estado físico que daba lástima.

—¡Oh, mujer abominable! —murmuró D'Artagnan.

—Silencio y salid —dijo la muchacha—, este dormitorio y el de mi ama no están separados más que por un tabique, y desde el uno se oye cuanto se dice en el otro.

—Pues por eso mismo no me voy —repuso D'Artagnan.

—¿Cómo? —profirió la doncella, sonrojándose.

—O por lo menos no saldré hasta más tarde —añadió el mozo, atrayendo hacia sí a la muchacha.

No había manera de resistir; ¡hace tanto ruido la resistencia!, que Ketty cedió.

Aquel arranque del gascón fue una venganza contra milady; y D'Artagnan halló que estaban muy en lo cierto los que decían que la venganza es el placer de los dioses. Así es que con un poco de corazón, el mozo se habría contentado con aquella nueva conquista; pero D'Artagnan era todo ambición y orgullo.

Sin embargo, cumple decir a su favor que en lo primero que utilizó su influencia sobre Ketty fue en probar si por medio de ella podía averiguar qué había sido de mm. Bonacieux; pero la pobre muchacha juró con las manos puestas en el crucifijo que no lo sabía, toda vez que su señora nunca dejaba penetrar más que la mitad de sus secretos; lo único que Ketty tenía por seguro era que mm. Bonacieux no estaba muerta.

En cuanto a la causa que por poco hace perder a milady su crédito ante cardenal, la doncella la ignoraba por completo; pero, en este punto, D'Artagnan estaba más adelantado que ella, pues daba por indiscutible que respondía al asunto de los herretes de diamantes el haber visto a milady a bordo de un buque a pique del ancla en el momento en que él partía de Inglaterra.

Pero lo que más evidente resultaba en todo aquel fregado era que el odio verdadero, profundo e inveterado de lady Clarick arrancaba de que él no hubiese dado muerte a lord Winter.

D'Artagnan volvió el día siguiente a casa de milady, y la halló de pésimo humor, indudablemente a causa de no haber recibido contestación del conde de Wardes; por lo menos, así lo sospechó el mozo.

En esto entró Ketty, y al ver que su ama la recibía con gran aspereza, dirigió al gascón una mirada que quería decir: ya veis cuánto estoy sufriendo por vos.

Con todo eso, al fin de la velada, la hermosa cortesana se amansó, y escuchó con rostro risueño las galanterías de D'Artagnan, y aun le dio a besar la mano.

El gascón salió sin saber ya qué pensar; pero como no era mozo a quien se le hiciese perder la cabeza fácilmente, al tiempo que galanteaba a milady había ingeniado en su mente un atrevido proyecto.

D'Artagnan encontró a Ketty en la puerta y, como en la víspera, subió al cuarto de la doncella, a quien milady había reprendido y acusado de negligente, y a la que había

ordenado que a las nueve de la mañana pasase a recoger de manos de ella otra carta para el conde de Wardes, del cual no se explicaba el silencio.

Nuestro gascón hizo prometer a la doncella que le llevaría a su casa la carta tan buen punto se la diera su señora; y como la pobre muchacha estaba perdidamente enamorada de D'Artagnan, prometió hacer cuanto este quisiera.

Todo pasó como en la víspera: D'Artagnan se encerró en el armario, milady llamó, hizo su tocado, despidió a Ketty y cerró la puerta de comunicación. El mozo, como en la víspera también, no entró en su casa hasta las cinco de la mañana.

A las once, D'Artagnan vio llegar a la doncella con el nuevo billete de milady en la mano. Ahora Ketty ni siquiera intentó disputárselo a su amante; le pertenecía en cuerpo y alma, y le dejó hacer.

El mozo abrió el billete y vio que decía:

Esta es la tercera carta que os escribo para deciros que os amo. Ved de no obligarme a escribiros una cuarta vez para manifestaros que os detesto.

Si os arrepentís de haber obrado conmigo como lo habéis hecho, la muchacha que os entregará este billete os dirá de qué manera puede obtener mi perdón un caballero.

Mientras estuvo leyendo la precedente carta, a D'Artagnan un color se le iba y otro se le venía.

—¡Oh! ¡Continuáis amándola! —dijo Ketty, que ni por un segundo había desviado los ojos del rostro del gascón.

—No, amiga mía, te engañas, ya no la amo; pero quiero vengarme de sus desdenes.

—Sé de qué manera queréis vengaros, vos mismo me lo habéis dicho.

—¿Y qué te importa cuando sabes que no amo a otra mujer que a ti?

—¡Ay! ¿Cómo puede una saber eso?

—Por los desdenes con que abrumaré a tu ama.

La muchacha lanzó un suspiro, y D'Artagnan escribió lo siguiente:

Señora: hasta hoy no he tenido por cierto del todo que fuesen para mí los dos billetes que me dirigisteis, tan indigno me parecía yo de tamaña honra; esto sin contar que me hallaba tan doliente, que aun creyéndolo hubiera titubeado en responder.

Hoy me es ya imposible no dar crédito al exceso de vuestra bondad, pues no solo vuestra carta, más también vuestra doncella, me afirman que me cabe la honra de ser amado por vos.

La portadora de vuestro billete no necesita decirme de qué manera puede obtener vuestro perdón un caballero. Iré pues a solicitarlo de vos esta noche a las once. Aplazarlo un día más sería ahora, a mis ojos, inferiros una nueva ofensa.

El hombre a quien habéis hecho el más dichoso del mundo,

CONDE DE WARDES

En primer lugar, el billete de D'Artagnan era apócrifo, luego era un atentado contra la delicadeza, y aún, desde el punto de vista de las costumbres de nuestros días, algo así como una infamia; pero en aquel tiempo no se andaban con tantos miramientos como en la actualidad. Por otra parte, D'Artagnan sabía, por boca de la misma milady, que esta era culpada de traición por asuntos más importantes, y por tanto no la apreciaba mucho que digamos. No obstante, pese a la poca estima que le tenía, sentía una pasión abrasadora por ella, pasión preñada de desdenes, pero pasión al fin y al cabo, o deseo, como se quiera.

La intención de D'Artagnan era muy sencilla: por el dormitorio de su amante llegaría al de milady, y se aprovecharía del primer instante de sorpresa, de vergüenza o de terror para triunfar con ella; puede también que se estrellase, pero quien no se arriesga no pasa la mar. Solo faltaban ocho días para abrirse la campaña, y era preciso partir, y por lo tanto el mozo no podía andarse con rodeos.

—Toma —dijo D'Artagnan, entregando a la doncella el billete cerrado—, da esta carta a milady; es la contestación del conde de Wardes.

La pobre Ketty se puso más pálida que una difunta; y es que sospechó lo que encerraba aquel billete.

—Escucha, mi querida Ketty —le dijo D'Artagnan—, ya comprendes que es menester que todo esto acabe de una manera o de otra; milady puede descubrir que tú entregaste el primer billete a mi lacayo en lugar de entregarlo al lacayo del conde; que soy yo quien ha abierto los otros que debía abrir el conde de Wardes, y entonces te despida, y ya sabes que no es mujer para limitar a eso su venganza.

—¡Ay! —dijo la doncella—. ¿Por quién me he expuesto a todo eso?

—Por mí, lo sé, hermosa mía —profirió el mozo—, y por eso te estoy tanto más agradecido, palabra.

—Pero en conclusión, ¿qué contiene este billete?

—Ya te lo dirá milady.

—¡Ay! No me amáis —exclamó la doncella—; ¡qué desgracia la mía!

Este reproche lleva aparejada una respuesta que las mujeres siempre interpretan en su perjuicio; y D'Artagnan respondió de manera que la muchacha permaneció en el mayor engaño.

Sin embargo, Ketty derramó abundantes lágrimas antes de decidirse a entregar el billete a su ama; pero se decidió, que era lo que D'Artagnan quería.

Por otra parte, el mozo prometió a su amante que por la noche saldría temprano del dormitorio de milady y subiría a verla a ella, promesa que acabó de consolar a la pobre Ketty.

XXXIV

EN EL QUE SE TRATA DE LOS EQUIPOS DE ARAMIS Y PORTHOS

Desde el día en que cada cual fue por su lado en busca del equipo, los cuatro amigos solo se reunían ocasionalmente; todos y cada uno de ellos comían donde les cogía el hambre, o más bien dicho, donde podían. Además, el servicio les robaba horas preciosas que contribuían a hacer más veloz el tiempo. De seguro, los cuatro amigos no se veían más que una vez a la semana, en casa de Athos, dado que este último, y según prometiera, no había vuelto a poner los pies en la calle.

El día de la reunión, Ketty fue a casa de D'Artagnan, el cual, apenas la doncella le hubo dejado, se encaminó a la rue de Férou, al domicilio de Athos, donde lo encontró filosofando con Aramis.

Aramis hablaba nuevamente de ahorcar el uniforme para tomar la sotana, y Athos, según sus hábitos, no le disuadía ni le alentaba; y es que Athos profesaba la máxima de que debía dejarse a cada cual su libre albedrío, máxima que él cumplía estrictamente no dando nunca consejo alguno a no ser que se lo pidiesen por lo menos dos veces.

—Los consejos —decía Athos— suele uno pedirlos más que para no hacer caso de ellos, o si los sigue, más que para poder echarlos en cara a quien los ha dado.

Poco después que D'Artagnan, llegó Porthos, con lo que se hallaron reunidos los cuatro amigos, cuyos rostros traducían otros tantos diferentes estados de espíritu: en el de Porthos se traslucía la tranquilidad, en el de D'Artagnan, la esperanza, la inquietud en el de Aramis, y en el de Athos, la indiferencia.

Al cabo de un instante de conversación en la que Porthos dejó entrever que una persona de cuenta se había encargado de sacarle de apuros, entró Mousqueton, quien con un aspecto de lo más triste dijo a su amo que le estaban aguardando en su casa para un asunto urgente.

—¿Son mis equipos? —preguntó Porthos.

—Sí y no —respondió Mousqueton.

—Pero, en fin, ¿no puedes decirme…?

—Venid, mi amo.

Porthos se levantó, saludó a sus amigos y siguió a Mousqueton.

Poco después Bazin se presentó en el umbral.

—¿Qué hay, amigo mío? —preguntó Aramis con la melosidad que acostumbraba cada vez que sus pensamientos le inclinaban hacia la Iglesia.

—Os está aguardando un sujeto en vuestra casa.

—¿Qué sujeto?

—Un mendigo.

—Dadle una limosna y que ruegue por un pobre pecador.

—Es que el mendigo quiere a toda costa hablar con vos, y pretende que os halagará grandemente verlo.

—¿No ha dicho nada particular para mí?

—Sí, ha dicho, señor, me ha dicho que si vos titubeabais, os manifestase que acababa de llegar de Tours.

—¿De Tours? —exclamó Aramis—; señores, perdonad, pero es probable que el hombre que desea reunirse conmigo me traiga anheladas noticias.

Y, levantándose, se alejó con rapidez. Athos y D'Artagnan se quedaron solos.

—Apostaría que esos buenos mozos han salido del mal paso. ¿Qué os parece a vos, D'Artagnan? —preguntó Athos.

—Sé que Porthos estaba en condiciones de conseguirlo; en cuanto a Aramis, si tengo que decir la verdad, nunca me ha causado preocupación; pero vos, mi querido Athos, vos que distribuisteis con tanta generosidad el dinero del inglés, que tan legítimamente os pertenecía, ¿qué vais a hacer?

—Estoy muy contento de haber matado a aquel tunante, visto que matar ingleses es pan bendito; pero su bolsa me pesaría como un remordimiento.

—En verdad, alentáis ideas inconcebibles —dijo el mozo.

—Bien, pasemos página, mi querido D'Artagnan —repuso Athos—. ¿Qué me dijo m. de Tréville, que me honró ayer con su visita, que vos visitáis a esos ingleses sospechosos a quienes protege el cardenal?

—Distingamos —profirió el gascón—, a quien yo visito es a una inglesa, la misma de que os he hablado en otras ocasiones.

—Ya —repuso Athos—, la rubia acerca de la cual os he dado consejos que, naturalmente, no habéis seguido.

—No los he seguido por las razones que os he expuesto antes.

—Porque detrás de eso veis vuestro equipo; y atended que hablo fundándome en lo que vos mismo me habéis expuesto.

—No; es que he adquirido la certidumbre de que esa mujer ha intervenido en el rapto de mm. Bonacieux.

—Comprendo; para encontrar de nuevo a una mujer, hacéis la corte a otra: es el camino más largo, pero también el más divertido.

D'Artagnan estuvo a un tris de contarlo todo a su amigo, pero le retuvo una consideración: en cuanto a delicadeza, Athos era severo, y en el plan que nuestro

enamorado forjara respecto de milady había algo que él sabía que no obtendría el asentimiento del puritano, así que prefirió guardar silencio, y como Athos era el hombre menos curioso del mundo, las confidencias de D'Artagnan no fueron más allá.

Dejemos, pues, a los dos amigos, que no tienen que comunicarse nada de interés, y sigamos a Aramis. Ya hemos visto con qué rapidez el mosquetero siguió, o mejor, precedió a Bazin al anunciarle este que un hombre procedente de Tours deseaba hablar con él; en un santiamén salvó la distancia que separaba la rue de Férou de la de Vaugirard.

En efecto, al entrar en su casa, Aramis encontró a un hombre de baja estatura y mirada inteligente, pero andrajoso.

—¿Sois vos quien preguntáis por mí? —dijo el mosquetero al desconocido.

—Entendámonos —respondió el mendigo—, yo pregunto por m. Aramis; ¿sois vos, por ventura?

—El mismo. ¿Traéis algo para mí?

—Sí, si me mostráis cierto pañuelo bordado.

—Aquí está —dijo Aramis, sacando una llave que llevaba colgada al cuello y abriendo una arquilla de ébano incrustada de nácar.

—Conforme —repuso el mendigo—; alejad a vuestro lacayo.

En efecto, Bazin, curioso de saber qué quería de su amo aquel hombre, había llegado casi al mismo tiempo que Aramis, pero de poco le valió su diligencia; el mosquetero, a la incitación del mendigo, le hizo seña de que se retirara.

Una vez a solas Aramis y el mensajero, este miró rápidamente a todas partes para cerciorarse de que nadie podía verle ni oírle, y abriendo su harapienta y mal ceñida chupa, descosió su jubón por la parte de arriba y sacó una carta.

Aramis, al ver el sello, lanzó un grito de gozo, besó el sobre, y con respeto casi religioso abrió el billete, que decía:

Amigo mío; el destino nos fuerza a vivir separados por algún tiempo más; pero no creáis que los hermosos días de la juventud hayan pasado para no volver. Cumplid con vuestro deber en el campo de batalla, como yo cumplo con el mío en otra parte. Tomad lo que el portador os entregue; pelead como noble, generoso y bueno, y pensad en mí, que beso con ternura vuestros negros ojos.

Adiós, o más bien hasta la vista.

El mendigo, que no había cesado de descoser sus harapientas ropas, fue sacando de su traje uno a uno hasta ciento cincuenta doblones de cuatro en cuatro y los fue alineando sobre la mesa; luego abrió la puerta, saludó y partió antes de que Aramis, estupefacto, pudiese haberle dirigido una palabra.

Entonces, el mosquetero volvió a leer la carta, y vio en ella la siguiente posdata:

Podéis reservar buena acogida al portador, que es conde y grande de España.

—¡Oh, sueños dorados! ¡Oh, vida hermosa! Sí, somos jóvenes y todavía podemos gozar de horas de dicha. ¡Oh, amor mío! Tuya es mi sangre, tuya mi vida —exclamó Aramis, besando con pasión la carta, y sin mirar siquiera las monedas de oro que brillaban sobre la mesa.

En esto Bazin dio un golpecito en la puerta, y como Aramis ya no tenía para qué mantenerlo alejado, le dio permiso para entrar.

Bazin, al ver tanto dinero sobre la mesa, quedó pasmado, y se olvidó de anunciar a D'Artagnan, quien, aguijado por la curiosidad de saber quién era el mendigo, se había encaminado a casa de Aramis al salir de la de Athos.

Ahora bien, como el mozo usaba de toda franqueza con el mosquetero, al ver que Bazin se olvidaba de anunciarlo, se anunció a sí mismo.

—¡Diantre! Mi querido Aramis —exclamó D'Artagnan—, si son esas las ciruelas pasas que os remiten de Tours, hacedme la merced de enviar mi enhorabuena al hortelano que las cosecha.

—Os engañáis, mi buen amigo —contestó Aramis, siempre discreto—, ese dinero acaba de enviármelo ¿no diríais quién?, mi librero; es el precio del poema en monosílabos que empecé en Crèvecœur.

—¿De veras? —repuso D'Artagnan—, sea lo que fuere, vuestro librero es generoso.

—¡Cómo, señor! —exclamó Bazin—. ¿Tanto dinero dan por un poema? ¡Parece increíble! ¡Ah!, señor, hacéis lo que se os antoja, y como os empeñéis, con el tiempo os igualaréis con m. de Voiture y m. de Benserade. También me gusta a mí eso; un poeta es casi un sacerdote. ¡Ah!, mi señor, meteos a poeta.

—Me parece que os estáis inmiscuyendo en nuestra conversación, amigo Bazin —dijo Aramis.

El lacayo, comprendiendo que se había extralimitado, bajó la cabeza y salió.

—Por lo que se ve, vendéis a peso de oro las producciones de vuestro ingenio —profirió el gascón, sonriendo—; dichoso vos mil veces, amigo mío; pero cuidado que no se os extravíe la carta esa que está asomando por la pechera de vuestro casacón, y que indudablemente es también de vuestro librero.

—Mi querido D'Artagnan —repuso Aramis, sonrojándose hasta más no poder, metiéndose la carta en el pecho y abotonándose su gustillo—; mi querido D'Artagnan, si no os contraría, vámonos a ver a nuestros amigos; estoy rico, y es menester que mientras llega la hora de que lo estéis vosotros, reanudemos las comidas en común.

—De mil amores —contestó el mozo—. Hace ya mucho tiempo que no hemos hecho una comida decente, y como esta noche tengo que dar fin a una empresa algo peligrosa, no me vendrá mal calentarme un poco los cascos con algunas botellas de borgoña rancio.

—De acuerdo, también me gusta a mí el borgoña —dijo Aramis, a quien la vista del oro había quitado, como con las manos, sus ideas de retiro.

Y, metiéndose tres o cuatro doblones en la faltriquera para atender a las necesidades del momento, Aramis encerró los demás en la arquilla de ébano incrustada de nácar, en la que ya estaba el famoso pañuelo que le sirviera de talismán.

Los dos amigos se encaminaron directamente a la vivienda de Athos, quien, fiel al juramento de no salir, se encargó de enviar a por los manjares para comer en su propia casa.

D'Artagnan y Aramis, que sabían cuánto entendía Athos en gastronomía, le dejaron hacer, y salieron para ir a ver a Porthos; pero no bien hubieron llegado a la esquina de la rue du Bac, cuando encontraron a Mousqueton, que con cara de viernes iba arreando ante sí una mula y un caballo.

—¡Caramba! —exclamó D'Artagnan con sorpresa no exenta de alegría—, mi caballo amarillo; fijaos en ese caballo, Aramis.

—Vaya un matalón —repuso el mosquetero.

—Pues sabed que montado en él vine a París —profirió el gascón.

—¡Qué! ¿Vuestra merced conoce ese rocín? —preguntó el lacayo de Porthos.

—Tiene un color muy original —dijo Aramis—; es el primero que veo de ese pelaje.

—Yo lo creo —repuso D'Artagnan—, por eso lo vendí por tres escudos, por el pelaje, pues el armazón no los vale ni en sueños. Pero ¿cómo se explica que este caballo esté en tu poder, Mousqueton?

—¡Ay! No me hable de ello su merced —respondió el lacayo—; es una mala treta del marido de nuestra duquesa.

—¿Cómo?

—Sí, señor —continuó Mousqueton—, cierta dama de alta posición nos mira con muy buenos ojos, la duquesa de…; pero, perdonad, mi amo me ha recomendado la discreción. Pues sí, la dama a la que quiero referirme nos había obligado a aceptar un pequeño recuerdo, un magnífico caballo entero español y una mula andaluza que daba gusto verla; el marido se ha enterado, ha confiscado las dos preciosas bestias, y en su lugar nos ha enviado esas horrorosas alimañas.

—¿Y ahora se las devuelves? —preguntó D'Artagnan.

—Ha adivinado vuestra merced —respondió Mousqueton—; porque vuestra merced ya ve que no podemos aceptar de ninguna manera tales cabalgaduras a cambio de las que nos habían ofrecido.

—No mil veces —exclamó D'Artagnan—, por más que me habría gustado ver a Porthos caballero en mi jaco amarillo, para hacerme una idea de la facha que yo hacía

al llegar a París. Pero te estamos estorbando, Mousqueton; ve y cumple el encargo de tu amo. Dime, ¿está en casa nuestro amigo?

—Sí, señor —respondió Mousqueton—, pero de mal humor.

El lacayo siguió hacia el quai des Grands-Agustins, mientras los dos amigos iban a llamar a la puerta del infortunado Porthos; este, habiéndoles visto cruzar el patio, no dio señales de vida por más que aquellos llamaron una y otra vez.

Entretanto, Mousqueton continuaba su camino, arreando ante sí las bestias, y después de atravesar el Pont-Neuf, se internó en la rue aux Ours, una vez en la cual ató el caballo y la mula a la aldaba de la puerta del procurador, y sin más tomó la vuelta de la casa de su amo, a quien anunció haber dado cumplimiento a su orden.

Poco después, las pobres bestias, que desde la mañana no habían probado el pienso, movieron tal ruido levantando y dejando caer la aldaba, que el procurador envió a su cagatintas para que, entre los vecinos, se informara de quién eran aquel caballo y aquella mula.

Mm. Coquenard conoció su presente, y de buenas a primeras no supo a qué atribuir aquella restitución; pero no tardó en aclararle las cosas el mismísimo Porthos. La ira que brillaba en los ojos del mosquetero, pese a los esfuerzos que este hacía por contenerse, llenó de terror a la sensible amante. En efecto, Mousqueton no había escondido a su amo el encuentro de D'Artagnan y de Aramis, y que en el caballo amarillo, el primero reconociera al jaco bearnés que montaba cuando entró en París y que luego vendiera por tres escudos.

Porthos salió después de haber citado a la procuradora para el claustro de Saint-Magloire.

M. Coquenard, al ver que el mosquetero se iba, le invitó a comer; pero Porthos, con ademán lleno de dignidad, declinó el convite.

La procuradora se encaminó, toda turbada, al claustro de Saint-Magloire, pues presentía los reproches que allí la esperaban; pero ¡qué le haremos!, estaba fascinada por la pomposa labia de Porthos.

Este desencadenó sobre la agobiada cabeza de su procuradora todas las imprecaciones, todos los reproches que de boca de un hombre herido en su amor propio pueden salir.

—¡Ay! Yo lo he hecho con buen fin —dijo mm. Coquenard—. Uno de nuestros clientes, comerciante de ganado, debía algún dinero al estudio, y como se mostraba recalcitrante, le he tomado el caballo y la mula en pago de lo que nos estaba adeudando; me había prometido dos cabalgaduras regias.

—Pues bien, señora —repuso Porthos—, si ese tratante os debía más de cinco escudos, es un ladrón.

—No es pecado intentar economizar, m. Porthos —profirió la procuradora, buscando una excusa.

—Decís bien, señora, pero los que van en pos de economías deben consentir a los demás que busquen amigos más liberales —arguyó el mosquetero, girando sobre sus talones y dando un paso como para retirarse.

—¡M. Porthos! ¡M. Porthos! —exclamó la procuradora—. He obrado mal, lo confieso; debí dejarme de regateos al tratarse de equipar a un caballero como vos.

Porthos, sin responder, dio otro paso de retirada.

A la procuradora le pareció ver al mosquetero en una rutilante nube y rodeado de duquesas y marquesas que le arrojaban a los pies talegos henchidos de oro.

—¡Deteneos, por favor! M. Porthos —exclamó mm. Coquenard—, deteneos y hablemos.

—Hablar con vos me acarrea desventura —dijo Porthos.

—Pero decidme claramente qué deseáis.

—No sirve de nada, al final, si algo os pido.

La procuradora se cogió del brazo del mosquetero, y en un arranque de dolor, dijo:

—M. Porthos, yo no entiendo nada de eso; ¿por ventura sé yo lo que es un caballo? ¿Acaso sé yo qué son arneses?

—Pues debíais preguntarme, que soy perito en la materia, señora; pero habéis querido economizar, y, por consiguiente, prestar a usura.

—He obrado malamente, m. Porthos, y os doy palabra de que repararé el agravio que os he inferido.

—¿De qué manera? —preguntó el mosquetero.

—Escuchad: esta noche mi marido va a ir a casa de m. el duque de Chaulnes, que le ha mandado a buscar para hacerle una consulta que por lo bajo durará dos horas; venid a mi casa, y a solas echaremos nuestras cuentas.

—¡Enhorabuena! Esto es hablar, mi querida mm. Coquenard.

—¿Conque me perdonáis?

—Veremos —respondió majestuosamente Porthos.

—Hasta la noche, pues —profirió la procuradora.

—Hasta la noche —contestó el mosquetero, alejándose y diciendo para sí: Me parece que por fin me acerco al cofre de m. Coquenard.

XXXV

DE NOCHE TODOS LOS GATOS SON PARDOS

Por fin llegó la noche tan ansiada por Porthos y D'Artagnan.

Este último se presentó, como solía, a las nueve en casa de milady, que estaba de excelente humor y acogió al mozo con inusitada deferencia.

Ha recibido mi billete, dijo para sí nuestro gascón, y por lo que se ve, ha producido efecto.

Ketty entró para servir unos sorbetes, y su ama la recibió con rostro amable y risueño; pero la pobre doncella estaba tan triste, que no reparó en la benevolencia de milady.

D'Artagnan cotejó con la mirada a Ketty con lady Clarick, y en su fuero interno no pudo menos de convenir en que la naturaleza, al formar a aquellas dos mujeres, se había equivocado, ya que a la dama le diera una alma vendida y vil, y a la doncella, un corazón de duquesa.

A las diez, milady empezó a mostrar una inquietud de la que D'Artagnan adivinó la causa; lady Clarick consultaba el péndulo, se levantaba, volvía a sentarse, y se sonreía mirando al mozo con ojos que querían decir: sois muy amable, pero lo seríais todavía más si os marcharais.

D'Artagnan se levantó y cogió su sombrero, y al tenderle milady la mano para que se la besara, sintió como aquella le estrechaba la suya, no en señal de coquetería, sino de gratitud por su partida.

Le ama con frenesí, dijo al salir y entre dientes el mozo.

Ahora Ketty no aguardaba a nuestro gascón ni en la antesala, ni en el corredor, ni bajo la puerta principal. Así pues, D'Artagnan se vio constreñido a dar por si solo con la escalera y el aposento de la doncella, que estaba sentada en una silla, con la cabeza escondida entre las manos y llorando.

Ketty oyó entrar a D'Artagnan, pero no levantó la frente; y al acercarse a ella el mozo y cogerle las manos, rompió en zollipos.

Como D'Artagnan presumiera, milady, al recibir la carta, arrebatada por el delirio de su gozo, se lo había dicho todo a su doncella, y le había regalado una bolsa en recompensa del buen desempeño de su cometido.

Ketty, al regresar a su dormitorio, había arrojado la bolsa a un rincón, y allí continuaba, abierta y desbordando tres o cuatro monedas de oro sobre la alfombra.

Al sentir las caricias de D'Artagnan, la desdichada levantó la cabeza y enclavijó los dedos con ademán de súplica, pero sin atreverse a proferir palabra.

Por muy poco sensible que fuese el corazón del mozo, este, al ver el trastornado semblante de la doncella, no pudo menos que enternecerse ante aquel dolor mudo; pero estaba demasiado aferrado a sus proyectos y principalmente al que había trazado respecto de milady para modificar en un detalle el programa previamente planeado. D'Artagnan no dejó, pues, a la muchacha esperanza alguna de conmoverlo; lo único que hizo fue presentar su acción a los ojos de la doncella como una simple venganza; venganza que, de otra parte, era tanto más fácil cuanto milady, indudablemente para esconder su rubor a su amante, había recomendado a Ketty que apagara todas las luces de la habitación, incluso las de su dormitorio.

Hay que decir que Wardes debía salir antes del alba, mientras todavía fuera oscuro.

Poco después Ketty y D'Artagnan oyeron como lady Clarick entraba en su dormitorio, y el mozo se escondió inmediatamente en el consabido armario, en el que apenas se había acurrucado cuando sonó la campanilla.

La doncella entró en el dormitorio de su ama, pero no dejó abierta la puerta; sin embargo, era tan delgado el tabique, que D'Artagnan pudo oír casi todo lo que dijeron las dos mujeres.

Milady, al parecer ebria de gozo, hacía que su doncella le repitiese todas las menudencias de su supuesta entrevista con Wardes, cómo recibiera su carta el conde, qué había contestado, cuál era la expresión de su rostro, si parecía estar rendidamente enamorado; preguntas a las cuales la triste muchacha, obligada a mostrarse serena, respondía con voz atragantada, sin que su señora notase ni siquiera la inflexión dolorosa, tan egoísta es la felicidad.

Como ya estaba cercana la hora de su cita con el conde, milady hizo apagar todas las luces de su aposento y ordenó a Ketty que se volviera a su cuarto para introducir a Wardes tan pronto se presentara.

Poco tuvo que esperar la doncella. En efecto, apenas D'Artagnan hubo visto, a través del ojo de la llave de su armario, que en la habitación reinaba la más completa oscuridad, salió de su escondrijo en el instante mismo en que la muchacha cerraba la puerta de comunicación.

—¿Qué ruido es ese? —preguntó milady.

—Soy yo —respondió D'Artagnan a media voz—; yo, el conde de Wardes.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Ketty—. Si ni siquiera ha podido aguardar la hora fijada por él mismo.

—¿Qué hay? ¿Por qué no entra? —dijo con voz trémula milady; y luego añadió—: Conde, conde, ya sabéis que os estoy aguardando.

A este llamamiento, D'Artagnan apartó de sí y con suavidad a la doncella y entró disparado en el dormitorio de milady.

Si la rabia y el dolor deben martirizar un alma, esa alma es la del amante que bajo otro nombre que el suyo escucha súplicas de amor dirigidas a su afortunado rival.

D'Artagnan se hallaba en situación dolorosa, imprevista; los celos le mordían el corazón, y padecía casi tanto como la pobre Ketty, que en aquel momento estaba llorando en la estancia contigua.

—Sí, conde —decía lady Clarick con su voz más dulce y estrechándole con ternura la mano—; sí, el amor de que han sido mensajeras vuestras miradas y vuestras palabras cada vez que nos hemos encontrado me llena de dicha. También yo os amo, conde. ¡Oh! Mañana, mañana, quiero me deis alguna prenda que me pruebe que pensáis en mí, y como podríais olvidaros de mí, tomad.

Y, quitándose una sortija del dedo, la puso en el de D'Artagnan, quien recordó haber visto aquella alhaja, que era un magnífico zafiro rodeado de brillantes, en la mano de lady Clarick.

El primer arranque de nuestro gascón fue devolver la sortija, pero milady añadió:

—Guardad esa sortija en recuerdo de mi amor; por otra parte, al aceptarla —continuó con voz conmovida milady—, me prestáis un favor más grande de lo que podáis imaginar.

Esa mujer es un arca de misterios, dijo para sí D'Artagnan.

Este sintió en aquel instante vehementes impulsos de revelarlo todo; y ya tenía abierta la boca para darse a conocer a milady y decirle con qué vengativo fin estaba allí, cuando aquella repuso:

—¡Pobre ángel mío! ¡Habéis estado a punto de perecer a manos de ese monstruo, de ese gascón maldito! ¿Os molestan todavía vuestras heridas?

—Mucho —respondió D'Artagnan, que no sabía qué decir.

—No temáis —murmuró milady—, yo os vengaré, y con creces.

¡Diablos!, dijo mentalmente el mozo, todavía no ha llegado la hora de las confidencias.

D'Artagnan necesitó algún tiempo para rehacerse de la mala impresión que le produjera este corto diálogo, pero cumple decir que se habían evaporado todos sus proyectos de venganza. Aquella mujer ejercía en él un poder increíble: la odiaba y la adoraba a la vez. Nunca imaginara el mozo que en un mismo corazón pudiesen anidarse dos sentimientos tan contrarios, y que, al reunirse, formaran un amor extraño y, en cierta manera, diabólico.

En esto sonó la una, y fue menester separarse.

D'Artagnan, al despedirse de milady, no sintió más que un pesar profundo, el de alejarse de ella, y en el apasionado adiós que recíprocamente se dirigieron, se citaron de nuevo para la próxima semana.

La pobre Ketty esperaba poder dirigir algunas palabras a D'Artagnan cuando este pasaría por su cuarto; pero milady le condujo personalmente a través de la oscuridad y no lo dejó hasta la escalera.

Al día siguiente, por la mañana, el mozo fue a ver a Athos para pedirle consejo, pues en realidad era singularísima la aventura en que se enfrascara.

Todo se lo contó D'Artagnan a su amigo, que durante el relato frunció más de una vez el ceño.

—Si he de hablaros con franqueza —dijo Athos al gascón—, a mis ojos vuestra milady es una mujer infame; pero eso no quita que hayáis cometido una mala acción al engañarla: sea lo que fuere, os habéis agenciado una enemiga terrible.

—¿Veis esta sortija? —dijo D'Artagnan, ufano de ostentar a los ojos de sus amigos tan rico presente, y al ver que el mosquetero miraba con atención profunda el zafiro rodeado de brillantes, que tomara en el dedo del gascón el sitio de la sortija de la reina, encerrada nueva y cuidadosamente en su estuche.

—Sí —respondió Athos—, me recuerda a una alhaja de familia.

—¿Verdad que es hermosa? —preguntó D'Artagnan.

—Soberbia —repuso el mosquetero—; pensaba que no existían dos zafiros de tan hermosas aguas. ¿La habéis trocado por vuestro diamante?

—No —respondió el mozo—, es un presente de mi hermosa inglesa, o más bien de mi hermosa francesa, pues, aunque no se lo he preguntado, tengo el convencimiento de que milady ha nacido en Francia.

—¿Esa sortija os la ha dado milady? —exclamó el mosquetero con voz profundamente conmovida.

—Ella misma; me la ha regalado esta noche.

—Hacedme la merced de mostrármela —dijo Athos.

—Tomad —profirió D'Artagnan, quitándosela del dedo. Athos examinó la sortija y palideció, luego se la puso en el anular de la mano izquierda, y le vino que ni pintada.

—Es imposible que sea ella —dijo el mosquetero, a la vez que por su frente, de ordinario tan tranquila, pasaba una nube de cólera y de venganza—; pero ¿cómo se explica que haya ido a parar a manos de lady Clarick esta sortija? Porque es muy difícil que entre dos alhajas haya un parecido tan asombroso.

—¿Conocéis esa sortija? —preguntó D'Artagnan.

—Eso creí, pero indudablemente me engaño —respondió Athos, devolviéndosela a su amigo y no dejando de tener clavados en ella los ojos. Y, al cabo de un instante, añadió—: Hacedme un favor, quitaos esa sortija o escondedla; me refresca tan dolorosos recuerdos, que se me turbaría la cabeza y no podría continuar conversando con vos. ¿No habéis venido para pedir consejos? ¿No me habéis dicho que no sabíais qué hacer? Pero… Dejadme inspeccionar nuevamente ese zafiro: al que yo me refiero tiene una de sus facetas rayada a causa de cierto accidente.

D’Artagnan satisfizo los deseos de Athos.

—Mirad —dijo el mosquetero, estremeciéndose y mostrando a su amigo la raya de que él se acordara—. ¿No es singular el caso?

—¿De quién os vino a vos la alhaja? —preguntó el gascón.

—De mi madre —respondió Athos—, que a su vez la heredara de la suya. Como ya os he dicho, es una alhaja de familia… de la que nunca debía haber salido.

—¿Entonces la… vendisteis? —preguntó con vacilación el mozo.

—No —repuso Athos, sonriendo de manera singular—; durante una noche de amor la di, como os la han dado a vos.

D’Artagnan, no después de haber restituido la sortija al dedo, sino después de habérsela metido en la faltriquera, se puso pensativo a su vez; y es que le parecía descubrir en el alma de milady abismos de sombrías e incógnitas profundidades.

—Escuchad —dijo Athos a su amigo, cogiéndole la mano—, ya sabéis cuánto os quiero, tanto como a un hijo si lo tuviera; creedme, pues, renunciad a esa mujer. No la conozco, pero algo así como una intuición me dice que es una criatura perdida, y que en ella hay algo fatal.

—Tenéis razón —dijo D’Artagnan—; así pues, me separo de ella, que en verdad hasta a mí mismo me espanta.

—¿Tendréis el valor de cumplir lo que decís? —repuso Athos.

—Sí —respondió D’Artagnan.

—Obraréis cuerdamente, amigo mío —dijo el mosquetero, estrechando la mano del gascón con afecto casi paternal—; y rogad a Dios que esa mujer, que apenas ha intervenido en vuestra vida, no deje en ella un rastro terrible.

Y diciendo estas palabras, Athos saludó con la cabeza a D’Artagnan, como quien quiere significar que no siente quedarse solo con sus pensamientos.

Al entrar en su casa, el mozo encontró a Ketty, que le estaba aguardando. Un mes de fiebre no habría cambiado a la pobre muchacha como aquella noche de insomnio y de dolor.

A la doncella la había enviado su ama a casa del fingido Wardes. Milady estaba loca de amor, ebria de gozo, y anhelaba saber cuándo le concedería una nueva entrevista su amante.

La pobre Ketty, pálida y trémula, estaba aguardando la respuesta de D’Artagnan.

Los consejos de Athos, que ejercía grande influjo en el ánimo del mozo, unidos a la voz de su propio corazón, ahora que su orgullo estaba a salvo y su venganza satisfecha, habían hecho que D’Artagnan resolviera no ver más a milady. Por toda contestación, pues, cogió nuestro gascón la pluma y escribió la siguiente carta:

No contéis conmigo para la próxima cita, pues son tantas las ocupaciones de este género que sobre mí han llovido desde mi convalecencia, que me he visto obligado a

poner algún orden en ellas. Cuando llegue vuestra vez, ya tendré la honra de participároslo.

Os besa las manos,

EL CONDE DE WARDES

D'Artagnan, ya fuera porque quería conservar un arma contra milady, o, hablando con toda franqueza, porque quería tener la sortija como un recurso extremo para proporcionarse el equipo, no rezó palabra del zafiro.

Por lo demás, haría mal quien juzgara los actos de un tiempo desde el punto de vista de otro tiempo. Lo que hoy cubriría de vergüenza a un hombre decente, en aquellos días era sencillo y natural, como lo prueba el que la mayor parte de los cadetes de las familias más nobles se hacían mantener por sus amantes.

D'Artagnan entregó abierta la carta a Ketty, que la leyó, primero, sin comprenderla, y que, al releerla, por poco se vuelve loca de alegría.

La doncella no se decidía a creer en tamaña ventura, tanto, que D'Artagnan tuvo que repetirle de viva voz las seguridades que la carta le daba por escrito.

Ketty, por mucho que se expusiera, con el arrebatado carácter de milady, al entregarle el billete del mozo, se encaminó a la place Royale tan aprisa como se lo consintieron sus piernas; que la mujer, por buena que sea, antes se alegra que se duele de los dolores de una rival.

Lady Clarick abrió el billete con igual apresuramiento que la doncella se lo llevara; mas apenas hubo leído la primera palabra, se puso lívida, y después de estrujar el papel entre sus dedos, se volvió hacia Ketty con los ojos despidiendo rayos, y le preguntó:

—¿Qué es este billete?

—La contestación al de mi señora —respondió la doncella toda temblorosa.

—Es imposible —prorrumpió lady Clarick—, es imposible que un caballero haya escrito este billete a una mujer.

Luego, de improviso y estremeciéndose, añadió como hablando consigo misma:

—¿Sabrá acaso…?

Milady se detuvo; los dientes le rechinaban; su piel había tomado el color de la ceniza, y al hacer un esfuerzo para encaminarse hacia una ventana en busca de aire, le flaquearon las piernas y no pudo sino extender los brazos y caer en un sillón.

La doncella, creyendo que a su ama le había dado un síncope, se acercó a ella para desabrocharla; pero milady se levantó con viveza y exclamó:

—¿Qué queréis? ¿Por qué me ponéis la mano encima?

—Temí que la señora se sintiera mal y he creído de mi deber auxiliarla —respondió la doncella toda despavorida ante la terrible expresión que tomara la fisonomía de su ama.

—¡Mal yo! ¡Yo! ¡Yo! ¿Creéis por ventura que soy una mujer de alfeñique? —exclamó lady Clarick—. Sabed que cuando me insultan no me siento mal; lo que hago es vengarme.

Y milady hizo seña con la mano a Ketty de que se marchara.

XXXVI

PROYECTOS DE VENGANZA

Aquella noche, milady ordenó que tan buen punto se presentara D'Artagnan, lo condujeran hacia ella; pero el mozo no compareció.

Al día siguiente la doncella fue a ver de nuevo a su amante, y le puso al cabo de lo ocurrido la víspera.

D'Artagnan se sonrió; aquella celosa cólera de milady era su venganza.

Por la noche, lady Clarick estuvo aún más impaciente que en la anterior, y renovó la orden relativa al gascón, a quien aguardó en vano.

Al otro día Ketty se presentó en casa de D'Artagnan, no ya alegre y ligera como en los dos días precedentes, sino triste hasta la muerte.

—¿Qué te pasa? —preguntó D'Artagnan a la doncella. Ketty, por toda respuesta, sacó una carta de su faltriquera y se la entregó al mozo.

También estaba escrito por milady el billete; pero ahora iba realmente dirigido a D'Artagnan y no al conde de Wardes.

Mi querido m. D'Artagnan:

Hacéis mal en desatender a vuestros amigos, máxime cuando vais a separaros de ellos por tan largo tiempo. Mi cuñado y yo os estuvimos aguardando ayer y anteayer, sin que nos cupiera el gusto de veros. ¿Sucederá lo mismo esta noche?

Vuestra agradecida,

LADY CLARICK

—Esta carta ya la esperaba yo —dijo D'Artagnan—. Mi buena opinión sube tanto cuanto baja la del conde de Wardes.

—¡Qué! ¿Iréis a casa de mi ama? —preguntó la doncella.

—Escucha, mi querida Ketty —dijo el gascón, que buscaba disculparse a sus propios ojos de faltar a la promesa que hiciera a Athos—, ya comprendes que sería descortés no corresponder a una invitación tan positiva. Si milady viese que yo dejaba de frecuentar su casa, tal vez entraría en sospechas, ¿y quién puede decir hasta dónde llegaría la venganza de una mujer de su temple?

—¡Ah! —repuso la doncella—, sabéis presentar las cosas de manera que siempre tenéis razón. Pero vais a continuar galanteándola, y si ahora le gustaseis bajo vuestro verdadero nombre y con vuestro verdadero rostro, sería peor que la vez primera.

El instinto hacía adivinar a Ketty parte de lo que iba a suceder.

D'Artagnan se esforzó en tranquilizar a la pobre muchacha y le prometió no hacer caso alguno de los atractivos de su ama. Luego añadió:

—Di a tu señora que vivo agradecidísimo a sus bondades y que para mí sus deseos son órdenes ineludibles.

Como ve el lector, el mozo no contestó por escrito, y es que temió, de hacerlo, no poder disimular lo suficiente su carácter de letra a ojos tan expertos como los de milady.

A las nueve llegó D'Artagnan a casa de lady Clarick, y lo que vio al entrar le hizo evidente que los criados que aguardaban en la antesala estaban previamente instruidos, pues tan pronto le vieron y aun antes de que él preguntara si milady estaba visible, uno de ellos corrió a anunciarlo.

—Que entre —dijo lady Clarick con voz rápida, pero tan penetrante que D'Artagnan la oyó desde la antesala.

Un lacayo introdujo al gascón.

—No estoy en casa para nadie —dijo milady al introductor—. ¿Habéis oído? Para nadie.

El lacayo salió.

D'Artagnan dirigió una mirada de curiosidad a lady Clarick, y vio que esta estaba pálida y tenía los párpados enrojecidos por las lágrimas o por el insomnio. Para esconderlo habían disminuido el número de las luces, pero no por esto consiguió aquella ocultar las huellas de la fiebre que la devorara durante los dos últimos días.

Nuestro gascón se acercó a milady, con su acostumbrada galantería, que hizo un violento esfuerzo por recibirle; en efecto, nunca una fisonomía trastornada desmintió una sonrisa más amable.

—¿Qué tal va esa salud, señora? —le preguntó D'Artagnan.

—Mal, muy mal —respondió milady.

—Entonces peco de indiscreto y me retiro, pues necesitáis reposo —dijo el gascón.

—Al contrario, quedaos, m. D'Artagnan —repuso lady Clarick—, vuestra amable compañía me distraerá.

¡Caramba!, dijo para sí el mozo, esa mujer nunca ha estado conmigo tan melosa.

Milady adoptó el ademán más afectuoso que pudo y dio todo el aliciente que le fue posible a su conversación; lo cual, unido a la brillantez de sus ojos, a los colores de sus mejillas y al carmín de sus labios que le devolviera un nuevo ataque de fiebre, hizo que D'Artagnan se hallara otra vez ante la Circe que ya le envolviera con sus hechizos. En el corazón del mozo volvió a despertarse su amor por lady Clarick, aquel amor que él suponía muerto y que no estaba más que adormecido. Milady sonreía, y por aquella sonrisa conocía D'Artagnan que vendería su alma.

Por un instante, el mozo sintió algo así como un remordimiento.

Poco a poco, milady fue haciéndose más comunicativa, y preguntó a D'Artagnan si tenía amante.

—¡Ay! —respondió el mozo con mogigatez—, ¿tenéis la crueldad de dirigirme tal pregunta a mí, que desde que tuve la dicha de veros no respiro ni suspiro más que por vos y para vos?

—Entonces ¿me amáis? —dijo milady, sonriéndose de una manera singular.

—¡Como si vos no lo hubieseis advertido!

—Sí lo he advertido; pero ya sabéis vos que los corazones, cuanto más altivos, más difíciles son de conquistar.

—No me asustan las dificultades —repuso D'Artagnan—, lo que me asusta son las imposibilidades.

—Para el verdadero amor, nada hay de imposible —dijo milady.

—¿Nada, señora?

—Nada.

¡Diantre!, dijo para sí el mozo, qué cambio de tono; ¿irá a enamorarse de mí la caprichosa, y estará dispuesta a concederme a mí otro zafiro semejante al que ya me ha dado tomándome por Wardes?

D'Artagnan acercó con viveza su asiento al de milady.

—Vamos a ver —profirió esta—, ¿qué haríais para probarme el amor que ostentáis?

—Cuanto me exigierais.

—¿Todo?

—¡Todo! —exclamó D'Artagnan, que de antemano sabía que no arriesgaba mucho al contraer tal compromiso.

—Pues conversemos un poco —repuso milady, acercando a su vez su sillón a la silla de D'Artagnan.

—Os escucho —dijo el gascón.

—Tengo un enemigo —profirió lady Clarick tras haber permanecido recelosa y como indecisa por un instante, y, al parecer, tomando una resolución repentina.

—¡Vos, señora! —exclamó D'Artagnan con fingida sorpresa—. ¿Es posible que una mujer buena y hermosa como sois vos los tenga?

—Un enemigo mortal.

—Pero ¿habláis de veras, señora?

—Un enemigo que me ha inferido un insulto de tal naturaleza, que entre él y yo no cabe más que una lucha a muerte. ¿Puedo contar con vos como auxiliar?

—Podéis, señora, mi brazo y mi vida os pertenecen como mi amor —respondió con énfasis D'Artagnan, que comprendió inmediatamente a donde se proponía llegar aquella mujer vengativa.

—Pues bien —repuso milady—, ya que vuestra generosidad corre pareja con vuestro amor…

—¿Qué? —preguntó el mozo al ver que su interlocutora se interrumpía.

—Cesad desde hoy de hablarme de imposibilidades —repuso milady tras un instante de silencio.

—No me abruméis bajo el peso de mi ventura, señora —exclamó D'Artagnan, dejándose caer de rodillas y cubriendo de besos las manos de lady Clarick, que se las había entregado.

Véngame del infame Wardes, dijo milady para sus adentros, después me desharé de ti, necio, hoja de espada viviente.

Entrégate a mí por tu propia voluntad después de haberme hecho tan sin vergüenza blanco de tus burlas, mujer hipócrita y peligrosa, dijo mentalmente el mozo, y luego me reiré de ti en compañía de aquel a quien te propones matar por mi mano. E, irguiendo la cabeza, añadió en voz alta:

—Estoy pronto.

—¿Conque me habéis comprendido, mi querido D'Artagnan? —profirió milady.

—He adivinado vuestro pensamiento en vuestras miradas.

—¿Y emplearíais en mi favor vuestro brazo, ya tan famoso?

—Seguro.

—Pero ¿cómo podría pagar yo tamaño favor? Sé lo que son los enamorados, y me consta que no hacen por hacer.

—Ya sabéis la única respuesta que anhelo, la única digna de vos y de mí, señora —dijo D'Artagnan, atrayendo suavemente hacia sí a lady Clarick, que apenas opuso resistencia.

—¡Interesado! —profirió milady, sonriendo.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan, verdaderamente arrebatado por la pasión que aquella mujer tenía el don de encender en su alma—. ¡Ah! Es que mi dicha me parece inverosímil, y temeroso de verla desvanecerse como un sueño, me apresuro a convertirla en realidad.

—Pues haceos digno de esa supuesta ventura.

—Estoy a vuestras órdenes —dijo el mozo.

—¿En realidad de verdad? —murmuró milady, manifestando una duda postrera.

—Decidme quién es el infame que ha hecho derramar lágrimas a vuestros divinos ojos.

—¿Y quién os ha dicho que yo he llorado? —exclamó lady Clarick.

—Me ha parecido…

—Las mujeres como yo no lloran.

—Mejor. Vamos, señora, decidme cómo se llama el infame.

—Ved que en lo que me pedís se cifra todo mi secreto.

—Sin embargo, es menester que yo sepa cómo se llama.

—Es preciso, decís bien; ¡ved cómo confío en vos!

—Me colmáis de gozo. ¿Cómo se llama?

—Vos lo conocéis.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Sería por ventura uno de mis amigos? —repuso D'Artagnan, fingiendo titubear para hacer creer en su ignorancia.

—¿Así pues, vacilaríais si fuese uno de vuestros amigos? —exclamó lady Clarick con las pupilas preñadas de amenazas.

—¡Ni que fuese mi hermano! —contestó D'Artagnan, como arrebatado por el entusiasmo, y sabiendo, como sabía, que nada arriesgaba.

—Me place vuestra devoción —dijo milady.

—¡Ay! ¿Nada más os place en mí? —preguntó el mozo.

—Y también os amo —repuso lady Clarick, cogiéndole una mano a D'Artagnan, que se estremeció con la ardiente presión, como si por el tacto se le contagiara la fiebre que abrasaba a aquella.

—¡Qué! ¡Vos me amáis! ¡Oh! Si esto fuese verdad, podría volverme loco —exclamó nuestro gascón, rodeando con ambos brazos la cintura de milady, que ni siquiera intentó apartar sus labios de los del mozo, si bien no le devolvió el beso.

Pero, ¡ay!, a D'Artagnan le pareció que acababa de besar una estatua, tanto hielo había en los labios de lady Clarick.

A pesar de ello, no por eso el gascón estaba menos ebrio de gozo, electrizado de amor; casi creía en la ternura de milady y en el crimen de Wardes, a quien habría matado de hallarse presente.

—Se llama… —dijo lady Clarick a su vez, aprovechando aquella ocasión.

—Wardes, lo sé —exclamó D'Artagnan.

—¿Y cómo lo sabéis vos? —preguntó milady, cogiendo ambas manos al mozo y esforzándose en leer hasta lo más profundo de su alma.

D'Artagnan conoció que se había excedido, que acababa de cometer una falta.

—Decid, decid —repetía milady—, ¿cómo lo sabéis vos?

—¿Cómo lo sé? —profirió D'Artagnan.

—Sí.

—Lo sé porque ayer el conde de Wardes mostró, en un salón donde yo estaba también, una sortija y dijo que vos se la habíais regalado.

—¡Infame! —exclamó milady.

El epíteto resonó hasta lo más hondo del corazón de D'Artagnan.

—¿Y vos? —preguntó lady Clarick.

—Os vengaré de ese canalla —respondió el mozo, dándose aires de don Japhet d'Arménie.

—Gracias, mi valiente amigo —exclamó milady—; ¿y cuándo me veré vengada?

—Mañana, ahora mismo, cuando queráis.

Milady iba a decir enseguida, pero reflexionó que tal precipitación sería poco agradable para D'Artagnan.

De otra parte, lady Clarick tenía que tomar mil precauciones y dar muchos consejos a su defensor, para que evitara toda explicación ante testigos con el conde. Todo ello quedaba previsto por una palabra del gascón.

—Mañana —dijo este— quedaréis vengada o yo habré muerto.

—No —profirió milady—, me vengaréis, pero no perderéis la vida; es un cobarde.

—Quizá lo sea con las mujeres, pero no con los hombres, y hablo con conocimiento de causa.

—Me parece que no podéis quejaros en el duelo que con él tuvisteis.

—La fortuna es veleidosa, y si ayer me fue favorable, mañana puede volverme las espaldas.

—Lo cual quiere decir que vaciláis.

—¿Yo? Lo más mínimo; pero ¿sería justo que me dejaseis caminar a una muerte posible sin haberme dado por lo menos un poco más que esperanzas?

Milady respondió lanzando a su interlocutor una mirada que quería decir: ¿nada más que eso? Hablad sin ambages.

Luego, acompañando de palabras explicativas la mirada, repuso con ternura:

—Es muy justo.

—¡Oh! Sois un ángel —exclamó D'Artagnan.

—¿Conque quedamos de acuerdo? —dijo milady.

—Salvo que me concedáis lo que os pido, alma mía.

—Pero ¿no os he dicho ya que podéis confiar en mi ternura?

—Como siempre, tengo la vida pendiente de un hilo, no puedo aguardar.

—Silencio, oigo a mi hermano, y no conviene que os encuentre aquí —repuso lady Clarick, tocando la campanilla.

Ketty acudió al llamamiento.

—Salid por aquí —dijo milady a D'Artagnan, empujando una puertecita de escape—, y volved a las once para dar fin a nuestra conversación: Ketty os introducirá en mis habitaciones.

Al oír estas palabras, a la pobre doncella le pareció que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Qué estáis haciendo ahí como una estatua? —dijo milady a Ketty—. Vamos, acompañad al caballero. —Y, volviéndose hacia D'Artagnan, añadió—: A las once, ¿habéis oído?

Por lo que se ve esta es la hora de sus citas, dijo para sí el mozo; es una costumbre adquirida.

Lady Clarick tendió la mano al gascón, que se la besó con ternura.

No seamos necios y obremos con cautela, esa mujer es una arpía, dijo en su mente D'Artagnan, respondiendo apenas a los reproches de Ketty.

XXXVII

EL SECRETO DE MILADY

Pese a las instancias de la doncella, D'Artagnan, en vez de subir al cuarto de esta, salió del palacio, primero porque de esta manera evitaba reproches y súplicas; luego porque sentía necesidad de leer en su pensamiento, y de ser posible, en el pensamiento de milady.

Lo que el mozo sacó en limpio de sus reflexiones fue que él amaba con locura a lady Clarick, y que esta no le amaba pizca. D'Artagnan comprendió, pues, por un instante, que lo mejor que podía hacer era volverse a su casa y escribir a milady declarándole que él y Wardes, en todo aquel fregado, eran una misma persona, y que por lo tanto él no podía comprometerse a matar al conde so pena de suicidarse. Pero también a él le aguijaba un feroz deseo de venganza; ansiaba poseer a aquella mujer por sí, por ser él quien era, y no bajo un nombre supuesto; y como aquella venganza no le parecía exenta de dulzores, no quería renunciar a ella.

D'Artagnan dio cinco o seis vueltas por la place Royale, volviendo a cada punto la cabeza para mirar la luz que del aposento de milady pasaba a través de las celosías; ahora era evidente que aquella no tenía prisa para entrar en su dormitorio como la vez primera.

Por fin desapareció la luz, y con ella se apagó la última irresolución en el pecho de D'Artagnan; el cual, recordando las circunstancias de la primera noche, entró de nuevo en el palacio de milady y se precipitó en el cuarto de Ketty con el corazón alborotado y con la cabeza hecha un volcán.

Ketty, pálida como una difunta y temblando como una azogada, intentó detener a su amante, pero milady, que estaba alerta, al oír el ruido que produjo D'Artagnan al entrar, abrió la puerta de comunicación, y dijo:

—Venid.

La conducta de lady Clarick revestía una impudicia tan increíble, un descaro tan monstruoso, que D'Artagnan apenas acertaba a dar crédito a sus ojos y a sus oídos. Le parecía ser juguete de una intriga fantástica, hija de un sueño más que de la realidad.

Con todo eso y cediendo a la atracción magnética del imán sobre el hierro, el mozo entró disparado en el dormitorio de milady.

La puerta de comunicación se cerró tras ellos.

Ketty, celosa, enfurecida, lastimada en su orgullo, se lanzó a su vez a aquella puerta; combatida por todas las pasiones que se disputan el corazón de una mujer enamorada, la doncella sentía impulsos de revelarlo todo; pero la refrenó el considerar que desde el instante en que revelara haber secundado aquella maquinación, no habría remedio para ella ni para D'Artagnan. Esta última consideración, sobre todo, la determinó a hacer aquel último sacrificio a su amor.

D'Artagnan, por su parte, veía colmados todos sus deseos; no amaban en él a un rival, sino a él mismo, o por lo menos eso parecía. Bien le decía una voz íntima que él no era más que un instrumento de venganza a quien acariciaban hasta que hubiese cumplido su cometido; pero el orgullo, el amor propio, la locura, acallaban aquella voz, ahogaban aquel murmurio. Además, nuestro gascón, imbuido de la confianza que le conocemos, se comparaba con Wardes y se decía a sí mismo por qué, en resumidas cuentas, milady no le amaría también a él por ser él mismo.

El mozo se entregó, pues, en cuerpo y alma a las sensaciones del momento. Milady no fue ya para él la mujer de intenciones aviesas que por un instante le asustara, sino una amante ardiente y apasionada que se entregaba sin reservas a un amor que ella misma parecía compartir.

De esta suerte trascurrieron unas dos horas, tras las cuales se calmaron los raptos de los dos amantes. Milady, que no tenía las mismas razones que D'Artagnan para olvidar, fue la primera que regresó a la realidad, y preguntó al gascón si las medidas que debían llevar al día siguiente a él y a Warders cara a cara ya se habían trazado en su mente.

Pero D'Artagnan, cuyas ideas tomaron un rumbo muy distinto, se olvidó, como un papanatas, del papel que estaba desempeñando, y respondió bonitamente que era muy tarde para ocuparse en duelos o estocadas.

Tal frialdad por los únicos intereses que la preocupaban asustó a lady Clarick, cuyas preguntas se hicieron más apremiantes.

Entonces D'Artagnan, que nunca pensara formalmente en aquel duelo imposible, intentó encaminar la conversación por otros derroteros, pero su talento no llegaba a tanto. Milady le contuvo en los límites que ella trazara de antemano con su habilidad irresistible y su voluntad inquebrantable.

D'Artagnan creyó pasarse de listo aconsejando a milady que perdonara a Wardes, renunciando a los furibundos proyectos que ella forjara; pero no bien hubo proferido las primeras palabras en este supuesto, cuando su amante se estremeció y se alejó de él, diciéndole al mismo tiempo con voz punzante y burlona que resonó por manera extraña en medio de la oscuridad:

—¿Si tendréis miedo, mi querido D'Artagnan?

—Vos no creéis lo que decís, alma mía —respondió el mozo—; pero ¿y si el pobre conde de Wardes no fuese tan culpable como vos imagináis?

—Sea lo que fuere —respondió con gravedad milady—, me ha engañado, y desde el punto y hora en que me ha engañado, se ha hecho merecedor de la muerte.

—Ya que le condenáis, morirá —dijo D'Artagnan con voz tan firme, que milady la tomó por reflejo de una abnegación a toda prueba y volvió a acercarse a él inmediatamente.

Imposible nos sería decir cuánto duró para lady Clarick aquella noche; pero a D'Artagnan le pareció que apenas hacía dos horas que se hallaba junto a su amante, cuando a través de los resquicios de las celosías penetró en el dormitorio la pálida luz de la aurora.

Entonces milady, al ver que D'Artagnan iba a separarse de ella, le recordó la promesa que él le hiciera de vengarla de Wardes.

—Estoy pronto —dijo el gascón—, pero antes querría estar cierto de una cosa.

—¿Cuál? —preguntó milady.

—Que me amáis.

—Me parece que os he dado la prueba.

—Es cierto, y por eso soy vuestro en cuerpo y alma.

—Gracias, mi valiente amado; pero ¿no es verdad que así como yo os he probado mi amor, vos también vais a probarme el vuestro?

—También; pero amándome vos como decís —repuso D'Artagnan—, ¿no sentís temores por mí?

—¿Qué puedo temer?

—Que me hieran gravemente o me maten.

—Es imposible —repuso milady—, sois demasiado valiente y, sobre todo, demasiado diestro en el ejercicio de las armas para que eso os suceda.

—¿Conque no preferiríais que echara yo mano de un recurso que a la vez que os dejaría vengada haría excusado el duelo? —preguntó el mozo.

Milady miró en silencio a su amante, que a la mortecina claridad del alba vio encenderse con siniestro brillo las pupilas de aquella.

—Me parece que ahora titubeáis —insinuó lady Clarick.

—No titubeo —repuso el gascón—; pero desde que no le amáis, verdaderamente me mueve a lástima el pobre conde de Wardes; me parece tan cruel su castigo con la pérdida de vuestro amor, que cualquier otra cosa está de más.

—¿Y quién os dice que yo le haya amado? —dijo milady.

—Por lo menos puedo creer ahora, sin pecar de excesivamente presumido, que amáis a otro que no a él —dijo D'Artagnan con voz cariñosa—, y os lo repito, me intereso por el conde.

—¿Vos? —exclamó milady.

—Yo.

—¿Y me haréis la merced de decirme por qué?

—Porque únicamente yo sé…

—¿Qué?

—Que está muy distante de ser o, mejor, de haber sido tan culpable respecto de vos como parece.

—¿Habláis formalmente? Explicaos, porque en verdad no os entiendo —profirió lady Clarick con voz de inquietud y fijando en D'Artagnan, que la tenía abrazada, una mirada que parecía ir inflamándose gradualmente.

—Sí —respondió el gascón, decidido a acabar de una vez—; soy hombre decente, y desde que poseo vuestro amor, desde que estoy seguro de poseerlo, porque lo poseo… ¿no es así?

—Todo entero, continuad.

—Pues bien, desde que poseo vuestro amor me siento como trasformado y me aguija el deseo de haceros una declaración.

—¡Una declaración!

—Si hubiese yo dudado de vuestro amor, no la hubiera hecho; pero vos, mi hermosa amante, me amáis, ¿no es verdad que me amáis?

—Sí, os amo, D'Artagnan.

—¿Luego me perdonaréis si por exceso de amor me he hecho culpable para con vos?

—Según.

D'Artagnan, esforzándose en sonreír lo más cariñosamente, intentó sellar con los suyos los labios de su amante, pero esta le apartó.

—Esa declaración —dijo lady Clarick, palideciendo—, ¿cuál es esa declaración?

—Vos habíais citado a Wardes, el último jueves, para este mismo aposento, ¿no es verdad?

—¡Yo!, no —respondió milady con voz tan firme y rostro tan impasible que D'Artagnan habría dudado de no estar tan seguro de la realidad.

—No mintáis, ángel mío, pues sería en vano —repuso el mozo, sonriendo.

—Ved que me estáis matando con vuestras palabras; explicaos de una vez.

—Tranquilizaos, no sois culpable para conmigo, y ya os he perdonado.

—Pero bien, hablad sin ambages.

—Wardes no puede jactarse de nada.

—¡Cómo! ¿No me habéis dicho vos mismo que la sortija…?

—Esa sortija la poseo yo, amor mío —repuso el gascón—. El Wardes del jueves y el D'Artagnan de hoy son la misma persona.

El imprudente mozo esperaba una sorpresa asociada al pudor, una tormenta que se resolvería en lágrimas; pero se engañaba, y su error no duró mucho tiempo.

Milady se irguió, pálida y terrible, y rechazando a D'Artagnan de un violento puñetazo en el pecho, se lanzó fuera de la cama.

El día brillaba ya casi en todo su esplendor.

D'Artagnan retuvo a milady por su peinador de fina tela de Indias, para implorar su perdón; pero aquella, con ademán rápido y resuelto, intentó huir, y la batista se desgarró, dejando al descubierto los hombros, mórbidos y blancos, en uno de los cuales D'Artagnan vio con pasmo indecible una flor de lis, marca indeleble que imprime la mano del verdugo.

—¡Gran Dios! —exclamó D'Artagnan, soltando el peinador, y quedando mudo, inmóvil y como petrificado en la cama.

Milady vio en el espanto del mozo que este acababa de descubrir su secreto, secreto terrible e ignorado de todo el mundo, menos de él, y volviéndose, no ya como mujer furiosa, sino como pantera herida, exclamó:

—¡Ah!, miserable, me has traicionado cobardemente, y además conoces mi secreto. ¡Vas a morir!

Y, abalanzándose a su cofrecito de marquetería, colocado sobre el tocador, lo abrió con mano febril y temblorosa, sacó de él un puñal con mango de oro, sumamente aguzado y de hoja delgada, y de un brinco se precipitó sobre el medio desnudo D'Artagnan.

Este, asustado a pesar de su bravura, al ver el rostro descompuesto, los ojos horrorosamente dilatados, las pálidas mejillas y los ensangrentados labios de milady, retrocedió hasta el pasadizo, como lo hubiera hecho a la aproximación de una serpiente que se hubiese arrastrado hacia él, y, cogiendo con mano sudorienta su espada, la desenvainó.

Sin embargo, milady, sin hacer caso alguno de la espada, se encaramó a la cama con objeto de herir al mozo, y no se detuvo hasta que sintió en la garganta la aguzada punta de la tizona de D'Artagnan; mas no por esto se rindió, al contrario, intentó coger la espada con las manos, siguiendo con frenético furor todos los movimientos que a su arma imprimía el mozo, que tan pronto se la apuntaba a los ojos como al pecho.

D'Artagnan se dejó deslizar de la cama y se batió en retirada, buscando la puerta que conducía al cuarto de Ketty, acosado incesantemente por milady, que rugía de un modo formidable.

Como aquella lucha tenía todas las apariencias de un duelo, el gascón fue serenándose poco a poco.

—Bien, muy bien, mi hermosa dama —decía D'Artagnan—; pero calmaos, u os dibujo otra flor de lis en las mejillas.

—¡Infame! ¡Infame! —aullaba milady, persiguiendo al mozo que, sin dejar de buscar la puerta, se mantenía a la defensiva.

Al oír el ruido que hacían los combatientes, milady derribando muebles para acercarse a D'Artagnan, y este abrigándose tras los muebles para ponerse a cubierto de milady, Ketty abrió la puerta.

El mozo, que sin cesar maniobrara para llegar a la puerta de comunicación y que no se hallaba más que a tres pasos de ella, de un salto se plantó en el dormitorio de la doncella, y con la rapidez del rayo cerró la puerta, en la que se apoyó con todo su peso, mientras Ketty echaba el cerrojo.

Entonces milady, con una fuerza superior a la de una mujer, intentó forzar la barra que la encerraba en su dormitorio, y al ver que no podía lograrlo, en medio de una lluvia de terribles imprecaciones acribilló la puerta a puñaladas, algunas de las cuales atravesaron en todo su espesor las tablas.

—Pronto, pronto, Ketty —dijo D'Artagnan a media voz—, hazme salir de esta casa, pues si a milady le damos tiempo de serenarse, me hará matar por sus lacayos.

—Pero ¿no veis que no podéis salir de esta guisa? —repuso la doncella—. Vais casi desnudo.

—Es verdad —profirió el gascón, reparando por primera vez en la ligereza de su traje—. Vísteme como puedas, pero aprisa; es asunto de vida o muerte.

La doncella, que comprendía demasiadamente la terrible situación de su amante, en un santiamén lo tapujó con un vestido floreado, una gran cofia y una manteleta; luego le dio unas pantuflas, y tirando de él lo condujo hasta el pie de la escalera.

En ese punto, toda la gente del palacio estaba en pie, despertada por los campanillazos de milady, que en el instante mismo en que el portero tiró del cordón para abrir la puerta, y también casi desnuda, se asomó a la ventana, gritando:

—¡No abráis!

XXXVIII

CÓMO, Y SIN MOLESTARSE, HALLÓ ATHOS SU EQUIPO

El mozo emprendió la fuga a los ojos de lady Clarick, que continuaba amenazándole con ademán de impotencia, y que, al perderlo de vista, cayó desmayada en su dormitorio.

D'Artagnan estaba tan hondamente trastornado, que sin curarse de lo que le pudiera ocurrir a Ketty, atravesó medio París a escape y no se detuvo hasta la casa de Athos. La confusión de su espíritu, el estímulo del terror, los gritos de las patrullas que emprendieron su persecución, y la burla de algunos transeúntes que pese a lo temprano de la hora se encaminaban ya a sus quehaceres, precipitaron todavía más su carrera.

El mozo atravesó el patio, subió hasta el segundo piso, donde vivía Athos, y llamó estrepitosamente a la puerta.

Grimaud, con los ojos todavía hinchados de sueño, fue a abrir, y parecía un milagro que D'Artagnan no le derribara, tal era la furia con que entró en la habitación.

—¡Eh, andariega! ¿Qué se os ofrece? ¿Por quién preguntáis, tunante? —exclamó el lacayo, que, a pesar de su habitual mutismo, había recobrado el uso de la palabra.

D'Artagnan se levantó sus tocas y sacó las manos de debajo de la manteleta.

Grimaud, al ver los bigotes y la desnuda espada del gascón, advirtió que tenía que habérselas con un hombre, y tomándolo por un asesino, empezó a pedir socorro a grandes voces.

—Cállate, desventurado —dijo el mozo—, soy D'Artagnan, ¿no me conoces? ¿Dónde está tu amo?

—¡Vos, m. D'Artagnan! Es imposible —exclamó el lacayo.

—Me parece que habláis demasiado —dijo Athos saliendo de su cuarto envuelto en una bata.

—¡Ah! Señor, es que…

—¡Silencio!

Grimaud se limitó a mostrar con el dedo a D'Artagnan.

Athos, a pesar de su carácter tranquilo, al conocer a su amigo y al verlo vestido de tal suerte, se echó a reír a carcajadas; y no había para menos, pues D'Artagnan llevaba al sesgo las tocas, las faldas caídas, arremangadas las mangas y los bigotes erizados de emoción.

—No os riáis, amigo mío, no os riáis, porque por la salvación de mi alma os digo que no es el caso para tomarlo a risa —exclamó D'Artagnan con ademán tan solemne y pavor tan real, que Athos le cogió al punto las manos y le dijo:

—Estáis muy pálido, mi buen D'Artagnan; ¿venís herido?

—No, pero acaba de sucederme un lance terrible. ¿Estáis solo?

—¿Quién diablos queréis que esté en mi casa a estas horas?

—Bien, bien —repuso D'Artagnan, entrando apresuradamente en el dormitorio de Athos.

—Explicaos, mi buen amigo —dijo el mosquetero, cerrando la puerta y corriendo los cerrojos para que nadie pudiese interrumpirles—. ¿Ha muerto el rey? ¿Habéis matado al cardenal? Tenéis la fisonomía desencajada. Vamos, hablad, pues os juro que me mata la zozobra.

—Athos —dijo D'Artagnan, quitándose las ropas mujeriles y quedando en camisa—, disponeos a escuchar una historia increíble, inaudita.

—Ante todo, tomad esta bata —dijo el mosquetero, entregándole una a su amigo.

D'Artagnan se puso la bata, pero tan conmovido estaba, que tomó una manga por otra.

—¿Qué pasa? —dijo Athos.

—Pasa —profirió el mozo, inclinándose hasta la oreja de su amigo y hablando en voz baja— que milady tiene una flor de lis en el hombro.

—¡Ah! —exclamó el mosquetero, como si hubiese recibido una bala en mitad del corazón.

—¿Tenéis la íntima seguridad de que la otra está muerta? —dijo D'Artagnan.

—¿La otra? —repuso Athos con voz tan apagada, que apenas si la oyó el mozo.

—Sí, aquella de quien me hablasteis en Amiens.

Athos lanzó un gemido y dejó caer la cabeza entre las manos.

—Esta —continuó D'Artagnan— es mujer de veintiséis a veintiocho años.

—Rubia, ¿no es así?

—Rubia.

—De ojos zarcos y de brillo singular, y cejas y pestañas negras.

—Esto es.

—Alta, bien formada, y con un canino menos en la izquierda de la mandíbula superior.

—Sí.

—La flor de lis es pequeña, encarnada y como borrosa por las capas de pasta que aplican en ella.

—Es verdad.

—Sin embargo, vos decís que es inglesa.

—La llaman milady, pero ¿quién sabe si es francesa? Lord Winter no es más que cuñado de esa mujer.

—Quiero verla, D'Artagnan.

—Idos con tiento, Athos; vos quisisteis matarla, y milady es mujer para pagaros con la misma moneda y no errar el golpe.

—No se atreverá a chistar, porque, de hacerlo, se denunciaría a sí misma.

—Es capaz de todo. ¿La habéis visto alguna vez enfurecida?

—No —respondió Athos.

—Es una tigresa, una pantera. ¡Ah! Mi buen amigo, temo haber atraído sobre nosotros dos una venganza terrible.

D'Artagnan refirió entonces y por menudo la escena que en el antecedente capítulo hemos narrado, así como la cólera insensata y las amenazas de muerte de milady.

—Tenéis razón —profirió el mosquetero—, y por mi fe que mi vida pende de un hilo. Por fortuna, pasado mañana salimos de París para encaminarnos probablemente a La Rochelle, y una vez hayamos partido…

—Si os conoce, os seguirá al otro confín del mundo —dijo D'Artagnan—; dejad, pues, que desahogue su odio sobre mí solo.

—¡Ah! Mi querido amigo, ¿qué me importa que ella me mate? —exclamó Athos—; ¿por ventura creéis que estoy apegado a la vida?

—Bajo todo eso se esconde un misterio horrible; estoy seguro de que esa mujer es espía del cardenal.

—Pues no os durmáis —repuso Athos—. Si el cardenal no os admira por lo de Londres, en cambio os profesa un odio profundo; pero, como al fin y al cabo no puede ostensiblemente echaros nada en cara, y es menester que el odio se sacie, particularmente cuando es un odio de cardenal, vivid ojo avizor. Si salís, no lo hagáis solo; si coméis, tomad precauciones; en una palabra, desconfiad de todo, hasta de vuestra propia sombra.

—Por fortuna —dijo D'Artagnan—, no se trata más que de llegar sin tropiezo hasta pasado mañana; una vez en el ejército, solo deberemos temer a los hombres.

—Mientras —repuso Athos—, renuncio a mis proyectos de reclusión, y voy a todas partes con vos: es necesario del todo que volváis a la rue des Fossoyeurs, y allá os acompaño.

—Pero por muy cerca que esté mi casa no puedo regresar a ella vestido de esta suerte —objetó D'Artagnan.

—Es cierto —dijo Athos tocando una campanilla. Grimaud entró, y su amo le hizo seña de que fuese a casa de D'Artagnan y trajese ropas.

El lacayo indicó, por medio de otra seña, que había comprendido, y salió.

—Poco provechoso nos resulta todo eso para el equipo —repuso Athos—, porque o mucho me engaño o habéis dejado vuestro traje en casa de milady, que seguro que no os lo devolverá. Por fortuna, poseéis el zafiro.

—El zafiro es vuestro —mi querido Athos—; ¿no me dijisteis que era una alhaja de familia?

—Sí, mi padre lo compró por dos mil escudos, según me dijo él mismo; formaba parte del regalo de bodas que hizo a mi madre, y es magnífico. Mi madre me lo dio, y yo, que era un atolondrado, en vez de guardar la sortija como una reliquia santa, la di a mi vez a esa infame.

—Recobrad, pues, esta sortija, a la cual comprendo que debéis tener apego —profirió D'Artagnan.

—¡Recobrarla yo después de haber pasado por las manos de esa perdida! —exclamó Athos—. ¡Nunca! Esa sortija está mancillada.

—Pues vendedla.

—¡Vender una alhaja que procede de mi madre! Sería una profanación.

—Entonces, empeñadla; bien os prestarán sobre ella mil escudos, que os bastarán y sobrarán para ocuparos de vuestro equipo; luego, cuando entréis otra vez en fondos, la desempeñáis, y así la recobráis limpia de sus antiguas manchas, ya que habrá pasado por las manos de los usureros.

—Sois un gran amigo —repuso Athos, sonriendo—; con vuestro perdurable buen humor reanimáis a los que gimen en la tristeza. Sí, decís bien, empeñemos esa sortija, pero con una condición, y es que nos partiremos los mil escudos.

—¿Ya sabéis lo que decís, Athos? —repuso D'Artagnan—; yo soy guardia y no necesito la cuarta parte de ese dinero que, por lo demás, me lo procuraré vendiendo mi silla. Yo no necesito más que un caballo para Planchet. Además, os olvidáis de que también poseo una sortija.

—A la cual tenéis todavía más apego que yo a la mía; o, por lo menos, eso me ha parecido.

—Es verdad, porque en caso extremo puede librarnos no solamente de un grave apuro, sino también de un gran peligro; no solo es un diamante precioso, sino un talismán.

—No os comprendo, pero creo en lo que decís. Pero volvamos a hablar de mi sortija, o mejor, de la vuestra: quedamos en que nos partiremos el dinero que sobre ella nos presten, o la tiro al Sena, y dudo grandemente que nos pase lo que a Polícrates, es decir, que algún pez complaciente nos la devuelva.

—De acuerdo, acepto —dijo D'Artagnan.

En esto, Grimaud regresó acompañado de Planchet, quien, temeroso de que a su amo le hubiese sucedido algún percance desagradable y aguijado por la curiosidad, había aprovechado la ocasión y traído él mismo el traje.

D'Artagnan y Athos se vistieron, y cuando iban a salir, el último hizo a Grimaud la seña de quien apunta un arma de fuego. El lacayo comprendió y, descolgando su mosquetón, se dispuso a acompañar a su amo.

Los dos amigos llegaron sin novedad a la rue des Fossoyeurs.

Bonacieux, que estaba a la puerta de su casa, miró a D'Artagnan con ojos de tumba, y le dijo:

—¡Eh! Mi querido inquilino, daos prisa, en vuestra habitación os está aguardando una muchacha como un sol, y ya sabéis que a las mujeres no les gusta que las hagan esperar.

—¡Es Ketty! —exclamó el mozo, entrando apresuradamente.

En efecto, en el rellano de la vivienda de D'Artagnan halló aquel a la pobre muchacha que, toda temblorosa, estaba acurrucada a la puerta.

—Me habéis prometido vuestra protección —profirió la doncella no bien hubo visto a su amante—; me habéis dado palabra de que me pondríais a salvo de sus iras; acordaos de que sois vos quien me ha perdido.

—Tal te he prometido —repuso el gascón—; nada temas. Pero, dime, ¿qué ha sucedido mientras he estado fuera?

—Por ventura ¿lo sé? —respondió Ketty—. Ella, loca de rabia, ha vomitado contra vos todas las maldiciones imaginables, y ha alborotado a los lacayos, que han acudido a sus gritos. Yo, imaginando que mi ama recordaría que vos habíais entrado en su dormitorio a través del mío, y que sospecharía que yo era vuestra cómplice, he tomado el poco dinero que poseía y mis mejores ropas, y he huido.

—¡Pobrecita! Pero ¿qué puedo hacer por ti? Parto pasado mañana.

—Cuanto queráis, señor caballero; hacedme salir de París, de Francia.

—Sin embargo, me es imposible conducirte al sitio de La Rochelle —dijo D'Artagnan.

—Pero podéis colocarme en provincias, en casa de alguna dama conocida vuestra, en vuestra tierra, por ejemplo.

—¡Ah! Mi buena Ketty, en mi tierra las damas no tienen doncellas. Pero, aguarda, puedo complacerte. Planchet, ve a casa de Aramis y que se venga inmediatamente para un asunto de importancia.

—Comprendo —dijo Athos—; pero ¿por qué Aramis y no Porthos? Me parece que su duquesa…

—La duquesa de Porthos se hace vestir por los pasantes de su marido —repuso D'Artagnan, riéndose—. Por otra parte, Ketty no querría vivir en la rue aux Ours, ¿no es verdad, niña?

—Viviré donde quieran —respondió Ketty—, con tal de estar bien escondida y que no sepan qué es de mí.

—Ahora que vamos a separarnos y, por consiguiente, ya no estás celosa de mí…

—Lejos o cerca de vos, señor caballero —profirió la doncella—, siempre os amaré.

—¡Dónde diablos va a guarecerse la constancia! —murmuró Athos.

—Yo también te amaré siempre —dijo D'Artagnan—. Pero respóndeme a lo que voy a preguntarte, y atiende que doy gran importancia a la pregunta: ¿has oído hablar alguna vez de una mujer joven a quien raptaron de noche?

—Aguardaos… ¡Oh, señor caballero! ¿Seguís por ventura amando a esa mujer?

—No, uno de mis amigos la ama, este, Athos.

—¡Yo! —exclamó el mosquetero con voz semejante a la del hombre que advierte que va a pisar una culebra.

—Tú, sí —repuso D'Artagnan, estrechando la mano de Athos—. Ya sabes tú cuánto nos interesamos por la pobrecita mm. Bonacieux. De otra parte, Ketty no dirá palabra, ¿no es verdad, amiguita? Es la mujer del horroroso mamarracho que has visto en la puerta de la calle al entrar aquí.

—¡Oh! —exclamó la doncella—, me despertáis otra vez el miedo; ¡con tal que no me haya conocido!

—¡Qué dices! —profirió D'Artagnan—; entonces ¿ya habías visto a ese hombre?

—Sí, dos veces en casa de milady.

—¿Y cuánto tiempo hace más o menos?

—Quince o dieciocho días.

—Esto es.

—Anoche también estuvo en casa de mi ama.

—¿Anoche?

—Poco antes de vuestra venida.

—Mi querido Athos, estamos envueltos en una red de espías —dijo D'Artagnan a su amigo. Y, volviéndose hacia la doncella, añadió—: ¿Y tú temes que te haya conocido?

—Al verle me he bajado mi papalina, pero tal vez no lo he hecho a tiempo.

—Como m. Bonacieux desconfía menos de vos que de mí —dijo D'Artagnan a su amigo—, hacedme la merced de llegaros a la puerta de la calle para ver si el maldito continúa allí.

Athos descendió para subir de nuevo casi inmediatamente.

—Se ha marchado y su casa está cerrada —dijo el mosquetero.

—Ha ido a dar el soplo, y a decir que en este instante todos los palomos están en el palomar —profirió D'Artagnan.

—Pues levantemos el vuelo —repuso Athos—, y no dejemos aquí más que a Planchet para que nos lleve las noticias.

—¿Y Aramis?

—Es verdad, aguardémosle; pero aquí llega.

D'Artagnan puso en autos a Aramis, y al concluir le manifestó la urgencia de que entre sus valiosas amistades hallase una colocación para Ketty.

—Os quedaré eternamente agradecida —dijo la doncella.

—Precisamente mm. de Bois-Tracy me ha encargado para una de sus amigas de provincias una doncella fiel —repuso Aramis—, y si vos, mi querido D'Artagnan, podéis responder de la señorita…

—¡Oh! Señor caballero —exclamó Ketty—, tened la certeza de que seré fidelísima a la persona que me proporcione la manera de salir de París.

—Como miel sobre hojuelas —repuso Aramis.

Este se sentó a una mesa, escribió un corto billete, lo selló con su sortija y lo entregó a Ketty.

—Ahora, hija mía —dijo D'Artagnan a la doncella—, ya sabes que aquí no estamos nosotros más seguros que tú. Así pues, separémonos en la esperanza de que volveremos a vernos en días mejores.

—¡Ah! Señor caballero —profirió Ketty—, sea cual fuere el tiempo y el lugar donde otra vez nos veamos, os amaré como hoy os amo.

Poco después, los tres jóvenes se separaron, conviniendo en que a las cuatro de la tarde se verían en casa de Athos.

Planchet se quedó para custodiar la vivienda de D'Artagnan.

Aramis regresó a su casa, y Athos y el gascón fueron a empeñar el zafiro.

Como lo previera D'Artagnan, poco les costó conseguir trescientas pistolas por la sortija. Además, el judío les dijo que si querían vendérsela, como haría un magnífico parejo para unos pendientes, les daría hasta quinientas pistolas.

Athos y D'Artagnan, con la diligencia de dos soldados y la ciencia de dos entendidos, apenas invirtieron tres cuartos de hora en comprar todo el equipo del mosquetero. Por otra parte, Athos era de buena composición y un gran señor hasta el cabo de las uñas. Si un objeto le convenía, pagaba por él lo que le pedían sin regatear un maravedí; y si D'Artagnan le hacía alguna observación sobre el particular, le ponía la mano en el hombro y lo miraba sonriéndose, con lo cual el mozo comprendía que regatear era bueno para el hidalguillo gascón, pero no para un hombre que tenía todas las trazas de un príncipe.

El mosquetero encontró un soberbio morcillo andaluz, de seis años, fogoso y de remos finos y elegantes, y como no le hallara la más pequeña tacha, lo compró por mil libras.

Quizá lo habría obtenido por menos, pero mientras el mozo estaba regateando con el tratante, Athos contaba el dinero sobre la mesa.

Para su lacayo, el mosquetero compró un caballo picardo, corto y robusto, que costó trescientas libras, con las que dio fin a su capital.

—Meted la mano en la parte que a mí me ha correspondido, y ya me devolveréis más adelante lo que me pidiereis prestado —dijo D'Artagnan a su amigo, al ver que este volvía a quedarse sin blanca.

—¿Cuánto nos daba el judío para hacerse dueño definitivo del zafiro? —profirió Athos por toda respuesta, encogiendo los hombros.

—Quinientas pistolas.

—O lo que es lo mismo, doscientas pistolas más; cien para vos y otras tantas para mí. Es una verdadera fortuna; volveos a casa del judío.

—¡Qué! Acaso querríais…

—Decididamente, la sortija esa me refrescaría recuerdos demasiado tristes —repuso Athos—; y como, por otra parte, nunca podremos devolverle al judío las trescientas pistolas, en este negocio perderíamos dos mil libras. Vamos, buscad al judío y decidle que la sortija es suya, y volved con las doscientas pistolas.

—Reflexionad, Athos.

—En los tiempos que corremos, el dinero contante y sonante es muy difícil de adquirir; por consiguiente, es menester que uno sepa sacrificarse. Idos a casa del judío, D'Artagnan, creedme; Grimaud os acompañará con su mosquetón.

Media hora después, D'Artagnan volvió con las dos mil libras y sin que le hubiese ocurrido novedad alguna.

Así fue como Athos halló en sus propios bienes recursos inesperados.

XXXIX

UNA VISIÓN

Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan estaban reunidos, a las cuatro de la tarde, en casa del primero, libres ya de toda preocupación acerca del equipo, pero no de sus respectivas y secretas inquietudes; que ya es sabido que toda dicha presente esconde un temor para lo venidero.

De improviso entró Planchet con dos cartas para D'Artagnan: una era un billete delicadamente doblado a lo largo con un lindo sello de cera verde en el cual se veía impresa una paloma con una rama en el pico; la otra, una gran epístola cuadrada en la que brillaba el terrible escudo de armas de su eminencia el cardenal-duque.

Al ver el billete, a D'Artagnan le dio un brinco el corazón, pues le pareció conocer el carácter de letra del sobrescrito, carácter de letra del que, por más que no lo había visto sino una vez, le había quedado indeleblemente grabado el recuerdo en lo más íntimo de su alma.

Tomó, pues, el mozo el billete, y abriéndolo con viveza, leyó lo siguiente:

> El miércoles próximo, de seis a siete de la tarde, paseaos por la route de Chaillot y sondead con la mirada las carrozas que pasen; pero si tenéis apego a vuestra vida y a la de quien os ama, no digáis nada ni hagáis un ademán que pueda dar a entender que habéis conocido a aquella que se expone a todo para veros un instante.

El billete no ostentaba firma alguna.

—No vayáis, D'Artagnan, os tienden una trampa —dijo Athos.

—Sin embargo —repuso el gascón—, me parece que conozco la letra.

—¿Quién os dice que no está contrahecha? —arguyó Athos—; en este tiempo, la route de Chaillot está completamente desierta a la hora que os indica el billete; es lo mismo que si fuerais a pasearos por el bosque de Bondy.

—¿Y si fuésemos todos? —repuso D'Artagnan—. ¡Qué diantre! No nos devorarán a los cuatro junto con nuestros lacayos, caballos y armas.

—Además, será para nosotros ocasión de exhibir nuestros equipos —profirió Porthos.

—Pero si la que ha escrito el billete es mujer —dijo Aramis a D'Artagnan—, y desea no ser vista, la comprometéis, lo que no deja de ser una acción impropia de un caballero.

—Nosotros nos quedaremos atrás —exclamó Porthos.

—Sí, pero desde una carroza que marcha al galope pronto parte un pistoletazo.

—¡Bah! Errarán el tiro —objetó D'Artagnan—, y entonces nos abalanzaremos a la carroza y exterminaremos a los que vayan dentro. Tantos muertos, tantos enemigos menos.

—Como queráis —dijo Athos.

—Son las cuatro y media —repuso D'Artagnan—, y apenas si nos queda tiempo para llegar a las seis a la carretera de Chaillot.

—Además —exclamó Porthos—, si tardásemos mucho en salir no nos verían, y sería una lástima. Vamos, pues, señores, a toda prisa.

—Pero ¿y la segunda carta, amigo D'Artagnan? —dijo Athos—. Os olvidáis de ella, y, sin embargo, me parece que el sello indica que merece que la abráis. Yo de mí sé deciros que me interesa mucho más que no el papelito que disimuladamente acabáis de meteros al pecho, sobre el corazón.

—Veamos qué me quiere su eminencia —exclamó D'Artagnan, sonrojándose y abriendo la carta.

Esta decía:

A las ocho de la noche de hoy se aguarda en el palacio del cardenal a m. D'Artagnan, guardia del rey en la compañía Des Essarts.

LA HOUDINIÈRE

Capitán de los guardias

—Ta, ta —dijo Athos—, más mala espina me da esa cita que no la otra.

—Iré a la segunda al salir de la primera —repuso D'Artagnan—, como una es para las siete y la otra para las ocho, queda tiempo para todo.

—¡Uf! Yo no iría —profirió Aramis—; un caballero galante no puede faltar a una cita dada por una dama; pero un hidalgo prudente puede excusarse de no comparecer en el palacio de su eminencia, sobre todo cuando le asisten razones más o menos fundadas para creer que no le mandan a buscar para mimarlo.

—Opino como Aramis —dijo Porthos.

—Señores —respondió D'Artagnan—, ya en otra ocasión y por medio de m. de Cavois me instó su eminencia a que fuese a verle, y no habiéndole complacido, al día siguiente me sucedió una gran desventura, quiero decir que Constance desapareció. Allá iré, y Cristo con todos.

—Si estáis resuelto, adelante —dijo Athos.

—Bueno, pero ¿y la Bastille? —repuso Aramis.

—¡Bah! Ya me sacaréis de ella —contestó el mozo.

—Indudablemente —dijeron Aramis y Porthos con certidumbre admirable y como si fuese sencillísimo de hacer—; pero mientras, y como debemos partir pasado mañana, sería más oportuno que no os expusieseis a entrar en ella.

—Hagamos mejor —dijo Athos—, no le dejemos en toda la velada; aguardémosle cada uno de nosotros en una puerta del palacio con tres mosqueteros; si vemos salir algún coche cerrado y un poco sospechoso, lo atacamos; hace ya mucho tiempo que no nos las hemos habido con los guardias del cardenal, y m. de Tréville debe de tenernos por muertos.

—Decididamente, naciste para mandar a un ejército —dijo Aramis a Athos—. ¿Qué os parece el plan, señores?

—Admirable —respondieron a una Porthos y D'Artagnan.

—Pues bien —repuso Porthos—, me voy inmediatamente al palacio de m. de Tréville para decir a mis compañeros que estén prontos para las ocho; el punto de reunión será la place del Palais-Cardinal; vosotros, entretanto, haced que los lacayos ensillen.

—Yo no tengo caballo —dijo D'Artagnan—; pero voy a hacer que me traigan uno de casa de m. de Tréville.

—No hace falta —profirió Aramis—, tomaréis uno de los míos.

—¿Cuántos tenéis? —preguntó D'Artagnan.

—Tres —respondió Aramis, sonriéndose.

—Tened por seguro que sois el poeta mejor montado de Francia y de Navarra —dijo Athos.

—Seguro que no sabréis qué hacer con tres caballos —dijo D'Artagnan a Aramis—; ni comprendo por qué habéis comprado tres.

—No, el tercero lo ha llevado esta mañana a mi casa un lacayo sin librea, el cual no ha querido decirme a quién pertenecía; lo único que he podido conseguir de él es que de orden de su amo…

—O de su ama —interrumpió D'Artagnan.

—No importa —repuso Aramis, sonrojándose—. Pues sí, lo único que he podido recabar del lacayo es que su ama le había dado la orden de que metiera el caballo en mi caballeriza sin decirme de parte de quién procedía.

—Únicamente a los poetas les pasan estas cosas —profirió con gravedad Athos.

—En este caso, obremos mejor —repuso el gascón—; ¿qué caballo montaréis, el que habéis comprado o el que os han regalado?

—Este último —respondió Aramis—; ya comprenderéis que no puedo inferir un agravio…

—Al incógnito donador —repuso D'Artagnan.

—O a la misteriosa donadora —dijo Athos.

—Entonces, ¿no os sirve el que habéis comprado?

—Casi, casi.

—¿Lo habéis elegido vos mismo?

—Y con toda escrupulosidad; ya sabéis que la seguridad del jinete casi siempre depende de su cabalgadura.

—Pues cedédmelo por el precio que os ha costado —dijo D'Artagnan.

—Iba a ofrecéroslo, mi querido amigo —repuso Aramis—, dándoos todo el tiempo que os fuere menester para devolverme tal bagatela.

—¿Cuánto habéis dado por él?

—Ochocientas libras.

—Ahí van cuarenta pistolas dobles —profirió el gascón, sacándolas de su faltriquera—; sé que esta es la moneda con que os pagan vuestros poemas.

—Por lo que se ve, estáis rico —dijo Aramis.

—Riquísimo —repuso D'Artagnan, haciendo sonar las pistolas que aún le quedaban en la faltriquera.

—Enviad vuestra silla al cuartel de los mosqueteros, y conducirán aquí vuestro caballo junto con los nuestros.

—De acuerdo; pero démonos prisa, van a dar las cinco. Un cuarto de hora después, Porthos, henchido de gozo y orgullo, apareció al extremo de la rue de Férou, montado en un precioso caballo español entero y seguido de Mousqueton, que montaba un caballo de Auvergne, pequeño, pero de buena estampa.

Al mismo tiempo, Aramis entró en la rue de Férou por el extremo opuesto, subido sobre un magnífico corcel inglés; Bazin le seguía en un caballo ruano y llevando de las riendas un soberbio mecklemburgués, que era la montura de D'Artagnan.

Los dos mosqueteros se reunieron a la puerta, mientras Athos y D'Artagnan les miraban desde la ventana.

—Magnífico caballo montáis, amigo Porthos —dijo Aramis.

—Es el que primeramente debían haberme enviado —contestó el gigante—, una broma de mal género del marido lo había sustituido por el otro; pero con el pecado se ha llevado la penitencia el guasón, y he obtenido toda suerte de satisfacciones.

En esto llegaron Planchet y Grimaud, llevando de las riendas las monturas de sus amos.

D'Artagnan y Athos bajaron, se subieron sobre sus cabalgaduras junto a sus amigos, y los cuatro emprendieron la marcha: Athos montado en el caballo que debía a su mujer, Aramis en el que debía a su amante, Porthos en el que debía a la procuradora, y D'Artagnan en el que le deparara la buena fortuna, que es, ha sido y será siempre la mejor amante.

Los lacayos siguieron a sus señores.

Como supusiera Porthos, la cabalgata produjo excelente efecto; y si mm. Coquenard se hubiese encontrado en el camino de su mosquetero, y pudiese haber visto qué arrogante figura hacía sobre su caballo español, no se habría arrepentido de la sangría que diera al cofre de su marido.

Cerca del Louvre, los cuatro amigos se encontraron con m. de Tréville, que regresaba de Saint-Germain, y les detuvo para darles la enhorabuena por sus equipos, lo cual en un abrir y cerrar de ojos atrajo en torno de ellos algunos centenares de bobalicones.

D'Artagnan aprovechó la ocasión para hablar a m. de Tréville de la carta del sello encarnado y el escudo de armas de Richelieu; pero de la otra, como ya supondrá el lector, no hizo mención alguna.

Tréville aprobó la resolución del mozo, y le prometió que si al día siguiente no había reaparecido, él le hallaría, doquiera que estuviese.

En esto dieron las seis en el reloj de la Samaritaine, y los cuatro amigos se despidieron de m. de Tréville, pretextando tener que concurrir a una cita.

Poco después, y al galope, D'Artagnan y sus compañeros llegaron a la route de Chaillot: la tarde tocaba a su fin, y los coches iban y venían; D'Artagnan, protegido a algunos pasos por sus amigos, escudriñaba con los ojos el interior de las carrozas; pero todo en vano, en ninguna de ellas veía un rostro conocido.

Por fin, y tras un cuarto de hora de espera, cuando el crepúsculo ya envolvía tierra y cielo, por la route de Sèvres llegó un coche a galope tendido. D'Artagnan, al ver el coche a lo lejos, sintió algo así como el presentimiento de que en él venía la persona que le diera la cita, y el corazón empezó a latirle con una violencia de la que él mismo se asombró. Casi al punto se asomó a la portezuela una mujer que se llevó dos dedos a la boca para recomendar el silencio o para enviar un beso. D'Artagnan lanzó una pequeña voz de gozo; aquella mujer, o más bien la aparición aquella, pues la carroza pasó con la rapidez de una visión, era mm. Bonacieux.

D'Artagnan, inconscientemente y pese a la recomendación que en el billete se le hacía, sacó su caballo al galope y alcanzó la carroza; pero el cristal estaba herméticamente cerrado: la visión había desaparecido.

Entonces el mozo se acordó de la recomendación: «Si tenéis apego a vuestra vida y a la de quien os ama, no profiráis ni una voz ni hagáis un ademán que pueda dar a entender que habéis conocido a aquella que se expone a todo para veros un instante».

D'Artagnan se detuvo, pues, lleno de temor, no por él, sino por la pobre mujer que, evidentemente, se había expuesto a un gran peligro al darle aquella cita.

La carroza siguió su camino a escape, entró en París y desapareció.

El gascón quedó todo confuso y como clavado en el sitio, sin saber qué pensar. Si la mujer que asomara la cabeza a la portezuela de la carroza era mm. Bonacieux, y

regresaba a París, ¿por qué aquella cita fugaz? ¿Por qué aquel simple cruce de una mirada? ¿Por qué aquel beso perdido? Y si no era ella, lo que no dejaba de ser posible, pues la semioscuridad que ya lo envolvía todo daba lugar a error, ¿no era aquello el principio de una trama urdida contra él con el cebo de aquella mujer a quien sabían que amaba?

Athos, Porthos y Aramis se acercaron a su amigo. Los tres habían visto asomarse a la portezuela de la carroza la cabeza de una mujer; pero ninguno de ellos, excepto Athos, conocía a mm. Bonacieux.

Por lo demás, Athos daba por sentado que la mujer de la carroza era realmente la mercera; pero menos preocupado que D'Artagnan, le pareció haber visto una cabeza de hombre en el testero del coche.

—Si es así —dijo el mozo—, indudablemente la trasladan de una prisión a otra. Pero ¿qué se proponen hacer con la infeliz, y cómo podré yo reunirme con ella?

—Amigo mío… —repuso Athos—, acordaos de que los muertos son los únicos a quienes no podemos encontrar en la tierra. Algo sabéis vos de esto que os digo, como yo, ¿no es así? Ahora bien, si vuestra amante alienta todavía, si es la que acabamos de ver, tarde o temprano la encontraréis.

Y con el misantrópico acento que le era peculiar, añadió:

—Y tal vez más pronto que no querríais.

En esto dieron las siete y media; la carroza, pues, llevaba un retraso de veinte minutos sobre la hora señalada en el billete.

Los tres mosqueteros recordaron a D'Artagnan la cita en el palacio del cardenal, y al mismo tiempo le hicieron observar que todavía era hora de retractarse.

D'Artagnan, empero, además de testarudo era curioso; se había puesto entre ceja y ceja que iría al palacio del cardenal y sabría qué quería de él su eminencia, y nada pudo hacerle modificar su resolución.

Los cuatro amigos llegaron, por la rue Saint-Honoré, a la place du Palais-Cardinal, y en ella hallaron a los doce mosqueteros convocados, que se paseaban aguardando a sus compañeros. Solo entonces los convocados supieron de qué se trataba.

D'Artagnan era muy conocido en el honorable cuerpo de mosqueteros del rey, en el que sabían que andando el tiempo entraría a servir; no es de admirar, pues, que aquellos le tuviesen anticipadamente por compañero, y que los convocados aceptaran de todo corazón colaborar en la empresa a que obedecía su reunión en aquel sitio, tanto más cuanto, según toda probabilidad, se trataba de jugar una mala pasada al cardenal y a sus secuaces; y sabe Dios cuán dispuestos estaban siempre aquellos hidalgos para tales expediciones.

Athos distribuyó los doce mosqueteros en tres secciones, y después de encargarse él del mando de una y de haber puesto las otras dos a las órdenes

respectivas de Porthos y de Aramis, cada sección fue a emboscarse frente a una salida.

D'Artagnan entró bravamente por la puerta principal, pero no sin inquietud subió pausadamente la escalinata por más que se sentía enérgicamente apoyado. En efecto, el mozo sospechaba que milady y el cardenal estaban unidos por relaciones políticas, su conducta para con aquella mujer tenía sus asomos de traición; además, el conde de Wardes, a quien tan malamente aviara, era uno de los leales de su eminencia, y D'Artagnan sabía que si el cardenal era terrible con sus enemigos, en cambio tenía mucho apego a sus amigos.

Si Wardes ha contado a su eminencia lo que entre él y yo ha pasado, lo que no es dudoso, dijo para sí D'Artagnan, y si me ha conocido, lo que es probable, casi puedo tenerme por hombre al agua. Pero ¿por qué ha aguardado hasta hoy el cardenal? Es muy sencillo, milady me habrá acusado con el hipócrita dolor que la hace tan interesante, y este último crimen habrá hecho rebosar la copa. Por fortuna, mis amigos están abajo, y no dejarán que se me lleven sin defenderme. Sin embargo, la compañía de mosqueteros de m. de Tréville no puede hacer por sí sola la guerra a su eminencia, que dispone de todas las fuerzas de Francia, y ante el cual ni la reina tiene poder, ni voluntad el rey. ¡Ay de mí! Soy bravo, prudente y no tonto, pero las mujeres van a perderme.

A esta triste conclusión había llegado el mozo cuando entró en la antesala.

D'Artagnan entregó la carta al ujier de servicio, que le hizo pasar a una sala de espera y se internó en el palacio.

En la sala de espera había cinco o seis guardias del cardenal, que al conocer al mozo y sabiendo que era él quien hiriera a Jussac, le miraron, sonriéndose de un modo extraño.

Aquella sonrisa le pareció a D'Artagnan de mal agüero, pero como nuestro gascón no se intimidaba fácilmente o, mejor dicho, como gracias al desmesurado orgullo propio de los de su tierra, no dejaba traslucir así como así lo que pasaba en su alma, cuando lo que en su alma pasaba era algo parecido al temor, se plantó con altivez ante los guardias, y apoyó la mano en la cadera, en actitud que tenía algo de majestuosa.

El ujier apareció nuevamente e hizo seña a D'Artagnan de que le siguiese; y así lo hizo el gascón, a quien le pareció que los guardias, al mirarle como se alejaba, cuchicheaban entre sí.

D'Artagnan atravesó un corredor y un gran salón, y luego entró en una biblioteca, donde se encontró en presencia de un hombre que estaba escribiendo sentado a un bufete.

El ujier introdujo al gascón y se retiró sin proferir palabra.

D’Artagnan, que quedó en pie, al examinar al hombre que estaba escribiendo se pensó, de buenas a primeras, que iba a habérselas con algún juez que examinaba unos autos que le concernían; pero pronto, y al advertir que aquel trazaba, o mejor, corregía líneas de longitud desigual, escandiendo las sílabas con los dedos, vio que se hallaba en presencia de un poeta.

Aquel cerró poco después su manuscrito, en cuya cubierta se leían las palabras: MÍRAME, tragedia en cinco actos, y levantó la cabeza.

D’Artagnan reconoció al cardenal.

XL

EL CARDENAL

Richelieu se acodó sobre su manuscrito, apoyó la mejilla en la palma de la mano, y fijó en el mozo una mirada persistente, una de aquellas miradas escrutadoras exclusivas del cardenal, y que D'Artagnan sintió correr por sus venas con el fuego de la fiebre.

No obstante, el gascón se mantuvo tranquilo, con el sombrero en la mano y en espera de que el cardenal se dignase dirigirle la palabra, ni orgulloso en demasía, ni humilde con bajeza.

—¿Sois vos un D'Artagnan del Bearn, caballero? —preguntó Richelieu al mozo.

—Sí, monseñor —respondió el gascón.

—En Tarbes y sus cercanías hay muchas ramas de este apellido —repuso el cardenal.

—Yo soy hijo del D'Artagnan que hizo las guerras de religión con el gran rey Enrique, padre de su graciosa majestad.

—Esto es —profirió su eminencia—; vos sois quien partisteis hace unos siete u ocho meses de vuestra tierra para veniros a la capital en busca de mejoras.

—Sí, monseñor.

—Vinisteis por Meung, donde os pasó algo, no sé claramente qué, pero algo al fin y al cabo.

—Monseñor —dijo D'Artagnan—, lo que me pasó fue…

—No os molestéis —atajó el cardenal, sonriendo de manera que dio a comprender que conocía la historia tan bien como el que se disponía a contársela—, ibais recomendado a m. de Tréville, ¿no es así?

—Así es, monseñor; pero precisamente en el desgraciado encuentro de Meung…

—Perdisteis la carta —repuso Richelieu—; lo sé; pero m. de Tréville es gran fisonomista, y como conoce a los hombres a la primera mirada, os colocó en la compañía de su cuñado m. Des Essarts, dándoos la esperanza de que tarde o temprano entraríais en los mosqueteros.

—Monseñor está muy bien informado —dijo D'Artagnan.

—Desde entonces os han pasado muchas cosas: os paseasteis por detrás de los Chartreux cierto día que más valdría que os hubieseis hallado en otra parte; luego emprendisteis un viaje a los baños de Forges en compañía de vuestros amigos, que

se detuvieron en el camino, pero sin vos, que lo continuasteis. Claro, como teníais qué hacer en Inglaterra…

—Monseñor —repuso D'Artagnan, turbado—, iba…

—A una partida de caza a Windsor o a cualquier otra parte, esto no interesa a nadie. Cuanto os he dicho lo sé yo, porque mi estado me obliga a saber todo lo que pasa. A vuestro retorno, fuisteis recibido por una persona augusta, y con honda satisfacción veo que habéis conservado el recuerdo que de ella recibisteis.

El mozo llevó la mano al diamante que la reina le regalara, y volvió el engarce; pero la precaución no era ya oportuna.

—Al día siguiente, quiero decir el día que siguió al del regalo de esa sortija —prosiguió el cardenal—, m. Cavois estuvo en vuestra casa para rogaros que pasaseis por aquí, y con mal acuerdo no le devolvisteis la visita.

—Monseñor —dijo D'Artagnan—, temí haber incurrido en el desagrado de vuestra eminencia.

—¿Por qué, caballero? ¡Incurrir en mi desagrado por haber cumplido vos las órdenes de vuestros superiores con más inteligencia y más valor que no lo hubiera hecho otro! Al contrario, vuestra conducta solo merece elogios. Yo no castigo más que a las gentes que no obedecen, no a los que, como vos, obedecen… demasiado bien… Y la prueba de lo que digo la tendréis recordando la fecha del día en que os mandé llamar y lo que pasó aquella noche misma.

La noche a que Richelieu se refería era aquella en la que se efectuó el rapto de mm. Bonacieux.

D'Artagnan se estremeció, y recordó que hacía media hora, la desventurada mercera había pasado junto a él, indudablemente llevada también por la misma fuerza que la hiciera desaparecer.

—Y, por último —continuó su eminencia—, como hacía algún tiempo que no oía hablar de vos, he querido saber qué hacíais. Por otra parte, me debéis alguna gratitud, pues ya habéis notado con cuánta consideración se os ha tratado siempre.

D'Artagnan se inclinó con respeto.

—Lo cual —prosiguió Richelieu— no solo era hijo de un sentimiento de equidad naturalísimo, mas también de un plan que yo me había trazado respecto de vos.

La admiración de D'Artagnan iba creciendo de punto.

—Plan que yo quería exponeros el día en que por primera vez mandé a buscaros —repuso Richelieu—. Por fortuna, nada se ha perdido a pesar del retraso, y hoy vais a oírlo. Sentaos ahí, delante de mí, m. D'Artagnan, sois bastante noble para no escuchar en pie.

El cardenal indicó con el dedo una silla al mozo, el cual estaba tan admirado de lo que estaba pasándole, que, para obedecer, no aguardó una segunda señal de su interlocutor.

—Sois valeroso, m. D'Artagnan —prosiguió Richelieu—, y lo que vale más, prudente. Yo estimo a los hombres de talento y de corazón; no os asustéis —añadió el cardenal, sonriéndose—. Yo entiendo por hombres de corazón a los valientes; pero, a pesar de ser vos muy joven todavía, a pesar de hallaros en los umbrales de la vida, tenéis ya enemigos poderosos, enemigos que os perderán como no viváis muy precavido.

—¡Ay! Monseñor —respondió el joven—, y muy fácilmente, porque son fuertes y se apoyan en firme, mientras que yo estoy solo.

—Es verdad; pero solo y todo como estáis, ya habéis hecho mucho, y no dudo que haréis aún más. Con todo eso, me parece que en la azarosa carrera que habéis emprendido necesitáis un guía, porque si no me engaño, vinisteis a París con la ambiciosa idea de prosperar.

—Estoy en la edad de las esperanzas descabelladas, monseñor —profirió D'Artagnan.

—Las esperanzas descabelladas son propias únicamente de los necios, caballero —repuso el cardenal—, y vos sois hombre de claro juicio. Vamos a ver, ¿qué os parece el empleo de abanderado en mis guardias, y una compañía después de la guerra?

—¡Ah! ¡Monseñor!

—Aceptáis, ¿no es así?

—Monseñor… —repuso D'Artagnan con ademán turbado.

—¡Cómo! ¿No admitís? —profirió con admiración Richelieu.

—Sirvo en los guardias de su majestad, monseñor, y no me asiste razón alguna para estar descontento.

—Pero me parece —dijo el cardenal— que mis guardias lo son también de su majestad, y que con tal que uno sirva en un cuerpo francés, sirve al rey.

—Vuestra eminencia ha interpretado malamente mis palabras.

—Comprendo, necesitáis un pretexto y, sin embargo, lo tenéis. Para el mundo, el adelantamiento, la campaña que va abrirse y la ocasión que os ofrezco; para vos, la necesidad de protecciones seguras; porque bueno es que sepáis, m. D'Artagnan, que he recibido quejas graves contra vos, de las que se desprende que no consagráis el tiempo exclusivamente al servicio del rey.

D'Artagnan se sonrojó.

—Además —continuó el cardenal, poniendo la mano sobre un mazo de papeles—, aquí están unos autos que os atañen; pero antes de leerlos, he querido hablar con vos. Sé que sois hombre resuelto, y vuestros servicios, bien dirigidos, en lugar de llevaros al mal, podrían seros de gran provecho. Vamos, reflexionad, y decidíos.

—Vuestra bondad me confunde, monseñor —respondió D'Artagnan—, y veo en vuestra eminencia una grandeza de alma comparada con la cual soy yo un miserable

gusano; pero ya que monseñor me da su licencia para que le hable con toda sinceridad…

—Podéis hacerlo —repuso Richelieu al ver que el mozo se interrumpía.

—Pues bien, digo a vuestra eminencia que todos mis amigos sirven en los mosqueteros y en los guardias del rey, y que, por una fatalidad inconcebible, mis enemigos sirven a vuestra eminencia; por consiguiente, sería yo mal llegado aquí y mal mirado allí si aceptase lo que monseñor me ofrece.

—¡Si alentaríais ya la orgullosa idea de que no os ofrezco lo que merecéis! —profirió Richelieu con sonrisa de desdén.

—Monseñor —contestó el mozo—, vuestra eminencia es excesivamente bondadoso para conmigo, y muy al revés de lo que vuestra eminencia supone, soy de la opinión que no he contraído aún bastantes méritos para hacerme acreedor de sus bondades. Monseñor, va a abrirse el sitio de La Rochelle; serviré bajo la inspección de vuestra eminencia, y si me cabe la dicha de portarme en ese cerco de manera que merezca atraer vuestras miradas, entonces podré apoyarme en una acción gloriosa para justificar la protección con la que vuestra eminencia tenga a bien honrarme. Todo debe hacerse en su momento, monseñor; andando el tiempo, quizá me quepa el derecho de darme, ahora parecería que me vendo.

—Es decir que os negáis a servirme —exclamó el cardenal con despecho no exento de estima—; libre sois, pues, y guardad para vos vuestros odios y vuestras simpatías.

—Monseñor…

—Bien, bien —dijo Richelieu—, no os lo reprocho; pero ya comprenderéis que uno tiene bastante que hacer con defender a sus amigos y recompensarlos, y que nada debe el hombre a sus enemigos. No obstante, quiero daros un consejo: protegeos, m. D'Artagnan, porque en cuanto retire yo de sobre vuestra cabeza mi mano, no daría por vuestra vida un óbolo.

—Procuraré hacerlo, monseñor —respondió con noble firmeza el gascón.

—Y si en ciertas circunstancias os sucede alguna desgracia —dijo con intención el cardenal—, pensad que soy yo quien he ido a vos y que he hecho cuanto me ha sido posible para evitárosla.

—Suceda lo que suceda —profirió el mozo, llevando la mano al pecho e inclinándose—, viviré eternamente agradecido a vuestra eminencia por lo que está haciendo por mí en este instante.

—Pues hasta después de la campaña, como vos mismo habéis dicho, m. D'Artagnan —repuso su eminencia, y mostrando con el dedo una magnífica armadura con que él debía armarse, añadió—: también yo estaré allí, y os seguiré con los ojos, y a nuestro regreso echaremos cuentas.

—¡Ah! Monseñor —exclamó D'Artagnan—, evitadme la pesadumbre de caer en vuestra desgracia; permaneced neutral, monseñor, si halláis que me porto decorosamente.

—Joven —dijo el cardenal—, prometo deciros otra vez lo que hoy, si las circunstancias consienten que os lo repita.

Las últimas palabras de Richelieu envolvían una duda terrible; por lo tanto, consternaron al mozo mucho más de lo que hubiera hecho una amenaza, porque eran una advertencia, lo cual significaba que el cardenal quería preservarle de alguna desventura que le amenazaba.

D'Artagnan abrió la boca para responder, pero su eminencia le despidió con un ademán lleno de altivez.

El mozo salió; pero al llegar a la puerta, casi le faltó el ánimo y sintió tentaciones de entrar de nuevo. Sin embargo, le refrenó pensar que, de aceptar el pacto del cardenal, el grave y severo Athos no volvería a darle nunca jamás la mano y renegaría de él: tan poderoso es el influjo de un carácter realmente grande sobre cuanto lo rodea.

D'Artagnan bajó por la misma escalera que había subido y halló ante la puerta a Athos y a los cuatro mosqueteros, que aguardaban su regreso y empezaban a estar desasosegados. En pocas palabras, tranquilizó el mozo a sus amigos, y Planchet fue a avisar a los otros retenes para que dejasen de montar por más tiempo la guardia, toda vez que su señor acababa de salir sano y salvo del Palais-Cardinal.

Ya en casa de Athos, Aramis y Porthos se informaron de las causas de aquella cita singular; pero D'Artagnan se limitó a decirles que m. de Richelieu había mandado a buscarle para proponerle entrar en sus guardias con el empleo de portaestandarte, y que él no había aceptado.

—Y habéis obrado cuerdamente —exclamaron a una Porthos y Aramis.

Athos se puso profundamente pensativo y no respondió cosa alguna; pero cuando se halló a solas con el gascón, le dijo:

—Habéis hecho lo que debíais, pero quizá no lo que os convenía.

D'Artagnan lanzó un suspiro; y es que la voz del mosquetero respondía a otra voz de su alma, que le decía que le esperaban grandes desventuras.

El día siguiente lo emplearon los cuatro amigos en prepararse para la marcha, y luego D'Artagnan fue a despedirse de m. de Tréville.

En la hora aquella todos creían aún que la separación de los guardias y de los mosqueteros sería momentánea, ya que el rey debía presidir su parlamento el mismo día y partir al siguiente.

M. de Tréville se limitó, pues, a preguntar a D'Artagnan si necesitaba algo de él, a lo cual nuestro gascón respondió que no necesitaba nada.

Por la noche, se reunieron todos los camaradas de la compañía de guardias de m. Des Essarts y de la compañía de mosqueteros de m. de Tréville para celebrar un banquete de despedida, ya que no debían verse de nuevo hasta que placiera a Dios y si a Dios placía. La noche, pues, fue grandemente bulliciosa; y es que en parecidos casos solo puede combatirse la preocupación con la indolencia.

Al toque de diana del día siguiente los amigos se separaron para dirigirse, los mosqueteros al palacio de m. de Tréville, y los guardias al de m. Des Essarts, y al mando de sus respectivos capitanes se encaminaron al Louvre, donde el rey pasaba revista.

Luis XIII estaba triste y, al parecer, enfermo, lo cual disminuía un tanto su gallardía. En efecto, la víspera, y en medio de la solemne sesión del parlamento, le había atacado la fiebre. No obstante, estaba decidido a partir aquella misma tarde, y pese a las observaciones que le hicieran, se empeñó en pasar revista, con la esperanza de que con un arranque de vigor vencería la enfermedad que empezaba a invadirlo.

Terminada la revista, los guardias emprendieron solos la marcha, dejando en París a los mosqueteros, que no debían salir hasta que el rey lo hiciese, lo cual permitió a Porthos ir a dar una vuelta por la rue aux Ours, montado en su soberbio corcel y luciendo su brillante uniforme.

La procuradora lo vio pasar; pero como le amaba demasiado para dejarlo partir de tal suerte, le hizo seña de que se apeara y subiese a verla.

Porthos estaba magnífico; sus espuelas resonaban, relucía su coraza, y su espada le azotaba las piernas.

Ahora los pasantes no sintieron ningunas ganas de reír, tal era el aspecto de cortador de orejas que tenía Porthos.

La procuradora presentó al mosquetero a m. Coquenard, que despidió rayos de cólera por sus pupilas al ver todo flamante a su primo. Sin embargo, le consoló pensar que Porthos dejaría los huesos en aquella campaña que, según opinión general, iba a ser por demás penosa.

El mosquetero se despidió de m. Coquenard, que le deseó toda suerte de prosperidades. En cuanto a la procuradora, no alcanzaba a refrenar sus lágrimas; pero como sabían lo muy apegada que estaba a sus parientes, en pro de los cuales sostenía incesantemente las más vivas disputas con su marido, nadie pensó mal de su dolor.

Pero la verdadera despedida se realizó en el cuarto de mm. Coquenard. ¡Ay! De presenciarla, hasta un adoquín se habría ablandado.

Mientras la procuradora pudo seguir con la mirada a su amante, agitó su pañuelo, sacando tanto cuerpo fuera de la ventana que no parecía sino que iba a arrojarse a la calle.

Porthos recibió todas aquellas demostraciones como quien está acostumbrado a ellas, y solo al doblar la esquina se quitó el sombrero y lo agitó en señal de adiós.

Mientras, Aramis escribía una extensa carta. ¿A quién? Solo él lo sabía. En la pieza contigua, Ketty, que aquella misma tarde debía salir para Tours, estaba aguardando.

Athos se bebía a pequeños sorbos la última de sus botellas de vino de España.

Entretanto, D'Artagnan desfilaba con su compañía y, al llegar al barrio de Saint-Antoine, volvió la cabeza para contemplar alegremente la Bastille; pero como no miraba más que la terrible fortaleza, no vio a milady, la cual, montada en un caballo isabelino, le estaba señalando con el dedo a dos hombres de mala catadura que se acercaron a las filas para conocerlo, y que interrogaron luego con los ojos a lady Clarick, que con una seña les respondió que realmente era él. Milady, segura ya de que no podía haber error en la ejecución de sus órdenes, picó a su cabalgadura y desapareció.

Los dos hombres de mala catadura siguieron a la compañía, y a la salida del barrio de Saint-Antoine se subieron sobre sendos caballos, dispuestos especialmente, y a los que sujetaba por las bridas un criado sin librea.

XLI

EL SITIO DE LA ROCHELLE

Fue, el sitio de La Rochelle, uno de los más importantes acontecimientos políticos del reinado de Luis XIII, y una de las grandes empresas militares de Richelieu. Es interesante, pues, y aun necesario, que digamos algunas palabras acerca de él, tanto más cuanto algunos pormenores de aquel sitio están demasiado íntimamente ligados a esta historia como para que los callemos.

Las miras políticas del cardenal al emprender el sitio de La Rochelle eran muy vastas. Pero expongámoslas sin dilación; después hablaremos de las miras particulares, que tal vez no ejercieron en el ánimo de su eminencia menos influjo que las primeras.

De las importantes ciudades dadas por Enrique IV a los hugonotes como plazas de seguridad, ya no les quedaba a estos más que La Rochelle. Se trataba, pues, de destruir este último baluarte del calvinismo, levadura peligrosa con la que incesantemente venían a mezclarse fermentos de revuelta civil o de guerra extranjera.

Españoles, ingleses e italianos descontentos, aventureros de todas las naciones y de todas sectas acudían al primer llamamiento a alistarse en las filas de los protestantes y se organizaban como una vasta asociación cuyas ramas divergían anchamente hacia todos los ámbitos de Europa.

La Rochelle, que cobrara mayor importancia con la ruina de las demás ciudades calvinistas, era, pues, foco de disensiones y ambiciones. Además, su puerto era ya el único abierto a los ingleses en el reino de Francia, y al cerrarlo a Inglaterra, la eterna enemiga de aquella, el cardenal daba cumplido remate a la obra de Juana de Arco y del duque de Guise.

Por eso Bassompierre, que a la vez era protestante y católico, protestante de creencias y católico como comendador de la orden de Espíritu Santo; Bassompierre, que si nacido en Alemania era francés de corazón; Bassompierre, en fin, que ejercía un mando particular en el sitio de La Rochelle, decía, cargando al frente de otros muchos señores protestantes como él:

—Ya veréis como seremos bastante brutos para tomar La Rochelle.

Y Bassompierre tenía razón: así como el cañoneo de la isla de Ré presagiaba las dragonadas de las Cévennes, la toma de La Rochelle era el preludio del edicto de Nantes.

Pero ya hemos dicho que junto a las miras del ministro nivelador y simplificador, miras que pertenecen a la historia, el cronista ve y debe ver otras miras menos levantadas, las del hombre enamorado y del rival celoso.

Sabido es que Richelieu se había prendado de la reina; pero ¿tenía su amor un simple fin político o era una de las tantas hondas pasiones que inspiró Ana de Austria a los que la rodeaban? Lo ignoramos. Como quiera que sea, el lector ha visto ya en las páginas que preceden que Buckingham había triunfado sobre su eminencia en este particular, y que en dos o tres circunstancias, y particularmente en el asunto de los herretes, gracias a la abnegación de los tres mosqueteros y al valor de D'Artagnan, le había burlado de manera cruel.

Para el cardenal se trataba, pues, no solo de librar a Francia de un enemigo, sino también de vengarse de un rival; de otra parte, la venganza debía ser grande y ruidosa, digna del hombre que tiene en sus manos, por espada de combate, todas las fuerzas de un reino.

Richelieu sabía que combatiendo a Inglaterra, y triunfando sobre ella y humillándola a los ojos de Europa, combatía a Buckingham, y triunfaba sobre él y lo humillaba a los ojos de la reina.

A Buckingham, por su parte, y escudándose tras la honra de Inglaterra, le movían intereses idénticos a los del cardenal; también el ministro inglés perseguía una venganza particular: bajo ningún pretexto había podido entrar nuevamente en Francia como embajador, y quería hacerlo como conquistador.

De todo lo cual resulta que la verdadera apuesta de aquel partido que los dos reinos más poderosos jugaban por el gusto de dos hombres enamorados era una simple mirada de Ana de Austria.

La primera ventaja la obtuvo Buckingham, el cual, llegando por sorpresa a la isla de Ré con noventa velas y unos veinte mil hombres, sorprendió al conde de Toiras, gobernador del rey en la isla, que a pesar de ofrecer un combate sangriento no pudo oponerse al desembarco del enemigo.

Digamos de paso que en aquel combate sucumbió el barón de Chantal, dejando huérfana a una niña de dieciocho meses que, andando el tiempo, fue mm. de Sévigné.

El conde de Toiras se retiró a la ciudadela de Saint-Martin, junto con la guarnición, y envió un centenar de hombres a un fortín llamado de La Prée.

La victoria de Buckingham apresuró las resoluciones del cardenal; y mientras llegaba el día en que el monarca y él pudiesen encargarse del mando del sitio de La Rochelle, que estaba decidido, había hecho partir al hermano de Luis XIII para que dirigiera las primeras operaciones, y salir para el teatro de la guerra todas las tropas disponibles.

De aquel destacamento de vanguardia formaba parte nuestro amigo D'Artagnan.

El rey, conforme dejamos expuesto, debía ponerse en camino inmediatamente después de haber presidido el parlamento; pero al levantarse del trono, el 23 de junio, le dio un ataque de fiebre. A pesar de ello, no quiso demorar la marcha y, empeorado, tuvo que detenerse en Villeroi.

Ahora bien, como los mosqueteros se detenían donde el rey, sucedió que D'Artagnan, que era guardia, se halló separado, momentáneamente por lo menos, de sus buenos amigos Athos, Porthos y Aramis; y esta separación, que para el mozo no era más que una contrariedad, hubiera sido para él causa de inquietud muy seria si pudiera haber adivinado los peligros que le aguardaban.

Con todo eso, D'Artagnan llegó felizmente al campamento establecido ante La Rochelle el 10 de septiembre de 1627.

Todo seguía en el mismo estado: el duque de Buckingham y los suyos, dueños de la isla de Ré, continuaban asediando, pero sin fortuna, la ciudadela de Saint-Martin y el fortín de La Prée, y las hostilidades con La Rochelle habían empezado hacía dos o tres días, tomando por causa la erección de un fuerte que el duque de Angoulême mandara construir cerca de la ciudad.

Los guardias, al mando de m. Des Essarts, se alojaban en los Minimes.

D'Artagnan, que cifraba toda su ambición en ingresar en el cuerpo de mosqueteros, había entablado muy pocas relaciones con sus camaradas; así que se halló solo y entregado a sus propias reflexiones, que, por cierto, nada tenían de risueñas. En efecto, desde que por vez primera entrara en París, si bien había tomado parte en la cosa pública, había avanzado muy poco en la vía del amor y de la fortuna. En el primero de estos dos conceptos, la única mujer a quien amara era mm. Bonacieux, que había desaparecido sin que él todavía pudiera haber descubierto su paradero ni vuelto a saber de ella; y en el segundo concepto se había agenciado él, pigmeo, un enemigo en el cardenal, hombre ante quien temblaban los más poderosos del reino, empezando por el monarca. Richelieu podía aniquilarlo y, sin embargo, no lo había hecho; indulgencia que para un entendimiento tan perspicaz como el de nuestro mozo era luz que alumbraba un porvenir más propicio. Además, se había atraído también otro enemigo, a su ver menos temible, pero que por instinto conocía que no era como para despreciarlo, y ese enemigo era milady. En cambio, se había granjeado la protección y la benevolencia de la reina, pero la benevolencia de la soberana era, en aquel tiempo, una nueva causa de persecución; y de todos es sabido que la protección de Ana de Austria a muy poco alcanzaba, como de ello son buenos testigos Chalais y mm. Bonacieux. Lo único positivo que ganó nuestro gascón durante aquel período de tiempo fue el diamante que llevaba en el dedo y que valía cinco o seis mil libras, y aun aquel diamante, suponiendo que D'Artagnan, en sus proyectos de ambición, quisiese conservarlo para darse a conocer a la reina cuando la ocasión se presentara, por el momento no tenía, pues no podía deshacerse de él, más valor que

los guijarros sobre los cuales andaba. Y decimos los guijarros sobre los cuales andaba porque D'Artagnan se hacía estas reflexiones paseándose solo por una hermosa senda que conducía del campamento a la aldea de Angoutin. Ahora bien, sus reflexiones le habían llevado más allá de lo que él sospechaba, y la tarde tocaba a su fin, cuando al postrer rayo de sol poniente le pareció ver brillar detrás de un seto el cañón de un mosquete.

D'Artagnan, que tenía la mirada viva y muy despierto el juicio, comprendió que el mosquete no había venido por sí solo y que el que lo llevaba no se escondiera con buenas intenciones tras el seto; por consiguiente, resolvió escaparse, cuando al lado opuesto del camino y detrás de una peña divisó la extremidad de otro mosquete.

Era, evidentemente, una emboscada.

D'Artagnan fijó los ojos en el primer mosquete y no sin inquietud vio cómo se bajaba en su dirección, pero tan buen punto vio la boca del cañón inmóvil, se echó de bruces. Al mismo tiempo, partió el tiro, y una bala pasó silbando por encima de su cabeza.

No había tiempo que perder; D'Artagnan se levantó de un brinco, y al mismo instante la bala del segundo mosquete hizo volar los guijarros en el sitio en el que él se tendiera boca abajo.

D'Artagnan no era uno de esos hombres valientes sin utilidad que buscan una muerte ridícula para que digan de ellos que no han retrocedido un paso; por otra parte, no se trataba ahora de valentía, pues el gascón había caído en una emboscada.

Si hacen otro disparo, soy hombre muerto, dijo para sí D'Artagnan.

Y echó a correr en dirección al campamento, con la celeridad de las gentes de su tierra, tan famosas por su agilidad; sin embargo, por muy rápida que fuese su carrera, el primero que disparara había tenido tiempo de cargar nuevamente su arma, y le envió otro proyectil, tan certero ahora, que le atravesó el sombrero y se lo hizo volar a diez pasos de distancia.

Con todo eso, como D'Artagnan no poseía otro cubrecabezas, lo recogió a toda prisa, y llegó jadeante y descolorido a su alojamiento, una vez en el cual, y sin decir palabra a nadie, se sentó y se puso a reflexionar.

Lo que acababa de pasarle podía obedecer a tres causas: la primera y más natural, a una emboscada de los rochelanos, que no hubieran sentido matar uno de los guardias de su majestad, ya porque se deshacían de un enemigo, ya porque era fácil que este enemigo llevase en la faltriquera una bolsa bien herrada.

D'Artagnan se quitó el sombrero, examinó el agujero abierto por la bala, y movió a uno y otro lado la cabeza. La bala no era de mosquete, sino de arcabuz, lo cual le afirmó en la idea que hiciera sobre lo certero del tiro, esto es, que era de un arma particular: así pues, no era militar la emboscada, ya que la bala no era de calibre.

Podía ser el atentado un recuerdo del cardenal, de cuya benevolencia dudara el mozo en el preciso instante en que, gracias a aquel benéfico rayo de sol, divisara el cañón del mosquete.

Sin embargo, D'Artagnan movió la cabeza con ademán incrédulo, porque su eminencia recurría muy rara vez a tales extremos cuando se trataba de gentes hacia las cuales le bastaba tender la mano.

También podía ser una venganza de milady.

Esto era lo más probable.

El gascón se esforzó en vano en recordar las facciones o el traje de los asesinos, pues se había alejado de ellos con tanta rapidez que no pudo notar cosa alguna.

—¡Ah! ¡Cuánta falta me hacéis, amigos míos! ¿Dónde estáis? —murmuró D'Artagnan.

El mozo pasó muy mala noche, y tres o cuatro veces se despertó sobresaltado, figurándose que un hombre se acercaba a su cama para matarlo a puñaladas. A pesar de ello, amaneció sin que la oscuridad de la noche hubiese acarreado ningún accidente desagradable.

Pero D'Artagnan, que sabía que más vale esperar que desesperar, no salió en todo el día de su alojamiento, dándose a sí mismo por pretexto de su inmovilidad el mal estado atmosférico.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, tocaron llamada y tropa: era que el duque de Orléans recorría los apostaderos.

Los guardias fueron a por sus armas, y D'Artagnan formó entre sus camaradas.

El duque de Orléans pasó por el frente de batalla, luego los oficiales superiores se acercaron a él para saludarlo.

Des Essarts, el capitán de los guardias, también se acercó al duque para rendirle acatamiento.

Poco después, a D'Artagnan le pareció que m. Des Essarts le hacía seña de que se le acercara; pero por si se había engañado, aguardó una nueva señal de su jefe, que la repitió.

Entonces el gascón salió de entre filas y, acercándose a m. Des Essarts, esperó que este le comunicara sus órdenes.

—Su alteza —dijo el capitán de los guardias al mozo— va a pedir algunos hombres de buena voluntad para una comisión peligrosa, pero que cubrirá de gloria a los que la hayan desempeñado; por eso os he hecho venir, para que estéis prevenido.

—Gracias, mi capitán —contestó el mozo, que no ardía más que en deseos de distinguirse a los ojos del lugarteniente general.

En efecto, los rochelanos habían hecho una salida durante la noche y reconquistado un bastión de que el ejército real se apoderara dos días antes, y se

trataba de practicar un reconocimiento para ver de qué manera conservaba el enemigo aquel punto fortificado.

Pasados algunos instantes, el duque de Orléans levantó la voz y dijo:

—Para esta operación necesito tres o cuatro voluntarios conducidos por un hombre de toda confianza.

—En cuanto al hombre que vuestra alteza solicita, lo tengo yo a mano —profirió m. Des Essarts, señalando a D'Artagnan—; respecto de los cuatro o cinco voluntarios, bastará que monseñor dé a conocer sus intenciones.

—¡Cuatro hombres de buena voluntad para venir a hacerse matar conmigo! —gritó D'Artagnan, blandiendo su espada.

Al punto abandonaron las filas dos guardias y dos soldados.

El gascón se negó, pues, a admitir a los demás que acudieron para no despreciar a los que tenían derecho de prioridad.

Se ignorba si los rochelanos, después de haber tomado el bastión, lo habían evacuado o si habían dejado guarnición en él; por consiguiente, y para salir de dudas, era menester inspeccionar muy de cerca la fortaleza.

D'Artagnan partió con sus cuatro compañeros y siguió la trinchera mano a mano con los guardias y precediendo a los soldados.

De esta suerte, y cubriéndose con los revestimientos, llegaron hasta unos cien pasos del bastión. Entonces D'Artagnan se volvió, y viendo que los dos soldados habían desaparecido, achacó su ausencia al miedo, y continuó avanzando.

Al doblar el camino cubierto, él y los dos guardias se hallaron a unos sesenta pasos del bastión, que al parecer estaba abandonado, pues no se veía alma viviente.

Los tres soldados de avanzada estaban deliberando si irían más allá, cuando de improviso un cinturón de humo ciñó al gigante de piedra, y una docena de balas pasaron silbando junto a D'Artagnan y sus compañeros.

El bastión estaba guardado; era cuanto querían saber los exploradores. Y como una estancia más larga en aquel peligroso lugar hubiera sido una imprudencia vana, D'Artagnan y los dos guardias dieron media vuelta y emprendieron una retirada que tenía todas las apariencias de fuga.

Al llegar a la esquina de la trinchera que iba a servirles de muralla, uno de los guardias cayó con el pecho atravesado por una bala; el otro, sano y salvo, continuó su carrera hacia el campamento.

D'Artagnan no quiso abandonar en tan amargo trance a su compañero, y se agachó para levantarlo y ayudarle a llegar a las líneas; pero en aquel momento retumbaron dos tiros de mosquete, y una de las balas se estrelló en el cráneo del guardia ya herido, mientras la otra pasó a dos pulgadas del gascón y fue a aplastarse contra la peña.

El mozo se volvió con viveza, pues aquel ataque no podía venir del bastión, que estaba oculto por la esquina de la trinchera.

D'Artagnan recordó entonces a los dos soldados que le abandonaran, que a su vez le trajeron a la mente sus asesinos de la antevíspera; así pues, y resuelto a saber a qué atenerse, se dejó caer sobre el cuerpo de su compañero como si realmente hubiese sucumbido a los disparos.

Casi al punto, nuestro gascón vio cómo por encima de una obra abandonada que quedaba como a treinta pasos de allí, se levantaban dos cabezas, que no eran otras que las de los dos soldados de marras. D'Artagnan no se había equivocado: aquellos dos hombres le siguieron solo con el fin de asesinarlo, con la esperanza de que en el campamento atribuyeran la muerte del mozo al enemigo.

Sin embargo, como la víctima podía no estar más que herida y denunciar a los asesinos, estos se le acercaron para rematarlo; por fortuna, y gracias a la astucia de D'Artagnan, aquellos se olvidaron de cargar de nuevo sus mosquetes.

Cuando los asesinos se hallaron a unos diez pasos del gascón, este, que al caerse cuidara de no soltar su espada, se levantó prontamente y de un brinco se acercó a ellos.

Los asesinos comprendieron que de huir hacia el campamento sin haber matado a D'Artagnan, este les acusaría; así es que lo primero en que pensaron fue en pasarse al enemigo. Uno de ellos cogió el mosquete por el cañón y, sirviéndose de él como de una maza, descargó un golpe terrible sobre el mozo, que desvió el cuerpo; pero con este movimiento abrió paso al bandido, que echó a correr hacia el bastión, pero con mala suerte para él, ya que los rochelanos que guarnecían la fortaleza, ignorando con qué intención se les acercaba aquel hombre, le soltaron una descarga y lo tumbaron de un balazo que le destrozó uno de los hombros.

Mientras, D'Artagnan había arremetido con su espada al otro miserable, que para defenderse no tenía más que su descargado arcabuz. La lucha no fue larga: la espada del mozo se deslizó a lo largo del cañón del arma ahora inútil del asesino, y fue a atravesar el muslo de este, que cayó cuan largo era.

D'Artagnan apuntó inmediatamente su espada a la garganta del soldado.

—No me matéis —exclamó el asesino—; ¡perdón, perdón, mi oficial!, y os lo diré todo.

—¿Tu secreto vale por lo menos la pena de que te conceda la vida? —preguntó D'Artagnan, parando el brazo.

—Sí, mi oficial, si estimáis que la existencia es atractiva cuando uno tiene veintidós años como vos y puede llegar a la cumbre de la grandeza, siendo gallardo y valiente como vos lo sois.

—¡Miserable! —dijo D'Artagnan—, pero di, ¿quién te ha dado el encargo de asesinarme?

—Una mujer a quien no conozco y a la que llaman milady.

—¿Cómo sabes que la llaman milady si no la conoces?

—Mi compañero la conocía y la llamaba como he dicho; con él se entendió aquella mujer y no conmigo; además, mi compañero lleva en la faltriquera una carta de milady, que, por lo que le oí decir más de una vez, debe de tener para vos gran importancia.

—Pero ¿cómo se explica que tú participes en esta emboscada?

—Mi compañero me propuso que los dos diésemos el golpe, y acepté.

—¿Y cuánto os dio milady para llevar a cabo esta honrosa empresa?

—Cien luises.

—Vaya, parece que me estima en algo esa mujer —dijo D'Artagnan riéndose—; para dos miserables como vosotros, cien luises son una cantidad respetable; comprendo que hayas aceptado, y te perdono, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó con zozobra el soldado al ver que no todo había concluido.

—Que vayas a buscar la carta que tu compañero lleva en la faltriquera.

—Esto es matarme de otra manera —exclamó el bandido—; ¿cómo queréis que vaya a buscar la carta bajo los fuegos del bastión?

—Y, sin embargo, es menester que te decidas a ir a por ella, o te prometo que mueres en mis manos.

—¡Perdón, m. el oficial! ¡Compadeceos de mí en nombre de la joven dama a quien amáis, a quien tal vez tenéis por muerta, y que todavía vive! —exclamó el bandido, poniéndose de rodillas y apoyándose en la mano, pues con su sangre empezaba a perder las fuerzas.

—¿Y de dónde has sacado tú que hay una joven dama a quien yo amo, y que la he tenido por muerta? —preguntó D'Artagnan.

—Lo sé por lo que reza la carta que mi compañero lleva en la faltriquera.

—Ya ves, pues, que necesito a toda costa la carta esa —repuso D'Artagnan—; vamos, no perdamos más tiempo; fuera vacilaciones, o por mucho que me repugne mojar por segunda vez mi espada en la sangre de un canalla como tú, te doy palabra de que…

D'Artagnan hizo un ademán de amenaza tal, que el herido, recobrando el aliento de puro aterrorizado, se levantó y dijo:

—¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Iré!

D'Artagnan cogió el arcabuz del soldado, le hizo pasar delante y le empujó hacia su compañero, pinchándole los riñones con la punta de la espada.

Daba pavor ver a aquel infeliz, que iba dejando tras de sí un reguero de sangre, con la anticipada palidez de la muerte en el rostro, esforzándose en arrastrarse sin ser visto hasta el cuerpo de su cómplice que yacía a unos veinte pasos de distancia.

De tal suerte estaba impreso el terror en el sudoriento semblante del soldado, que D'Artagnan se compadeció de él y le dijo mirándole con desprecio:

—Ahora voy a mostrarte la diferencia que va de un valiente a un cobarde como tú; quédate aquí, ya iré yo.

Y con paso ligero y ojo alerta, observando los movimientos del enemigo y ayudándose de todas las desigualdades del terreno, D'Artagnan llegó hasta el segundo soldado.

El mozo podía elegir dos caminos para conseguir su objetivo: registrar al asesino allí mismo, o llevárselo, protegiéndose con su cuerpo, y registrarlo en la trinchera.

D'Artagnan prefirió lo segundo y cargó a cuestas con el bandido en el instante en que el enemigo hacía fuego.

Una ligera sacudida, el ruido sordo de tres balas que horadaban las carnes, un postrer grito y el estremecimiento de la agonía probaron al gascón que aquel que intentara asesinarlo acababa de salvarle la vida.

D'Artagnan volvió a la trinchera, arrojó el cadáver junto al herido, que en su color no se diferenciaba del muerto, y empezó enseguida el inventario, que dio el siguiente resultado: una cartera de piel, una bolsa con dinero que, indudablemente, procedía de la cantidad que el bandido recibiera de milady, un cubilete y algunos dados.

El gascón dejó el cubilete y los dados donde habían caído, arrojó la bolsa al herido y abrió con avidez la cartera, en la que, entre papeles sin importancia, halló la siguiente carta, que no era otra que la que él había ido a buscar arriesgando la vida:

> Ya que habéis perdido las huellas de la mujer y esta se halla ahora a salvo en un convento adonde debíais no haber dejado que llegase, procurad por lo menos que no os pase lo mismo con el hombre; de lo contrario, me pagaréis caros los cien luises que os di. Ya sabéis que mi poder alcanza a mucho.

El escrito no ostentaba firma alguna; pero era evidente que procedía de milady. En consecuencia, D'Artagnan guardó la carta para presentarla como prueba en su lugar y tiempo, y, a salvo tras el recodo de la trinchera, empezó a interrogar al herido. Este confesó que él y su compañero, que no era otro que el que acababa de perecer, se habían encargado de raptar a una mujer joven que debía salir de París por la puerta de La Villette, pero que habiéndose detenido a beber en una taberna, cuando llegaron al sitio designado, el coche hacía diez minutos que había pasado.

—Pero ¿qué os proponíais hacer con aquella mujer? —preguntó D'Artagnan con angustia.

—Debíamos llevarla a un palacio de la place Royale —respondió el herido.

—Esto es, a casa de milady —murmuró D'Artagnan. Quien comprendió entonces, con espanto, la terrible sed de venganza que impelía a aquella mujer a perderlo, a él y

a los que le querían, y cómo sabía cuanto pasaba en la corte, tenía conocimiento de todo, indudablemente con ayuda del cardenal.

No obstante, D'Artagnan comprendió, no sin regocijo, que la reina había descubierto al fin la prisión en que la pobre mm. Bonacieux expiaba su fidelidad, y la había librado de su cautiverio; todo lo cual fue para el mozo un rayo de luz que le hizo ver claro el porqué de la carta que de su amada recibiera y el paso de esta, como una aparición, por el camino de Chaillot.

En consecuencia, y como Athos había predicho, era posible descubrir el paradero de la mercera, y un convento no era inexpugnable.

Este raciocinio acabó por abrir nuevamente en él las puertas de la clemencia; así pues, se volvió hacia el herido, que seguía con ansiedad las diversas expresiones del rostro de su vencedor, y tendiéndole el brazo, le dijo:

—Vamos, apóyate en mi brazo y regresemos al campo; no quiero abandonarte de esta suerte.

—Pero no para hacerme prender, ¿no es verdad, mi oficial? —repuso el herido, que apenas acertaba a dar crédito a tanta magnanimidad.

—Te he dado mi palabra, y por segunda vez te concedo la vida —respondió D'Artagnan.

El herido se dejó caer de rodillas y besó de nuevo los pies de su salvador; pero el mozo, que ya no tenía para qué permanecer tan próximo al enemigo, atajó las demostraciones de gratitud del soldado.

Como el guardia que a la primera descarga que partiera del bastión había regresado al campamento anunciando la muerte de sus cuatro compañeros, no hay que dudar de la sorpresa y la alegría del regimiento al ver reaparecer sano y salvo a D'Artagnan.

Este achacó la estocada de su compañero a una salida del enemigo por él improvisada, y refirió por menudo la muerte del otro soldado y los peligros a los que se habían visto expuestos. Este relato valió a D'Artagnan un verdadero triunfo; todo el ejército habló de aquella expedición durante un día entero, y el duque de Orléans hizo dar las gracias al mozo por su heroica conducta.

Además, como toda buena acción lleva en sí su recompensa, la de D'Artagnan le devolvió la tranquilidad de espíritu.

En efecto, nuestro gascón creía poder estar tranquilo, pues de sus dos enemigos uno ya no existía y al otro acababa de hacérselo devoto.

Semejante tranquilidad, sin embargo, solo probaba que D'Artagnan aún no conocía a milady.

XLII

EL VINO DE ANJOU

A las casi desesperadas noticias que se tenían del rey sucedieron otras más favorables; por todo el campamento empezó a circular la nueva de que Luis XIII había entrado en convalecencia, y que, anheloso de tomar parte personal en el sitio, en cuanto pudiese montar a caballo saldría para La Rochelle.

Entretanto, el duque de Orléans, que sabía que de un día al otro iba a ser reemplazado en su jefatura por el duque de Angoulême, Bassompierre o Schomberg, que se disputaban el mando, perdía el tiempo en tanteos, y no se atrevía a emprender un ataque formal para arrojar a los ingleses de la isla de Ré, en la que proseguían el sitio de la ciudadela de Saint-Martin y del fortín de La Prée, mientras los franceses, por su parte, continuaban el de La Rochelle.

Como ya hemos manifestado, D'Artagnan estaba más sereno, que es lo que siempre sucede luego que ha pasado el peligro, y mayormente cuando el peligro parece haber desaparecido del todo; y si alguna inquietud le quedaba, esta se debía a no tener noticias de Athos, Porthos y Aramis.

Pero cierta mañana de las primeras de noviembre recibió el mozo una carta fechada en Villeroi, que le explicó las causas del silencio de sus amigos.

Decía la carta:

M. D'Artagnan:

Después de haber comido y bebido alegremente en mi casa m. Athos, m. Porthos y m. Aramis, promovieron tal escándalo, que el preboste del castillo, que es hombre de gran rigidez, los tuvo arrestados algunos días. Sin embargo, y en cumplimiento de las órdenes que aquellos señores me dieron, os envío doce botellas de mi vino de Anjou, vino que a ellos les gustó grandemente, y con el cual desean que vos bebáis a su salud, como yo lo he hecho.

Vuestro respetuoso, humildísimo y obedientísimo servidor.

GODEAU

Hostelero de los señores mosqueteros

—En hora buena —dijo D'Artagnan—, piensan en mí en sus alegrías como yo pensaba en ellos en mi tristeza; cierto que beberé a su salud, y de todo corazón, pero no solo.

D'Artagnan fue a abocarse con dos guardias con los cuales entablara más amistad que con los otros y les convidó a beber con él el delicioso vino de Anjou que acababa de recibir de Villerroi; pero como uno de los guardias estaba convidado para aquella tarde misma y para la siguiente el otro, se aplazó la reunión para el subsiguiente día.

Al regresar a su alojamiento, D'Artagnan hizo llevar las doce botellas a la cantina de los guardias, recomendando que las guardaran cuidadosamente, y cuando hubo llegado el día de la celebración, a las nueve de la mañana, o sea, tres horas antes de la fijada para la comida, envió a Planchet para que hiciese los preparativos necesarios.

Planchet, henchido de orgullo al verse elevado a la dignidad de maestresala, se tomó a pecho el buen desempeño de su cometido, y a este fin se asoció el servidor de uno de los convidados, un tal Fourreau, y el fingido soldado que intentara asesinar a D'Artagnan y que por no pertenecer a cuerpo alguno había entrado al servicio de nuestro gascón, o más bien al de Planchet, después que aquel le hubo salvado la vida.

A la hora del festín llegaron los convidados y se sentaron a la mesa, sobre la que alinearon los manjares. Planchet servía con la servilleta al brazo; Fourreau descorchaba las botellas, y Brisemont, que así se llamaba el convaleciente, trasegaba en garrafitas de vidrio el vino de Anjou, que, al parecer, había formado poso a consecuencia del traqueo del camino. La primera botella de aquel vino estaba un poco turbia al final, y Brisemont, después de escanciar aquellas heces en un vaso, pidió permiso a D'Artagnan para bebérselas, que se lo concedió en vista de que el infeliz estaba aún bastante endeble.

Los convidados, tras la sopa, iban a llevarse el primer vaso de vino a los labios, cuando de pronto empezó a tronar la artillería de los fuertes Louis y Neuf. Los guardias, así como D'Artagnan, al oír el ronquido del cañón, y creyendo que era debido a un ataque inesperado de los sitiados o de los ingleses, se abalanzaron a sus espadas y salieron a escape hacia sus acantonamientos respectivos; pero apenas hubieron dejado atrás la cantina, cuando supieron la causa de tal estruendo: en todas partes resonaban gritos de «¡Viva el rey! ¡Viva el cardenal!», mientras acá y acullá sonaban los tambores.

En efecto, el rey, lleno de impaciencia, como era ya público en el campamento, después de hacer de un tirón dos etapas, acababa de llegar, precedido y seguido de sus mosqueteros, con toda su servidumbre y un refuerzo de diez mil hombres.

D'Artagnan, que formaba con su compañía, saludó con expresivo semblante a sus amigos, que le seguían con la mirada, y a m. de Tréville, que reparó en él inmediatamente. Apenas acabada la ceremonia de recepción, los cuatro amigos se abrazaron con cariño.

—¡Caramba! —exclamó D'Artagnan—, no podíais llegar más a tiempo; las viandas estarán calientes todavía, ¿no es verdad, caballeros? —añadió el mozo, volviéndose hacia los dos guardias, a quienes presentó a sus amigos.

—Por lo que se ve estabais banqueteando —dijo Porthos.

—Supongo —repuso Aramis— que no os acompañan mujeres a la mesa.

—¿Hay vino potable en la cantina? —preguntó Athos.

—Hay el vuestro, mi querido amigo —respondió D'Artagnan.

—¿El nuestro? —profirió Athos con extrañeza.

—Sí, el que me enviasteis.

—¿Nosotros os hemos enviado vino?

—¡Qué! ¿No os acordáis? Unas botellas de vino de Anjou.

—Ya conozco yo ese vino.

—Y lo preferís.

—Cuando no tengo champán ni chambertín.

—Pues a falta de pan buenas son tortas, quiero decir que como aquí no hay chambertín ni champán, os contentaréis con el de Anjou que me habéis enviado.

—¡Y que no sois sibarita! ¿Conque habéis hecho venir vino de Anjou? —dijo Porthos.

—Yo no —contestó D'Artagnan—, es el vino que me enviaron de parte de vosotros.

—¿De nuestra parte? —dijeron a una los tres mosqueteros.

—¿Lo habéis enviado vos, Aramis? —preguntó Athos.

—No. ¿Y vos, Porthos?

—Tampoco. ¿Y vos, Athos?

—Menos.

—Si no me lo habéis enviado vosotros —profirió D'Artagnan—, me lo ha enviado en vuestro nombre vuestro posadero.

—¿Nuestro posadero?

—Sí, un tal Godeau, posadero de los mosqueteros.

—Venga —dijo Porthos—, catémoslo, y si es bueno, bebámoslo, venga de donde viniere.

—No —arguyó Athos—, no bebamos vino cuya procedencia no conocemos.

—Tenéis razón, Athos —dijo D'Artagnan—. ¿Conque ninguno de vosotros ha encargado a Godeau que me enviase vino?

—Ninguno. ¿Y decís que ese posadero os lo ha enviado de parte de nosotros?

—Aquí está la carta —repuso D'Artagnan, presentándola a sus amigos.

—Este no es su carácter de letra —dijo Athos—, yo lo conozco, pues yo fui quien liquidó con él las cuentas de la comunidad.

—Esta carta es apócrifa —profirió Porthos—; y la prueba está en que no hemos sido arrestados.

—¿Y vos, D'Artagnan —dijo Aramis con voz de reproche—, pudisteis haber creído que nosotros habíamos promovido escándalo?

D'Artagnan palideció y se estremeció de pies a cabeza.

—Me asustas —profirió Athos, que no tuteaba a su joven amigo más que en las ocasiones solemnes—. ¿Qué ha pasado? Habla.

—Corramos, amigos míos —exclamó D'Artagnan—, me ha asaltado una terrible sospecha. ¿Si será esto una nueva venganza de esa mujer?

Ahora fue Athos el que palideció.

D'Artagnan entró volando en la cantina, y en pos de él los tres mosqueteros y los dos guardias.

Lo que primero vio el gascón al entrar en el comedor fue a Brisemont tendido en el suelo y revolcándose en medio de terribles convulsiones.

Planchet y Fourreau, pálidos como difuntos, se esforzaban en prestarle auxilios; pero era evidente que los auxilios de nada le servían al infeliz, que tenía ya las facciones crispadas por la agonía.

—¡Ah! —exclamó Brisemont al ver a D'Artagnan—, lo que habéis hecho conmigo es horroroso: ¡fingir que me perdonabais y envenenarme!

—¡Yo! —profirió D'Artagnan—. ¡Yo! ¡Desventurado! Pero ¿qué estás diciendo ahí?

—Digo que sois vos quien me ha dado ese vino, vos el que me habéis dicho que me lo bebiera, y que habéis querido vengaros de mí. ¡Oh! ¡Esto es horroroso!

—No lo creáis, no lo creáis, Brisemont —repuso D'Artagnan—; os juro, os protesto…

—Pero Dios os castigará. ¡Oh, Dios mío! ¡Haced que un día padezca él lo que yo estoy padeciendo!

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan, arrodillándose junto al moribundo—, con las manos puestas sobre el Evangelio os juro que yo no sabía que ese vino estuviera envenenado, como os juro que iba a beberlo como vos.

—No os creo —dijo el soldado que, profiriendo estas palabras, expiró en medio de una convulsión espantable.

—¡Horroroso! ¡Horroroso! —murmuró Athos, mientras Porthos rompía las botellas y Aramis daba la orden, aunque un poco tardía, de que fuesen por un confesor.

—¡Oh, amigos míos! Acabáis de salvarme por segunda vez la vida, y no solo me la habéis salvado a mí, sino también a estos caballeros —profirió D'Artagnan, hablando con los tres mosqueteros y señalando luego a los guardias. Y, dirigiéndose a estos, añadió—: Señores, hacedme la gran merced de no decir palabra sobre este lance, pues sería fácil que en todo eso interviniesen elevadísimos personajes, y el mal recaería sobre nosotros.

—¡Ah, señor! —balbuceó Planchet, más muerto que vivo—, de buena me he librado.

—¡Cómo, tunante! —exclamó D'Artagnan—. ¿Conque ibas a beberte mi vino?

—A la salud del rey, mi amo; iba a beberme un vasito, solo un vasito, cuando Fourreau me ha dicho que vos me llamabais.

—¡Ah! —profirió Fourreau, castañeteando de terror—, yo quería alejarle para beber sin testigos.

—Señores —dijo D'Artagnan a los guardias—, ya veis que después de lo que acaba de pasar, la comida sería por demás triste; así pues, hacedme la merced de darme por cumplido y aplazar la fiesta para otro día.

Los dos guardias dieron cortésmente por buenas las excusas de D'Artagnan y, comprendiendo que los cuatro amigos deseaban quedar solos, se retiraron.

Ya sin testigos, el gascón y los tres mosqueteros miraronse uno a otro con ademán que quería decir que cada uno de ellos comprendía la gravedad de la situación.

—Ante todo, salgamos de aquí —exclamó Athos—; el cuerpo de una persona víctima de muerte violenta es mala compañía.

—Planchet —dijo D'Artagnan—, os recomiendo el cadáver de ese pobre diablo. Que lo inhumen en tierra sagrada, pues por más que en vida cometiera un crimen, se había arrepentido de él.

Los cuatro amigos salieron del comedor, dejando a Planchet y a Fourreau el cuidado de pagar el último tributo a Brisemont.

El dueño de la cantina dio otro cuarto a D'Artagnan y a los tres mosqueteros y les sirvió huevos pasados por agua, mientras Athos iba personalmente a por ella a la fuente.

Pocas palabras bastaron al mozo para poner a Porthos y Aramis al corriente de la situación.

—Como podéis ver, mi querido amigo —dijo D'Artagnan a Athos—, es una guerra a muerte.

—Bien lo veo —repuso Athos, moviendo la cabeza—; pero ¿vos creéis que sea ella?

—Lo juraría.

—Pues yo dudo aún.

—¿Y la flor de lis que lleva en el hombro?

—Es una inglesa que habrá cometido alguna fechoría en Francia, y la habrán herrado a consecuencia de su crimen.

—Os digo que es vuestra mujer, Athos —repitió D'Artagnan—; ¿no recordáis ya cuán idénticas son las dos filiaciones?

—Sin embargo, habría afirmado yo que la otra estaba muerta, pues la ahorqué cuidadosamente.

—Pero en definitiva, ¿qué hacer? —dijo D'Artagnan, moviendo a su vez la cabeza.

—La verdad —respondió Athos— es que uno no puede continuar de esta suerte, con una espada suspendida eternamente sobre la cabeza, y que es absolutamente necesario acabar con esta situación.

—Pero ¿cómo?

—Escuchad —dijo Athos—, haced por verla y decidle: la paz o la guerra; os doy palabra de no decir ni hacer nunca nada contra vos, con tal que vos me juréis solemnemente permanecer neutral respecto de mí: de lo contrario, me aboco con el canciller, solicito una entrevista del rey, voy al encuentro del verdugo, amotino contra vos la corte, os delato por herrada, os hago encausar, y si os absuelven, por quien soy que os mato al doblar una esquina, como lo haría con un can rabioso.

—No me disgusta el proyecto —dijo D'Artagnan—; pero ¿cómo verla?

—El tiempo procurará la ocasión, que es la martingala del hombre: cuanto más ha arriesgado uno, mayor es la ganancia si tiene la virtud de esperar.

—Pero ¡esperar rodeado de asesinos y envenenadores…!

—¡Bah! —repuso Athos—, hasta ahora Dios nos ha preservado, y nos preservará en lo sucesivo.

—Bien, sí; por otra parte, somos hombres, y al fin y al cabo es de nuestra profesión arriesgar la vida; ¡pero ella! —añadió D'Artagnan a media voz.

—¿Quién es ella? —preguntó Athos.

—Constance.

—¡Mm. Bonacieux! ¡Ah! Es verdad —repuso Athos—, ¡pobre amigo mío! Se me olvidaba que estáis enamorado.

—Pero ¿no habéis visto por la carta que el ruin difunto llevaba en la faltriquera —dijo Aramis— que mm. Bonacieux está en un convento? En un convento se vive muy bien, y yo os prometo que por mi parte y en cuanto haya acabado el sitio de La Rochelle…

—Bueno, mi querido Aramis, bueno —dijo Athos—, nos consta que vuestros gustos os inclinan a la Iglesia.

—No soy mosquetero más que temporalmente —repuso Aramis con humildad.

—¡Bah! Apostaría que hace mucho tiempo que no ha recibido noticias de su amante —dijo en voz baja Athos a D'Artagnan—; pero no os fijéis en ello, ya nos son conocidas esas volubilidades.

—A mí me parece que existe un remedio sencillísimo —profirió Porthos.

—¿Cuál? —preguntó D'Artagnan.

—¿No decís que está en un convento?

—Sí.

—Pues bien, en cuanto se haya rendido La Rochelle, nos vamos al convento ese y la raptamos.

—Ante todo, es menester que sepamos en qué convento está.

—Decís bien —repuso Porthos.

—¡Esperad! Ahora caigo en una cosa —profirió Athos—, ¿no decís vos, mi querido D'Artagnan, que el convento en que se halla mm. Bonacieux lo ha elegido la reina misma?

—Por lo menos lo creo así.

—Pues Porthos va a ayudarnos en este particular.

—¿Cómo, si os place?

—Por intermediación de vuestra marquesa, vuestra duquesa, de vuestra princesa, que debe de ser persona de grandísimo influjo.

—¡Silencio! —dijo Porthos, llevándose un dedo la boca—, tengo entendido que es cardenalista, conviene que nada sepa.

—Entonces yo me encargo de adquirir las noticias referentes al caso —profirió Aramis.

—¡Vos! —exclamaron los tres amigos—, ¿y cómo?

—Por conducto del limosnero de la reina, con quien me une una gran amistad —respondió Aramis, sonrojándose.

Y en esta seguridad, los cuatro amigos, que habían dado fin a su sobria colación, se separaron con la promesa de reunirse de nuevo por la noche.

D'Artagnan se volvió a los Minimes, y los tres mosqueteros regresaron al cuartel real, donde habían hecho preparar su alojamiento.

XLIII

EL MESÓN DEL COLOMBIER-ROUGE

El rey, que no veía la hora de hallarse frente al enemigo, y que con más razón que el cardenal odiaba a Buckingham, apenas llegado al campamento se propuso tomar todas las disposiciones necesarias para desalojar de la isla de Ré a los ingleses, y apresurar el sitio de La Rochelle; pero, a su pesar, no pudo llevar a cabo su proyecto con la premura que él quería, a causa de las disensiones que se promovieron entre Bassompierre y Schomberg contra el duque de Angoulême.

Bassompierre y Schomberg eran mariscales de Francia, y reclamaban el derecho de mandar el ejército a las órdenes del rey; pero el cardenal, temeroso de que Bassompierre, hugonote por convicción, se mostrara blando con los ingleses y los rochelanos, sus hermanos en creencias, apoyaba al duque Angoulême, a quien, por instigación de Richelieu, el rey nombrara lugarteniente general. De ello se siguió que, so pena de que Bassompierre y Schomberg desertaran del ejército, el rey se vio obligado a conferir a cada uno un mando particular. Bassompierre estableció su cuartel general al norte de la ciudad, desde La Leu hasta Dompierre; el duque de Angoulême, al este, desde Dompierre hasta Périgny, y Schomberg, al mediodía, desde Périgny hasta Angoutin.

El duque de Orléans estaba alojado en Dompierre; el rey, ora en Etré, ora en La Jarrie, y Richelieu, en las dunas, en el pont de La Pierre, en una modesta casa sin trinchera alguna.

De esta manera, el duque de Orléans vigilaba a Bassompierre; el rey al duque de Angoulême, y a Schomberg el cardenal.

Tan buen punto llevada a cabo esta organización, lo primero en que se ocuparon los sitiadores fue en lanzar de la isla de Ré al enemigo.

La coyuntura era favorable: los ingleses, que ante todo necesitaban alimentarse bien para ser buenos soldados, y solo comían viandas saladas y mal bizcocho, tenían en su campo gran número de enfermos; además, el mar, muy borrascoso en aquella temporada del año en todas las costas del océano, engullía todos los días alguna embarcación menor, y la playa, desde el cabo Aiguillon hasta la trinchera, a cada marea se cubría literalmente de despojos de pinazas, lanchones o falúas. Era evidente, pues, que aun cuando los soldados del rey no se movieran de sus

posiciones, tarde o temprano Buckingham, que solo por terquedad permanecía en la isla de Ré, se vería obligado a levantar el sitio.

Pero como Toirac mandó al cuartel general del rey un parte comunicando que el enemigo estaba preparándose para un nuevo asalto, Luis XIII, que opinó que era preciso acabar de una vez, dio las órdenes necesarias para un ataque decisivo.

Como no tenemos la intención de hacer un diario del sitio, sino simplemente la de relatar los hechos que se relacionan con la historia que estamos narrando, nos limitaremos a decir en pocas palabras que la empresa tuvo un resultado satisfactorio con gran admiración del rey y a la mayor gloria del cardenal. Los ingleses, rechazados palmo a palmo, batidos en todos los encuentros, destrozados a su paso por la isla de Loix, se vieron obligados a reembarcarse, dejando en el campo de batalla dos mil hombres, entre ellos cinco coroneles, tres tenientes coroneles, doscientos cincuenta capitanes y veinte nobles de primera fila, más cuatro cañones y sesenta banderas que fueron llevadas a París por Claude de Saint-Simon, y suspendidas, con gran pompa, de las bóvedas de la catedral.

En el campamento se cantaron solemnes Te Deum, y luego en todo el reino.

Richelieu quedó, pues, dueño de proseguir el sitio sin que, al menos por el momento, tuviese que temer cosa alguna de parte de los ingleses.

Pero, como acabamos de decir, el reposo no era más que momentáneo.

Los soldados del rey habían cogido a un emisario de Buckingham, llamado Montaigu, y por los papeles que se le hallaron encima se adquirió la prueba de la existencia de una liga entre Austria, España, Inglaterra y la Lorraine contra Francia. Además, en el alojamiento de Buckingham, del que este se viera obligado a salir más precipitadamente que no imaginara, se hallaron también documentos que confirmaban aquella liga, y que, a dar crédito a lo que el cardenal afirma en sus memorias, comprometían grandemente a mm. de Chevreuse y, por lo tanto, a la reina.

Toda la responsabilidad pesaba sobre Richelieu, porque todo ministro absoluto es responsable; así es que noche y día estaban en juego los recursos de su vasta inteligencia, ocupados en espiar el más leve rumor que se levantara en uno de los grandes reinos de Europa.

El cardenal conocía la actividad y sobre todo el odio de Buckingham; si la liga que amenazaba a Francia triunfaba, no había remedio para él, su influjo caería en picado. La política española y la política austríaca tendrían sus delegados en el gabinete del Louvre, donde aún no tenían más que partidarios, y por tanto él, Richelieu, el ministro francés, el ministro nacional por excelencia, estaba perdido. El rey, de la misma manera que le obedecía como un niño, le aborrecía como un niño aborrece a su maestro, le abandonaba a las venganzas particulares de su alteza real el duque de

Orléans y de la reina. Así pues, no había salvación para el cardenal ni para Francia, y era menester hacer frente a todo.

Por eso, no es de admirar que día y noche, y cada vez más numerosos, entrasen y saliesen correos de la casita del pont de La Pierre, en la que Richelieu estableciera su residencia; y los correos eran frailes que vestían desgarbadamente la cogulla, por donde se podía ver que pertenecían sobre todo a la Iglesia militante; mujeres que iban un tanto incómodas en sus ropas de paje, y cuyas holgadas calzas no lograban disimular del todo las redondas formas, y, por último, campesinos de ennegrecidas manos, pero de piernas de elegante contorno y que a tiro de ballesta delataban al hombre de elevada cuna.

Aparte de los correos, el cardenal recibía otras visitas menos agradables, como lo prueba el que dos o tres veces cundió la voz de que aquel había corrido peligro de perecer asesinado.

Verdad es que los enemigos de Richelieu decían que era él mismo el que ponía en campaña a los asesinos de mala mano, a fin de tener, cuando la ocasión se ofreciera, el derecho de usar represalias; pero no vale creer lo que dicen los ministros ni lo que propalan sus enemigos.

Lo cual no era óbice, de otra parte, para que su eminencia, de quien sus más encarnizados detractores no han puesto en tela de juicio el valor personal, saliese muy a menudo de noche, ora para comunicar órdenes de importancia al duque de Angoulême, ora para ir a ponerse de acuerdo con el rey, o bien para conferenciar con algún mensajero a quien no quería que le dejasen entrar en su casa.

Por su parte, los mosqueteros, que no tenían mucho que hacer en el sitio, no estaban sujetos a rigurosa disciplina y, por lo tanto, llevaban una vida por demás alegre. Lo cual les era tanto más hacedero, máxime para nuestros tres amigos, cuanto siendo, como eran, íntimos de m. de Tréville, obtenían de este y sin dificultad permisos particulares para retirarse a deshora y permanecer fuera del campamento una vez cerrado este.

Ahora bien, una noche en que D'Artagnan, que montaba la trinchera, no pudo acompañarlos, Athos, Porthos y Aramis, subidos sobre sus caballos de batalla, embozados en sus capas de campaña, con una mano en la culata de sus pistolas y ojo alerta por temor a una emboscada, regresaban juntos, siguiendo el camino que conducía al campamento, de una cantina que Athos descubriera dos días antes en la carretera de La Jarrie, y a la que llamaban el Colombier-Rouge, al hallarse apenas a un cuarto de legua de la aldea de Boisnar, les pareció oír el ruido de una tropa a caballo que venía hacia ellos. Los tres amigos se detuvieron al punto y aguardaron formados en batalla en medio de la carretera. Poco después, en el preciso instante en que una nube abrió paso a los rayos de la luna, Athos, Porthos y Aramis vieron aparecer, al revolver de un camino, dos jinetes que, al percibirlos, se detuvieron a su vez y, según

todas las apariencias, deliberaron si debían seguir adelante o retroceder. Esta vacilación infundió algunas sospechas a los tres amigos.

—¿Quién vive? —gritó con su voz firme Athos, avanzando algunos pasos.

—Lo mismo os preguntamos a vosotros —contestó uno de los dos jinetes.

—Esto no es responder —repuso Athos—. ¿Quién vive? Responded u os arremetemos.

—Cuidado con lo que hacéis, caballeros —dijo entonces una voz vibrante y, al parecer, acostumbrada al mando.

—Es algún oficial superior que hace su ronda —dijo Athos, dirigiéndose a sus amigos—. ¿Qué determináis hacer?

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó la misma voz y con el mismo tono de mando—. Responded a vuestra vez, u os podría costar cara vuestra desobediencia.

—Mosqueteros del rey —dijo Athos, cada vez más convencido de que el que les interrogaba tenía derecho a hacerlo.

—¿Qué compañía?

—De m. de Tréville.

—Acercaos para explicarme qué hacéis aquí a estas horas. Los tres compañeros avanzaron algo mustios, pues los tres estaban convencidos de que tenían que habérselas con uno más fuerte que ellos.

Porthos y Aramis dejaron que Athos llevase la palabra en nombre de todos.

Uno de los jinetes, el que hablara el segundo, se hallaba diez pasos al frente de su compañero. Athos hizo seña a sus amigos que también se quedasen atrás, y avanzó solo.

—Perdonad, mi oficial —dijo Athos—; pero ignorábamos con quiénes teníamos que habérnoslas, y ya habéis visto que estábamos vigilantes.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el oficial, que se escondía parte del rostro con su capa.

—Pero ¿por qué no me hacéis la merced de darme la prueba de que tenéis derecho a interrogarme? —profirió Athos, que empezaba a rebelarse contra aquella inquisición.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó por segunda vez el jinete, dejando caer el embozo y descubriendo por entero sus facciones.

—¡M. el cardenal! —exclamó estupefacto el mosquetero.

—¿Cómo os llamáis? —repitió por tercera vez su eminencia.

—Athos —respondió el interpelado.

Richelieu hizo a su escudero seña de que se acercara, y le dijo en voz baja:

—Estos tres mosqueteros van a seguirnos, y como yo no quiero que sepan que he salido del campamento, si nos siguen estaremos seguros de que no lo dirán a persona alguna.

—Somos caballeros, monseñor —dijo Athos—; exigidnos, pues, nuestra palabra y nada temáis. A Dios gracias sabemos guardar un secreto.

—Fino tenéis el oído —apuntó el cardenal, fijando su penetrante mirada en aquel osado interlocutor—; pero ahora quiero deciros que no por desconfianza os ruego que me sigáis, sino para mi seguridad; indudablemente, vuestros dos compañeros son los señores Porthos y Aramis.

—Lo son, eminentísimo señor —dijo Athos, mientras los dos mosqueteros quedados atrás se acercaban sombrero en mano.

—Os conozco, señores, os conozco —profirió Richelieu—; sé que no sois muy amigos míos que digamos, y lo lamento; pero también sé que sois hidalgos valientes y leales, y que puede uno confiar en vosotros. Hacedme, pues, la merced de acompañarme, m. Athos, vos y vuestros dos amigos, y de esta suerte llevaré una escolta capaz de despertar la envidia de su majestad, si le encontramos.

Los tres mosqueteros se inclinaron hasta los cuellos de sus caballos.

—Palabra que vuestra eminencia hace bien en llevarnos consigo —repuso Athos—, durante el trayecto hemos visto algunos rostros patibularios, y aun con cuatro de tales avechuchos hemos tenido una quimera en el Colombier-Rouge.

—¡Una quimera! Y ¿por qué, señores? —preguntó el cardenal—; ya sabéis que no soy amigo de los quimeristas.

—Precisamente por esto tengo la honra de informaros previamente, monseñor, pues podríais saberlo por otro conducto que el nuestro, y de no ser fiel la comunicación, creernos culpados.

—¿Y cuáles han sido las consecuencias de esa quimera? —preguntó Richelieu, frunciendo el ceño.

—Mi amigo Aramis, aquí presente —dijo Athos—, ha recibido una estocada en el brazo, lo cual no le impedirá, como vuestra eminencia puede verlo, subir al asalto mañana, si vuestra eminencia ordena la escalada.

—Pero vosotros no sois hombres para dejaros dar estocadas así como se quiera —profirió el cardenal—. Vamos a ver, sed francos, señores, también habéis repartido alguna; confesaos, ya sabéis que tengo el derecho de dar la absolución.

—Yo, monseñor —repuso Athos—, ni siquiera he desenvainado, pero he cogido por la cintura al que se las había conmigo y lo he arrojado por la ventana; según parece —continuó Athos con cierta vacilación—, el individuo aquel, al caer, se ha roto un muslo.

—¡Ah! —exclamó el cardenal—; ¿y vos, m. Porthos?

—Yo, monseñor, como sé que el duelo está prohibido, he asido un banco, y con él he descargado a uno de aquellos tunantes un golpe que, según mi parecer, le ha descalabrado un hombro.

—Bueno; ¿y vos, m. Aramis?

—Yo, monseñor, como de mío soy manso y pacífico, y, por otra parte, lo que tal vez monseñor ignora, estoy a punto de recibir órdenes sagradas, he querido separar a mis compañeros, cuando uno de aquellos canallas me ha tirado traidoramente una estocada que me ha atravesado el brazo izquierdo. Entonces, y agotada la paciencia, monseñor, he desenvainado a mi vez, y como el traidor volvía a la carga, me parece haber sentido que al arremeterme se ha espetado a sí mismo en mi espada; lo único que sé es que ha caído, y casi afirmaría que se lo han llevado sus dos compañeros.

—¡Diantre! Señores —dijo Richelieu—, tres hombres fuera de combate en una riña de figón; no tenéis blanda la mano. ¿Y cuál ha sido el origen de la quimera?

—Aquellos canallas, que estaban ebrios y sabían que por la tarde había llegado a la posada una mujer, querían forzar la puerta.

—¡Forzar la puerta! —exclamó el cardenal—, ¿y para qué?

—Sin duda, para agraviar a la mujer a quien me he referido —contestó Athos—; ya he tenido la honra de decir a vuestra eminencia que aquellos ruines estaban beodos.

—¿Y era joven y hermosa aquella mujer? —preguntó con cierta zozobra Richelieu.

—No la hemos visto, monseñor —dijo Athos.

—¿Decís que no la habéis visto? ¡Ah! Muy bien —profirió con viveza el cardenal—, habéis obrado como debíais al defender la honra de una mujer, y como precisamente me encamino al mesón del Colombier-Rouge, sabré lo que haya de cierto en cuanto acabáis de decirme.

—Monseñor —repuso Athos con altivez—, somos nobles, y ni para salvar nuestra cabeza diríamos una cosa por otra.

—Por eso no pongo en duda ni por un instante vuestras palabras, m. Athos —exclamó Richelieu; y, mudando plática, añadió—: Entonces, ¿esa dama iba sola?

—Estaba encerrada con un caballero —respondió Athos—; pero como a pesar del alboroto el tal caballero no se ha mostrado, es de presumir que es un cobarde.

—«No hagáis juicios temerarios», dice el Evangelio —replicó su eminencia.

Athos se inclinó.

—Y ahora que sé cuanto quería saber —continuó Richelieu—, seguidme, señores.

Los tres mosqueteros se colocaron detrás del cardenal, que se embozó nuevamente y sacó su caballo al paso, manteniéndose a ocho o diez de sus cuatro acompañantes.

De esta suerte llegaron al mesón, que estaba silencioso y solitario. Indudablemente, el mesonero, previamente sabedor de qué ilustre visitador iba a honrar su casa, había despedido a los importunos.

A unos diez pasos del Colombier-Rouge, el cardenal hizo seña a su escudero y a los mosqueteros de que se detuvieran.

Arrendado a la contraventana del mesón había un caballo ensillado.

El cardenal dio tres golpes, de una manera particular, y al punto salió del mesón un hombre embozado que cruzó con rapidez algunas palabras con su eminencia, y luego volvió a montar a caballo y se puso nuevamente en marcha camino de Surgères, que a su vez lo era de París.

—Adelantaos, señores —dijo el cardenal; y cuando los tres mosqueteros estuvieron junto a él, añadió, dirigiéndose a estos—: Me habéis dicho la verdad, y no dependerá de mí el que nuestro encuentro de esta noche no os sea provechoso; entretanto, seguidme.

El cardenal se apeó, como hicieron también los mosqueteros, y arrojó las riendas de su caballo a las manos de su escudero.

Athos, Porthos y Aramis arrendaron a la contraventana sus monturas.

El mesonero, para quien Richelieu no era más que un oficial que venía a visitar a una dama, estaba en pie en el umbral.

—¿Hay en los bajos algún cuarto en el que esos caballeros puedan aguardarme al amor de una buena lumbre? —preguntó su eminencia.

—Este —respondió el mesonero, abriendo la puerta de una espaciosa pieza, en la que precisamente acababan de sustituir una mala estufa con una grande y excelente chimenea.

—Excelente —profirió el cardenal—; entrad ahí, señores, y hacedme la merced de aguardarme; no estaré más de media hora.

Y, sin pedir nada más, Richelieu subió la escalera como quien no necesita que le indiquen el camino que debe seguir, mientras los tres mosqueteros entraban en la pieza de la planta baja.

XLIV

DE LA UTILIDAD DE LOS CAÑONES DE ESTUFA

Era claro como la luz que, inconscientemente y solo llevados por su carácter caballeresco y aventurero, nuestros tres amigos acababan de servir a alguien a quien su eminencia honraba con su protección personal.

¿Quién era ese alguien? Eso fue lo primero que se preguntaron Athos, Porthos y Aramis; pero al ver que ninguna de las respuestas que podía darles su imaginación era satisfactoria, Porthos llamó al mesonero y le pidió unos dados.

Porthos y Aramis se sentaron a una mesa y se pusieron a jugar, mientras Athos se paseaba, imaginativo.

Entregado a sus reflexiones y paseándose, Athos pasaba y volvía a pasar por delante del cañón de la estufa, roto por la mitad y cuyo extremo opuesto daba en la pieza superior; y cada vez que pasaba y repasaba, oía un murmullo de palabras que acabó por cautivarle la atención. Athos se acercó, pues, al cañón de la estufa, y oyó con claridad algunas palabras que indudablemente le parecieron interesantes en grado máximo, pues hizo seña a sus compañeros de que se callaran, y permaneció encorvado y con el oído en la boca del orificio inferior.

—Escuchad, milady —decía el cardenal—, el negocio es de importancia; sentaos ahí y hablemos.

—¡Milady! —murmuró Athos.

—Escucho con la mayor atención a vuestra eminencia —respondió una voz femenina que hizo estremecer al mosquetero.

—En la embocadura de la Charente, al pie del fuerte de La Pointe, os está aguardando un pequeño buque tripulado por ingleses y cuyo capitán me es devoto; mañana a primera hora del día se dará a la vela.

—Entonces, ¿es menester que esta noche me ponga en camino para ese buque?

—Al instante, es decir, después de haber recibido mis instrucciones. Os servirán de escolta dos sujetos que, al salir, encontraréis a la puerta; dejaréis que primeramente me marche yo, y media hora después vos.

—Está bien, monseñor. Ahora volvamos a la comisión que os dignáis encargarme; y como tengo empeño en continuar mereciendo la confianza de vuestra eminencia, hacedme la merced de exponérmela en términos claros y determinados para que no cometa error alguno.

Por un instante, los dos interlocutores guardaron el más profundo silencio; era evidente que el cardenal estaba meditando las palabras que iba a proferir, y que milady recogía todas sus facultades intelectuales para comprender y grabar en su memoria lo que su eminencia iba a manifestarle.

Athos aprovechó aquel momento para decir a sus dos amigos que cerraran la puerta por dentro y para indicarles, por señas, que viniesen a escuchar con él.

Aramis y Porthos, que eran amantes de la comodidad, arrimaron al cañón de la estufa sendas sillas para ellos y otra para Athos, y los tres se sentaron, juntando las cabezas y con el oído atento.

—Vais a partir para Londres —continuó el cardenal—, y, una vez allí, os reuniréis con Buckingham.

—Me atrevo a hacer observar a vuestra eminencia —dijo milady— que desde el asunto de los herretes de diamantes, su gracia, que siempre ha sospechado de mí, me mira con sumo recelo.

—Es que ahora no se trata de captar su confianza —repuso Richelieu—, sino de presentaros a él franca y lealmente como negociadora.

—¿Franca y lealmente? —repitió milady con indecible acento de doblez.

—Sí, franca y lealmente —repuso su eminencia en el mismo tono—; toda esta negociación debe llevarse a cabo sin ambigüedades.

—Cumpliré al pie de la letra las instrucciones de vuestra eminencia, y espero que me las deis.

—Os presentaréis de mi parte a Buckingham, y le diréis que estoy enterado de todos los preparativos que hace, pero que de ellos me curo poco, atento que al primer ataque que intente, pierdo a la reina.

—¿Queréis decir, monseñor, que el duque dará por cierto que vos os halláis en condiciones de cumplir vuestra amenaza?

—Sí, porque poseo pruebas.

—Es menester que yo pueda someter esas pruebas a su apreciación.

—¿Qué duda cabe? Y le diréis que publico el informe de Bois-Robert y del marqués de Beautru sobre la entrevista que el duque tuvo en casa de mm. la condestable con la reina, la noche que aquella dio un baile de máscaras; y le diréis también, para que de nada dude, que él asistió a dicho baile disfrazado de gran mogol, esto es, con el traje que debía ostentar el caballero de Guise, y que él compró a este último por tres mil pistolas.

—Está bien, monseñor.

—También le diréis que sé ce por be cuanto se refiere a su entrada y su salida durante la noche en que se introdujo en palacio disfrazado de adivino italiano; y para que tampoco ponga en tela de juicio la autenticidad de mis informes, añadiréis que debajo de su capa llevaba una gran túnica blanca rociada de lágrimas negras,

calaveras y tibias cruzadas, para, en caso de sorpresa, hacerse pasar por la fantasma de la Dame Blanche que, como es sabido, reaparece en el Louvre cada vez que tiene que ocurrir algo de gran trascendencia.

—¿Nada más, monseñor?

—Manifestadle también que conozco por menudo la aventura de Amiens, y que sobre ella haré componer una novelita, ingeniosamente desenvuelta, con el plano del jardín y los retratos de los principales actores de aquella escena nocturna.

—Se lo diré.

—Añadid que tengo preso a Montaigu en la Bastille, y que si bien no le han hallado encima carta alguna, el tormento puede obligarle a decir lo que sabe, y aun… lo que no sabe.

—De perlas, monseñor.

—Y, por último, comunicadle que en la precipitación con que su gracia ha salido de la isla de Ré, se ha olvidado en su alojamiento cierta carta de mm. de Chevreuse que compromete mucho a la reina, pues no solo prueba que su majestad puede amar a los enemigos del rey, más también que conspira con los de Francia. ¿Habéis fijado bien en vuestra memoria cuanto os he dicho?

—Vos mismo vais a juzgar, monseñor: el baile de la condestable; la noche del Louvre; la velada de Amiens; el arresto de Montaigu, y la carta de mm. de Chevreuse.

—Esto es —dijo el cardenal—; tenéis una memoria afortunada, milady.

—Pero ¿si a pesar de tantas razones el duque no se rinde y continúa amenazando a Francia? —repuso aquella a quien el cardenal acababa de dirigir tan lisonjero cumplido.

—El duque está enamorado como un loco, o más bien como un necio —repuso Richelieu con honda amargura—; como los antiguos paladines, no ha emprendido esta guerra más que para obtener una mirada de su amada. Cuando sepa que esta guerra puede costar la honra y quizá la libertad a la dama de sus pensamientos, según él dice, os respondo que mirará mucho lo que hace.

—A pesar de ello, ¿y si persiste? —dijo milady con insistencia demostrativa de que se proponía ver claro hasta lo más recóndito de la comisión que iban a encargarle.

—Si persiste… pero no, no es probable —contestó el cardenal.

—Pero es posible —dijo milady.

—Si persiste…

Aquí su eminencia hizo una pausa; luego profirió:

—Pues bien, si persiste, lo dejaré todo al azar de uno de esos acontecimientos que cambian la faz de los Estados.

—Si vuestra eminencia tuviese la bondad de recordarme alguno de los hechos históricos a que se refiere —repuso milady—, tal vez yo compartiría también su confianza en lo venidero.

—Por ejemplo —dijo Richelieu—, cuando en 1610, y por una causa muy parecida a la que mueve al duque, el rey Enrique IV, de gloriosa memoria, iba a invadir a un tiempo Flandes e Italia para hostigar a Austria por ambos lados, ¿no sobrevino un acontecimiento que salvó a esta última nación? ¿Por qué no tendría el rey de Francia la misma suerte que el emperador?

—¿Se refiere vuestra eminencia a la puñalada de la rue de la Ferronnerie?

—Justamente —respondió Richelieu.

—¿Y no teméis vos, monseñor, que el suplicio de Ravaillac aterrorice a los que pudiesen sustentar por un instante la idea de imitarle?

—En todo tiempo y en toda tierra, sobre todo allí donde la religión tiene divididos a los hombres, siempre habrá fanáticos que se aferrarán a la ocasión de hacerse mártires. Y ved, precisamente ahora me acuerdo de que los puritanos están que trinan contra el duque de Buckingham, al cual los predicadores de aquellos designan como el Anticristo.

—¿Y vuestra eminencia quiere decir…? —profirió milady.

—Quiero decir —continuó el cardenal con voz de indiferencia— que por el pronto no se trataría, por ejemplo, más que de encontrar una mujer hermosa, joven y sagaz, que por su parte también tuviese que vengarse del duque. Y una mujer así puede uno encontrarla, pues el duque es galanteador, y así como ha sembrado muchos amores con sus promesas de constancia eterna, ha debido asimismo de sembrar muchos rencores con sus eternas infidelidades.

—Es indudable que una mujer tal puede uno encontrarla —dijo milady con frialdad.

—Pues bien —repuso Richelieu—, una mujer de esas condiciones, que pusiese en manos de un fanático el puñal de Jacques Clément o de Ravaillac, salvaría a Francia.

—Sí, pero sería cómplice de un asesinato.

—¿Se ha sabido alguna vez quiénes fueron los cómplices de Ravaillac o de Jacques Clément?

—No, porque tal vez estaban encumbrados en demasía para que persona alguna se atreviese a ir a buscarlos donde se hallaban: no para todo el mundo incendiarían el palacio de justicia, monseñor.

—¡Ah! ¿Conque creéis, pues, que el incendio del Palace de Justice no fue casual? —preguntó Richelieu como quien hace la interrogación más sencilla.

—Nada creo, monseñor —respondió milady—, solo cito un caso; lo único que digo es que si yo me llamara mlle. de Monpensier o reina María de Médicis, tomaría menos precauciones que las que tomo llamándome simplemente lady Clarick.

—Es verdad —dijo Richelieu—. ¿Qué querríais, pues?

—Querría una orden que de antemano ratificara cuanto yo estimase conveniente hacer para el mayor bien de Francia.

—Primeramente, sería menester encontrar la mujer que he dicho, y que tuviese que vengarse del duque.

—Ya está encontrada —profirió milady.

—Luego, sería preciso encontrar al miserable fanático que serviría de instrumento a la justicia de Dios.

—No faltará.

—Entonces será ocasión de reclamar la orden que hace poco me habéis pedido —repuso el cardenal.

—Tenéis razón, monseñor —dijo milady—, y confieso que he hecho mal al ver en la comisión con que me honráis otra cosa que lo que realmente es; todo consiste en comunicar a su gracia, de parte de vuestra eminencia, que vos conocéis los disfraces con ayuda de los cuales consiguió él acercarse a la reina durante la fiesta dada por mm. la condestable; que tenéis en vuestro poder las pruebas de la entrevista concedida en el Louvre por la reina a cierto astrólogo italiano que no es otro que el duque de Buckingham; que habéis encargado la escritura de una novela de las más ingeniosas sobre la aventura de Amiens, con el plano del jardín en que pasó la aventura y los retratos de los actores que en ella figuraron; que Montaigu está en la Bastille, y que el tormento puede obligarle a decir todo aquello que recuerda y aun aquello que se hubiese olvidado; y, por último, que poseéis cierta carta de mm. de Chevreuse, hallada en el alojamiento de su gracia, que compromete grandemente a su autora y a aquella en cuyo nombre fue escrita. Si, a pesar de todo, persiste, como mi encargo se limita a lo que acabo de decir, no me quedará sino suplicar a Dios que obre un milagro para salvar a Francia. ¿No es eso, monseñor? ¿Nada más tengo que hacer?

—Eso es —respondió con sequedad su eminencia.

—Y ahora —dijo milady sin que, al parecer, hubiese reparado en el cambio de tono del duque respecto de ella—, ahora que he recibido vuestras instrucciones por lo que hace a vuestros enemigos, ¿me dais licencia para que yo os diga dos palabras referentes a los míos?

—¡Qué! ¿Vos tenéis enemigos? —preguntó Richelieu.

—Sí, monseñor; enemigos contra los cuales me debéis todo vuestro apoyo, pues me los he acarreado sirviendo a vuestra eminencia.

—¿Y quiénes son? —preguntó el duque.

—En primer lugar, una intrigantuela llamada Bonacieux.

—Está en la prisión de Mantes.

—Estaba —repuso milady—, pero la reina recibió una orden del rey, con ayuda de la cual la hizo trasladar a un convento.

—¿A un convento? —dijo Richelieu.

—Sí, monseñor, a un convento.

—¿Cuál?

—No lo sé, pues han guardado muy bien el secreto.

—Yo lo sabré.

—¿Y vuestra eminencia me dirá cuál es el convento en que se halla esa mujer?

—No veo inconveniente —respondió el cardenal.

—Bueno; tengo otro enemigo mucho más temible para mí que esa mujercilla.

—¿Quién es?

—Su amante.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh! Monseñor, vos lo conocéis mucho —exclamó milady, arrebatada por la cólera—, es vuestro ángel malo y el mío, el que en un choque con los guardias de vuestra eminencia decidió la victoria a favor de los mosqueteros del rey; el que dio tres estocadas a Wardes, vuestro emisario, y el que hizo abortar el asunto de los herretes; en una palabra, es el que sabiendo que era yo la que le había arrebatado a la señora Bonacieux, ha jurado mi muerte.

—¡Ah! Ya —dijo el cardenal—, ya sé de quien me habláis.

—Del infame D'Artagnan.

—Es un hombre intrépido.

—Precisamente por eso es más de temer.

—Sería indispensable conseguir una prueba de sus inteligencias con Buckingham —repuso Richelieu.

—¿Una? ¡Diez conseguiré yo! —dijo milady.

—Entonces es lo más sencillo del mundo; en cuanto me proporcionéis esa prueba, lo envío a la Bastille.

—¿Y luego, monseñor?

—Cuando uno está en la Bastille, no hay luego —profirió el cardenal con voz sorda—. ¡Ah! Si me resultara tan fácil deshacerme de mi enemigo como puedo quitar de en medio los vuestros, y si fuese contra tales gentes que me pidieseis la impunidad…

—Monseñor —exclamó milady—, trueque por trueque, existencia por existencia, hombre por hombre; dadme ese y yo os doy el otro.

—No sé lo que queréis decir ni quiero saberlo —repuso el cardenal—; pero deseo complaceros y no hallo inconveniente en daros lo que me pedís respecto de un hombre tan ínfimo, tanto más cuanto, como me decís, ese… D'Artagnan es un libertino, un duelista, un traidor.

—¡Un infame, monseñor, un infame!

—Dadme recado de escribir —dijo el cardenal.

—Tomad, monseñor.

De pronto reinó el más profundo silencio, lo cual probaba que Richelieu estaba ocupado en meditar los términos en que debía estar escrito el billete, o escribiéndolo.

Athos, que no había perdido sílaba de la conversación, cogió por una mano a cada uno de sus dos amigos y los condujo al lado opuesto de la pieza.

—¿Qué quieres? ¿Por qué no nos dejas escuchar el final de la conversación? —dijo Porthos.

—Silencio —repuso Athos en voz baja—: hemos oído lo que convenía que oyésemos; por otra parte, no os impido que escuchéis el resto, pero es menester que yo salga.

—Y si el cardenal pregunta por ti, ¿qué le responderemos? —profirió Porthos.

—No aguardaréis a que os lo pregunte; tan buen punto lo veáis, decidle que he salido de avanzada porque ciertas palabras del mesonero me han dado a sospechar que el camino no estaba seguro; por otra parte, ya diré algo sobre el particular al escudero de su eminencia, lo demás me atañe a mí, no os preocupéis por ello.

—Sed prudente, Athos —dijo Aramis.

—Nada temáis —respondió Athos—, ya sabéis que tengo serenidad de ánimo.

Porthos y Aramis fueron de nuevo a sentarse junto al cañón de la estufa. En cuanto a Athos, salió del mesón, desarrendó su caballo, convenció en dos palabras al escudero acerca de la necesidad de una vanguardia para el retorno, inspeccionó con afectación el cebo de su pistola, se puso la espada entre los dientes y siguió como explorador el camino que conducía al campamento.

XLV

ESCENA CONYUGAL

Como Athos previera, poco después bajó Richelieu, el cual abrió la puerta del aposento en que habían entrado los mosqueteros, y encontró a Porthos jugando a los dados con Aramis.

El cardenal sondeó con rápida mirada todos los rincones de la pieza, y al ver que faltaba uno de los que lo escoltaran hasta el mesón, preguntó:

—¿Qué ha sido de m. Athos?

—Monseñor —respondió Porthos—, como ciertas palabras del mesonero le han infundido la sospecha de que el camino no estaba seguro, ha salido a la descubierta.

—Y vos, ¿qué habéis hecho, m. Porthos?

—He ganado cinco pistolas a Aramis.

—¿Y ahora podéis volveros conmigo?

—Estamos a las órdenes de vuestra eminencia.

—A caballo, pues, señores, se está haciendo tarde —dijo Richelieu.

El escudero estaba a la puerta y tenía cogido de la brida el caballo del cardenal. Un poco más allá, y entre sombras, había un grupo compuesto de dos hombres y tres caballos; aquellos dos hombres eran los que debían conducir a milady a la fortaleza de La Pointe, y proteger su embarco. El escudero confirmó al cardenal lo que los dos mosqueteros habían dicho ya a su eminencia respecto de Athos.

Richelieu hizo un ademán de aprobación, y emprendió la marcha, rodeándose a su ida de las mismas precauciones que tomara a su venida.

Dejemos al cardenal que siga camino del campamento, protegido por su escudero y los dos mosqueteros, y volvamos a Athos.

Durante un centenar de pasos no modificó la marcha de su cabalgadura, pero tan pronto estuvo fuera del alcance de la vista, lanzó su caballo hacia la derecha, dio un rodeo y tomó la vuelta del mesón, deteniéndose a poca distancia de este, en un soto, para espiar el paso del pequeño escuadrón; una vez hubo reconocido los bordados sombreros de sus amigos y la dorada franja de la capa del cardenal, aguardó que los jinetes hubiesen traspuesto el recodo del camino y, en cuanto los hubo perdido de vista, regresó al galope al mesón, del que sin dificultad le abrieron la puerta, ya que el mesonero lo había reconocido.

—Mi oficial se ha olvidado de hacer a la dama del primero una recomendación importante, y me envía para reparar su olvido —dijo Athos.

—Subid —contestó el mesonero—, todavía está en su cuarto.

Athos se aprovechó del permiso, subió la escalera apresuradamente, llegó al rellano y, a través del resquicio de la puerta entreabierta, vio como milady se ponía el sombrero.

Sin detenerse, entró inmediatamente en el cuarto y cerró tras de sí la puerta.

Al ruido que hizo el mosquetero al correr el cerrojo, milady se volvió y vio a aquel en pie delante de la puerta, embozado en su capa y con el sombrero encasquetado.

—¿Quién sois y qué queréis? —exclamó milady, asustada al ver aquella figura muda e inmóvil como una estatua.

—Realmente es ella —murmuró Athos.

Y dejando caer el embozo y levantando su sombrero, se acercó a milady y le dijo:

—¿Me conocéis, señora?

Milady avanzó un paso y luego retrocedió como a vista de una víbora.

—Muy bien —dijo Athos—, veo que me conocéis.

—¡El conde de La Fère! —murmuró milady, poniéndose pálida y retrocediendo hasta que la pared se le opuso.

—Sí, milady —repuso Athos—, el conde de La Fère en carne y hueso, que viene de propósito del otro mundo para darse el placer de veros. Sentémonos, pues, y hablemos, como dice el cardenal.

Lady Clarick, dominada por un terror indecible, se sentó sin proferir palabra.

—Por lo que se ve sois un demonio enviado a la tierra —dijo Athos—. Ya sé que vuestro poder es grande; pero también sabéis vos que con el auxilio del Todopoderoso los hombres han vencido con frecuencia a los demonios más terribles. Os habéis hallado ya en mi camino, señora, y creí haberos abatido; pero o me equivoqué, o el infierno os ha resucitado.

Milady, a quien estas palabras le refrescaban recuerdos espantosos, bajó la cabeza y gimió sordamente.

—Sí, el infierno os ha resucitado —continuó Athos—, el infierno os ha hecho rica, y os ha dado otro nombre, y casi os ha cambiado el semblante; pero no ha borrado las manchas de vuestra alma, ni la marca de vuestro cuerpo.

Milady se levantó como escupida por un muelle y lanzó rayos por las pupilas.

—Vos me teníais por muerto, ¿no es verdad? —prosiguió Athos sin moverse de su asiento—, como yo os tenía por muerta a vos, y el nombre tras el cual me escondo había ocultado al conde de La Fère, como el de lady Clarick a Anne de Breuil. ¿No os llamabais así cuando vuestro honorable hermano nos casó? Nuestra situación es verdaderamente extraña —prosiguió Athos, riéndose—; vos y yo, si hemos vivido hasta lo presente, solo es porque nos teníamos respectivamente por difuntos, y

porque un recuerdo siempre molesta menos que una persona, por más que un recuerdo sea a las veces devorador.

—Pero, en definitiva —dijo milady con voz sorda—, ¿qué os conduce de nuevo a mí, y qué queréis?

—Quiero deciros que así como he permanecido invisible a vuestros ojos, yo no os he perdido de vista.

—¿Vos sabéis lo que yo he hecho?

—Puedo citaros día por día vuestros actos, desde que entrasteis al servicio del cardenal hasta esta noche.

Por los labios de milady vagó una sonrisa de incredulidad.

—Escuchad —dijo Athos—: vos sois quien cortasteis los dos herretes de diamantes del hombro del duque de Buckinham; vos quien, enamorada de Wardes, y creyendo pasar la noche con él, abristeis la puerta de vuestro dormitorio a D'Artagnan; vos la que, creyendo que Wardes os había engañado, os propusisteis hacerle perecer por mano de su rival; vos quien, cuando este rival hubo descubierto vuestro infame secreto, quisisteis hacerle matar a su vez por dos asesinos que en su persecución lanzasteis; vos quien, al ver que las balas habían marrado, enviasteis vino envenenado con una carta apócrifa, para dar a entender a vuestra víctima que aquel vino se lo mandaban sus amigos; vos, en fin, quien en este mismo aposento y sentada en la silla en que estoy sentado, acabáis de comprometeros ante el cardenal Richelieu a hacer asesinar al duque de Buckingham, a cambio de la promesa que su eminencia os ha hecho de dejaros asesinar a D'Artagnan.

—Así pues, ¿sois Satanás? —exclamó milady, lívida de pavor.

—Puede que sí —respondió Athos—; pero por lo que podría tronar, prestad atención a lo que voy a deciros: asesinad o haced que asesinen al duque de Buckingham, poco me importa, no le conozco, y, por otra parte, es inglés; pero no toquéis ni un cabello a D'Artagnan, pues es un amigo fiel a quien quiero y defiendo; donde no, os juro por la memoria de mi padre que este será el último crimen que habréis de cometer.

—M. de D'Artagnan me ha inferido una ofensa gravísima —dijo milady con voz sorda—, y morirá.

—Como si fuese posible ofenderos a vos —repuso Athos riéndose—. ¿Conque os ha ofendido y morirá?

—Sí, morirá —profirió milady—; primero ella, luego él.

Athos sintió como un vértigo; la presencia de aquella mujer le traía a la mente recuerdos despedazadores; y al pensar que un día, en una situación menos peligrosa que en la que ahora se hallaba, ya había intentado sacrificarla a su honra, volvió a invadirle, ardiente y cual inmensa fiebre, el deseo de exterminio. Así pues, se levantó a su vez y, llevando la mano a su cinto, sacó una pistola y la amartilló.

Milady, pálida como un cadáver, intentó gritar, pero su helada lengua no pudo proferir más que un sonido ronco que más que una voz humana parecía el estertor de una fiera; pegada al oscuro entapizado, y con los cabellos en desorden, semejaba la imagen espantable del terror.

Athos levantó pausadamente su pistola, extendió el brazo de manera que la boca del arma casi tocase la frente de milady, y con voz tanto más terrible cuanto tenía la calma suprema de una resolución inquebrantable, dijo:

—Señora, ahora mismo vais a entregarme el papel que os ha firmado el cardenal, o por la salvación de mi alma os juro que de un pistoletazo os deshago el cráneo.

De habérselas con otro hombre, lady Clarick podría haber alentado alguna duda; pero conociendo, como conocía, a Athos, ya era distinto: ello no obstante, permaneció inmóvil.

—Os concedo un segundo para decidiros —dijo el mosquetero.

Milady vio, por la contracción del rostro de Athos, que el tiro iba a partir, y metiéndose con viveza la mano en el seno, sacó un papel y lo entregó a su interlocutor.

—Tomad, y maldito seáis —exclamó lady Clarick.

Athos tomó el papel, se puso otra vez la pistola al cinto, y acercándose a la lámpara para cerciorarse de que realmente aquel era el documento que él exigiera, desdobló el papel y leyó lo siguiente:

A 3 de diciembre de 1627

Sépase que el portador del presente ha hecho lo que ha hecho por orden mía y para bien del Estado.

RICHELIEU

—Ahora que te he arrancado los dientes, víbora, muerde si puedes —dijo Athos, cogiendo nuevamente su capa, poniéndose otra vez su sombrero y saliendo del cuarto sin mirar atrás.

Athos halló a la puerta a los dos hombres y a su caballo, que aquellos sujetaban por la brida.

—Señores —dijo el mosquetero a los dos individuos—, ya sabéis las órdenes de monseñor: inmediatamente vais a conducir a esa mujer al fuerte de La Pointe y no os separaréis de ella hasta que esté a bordo.

Como las palabras de Athos concordaban, efectivamente, con la orden que ellos recibieran, los dos individuos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Respecto de Athos, se subió con ligereza sobre su caballo y partió al galope; pero en vez de seguir la carretera, tomó a campo travieso, picando con vigor a su caballo y deteniéndose de tiempo en tiempo para escuchar.

En uno de sus altos, el mosquetero oyó que por la carretera pasaban algunos caballos, y teniendo por cierto que eran los del cardenal y su escolta, avanzó de nuevo, limpió su cabalgadura con hojas de brezo y de árboles, y fue a situarse en medio de la carretera, a unos doscientos pasos del campamento.

—¿Quién vive? —gritó Athos al divisar a los jinetes.

—Me parece que es nuestro valiente mosquetero —dijo el cardenal.

—El mismo, monseñor —respondió Porthos.

—M. Athos —profirió Richelieu—, recibid mi enhorabuena por lo bien que nos habéis guardado. Henos al término de nuestro viaje, señores; tomad por la puerta de la izquierda; el santo y seña es Rey y Ré.

Tras estas palabras, el cardenal saludó con la cabeza a los tres amigos, y tomó por la derecha, seguido de su escudero; porque aquella noche su eminencia dormía en el campamento.

—Ha firmado el papel que ella le ha pedido —dijeron a una Porthos y Aramis cuando el cardenal estuvo fuera del alcance de la voz.

—Mirad si lo sé, que aquí lo traigo —contestó Athos.

Los tres mosqueteros no volvieron a proferir palabra hasta su tienda, excepto para dar el santo y seña a los centinelas; luego enviaron a Mousqueton para que dijese a Planchet que en cuanto a su amo le relevaran del servicio de trinchera, le rogase en nombre de sus amigos que se reuniese con ellos inmediatamente.

Por otra parte, como Athos lo previera, cuando milady halló a la puerta a los hombres que la estaban aguardando, no puso ninguna dificultad en seguirles; no que por un instante no hubiese alentado el deseo de hacerse conducir ante la presencia del cardenal para hacerle sabedor de lo que había pasado entre el mosquetero y ella; pero una revelación suya provocaba otra de parte de Athos, y por más que ella dijese que Athos la había ahorcado, Athos alegaría en favor de su acto la marca infamatoria. Lady Clarick calculó, pues, que lo mejor que podía hacer era darse un punto a la boca, partir discretamente, llevar a cabo con su acostumbrada habilidad la comisión que le encargaran y, una vez cumplido todo por la satisfacción del cardenal, acudir a él para reclamar su venganza.

Después de haber viajado toda la noche, milady llegó a las siete de la mañana al fuerte de La Pointe, a las ocho estaba a bordo, y a las nueve la embarcación, que, con despachos sellados por el cardenal, figuraba viajar a Bayonne, levó anclas e hizo rumbo a Inglaterra.

XLVI

EL BASTIÓN DE SAINT-GERVAIS

Al llegar al alojamiento de sus tres amigos, D'Artagnan los encontró congregados en una misma pieza. Athos estaba pensativo, Porthos se retorcía el bigote, y Aramis rezaba sus oraciones en un precioso Libro de horas con tapas de terciopelo azul.

—Pardiez, señores —dijo el mozo—, espero que lo que tengáis que comunicarme valga la pena, de lo contrario, no os perdono el que me hayáis hecho venir, en lugar de dejarme descansar después de haber pasado una noche en la toma y el desmantelamiento de un bastión. Allí debíais haber estado, señores; por mi fe que no sentíamos el frío.

—Estábamos en otra parte donde tampoco lo hacía —respondió Porthos, haciendo tomar a su bigote una curva particular.

—¡Chitón! —dijo Athos.

—¡Oh! ¡Oh! Por lo que se ve ocurren novedades —profirió D'Artagnan, que notó y comprendió el suave fruncimiento de cejas del mosquetero.

—Aramis —preguntó Athos—, ¿no almorzasteis anteayer en el mesón del Parpaillot?

—Sí.

—¿Y qué tal sirven en él?

—Comí muy malamente; anteayer era día de vigilia, y no me sirvieron más que carne.

—¡Cómo! —repuso Athos—, ¿en un puerto de mar no tienen pescado?

—Dicen —repuso Aramis, fijando nuevamente los ojos en su piadosa lectura— que el dique que m. el cardenal hace construir ahuyenta los peces hacia alta mar.

—Pero no es eso lo que yo os preguntaba, Aramis —dijo Athos—, sino si estuvisteis en completa libertad, si persona alguna os molestó.

—Me parece que no hallamos muchos importunos; en realidad, para lo que vos queréis decir, Athos, estaremos bastante bien en el Parpaillot.

—Pues vámonos al Parpaillot —dijo Athos—, porque aquí las paredes son como pliegos de papel.

D'Artagnan, que estaba acostumbrado al modo de hacer de su amigo, y que a una palabra, a un ademán, a un signo de él reconocía inmediatamente si las

circunstancias eran graves, cogió del brazo a Athos y salió con él sin pronunciar palabra.

Porthos salió detrás de sus dos amigos, platicando con Aramis.

Por el camino, los tres mosqueteros y D'Artagnan encontraron a Grimaud, y Athos le hizo seña de que les siguiese.

El lacayo, como de costumbre, obedeció sin abrir el pico; y es que el pobre muchacho, de puro no hablar casi había olvidado las palabras.

En el momento en que empezaba a clarear, a las siete de la mañana, los cuatro amigos llegaron al Parpaillot, y en cuanto hubieron pedido de almorzar, entraron en una pieza en la que, al decir del mesonero, nadie les incomodaría.

Por desgracia, la hora estaba mal escogida para un conciliábulo: acababan de tocar diana; los soldados sacudían el sueño de la noche, y para librarse del aire húmedo de la mañana venían a la cantina para beber un trago: unos tras otros y con rapidez muy favorable a los intereses del cantinero, pero muy contraria a las miras de los cuatro amigos, entraban y salían suizos, guardias, mosqueteros y soldados de caballería ligera, que saludaban con brindis y chanzas a aquellos, que respondían de mal talante.

—Me parece que nos vamos a agenciar alguna quimera —dijo Athos—, y ahora no estamos para eso. Adelante, D'Artagnan, contadnos lo que habéis hecho esta noche, y luego os contaremos cómo la hemos pasado nosotros.

—En efecto —dijo un soldado de caballería ligera, que se estaba contoneando mientras se bebía lentamente y a pequeños sorbos un vaso de aguardiente que tenía en la mano—; en efecto, vosotros montabais la trinchera esta noche, señores guardias, y me parece que habéis tenido que habéroslas con los rochelanos.

D'Artagnan miró a Athos, como preguntándole si debía contestar a aquel intruso que metía baza.

—Hombre —dijo Athos a su amigo—, ¿no oyes a m. de Busigny que te hace la merced de dirigirte la palabra? Cuenta lo que ha pasado esta noche, ya que esos caballeros desean saberlo.

—¿No hapéis tomado un pastión? —preguntó un suizo que bebía ron en un vaso de cerveza.

—Sí, señor —respondió D'Artagnan, inclinándose—, nos ha cabido esta honra; y aun, como podéis haberlo oído, hemos colocado bajo una de las esquinas de aquel un barril de pólvora que, al reventar, ha abierto una brecha más que mediana; sin contar que, como el bastión no lo habían levantado ayer, el resto de la obra ha sufrido grandemente.

—¿Qué bastión es ese? —preguntó un dragón que traía, para que se lo asaran, un ganso espetado en su sable.

—El de Saint-Gervais, al amparo del cual los rochelanos hostigaban a nuestros zapadores —respondió D'Artagnan.

—¿Y se ha sacudido bien el polvo?

—¡Yo lo creo! Nosotros hemos perdido cinco hombres en la refriega, y los rochelanos ocho o diez.

—¡Bardiez! —profirió el suizo, que, a pesar de la admirable colección de interjecciones que posee la lengua alemana, había tomado la costumbre de soltarlas en francés.

—Pero es probable que esta mañana envíen algunos zapadores para que vuelvan a poner el bastión en estado de defensa —dijo Busigny.

—Es muy probable —repuso D'Artagnan.

—Señores —exclamó Athos—, una apuesta.

—Eso es, una abuesta —profirió el suizo.

—¿Cuál? —preguntó Busigny.

—Aguardad, también tomo parte en ella —repuso el dragón, colocando, a modo de asador, su sable sobre los dos grandes morillos de hierro de la chimenea—. ¡Cantinero! ¡Cantinero! Al instante una grasera para que no se eche a perder una gota de la grasa de este estimable pájaro.

—Le sopra la razón —dijo el suizo—, la grasa de bato es ponísima con confituras.

—¡Ah, ja! —profirió el dragón—. Ahora, veamos la apuesta. Os escuchamos, m. Athos.

—Sí, la apuesta —dijo el soldado de caballería ligera.

—Pues bien, m. de Busigny —repuso Athos—, apuesto con vos que mis tres compañeros, m. Porthos, m. Aramis y m. D'Artagnan, y yo nos vamos a almorzar en el bastión de Saint-Gervais y que, reloj en mano, nos sostendremos allí espacio de una hora por más que haga el enemigo para desalojarnos.

Porthos y Aramis, que empezaban a comprender hacia donde tiraba Athos, cruzaron una mirada.

—Pero —dijo D'Artagnan, inclinándose hasta el oído de Athos—, vas a hacernos matar sin misericordia.

—Más segura es nuestra muerte si no vamos allá —respondió Athos.

—¿Qué os parece, señores? —dijo Porthos, echándose atrás en su silla y retorciéndose el bigote—; la apuesta es de primera.

—Por eso la acepto —contestó Busigny—; ahora solo falta fijar la puesta.

—Somos cuatro a cuatro, señores —repuso Athos—; apuesto una comida a discreción para ocho. ¿Os parece bien?

—A las mil maravillas —respondió Busigny.

—De perlas —dijo el dragón.

—Muy pien —profirió el suizo.

El cuarto oyente, que durante toda la conversación no había soltado ni una palabra, hizo una señal de aquiescencia con la cabeza.

—El almuerzo está listo —dijo el cantinero acercándose a nuestros cuatro amigos.

—Pues traedlo —contestó Athos. El cantinero obedeció. Athos llamó a su lacayo y, mostrándole una gran cesta que había en un rincón, le hizo seña de que envolviese en servilletas las viandas que acababa de servir el cantinero.

Grimaud, que comprendió inmediatamente que se trataba de un almuerzo sobre la yerba, cogió la cesta, envolvió las viandas, juntó a ellas las botellas de vino y se puso la cesta al brazo.

—¿Adónde vais a comer mi almuerzo? —preguntó el cantinero.

—¿Qué os importa con tal que os lo paguen? —respondió Athos, tirando majestuosamente dos pistolas sobre la mesa.

—¿Tengo que daros la vuelta, mi oficial? —preguntó el cantinero.

—No; añade únicamente dos botellas de vino de Champagne, y la diferencia irá para las servilletas.

El cantinero no hacía tan buen negocio como al principio creyera; pero se desquitó deslizando en la cesta dos botellas de vino de Anjou en vez de las dos de Champagne que le habían pedido.

—M. de Busigny —dijo Athos—, ¿me hacéis la merced de regular vuestro reloj con el mío, o permitirme que yo regule el mío con el vuestro?

—De mil amores, caballero —repuso Busigny, sacando de su bolsillo un magnífico reloj ceñido de diamantes—; el mío señala las siete y media.

—Pues el mío las siete y treinta y cinco —profirió Athos—; bueno, ya sabemos que mi reloj adelanta cinco minutos al vuestro.

Y, saludando a los pasmados asistentes, los cuatro amigos tomaron el camino del bastión de Saint-Gervais, seguidos de Grimaud, que llevaba la cesta, ignorando adónde iba y ni siquiera pensando en preguntarlo, tal era la pasividad a que se acostumbrara al servicio de Athos.

Mientras se hallaron en el recinto del campamento, Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan no cruzaron palabra; además, les seguía una multitud de curiosos que se habían enterado de la apuesta y querían saber de qué manera saldrían aquellos del atolladero. Sin embargo, una vez que hubieron rebasado la línea de circunvalación y se hallaron al raso, D'Artagnan, que ignoraba de todo en todo de qué se trataba, creyó que era tiempo de pedir una explicación, y dijo a Athos:

—¿Me hacéis ahora la merced de decirme adónde vamos?

—Ya lo veis, al bastión.

—¿Y qué vamos a hacer en él?

—Almorzar, ¡como si no lo supierais!

—Pero ¿por qué no hemos almorzado en el Parpaillot?

—Porque tenemos que hablar de asuntos importantísimos, y en la cantina era del todo imposible conversar por espacio de cinco minutos en medio de tanto importuno como va, viene, entra, sale, saluda y se acerca; allí, al menos —continuó Athos señalando el bastión—, nadie vendrá a incomodarnos.

—Me parece que en las dunas, a orillas del mar, podríamos haber dado fácilmente con algún lugar retirado —replicó D'Artagnan con su prudencia habitual y que tan bien y tan naturalmente se hermanaba con su esforzadísimo ánimo.

—Sí, para que nos hubiesen visto conferenciar juntos a los cuatro, y un cuarto de hora después el cardenal hubiese sabido por sus espías que celebrábamos consejo.

—Athos está en lo cierto —dijo Aramis—; Animadvertuntur in desertis.

—No nos habría venido mal un desierto —profirió Porthos—; lo que faltaba era hallarlo.

—Sabed —repuso Athos— que no hay desierto en el que no pueda pasar un pájaro por encima de la cabeza de un hombre, o un pez saltar por encima del agua, o un conejo salir de su gazapera, y no me cabe duda alguna que pájaro, pez y conejo se han convertido en espías del cardenal. Vale más, pues, que prosigamos nuestra empresa, ante la cual, por otra parte, no podemos retroceder sin cubrirnos de ignominia; hemos hecho una apuesta que no podía ser prevista, y de la que reto a quien quiera que sea, que adivine la verdadera causa, y para ganarla vamos a sostenernos una hora en el bastión. O nos atacarán, o no nos atacarán. Si no nos atacan, nos sobrará tiempo para comunicarnos lo que tenemos que decirnos y nadie nos oirá, pues os aseguro que las murallas de ese bastión no tienen orejas; si nos atacan, no por eso dejaremos de hablar de lo que nos interesa, y, además, nos cubriremos de gloria defendiéndonos. Ya veis que todo resulta beneficioso.

—Pero vamos a ganarnos un balazo, como si lo viera —dijo D'Artagnan.

—¡Bah! —repuso Athos—, a vos os consta, mi buen D'Artagnan, que no son las del enemigo las balas más temibles.

—Pero se me antoja que para una empresa tal deberíamos habernos traído al menos nuestros mosquetes —profirió Porthos.

—Sois un inocente, amigo Porthos; ¿a qué cargar con un fardo inútil?

—Pues yo no hallo inútil, frente al enemigo, un buen mosquete de reglamento, doce cartuchos y un frasco de pólvora.

—¿No habéis oído lo que ha dicho D'Artagnan? —repuso Athos.

—¿Qué ha dicho D'Artagnan? —preguntó el gigante.

—Ha dicho que en el ataque de esta noche han muerto ocho o diez franceses y otros tantos rochelanos.

—¿Y qué?

—Que no han tenido tiempo de despojarlos, pues por el pronto les apremiaba más hacer otra cosa.

—¿Y qué? Repito.

—Que vamos a encontrar sus mosquetes, sus frascos de pólvora y sus cartuchos, y en vez de cuatro mosquetes y doce balas, tendremos quince mosquetes y un centenar de cartuchos.

—¡Oh, Athos! —profirió Aramis—, verdaderamente eres un gran hombre.

Porthos inclinó la cabeza en señal de adhesión. Únicamente D'Artagnan parecía no haberse dado a partido; y, sin duda, Grimaud pensaba como el mozo, en este punto, porque al ver que seguían caminando hacia el bastión, de lo que hasta entonces dudara, tiró a su amo por el faldón de su casaca y le preguntó, con el ademán, que adónde iban.

Athos extendió el brazo y señaló el bastión.

—Pero ¿no veis que vamos a dejar el pellejo en él? —arguyó el lacayo en el mismo mudo lenguaje.

Athos levantó los ojos y el dedo hacia el cielo.

Grimaud dejó en el suelo la cesta y se sentó, moviendo la cabeza a una y otra parte.

Athos sacó de su cintura una pistola, miró si estaba bien cebada, la amartilló y acercó el cañón al oído del lacayo.

Este obedeció inmediatamente, ganándose con aquella corta pantomima el pasar de retaguardia a vanguardia.

Ya en el bastión, los cuatro amigos volvieron el rostro hacia el campamento y vieron más de trescientos soldados de todas armas a la puerta de aquel, y en un grupo separado a m. de Busigny junto con el dragón, el suizo y el cuarto apostador.

Athos se quitó el sombrero, lo puso en la punta de su espada y lo agitó en el aire.

Todos los espectadores devolvieron el saludo al mosquetero, acompañando esta cortesía con un sonoro «¡Viva!» que llegó hasta el bastión.

Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan desaparecieron tras el muro de la fortaleza, donde les precediera Grimaud.

XLVII

EL CONSEJO DE LOS MOSQUETEROS

Como Athos había previsto, en el bastión no hallaron más que unos doce cadáveres de franceses y rochelanos.

—Señores —dijo Athos, que había asumido el mando de la expedición—, mientras Grimaud pone la mesa, recojamos los mosquetes y los cartuchos, y departamos. —Y, señalando a los muertos, añadió—: Estos señores no nos escuchan.

—Sea lo que fuere —repuso Porthos—, podríamos arrojarlos al foso; digo, después de habernos cerciorado de que no llevan cosa alguna en las faltriqueras.

—Es verdad —dijo Aramis—, pero esto último atañe a Grimaud.

—Pues regístrelos, Grimaud —dijo D'Artagnan—, y arrójelos luego por encima de la muralla.

—Guardémonos mucho de hacerlo —atajó Athos—, pueden servirnos.

—¿Estos muertos pueden servirnos? —repuso Porthos—. Me parece que os estáis volviendo loco, amigo mío.

—«No hagáis juicios temerarios», dicen el Evangelio y m. el cardenal —profirió Athos—. ¿Cuántos mosquetes hemos recogido, señores?

—Doce —respondió Aramis.

—¿Y cartuchos?

—Un centenar.

—Es cuanto necesitamos; carguemos las armas.

Los cuatro mosqueteros pusieron manos a la obra, y en cuanto acabaron de cargar el último mosquete, Grimaud hizo seña de que el almuerzo estaba servido.

Athos respondió, también por señas, que estaba bien, e indicó a Grimaud una especie de garita en la que el lacayo comprendió que debía quedarse de centinela. Sin embargo, para que pudiese suavizar el tedio de su facción, Athos le dio licencia para que se llevara un pan, un par de chuletas y una botella de vino.

—Y ahora a la mesa —dijo Athos.

Los cuatro amigos se sentaron en el suelo, cruzando las piernas como turcos, o, si se quiere, como sastres.

—Supongo que ahora, libre del temor de que nos escuchen, vas a revelarnos tu secreto —dijo D'Artagnan.

—Me parece que a un tiempo os procuro placer y gloria, señores —profirió Athos—. Os he hecho dar un paseo delicioso; aquí tenemos un almuerzo suculentísimo, y allá abajo, como podéis ver al través de las aspilleras, hay quinientos hombres que nos tienen por locos o por héroes, dos clases de imbéciles que se parecen bastante.

—Bueno, sí, pero ¿y el secreto ese? —preguntó D'Artagnan.

—El secreto es que anoche vi a milady —dijo Athos. D'Artagnan iba a beber; pero al escuchar la palabra milady le tembló de tal suerte la mano, que para que no se derramara el vino se vio obligado a dejar el vaso en el suelo.

—¡Qué! ¿Tú has visto a tu muj…?

—Callaos —interrumpió Athos—; veo que os olvidáis de que Porthos y Aramis no están iniciados en el secreto de mis asuntos domésticos. Pues sí, he visto a milady.

—¿Dónde? —preguntó D'Artagnan.

—Ni a dos leguas de aquí, en el mesón del Colombier-Rouge.

—En este caso estoy perdido —exclamó el mozo.

—Todavía no —repuso Athos—, porque a estas horas debe de haber dejado las costas de Francia.

A D'Artagnan se le ensanchó el corazón.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿quién es esa milady? —preguntó Porthos.

—Una mujer encantadora —respondió Athos; y catando un vaso de vino espumoso, exclamó—: ¡Maldito mesonero! Nos ha dado vino de Anjou en vez de vino de Champagne, como si nos dejáramos engañar tan fácilmente. Sí —continuó—, una mujer encantadora que se ha mostrado muy complaciente para con nuestro amigo D'Artagnan, el cual le ha jugado no sé qué mala treta de la que ella ha intentado vengarse, hace un mes, queriendo hacerle matar a mosquetazos, hace ocho días, procurando envenenarlo, y ayer pidiendo su cabeza al cardenal.

—¡Cómo! ¿Pidiendo mi cabeza al cardenal? —exclamó D'Artagnan, pálido de terror.

—Esto es tan cierto como el Evangelio —dijo Porthos—; yo lo oí con mis dos orejas.

—Y yo también —repuso Aramis.

—Entonces es en vano continuar la lucha —profirió D'Artagnan, dejando caer con desaliento el brazo—; tanto vale que me levante la tapa de los sesos, y así habré concluido de una vez.

—Esta es la última necedad que debe hacer un hombre, ya que es la única que no tiene remedio —dijo Athos.

—Pero con tales enemigos es imposible que me escape —repuso D'Artagnan—. Primero el fulano de Meung; luego Wardes, a quien di tres estocadas; después

milady, de la que sorprendí el secreto, y por último el cardenal, de quien hice abortar la venganza.

—Que, en conjunto, no hacen más que cuatro —arguyó Athos—, lo cual quiere decir que somos tantos a tantos. ¡Por todos los santos! Por las señas que nos está haciendo Grimaud, vamos a habérnoslas con muchísimos más. ¿Qué hay, Grimaud? Hablad, os lo consiento en vista de la gravedad de las circunstancias; pero sed lacónico. ¿Qué veis?

—Un pelotón.

—¿De cuántos hombres?

—De veinte.

—¿Qué clase de hombres son?

—Dieciséis paisanos y cuatro soldados.

—¿Están muy lejos de aquí?

—Unos quinientos pasos.

—Bien, nos queda tiempo para acabar esta ave y beber un vaso de vino a tu salud, D'Artagnan.

—¡A tu salud! —repitieron Porthos y Aramis.

—Vaya, pues, a mi salud —dijo el mozo—, aunque me parece que de poco van a servirme vuestros deseos.

—¡Bah! —repuso Athos—, Dios es grande, como dicen los sectarios de Mahoma, y el porvenir está en sus manos.

Y, bebiéndose el contenido de su vaso, Athos se levantó con indolencia, cogió el primer mosquete que halló a mano y se acercó a una aspillera.

Porthos, Aramis y D'Artagnan imitaron a su amigo, y en cuanto a Grimaud, recibió la orden de colocarse detrás de los cuatro para cargar las armas.

Poco después los tres mosqueteros y D'Artagnan vieron aparecer el pelotón en una especie de galería de trinchera que unía el bastión con la ciudad.

—¡Diablos! —exclamó Athos—, no valía la pena incomodarnos por una veintena de gaznápiros armados de picos, palas y azadones. Bastaba que Grimaud les hubiese hecho seña de que se volvieran por donde habían venido, para que nos hubiesen dejado en paz, estoy seguro de ello.

—Pues yo no —repuso D'Artagnan—; avanzan de este lado muy resueltos. Por otra parte, con los paisanos no van más que cuatro soldados y un sargento armados de mosquetes.

—Lo cual quiere decir que no nos han visto —profirió Athos.

—Confieso que me repugna disparar sobre esos pobres ciudadanos indefensos —dijo Aramis.

—El que se compadece de los herejes es un mal sacerdote —repuso Porthos.

—Aramis tiene razón —exclamó Athos—; voy a avisarles.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —dijo D'Artagnan—, van a fusilaros.

Pero Athos, lejos de curarse de la advertencia, se subió sobre la brecha y, con su mosquete en una mano y su sombrero en la otra, saludó cortésmente a los rochelanos, que mudos de pasmo ante aquella aparición, se detuvieron a unos cincuenta pasos de la malparada fortaleza, y les habló en los siguientes términos:

—Señores, algunos amigos y yo estamos almorzando en este bastión. Ahora bien, como ya sabéis que una de las cosas más desagradables para uno es que le estorben cuando a tal ocupación está entregado, os rogamos que si tenéis qué hacer aquí indispensablemente, aguardéis a que hayamos dado fin a nuestro almuerzo, o bien que volváis un poco más tarde; a menos que no os mueva el saludable deseo de abandonar el partido de la rebelión y veniros a beber con nosotros a la salud del rey de Francia.

—¡Cuidado, Athos! —gritó D'Artagnan—; ¿no ves que te apuntan los mosquetes?

—Sí lo veo —respondió Athos—, pero son paisanos que apuntan muy mal y no tiran a tocarme.

En efecto, al mismo instante resonaron cuatro mosquetazos y las balas llegaron a estrellarse en torno de Athos, pero sin que ninguna diese en él.

Casi a la par respondió a la descarga de los rochelanos otra hecha por los cuatro amigos; pero como estos tomaron mejor la puntería que sus agresores, mataron instantáneamente a tres soldados e hirieron a uno de los paisanos.

—Otro mosquete, Grimaud —dijo Athos, que no se había movido de la brecha.

El lacayo obedeció inmediatamente.

Porthos, Aramis y D'Artagnan, por su parte, habían cargado otra vez sus armas.

Una segunda descarga quitó la vida al sargento y a dos paisanos; visto lo cual, el resto del pelotón emprendió la fuga.

—Adelante, señores, hagamos una salida —dijo.

Los cuatro amigos salieron del fuerte, llegaron hasta el campo de batalla, recogieron los cuatro mosquetes de los soldados y el espontón del sargento, y seguros de que los fugitivos no pararían hasta la ciudad, tomaron la vuelta del bastión, trayendo consigo los trofeos de su victoria.

—Cargad las armas, Grimaud —dijo Athos—, y nosotros, señores, anudemos nuestro almuerzo y prosigamos la conversación. ¿Decíamos?

—Decías —repuso D'Artagnan— que milady, después de haber pedido mi cabeza al cardenal, había abandonado las costas de Francia. ¿Adónde va? —continuó el mozo, que se preocupaba mucho del itinerario que debía seguir lady Clarick.

—A Inglaterra —respondió Athos.

—¿Para qué?

—Para asesinar o hacer asesinar a Buckingham.

—¡Esto es una infamia! —exclamó D'Artagnan lleno de sorpresa y de indignación.

—Poco cuidado me da a mí eso —dijo Athos; y, volviéndose al lacayo, añadió—: ahora que habéis cargado los mosquetes, coged el espontón del sargento, atad en él una servilleta y plantadlo allí en lo alto de nuestro bastión, para que esos rebeldes rochelanos vean que se las han con valientes y leales soldados del rey.

Grimaud obedeció sin proferir palabra, y poco después la blanca bandera flameaba encima de la cabeza de los cuatro amigos.

La mitad de los soldados del campamento, que estaban a las puertas del mismo, saludaron con una tempestad de aplausos la aparición de la bandera.

—¡Cómo! —repuso D'Artagnan—, ¿a ti nada te importa que milady asesine o haga asesinar a Buckingham, siendo, como es, amigo nuestro?

—Buckingham es inglés y guerrea contra nosotros; por consiguiente, el que milady haga esto o aquello con el duque me tiene tan sin cuidado como una botella destripada.

Tras estas palabras, Athos lanzó a quince pasos de sí una botella que tenía en la mano y de la que acababa de trasegar en su vaso hasta la última gota.

—Permitidme que os lo diga —profirió D'Artagnan—, pero yo no abandono de esta suerte a Buckingham; recordad que nos regaló cuatro corceles magníficos.

—Y sobre todo unas sillas preciosísimas —dijo Porthos, que precisamente en aquel mismo instante ostentaba en su capa el galón de la que le correspondiera.

—Además —repuso Aramis—, Dios quiere la conversión y no la muerte del pecador.

—Amén —dijo Athos—; ya volveremos a tratar de este asunto más adelante si tal es vuestro deseo; pero lo que a mí me preocupaba más por el pronto, y estoy seguro de que tú me comprenderás, D'Artagnan, era tomarle a aquella mujer una firma en blanco que había arrancado a su eminencia, y con ayuda de la cual debía deshacerse de ti y tal vez de nosotros.

—¿Así pues es un demonio esa mujer? —repuso Porthos tendiendo su plato a Aramis, que estaba trinchando un ave.

—¿Y la firma en blanco ha quedado en sus manos? —preguntó D'Artagnan.

—No, ha pasado a las mías, no diré sin trabajo, pues mentiría.

—¡Oh! Mi querido Athos —exclamó D'Artagnan—, ya he perdido la cuenta de las veces que os debo la vida.

—Entonces ¿nos dejaste para encontraros con ella? —preguntó Aramis.

—Sí.

—¿Y tú posees el documento que el cardenal dio a milady?

—Helo aquí —respondió Athos sacando el precioso papel de la faltriquera de su casacón. D'Artagnan lo desdobló sin siquiera intentar disimular el temblor de su mano, y leyó:

A 3 de diciembre de 1627

Sépase que el portador del presente ha hecho lo que ha hecho por orden mía y para bien del Estado.

RICHELIEU

—En efecto —dijo Aramis—, es una absolución en toda regla.

—Hay que rasgar este papel —profirió D'Artagnan, a quien le pareció haber leído su sentencia de muerte.

—No, por mi vida —repuso Athos—, hay que conservarlo cual reliquia; no lo daría aun cuando lo cubriesen de monedas de oro.

—¿Y qué va a hacer ahora milady? —preguntó el mozo.

—Probablemente —respondió Athos con negligencia—, va a escribir al cardenal que un condenado mosquetero llamado Athos le ha arrancado por fuerza su salvoconducto, y en la misma carta le aconsejará que con aquel, se deshaga de sus amigos Porthos y Aramis; y como su eminencia recordará que tales hombres son los mismos a quienes siempre encuentra en su camino, a lo mejor, o a lo peor, hará prender a D'Artagnan, y para que este no se aburra solo, nos enviará a nosotros a que le hagamos compañía en la Bastille.

—Me parece que tu broma resulta muy triste, amigo Athos —dijo el gigante.

—No bromeo —exclamó Athos.

—¿Sabes que retorcer el cuello a esa maldita milady sería un pecado menos grande que el de retorcérselo a esos infelices hugonotes, que al fin y al cabo no han cometido otro crimen que el de cantar en francés los salmos que nosotros cantamos en latín?

—¿Qué dice a eso m. el cura? —preguntó Athos con toda calma.

—Que opino como Porthos —respondió Aramis.

—¡Y yo también! —dijo D'Artagnan.

—Por fortuna, está lejos esa arpía —exclamó Porthos—, pues en verdad os digo que aquí me contrariaría grandemente.

—A mí me contraría tanto en Inglaterra como en Francia —repuso Athos.

—Y a mí en todas partes —profirió D'Artagnan.

—Pero ¿por qué no la has ahogado, estrangulado o ahorcado, ya que en tu poder la tenías? —dijo Porthos—; los muertos son los únicos que no vuelven.

—¿Vos lo creéis así? —replicó Athos con una sonrisa sombría que únicamente comprendió D'Artagnan.

—Se me ocurre una idea —exclamó este último.

—¿Cuál? —preguntaron los mosqueteros.

—¡A las armas! —gritó Grimaud.

Los cuatro amigos se levantaron con presteza y se abalanzaron sobre los mosquetes.

Esta vez avanzaba un pelotón de veinte a veinticinco hombres; pero ya no paisanos armados de picos y azadones, sino soldados de la guarnición.

—¿Si nos volviésemos al campamento? —dijo Porthos—, me parece que el partido no es igual.

—No puede ser por tres razones —respondió Athos—: la primera, porque no hemos acabado de almorzar; la segunda, porque todavía tenemos que hablar de cosas importantes, y, finalmente, porque aún faltan diez minutos para cumplir la hora.

—Entonces es menester que formulemos un plan de batalla —dijo Aramis.

—Es muy sencillo —repuso Athos—; en cuanto el enemigo esté a tiro de nuestros mosquetes, hacemos fuego; si continúa avanzando, repetimos los disparos, y así consecutivamente mientras tengamos mosquetes dispuestos; si los enemigos que sobrevivan se deciden a dar el asalto, les dejamos que desciendan al foso, y les derribamos sobre la cabeza ese lienzo de muralla que solo se sostiene en pie por un milagro de equilibrio.

—¡Bravo! —exclamó Porthos—, en verdad naciste para general, amigo Athos, y comparado contigo, su eminencia, que se tiene por guerrero consumado, no vale un ardite.

—Señores —dijo Athos—, procurad que se aprovechen los proyectiles; elija cada cual un enemigo y apunte bien.

—Ya he escogido el mío —dijo D'Artagnan.

—Y yo el mío —profirió Porthos.

—Y yo el mío —repuso Aramis.

—Fuego, pues —exclamó Athos.

Los cuatro disparos no produjeron más que una detonación, pero cayeron cuatro rochelanos exánimes.

Inmediatamente, redobló el tambor, y los que del pelotón sobrevivían avanzaron a paso de carga. Entonces los mosquetazos se sucedieron sin regularidad, pero siempre con la misma buena puntería. Sin embargo, los rochelanos, cual si hubiesen conocido la debilidad numérica de sus enemigos, seguían adelante con igual ímpetu.

Otros tres mosquetazos cortaron el aliento a dos rochelanos más; pero no por eso se entibió el ardor de los que quedaban en pie.

Cuando llegaron al bastión, los enemigos eran todavía catorce o quince, que lejos de detenerse ante una nueva descarga, saltaron al foso y se prepararon a escalar la brecha.

—Adelante, amigos míos, acabemos de una vez —dijo Athos—: ¡A la muralla! ¡A la muralla!

Los cuatro amigos, secundados por Grimaud, con los cañones de sus mosquetes alzaprimaron un enorme lienzo de muralla, que se inclinó como empujado por el

viento, y, desprendiéndose de su base, cayó al foso con horrible estrépito; luego se oyó una gran voz, subió hacia el cielo una nube de polvo, y todo hubo acabado.

—¿Los habremos aplastado a todos? —exclamó Athos.

—Lo juraría —dijo D'Artagnan.

—No —profirió Porthos—, pues allá van dos o tres que huyen cojeando.

En efecto, tres o cuatro infelices, resto del pelotón, cubiertos de polvo y barro, huían por la zanja hacia la ciudad.

—Señores —dijo Athos, consultando su reloj—, hace una hora que estamos aquí, y por tanto hemos ganado la apuesta; pero ya sabéis que al buen jugador no le duelen prendas. Por otra parte, D'Artagnan no nos ha hecho todavía sabedores de la idea que se le ha ocurrido.

Y el mosquetero fue, con su acostumbrada presencia de ánimo, a sentarse ante los restos del almuerzo.

—¿La idea que se me ha ocurrido? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, ¿no nos has dicho que se te había ocurrido una? —dijo Athos.

—¡Ah! Ya —exclamó el mozo—; pues sí, me voy a Inglaterra por segunda vez a reunirme con Buckingham.

—Eso no lo haréis vos —dijo Athos con frialdad.

—¿Por qué? ¿No lo he hecho ya una vez?

—Pero entonces no estábamos en guerra, y Buckingham era un aliado, no un enemigo: lo que os proponéis hacer sería tachado de felonía.

D'Artagnan comprendió la lógica de tal argumentación y se calló.

—También a mí se me ha ocurrido una idea —profirió el gigante.

—Silencio y escuchemos a Porthos —dijo Aramis.

—Solicito de m. de Tréville una licencia, so un pretexto cualquiera que hallaréis vosotros, pues en achaque de pretextos no soy muy fuerte. Pues sí, solicito licencia, me marcho a Inglaterra, busco a milady sin que ella se dé cata, y en cuanto la pille la estrangulo.

—Lo que son las cosas —dijo Athos—, no estoy tan lejos como eso de aceptar el pensamiento de mi amigo.

—¡Dónde se ha visto! —exclamó Aramis—. ¡Matar a una mujer! No, mirad, a mí sí que se me ocurre en este instante la verdadera idea.

—Exponedla, Aramis —dijo Athos, que trataba con mucha deferencia al joven mosquetero.

—Hay que advertir a la reina.

—¡Ah, caramba! Es verdad —profirieron a una Porthos y D'Artagnan—; me parece que hemos dado en el clavo.

—¡Advertir a la reina! —repuso Athos—, ¿y cómo? ¿Tenemos por ventura relaciones en la corte? ¿Podemos enviar un delegado a París sin que lo sepan en el

campamento? De aquí a París hay ciento cuarenta leguas, y nuestra carta no habrá llegado a Angers que nosotros ya estaremos en el calabozo.

—En cuanto a hacer llegar con toda seguridad una carta a manos de la reina, yo me encargo —dijo Aramis, sonrojándose—; conozco en Tours una persona muy avisada…

Aramis se interrumpió al ver que Athos sonreía.

—¡Qué! —repuso D'Artagnan, dirigiéndose a Athos—, ¿no adoptáis este expediente?

—No lo rechazo del todo —respondió Athos—, únicamente querría hacer observar a Aramis que él no puede abandonar el campamento; que no podemos confiar en nadie más que en nosotros mismos; que a las dos horas de haber partido el mensajero, no habrá capuchino, alguacil ni agente alguno del cardenal que no sepa de coro la carta, y que os prenderán a vos y a vuestra avisada persona.

—Esto sin contar —repuso Porthos— que la reina salvará a Buckingham, pero no a nosotros.

—Dice muy bien Porthos —exclamó D'Artagnan.

—¡Escuchad! ¿Qué pasa en la ciudad? —dijo Athos.

—Están tocando generala.

Los cuatro amigos prestaron oído atento y, efectivamente, llegó hasta ellos el ruido del tambor.

—Vais a ver como envían contra nosotros un regimiento entero —profirió Athos.

—Supongo que no os propondréis resistir a tales fuerzas, amigo Athos —dijo Porthos.

—¿Por qué no? —replicó el mosquetero—, me siento con ánimos, y resistiría a todo un ejército si hubiésemos tomado la precaución de traernos una docena más de botellas.

—El tambor va acercándose —dijo D'Artagnan.

—Dejad que se acerque —repuso Athos—; de aquí a la ciudad hay un cuarto de hora, y, por consiguiente, hay también un cuarto de hora de la ciudad aquí; no necesitamos tanto tiempo para fijar nuestro plan. Si nos marchamos de aquí, no encontraremos otro sitio tan a propósito como este. Justamente, se me acaba de ocurrir ahora la verdadera idea.

—Manifestadla, pues.

—Primeramente daré a Grimaud unas órdenes indispensables.

Athos hizo seña a su lacayo de que se acercase.

—Grimaud —dijo Athos, mostrando los cadáveres que yacían en el bastión—, levantad a esos señores, colocadles derechos y apoyados en la muralla, encasquetadles sus sombreros y ponedles sus mosquetes en la mano.

—¡Oh, gran hombre! Te comprendo —profirió D'Artagnan.

—¿Vos comprendéis? —dijo Porthos.

—¿Y tú comprendes, Grimaud? —preguntó Aramis. Grimaud hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—No se necesita más —repuso Athos—; ahora volvamos a mi idea.

—Sin embargo, querría yo comprender claramente —dijo Porthos.

—Es inútil.

—Sí, sí, la idea de Athos —exclamaron a una Aramis y D'Artagnan.

—Esa milady, esa mujer, esa criatura, ese demonio, tiene un cuñado, según me dijisteis vos, D'Artagnan, si mal no recuerdo.

—Sí, y por cierto que le conozco mucho, y aun me atrevo a decir que no siente gran simpatía por su cuñada.

—No hay ningún mal en esto —respondió Athos—, y si la detestara, mejor.

—En este caso, estamos servidos a pedir de boca.

—Sin embargo —dijo Porthos—, querría yo saber qué está haciendo Grimaud.

—¡Silencio, Porthos! —repuso Aramis.

—¿Cómo se llama el cuñado ese?

—Lord Winter.

—¿Dónde está ahora?

—En cuanto circularon los primeros rumores de guerra, se volvió a Londres.

—Ahí, precisamente, el hombre que necesitamos —dijo Athos—, y al que nos conviene poner en antecedentes; le hacemos saber que su cuñada está próxima a asesinar a alguien, y le encargamos que no la pierda de vista. Presumo que en Londres hay algún local del estilo de las Madelonnettes o de las Arrepentidas, lord Winter hace enclaustrar en él a su cuñada, y quedamos en paz.

—Sí, hasta que ella salga —repuso el gascón.

—Pedís demasiado, D'Artagnan —dijo Athos—; os he dado cuanto tenía, nada más me queda.

—A mí me parece que es lo más acertado —repuso Aramis—; de esta suerte, prevenimos a la vez a la reina y a lord Winter.

—Sí, pero ¿quién llevará la carta a Tours y quién la carta a Londres?

—Yo respondo de Bazin —dijo Aramis.

—Y yo de Planchet —repuso D'Artagnan.

—La verdad es que nosotros no podemos abandonar el campamento, pero pueden hacerlo nuestros lacayos —profirió Porthos.

—Claro que sí —exclamó D'Artagnan—; hoy mismo escribimos las cartas, y damos dinero a Bazin y a Planchet para que se pongan en camino inmediatamente.

—¿Que les damos dinero? —exclamó Athos—. ¿Conque vosotros tenéis dinero?

Los cuatro amigos cruzaron una mirada, y por su frente, que por un instante se serenara, pasó una nube.

—¡Alerta! —gritó D'Artagnan—, allá abajo veo moverse puntos negros y puntos rojos; ¿qué decíais de un regimiento, Athos? Se nos echa encima un verdadero ejército.

—Sí, por mi vida, ahí están —respondió el mosquetero—. Mirad los maliciosos, venirse a la chita callando, sin tambores ni trompetas. ¿Has acabado, Grimaud?

El lacayo hizo una señal afirmativa, y mostró una docena de cadáveres a los que había colocado en las actitudes más pintorescas: unos llevaban el arma al brazo, otros hacían como que apuntaban, y otros blandían la espada.

—¡Bravo! —exclamó Athos—, lo que has hecho hace honor a tu imaginación.

—Pero —dijo Porthos—, yo querría comprender…

—Antes que nada, toquemos soleta —repuso D'Artagnan—, después ya comprenderás.

—Un instante, señores, un instante —dijo Athos—, demos tiempo a Grimaud para que levante los manteles.

—¡Ah! —exclamó Aramis—, los puntos negros y los puntos rojos van agrandándose muy visiblemente, y opino como D'Artagnan; sin pérdida de segundo debemos tomar la vuelta del campamento.

—No me opongo a la retirada —repuso Athos—; hemos apostado que pasaríamos aquí una hora, y hemos estado hora y media; nada hay que decir; partamos, señores.

Grimaud ya había tomado la delantera con la cesta y las sobras.

Los cuatro amigos salieron tras el lacayo y dieron algunos pasos, cuando de improviso Athos exclamó:

—¿Qué diablos estamos haciendo, señores?

—¿Te has olvidado algo? —preguntó Aramis.

—¡Y la bandera, diablos! No hay que dejar nunca una bandera en poder del enemigo, aunque la bandera solo sea una servilleta.

Tras estas palabras, Athos echó a correr hacia el bastión, se subió a la plataforma y quitó el espontón en cuyo extremo superior ondulaba la servilleta; pero como los rochelanos habían llegado a tiro de mosquete, rompieron un fuego terrible sobre el mosquetero que, como por gusto, iba a exponerse a los proyectiles enemigos. Sin embargo, no parecía sino que Athos llevase un amuleto, pues las balas pasaron silbando en torno de él sin que ni una lo tocase.

Athos volvió las espaldas a los rochelanos y, blandiendo la bandera, saludó a los del campamento. En una y otra parte resonaron grandes voces: de cólera en el campo de los sitiados, de entusiasmo en el de los sitiadores.

Retumbó otra descarga, y tres balas, al atravesarla, convirtieron realmente en bandera la servilleta.

—¡Bajaos! ¡Bajaos! —gritaron los del campamento. Athos se bajó, y sus amigos, que le aguardaban con ansiedad, le vieron reaparecer con alegría.

—Bueno —dijo D'Artagnan a Athos—, larguémonos; ahora que lo hemos encontrado todo, menos el dinero, sería una necedad hacernos matar.

Pero Athos continuó marchando majestuosamente, sin hacer caso de las observaciones de sus amigos, que, al ver la inutilidad de sus observaciones, regularon su paso sobre el de aquel.

Grimaud y su cesta habían tomado la delantera y los dos se hallaban ya fuera de tiro.

Poco después, se oyó un traquido espantoso.

—¿Qué significa eso? —preguntó Porthos—. ¿Sobre qué tiran? No oigo silbar bala alguna ni veo bicho viviente.

—Tiran sobre nuestros muertos —dijo Athos.

—Pero nuestros muertos no contestarán.

—Naturalmente; entonces los rochelanos, en la creencia de que se les tiene dispuesta una emboscada, enviarán un parlamentario, y cuando se darán cata de la burla, ya estaremos fuera de tiro. He aquí por qué es inútil que cojamos una pleuresía apresurándonos.

—¡Oh! Ahora comprendo —exclamó Porthos, maravillado.

—Ya es raro —dijo Athos, encogiendo los hombros.

Los franceses, por su parte, al ver venir al paso a los cuatro amigos, proferían gritos de entusiasmo.

Por último, retumbó una nueva descarga, y ahora las balas vinieron a aplastarse en los guijarros y en torno de los cuatro amigos y a silbar lúgubremente en los oídos de estos. Los rochelanos acababan de apoderarse del bastión.

—Pues no es poco torpe esa gente —dijo Athos—. ¿Cuántos hemos matado? ¿Doce?

—O quince.

—¿Y aplastado?

—Ocho o diez.

—¡Y nosotros ni un rasguño! ¡Ah, sí! ¿Qué tenéis en la mano, D'Artagnan? Me parece que os está sangrando.

—No es nada —respondió el mozo.

—¿Una bala perdida?

—Ni eso.

—¿Qué, pues?

Ya hemos dicho que Athos quería a D'Artagnan como a un hijo, y que, no obstante su carácter sombrío e inflexible, a las veces demostraba a aquel la solicitud de un padre.

—Un desollón —respondió D'Artagnan—; me he cogido los dedos entre dos piedras, la de la muralla y la del anillo, entonces la piel se ha abierto.

—Es lo que tiene poseer diamantes, maestro —dijo Athos con desdén.

—¡Bendito sea! —exclamó Porthos—, es verdad que poseemos un diamante; ¿por qué diablos nos quejamos, pues, de falta de dinero?

—Claro, es cierto —dijo Aramis.

—Te doy la enhorabuena, Porthos —repuso Athos—, ahora sí que se te ha ocurrido una verdadera idea.

—Indudablemente —profirió el gigante, poniéndose soplado al elogio de su amigo—. ¿No poseemos un diamante? Pues vendámoslo.

—Pero este diamante es el de la reina —dijo D'Artagnan.

—Con tanta mayor razón —repuso Athos—; nada más justo que la reina salve a su amante, ni más moral que nos salve a nosotros, sus amigos: vendamos el diamante. ¿Qué dice a eso m. el cura? No pido el parecer de Porthos porque ya lo ha manifestado.

—Digo —contestó Aramis, ruborizándose— que como el anillo no viene de su amante y no siendo, por consiguiente, una prenda de amor, D'Artagnan puede venderlo.

—Habláis como la teología personificada, amigo mío. Entonces ¿sois del parecer…?

—Que el anillo sea vendido —respondió Aramis.

—Muy bien —dijo D'Artagnan riéndose—, vendamos el diamante y no se hable más de ello.

Los rochelanos continuaron el fuego, pero solamente para descargo de su conciencia, pues los cuatro amigos se hallaban ya a cubierto de sus proyectiles.

—A fe mía que ya era hora de que a Porthos se le ocurriese tan luminosa idea —dijo Athos—; ya hemos llegado al campamento. Así pues, señores, ni una palabra más sobre este asunto. Nos están observando y vienen a nuestro encuentro; van a llevarnos en triunfo.

En efecto, como hemos dicho, todo el campamento estaba en conmoción; como a un espectáculo, más de dos mil personas habían asistido a la afortunada farfantonería de los cuatro amigos, de la cual estaban todos muy distantes de sospechar la verdadera causa. No se oían más que gritos de «¡Viva los guardias! ¡Viva los mosqueteros!».

El primero que se acercó a Athos para estrecharle la mano y declararse perdidoso de la apuesta fue m. de Busigny; tras de Busigny, llegaron el dragón y el suizo, y tras el suizo y el dragón, los demás. Todo eran felicitaciones, apretones de manos, abrazos, risas de burla a los rochelanos; en una palabra, era tal el bullicio, que

Richelieu, en la creencia de que se había promovido un motín, envió a La Houdinière, su capitán de guardias, para que se informase de lo que ocurría.

—¿Qué pasa? —preguntó el cardenal al presentársele de nuevo La Houdinière, a quien, y con todas las flores del entusiasmo, le contaran lo sucedido.

—Monseñor —respondió el capitán—, son tres mosqueteros y un guardia que han apostado con m. de Busigny que irían a almorzar al bastión de Saint-Gervais, y que durante el almuerzo se han sostenido dos horas contra el enemigo, al que han causado no sé cuántas bajas.

—¿Os habéis informado de los nombres de esos tres mosqueteros?

—Sí, monseñor.

—¿Se llaman?

—Son m. Athos, m. Porthos y m. Aramis.

—¡Siempre esos tres valientes! —murmuró el cardenal—. ¿Y el guardia?

—Es m. D'Artagnan.

—¡Siempre mi joven bribonzuelo! Decididamente, es menester que esos cuatro hombres sean míos.

Aquella misma noche Richelieu habló a m. de Tréville de la hazaña de la mañana, que era tema de todas las conversaciones en el campamento. M. de Tréville, que sabía todos los pormenores del lance por boca de los mismos que de él fueron los héroes, lo relató por menudo a su eminencia, sin olvidarse del episodio de la servilleta.

—Hacedme la merced de proporcionarme esa servilleta, m. de Tréville —dijo el cardenal—, mandaré bordar en ella tres flores de lis en oro, y la daré por estandarte a vuestra compañía.

—Monseñor —repuso m. de Tréville—, en esto habrá una injusticia para los guardias; m. D'Artagnan no sirve en mi compañía, sino en la de m. Des Essarts.

—Pues tomadle —dijo Richelieu—, no es justo que esos cuatro valerosos militares que se quieren tanto no sirvan en una misma compañía.

Aquella misma noche, m. de Tréville anunció esta buena nueva a los tres mosqueteros y a D'Artagnan, y les convidó a los cuatro a almorzar con él al día siguiente.

D'Artagnan estaba loco de alegría. Ya sabe el lector que el sueño dorado del gascón era ser mosquetero.

La satisfacción de Athos, Porthos y Aramis fue también muy grande.

—Por mi fe que has tenido una idea magnífica —dijo D'Artagnan a Athos—, y como tú mismo has manifestado, en la empresa hemos conquistado gloria y, a la vez, entablar una conversación de la más alta importancia.

—Que ahora podremos anudar sin que levante las sospechas de nadie, porque con la ayuda de Dios en adelante vamos a pasar por cardenalistas.

La misma noche, D'Artagnan fue a presentar sus respetos a m. Des Essarts y a notificarle el ascenso que había obtenido.

M. Des Essarts, que apreciaba mucho a D'Artagnan, se le ofreció sin reservas para cuanto hubiere menester, ya que el cambio de cuerpo exigía gastos de equipo.

D'Artagnan dio las gracias por sus ofrecimientos al capitán de los guardias, pero no aceptó; no obstante, pareciéndole propicia la ocasión, le rogó que hiciese justipreciar el diamante que le entregó, y al que deseaba convertir en dinero.

A las ocho de la mañana del siguiente día, el ayuda de cámara de m. Des Essarts entró en la tienda de D'Artagnan y le entregó un talego con siete mil libras en oro.

Era el precio del diamante de la reina.

XLVIII

UN ASUNTO DE FAMILIA

Athos había encontrado el calificativo: asunto de familia. Un negocio de tal naturaleza no estaba sometido a la investigación del cardenal, ni interesaba a persona alguna; así pues, podían ocuparse en él tranquilamente y ante todo el mundo.

Así pues, Athos había hallado el calificativo: asunto de familia; Aramis, la idea: el lacayo, y Porthos, el recurso: el diamante. Solamente D'Artagnan no había hallado nada, y eso que solía ser el que tenía más inventiva de los cuatro; pero hay que confesar que el solo nombre de milady lo paralizaba. Pero, ¡ah, sí!, decimos mal: D'Artagnan había encontrado comprador para el diamante.

El almuerzo en casa de m. de Tréville estuvo envuelto en una alegría encantadora, y en él D'Artagnan ostentó ya su nuevo uniforme. Como era más o menos de la misma estatura que Aramis, este cedió a su amigo un equipo completo ya que se había mandado hacer doble número de prendas con el dinero que, como recordará el lector, le diera tan generosamente el librero que le comprara el poema. Los deseos de D'Artagnan habrían quedado colmados si en el horizonte y cual sombría nube no hubiese visto asomarse a milady.

Después de almorzar, los cuatro amigos acordaron reunirse por la noche en la tienda de Athos, a fin de dar la última mano al asunto.

Nuestro gascón empleó todo el día en pasear su nuevo uniforme por las calles del campamento.

Por la noche, a la hora estipulada, los cuatro amigos se reunieron para decidir las tres únicas cosas que no estaban aún resueltas, a saber: qué escribirían al cuñado de milady y qué a la avisada persona de Tours, y cuáles serían los lacayos que llevarían las cartas.

Cada uno de los cuatro amigos ofreció el suyo: Athos ponderó la discreción de Grimaud, que no hablaba más que cuando su amo le descosía la boca; Porthos elogió la fuerza de Mousqueton, que era suficiente para aporrear a cuatro hombres de complexión ordinaria; Aramis, que tenía gran confianza en la destreza de Bazin, hizo un pomposo elogio de su candidato, y, por último, D'Artagnan, que tenía fe ciega en el valor de Planchet, recordó la manera cómo se había conducido este en el espinoso asunto de Boulogne.

Estas cuatro virtudes se disputaron largo tiempo el premio, y dieron ocasión a magníficos discursos, que suprimimos en gracia a la brevedad.

—Por desgracia —dijo Athos—, sería menester que aquel a quien enviásemos poseyese por sí solo las cuatro cualidades reunidas.

—Pero ¿dónde encontrar un lacayo semejante?

—No existe —respondió Athos—; ya lo sé. Tomad, pues, a Grimaud.

—Tomad a Bazin.

—Tomad a Mousqueton.

—Tomad a Planchet, que es valiente y diestro, lo cual quiere decir que ya reúne dos de las cuatro cualidades.

—Señores —dijo Aramis—, lo primordial no es que sepamos cuál de nuestros lacayos es más discreto, más fuerte, más listo o más valiente, sino cuál está más apegado al dinero.

—Lo que dice Aramis es muy juicioso —repuso Athos—; es menester especular sobre los defectos de los hombres, no sobre sus virtudes; sois un gran moralista, m. el cura.

—¿Qué duda cabe? —profirió Aramis—. Porque no solo necesitamos que nos sirvan bien para salir airosos, mas también para no fracasar, ya que en este último caso, peligra la cabeza, no de nuestros lacayos…

—Más bajo, Aramis —dijo Athos.

—Es verdad; no de nuestros lacayos —continuó Aramis—, sino la del amo y aun las de los amos. ¿Tienen bastante abnegación nuestros lacayos para arriesgar su vida por nosotros? No.

—A fe mía —repuso D'Artagnan—, yo casi me atrevería a responder de Planchet.

—Pues bien, mi querido amigo —dijo Aramis—, añadid a su devoción natural un buen pico que le proporcione algún bienestar, y entonces, en vez de responder de él una vez, responded dos veces.

—También quedaréis engañados —repuso Athos, que era tan optimista respecto de las cosas, cuanto pesimista en lo tocante a los hombres—. Todo lo prometerán para conseguir dinero, y durante el camino, el miedo les impedirá actuar. Si les prenden, les apremiarán y, apremiados, cantarán. ¡Qué diablos! No somos niños. Para ir a Inglaterra —continuó Athos en voz mucho más queda—, hay que atravesar toda Francia, sembrada de espías y de secuaces del cardenal; para embarcarse, se necesita un pase, y, además, es indispensable hablar inglés para orientarse en Londres. Difícil veo el negocio.

—Pues yo, al contrario, lo veo fácil —replicó D'Artagnan, que tenía mucho empeño en que se llevase a cabo el plan—. ¡Diantre! Ya es de suponer que si escribimos a lord Winter sapos y culebras y pestes del cardenal…

—Más bajo —dijo Athos.

—Si hablamos de intrigas y de secretos de Estado —continuó D'Artagnan, conformándose a la recomendación de su amigo—, está claro que nos enrodarán vivos; pero no hay que olvidar, como vos mismo lo habéis manifestado, Athos, que nos dirigimos a él por asuntos de familia; que solo le escribimos para que ponga a milady, tan buen punto esta llegue a Londres, en un estado que no pueda dañarnos. Yo le escribiría, pues, una carta poco más o menos en los siguientes términos:

—Vamos a ver —dijo Aramis, poniendo anticipadamente un semblante de crítico.

—«Señor mío y querido amigo…».

—¡Hombre! Querido amigo, a un inglés —interrumpió Athos—. ¡Bravo comienzo, D'Artagnan! Estas dos solas palabras bastan para haceros descuartizar, en vez de haceros enrodar vivo.

—Bueno, diré, sencillamente: «Señor mío».

—También podéis decir milord —repuso Athos, que estaba muy apegado a los miramientos sociales.

—Pues bien —profirió D'Artagnan—, diré: «Milord: ¿os acordáis del pequeño cercado de las cabras del Luxembourg?».

—¡Zambomba! ¡Ahora el Luxembourg! Lo tendrán por una alusión a la reina madre. Esto sí que es ingenioso —atajó Athos.

—Está bien, pondremos simplemente: «Milord: ¿os acordáis de un pequeño cercado en el que alguien os salvó la vida?».

—Mi querido D'Artagnan —dijo Athos—, nunca pasaréis de ser un mal redactor: «¡en el que alguien os salvó la vida!». Esto no es digno. Tales servicios no se le recuerdan a un hombre decoroso. El echar en rostro un beneficio es inferir una ofensa.

—Ah, mi querido Athos, sois insoportable —repuso D'Artagnan—, y desde ahora declaro que renuncio a escribir si hay que hacerlo bajo vuestra censura.

—Y obráis cuerdamente. Manejáis a las mil maravillas la espada y el mosquete; pero, creedme, ceded la pluma a m. el cura.

—Muy bien —dijo D'Artagnan—; Aramis, a ver si nos redactáis la nota esa; pero, por nuestro Padre Santo el Papa, ved lo que hacéis, pues de lo contrario os despellejo a mi vez; ya estáis advertido.

—No pido otra cosa —profirió Aramis con la ingenua confianza que tiene en sí todo poeta—; pero, ante todo, pónganme en autos. Ya he oído decir en alguna parte que la cuñada de lord Winter era una bribona, y aun de ello adquirí la prueba escuchando su conversación con el cardenal.

—Más bajo, ¡maldita sea! —dijo Athos.

—Pero no sé los pormenores —continuó Aramis.

—Ni yo tampoco —repuso Porthos.

D'Artagnan y Athos cruzaron una mirada en silencio. Por fin, Athos, después de haber considerado en su corazón, y poniéndose todavía más pálido que de costumbre, hizo una señal de aquiescencia, por la cual el gascón comprendió que podía hablar.

—Pues bien —repuso D'Artagnan—, hay que decir lo siguiente: «Milord: vuestra cuñada es una infame, que ha intentado haceros dar la muerte para heredaros. Pero como no podía tomar por esposo a vuestro hermano por estar ya casada en Francia, y por haber sido…».

D'Artagnan se interrumpió, como si buscase el vocablo, y miró a Athos.

El cual dijo:

—Arrojada del domicilio conyugal por su marido.

—A causa de estar estigmatizada —continuó D'Artagnan.

—¡Es imposible! —exclamó Porthos—. ¿Ella ha intentado hacer matar a su cuñado?

—Sí.

—¿Estaba casada? —preguntó Aramis.

—Sí.

—¿Y su marido descubrió que ella tenía una flor de lis en el hombro? —repuso Porthos.

—Sí.

Estas tres afirmaciones las había proferido Athos con entonación cada vez más lúgubre.

—¿Y quién ha visto esa flor de lis?

—D'Artagnan y yo, o más bien, para guardar el orden cronológico, yo y D'Artagnan —respondió Athos.

—¿Y aún vive el marido de esa mujer odiosa? —preguntó Aramis.

—Sí.

—¿Estáis seguro?

—Lo estoy.

Hubo un instante de frío silencio, durante el cual cada uno de los cuatro amigos se sintió impresionado según su temperamento.

—D'Artagnan nos ha dado ahora un excelente programa —dijo Athos, rompiendo el silencio—, y esto es lo que hay que escribir primero.

—¡Diablos! Realmente es espinosa la redacción, amigo Athos —repuso Aramis—. El canciller mismo se vería en apuros para escribir una carta de tal naturaleza, y eso que m. el canciller redacta con gran facilidad una información sumaria. No importa; callaos, que voy a escribir.

En efecto, Aramis cogió la pluma, meditó por espacio de algunos segundos, y trazó ocho o diez líneas de letra femenil, elegante y pequeña; luego, con voz suave y lenta, cual si pesara escrupulosamente cada una de las palabras, leyó lo siguiente:

Milord:

Quien os escribe estas cortas líneas tuvo la honra de cruzar su espada con la vuestra en un pequeño cercado de la rue d'Enfer; y como después os dignasteis llamaros repetidas veces amigo de tal persona, esta cree fundadamente que escucharéis sus advertencias. Por dos veces habéis estado a pique de ser víctima de una parienta cercana a quien tenéis por vuestra heredera, porque ignoráis que esa parienta, antes de contraer matrimonio en Inglaterra, ya estaba casada en Francia. Pero la tercera vez, que es esta, podéis sucumbir. Vuestra parienta ha partido de La Rochelle para Inglaterra, durante la noche. Vigilad su llegada, pues alimenta proyectos grandes y terribles. Si a todo trance queréis saber de qué es capaz esa mujer, leed su pasado en su hombro izquierdo.

—A esto llamo yo escribir bien —dijo Athos—; tenéis pluma de secretario de Estado, mi querido Aramis. Ahora, lord Winter estará vigilante, si es que esa carta llega a sus manos; y aunque cayese en las de su eminencia, no quedaríamos comprometidos. Pero como el criado que partirá con ella podría darnos a entender que ha estado en Londres y detenerse en Châtellerault, no le demos con la carta más que la mitad del dinero; prometiéndole la otra mitad a cambio de la contestación. ¿Tenéis ahí el diamante, D'Artagnan?

—Algo mejor, el dinero —respondió el gascón, poniendo el saquito sobre la mesa.

Al sonido del oro, Aramis levantó los ojos, Porthos se estremeció, y Athos permaneció impasible.

—¿Cuánto hay en ese talego? —preguntó Athos.

—Siete mil libras en luises de doce francos.

—¡Siete mil libras! —exclamó Porthos—. ¡Qué! ¿Aquel diamanzuelo valía siete mil libras?

—Así parece, pues ahí están —repuso Athos—; presumo que nuestro amigo D'Artagnan no ha añadido dinero de su bolsillo.

—Señores —dijo D'Artagnan—, que nos estamos olvidando de la reina. Velemos un poco por la salud de su amado Buckingham; es lo menos que podemos hacer por ella.

—Es cierto —profirió Athos—, pero esto atañe a Aramis.

—¿Qué debo hacer? —preguntó este sonrojándose.

—Es muy sencillo —respondió Athos—: escribir otra carta, pero ahora dirigida a la avisada persona que vive en Tours.

Aramis cogió otra vez la pluma, reflexionó de nuevo, y escribió lo siguiente, que sometió en seguida a la aprobación de sus amigos:

—«Mi querida prima…».

—¡Ah! ¿Conque esa persona avisada es parienta vuestra? —dijo Athos.

—Prima hermana —contestó Aramis.

—Vaya por prima. Aramis continuó:

Mi querida prima:

Su eminencia el cardenal, a quien Dios conserve para bien de Francia y confusión de los enemigos del reino, está próximo a acabar con los rebeldes herejes de La Rochelle. Es probable que el socorro de la armada inglesa ni siquiera llegue a vista de la plaza; y aun me atrevo a decir que tengo por cierto que algún gran acontecimiento impedirá la marcha de m. de Buckingham. Su eminencia es el más ilustre político de los tiempos pasados, de los presentes y probablemente de los venideros. Apagaría el sol si el sol lo molestara. Participad estas buenas nuevas a vuestra hermana, mi querida prima. He soñado que ese inglés maldito había muerto, si bien no me acuerdo si asesinado o envenenado; de lo que estoy seguro, es de que he soñado que había muerto, y vos sabéis que mis sueños no me engañan nunca. Confiad, pues, en que pronto volveréis a verme.

—Qué maestría —dijo Athos—, sois el rey de los poetas, mi querido Aramis, habláis como el Apocalipsis y sois verídico como el Evangelio. Ahora solo falta escribir la dirección de esta carta.

—Es muy fácil —repuso Aramis, mientras doblaba elegantemente el papel; y, cogiendo otra vez la pluma, escribió en el sobre:

Para mlle. Marie Michon, lencera de Tours

Los tres amigos cruzaron una mirada y se echaron a reír: les dio un ataque.

—Ya comprendéis, señores —dijo Aramis—, que únicamente Bazin puede llevar esta carta a Tours, pues mi prima no conoce más que a él ni tiene confianza más que en él: otro haría fracasar el negocio. Por otra parte, Bazin es ambicioso y sabio, quiero decir que ha leído la historia; sabe que Sixto Quinto fue papa después de haber sido porquero, y como se propone ordenarse igual que yo, no desespera de llegar a papa a su vez, o por lo menos a cardenal. Ya comprenderéis, pues, que un hombre de tales miras no dejará que lo prendan, y en caso de que así suceda, antes que hablar sufrirá el martirio.

—Está bien —dijo D'Artagnan—, de buenísima gana os concedo a Bazin, pero concededme a mí a Planchet; milady lo hizo poner un día, a palos, de patitas en la calle, y como Planchet tiene buena memoria, os aseguro que por poco que él pueda vislumbrar una venganza, antes que renunciar a ella se dejará deslomar. Si los

negocios que tenéis en Tours no os atañen más que a vos, Aramis, los de Londres no incumben a nadie más que a mí. Os ruego, pues, a todos vosotros que elijáis a Planchet, el cual, por otra parte, ya ha estado en Londres conmigo y sabe decir correctamente: «London, sir, if you please» y «my master lord D'Artagnan». Así pues, nada temáis, a la ida y a la vuelta cumplirá como es debido.

—En este caso —repuso Athos—, es menester que a Planchet se le den setecientas libras para ir y otras tantas para volver, y a Bazin trescientas y trescientas; lo cual reducirá a cinco mil las siete mil; cada uno de nosotros tomará mil libras para emplearlas a su albedrío, y dejaremos un fondo de mil, que guardará el cura para los casos extraordinarios o las necesidades comunes. ¿Os parece bien?

—Mi querido Athos —dijo Aramis—, habláis como un Néstor, que, como sabe todo hijo de madre, era el más sabio de los griegos.

—Muy bien —repuso Athos—, Bazin y Planchet partirán; en verdad, no siento conservar a mi lado a Grimaud: está familiarizado con mis costumbres y le tengo apego; la jornada de ayer ya debió de haberle hecho vacilar, y ese viaje lo echaría a perder.

Los cuatro amigos hicieron avisar a Planchet y le dieron instrucciones.

—Llevaré la carta dentro del forro de mi jubón, y si me prenden, me la tragaré —contestó Planchet, al cual ya pusiera en autos D'Artagnan, que del primer envite le hablara de la gloria, luego del dinero y, por último, del peligro.

—Entonces no podrás desempeñar la comisión —dijo D'Artagnan.

—Dadme esta noche una copia de la carta y mañana la sabré de memoria.

El gascón miró a sus amigos, como diciéndoles:

—¿Qué tal? ¿Qué os había yo prometido?

Y, volviéndose de nuevo hacia su lacayo, continuó:

—Tienes ocho días para verte con lord Winter, y ocho para regresar aquí, o sea dieciséis días en total; si a los dieciséis días de tu partida, a las ocho de la noche, no has llegado, no cuentes ni con un ardite, aunque no retrases más que cinco minutos.

—Siendo así, compradme un reloj, señor —dijo Planchet.

—Toma, ahí va uno —profirió Athos, dándole el suyo con su indolente generosidad—, y pórtate dignamente. Piensa que si hablas, si se te va la lengua, si pierdes el tiempo, haces cortar la cabeza a tu amo, que tiene tanta confianza en tu fidelidad que ha respondido por ti; pero recuerda también que si por tu culpa sucede alguna desgracia a m. D'Artagnan, donde quiera que estés daré contigo y te abriré en canal.

—¡Oh! ¡Señor! —exclamó Planchet, humillado por la sospecha y sobre todo asustado por el ademán tranquilo del mosquetero.

—Y yo —dijo Porthos, haciendo girar sus grandes ojos—, te desuello vivo.

—¡Ah! ¡Señor! —profirió el lacayo.

—Y yo —repuso Aramis con su voz suave y melodiosa—, te tuesto a fuego lento como a un salvaje.

—¡Ah! ¡Señor! —exclamó Planchet, echándose a llorar, no nos atrevemos a decir si de terror, a causa de las amenazas que acababan de dirigirle, o de ternura al ver cuatro amigos tan estrechamente unidos.

—Escucha, Planchet —dijo D'Artagnan, abrazando a su lacayo—, esos señores te dicen lo que te dicen por la gran amistad que a mí les une, pero en realidad te quieren.

—¡Ah! ¡Señor! —profirió Planchet—, o llenaré satisfactoriamente mi cometido, o me descuartizarán, y aun en este último caso, tened por seguro que no hablará ninguno de mis pedazos.

Los cuatro amigos acordaron que Planchet se pondría en camino al día siguiente a las ocho de la mañana, para que, como él mismo dijera, durante la noche pudiese aprender la carta de memoria; con lo cual ganó doce horas justas y cabales, ya que no debía estar de regreso hasta las ocho de la noche del día décimo sexto.

Por la mañana, en el instante en que Planchet iba a montar a caballo, D'Artagnan, que en lo íntimo de su corazón se sentía inclinado a Buckingham, llamó aparte a su lacayo, y le dijo:

—Escucha, una vez lord Winter haya leído la carta, dile que vele por su gracia el duque de Buckingham, pues quieren asesinarlo. Pero esto es tan grave e importante, Planchet, que ni siquiera he querido comunicar a mis amigos que yo te confiaría este secreto, que es tal, que no te lo daría por escrito ni a cambio de un despacho de capitán.

—Nada temáis, mi amo —repuso Planchet—, yo os demostraré que puede uno confiar en mí.

Y, subido sobre un caballo excelente, al que debía dejar veinte leguas más allá para tomar la posta, Planchet partió al galope, con el corazón un tanto encogido por la triple amenaza que le hicieran los mosqueteros, pero por lo demás en las mejores disposiciones del mundo.

Bazin partió a la mañana siguiente para Tours, de donde debía estar de regreso a los ocho días. Durante la ausencia de Planchet y de Bazin, los cuatro amigos, vigilantes como nunca, pasaban el tiempo procurando sorprender lo que se decía en el campamento, en espiar los pasos del cardenal y en olfatear, digámoslo así, a los correos que llegaban. Si les llamaban para algún servicio inesperado, no podían menos de estremecerse; y en cuanto a su seguridad individual, debían estar siempre alerta, pues milady era una fantasma que una vez que se había aparecido a uno, no le dejaba dormir sosegadamente.

Por la mañana del día octavo, Bazin, fresco como siempre y risueño como de costumbre, entró en el mesón del Parpaillot mientras los cuatro amigos estaban almorzando, y, según lo convenido, dijo:

—Aquí está la contestación de vuestra prima, m. Aramis. Los cuatro amigos cruzaron una mirada de satisfacción: estaba ya lista la mitad del trabajo, si bien es verdad que era la más corta y la más fácil.

Aramis, sonrojándose, a pesar suyo, tomó la carta, que estaba escrita en caracteres groseros y plagada de faltas de ortografía, y exclamó, riéndose:

—¡Válgame Dios! Decididamente, he perdido ya la confianza de que la pobre Michon llegue a escribir como m. de Voiture.

—¿Gué gueréis decir con ezo de bofre Mijón? —preguntó el suizo, que estaba hablando con los cuatro amigos cuando llegó Bazin.

—Nada —contestó con presteza Aramis—; Michon es una linda lencera a quien quiero entrañablemente y a la cual le pedí que, como recuerdo, me enviase unas líneas de su puño y letra.

—¡Bardiez! —exclamó el suizo—, zi ella zer tan grante tama gomo grandes zon las ledras gue esgripe, eztáis de zuerte, gombañero.

—Ved lo que me escribe —dijo Aramis, entregando la carta a Porthos.

Este echó una mirada a la carta, y, para desvanecer toda sospecha, leyó en alta voz:

Mi querido primo:

Mi hermana y yo adivinamos los sueños, y aun les tenemos un miedo indecible; pero del vuestro me parece que podrá decirse lo que de todos los sueños, que son pura mentira. Adiós, conservaos bueno, y haced que de tiempo en tiempo oigamos hablar de vos.

AGLAÉ MICHON

—¿De qué sueño habla esa señora? —preguntó el dragón, que se había acercado durante la lectura.

—Zí, ¿te gué zueño? —profirió el suizo.

—De uno que tuve y se lo conté —respondió Aramis.

—Yo no zueño nunga —repuso el suizo.

—Sois muy dichoso —profirió Athos, levantándose—; ojalá pudiese yo decir cual vos.

—¡Nunga! —exclamó el suizo, muy satisfecho de que un hombre como Athos le envidiase algo—. ¡Nunga! ¡Nunga!

D'Artagnan, al ver que Athos se levantaba, hizo lo mismo, y salió cogido del brazo de su compañero. Porthos y Aramis se quedaron en el mesón para contestar a las pullas del dragón y del suizo.

En cuanto a Bazin, fue a acostarse en un haz de paja; y como tenía más imaginación que el suizo, soñó que su amo era papa y le daba a él el capelo.

Sin embargo, como ya hemos manifestado, la feliz llegada de Bazin había borrado solo en parte las zozobras que aguijaban a los cuatro amigos. Al que espera, los días se le hacen eternos; D'Artagnan, sobre todo, habría apostado que aquellos tenían ahora una doble duración. El mozo se había olvidado de las irremediables tardanzas de la navegación, y exageraba el poder de milady. Para él, lady Clarick era un demonio que contaba con auxiliares sobrenaturales como ella; y al más leve ruido, imaginaba que iban a prenderlo y que conducían a Planchet para carearlo con él y con sus amigos. Hay más, su confianza en el picardo, antes tan grande, iba disminuyendo de día en día.

La inquietud del gascón llegó a ser tal, que contagió a Porthos y Aramis, pero no a Athos, que continuó impasible como si en torno suyo no acechara ningún peligro, como si respirase la misma atmósfera de siempre.

El día décimo sexto, sobre todo, eran tan visibles en D'Artagnan, en Porthos y en Aramis las señales de desasosiego, que no podían estarse quietos y vagaban cual fantasmas por el camino que Planchet debía seguir a su regreso.

—En realidad, de verdad —les decía Athos—, es menester que seáis niños, y no hombres, para que una mujer os asuste de tal suerte. Al fin y al cabo, ¿de qué se trata? ¿De que nos reduzcan a prisión? Ya nos libertarán, como han hecho con mm. Bonacieux. ¿De que nos decapiten? Todos los días nos vamos a la trinchera a exponernos alegremente a algo peor, pues una bala puede rompernos una pierna, y tengo la impresión que un cirujano nos hace padecer más al amputarnos un muslo que no un verdugo decapitándonos. Aguardad, pues, con sosiego; dentro de dos, de cuatro, o de seis horas, a lo sumo, Planchet estará aquí: así lo prometió él, y yo tengo mucha fe en las promesas de Planchet, que a mi ver es muchacho de prendas.

—¿Y si no llega? —replicó D'Artagnan.

—Señal de que se habrá retrasado, y nada más. Puede haber caído del caballo, hecho una cabriola por encima del pretil de un puente, o haber corrido con tal velocidad, que haya cogido una pulmonía. Tomemos en consideración lo imprevisto, señores; la vida es un rosario de contrariedades que el filósofo pasa riendo. Sed filósofos como yo, señores, sentaos a la mesa y bebamos; para ver el porvenir de color de rosa, no hay como mirarlo a través de un vaso de Chambertin.

—Conformes —exclamó D'Artagnan—, pero ya estoy harto de temer que, si bebo vino nuevo, no salga de la bodega de milady.

—Mal contentadizo sois —repuso Athos—, ¡una mujer tan hermosa!

—¡Una mujer de marca! —profirió Porthos, riéndose estrepitosamente.

Athos se estremeció, se secó con la mano el sudor que le corría por la frente, y, a su vez, se levantó con un ademán nervioso que no pudo reprimir.

Con todo eso transcurrió el día, y con la venida de la noche, que llegó con más lentitud, pero que al fin llegó, las cantinas se llenaron de gente.

Athos, que había embolsado la parte que del producto del diamante le correspondiera, pasaba el tiempo en el Parpaillot, en compañía de m. de Busigny, que, por lo demás, les diera una suculenta comida, y en el cual halló una pareja que ni hecha de encargo.

Busigny y Athos estaban, pues, jugando, como de costumbre, cuando dieron las siete y pasaron las patrullas que iban a reforzar los cuerpos de guardia.

A las siete y media tocaron retreta.

—Estamos perdidos —dijo D'Artagnan al oído de Athos.

—Queréis decir que hemos perdido —repuso con tranquilidad el mosquetero, mientras sacaba cuatro pistolas de su faltriquera y las ponía sobre la mesa. Y, dirigiéndose a sus amigos, añadió—: Venga, señores, a acostarnos, tocan retreta.

Athos salió del Parpaillot seguido de D'Artagnan.

Aramis iba un poco más atrás, dando el brazo a Porthos y mascullando versos, mientras el gigante, de tiempo en tiempo y en señal de desesperación se arrancaba pelos del bigote.

De pronto, y en medio de la oscuridad, los cuatro amigos divisaron un bulto, de forma familiar a D'Artagnan, y que con voz de este muy conocida, le dijo:

—Señor, os traigo la capa, pues la noche es fría.

—¡Planchet! —exclamó D'Artagnan, ebrio de gozo.

—¡Planchet! —repitieron Porthos y Aramis.

—Bueno, sí, Planchet —repuso Athos—, ¿qué hay de extraño en eso? El muchacho prometió estar de regreso a las ocho, y, ¿oís?, están sonando. Bien, Planchet, sois hombre de palabra; si algún día dejáis el servicio de vuestro amo, yo os tomo al mío.

—Nunca, nunca dejaré yo a m. D'Artagnan —contestó Planchet, mientras deslizaba en la mano de aquel un billete.

D'Artagnan sentía vehementes impulsos de abrazar a Planchet, como lo abrazara a su partida; pero se refrenó temeroso de que tal muestra de cariño, dada a su lacayo en medio de la calle, no pareciese extraordinaria a algún transeúnte.

—Tengo en mi poder la contestación —dijo el mozo a Athos y a sus amigos.

—Está bien —profirió Athos—, vayamos a vuestra tienda, y la leeremos.

D'Artagnan, a quien el billete le quemaba la mano, quería apresurarse; pero Athos le cogió el brazo y lo pasó bajo el suyo, y el mozo no tuvo más remedio que adaptar su marcha a la de su amigo.

Por fin entraron en la tienda, encendieron una lámpara, y mientras Planchet vigilaba a la puerta para que los cuatro amigos no se viesen sorprendidos,

D’Artagnan rompió con mano temblorosa el sello y abrió la tan suspirada carta, la cual no contenía más que media línea de escritura inglesa y de concisión espartana. Decía:

Thank you, be easy.

O lo que es lo mismo: «Gracias; estad tranquilo».

Athos tomó de manos de D’Artagnan el billete, lo aplicó a la llama de la lámpara, y no lo soltó hasta que hubo quedado reducido a cenizas. Luego llamó a Planchet, y le dijo:

—Puedes reclamar ahora las setecientas libras, por más que no arriesgabas mucho con un billete como ese.

—El que haya discurrido yo todo lo imaginable para esconderlo, no es pecado —contestó Planchet.

—Cuéntanos eso —dijo D’Artagnan.

—¡Diantre! Es muy largo, señor.

—Tienes razón, Planchet —profirió Athos—. Por otra parte, han tocado retreta, y llamaríamos la atención si conservásemos encendida la lámpara más tiempo que los demás.

—Entonces, acostémonos —dijo D’Artagnan—. Duerme bien, Planchet.

—A fe mía que será la primera vez después de dieciséis días —contestó el lacayo.

—Y yo también —dijo D’Artagnan.

—Y yo —repuso Porthos.

—Y yo —profirió Aramis.

—Pues bien —exclamó Athos—, ¿queréis que os diga la verdad? Y yo lo mismo.

XLIX

FATALIDAD

Milady, que no podía familiarizarse con la idea de que había sido insultada por D'Artagnan y amenazada por Athos, y salía de Francia sin haberse vengado de ellos, ebria de cólera, rugía en la cubierta del buque como leona a la que embarcan. Su primer impulso fue arrojarse al agua para volver a la costa; y llegó a ser para ella tan insoportable el pensamiento que la dominaba, que a riesgo de cuanto pudiera sucederle a ella misma, por terrible que fuese, pidió al capitán que la condujese nuevamente a tierra. Sin embargo, el capitán, que no veía la hora de salir de su comprometida situación, pues se hallaba entre los cruceros franceses e ingleses, como el murciélago entre los ratones y los pájaros, y por tanto estaba anheloso de llegar a Inglaterra, se negó obstinadamente a prestarse a aquel, para él, capricho de mujer, si bien prometió a su pasajera, a la cual, por otra parte, Richelieu se la recomendara eficazmente, que si el mar y los franceses lo permitían, la desembarcaría en uno de los puertos de Bretagne, en Lorient o en Brest. Entretanto, como el viento era contrario y borrascosa la mar, navegaban de bolina.

Hasta nueve días después de haber salido de la Charente, milady, pálida de rabia y de despecho, no divisó las azuladas costas del Finisterre.

Lady Clarick calculó que para atravesar aquella porción de Francia y llegar hasta el cardenal, necesitaba emplear por lo menos tres días, que, sumados al del desembarco, hacían cuatro, o sea, junto con los nueve invertidos ya en la navegación, trece días perdidos, durante los cuales podían pasar en Londres mil acontecimientos importantes.

Milady, que calculó también que su regreso enfurecería al cardenal, y que este, por lo tanto, estaría más dispuesto a escuchar las quejas que contra ella le dieran que no las acusaciones que ella le presentara contra los demás, dejó, pues, pasar Lorient y Brest, sin insistir al capitán, que, de su parte, se guardó de advertirla.

Continuó, pues, lady Clarick su ruta, y el día mismo en que Planchet se embarcaba en Portsmouth para Francia, la mensajera de Richelieu entraba en el puerto.

En la ciudad reinaba un movimiento extraordinario; acababan de ser botadas al agua cuatro grandiosas naves recién construidas. En pie sobre la escollera, engalanado de oro, deslumbrante, según su costumbre, de pedrería y de diamantes,

y con el sombrero adornado con una pluma blanca que le caía hasta el hombro, estaba Buckingham, rodeado de un estado mayor casi tan rumboso como él.

Hacía un día hermosísimo, uno de esos contados días de invierno en que Inglaterra se acuerda de que hay sol. El astro rey, algo apagado, pero todavía rutilante, caminaba a su ocaso, matizando de ígneas fajas el firmamento y el mar y bañando las torres y las vetustas casas de la ciudad con un postrer rayo de oro que hacía brillar los cristales cual si reflejasen las llamas de un incendio. Milady, al respirar el aire del mar, más penetrante y balsámico en la proximidad de la tierra, al contemplar aquellos formidables preparativos que ella tenía el encargo de destruir, y el poder de aquella escuadra que ella sola debía combatir con algunos talegos de oro, se comparó mentalmente a Judith, la terrible hebrea, cuando entró en el campo de los asirios y vio el inmenso balumbo de carros, caballos, hombres y armas a los que con solo mover la mano iba a aventar como una columna de humo.

El buque entró en la rada; pero en el instante en que iba a echar el ancla, se acercó a él un pequeño cúter formidablemente armado, fingiéndose guardacostas, y arrió su bote, en el que se embarcaron un oficial, un contramaestre y ocho remeros.

Cuando el bote hubo atracado al costado de la embarcación en que iba milady, el oficial subió a bordo, donde fue recibido con toda la deferencia que inspira el uniforme, y después de cruzar algunas palabras con el capitán le dio a leer algunos documentos que llevaba consigo. Inmediatamente después, el capitán hizo llamar a cubierta a toda la gente que había en el buque, tripulación y pasajeros.

Hecho este llamamiento, el oficial preguntó en alta voz cuál era el puerto de partida de la corbeta, cuál la ruta que hiciera y en qué puertos había tocado; luego, y en cuanto el capitán hubo respondido satisfactoria y resueltamente a estas preguntas, pasó, uno tras otro, revista a todos, y se paró ante milady, en la que, sin dirigirle ni una palabra, fijó una mirada persistente y escrutadora.

El oficial se acercó nuevamente al capitán, y después de dirigirle algunas palabras más, y como si desde aquel instante el buque no debiese obedecer a otro que a él, ordenó una maniobra que la tripulación ejecutó inmediatamente.

La corbeta aró de nuevo las aguas, escoltada por el pequeño cúter, que bogaba a toca penoles con ella y amenazaba su costado con la boca de sus seis piezas de artillería, mientras el bote, hormiga junto a un elefante, se mecía, a remolque, en la estela de aquella.

Ya habrá supuesto el lector que milady, durante el examen al que la sometió el oficial, había devorado a su vez a este con la mirada. Sin embargo, pese al hábito que tenía aquella mujer de ojos flamígeros de leer en el corazón de las personas de las que necesitaba adivinar los secretos, se encontró con un rostro tan impasible, que su investigación resultó totalmente infructuosa.

El oficial que se detuviera ante milady y, silenciosamente, la estudiara con tal escrúpulo, estaba entre los veinticinco y los veintiséis años de edad, tenía blanco el rostro, zarcos y un tanto hundidos los ojos, boca inmóvil de labios delgados y de forma correcta, barbilla abultada, signo de firmeza de carácter, pero que, en el tipo vulgar británico, suele no ser más que señal de pertinacia, y frente ligeramente echada hacia atrás, que tan bien sienta a poetas, entusiastas y militares, estaba apenas sombreada por una cabellera corta y escasa que, como la barba que le cubría lo bajo de la cara, era de un hermoso color castaño oscuro.

Al entrar en el puerto, había cerrado ya la noche, y la bruma, que hacía aún más densa la oscuridad, formaba en torno de los faroles y de las linternas de los muelles un cerco semejante al que rodea la luna cuando el tiempo amenaza lluvia.

Se respiraba un ambiente triste, húmedo y frío.

Milady, pese a su firmeza, sentía algo así como estremecimientos de terror.

El oficial hizo que le indicasen el equipaje de lady Clarick, y lo mandó trasladar al bote; luego incitó a aquella a que descendiese de la corbeta y le presentó la mano para ayudarla a entrar en la pequeña embarcación.

—¿Quién sois vos que me hacéis la merced de ocuparos tan particularmente de mí, caballero? —preguntó milady, mirando al oficial y titubeando.

—En mi uniforme debéis echarlo de ver, señora —respondió el joven—; soy oficial de la marina inglesa.

—Bueno, sí; pero ¿es costumbre que los oficiales de la marina inglesa se pongan a las órdenes de sus compatriotas cuando estos arriban a un puerto de la Gran Bretaña, y llevan su galantería hasta el extremo de conducirlos a tierra?

—Sí, milady, es costumbre, no por galantería, sino por prudencia, conducir, en tiempo de guerra, a los extranjeros a un hostal previamente designado, a fin de que permanezcan bajo la vigilancia del gobierno hasta que no se haya obtenido acerca de ellos la más amplia información.

El oficial pronunció estas palabras con la más exquisita civilidad y la calma más completa. Sin embargo, no tuvieron el don de convencer a lady Clarick.

—Es que yo no soy extranjera, caballero —repuso milady en el inglés más castizo que se haya hablado desde Portsmouth a Manchester—; soy lady Clarick, y esta providencia…

—Esta providencia es general, milady, y en vano intentaríais sustraeros a ella.

—Bien está, os seguiré, pues.

Y, aceptando la mano del oficial, milady empezó a bajar por la escalera al pie de la cual estaba aguardando el bote, en cuya popa estaba tendida una gran capa.

El oficial siguió a lady Clarick, y después de hacerla sentar sobre la capa, tomó sitio junto a ella.

—Remad —dijo el oficial a los marineros.

Los ocho remos hendieron a una las olas, y el bote se deslizó cual gaviota por la superficie de las aguas.

Cinco minutos después, el bote atracó a tierra y el oficial saltó al muelle y ofreció la mano a milady, que al ver un coche allí parado, preguntó a su acompañante:

—¿Es para nosotros ese coche?

—Sí, señora —respondió el oficial.

—¿Conque está muy lejos el hostal?

—Al otro lado de la ciudad.

—Vamos —dijo milady, subiendo resueltamente al coche. El oficial hizo colocar cuidadosamente las maletas en la zaga del carruaje y, terminada esta operación, tomó asiento junto a lady Clarick y cerró la portezuela.

Al punto, sin que le diesen orden alguna ni hubiese necesidad de indicarle adónde debía encaminarse, el cochero partió al galope y se internó en las calles de la ciudad.

Un recibimiento tan extraño debía de ser para milady objeto de profunda meditación; por tanto, al ver que el joven oficial no estaba, al parecer, dispuesto de ninguna manera a entablar conversación, se recodó en un rincón del coche y una tras otra pasó revista a todas las suposiciones que la imaginación le sugería.

Sin embargo, al cabo de quince minutos y admirada de la largura del camino, milady se asomó a la portezuela para ver adónde la conducían; pero al no percibir ya casa alguna, sino árboles que aparecían en medio de las tinieblas como descomunales y negros fantasmas que corrían unos en pos de otros, se estremeció y dijo a su acompañante:

—Pero caballero, ya hemos salido de la ciudad. El oficial no despegó los labios.

—Si no me manifestáis adónde me conducís, no voy más allá, os lo advierto —prosiguió milady. Esta amenaza no obtuvo respuesta alguna.

—¡Oh! Esto es demasiado —exclamó lady Clarick—. ¡Socorro! ¡Socorro!

Ni una voz respondió a la de aquella mujer.

El coche continuó su rápida carrera; el oficial parecía una estatua.

Lady Clarick miró a su acompañante con expresión terrible, con una de esas expresiones peculiares de su rostro y que rarísima vez dejaban de producir efecto; la cólera le hacía brillar las pupilas en medio de las tinieblas.

El joven continuó impasible y, al ver que milady se disponía a abrir la portezuela para precipitarse por ella, dijo con frialdad:

—Idos con tiento, señora, si saltáis a la vía, os mataréis.

Milady volvió a sentarse, echando espumarajos; el oficial se inclinó, la miró a su vez y pareció sorprendido de ver aquella cara, tan hermosa hasta entonces, trastornada por la rabia hasta la deformidad. Lady Clarick, que era el prototipo de la

astucia, comprendió que dejando de tal suerte al descubierto su alma, estaba perdida; así pues, serenó sus facciones, y profirió con voz gemebunda:

—Por Dios, caballero, decidme a quién debo atribuir la violencia de que soy víctima, si a vos, a vuestro gobierno, o a un enemigo.

—No os hacen violencia alguna, señora —respondió el oficial—; sois simplemente objeto de una disposición que nos hemos visto obligados a tomar para con todos los que desembarcan en Inglaterra.

—Entonces ¿no me conocéis vos? —preguntó milady al oficial.

—Esta es la primera vez que tengo la honra de veros.

—¿Me dais palabra de que no tenéis ningún motivo de odio contra mí?

—Ninguno, palabra.

Había tanta serenidad, tanta calma y aun tanta dulzura en la voz del joven, que milady se tranquilizó.

Por fin y tras una hora de marcha, el coche se detuvo ante una reja de hierro que cerraba un camino encajonado que conducía a un robusto y aislado castillo de severa arquitectura. Entonces, al dar la vuelta el carruaje sobre una capa de fina arena, milady oyó un prolongado mugido, en el que conoció el rumor del mar que viene a desmenuzarse en una costa escarpada.

El coche pasó bajo dos bóvedas, y se paró en un patio sombrío y cuadrado; casi al punto se abrió la portezuela, y el joven se apeó ligeramente y ofreció la mano a milady, que se apoyó en ella y bajó a su vez con bastante calma.

—Sea lo que fuere, heme presa —dijo lady Clarick, mirando a todas partes y fijando luego los ojos en el oficial, mientras por sus labios vagaba la más graciosa sonrisa—; pero estoy segura de que no será para mucho tiempo; de ello me salen garantes mi conciencia y vuestra cortesía.

Por muy lisonjeras que fuesen estas palabras, el oficial no respondió ninguna; pero, sacando de su cinturón un silbato de plata semejante a los que usan los contramaestres de los buques de guerra, le dio por tres veces voz de su aliento y en otras tantas modulaciones, y a su llamamiento acudieron algunos hombres que desengancharon los humeantes caballos y entraron el coche en una cochera.

Entonces el oficial, siempre con la misma sosegada civilidad, invitó a milady a que entrase en el castillo.

Milady, que no había borrado de su boca la sonrisa, se apoyó en el brazo de su acompañante, y entró con él por una puerta baja y cimbrada que, a través de una bóveda alumbrada únicamente al final, conducía a una escalera de caracol, labrada de sillares; luego, se detuvieron ante una maciza puerta que, después de haber el joven introducido en la cerradura de ella una llave que consigo traía, giró pesadamente sobre sus goznes y abrió paso a la habitación destinada a milady.

Esta abrazó de una sola ojeada y en sus más mínimos ápices la pieza aquella, cuyo mobiliario tanto cuadraba a una prisión como a una habitación de hombre libre; no obstante, los barrotes de las ventanas y los cerrojos exteriores de la puerta fallaban en favor de la prisión.

Por un instante, aquella mujer de alma templada en los manantiales más vigorosos se sintió desfallecer, y cayendo en un sillón, cruzó los brazos, bajó la cabeza, y esperó que de un momento a otro entrara el juez para interrogarla.

Pero solo entraron dos o tres soldados de marina que trajeron las maletas y las cajas, las dejaron en un rincón y se retiraron sin chistar.

El oficial dirigía todos los pormenores con la misma calma de la que hasta entonces milady fuera testigo, sin proferir tampoco una palabra, y haciéndose obedecer a toque de silbato o por medio de señales con la mano.

No parecía sino que entre aquel hombre y sus subordinados no existía la lengua hablada o que esta se había hecho inútil.

—Por Dios —exclamó al fin lady Clarick, no pudiendo refrenarse por más tiempo—; por Dios, caballero, ¿qué significa cuanto está pasando? Sacadme de mi incertidumbre; tengo valor para sobrellevar todo peligro que preveo, toda desventura que comprendo. ¿Dónde estoy y qué soy aquí? Si estoy libre, ¿por qué esas rejas y esas puertas? Si presa, ¿qué crimen he cometido?

—Señora —respondió el oficial—, aquí estáis en la habitación que se os ha destinado. He recibido la orden de ir a por vos a bordo y conduciros a este castillo, lo cual me parece que he cumplido con la rigidez de un soldado, a la vez que con la cortesía de un caballero. Aquí acaba, al menos por ahora, mi cometido respecto de vos; lo demás atañe a otra persona.

—Y esta otra persona, ¿quién es? ¿No podéis decirme cómo se llama? —preguntó milady.

En esto se oyó, por la parte de la escalera, un gran ruido de espuelas; pasaron y se apagaron algunas voces, y se acercó a la puerta rumor de pasos de un solo hombre.

—Esa persona, señora, hela aquí —dijo el oficial, apartándose de la puerta y cuadrándose en señal de respeto y sumisión.

Al mismo tiempo, se abrió la puerta y dio paso a un hombre que llevaba descubierta la cabeza, ceñía espada, y estrujaba entre los dedos un pañuelo.

A milady le pareció reconocer a aquella sombra en medio de la sombra, apoyó las manos en los brazos del sillón y avanzó la cabeza como para salir al encuentro de la realidad.

El recién llegado entró con lentitud en el aposento, y a proporción que avanzaba e iba penetrando en la zona de luz proyectada por la lámpara, milady reculaba involuntariamente.

—¡Cómo! ¡Mi hermano! ¿Sois vos? —exclamó lady Clarick, cuando ya no le cupo ninguna duda y en el colmo del estupor.

—El mismo, hermosa dama —respondió lord Winter, haciendo un saludo entre cortés e irónico.

—Entonces, este castillo…

—Es mío.

—Este aposento…

—Es el vuestro.

—Entonces ¿estoy presa?

—Casi casi.

—Este es un escandaloso abuso de fuerza.

—Dejaos de palabras retumbantes; sentémonos y conversemos tranquilamente, como debe hacerse entre hermanos.

Y, volviéndose hacia la puerta, y al ver que el joven oficial estaba aguardando sus últimas órdenes, lord Winter dijo:

—Está bien, os doy las gracias, m. Felton; ahora, dejadnos.

L

CONVERSACIÓN ENTRE UN HERMANO Y UNA HERMANA

Durante el tiempo que lord Winter empleó en cerrar la puerta, entornar un postigo y acercar un asiento al sillón de su cuñada, esta, pensativa, con los ojos de la mente hurgó en las profundidades de la posibilidad, y descubrió toda la trama que, mientras ignoró en qué manos había caído, ni siquiera pudo entrever. Milady sabía que su cuñado era pundonoroso, gran cazador, jugador infatigable y galanteador, pero menos que mediano intrigante. ¿Cómo, pues, pudo haber descubierto su llegada, y hacerla prender? ¿Por qué la retenía?

Cierto es que las palabras de Athos demostraban que la conversación que ella sostuviera con el cardenal había sido recogida por oídos extraños, pero no podía admitir que pudiesen haber abierto tan pronto y tan atrevidamente una contramina. Más bien temió que hubiesen sido descubiertas sus operaciones precedentes en Inglaterra. Buckingham podía haber adivinado que la que le cortara los herretes había sido ella, y decidir vengarse de esta pequeña traición; pero Buckingham era incapaz de cometer un exceso contra una mujer, máxime cuando esa mujer pudo haber obrado movida por los celos.

Milady tuvo por más verosímil esta última suposición, y por tanto le pareció que el propósito no era el de precaverse contra el porvenir, sino el de vengarse de su pasado. Sin embargo, y fuese lo que fuere, prefería haber caído en poder de su cuñado, a quien contaba vencer, con facilidad, que en manos de un enemigo personal e inteligente.

—Sí, conversemos, hermano mío —profirió con cierta jovialidad lady Clarick, resuelta a sacar de la conversación, pese al disimulo de que en ella pudiese valerse lord Winter, todas las aclaraciones que le eran menester para regular su conducta venidera.

—¿Conque os habéis decidido a volver a Inglaterra —dijo lord Winter— a pesar de haberme manifestado repetidas veces en París que nunca jamás volveríais a sentar la planta en el territorio de la Gran Bretaña?

—Ante todo —profirió milady, respondiendo a la pregunta con otra pregunta—, decidme cómo me habéis hecho espiar con tal severidad para estar advertido de antemano no solo de mi llegada, mas también del día, de la hora y del puerto en el que yo llegaría.

—Primero decidme vos, mi querida hermana, qué venís a hacer en Inglaterra —exclamó lord Winter, que adoptó la misma táctica que milady, suponiendo que, dado que esta la empleaba, debía ser la mejor.

—Vengo a veros —profirió lady Clarick, sin saber cuánto agravaba, con semejante respuesta, las sospechas que hiciera nacer en el ánimo de su cuñado la carta de D'Artagnan, y queriendo únicamente captarse con una mentira la benevolencia de su oyente.

—¡Ah!, ya. A verme, ¿eh? —dijo con socarronería lord Winter.

—Claro que sí; ¿qué hay de extraordinario en eso?

—¿Y no os trae otro fin que el de verme?

—No.

—Así pues, ¿para mí solo os habéis tomado la molestia de atravesar la Mancha?

—Solo para vos.

—¡Diablos! ¡Cuánta ternura, hermana mía!

—¿Acaso no soy yo vuestra parienta más cercana? —exclamó milady con voz llena de tierna ingenuidad.

—Y también mi única heredera, ¿no es eso? —repuso lord Winter, mirando de hito en hito a su interlocutora.

Milady, por mucho que fuese el dominio que tenía sobre sí, no pudo menos de estremecerse, y como al pronunciar las últimas palabras que dijera, lord Winter había puesto la mano sobre el brazo de su cuñada, no le pasó inadvertido aquel estremecimiento.

Lo primero que se le ocurrió a milady, al recibir tal estocada, que realmente era recta y profunda, fue que había sido vendida por Ketty, y que esta contara al lord la interesada aversión cuyas señales dejara imprudentemente vislumbrar ante su doncella; luego recordó la furiosa e indiscreta salida que hiciera contra D'Artagnan, cuando este salvó la vida al barón.

—No os comprendo, milord —repuso lady Clarick para ganar tiempo y hacer hablar a su adversario—. ¿Qué queréis decir? ¿Encierran algún misterio vuestras palabras?

—¿Misterio? No —dijo lord Winter con aparente sencillez—; se os antoja verme, y venís a Inglaterra. Llega a mi noticia vuestro antojo, o más bien adivino que lo sentís, y para evitaros las molestias de una llegada nocturna a un puerto y las fatigas de un desembarco, envío a uno de mis oficiales a vuestro encuentro, pongo un coche a su disposición, y os conduce aquí, a este castillo, del que soy gobernador, al que vengo todos los días, y en el cual he mandado que os prepararan un cuarto para que los dos pudiésemos satisfacer nuestro deseo de vernos mutuamente. ¿Qué hay en lo que digo que sea más extraño que lo que vos me habéis dicho?

—Nada, lo que a mí me admira es que os hubiesen puesto al corriente de mi llegada.

—Sin embargo, es lo más sencillo de este mundo —exclamó lord Winter—. ¿No visteis que el capitán de vuestro buque, al entrar en la rada, envió por delante y a fin de obtener su entrada en el puerto un pequeño bote portador de su cuaderno de bitácora y de su registro de la gente que llevaba a bordo? Pues bien, como yo soy capitán del puerto, me han traído este libro, y al leer en él vuestro nombre, mi corazón me ha dicho lo que vuestra boca acaba de confirmarme, esto es, con qué fin os habíais expuesto a los riesgos de una mar tan peligrosa o a lo menor tan fatigante en este instante, y he enviado mi cúter a vuestro encuentro. Lo demás ya lo sabéis.

—¿No era milord Buckingham el que he visto en el muelle esta tarde, al llegar? —profirió milady, más asustada aún al conocer que su cuñado mentía.

—El mismo; comprendo que su presencia os haya llamado la atención: venís de una tierra donde deben de ocuparse mucho en él, y me consta que sus armamentos contra Francia preocupan grandemente a vuestro amigo el cardenal.

—¡Mi amigo el cardenal! —exclamó milady, al ver que, respecto de este particular como del otro, su cuñado parecía estar instruido de todo.

—¿Conque no es amigo vuestro? —repuso con indolencia el barón—; perdonad, yo tenía entendido que lo era; pero ya volveremos a hablar de milord duque más tarde, no nos desviemos del rumbo sentimental que había tomado la conversación. ¿Decíais que vuestra venida no obedece más que a vuestro deseo de verme?

—A nada más.

—Y yo os he contestado que quedaríais servida a pedir de boca y que nos veríamos diariamente.

—Así pues, ¿debo permanecer aquí a perpetuidad? —preguntó milady con cierta zozobra.

—¿Os parece que estarías mal alojada, hermana mía? Pedid cuanto necesitéis, y haré que os lo traigan sin demora.

—Pero no tengo mis doncellas, ni mis criados…

—No os faltarán, señora; decidme con qué tren había puesto su casa vuestro primer marido, y aunque no soy más que vuestro cuñado, haré como aquel.

—¡Mi primer marido! —prorrumpió lady Clarick, mirando a milord con ojos de azoramiento.

—Quiero decir, vuestro marido francés; no me refiero a mi hermano. Por lo demás, si lo habéis olvidado, como todavía vive, podría escribirle yo para que me ilustrara sobre el particular.

—Estáis bromeando —dijo con voz sorda milady, cuya frente se humedeció de frío sudor.

—¿Tengo yo cara de bromear? —preguntó el barón, levantándose y retrocediendo un paso.

—O más bien me estáis insultando —prosiguió lady Clarick oprimiendo con sus crispadas manos los brazos del sillón y levantándose sobre sus muñecas.

—¡Insultaros yo! —exclamó lord Winter con desprecio—; ¿y vos creéis que tal es posible?

—En verdad, caballero —dijo milady—, o estáis ebrio o habéis perdido el juicio; salid y enviadme una doncella.

—Las doncellas son muy indiscretas, hermana mía; yo podría desempeñar este oficio para con vos, y de esta suerte quedarían en familia todos nuestros secretos.

—¡Insolente! —exclamó milady, la cual, como despedida por un muelle, se echó de un brinco sobre el barón, que la aguardaba con los brazos cruzados, pero con una mano en la empuñadura de su espada.

—¡Alto ahí! Ya sé que acostumbráis a asesinar al prójimo, pero os advierto que yo me defenderé, aunque sea contra vos —repuso Winter.

—¡Oh! Tenéis razón —exclamó milady—; me parecéis lo suficientemente cobarde como para poner la mano sobre una mujer.

—Quién sabe; por otra parte, mi acción tendría una excusa, por cuanto mi mano no sería la primera mano de hombre que se hubiese puesto sobre vos —dijo el barón, indicando con ademán lento y acusador el hombro izquierdo de milady y casi tocándolo con el dedo.

Milady lanzó un rugido sordo, y retrocedió hasta uno de los rincones del aposento, cual pantera que busca apoyo para arremeter.

—Rugid cuanto os plazca —dijo lord Winter—, pero no intentéis morder, porque redundaría en vuestro perjuicio, os lo advierto; aquí no hay procuradores que arreglen de antemano las herencias, ni caballero andante que venga a buscarme quimera en favor de la hermosa dama a quien retengo presa; pero cuento con jueces que dispondrán de una mujer bastante desvergonzada para deslizarse, bígama, en el lecho de lord Winter, mi hermano mayor, y tened por seguro que esos jueces os librarán a un verdugo que os pondrá iguales los dos hombros.

Tales eran los rayos que lanzaban las pupilas de milady, que el barón, por más que era hombre e iba armado y se las había con una mujer inerme, sintió penetrar hasta su alma el frío del hielo; sin embargo, continuó con furor creciente:

—Sí, comprendo que después de haber heredado de mi hermano, os hubiera venido de perlas heredar de mí; pero matadme o hacedme matar, ya he tomado mis precauciones para que no pasara a vuestras manos ni un penique de mis bienes. Poseyendo, como poseéis, casi un millón, ¿no estabais bastante rica para deteneros en vuestra vía funesta, si no hicieseis el mal por solo el placer infinito y supremo de hacerlo? ¡Ah! Yo os aseguro que si la memoria de mi hermano no fuese tan sagrada

para mí, iríais a pudriros en una mazmorra del Estado o a saciar la curiosidad de los marineros en Tyburn. Yo me callaré, con tal que soportéis con paciencia vuestro cautiverio. Dentro de quince o veinte días parto con la armada para La Rochelle; pero la víspera vendrá por vos una nave, a la que veré partir, y que os conducirá a nuestras colonias del sur; y os advierto que os daré un compañero que os levantará la tapa de los sesos a la primera tentativa que hagáis para regresar a Inglaterra o al continente.

Milady escuchaba con una atención que dilataba sus inflamados ojos.

—Por el momento —continuó lord Winter—, viviréis en este castillo, que tiene gruesos los muros, robustas las puertas y firmes los enrejados; por otra parte, la ventana de este aposento da perpendicularmente en el mar. Los hombres de mi tripulación montan la guardia en torno de esta pieza, y vigilan todos los pasos que conducen al patio, una vez en el cual, dado que consiguieseis llegar a él, todavía tendríais que atravesar tres rejas. La consigna es terminante: si dais un paso, si hacéis un ademán, si proferís una palabra que simule una evasión, harán fuego sobre vos, y si os matan, es seguro que la justicia inglesa me agradecerá el haberle ahorrado trabajo. ¡Ah! ¡Vuestras facciones recobran la calma, reaparece la confianza en vuestro rostro! Ya, ¡quince o veinte días!, os decís. ¡Bah! Tengo mucha inventiva, y de aquí a entonces se me ocurrirá alguna idea; tengo el instinto infernal, y hallaré alguna víctima. Dentro de quince días, os decís, estaré fuera de aquí. ¡Ah! Intentadlo.

Milady, al ver que su interlocutor había adivinado su pensamiento, se clavó las uñas en las carnes para domeñar toda manifestación que pudiese haber dado a su fisonomía otra significación que la de la angustia.

—El oficial que manda aquí en mi ausencia —prosiguió el barón— es el que ya habéis visto; si sabe o no cumplir con la consigna, vos misma lo habéis observado, porque vos no habéis venido de Portsmouth aquí, que os conozco, sin haber intentado hacerle hablar. ¿Qué os parece? ¿Habría permanecido más impasible y más muda una estatua de mármol? Vos habéis probado ya el poder de vuestros atractivos en muchos hombres, y por desgracia habéis triunfado siempre; pero probadlo en ese, y vive Dios que si conseguís encandilarlo, os tendré por el mismísimo demonio.

Lord Winter se encaminó a la puerta y, abriéndola de un voleo, dijo:

—A m. Felton, que suba.

Y, volviéndose hacia milady, añadió:

—Un instante más; voy a recomendaros a él.

Los dos personajes guardaron un silencio extraño, durante el cual se oyó un ruido de pasos lentos y cadenciosos que fueron acercándose. Poco después y en lo oscuro del corredor se dibujó una forma humana, y el joven teniente con quien ya hemos entablado conocimiento se detuvo al umbral, aguardando las órdenes del barón.

—Entrad, mi querido John —dijo lord Winter—, entrad y cerrad la puerta.

El joven oficial entró.

—Mirad a esa mujer, m. Felton —profirió el barón—: es joven y hermosa y tiene todos los atractivos terrenales; pues bien, aquí donde la veis, es un monstruo que, a la edad de veinticinco años, se ha hecho culpada de tantos crímenes cuantos podéis leer vos en un año en los archivos de nuestros tribunales; su voz predispone a su favor, su hermosura sirve de cebo a sus víctimas, y hasta su cuerpo satisface sus promesas, hay que hacerle esta justicia; intentará seduciros y quizá también mataros. Felton, os he arrancado de la miseria, os he hecho nombrar teniente, os he salvado una vez la vida, ya sabéis en qué ocasión; soy para vos no solo un protector, sino un amigo; no únicamente un bienhechor, mas también un padre. Esta mujer ha vuelto a Inglaterra para conspirar contra mi vida; tengo esa víbora en mis manos. Pues bien, os he enviado a buscar para deciros: amigo Felton, John, hijo mío, guárdame y sobre todo guárdate de esta mujer; júrame por tu salvación conservarla para el castigo a que se ha hecho acreedora. John Felton, confío en tu palabra; John Felton, creo en tu lealtad.

—Milord —contestó el joven oficial, dando a su pura mirada toda la expresión de odio que pudo hallar en su corazón—; milord, os juro que cumpliré vuestros deseos.

Milady recibió la mirada de Felton como víctima resignada: era imposible ver una expresión más sumisa y más suave que la que se traslucía entonces en su semblante. Apenas si el mismo lord Winter conoció en lady Clarick a la fiera a la que hacía poco se dispusiera a combatir.

—Nunca pondrá los pies fuera de este aposento, ¿oís, John? —continuó el barón—, ni corresponderá con persona alguna más que con vos, si es que vos tenéis a bien concederle la honra de dirigirle la palabra.

—Es suficiente, milord, he jurado.

—Y ahora, señora —dijo lord Winter—, ved de poneros bien con Dios, pues ya estáis juzgada por los hombres.

Milady dejó caer la cabeza, cual abrumada por tal juicio. Lord Winter salió, haciendo una seña a Felton, que le siguió y cerró la puerta.

Poco después se oyó en el corredor el sordo paso de un soldado de marina que hacía de centinela con su hacha al cinto y su mosquete en la mano.

Milady permaneció en la misma actitud durante algunos minutos, por si la estaban espiando al través del ojo de la llave; luego levantó con lentitud la cabeza, que tomara nuevamente una formidable expresión de amenaza y de reto, corrió a la puerta para escuchar, se asomó a la ventana, y, volviendo para hundirse en un gran sillón, se entregó a profundas reflexiones.

LI

¡OFICIAL!

Entretanto, Richelieu aguardaba nuevas de la Gran Bretaña, pero no llegaba ninguna que no fuese desagradable y amenazadora.

Por muy bien cercada que estuviese La Rochelle, por seguro que pudiese parecer el triunfo, gracias a las precauciones tomadas y sobre todo al dique que ya impedía que entrase en la ciudad sitiada ni siquiera una barca, el bloqueo podía durar aún mucho tiempo, lo cual era gran afrenta para las armas del rey y causa de no menor inquietud para el cardenal, que si bien ya no tenía ocasión de enemistar a Luis XIII con Ana de Austria, pues ya estaban enemistados, debía reconciliar a Bassompierre con el duque de Angoulême.

En cuanto al hermano del rey, que había empezado el sitio, dejó a Richelieu el cuidado de acabarlo.

A pesar de la increíble perseverancia de su alcalde, los habitantes de La Rochelle habían intentado algo así como una sedición para rendirse; pero habiendo aquel hecho ahorcar a los amotinadores, los exaltados se calmaron y decidieron dejarse perecer de hambre, muerte que les pareció más lenta y menos segura que el tránsito por estrangulación.

Por su parte, y de tiempo a tiempo, los sitiadores cogían a alguno de los emisarios que los rochelanos enviaban a Buckingham, o a alguno de los espías que Buckingham enviaba a los rochelanos. En uno como en otro, caso la causa era sumaria; el cardenal no pronunciaba más que una sola palabra:

«¡Ahorcadlo!». Convidaban al rey a presenciar el ahorcamiento, y el rey acudía con languidez, y se colocaba en buen sitio para ver con todo detalle la operación. Esto siempre lo distraía poco o mucho y le hacía sobrellevar el sitio, si bien no lo sacaba de su profundo aburrimiento y a cada dos por tres hablase de volverse a París; de modo que de haberse acabado los espías y los emisarios, su eminencia se habría visto grandemente apurado, pese a su fecunda imaginación.

Con todo eso el tiempo iba su camino, y los rochelanos no se rendían. El último espía a que los sitiadores echaran el guante, era portador de una carta a Buckingham; pero, aunque en la carta aquella los sitiados manifestaban que la ciudad estaba reducida al último extremo, en vez de añadir: «Si antes de quince días no nos llega

vuestro socorro, nos rendiremos», decía, sencillamente: «Si antes de quince días no nos llega vuestro socorro, cuando este llegue todos habremos perecido de hambre».

Los rochelanos, pues, no tenían esperanzas más que en Buckingham; Buckingham era su Mesías. Era evidente que si tarde o temprano llegaban a saber de una manera positiva que ya no podían contar con el duque, con la esperanza perderían el ánimo.

Por eso los sitiados aguardaban, con gran impaciencia, nuevas de la Gran Bretaña, nuevas que debían anunciar que Buckingham no vendría.

En el consejo del rey se había discutido más de una vez sobre si debían o no debían los sitiadores tomar la ciudad a viva fuerza; pero se había renunciado constantemente a ello; en primer lugar, La Rochelle parecía inexpugnable, luego el cardenal, por más que él mismo hubiese dicho, sabía claramente que el horror de la sangre vertida en aquel choque, en que debían luchar franceses contra franceses, implicaba un retroceso de sesenta años en la política, y Richelieu era, en aquel entonces, lo que hoy se conoce por un hombre de progreso. En efecto, el saqueo de La Rochelle y el degüello de tres o cuatro mil hugonotes, que se hubiesen hecho matar, se habría parecido en demasía, en 1628, a la matanza de la noche de la Saint-Barthélemy, en 1572. Además, y por encima de todo esto, aquel proceder extremo, al cual el rey, como buen católico que era, no hacía oposición alguna, se estrellaba siempre contra el argumento que a él oponían los generales sitiadores: a La Rochelle, decían estos, no hay quien la rinda más que por hambre.

Richelieu no podía apartar de su espíritu el temor en que le abismaba su terrible emisaria; también él había comprendido las extrañas proporciones de aquella mujer, ora sierpe, ora león. ¿Lo había traicionado? ¿Estaba muerta? Como quiera que fuese, el cardenal la conocía lo bastante para saber que trabajando para él o contra él, amiga o enemiga, milady no permanecía inactiva sino a causa de grandes obstáculos; pero ¿de dónde provenía el impedimento? Ahí lo que su eminencia ignoraba.

Por otra parte, Richelieu contaba, y con razón, con lady Clarick; y es que había adivinado en el pasado de aquella mujer cosas terribles que únicamente su capa cardenalicia podía cubrir, y conocía que por una causa u otra milady le era realmente devota, ya que solo en él podía hallar un apoyo superior al peligro que la amenazaba.

El cardenal resolvió, pues, hacer la guerra solo y no aguardar ningún suceso extraño a él más que como el hombre aguarda una contingencia afortunada.

Tomada tal determinación, Richelieu mandó continuar los trabajos del famoso dique que debía hambrear a La Rochelle; entretanto, dirigió los ojos hacia aquella desgraciada ciudad, que encerraba tantas y tan hondas miserias y tantas y tan heroicas virtudes, y, acordándose de Luis XI, su predecesor político, como él lo era a su vez de Robespierre, trajo a la mente esta máxima del compadre de Tristán: «Dividir para reinar».

Enrique IV, cuando puso cerco a París, hacía arrojar pan y víveres por encima de las murallas; Richelieu hizo arrojar papeles escritos en los que hacía evidente a los rochelanos cuán egoísta, injusta y bárbara era la conducta de sus jefes; estos poseían trigo en abundancia, y no lo compartían, adoptando por máxima, pues también tenían máximas, que poco importaba que muriesen las mujeres, los niños y los ancianos, con tal que los hombres que debían defender las murallas de la ciudad conservasen el vigor y la salud. Hasta entonces, ora fuese por abnegación, ora por imposibilidad de oponerse a ella, la mencionada máxima, sin ser generalmente adoptada, había pasado, sin embargo, de la teoría a la práctica; pero los escritos del cardenal la vulneraron. En ellos se recordaba a los hombres que los niños, las mujeres y los ancianos a quienes se dejaba perecer eran sus hijos, esposas y padres, y que lo justo fuera que todos sin excepción quedasen reducidos a la miseria común, a fin de que siendo para todos una misma la situación, hubiese unanimidad en las resoluciones.

Aquellos escritos produjeron todo el efecto que se podía esperar el que los escribiera: muchos fueron los habitantes que determinaron abrir negociaciones particulares con el ejército del rey.

Pero en el momento en que Richelieu ya veía fructificar su estratagema y se congratulaba de haberla puesto en planta, un rochelano que había atravesado las líneas de los sitiadores, Dios sabe cómo, tal era la vigilancia de Bassompierre, Schomberg y el duque de Angoulême, vigilados a su vez por el cardenal, entró en la ciudad, procedente de Portsmouth, diciendo que había visto una magnífica flota dispuesta a darse a la vela antes de ocho días. Además, Buckingham anunciaba al alcalde que por fin iba a declararse la gran liga contra Francia, y que esta iba a ser invadida simultáneamente por los ejércitos ingleses, imperiales y españoles. Dicha carta fue leída públicamente en todas las plazas, se fijaron copias de ella en las esquinas de las calles, y aquellos que abrieran negociaciones las interrumpieron, resueltos a aguardar aquel socorro tan pomposamente anunciado.

Esta circunstancia imprevista abismó nuevamente en sus primeras inquietudes a Richelieu, y le obligaron, a pesar suyo, a volver otra vez los ojos hacia el otro lado del mar.

Entretanto, el ejército real, libre de las zozobras de su verdadero y único jefe, llevaba una vida alegre, tanto más cuanto en el campamento no faltaban los víveres ni el dinero: todos los cuerpos rivalizaban en audacia y buen humor. Cazar espías y ahorcarlos, efectuar atrevidas expediciones por el dique o por el mar, concebir diabluras y ejecutarlas fríamente, tales eran los pasatiempos que hacían hallar cortos al ejército aquellos días tan largos, no solo para los rochelanos, roídos por el hambre y la ansiedad, mas también para el cardenal, que con tanto vigor los bloqueaba.

En ocasiones, cuando su eminencia, que siempre iba a caballo como el último gendarme del ejército, paseaba su pensativa mirada por aquellas obras, tan lentas en

comparación con su deseo, que bajo sus órdenes las construían los ingenieros que hacía venir de todos los rincones de Francia, si se encontraba con un mosquetero de la compañía de m. de Tréville, se acercaba a él y lo miraba de un modo singular, y si veía que no era uno de nuestros cuatro amigos, dejaba vagar por otra parte su profunda mirada y sus vastos pensamientos.

Un día en que, juguete de tedio mortal, perdida toda esperanza en las negociaciones con la ciudad, y sin nuevas de Inglaterra, Richelieu había salido sin otro fin que el de salir, acompañado únicamente de Cahusac y de La Houdinière, costeando la playa y confundiendo la inmensidad de sus planes con la inmensidad del océano, llegó al paso corto de su cabalgadura al ápice de una colina y divisó tras un seto, tendidos en la arena y tomando de paso uno de esos rayos de sol tan raros en semejante estación, a siete hombres rodeados de botellas destripadas. Cuatro de aquellos hombres eran nuestros mosqueteros, los cuales se disponían a escuchar la lectura de una carta que uno de ellos acababa de recibir; y era tan importante aquella carta, que había hecho abandonar sobre un tambor una baraja y un juego de dados.

Los otros tres, que eran los lacayos de aquellos señores, estaban ocupados en descorchar una descomunal damajuana de vino de Collioure.

El cardenal, como hemos dicho, estaba de pésimo humor, y cuando estaba en tal situación de espíritu, nada aumentaba su desabrimiento como la alegría de los demás. Por otra parte, aquel tenía una preocupación singular, la de creer que la causa de la alegría de los otros no era otra que su propia tristeza.

Richelieu hizo seña a La Houdinière y a Cahusac de que se detuviesen, y, apeándose, se acercó a aquellos reidores sospechosos, esperando que con ayuda de la arena que amortiguaba el ruido de sus pasos, y del seto que velaba su presencia, le fuera fácil coger al vuelo algunas palabras de aquella conversación que tan interesante le parecía. Hasta que estuvo a diez pasos del seto no conoció la parlería del gascón, y como ya sabía que aquellos hombres eran mosqueteros, dio por cierto que los otros tres eran los llamados inseparables, es decir, Athos, Porthos y Aramis.

Júzguese si con tal descubrimiento aumentó en su eminencia el deseo de oír la conversación. Richelieu, cuyos ojos cobraron una expresión extraña, avanzó hacia el seto con paso de gato tigre; pero aún no había podido coger más que algunas sílabas vagas e incoherentes, cuando una voz sonora y rápida le hizo estremecer a él y llamó la atención de los mosqueteros.

—¡Oficial! —gritó Grimaud.

—¡Ah, pillo! Se me antoja que estáis hablando —dijo Athos, recodándose y fascinando a Grimaud con su ardiente mirada.

Así es que el lacayo no añadió ni una palabra; contentándose con tender el dedo indicador en dirección del seto y denunciando con este ademán a su eminencia y a su escolta.

De un brinco, los cuatro mosqueteros se levantaron y saludaron con respeto.

—Por lo que se ve —dijo el cardenal, al parecer enfurecido—, los señores mosqueteros se hacen guardar. ¿Acaso vienen por tierra los ingleses, o es que los mosqueteros se tienen por oficiales superiores?

—Monseñor —respondió Athos, que en medio del terror general fue el único que conservó la calma y la impasibilidad de gran señor que nunca lo abandonaba—; monseñor, los mosqueteros, cuando no están de servicio, o lo han acabado, beben y juegan a los dados, y son oficiales superiorísimos para sus lacayos.

—¡Lacayos! —refunfuñó Richelieu—, lacayos que tienen la consigna de advertir a sus amos cuando pasa alguien no son tales lacayos, son centinelas.

—Sin embargo, su eminencia ve que de no haber tomado nosotros semejante precaución, estábamos expuestos a dejarle pasar sin ofrecerle nuestros respetos y sin darle las más rendidas gracias por la que nos ha hecho al reunírsenos. D'Artagnan —continuó Athos—, aprovechad la ocasión, vos que apenas hace un rato la pedíais para manifestar vuestra gratitud a monseñor.

Athos profirió estas palabras con la imperturbable flema que le distinguía en las horas de peligro, y con la exquisita civilidad que en ciertas circunstancias le convertía en un rey más majestuoso que los reyes de nacimiento.

D'Artagnan se acercó y balbució algunas palabras de agradecimiento, que pronto expiraron bajo la sombría mirada de su eminencia.

—No importa, señores —continuó el cardenal sin que, al parecer, le hubiese desviado lo más mínimo de su intención primera el incidente promovido por Athos—; no importa, no me place que simples soldados, por el mero hecho de servir en un cuerpo privilegiado, presuman de grandes señores; la disciplina es igual para ellos que para todo el mundo.

Athos dejó al cardenal que redondeara su pensamiento, y después de inclinar la cabeza en señal de asentimiento, replicó:

—Monseñor, soy del parecer que no hemos olvidado para nada la disciplina. Como no estamos de servicio, nos ha parecido que podíamos emplear el tiempo en lo que mejor nos agradare. Si somos bastante afortunados para que su eminencia tenga que darnos una orden particular, estamos prontos a obedecerle. Monseñor ve —prosiguió Athos, arrugando el ceño, pues aquella especie de interrogatorio empezaba a impacientarlo—, que para que no nos cogiera desprevenidos el menor lance, hemos salido armados.

Tras estas palabras, Athos mostró con el dedo, al cardenal, los cuatro mosquetes puestos en pabellón junto al tambor sobre cuyo parche estaban los naipes y los dados.

—Tenga por cierto vuestra eminencia —añadió D'Artagnan— que nos hubiéramos adelantado a recibirle si pudiésemos haber imaginado que era ella quien venía con tan escaso acompañamiento.

El cardenal se mordía los bigotes y un poco los labios.

—¿Queréis que os diga lo que parecéis, siempre juntos, como ahora, armados como vais, y guardados por vuestros lacayos? —profirió Richelieu—. Pues parecéis cuatro conspiradores.

—En cuanto a esto, es verdad, monseñor —repuso Athos—; realmente conspiramos, como pudo verlo vuestra eminencia el otro día, pero es contra los rochelanos.

—¡Ah, señores políticos! —exclamó el cardenal, frunciendo a su vez las cejas—, tal vez en vuestros cerebros se hallaría el quid de muchas cosas ignoradas, como uno pudiese leer en ellos como estabais vosotros leyendo la carta que habéis escondido al verme venir.

—No parece sino que, en realidad, sospecháis de nosotros, monseñor —prorrumpió Athos con el rostro encendido y dando un paso hacia el cardenal—, y que sufrimos un verdadero interrogatorio; si es así, dígnese explicarse vuestra eminencia, y por lo menos sabremos a qué atenernos.

—Y aunque esto fuese un interrogatorio —replicó Richelieu—, ¿qué? Otros que no vos se han visto sujetos a ellos, y han respondido.

—Por eso he dicho a vuestra eminencia —repuso Athos— que no tenía más que preguntar, y que nosotros estábamos prontos a responder.

—¿Qué carta era esa que os disponíais a leer y que habéis escondido, m. Aramis? —preguntó el cardenal.

—Una carta de mujer, monseñor.

—Comprendo —dijo Richelieu—, con esa clase de cartas uno debe ser discreto; sin embargo, uno puede mostrarlas a un confesor, y ya sabéis que yo he recibido órdenes.

—Monseñor —profirió Athos con calma tanto más terrible cuanto se jugaba la vida al dar tal respuesta—, la carta es de mujer, pero no ostenta la firma de Marion de Lorme, ni la de mm. D'Aiguillon.

El cardenal, pálido como un difunto y echando por los ojos rayos de siniestro brillo, se volvió como para dar una orden a Cahusac y a La Houdinière; pero Athos, que notó el movimiento de su eminencia, dio un paso hacia los mosquetes, en los cuales Porthos, Aramis y D'Artagnan tenían fijas las miradas como mal dispuestos a dejarse prender. El cardenal no llevaba consigo más que dos hombres, que con él hacían tres, y los mosqueteros, más los lacayos, eran siete; juzgó aquel, pues, que el partido sería tanto menos igual, cuanto Athos y sus amigos realmente conspiraban, y

por una de las rápidas reacciones que le eran peculiares, toda su cólera se fundió en una sonrisa.

—Muy bien —dijo Richelieu—, sois valientes, altivos a la luz del sol y fieles en la oscuridad; no hay mal alguno en velar por sí cuando tan bien se vela sobre los demás; señores, no he olvidado la noche en que me escoltasteis hasta el Colombier-Rouge; si en el camino que voy a seguir hubiese algún peligro, os rogaría que me acompañaseis; pero como no lo hay, continuad donde estáis, y dad fin a vuestras botellas, a vuestro partido y a vuestra carta. Adiós, señores.

Y, subiéndose nuevamente en su caballo, que Cahusac le había conducido, su eminencia saludó con la mano a los cuatro amigos y se alejó.

Nuestros mosqueteros, en pie, inmóviles y mudos, siguieron con los ojos al cardenal hasta que este hubo desaparecido, y luego cruzaron una mirada.

Los cuatro estaban abatidos, pues, a pesar del amistoso adiós de su eminencia, comprendían que Richelieu se iba con la rabia en el corazón.

Solo Athos sonreía con calma y con desdén.

—Ese Grimaud ha atisbado bien tarde —exclamó el gigante cuando el cardenal estuvo fuera del alcance de la voz y de la vista, y movido por el deseo de hacer recaer en alguien su mal humor.

Grimaud iba a replicar para disculparse, pero al ver que Athos levantaba el dedo, se dio un punto a la boca.

—¿Hubierais entregado la carta? —preguntó D'Artagnan a Aramis.

—¿Yo? —respondió Aramis con su voz más meliflua—, ya estaba resuelto: si hubiese exigido la entrega de la carta, se la hubiera presentado con una mano, y con la otra le habría atravesado de parte a parte con mi espada.

—Ya lo supuse —profirió Athos—, y por eso me he interpuesto entre vos y él. En verdad, ese hombre es muy imprudente al hablar de tal suerte a otros hombres; no parece sino que nunca ha tenido que habérselas más que con mujeres y con niños.

—Os admiro, mi querido Athos —dijo D'Artagnan—; sin embargo, después de todo, la razón no estaba de nuestra parte.

—¡Cómo que la razón no estaba de nuestra parte! —exclamó el mosquetero—. ¿De quién es, pues, el aire que respiramos? ¿De quién ese océano sobre el cual se extienden nuestras miradas? ¿De quién esta arena en la que estábamos tendidos? ¿A quién pertenece la carta de vuestra amante? ¿Al cardenal? Por mi honor, que a ese hombre se le figura que el mundo es suyo. Vos estabais ahí, balbuciente, estupefacto, confundido; cualquiera, al veros, habría dicho que ante vos se levantaba la Bastille y que la gigantesca Medusa os convertía en piedra. ¿Por ventura es conspirar el estar enamorado? Vos estáis rendido por una mujer a quien el cardenal ha hecho encerrar, y queréis arrancarla de manos de quien ha mandado encerrarla; es un partido que jugáis con su eminencia: esa carta es vuestro juego; y si esto es así, como lo es, ¿por

qué mostraríais vuestro juego a vuestro adversario? Esto no se hace. Enhorabuena que lo adivine; nosotros bien adivinamos el suyo.

—La verdad es que es muy atinado lo que decís —repuso D'Artagnan.

—Pues no se hable más de ello, y anude Aramis la carta de su prima allí donde la ha interrumpido su eminencia.

Aramis sacó la carta de su faltriquera, se acercaron a él los tres amigos, y los lacayos se agruparon nuevamente en torno de la damajuana.

—Como no habíais leído más que una o dos líneas —dijo D'Artagnan—, principiad otra vez la carta.

—De mil amores —contestó Aramis. Este leyó lo que sigue:

Mi querido primo:

Creo que me decidiré a partir para Stenay, en cuyo convento de las carmelitas ha hecho entrar mi hermana a nuestra joven sirvienta; la pobrecita está resignada, pues sabe que no puede vivir en otra parte sin que la salvación de su alma corra peligro. Sin embargo, si los asuntos de vuestra familia se arreglan a medida de nuestro deseo, tengo la impresión que aquella correrá el riesgo de condenarse, y que se reunirá de nuevo a aquellos por quienes suspira, tanto más cuanto sabe que siempre están pensando en ella. Entretanto, no es tan desgraciada como eso: no desea más sino recibir carta de su novio. Ya sé que esta clase de mercancía no pasa muy fácilmente a través de las rejas; pero ya os he dado pruebas, mi querido primo, de que no soy desmañada en este punto, y me encargaré de esta comisión. Mi hermana os agradece vuestro bueno y constante recuerdo; y si bien pasó un rato de honda inquietud, ahora que ha enviado a un individuo allá abajo para que no ocurra nada imprevisto, está un poco más sosegada.

Adiós, mi querido primo, dadnos noticias vuestras lo más a menudo que podáis, es decir cada vez que estiméis poderlo hacer con seguridad.

Os abraza,

MARIE MICHON

—¡Oh! ¡Cuánto os debo, Aramis! —exclamó D'Artagnan—. ¡Mi querida Constance! Por fin sé de ella; vive, y está a salvo en un convento de Stenay. ¿Dónde está Stenay, Athos?

—A pocas leguas de la frontera. Una vez levantado el sitio, podremos ir a dar una vuelta por allá.

—Y es de presumir que eso no tardará mucho —dijo Porthos—, pues esta mañana han ahorcado a un espía que ha declarado que los rochelanos ya se comían el cuero de los zapatos; y suponiendo que después de haberse comido el cuero se coman la suela, no sé qué les quedará, como no se devoren unos a otros.

—¡Infelices! —repuso Athos bebiéndose un vaso de generoso vino de Bordeaux, que si bien en aquel tiempo no tenía la fama de nuestros días, no era menos

merecedor de ella—. ¡Infelices! ¡Como si la religión católica no fuese la más ventajosa y agradable de todas las religiones! —Y haciendo chasquear la lengua contra el paladar, añadió—: Lo mismo da, son buena gente. Pero ¿qué diantre estáis haciendo, Aramis? ¡Qué! ¿Os metéis esa carta en el bolsillo?

—Athos tiene razón —profirió D'Artagnan—, es menester quemar esa carta, y aun así, ¿quién sabe si el cardenal no conoce un secreto para interrogar las cenizas?

—Debe de conocer uno —repuso Athos.

—¿Qué queréis hacer con esa carta? —preguntó Porthos.

—Acercaos, Grimaud —dijo Athos. El lacayo se levantó y obedeció.

—En castigo de haber hablado sin licencia —repuso Athos—, vais a comeros este pedazo de papel; luego, y en recompensa del servicio que nos habréis prestado, os beberéis este vaso de vino. Ahí va la carta, y masticad con energía.

Grimaud sonrió, y, con los ojos fijos en el vaso que Athos acababa de llenar hasta el borde, trituró el papel y se lo tragó.

—¡Bravo! Sois un maestro, Grimaud —exclamó Athos—; ahora tomad el vaso; os dispenso de dar las gracias.

Grimaud tragó silenciosamente el vino de Bordeaux; pero sus ojos, clavados en el cielo mientras duró ocupación tan agradable, hablaban un lenguaje que no porque fuese mudo dejaba de ser expresivo.

—Ahora —dijo Athos—, a menos que a monseñor se le ocurra la ingeniosa idea de abrir en canal a Grimaud, me parece que podemos estar casi tranquilos.

Mientras tanto, su eminencia continuaba su paseo, melancólico y murmurando:

—Urge que esos cuatro hombres sean míos.

LII

PRIMER DÍA DE CAUTIVERIO

Volvamos a milady, a quien la mirada que hemos dado a las costas de Francia nos ha hecho perder de vista por un instante.

La encontraremos nuevamente en la desesperada actitud en que la dejamos, cavándose un abismo de sombrías reflexiones, tenebroso infierno a la puerta del cual ha dejado casi todas sus esperanzas: y es que, por primera vez, duda y teme.

En dos ocasiones le ha marrado la fortuna, en dos ocasiones se ha visto descubierta y traicionada, y se ha estrellado contra el genio fatal enviado sin duda por el Señor para combatirla: a ella, invencible instrumento del mal, la ha vencido D'Artagnan. Sí, D'Artagnan la ha burlado en su amor, humillado en su orgullo, y hete ahí que ahora la pierde en su fortuna, la hiere en su libertad, y aun la amenaza en su vida. Hay más, D'Artagnan le ha levantado una punta de la máscara, de esa égida con la que ella se cubre y que tan fuerte la hace. D'Artagnan ha desviado de Buckingham, a quien ella odia, como odia a todo cuanto ha amado, la tempestad con que Richelieu le amenazaba en la cabeza de Ana de Austria. D'Artagnan se ha hecho pasar por Wardes, por quien ella sentía una de esas fantasías de tigresa, invencibles como las tienen las mujeres como ella. D'Artagnan conoce el secreto que ella ha jurado que ninguno conocería sin morir; y, por último, en el momento en que acaba de obtener una firma en blanco con ayuda de la cual va a vengarse de su enemigo, se la arrebatan de las manos; y es él, D'Artagnan, quien la tiene presa y va a enviarla a alguna inmunda Botany-Bay, a alguna Tyburn infame del océano Índico. Sí, es indudable que cuanto le está pasando le viene de D'Artagnan; porque ¿de quién sino de él se desplomarían tantas humillaciones sobre su cabeza? Solo D'Artagnan puede haber trasmitido a lord Winter todos sus horrorosos secretos, que él ha descubierto uno tras otro con ayuda de la fatalidad. Sí, D'Artagnan conoce a lord Winter y le habrá escrito.

¡Cuánto odio destila milady! Allí, inmóvil y con los ojos ardientes y fijos en su solitario aposento. ¡Con qué terrible armonía acompañan los sordos rugidos que a intervalos se le escapan de lo más hondo del pecho el ruido de la ola que sube, ruge y viene a reventar, como una desesperación eterna e impotente, contra las peñas sobre las cuales se levanta aquel lóbrego y orgulloso castillo! ¡Cómo, a la luz de los rayos que su tormentosa cólera hace brillar en su espíritu, concibe contra mm.

Bonacieux y sobre todo contra D'Artagnan espantables proyectos de venganza, perdidos en las lejanías del porvenir!

Sí, mas para vengarse hay que estar libre, y para estar libre, cuando uno se pudre en una prisión, es menester agujerear el muro, arrancar barrotes de su sitio, horadar un techo; empresas todas ellas que puede llevar a cabo un hombre paciente y robusto, pero ante las cuales deben estrellarse las irritaciones febriles de una mujer. Por otra parte, para cumplir aquella obra son menester meses, años, y ella… ella no puede disponer más que de diez a doce días, según le ha dicho lord Winter, su fraternal y terrible carcelero. Y, sin embargo, si ella fuese hombre, intentaría todo aquello, y quizá conseguiría su deseo; ¿por qué, pues, el cielo se ha equivocado del tal suerte, encerrando aquella alma viril en un cuerpo tan endeble y delicado?

¡Qué terribles fueron para milady los primeros instantes de su cautiverio! ¡Qué indomables convulsiones de rabia pagaron a la naturaleza su deuda de debilidad femenina! Pero poco a poco milady fue dominando las violentas manifestaciones de su cólera insensata, los estremecimientos nerviosos que le agitaran el cuerpo desaparecieron, y, recogida sobre sí misma como fatigada serpiente que reposa, dijo, mientras clavaba en el espejo, que reflejaba en sus ojos una ardiente mirada con la cual parecía interrogarse a sí misma:

—Cierto, he sido una tonta al ofuscarme de tal suerte. Nada de violencias; la violencia es una prueba de debilidad; de probar yo mis fuerzas contra mujeres, tal vez las encontraría más débiles que yo, y, por consiguiente, las vencería; pero lucho contra hombres, y para ellos no soy más que una mujer. Luchemos como mujer, en mi endeblez está mi fuerza.

Y como para darse a conocer a sí misma los cambios que podía imponer a su fisonomía, tan expresiva y tan elástica, le hizo tomar todas las expresiones, desde la cólera que le crispaba las facciones, hasta la más suave, afectuosa y seductora sonrisa. Luego y bajo sus inteligentes manos, sus cabellos tomaron las ondulaciones que ella supuso que realzarían los atractivos de su rostro.

—Ahí está —murmuró por fin milady, satisfecha de sí misma—, nada se ha perdido; conservo toda mi hermosura.

Eran poco más o menos las ocho de la noche. Milady percibió una cama, y, al verla, pensó que algunas horas de reposo le refrescarían no solo la cabeza y las ideas, sino también la tez. Sin embargo, antes de acostarse y como recordara haber oído hablar de cena, se le ocurrió una idea mejor.

Milady, que ya hacía una hora que se hallaba en aquel aposento, juzgó que no podían tardar en servirle la cena, y no queriendo perder tiempo, resolvió hacer aquella noche misma alguna prueba para tantear el terreno, estudiando el carácter de las personas a las cuales estaba confiada su custodia.

Por debajo de la puerta apareció una luz. Milady, que se había levantado al anuncio de la llegada de sus carceleros, se dejó caer nuevamente en su sillón, con la cabeza echada hacia atrás, suelta y esparcida la hermosa cabellera, la garganta casi desnuda bajo sus ajados encajes, y con una mano sobre el corazón y la otra colgando.

Abrieron los cerrojos, la puerta rechinó sobre sus goznes, y en el aposento resonaron pasos que fueron acercándose.

—Dejad aquí esta mesa —dijo una voz en la que la presa conoció la de Felton.

La orden fue ejecutada.

—Traed velas y que releven al centinela —continuó el teniente, dirigiéndose a los mismos individuos.

Estas dos órdenes probaron a milady que sus servidores eran soldados como sus guardianes… Por lo demás, las órdenes de Felton eran ejecutadas silenciosa y rápidamente, lo cual daba buena idea del floreciente estado en que aquel mantenía la disciplina.

—¡Ah! —murmuró el teniente, que aun no había mirado a milady y volviéndose hacia ella, añadió—: Está durmiendo; bueno, ya cenará cuando se despierte.

Y dio algunos pasos para salir.

—Pero mi teniente —dijo un soldado menos estoico que su jefe, y que se había acercado a milady—, esta mujer no duerme.

—¡Cómo que no duerme! —repuso Felton—. ¿Qué hace, pues?

—Está desmayada; ved la palidez de su rostro; además, por más que escucho no oigo su respiración.

—Es verdad —dijo Felton, después de haber contemplado a milady desde el sitio en que se encontraba—; idos a buscar a lord Winter y decidle que la presa está desmayada, y que no estando previsto el caso, no sé qué hacer.

El soldado salió para dar cumplimiento a las órdenes de su teniente.

Felton se sentó en un sillón que, por casualidad, había junto a la puerta y aguardó sin proferir palabra ni hacer un ademán.

Milady, que poseía el gran arte, tan estudiado por las mujeres, de ver a través de sus largas pestañas sin abrir los párpados aparentemente, vio a Felton vuelto de espaldas a ella, y continuó mirándole por espacio de unos diez minutos.

El impasible guardián no se volvió ni una sola vez.

Lady Clarick, visto lo estéril de la primera prueba, pensó que lord Winter iba a venir y a dar con su presencia nueva fuerza a su carcelero, y tomando una resolución como mujer que cuenta con la eficacia de sus ardides, levantó la cabeza, abrió los ojos y suspiró débilmente.

A este suspiro, Felton se volvió por fin.

—¡Ah! ¿Os habéis despertado, señora? —dijo el teniente—. Entonces yo nada tengo que hacer aquí. Si os hace falta algo, llamad.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto he sufrido! —murmuró milady con aquella armoniosa voz que, semejante a la de las hechiceras antiguas, seducía a cuantos ella quería perder.

Y, al enderezarse en su sillón, lady Clarick tomó una actitud todavía más graciosa y más abandonada que la que guardaba cuando estaba tendida.

—Os servirán de esta suerte tres veces al día, señora —dijo Felton, levantándose—. Por la mañana a las nueve, a la una de la tarde, y por la noche a la hora de hoy. Si esto no os acomoda, indicad vos misma las horas, y en este particular veréis cumplidos vuestros deseos.

—¡Qué! ¿Voy a permanecer siempre sola en este grande y triste aposento? —preguntó milady.

—Mañana estará en el castillo una mujer de las cercanías, y os hará compañía siempre que lo deseéis.

—Gracias, señor —respondió con humildad la presa.

Felton hizo un ligero saludo y se encaminó a la puerta; pero en el instante mismo en que iba a transponerla, lord Winter apareció en el corredor, seguido del soldado que le llevara la nueva del desmayo de milady y trayendo en la mano un pomo de sales.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa aquí? —dijo el barón con voz burlona al ver en pie a la presa y a Felton próximo a salir—. ¿Conque ya ha resucitado la muerta? ¡Maldita sea! ¿Y tú no has visto, Felton, hijo mío, que te tomaban por un novato y estaban representando ante tus ojos el primer acto de una comedia que indudablemente tendremos el placer de seguir en todos sus desenvolvimientos?

—Ya lo he imaginado, milord —dijo Felton—; pero como en definitiva la presa es mujer, he resuelto tratarla con las consideraciones que a las mujeres debe todo hombre bien nacido, si no por ellas, al menos por lo que uno se debe a sí mismo.

Milady se estremeció de pies a cabeza, y sintió pasar por sus venas y cual una corriente de hielo las palabras de Felton.

—¿Conque —repuso Winter, riéndose— esos hermosos cabellos sabiamente destrenzados, esa blanca piel y esa lánguida mirada todavía no te han seducido, corazón de piedra?

—No, milord —respondió el impasible mozo—; para corromperme, todas las astucias y todas las coqueterías femeninas son pocas.

—En este caso, mi valeroso teniente, dejemos a milady que busque en su mente otros recursos y vámonos a cenar. No temas, milady tiene la imaginación fecunda, y no tardará en seguir al primero el segundo acto de la comedia.

Tras estas palabras, lord Winter dio el brazo a Felton y se lo llevó riendo.

—¡Oh! —murmuró milady entre dientes—, yo hallaré lo que has de menester, infeliz fraile malogrado, pobre soldado converso que has trocado en uniforme la cogulla.

—A propósito, milady —repuso el barón, deteniéndose en el umbral—, no porque hayáis sufrido este descalabro debéis perder el apetito. Probad ese pollo y esos pescados; palabra que no los he hecho envenenar. Estoy bastante satisfecho de mi cocinero, y como no debe heredar de mí, tengo en él omnímoda confianza. Haced, pues, lo que yo. Adiós, mi querida hermana; hasta vuestro próximo desmayo.

Era cuanto podía soportar milady: las manos se le crisparon sobre el sillón, le rechinaron sordamente los dientes, siguió con los ojos el movimiento de la puerta que se cerraba tras lord Winter y Felton, y, una vez a solas, y pábulo de un nuevo arrebato de desesperación, lanzó una mirada a la mesa, y al ver brillar un cuchillo se abalanzó a él y lo empuñó; pero su desengaño fue cruel: la hoja era roma y de flexible plata.

En esto se oyó una carcajada tras la puerta, que se abrió de nuevo.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó lord Winter—; ya lo ves, amigo Felton, ha pasado cual te he dicho; ese cuchillo era para ti, hijo mío, esa mujer te hubiera asesinado: sí, es una de las condiciones de su carácter el deshacerse de una manera o de otra de aquellos que la estorban. De haber cumplido yo tus deseos, el cuchillo ese habría sido de aguzado acero, y entonces, adiós Felton, te hubiera degollado a ti, y tras de ti, a todo el mundo. Mira qué bien empuña el cuchillo.

En efecto, milady sostenía aún con su crispada mano el arma ofensiva, pero el supremo insulto que iba envuelto en las últimas palabras del barón le hizo abrir los dedos y dar en tierra con sus fuerzas y aun con su voluntad.

El cuchillo cayó en el suelo.

—Tenéis razón, milord —profirió Felton con acento de hondo disgusto que resonó hasta lo más íntimo del corazón de milady—; tenéis razón; yo no sabía lo que me decía.

El barón y el teniente salieron de nuevo; pero ahora milady prestó más atención que la vez primera, y oyó los pasos de aquellos alejarse y apagarse al final del corredor.

—Estoy perdida —murmuró lady Clarick—. Heme en poder de hombres en los cuales no haría yo más mella que si fuesen estatuas de bronce o de granito; me conocen como a sí mismos y están acorazados contra todas mis armas. Sin embargo, es imposible que esto acabe como ellos han decidido.

En efecto, como lo indicaba esta última reflexión, el regreso instintivo de milady a la esperanza probaba que el temor y la debilidad no surgían para mucho tiempo en su alma.

Lady Clarick se sentó a la mesa, comió con apetito, bebió un poco de vino de España, y sintió renacer su resolución.

Antes de acostarse, aquella furia del averno ya había comentado, analizado, estudiado bajo todos sus aspectos y examinado a todas luces las palabras, los pasos, los ademanes, los signos y aun el silencio de sus carceleros, de cuyo profundo, hábil e inteligente estudio dedujo que Felton era, en resumen, el más vulnerable de sus dos perseguidores.

Una frase sobre todo recordaba la presa: «De haber yo cumplido tus deseos», había dicho lord Winter a Felton.

Entonces el joven teniente había hablado en favor de ella, aunque el barón no había querido escucharle.

Débil o fuerte, decía para sí milady, en el alma de ese hombre anida una vislumbre de compasión; yo haré que esa vislumbre se convierta en un incendio que lo devore. En cuanto al otro, me conoce, me teme y sabe qué puede esperar de mí si llego a escaparme de sus manos; luego es inútil intentar cosa alguna respecto de él. Pero Felton ya es distinto, es un joven sencillo, puro y, al parecer, virtuoso: a ese lo puedo coger.

Y milady se acostó y se durmió con la sonrisa en los labios. Quien la hubiese visto dormida, la hubiera tomado por una doncella soñando con la corona de flores que debía ceñir a sus sienes en la próxima fiesta.

LIII

SEGUNDO DÍA DE CAUTIVERIO

Milady soñaba que D'Artagnan estaba en su poder, que asistía al suplicio del gascón, y la vista de la odiosa sangre del mozo, chorreando bajo el hacha del verdugo, dibujaba en sus labios la dulce sonrisa de la que hemos hablado.

Lady Clarick dormía como el preso mecido por la primera esperanza.

Al día siguiente, cuando entraron en su aposento, milady aún estaba en la cama. Felton se hallaba en el corredor, y conducía a la mujer de quien hablara en la víspera y que acababa de llegar.

Aquella mujer entró en el aposento y, acercándose a la cama de milady, ofreció a esta sus servicios.

Lady Clarick estaba habitualmente pálida; por lo tanto, su tez podía engañar a quien la veía por vez primera.

—Tengo fiebre —dijo milady—; no he dormido un solo instante de esta larga noche, y sufro horriblemente. ¿Seríais vos más humana conmigo de lo que fueron ayer los otros? Por lo demás, cuanto pido es que me permitan quedarme en cama.

—¿Queréis que vayan a por el médico? —preguntó la mujer.

Felton escuchaba en silencio este diálogo. Milady reflexionó que cuanta más gente la rodeara a más gente tendría que causar lástima y que en este caso lord Winter redoblaría su vigilancia, y, además, el médico podría declarar que la enfermedad era fingida; no queriendo perder el segundo partido así como había perdido el primero, contestó:

—¡Ir por el médico! ¿Para qué? Esos señores declararon ayer que mi mal era pura comedia, y hoy sucedería lo mismo, pues han tenido tiempo sobrado de prevenir al doctor.

—Decid pues qué tratamiento o sistema de curación queréis seguir —profirió Felton con impaciencia.

—¿Lo sé yo por ventura? —exclamó milady—; padezco, y nada más; denme lo que se les antoje, poco me importa.

—Id a buscar a lord Winter —dijo Felton a uno de los guardianes, fatigado de aquellas interminables quejas.

—¡No! ¡No! —exclamó lady Clarick—; que no vayan por él, ya me siento bien, nada necesito.

Lanzó milady esta exclamación con vehemencia tan prodigiosa y elocuencia tan arrebatadora, que Felton, arrastrado por ella, se internó algunos pasos en el aposento.

Se ha acercado, dijo para sí milady.

—Sin embargo, señora —repuso el teniente—, si en realidad os sentís mal, enviarán por un médico, y si nos engañáis, peor para vos, pero al menos nosotros no tendremos que echarnos nada en cara.

Milady guardó silencio; pero dejando caer su hermosa cabeza sobre la almohada, rompió en sollozos.

Felton la miró por un instante con su acostumbrada impasibilidad, y al ver que la crisis empezaba a prolongarse, salió seguido de la mujer.

Lord Winter no apareció.

—Tengo la impresión que empiezo a ver con claridad —murmuró milady con gozo salvaje y sepultándose entre las sábanas para esconder a los que pudieran espiarla aquel arranque de satisfacción interna.

Transcurrieron dos horas.

Ya es tiempo de que cese la enfermedad, dijo para sí milady. Levantémonos y veamos de conseguir alguna ventaja desde hoy; solo puedo disponer de diez días, y esta noche ya habrán pasado dos.

Al entrar por la mañana en el aposento de milady, los guardianes le habían traído el almuerzo; milady supuso que no tardarían en volver para levantar los manteles, y que en aquel momento vería nuevamente a Felton.

Lady Clarick no se equivocó; el teniente entró otra vez, y sin fijarse en si aquella había comido o no, hizo señal de que se llevasen fuera del aposento la mesa, que solían traer servida.

Felton, que llevaba un libro en la mano, permaneció en el aposento hasta que todos se hubieron marchado.

Milady, recostada en un sillón junto a la chimenea, hermosa, pálida y resignada, parecía una santa virgen que aguardase el martirio.

—Lord Winter, que es católico como vos, señora —dijo el teniente, acercándose a milady—, ha imaginado que la privación de los ritos y de las ceremonias de vuestra religión puede seros penosa; así pues, consiente en que todos los días leáis el ordinario de vuestra misa. Aquí tenéis un libro que contiene el ritual.

La manera como Felton puso el libro sobre la mesita junto a la cual estaba milady, el acento con el que pronunció los dos vocablos «vuestra misa», y la sonrisa de desdén con que los acompañó, incitaron a la presa a levantar la cabeza y a mirar con más atención al teniente.

Milady, al ver el severo tocado del joven, su exageradamente sencillo uniforme, y su frente pulida como el mármol, pero dura e impenetrable como este, conoció en su

interlocutor a uno de aquellos sombríos puritanos con quienes se había encontrado ora en la corte del rey Jacobo I de Inglaterra, ora en la del rey de Francia, donde, no obstante el recuerdo de la noche de la Saint-Barthélemy, venían de vez en cuando a buscar refugio.

Lady Clarick tuvo, pues, una de esas inspiraciones súbitas, como únicamente las reciben los genios en las grandes crisis, en los momentos supremos que deben decidir su suerte o su vida.

En efecto, aquellas dos palabras, «vuestra misa», y una sola mirada dirigida a Felton, le habían revelado toda la importancia de la respuesta que ella iba a dar; pero con la rapidez de concepción que le era propia, la respuesta se le vino ya formulada a la boca.

—¡Yo! —profirió milady con voz de desdén en armonía con el que ella notara en la del joven oficial—. ¡Mi misa! Al corrompido católico lord Winter le consta que no pertenezco a su religión. Lo que quiere lord Winter es tenderme una trampa.

—¿A qué religión pertenecéis, pues, señora? —preguntó Felton con una extrañeza que, pese a su dominio sobre sí mismo, no pudo disimular del todo.

—Lo diré el día que haya sufrido bastante por mi fe —respondió milady con exaltación fingida. La mirada del teniente descubrió a milady el inmenso espacio que acababa de abrirse con estas solas palabras.

Con todo eso, Felton permaneció mudo e inmóvil; solo su mirada había hablado.

—Estoy en poder de mis enemigos —prosiguió milady con el entusiasmo que ella sabía que era familiar a los puritanos—. Pues bien, hacedme la merced de responder en mi nombre a lord Winter que mi Dios me salvará o moriré por mi Dios. En cuanto a este libro —añadió lady Clarick, mostrando el ritual con la punta del dedo, pero sin tocarlo, como si su contacto debiera mancharla—, podéis devolvéroslo y serviros vos mismo de él, pues sin duda sois doblemente cómplice de lord Winter, quiero decir cómplice en su persecución y cómplice en su herejía.

Felton, sin responder palabra, cogió el libro con la misma repugnancia que ya manifestara y se retiró, pensativo.

Lord Winter se presentó a eso de las cinco de la tarde en el aposento de milady, la cual, durante el día, había tenido tiempo de trazarse un plan de conducta. Así pues, recibió al barón como mujer que ha reconquistado todas sus posiciones.

—Por lo que se ve habéis hecho una apostasía —dijo lord Winter, sentándose en un sillón frontero del que estaba milady y tendiendo con indolencia los pies hacia la lumbre.

—¿Qué queréis decir, caballero?

—Quiero decir que desde la última vez que nos hemos visto, habéis cambiado de religión. ¿Os habríais casado con un tercer marido protestante, por ventura?

—Explicaos, milord —repuso con majestad la presa—, porque en verdad os digo que si entiendo vuestras palabras, no las comprendo.

—Señal de que no profesáis religión alguna; prefiero esto —profirió con zumba lord Winter.

—Esto se compagina más con vuestros principios —contestó con frialdad milady.

—No, me tiene muy sin cuidado.

—Por más que no declaraseis vuestra indiferencia religiosa, darían fe de ella vuestros escándalos y vuestros crímenes.

—¿Eh? —exclamó lord Winter—. ¿Vos habláis de escándalos, Mesalina, lady Macbeth? O he oído mal, o vive Dios que es muy grande vuestra impudicicia.

—Habláis de esta suerte porque sabéis que nos están escuchando —replicó con impasibilidad lady Clarick—, y queréis interesar contra mí a vuestros carceleros y a vuestros verdugos.

—¡Mis carceleros! ¡Mis verdugos! ¡Vaya! Parece que ahora lo tomáis por el lado poético, y que la comedia de ayer degenera esta tarde en tragedia. Por lo demás, dentro de ocho días estaréis donde debéis estar y yo habré cumplido mi tarea.

—Tarea infame e impía —repuso milady con la exaltación de la víctima que provoca a su juez.

—Me da la impresión que a la bribona se le trastrueca el juicio —dijo lord Winter, levantándose—. Venga, calmaos, señora puritana, u os hago encerrar en un calabozo. Pardiez, mi vino de España se os sube a la cabeza, ¿no es verdad? Pero no temáis, esa borrachera no es peligrosa y no tendrá malas consecuencias.

Y lord Winter se fue echando votos, lo cual era una costumbre muy aristocrática en aquel tiempo. Felton estaba detrás de la puerta y no había perdido sílaba de la escena que acabamos de describir.

Milady había dado en el clavo.

—Sí, ve, ve —dijo la presa a su cuñado—, las consecuencias se acercan, al contrario, pero tú, necio, no las verás hasta que ya no puedas evitarlas.

Se restableció el silencio, y cuando dos horas después sirvieron la cena a milady, la encontraron ocupada en hacer en voz alta sus oraciones, oraciones que aquella aprendiera de un viejo servidor de su segundo marido, puritano y austero si los había.

Milady, que estaba como en éxtasis, ni siquiera pareció fijar la atención en lo que pasaba a su derredor.

Felton hizo seña de que no distrajesen a la rezadora, y cuando la mesa estuvo dispuesta convenientemente, salió de puntillas con los soldados.

Milady, que sabía que podían espiarla, continuó sus oraciones hasta el fin, y aun se le figuró que el soldado que estaba de centinela a su puerta no andaba al mismo paso y, al parecer, prestaba oído atento.

Por el pronto, milady no pedía más; así pues, se levantó, se sentó a la mesa, comió poco y no bebió más que agua.

Una hora después vinieron para retirar la mesa, pero milady notó que Felton no acompañaba a los soldados.

El teniente, por lo tanto, temía verla con demasiada frecuencia.

Lady Clarick se volvió de cara a la pared para sonreírse porque su sonrisa estaba animada de una expresión tal de triunfo, que la hubiera vendido.

Dejó que transcurriese media hora más, y en medio del silencio en que yacía el vetusto castillo y al ronco y eterno mugir de las olas, inmensa respiración del océano, con su voz pura, armoniosa y vibrante, empezó la primera estrofa de este salmo que gozaba entonces de predicamento entre los puritanos:

Señor, tú nos abandonas
para probar nuestras fuerzas,
mas luego nos das la palma
en premio a nuestra firmeza.

Estos versos eran malos, es verdad; pero los puritanos no presumían de poetas.

Milady, que al tiempo que cantaba aguzaba el oído, notó que el centinela de la puerta se había parado cual si se hubiese convertido en marmórea estatua, y tuvo ocasión de juzgar sobre el efecto que produjera. Continuó su canto con fervor y sentimiento inefables, dando por sentado que los sonidos se esparcían a lo lejos bajo las bóvedas y que iban, con su mágico hechizo, a ablandar los corazones de sus carceleros. Sin embargo, parece que el centinela, indudablemente católico celoso, sacudió su hechizo, pues dijo a través de la puerta:

—Callaos, señora, vuestra canción es triste como un De profundis, y si aparte del gusto que le da a uno estar de centinela aquí hay que añadir el que da el oír tales cosas, el demonio que lo resista.

—¡Silencio! —exclamó una voz grave, en la que milady conoció la de Felton—. ¿En qué os metéis, tunante? ¿Os han ordenado, por ventura, que privaseis de cantar a esa mujer? No. Os han dicho que la custodiaseis, y que si intentaba evadirse, hicieseis fuego sobre ella. Custodiadla pues, y si se fuga, matadla; pero no modifiquéis la consigna.

El rostro de milady cobró una expresión de gozo indecible, pero fugaz como el rayo, y haciendo que no había oído el diálogo del que no perdiera sílaba, anudó su canto, imprimiendo a su voz todo el hechizo, toda la amplitud y toda la seducción que el demonio había puesto en ella:

Dios tendrá en cuenta mi llanto
y los males que he sufrido
cuando se digne llamarme
ante el tribunal divino.

La voz de lady Clarick, de extensión inusitada y de pasión sublime, daba a la tosca e inculta poesía de aquellos salmos una magia y una expresión que los puritanos más exaltados hallaban rara vez en los cantos de sus cofrades, y que se veían obligados a engalanar con todos los recursos de su imaginación: a Felton le pareció oír cantar a un ángel que consolaba en el horno a los tres hebreos.

Milady prosiguió:

Mas de nuestra redención
el día, Dios justo y fuerte,
llegará; si no, nos quedan
el sacrificio y la muerte.

Esta estrofa, en la cual la terrible embelesadora se esforzó en poner toda su alma, acabó de trastornar el corazón del joven teniente; el cual abrió de improviso la puerta y, pálido como siempre, pero con los ojos hechos un ascua y de mirar casi extraviado, entró en el aposento y preguntó a milady:

—¿Por qué cantáis de esta suerte y con tal voz?

—Perdonad, caballero —respondió con dulzura lady Clarick—, se me olvidaba que mis cantos son irregulares en esta casa. Tal vez os he ofendido en vuestras creencias; pero os juro que ha sido involuntariamente; perdonadme por esta falta, grande quizá, pero no intencionada.

Estaba milady tan hermosa en aquel momento, el éxtasis religioso en el que parecía abismada daba un hechizo tal a su fisonomía, que Felton, deslumbrado, creyó ver al ángel al cual hacía poco solo le parecía oír.

—Es verdad, señora —dijo el teniente—, turbáis y molestáis a los que habitan en este castillo.

Y el infeliz insensato no advertía la incoherencia de sus propias palabras, mientras milady sondeaba con su mirada de lince los más profundos senderos de su corazón.

—Me callaré —dijo lady Clarick con toda la dulzura que pudo dar a su voz, toda la resignación que supo imprimir a su ademán, y bajando los ojos.

—No, señora —repuso Felton—; lo único que os pido es que cantéis en voz más baja, sobre todo de noche.

Dichas estas palabras, y conociendo que no podría conservar por mucho tiempo su severidad para con la presa, el teniente salió del aposento como quien huye.

—Habéis hecho bien, mi teniente —dijo el centinela—; esos cantos le revuelven a uno el alma; sin embargo, uno acaba por acostumbrarse a ellos. ¡Es tan hermosa su voz!

LIV

TERCER DÍA DE CAUTIVERIO

Felton había entrado en el aposento; pero esto no era bastante: urgía retenerlo, y mejor aun, que se quedase solo. Sin embargo, milady aún no veía sino muy confusamente el medio que debía conducirla a este fin.

Era menester más todavía: era preciso hacer hablar al teniente, para hablarle también a él; porque milady sabía que su más poderosa seducción estaba en su voz, que tan hábilmente recorría toda la gama de los tonos, desde el lenguaje humano hasta el de los ángeles.

No obstante, pese a esta seducción, milady podía estrellase contra el más leve contratiempo, pues Felton estaba prevenido.

Desde aquel momento, milady puso sumo cuidado en todas sus acciones, en sus palabras, hasta en sus más sencillas miradas, como en sus ademanes y en su respiración, que podía ser interpretada como un suspiro. En una palabra, lo estudió todo, como hace un hábil comediante a quien acaban de confiarle un papel al que no está acostumbrado.

Su conducta con lord Winter no ofrecía tales dificultades; desde la víspera, milady había resuelto permanecer muda y digna en su presencia, y de tiempo en tiempo irritarle con un desdén fingido, o una frase de desprecio, y excitarle a amenazas y a violencias que hiciesen contraste con su resignación.

Puede que Felton no dijese nada, pero al menos lo presenciaría todo.

Por la mañana, el teniente vino como de costumbre, pero milady le dejó dirigir los preparativos del almuerzo sin dirigirle la palabra.

En el momento de retirarse Felton, lady Clarick vislumbró una esperanza, le pareció que aquel iba a hablar; pero no, el joven se limitó a mover los labios sin proferir sonido alguno, hizo un esfuerzo sobre sí mismo para encerrar en su corazón las palabras ya próximas a escapársele de la boca, y salió.

A eso de mediodía entró lord Winter.

El día, aunque de invierno, era hermoso; a través de los barrotes de la ventana, penetraba en el aposento un rayo de ese pálido sol de Inglaterra que alumbra, pero no calienta.

Milady estaba junto a la ventana, mirando el mar, e hizo como si no hubiese oído abrir la puerta.

—¡Ah! —exclamó lord Winter—. ¿Conque después de haber representado la comedia y la tragedia, representáis ahora la melancolía?

Lady Clarick no respondió.

—Comprendo —continuó lord Winter—; querríais veros libre en esa playa; hender las olas de ese mar de esmeralda, a bordo de una velera nave, y, en tierra o en el mar, armarme una celada como vos sabéis combinarlas. ¡Paciencia! ¡Paciencia! Dentro de cuatro días podréis pisar la playa, y el mar os será abierto más que vos no quisierais; dentro de cuatro días Inglaterra se verá libre de vos.

—¡Señor! ¡Señor! —profirió milady, enclavijando los dedos, fijando en el cielo sus hermosos ojos y con voz y ademán angelicales—, perdonad a ese hombre como yo le perdono.

—Puedes orar, maldita —exclamó lord Winter—, tu oración es tanto más generosa cuanto estás en poder de un hombre que, te lo juro, no te perdonará.

Tras estas palabras, el barón salió del aposento.

En aquel mismo instante, milady dirigió una penetrante mirada a través de la entreabierta puerta, y vio a Felton, que se hacía rápidamente a un lado para no ser visto por de ella.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo milady, arrodillándose y poniéndose a orar—, vos que sabéis por qué santa causa sufro, dadme fuerzas para soportar mis tormentos.

La puerta se abrió suavemente; pero la hermosa suplicante fingió no haber oído, y, con voz conmovida, continuó:

—¡Dios vengador! ¡Dios de bondad! ¿Dejaréis que ese hombre cumpla sus espantosos designios?

Ahora milady aparentó oír el rumor de los pasos de Felton y, levantándose con la rapidez del pensamiento, se ruborizó, como avergonzada de que la hubiesen sorprendido de rodillas.

—No me gusta estorbar a los que oran, señora —dijo Felton con gravedad—; no os molestéis, pues, por mí, os lo ruego.

—¿Y cómo sabéis vos que yo estaba orando? —repuso milady con voz ahogada por los sollozos—: os habéis engañado, caballero, yo no oraba.

—¿Imagináis, señora —respondió el teniente otra vez con gravedad, pero con voz más suave—, que yo me creo en el derecho de impedir a una criatura que se postre ante su Creador? ¡Dios no lo permita! Por otra parte, el arrepentimiento sienta bien a los culpables; sea cual fuere el crimen que haya cometido, un culpable que está a los pies del Señor es sagrado para mí.

—¡Yo, culpable! —dijo milady con una sonrisa que hubiera desarmado al ángel del juicio final—. ¡Culpada! ¡Dios mío! ¡Vos sabéis si lo soy! Decid que me han condenado, y estaréis en lo justo, caballero; pero ya sabéis vos que Dios, que ama a los mártires, a veces permite que los inocentes sean condenados.

—Condenada, inocente o mártir —repuso Felton—, razón de más para orar, y aun yo os acompañaré en vuestras oraciones.

—¡Oh! —exclamó milady, echándose a los pies del joven—, sois un justo; ya no puedo más, pues temo que me falten las fuerzas en el momento en que me será necesario sostener la lucha y confesar mi fe; escuchad, pues, la súplica de una mujer desesperada. Os están engañando, caballero, pero no se trata de eso, no os pido sino una merced, y si me la concedéis, os bendeciré en este y en el otro mundo.

—Dirigíos a quien dé derecho, señora —dijo Felton—; por fortuna, no tengo a mi cargo el perdonar ni el castigar; a otro más encumbrado que yo ha conferido Dios esta responsabilidad.

—No, solamente a vos, a nadie más que a vos. Antes que contribuir a mi perdición y a mi ignominia, escuchadme.

—Si os habéis hecho acreedora a esa ignominia, señora, es menester sufrirla ofreciéndola a Dios.

—¡Qué estáis diciendo! ¡Oh! ¡No me habéis comprendido! ¿Vos creéis que, al hablar yo de ignominia, me refiero a un castigo cualquiera, a la prisión o a la muerte? ¡Dios lo quiera! ¡Qué me importan a mí la muerte o la prisión!

—Señora —profirió el joven—, ahora soy yo quien no os comprendo.

—O que fingís no comprenderme —contestó la presa con sonrisa de duda.

—Señora, por mi fe de cristiano os juro y por mi honra de soldado os garantizo que no os comprendo.

—¡Cómo! ¿Vos ignoráis los designios de lord Winter respecto de mí?

—De todo punto.

—Es imposible, ¡vos, su confidente!

—Nunca miento, señora.

—Sin embargo, los oculta muy poco para que uno no los adivine.

—No intento adivinar nada, señora —repuso Felton—; aguardo a que me lo confíen. Aparte de lo que me ha dicho ante vos, lord Winter no me ha confiado cosa alguna.

—Así pues, ¿vos no sois su cómplice e ignoráis que me destina a un oprobio al que no igualarían en horror todos los castigos de la tierra? —exclamó milady con increíble acento de verdad.

—Os engañáis, señora —respondió el joven, ruborizándose—, lord Winter no es capaz de semejante crimen.

¡Vaya!, dijo para sí milady, sin saber de qué se trata, llama a eso un crimen. Y en voz alta añadió:

—El amigo del infame es capaz de todo.

—¿A quién llamáis infame? —preguntó Felton.

—¿Hay por ventura en Inglaterra dos hombres a quienes pueda aplicarse tal calificativo?

—¿Os referís a Georges Villiers? —dijo Felton con los ojos inflamados.

—A quien los paganos, los gentiles infieles llaman duque de Buckingham —repuso milady—; nunca imaginara yo que en toda Inglaterra hubiese un inglés que necesitase de tan larga explicación para conocer a aquel de quien yo quería hablar.

—La mano del Señor está extendida sobre él —profirió el teniente—, y no se librará de la pena condigna.

Felton no hacía más que manifestar respecto del duque el sentimiento de execración que todos los ingleses sentían por aquel a quien los católicos llamaban exactor, concusionario y libertino, y los puritanos, sencillamente Satanás.

—¡Dios mío! —exclamó milady—, si os suplico que enviéis a ese hombre el castigo que merece, ya sabéis que no es para satisfacción de mi propia venganza, sino para rescate de todo un pueblo.

—¿Así pues, lo conocéis? —preguntó Felton.

Por fin me interroga, dijo para sí milady, llena de gozo por haber llegado tan pronto a un resultado tan grande. Y, dirigiéndose al teniente, añadió:

—¡Que si lo conozco! ¡Oh, sí! Por mi desgracia, por mi eterna desventura.

Dichas estas palabras, milady se retorció los brazos como en el paroxismo del dolor.

Felton, que indudablemente sintió que le abandonaban las fuerzas, dio algunos pasos hacia la puerta; pero milady, que no lo perdía de vista, de un brinco se puso a su lado y lo detuvo, diciéndole:

—Caballero, sed suficientemente bondadoso y clemente para escuchar mi ruego: el cuchillo que la fatal prudencia del barón me ha arrebatado, porque sabe el uso que yo quiero hacer de él… ¡Oh! Escuchadme, hasta el fin… El cuchillo ese, devolvédmelo, no sea sino por un minuto. Por favor, por caridad os lo pido, abrazada a vuestras rodillas. No es para revolverlo contra vos. ¡Contra vos! ¡Oh, Dios santo! ¡Contra vos, único ser bueno, justo y compasivo que he encontrado! ¡Contra vos, que quizá seáis mi salvador! ¡Oh!, proporcionadme ese cuchillo, solo por un minuto, por un minuto nada más, y os lo devolveré por el ventanillo. Por un solo minuto, m. Felton, y me habréis salvado la honra.

—¡Suicidaros! —exclamó el joven con terror, y olvidándose de apartar sus manos de las de la presa—. ¡Suicidaros!

—¡Ah! ¡He divulgado mi secreto! ¡Todo lo sabe! ¡Dios mío, estoy perdida! —dijo milady bajando la voz y dejándose caer rendida en el suelo.

Felton permanecía en pie, inmóvil e indeciso.

Todavía duda, dijo para sí milady, no he desempeñado con bastante verdad mi papel.

En esto se oyeron pasos en el corredor, y en ellos la presa conoció a lord Winter.

Felton lo conoció también y avanzó hacia la puerta.

—¡Oh! —profirió milady con voz concentrada y emparejando con el teniente—, no manifestéis a ese hombre ni una palabra de cuanto os he dicho, estoy perdida, y seréis vos, vos…

Como el rumor de pasos iba acercándose por momentos, milady se calló, temerosa de ser oída; pero con gesto de terror indecible puso su hermosa mano en la boca de Felton.

El cual apartó de sí y con suavidad a milady, que fue a caer en una silla de caderas.

Lord Winter pasó por delante de la puerta sin detenerse y se alejó.

Felton, pálido como un cadáver, permaneció por espacio de algunos segundos con el oído atento, y cuando se hubo apagado el rumor de los pasos de lord Winter, respiró como quien despierta de un sueño y salió precipitadamente de la pieza.

¡Ah!, dijo para sí milady, escuchando a su vez el rumor de los pasos de Felton, que se alejaban en dirección opuesta a los del barón, por fin eres mío. Sin embargo, añadió milady, si habla a lord Winter no hay remedio para mí, pues este, que sabe que yo no me mataré, ante él pondrá un cuchillo en mis manos, y resultará que toda mi desesperación no es más que una farsa.

Formulado este soliloquio, milady fue a mirarse al espejo; nunca había estado tan hermosa.

—¡Oh! No le hablará —murmuró lady Clarick, sonriéndose.

Por la noche, lord Winter acompañó la cena.

—Caballero —dijo milady—, ¿acaso vuestra presencia es un accesorio obligado de mi cautiverio? ¿No podríais evitarme el acrecentamiento de dolor que me causan vuestras visitas?

—¿Y eso, mi querida hermana? —exclamó Winter—. ¿No me dijisteis de una manera sentimental, con esos hermosos labios hoy tan crueles para mí, que habíais venido a Inglaterra con el único y exclusivo objeto de verme, en lo que hallabais tanto gozo y sentíais tan hondamente el veros privada de él, que para disfrutarlo lo habíais arrostrado todo, mareo, borrasca y cautiverio? Pues ya estoy aquí, daos por satisfecha; por otra parte, esta vez mi visita es motivada.

Milady tuvo por cierto que Felton había hablado, y se estremeció; quizás era aquella la primera vez de su vida que semejante mujer sintió tan profundas y opuestas emociones y le latió con tanta fuerza el corazón.

La presa estaba sentada; Winter hizo rodar un sillón hasta aquella y se sentó también; luego sacó de su bolsillo un papel y lo desdobló con lentitud.

—Quería mostraros esta especie de pasaporte redactado por mí y que desde hoy os servirá de cédula en la vida que consiento en dejaros.

El barón desvió los ojos del rostro de milady, los posó en el papel, y leyó lo siguiente:

Por el presente se ordena la conducción de…

—El nombre está en blanco —repuso Winter, interrumpiéndose—. Si tenéis alguna preferencia por este o el otro punto, manifestádmelo, y con tal esté a un millar de leguas de Londres, os complaceré. Prosigo.

> Por el presente se ordena conducir a…, a la llamada Charlotte Backson, herrada por la justicia del reino de Francia, pero puesta en libertad después del castigo, donde deberá residir, sin que pueda alejarse más de tres leguas, y si intentara evadirse, se le aplicará la pena de muerte. Para su alojamiento y sostén recibirá cinco chelines diarios.

—Esa orden no me atañe a mí —replicó con frialdad milady—; lleva otro nombre que el mío.

—¿Acaso tenéis alguno?

—El de vuestro hermano.

—Os engañáis, mi hermano era vuestro segundo marido, y el primero que tuvisteis vive todavía. Decidme cómo se llama este último y pondré su nombre en lugar del de Charlotte Backson. ¿No?… ¿No queréis?… ¿Guardáis silencio? Muy bien, seréis inscrita bajo el nombre que ya consta en este papel.

Milady permaneció silenciosa; pero ahora no por afectación, sino supeditada por el terror, pues supuso que la orden iba a ser ejecutada enseguida, aquella misma noche, por haber lord Winter hecho anticipar la partida. Por un instante, pues, aquella lo vio todo perdido; a pesar de ello, de pronto notó que el documento no estaba autorizado con firma alguna, y tan intenso fue el gozo de que la colmó tal descubrimiento, que no pudo ocultarlo.

—¡Ah! —profirió lord Winter, advirtiendo la expresión de alegría de milady—, buscáis la firma, y como no la veis, os decís: aún no se ha perdido todo, pues la orden no está firmada; me la muestran para asustarme y nada más. ¡Cuán equivocada andáis! Mañana esta orden será enviada a lord Buckingham; pasado mañana volverá signada de su mano y con su sello, y veinticuatro horas después os aseguro que la pondré en ejecución. Es cuanto tenía que deciros. Adiós.

—Y yo os digo que semejante abuso de fuerza y tal destierro bajo un nombre supuesto son una infamia.

—¿Preferís que os ahorquen bajo vuestro verdadero nombre? —repuso el barón—. Ya sabéis cuán inexorables son las leyes inglesas respecto del abuso del

matrimonio; hablad con franqueza: aunque mi nombre, o más bien el nombre de mi hermano, figure en este asunto, arrostraré la ignominia de un proceso público para estar seguro de que con ello me veré desembarazado de vos.

Milady no respondió, pero se puso pálida como un cadáver.

—Veo que preferís la peregrinación. De perlas; dicen que los viajes forman a la juventud. Por mi fe que no pensáis malamente, pues al fin y al cabo la vida tiene atractivos. Por eso cuido de que no me la quitéis. Falta, pues, arreglar el asunto de los cinco chelines; me muestro algo parsimonioso, ¿no es verdad? Esto estriba en que no quiero que corrompáis a vuestros guardianes. Por otra parte, siempre os quedarán vuestras gracias para seducirlos. Echad mano de ellas si vuestro descalabro con Felton no os ha quitado el gusto a las tentativas de este jaez.

Felton no ha hablado, dijo para sí milady, todavía no se ha perdido nada.

—Y ahora, hasta la vista —profirió el barón—. Mañana volveré para anunciaros la partida de mi mensajero.

Lord Winter se levantó, saludó con ironía a milady, y salió.

A milady se le dilató el pecho: aun le quedaban cuatro días, plazo suficiente para acabar de seducir a Felton.

Sin embargo, la asaltó uña idea terrible, la de que lord Winter enviaría tal vez al mismo Felton para hacer firmar la orden a Buckingham. De suceder así, el teniente se le escapaba de entre las manos, y para triunfar era menester la magia de una seducción continua.

Con todo eso, ya hemos dicho que a milady le tranquilizaba una cosa, el que Felton no había hablado.

La presa quiso no aparentar emoción alguna por las amenazas que le dirigiera lord Winter, a cuyo afecto se sentó a la mesa y comió. Luego, y como en la víspera, se puso de rodillas y repitió en voz alta sus oraciones, y, como en la víspera también, el centinela dejó de andar y se detuvo para escucharla.

A poco, milady oyó pasos más ligeros que los del centinela que venían de lo último del corredor y se detuvieron a su puerta.

—Es él —dijo milady.

Y se puso a entonar el mismo cántico que en la víspera había exaltado de tal suerte a Felton.

Pero por más que su voz meliflua, extensa y sonora hubiese vibrado más armoniosa y desgarradora que nunca, la puerta permaneció cerrada. A milady le pareció, al dirigir una furtiva mirada al ventanillo, percibir a través de la apretada reja los ardientes ojos del joven; pero, realidad o visión, Felton tuvo ahora suficiente energía para no entrar. Lo único que pasó fue que poco después de haber acabado su cántico, a milady le pareció oír un profundo suspiro; luego, y como con pesar, los mismos pasos que aquella oyera acercarse se alejaron pausadamente.

LV

CUARTO DÍA DE CAUTIVERIO

Al entrar Felton, al día siguiente, en el aposento de milady, la encontró levantada, subida sobre un sillón y teniendo en la mano una cuerda tejida con algunos pañuelos de batista desgarrados en tirillas, trenzadas y unidas por los cabos.

Milady, al oír el ruido que hizo Felton al abrir la puerta, se bajó de un salto de su sillón e intentó esconder tras sí la improvisada cuerda, pero sin soltarla.

El teniente estaba aún más pálido de lo que solía, y sus ojos, encendidos por el insomnio, indicaban que había pasado una noche de fiebre.

Ello no obstante, la frente del joven estaba armada de una severidad más austera que nunca.

Felton se acercó lentamente a milady, que se había sentado, y cogiendo por uno de sus cabos la mortífera trenza que por descuido o adrede aquella dejara al descubierto, preguntó con frialdad:

—¿Qué es eso, señora?

—Nada —respondió milady, sonriendo con la dolorosa expresión en que ella era maestra—; el tedio es el enemigo mortal de los presos, y como a mí el tedio me consume, me he distraído labrando esta cuerda.

Felton fijó la mirada en el sitio del muro ante el cual encontrara a milady en pie sobre el sillón en el que ahora estaba sentada, y encima de su cabeza vio un garfio dorado y empotrado en la pared, que servía para colgar de él ropas o armas.

El teniente se estremeció, y lo notó milady, que por más que tenía los ojos clavados en el suelo, lo veía todo.

—¿Y qué estabais haciendo, en pie sobre este sillón? —preguntó el joven puritano.

—¿Qué os importa? —respondió milady.

—Deseo saberlo.

—No me interroguéis —profirió la presa—; ya sabéis que a nosotros, verdaderos cristianos, nos está vedado mentir.

—Pues yo os diré lo que estabais haciendo, o más bien lo que ibais a hacer —dijo Felton—; ibais a ejecutar el fatal designio que alimentáis en vuestra mente. Ved lo que hacéis, señora; si nuestro Dios prohíbe la mentira, con más severidad aún prohíbe el suicidio.

—Creedme, caballero —repuso milady con voz de profunda convicción—, cuando Dios ve a una de sus criaturas perseguida injustamente, colocada entre el suicidio y la deshonra, le perdona el suicidio, que se convierte en martirio en este caso.

—Decís mucho o muy poco, señora —profirió el teniente—; así pues os pido que os expliquéis.

—¿Que yo os cuente mis desventuras, para que las tildéis de embustes, y os haga sabedor de mis proyectos para que vayáis a denunciarlos a mi perseguidor? Nunca, caballero. Por otra parte, ¿qué os importa a vos que viva o muera una infeliz condenada? Vos no respondéis más que de mi cuerpo, y con tal de que presentéis mi cadáver y pueda acreditarse que es el mío, no os exigirán más, y quizás obtengáis doble recompensa.

—¡Yo, señora! —exclamó Felton—. ¿Y vos imagináis que aceptaría yo el precio de vuestra vida? No, vos no sentís lo que decís.

—Dejadme hacer, Felton —dijo milady, exaltándose—; todo soldado debe ser ambicioso, y yo os garantizo que si ahora sois teniente seguiréis mi cortejo fúnebre con el empleo de capitán.

—Pero, señora —exclamó, enternecido, el joven—, ¿qué os he hecho yo para que echéis sobre mí tamaña responsabilidad ante Dios y los hombres? Dentro de pocos días habréis salido de aquí, vuestra vida ya no estará bajo mi custodia, y —añadió Felton, dando un suspiro— entonces haréis lo que os plazca.

—¡Así que vos —profirió milady, como arrebatada por santa indignación—, hombre piadoso y, según os llaman, justo, solo deseáis que no os inculpen ni os molesten por mi muerte!

—Debo velar por vuestra vida, señora, y lo haré.

—Pero ¿no veis el oficio que estáis desempeñando? —exclamó milady—; si ese oficio sería ya cruel siendo yo culpable, ¿qué nombre le daréis, y qué nombre le dará el Señor si soy inocente?

—Señora, soy soldado y cumplo las órdenes que he recibido.

—¿Y vos creéis que en el día del Juicio Final Dios separará de los jueces inicuos a los verdugos ciegos? ¡No queréis que yo mate mi cuerpo, y os hacéis instrumento del que quiere matar mi alma!

—Os repito, señora —repuso Felton, perturbado—, que no os amaga peligro alguno; respondo de lord Winter como de mí mismo.

—¡Insensato! —exclamó milady—. ¡Oh! Sí, se necesita ser insensato para responder de otro hombre cuando los más sabios, según Dios, vacilan en responder de sí mismos; se necesita haber perdido la razón para ponerse del lado del más fuerte y más dichoso para abrumar al más débil y desventurado.

—Es imposible, señora —murmuró Felton, que en lo íntimo de su corazón conocía la exactitud de aquel argumento—. Presa, no recobraréis la libertad por mí; viva, no perderéis por mí el aliento.

—Pero perderé lo que me es mucho más caro que la vida —exclamó milady—, perderé la honra; y a vos os haré responsable ante Dios y ante los hombres de mi oprobio y de mi infamia.

Ahora, Felton, por muy impasible que fuese o aparentase ser, no pudo resistir al influjo secreto que ya se apoderara de él: ver a aquella mujer tan hermosa, blanca como la más cándida visión, y tan pronto desconsolada como amenazadora, y sufrir a la vez el ascendiente del dolor y de la hermosura, era excesivo para un visionario, para un cerebro minado por los ardientes sueños de la fe extática, para un corazón corroído a un tiempo por el amor del cielo, que abrasa, y por el odio de los hombres, que devora.

Milady notó la turbación de Felton, por intuición sintió la llama de las pasiones opuestas que ardían con la sangre en las venas del joven fanático, y como el experto general que al ver al enemigo próximo a retroceder se abalanza a él lanzando un grito de victoria, se levantó, hermosa cual sacerdotisa de la antigüedad, inspirada como una virgen cristiana, y con el brazo extendido, la garganta al aire, sueltos los cabellos, sujetando púdicamente el vestido sobre su pecho, y la mirada encendida por el fuego que ya llevara el desorden a los sentidos del joven puritano, se le acercó y entonó sobre una nota vehemente y con dulcísima voz, a la que imprimió un acento terrible, la siguiente estrofa:

Entrega a Baal tu víctima,
arroja al león al mártir;
Dios, al que de lo hondo clamo,
te hará arrepentir cuanto antes.

A tan singular apóstrofe, Felton quedó como sobrecogido, y exclamó, juntando las manos:

—¿Quién sois vos? ¿Sois enviada del Señor o ministro del averno? ¿Ángel o demonio? ¿Eloa o Astarté?

—¿No me has conocido, Felton? No soy ángel ni demonio, soy una hija de la tierra, una hermana tuya en creencias, nada más.

—Sí, sí —exclamó el joven—, todavía dudaba, pero ahora creo.

—¡Crees, y, sin embargo, eres cómplice de ese hijo de Belial a quien llaman lord Winter! ¡Crees, y me dejas en manos de mis enemigos, del enemigo de Inglaterra, del enemigo de Dios! ¡Crees, y me entregas al que mancilla al mundo con sus herejías y sus escándalos, a ese Sardanápalo a quien los obcecados llaman el duque de Buckingham y los creyentes Anticristo!

—¡Yo, entregaros a Buckingham! ¡Yo! ¿Qué estáis diciendo?

—Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen —exclamó milady.

—Sí —profirió Felton, pasándose las manos por la frente empañada en sudor—, como para disipar la duda postrera; sí, conozco la voz que me habla en mis sueños, las facciones del ángel que se me aparece todas las noches, gritando a mi alma que no puede hallar el descanso: «¡Hiere, salva a Inglaterra, sálvate a ti; de lo contrario, morirás sin haber desarmado a Dios!». ¡Hablad! ¡Hablad! —exclamó Felton—. Ahora puedo comprenderos.

Los ojos de milady despidieron un rayo de gozo terrible, pero rápido como el pensamiento. Sin embargo, por fugitiva que hubiese sido la llamarada, Felton la vio y se estremeció como si aquella luz hubiese alumbrado los abismos del corazón de la presa.

De improviso, se le refrescaron al teniente las advertencias de lord Winter, las seducciones de milady y sus primeras tentativas la noche de su llegada, y retrocedió un paso y bajó la cabeza, pero sin dejar de mirar a su interlocutora, como si, fascinado por tan extraña criatura, sus ojos no pudiesen desviarse de los de ella.

No era milady mujer que se dejara engañar respecto a la causa de semejante vacilación; bajo sus aparentes emociones, no la abandonaba ni un punto su pasmosa impasibilidad. Antes de que Felton le hubiese respondido y se hubiese visto ella obligada a reanudar aquella conversación tan difícil de sostener en el mismo tono exaltado, dejó caer las manos, y como si la debilidad de la mujer recobrara su ascendiente sobre el entusiasmo de la inspirada, dijo:

—Pero no, no soy yo la predestinada a ser la Judith que libre a Betulia de ese Holofernes. La espada del Eterno es excesivamente pesada para mi brazo. Dejadme, pues, huir de la deshonra por la puerta de la muerte, que me refugie en mi martirio. No os pido, como haría una culpable, la libertad ni la venganza, como de vos solicitaría una pagana. Solamente os pido que me dejéis morir, os lo suplico, os lo imploro de rodillas; si así lo hacéis, mi último suspiro será una bendición para mi salvador.

Felton, al oír aquella voz meliflua y al ver aquella mirada tímida y abatida, se acercó nuevamente a milady. Poco a poco, la hechicera había ido revistiéndose de los mágicos atractivos que tomaba y dejaba a su antojo, es decir, de la belleza, la dulzura, las lágrimas y, sobre todo, del irresistible hechizo de la voluptuosidad mística, la más aniquilante de todas las voluptuosidades.

—¡Ay! —profirió el joven—, solo me es dado compadeceros si me probáis que sois una víctima. Pero a lord Winter le asisten tremendos cargos contra vos. Cristiana sois, y hermana mía en religión; lo que hace que me sienta atraído hacia vos, yo, que nunca he amado más que a mi bienhechor ni he hallado en el camino de mi vida más que traidores e impíos. Pero vos, señora, tan hermosa en realidad y tan pura en la

apariencia, debéis de haber cometido iniquidades para que lord Winter os persiga como os persigue.

—Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen —repitió milady con indecible acento de dolor.

—Explicaos, pues —exclamó el teniente.

—¡Confiaros mi oprobio! —profirió milady con el sonrojo del pudor en las mejillas—, pues con frecuencia el crimen de uno es la vergüenza de otro; ¡confiaros mi oprobio, a vos, hombre, yo, mujer! ¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca!

Y al decir estas palabras, milady se cubrió púdicamente los ojos con las manos.

—¡A mí, a un hermano! —exclamó Felton.

Milady miró largo tiempo a su interlocutor con una expresión que este interpretó como el reflejo de la duda, y que, sin embargo no era más que observación y sobre todo voluntad de fascinar.

Felton, suplicante a su vez, juntó las manos.

—Pues bien —dijo milady—, confío en mi hermano, y me atrevo.

En esto los interlocutores oyeron los pasos de lord Winter; pero ahora el terrible cuñado de milady no se contentó, como en la víspera, con pasar por delante de la puerta y alejarse, sino que se detuvo, cruzó algunas palabras con el centinela, y entró en el aposento.

Mientras el barón habló con el centinela, Felton retrocedió apresuradamente, y cuando aquel entró, estaba a algunos pasos de la presa.

Lord Winter entró con lentitud, y dirigió una mirada escrutadora a milady y al joven teniente.

—Mucho tiempo hace que estáis aquí, John —dijo el barón a Felton—; si esa mujer os ha contado sus crímenes, me explico que la conversación haya sido tan larga.

Felton se estremeció, y milady comprendió que estaba perdida si no acudía en auxilio del turbado oficial.

—¡Ah! ¡Teméis que vuestra presa se os escape! —exclamó aquella furia del averno—. Pues bien, preguntad a vuestro digno carcelero qué favor estaba yo solicitando de él hace poco.

—¿Solicitabais un favor? —dijo el barón con recelo.

—Sí, milord —repuso Felton, confuso.

—¿Y qué favor es ese? —preguntó lord Winter.

—Me ha pedido un cuchillo, prometiéndome devolvérmelo por el ventanillo un minuto después de habérselo entregado —respondió Felton.

—¡Qué! —repuso el barón con zumba y desprecio—. ¿Hay aquí alguna persona escondida a quien esa mujer quiera degollar?

—Yo soy esa persona —respondió milady.

—Os he dado a elegir entre América y Tyburn —repuso lord Winter—; elegid este último punto, milady: creedme, la soga es todavía más eficaz que el cuchillo.

Felton palideció y se adelantó un paso; y es que acababa de venirle a la mente que, al entrar él, milady tenía una cuerda en la mano.

—Decís bien —profirió la presa—, y ya había pensado yo en ello. —Y con voz sorda añadió—: Volveré a meditarlo.

El puritano sintió frío en la médula; y probablemente lord Winter notó lo que le pasaba al joven, ya que le dijo:

—John, amigo mío, no te fíes de esa mujer, ya te he prevenido. Confío en ti. Muéstrate animoso, hijo mío; por otra parte, dentro de tres días vamos a vernos libres de esa criatura, y adonde la envío, no dañará a nadie.

—¡Ya le oís! —exclamó milady, dando una gran voz para que el barón creyera que se dirigía al cielo, y Felton comprendió que era a él.

El teniente bajó la cabeza, y se puso pensativo.

Lord Winter cogió al oficial por el brazo, y con la cabeza vuelta hacia milady, para no perderla de vista hasta que hubiese llegado a la puerta, salió.

No he avanzado tanto camino como supuse, dijo para sí milady una vez que la puerta se hubo cerrado. Winter ha cambiado su acostumbrada bobería en insólita prudencia. ¡Oh! ¡Lo que es el deseo de venganza! ¡Cómo forma al hombre! En cuanto a Felton, titubea; no es como el maldito D'Artagnan. Un puritano solo adora a las vírgenes, y él las adora juntando las manos. Un mosquetero ama a las mujeres, y las ama juntando los brazos.

Con todo eso milady aguardó con impaciencia, pues supuso que volvería a ver a Felton antes de que acabase el día. Por fin, una hora después de la escena que acabamos de narrar, oyó que a la puerta hablaban en voz baja, y al poco aquella giró sobre sus goznes para dar paso al teniente.

El joven entró con presura en la estancia, y dejando tras sí y de par en par la puerta, hizo seña a milady de que se callase.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó la presa al ver el trastornado semblante del joven.

—Escuchad —respondió Felton con voz apenas perceptible—, he alejado al centinela para permanecer aquí sin que sepan que he venido y hablar con vos sin que puedan oírme. El barón acaba de contarme una historia espantosa.

Milady se sonrió como una víctima resignada y movió a uno y otro lado la cabeza.

—O sois un demonio —continuó Felton— o el barón, mi bienhechor, mi padre, es un monstruo. A vos os conozco hace cuatro días, a él le amo desde hace dos años; puedo, pues, titubear entre él y vos: que no os asuste lo que voy a deciros, pero es menester que en mi ánimo entre el convencimiento. Esta noche, pasada la media, vendré para que me convenzáis.

—No, Felton, hermano mío —dijo milady—, el sacrificio es demasiado grande, y sé que os cuesta. No, si yo estoy perdida, no os perdáis vos conmigo. Mi muerte será mucho más elocuente que mi vida, y el silencio de un cadáver os convencerá como no os convencerían las palabras de una presa.

—Callaos, señora —profirió Felton—, no me digáis tales palabras; he venido para que me juréis por vuestra honra, por lo que tenéis de más sagrado, que no atentaréis contra vuestra vida.

—No puedo prometer —dijo milady—, porque no habiendo quien respete más que yo un juramento, si prometiera debería cumplir.

—Bueno —repuso Felton—, no os comprometáis más que hasta el momento en que me habréis visto de nuevo. Si entonces persistís en vuestro designio, seréis libre de ejecutarlo, y yo mismo os daré el arma que me habéis pedido.

—Os aguardaré, pues —contestó milady.

—Jurádmelo.

—Os lo juro por nuestro Dios. ¿Estáis satisfecho?

—Hasta esta noche, pues —dijo Felton.

Este salió impetuosamente, cerró la puerta, y aguardó junto a ella, con el espontón del centinela en la mano, como si hubiese reemplazado a este en su servicio.

Al regresar el soldado, Felton le devolvió su arma.

A través del ventanillo al que se acercara, milady vio cómo el joven se persignaba con fervor delirante y se marchaba, ebrio de gozo, por el corredor.

En cuanto a milady, se volvió a su sitio, y con una sonrisa de salvaje desprecio en los labios, repitió, blasfemando, el nombre terrible de Dios, por el cual jurara sin que nunca hubiese aprendido a conocerle.

—¡Oh, fanático insensato! —dijo—. Mi Dios soy yo, yo y el que me ayude a vengarme.

LVI

QUINTO DÍA DE CAUTIVERIO

Milady había recorrido la mitad del camino que debía conducirla a su triunfo, y la ventaja que acababa de obtener redoblaba sus fuerzas.

No era difícil, como ella hiciera hasta aquel momento, vencer a hombres dispuestos a dejarse seducir, y a los cuales la galante educación de la corte arrastraba rápidamente a la trampa; milady era lo bastante hermosa para no hallar resistencia de parte de la carne, y suficientemente diestra para vencer todos los obstáculos del espíritu. Pero ahora tenía que luchar contra un hombre de índole bravía, reconcentrado, insensible a fuerza de austeridad; contra Felton, a quien la religión y la penitencia habían hecho inaccesible a las seducciones al uso. El exaltado teniente alimentaba en su imaginación planes tan vastos, proyectos tan tumultuosos, que no podía distraerse con ningún amor, pasajero o lúbrico, pasión que se alimenta de ocio y crece por la corrupción. Milady, pues, con su fingida virtud, había abierto brecha en la opinión de un hombre advertido y terriblemente predispuesto contra ella y, con su hermosura, en el corazón y en los sentidos de un ser casto y puro. Finalmente, y gracias al experimento que hiciera en el sujeto más rebelde que la naturaleza y la religión pudiesen haber sometido a su estudio, vio hasta dónde llegaban sus recursos, desconocidos por ella misma hasta aquella ocasión.

Con todo eso, más de una vez durante la velada, milady desesperó de la suerte y de sí misma. La presa no invocaba a Dios, ya lo sabemos, pero tenía fe en el genio del mal, inmensa soberanía que impera en todas las circunstancias de la vida humana, y a la cual, como en la fábula árabe, basta un grano de granada para resucitar las esperanzas muertas.

Milady, que estaba bien dispuesta para recibir a Felton y pudo establecer sus baterías para el día siguiente, sabía que no le quedarían más de dos días, y que una vez que Buckingham hubiese firmado la orden —y Buckingham la firmaría tanto más fácilmente, cuanto aquella ostentaba un nombre supuesto y por lo tanto el duque no podría adivinar de qué mujer se trataba—, el barón la haría embarcar enseguida. Además, milady sabía que las mujeres condenadas a la deportación emplean armas mucho menos eficaces en sus seducciones que las pretensas mujeres virtuosas a las que el sol de la sociedad alumbra la hermosura, de las que la voz de la moda ensalza la especie y a las que dora con sus mágicas vislumbres un reflejo de aristocracia. El

estar condenada a una pena vil e infame no es obstáculo para que una mujer sea hermosa, pero impide para siempre más recobrar el poderío. Como todas las gentes de mérito real, milady conocía el medio ambiente adecuado a su modo de ser y a su talento. La pobreza le repugnaba; la abyección reducía a un tercio su grandeza. Milady no era reina más que entre reinas; a su dominación le era menester el gozo del orgullo satisfecho. Señorear a seres inferiores era, para ella, no un placer, sino una humillación.

En verdad, milady no dudaba ni por un instante de que volvería de su destierro; pero ¿cuánto tiempo después? Si para una individualidad tan diligente y ambiciosa como la de milady, son nefastos los días en que uno no se ocupa en subir, ¡cómo deberán llamarse los que uno emplea en bajar! Perder un año, dos, tres; regresar cuando D'Artagnan, dichoso y triunfante, habría, junto con sus amigos, recibido de la reina la recompensa a la que tan acreedores se habían hecho por los servicios que le prestaran, eran pensamientos roedores para una mujer como milady. Por lo demás, la tempestad que en su corazón rugía le duplicaba las fuerzas, y le hubiera hecho reventar los muros de su prisión, de poder haber adquirido su cuerpo y por un solo instante las proporciones de su espíritu. Pero lo que más la aguijaba era el recuerdo del cardenal. ¿Qué debía de pensar, qué debía de decir Richelieu, inquieto y receloso; Richelieu, no solamente su único sostén, su único apoyo, su único protector en lo presente, mas también el principal instrumento de su fortuna y de su venganza en lo venidero? Ella le conocía, y por lo mismo tenía por sabido que a su regreso a Francia, tras un viaje estéril, por más que en su excusa alegase su prisión y ponderase sus sufrimientos, el cardenal respondería con la calma zumbona del escéptico poderoso a la vez que por el poder, por la inteligencia: «Urgía que no os dejarais prender». Al pensar esto, milady, murmurando en lo íntimo de su pensamiento el nombre de Felton, llamaba a sí toda su energía, una luz que penetrase hasta ella en las profundidades del infierno en que cayera; y cual serpiente que arrolla y desarrolla sus anillos para conocer su fuerza, de antemano envolvía a Felton en los múltiples pliegues de su fecunda imaginación. Con todo eso, y unas en pos de otras, las horas parecían despertar la campana a su paso, y cada golpe de la lengua de bronce resonaba en el corazón de la presa. A las nueve, lord Winter hizo su acostumbrada visita; examinó la ventana y los barrotes, tanteó el suelo y las paredes, y escudriñó la chimenea y las puertas, sin que, durante esta larga y minuciosa visita, ni él ni milady pronunciasen palabra; y es que una y otro debían de comprender que la situación había adquirido demasiada gravedad para perder el tiempo en dimes y diretes y en explosiones de cólera ineficaces.

—Vamos —dijo el barón al dejar a la presa—, no os fugaréis aún esta noche.

A las diez, Felton vino a colocar un centinela, y milady lo reconoció por su andar. Ahora la presa adivinaba la llegada del puritano como una amante adivina la del

amado de su corazón; y, sin embargo, milady detestaba y despreciaba a aquel débil fanático.

Como no era la hora convenida, Felton no entró.

Dos horas después, al sonar la medianoche, el centinela fue relevado.

Era el momento señalado; así es que desde aquel instante milady aguardó con impaciencia.

El nuevo centinela empezó a pasearse por el corredor. Al cabo de diez minutos, Felton volvió.

Milady se hizo oídos.

—Escucha —dijo el puritano al centinela—, bajo pretexto alguno te alejes de esta puerta, pues ya sabes que anoche milord castigó a un soldado por haber abandonado por un instante su puesto, y eso que durante su corta ausencia fui yo quien velé en su lugar.

—Lo sé —contestó el soldado.

—Te recomiendo, pues, la más escrupulosa vigilancia. Yo voy a entrar para inspeccionar por segunda vez el aposento de esa mujer, que me temo alienta siniestros designios contra sí misma, y a quien he recibido la orden de vigilar.

—Bueno —murmuró milady—, ahí que el austero puritano miente.

—¡Cáscaras, mi oficial! —repuso el centinela, sonriéndose—, no tenéis poca suerte en que os confíen tales comisiones, sobre todo si milord os ha autorizado para inspeccionar hasta la cama.

Felton se puso hecho una amapola, y es seguro que en otras circunstancias habría reprendido al soldado; pero ahora su conciencia le incriminaba demasiado como para que se atreviese a hablar.

—Si llamo, ven —dijo el puritano al centinela—, y si vienen, llámame.

—Está bien, mi teniente —contestó el soldado. Felton entró en el aposento de milady.

—¡Ah! ¿Sois vos? —exclamó esta, levantándose.

—Os he prometido venir y aquí estoy —respondió el puritano.

—También me habéis prometido otra cosa.

—¿Qué? —profirió el joven, a quien, pese a su dominio de sí mismo, le flaquearon las rodillas y se le cubrió de sudor la frente.

—Me habéis prometido traerme un cuchillo, y dejármelo después de nuestra conversación.

—No me habléis de esto, señora —repuso Felton—; no hay situación, por terrible que sea, que autorice a una persona a suicidarse. He reflexionado que no debía hacerme reo de tal pecado.

—¡Ah! ¡Habéis reflexionado! —dijo la presa sentándose en su sillón y sonriendo con desdén—; también he reflexionado yo.

—¿Sobre qué?

—Que nada tenía que decir a un hombre que no cumplía su palabra.

—¡Dios mío! —murmuró Felton.

—Podéis retiraros, no diré ni una palabra —exclamó milady.

—¡Aquí está el cuchillo! —profirió Felton, sacando de su faltriquera el arma que, según su promesa, había traído, pero que no se decidía a entregar a milady.

—¿A ver? —dijo esta.

—¿Para qué?

—Palabra que os lo devuelvo al instante; lo pondréis sobre esta mesa y os colocaréis entre él y yo.

Felton entregó el arma a milady, que examinó con atención el temple de la hoja y probó la punta en la yema de uno de sus dedos.

—Está bien —profirió milady, devolviendo el cuchillo al joven teniente—, este es de buen acero; sois amigo fiel.

Felton tomó el arma y la puso sobre la mesa en la forma convenida por la presa, que le siguió con los ojos, hizo un ademán de satisfacción, y dijo:

—Ahora, escuchadme.

La recomendación era excusada; el joven oficial estaba en pie ante ella, aguardando sus palabras para devorarlas.

—Felton —repuso milady con solemnidad llena de melancolía—, si vuestra hermana, la hija de vuestro padre, os dijese: «Joven aún, bastante hermosa por mi desventura, me hicieron caer en un lazo, y resistí; multiplicaron en torno de mí las asechanzas y las violencias, y resistí; blasfemaron contra mi religión, contra mi Dios, contra el Dios a quien adoro, porque llamaba en mi auxilio a ese Dios y a esa religión, y también resistí; y me colmaron de ultrajes, y como no podían perder mi alma, quisieron manchar mi cuerpo para siempre jamás; y por fin…».

Milady se interrumpió y sonrió con amargura.

—¿Qué? —dijo Felton.

—Por fin, una noche —continuó milady— resolvieron, ya que no podían vencerla, paralizar mi resistencia; una noche, digo, echaron en mi agua un narcótico activo, y no bien hube acabado de cenar, me sentí caer poco a poco en un embotamiento extraño. Aunque de nada recelaba, me asaltó un temor vago e intenté luchar contra el sueño; me levanté, quise volar a la ventana, pedir socorro, pero mis piernas se negaron a sostenerme; me parecía que el techo bajaba sobre mi cabeza y me aplastaba con su peso; tendí los brazos, me esforcé en hablar, y no pude proferir más que sonidos inarticulados; iba apoderándose de mí un letargo invencible, y, viendo que iba a caer, me agarré a un sillón, pero pronto este apoyo fue insuficiente para mis endebles brazos, y se me dobló una rodilla, y luego la otra; intenté orar, y mi lengua estaba helada; es indudable que Dios no me vio ni me oyó. Por último me deslicé al

suelo, pábulo de un sueño que tenía todas las apariencias de la muerte. Qué pasó durante mi sueño y cuánto tiempo duró este no lo recuerdo; lo que sé decir es que desperté acostada en un aposento circular, suntuosamente alhajado, en el cual penetraba la luz por una abertura del techo. Puerta, al parecer, no había ninguna: se diría una prisión magnífica. Largo tiempo estuve sin acertar a explicarme dónde me hallaba y los pormenores que acabo de exponer, pues mi espíritu parecía luchar inútilmente para sacudir las pesadas tinieblas de aquel sueño del que no podía arrancarme; tenía indicios de haber recorrido una extensión de terreno más o menos larga, del rodar de un coche, de un sueño terrible durante el cual se hubiesen agotado mis fuerzas; pero todo eso de un modo tan sombrío y tan vago, que tales acontecimientos parecían pertenecer a otra vida que no la mía y, sin embargo, identificada con la mía por fantástica dualidad. Ratos había, tan estupenda era para mí mi situación, en que me parecía estar soñando. Me levanté, tambaleándome; junto a mí y en una silla estaban mis vestidos; yo no recordaba habérmelos quitado, ni menos haberme acostado. Poco a poco, y llena de púdicos terrores, la realidad se abrió paso en mi memoria: aquella no era mi casa, y por lo que pude colegir, guiándome por la luz del sol, habían transcurrido ya dos tercios del día; mi sueño, pues, había durado cerca de veinticuatro horas, desde la tarde del día anterior.

¿Qué pasó durante aquel largo sueño?... Me vestí tan deprisa como pude, luchando con un entorpecimiento que probaba que la influencia del narcótico aún persistía poco o mucho. Por lo demás, aquel aposento estaba amueblado para recibir a una mujer: la coqueta más refinada habría visto cumplidos todos sus deseos con solo tender en torno de sí la mirada. En verdad, no era yo la primera cautiva que se viera encerrada en tan suntuosa prisión; pero vos ya comprenderéis, Felton, que tanto más aumentaba mi terror cuanto más hermosa era aquella. Sí, era una prisión, pues en vano intenté salir. Golpeé las paredes para ver si daba con una puerta, pero las paredes no devolvieron más que un ruido apagado, seco. Quizá di veinte veces la vuelta a aquel aposento en busca de una salida; no la había. Por último, rendida de fatiga y de terror, caí en un sillón. Entretanto, la noche llegaba veloz, y con la noche iban en aumento mis terrores: no sabía si debía continuar en el sillón donde me sentara; me parecía estar rodeada de peligros, en los cuales iba a caer a cada paso. Aunque desde la víspera no había comido, mis temores me impedían sentir hambre. Fuera, no se oía el más leve rumor que me permitiese medir el tiempo; solo conjeturé que serían las siete o las ocho de la noche, pues estábamos en octubre y la oscuridad era completa. De improviso, el rechinar de una puerta que gira sobre sus goznes me hizo estremecer; en la abertura del techo, guarnecida de vidrios, apareció un globo de fuego que llenó de viva claridad mi prisión, y con terror noté que, a algunos pasos de mí, había un hombre de pie. En medio del aposento y como por mágicas artes se había levantado una mesa sobre la que se ostentaba una cena para dos. El hombre

que he dicho era el mismo que hacía un año me perseguía, el mismo que jurara mi deshonra, y que a las primeras palabras que vertió, me hizo comprender que en la precedente noche lo cumpliera.

—¡Infame! —murmuró Felton.

—¡Oh! Sí, infame —exclamó milady, al ver el interés que el joven oficial, cuya alma parecía estar colgada de la boca de la narradora, tomaba en aquel extraño relato—. Sí, el infame me dio a entender que le bastaba haber triunfado de mí en mi sueño, y venía con la esperanza de que yo aceptara mi oprobio, ya que mi oprobio estaba consumado; venía a ofrecerme su fortuna a cambio de mi amor. Yo lancé sobre aquel hombre todo el menosprecio, todo el desdén que puede encerrar el corazón de una mujer; pero, sin duda, él estaba acostumbrado a tales reproches, pues me escuchó con calma, sonriéndose y con los brazos cruzados; luego, cuando le pareció que ya nada más tenía yo que decirle, se me acercó; pero yo, al verle venir, me abalancé a la mesa, cogí un cuchillo y me lo apunté al pecho, diciéndole que si avanzaba un paso más, aparte de mi deshonra pesaría sobre su conciencia mi muerte. Es indudable que en mi mirada, en mi voz y en toda mi persona había la verdad de expresión, acento y actitud que convencen aún a las almas más perversas, pues se detuvo y me dijo: «¡Vuestra muerte! No, sois una amante demasiado hermosa para que yo consienta en perderos así, después de haber tenido la dicha de poseeros tan solo una vez. Adiós, hermosa mía, ya os haré una nueva visita cuando estéis en mejores disposiciones». Tras estas palabras, aquel hombre dio un silbido, y la lámpara que alumbraba mi aposento subió y desapareció, dejándome en tinieblas. Poco después se oyó el mismo rechinar de una puerta que se abre y se cierra, y el globo de fuego descendió nuevamente. Me hallaba completamente sola. Aquel fue para mí un momento horroroso; si todavía me quedaba alguna duda respecto de mi desdicha, aquella se había trocado en desesperante realidad: estaba yo en poder de un hombre a quien no solo detestaba, sino al cual despreciaba; de un hombre culpable de todo, y que ya me diera una prueba fatal de lo que era capaz.

—Pero ¿quién era aquel hombre? —preguntó Felton.

—Pasé la noche en una silla, estremeciéndome al menor ruido, pues a eso de la medianoche la lámpara se había apagado dejándome otra vez en negruras. Con todo, la noche pasó sin que mi perseguidor hubiese hecho contra mí nuevas tentativas; no obstante, yo empuñaba todavía el cuchillo, en el que cifraba toda mi esperanza… Me era ya imposible luchar contra la fatiga; el insomnio me abrasaba los ojos, pues no me había atrevido a dormir un solo instante, y tranquilizada con la venida del día, me eché en la cama sin separarme de mi cuchillo libertador, que escondí bajo mi almohada. Al despertarme, vi una nueva mesa servida; pero ahora, a despecho de mis inquietudes, me acosaba un hambre insoportable: así pues, comí pan y algunas frutas; después, acordándome del narcótico que mezclado con el agua había bebido, en vez

de probar la que había en la mesa, fui a llenar mi vaso a una fuente de mármol empotrada en la pared, encima de mi tocador. A pesar de esta precaución, pasé largo rato en un terror horrible; pero ahora mis temores no eran fundados: el día transcurrió sin que yo sintiera el más leve síntoma de lo que temí. Se me olvidaba decir que tuve la precaución de vaciar la mitad de la botella para que no advirtieran mi desconfianza. Vino otra vez la noche, y con ella la oscuridad; con todo eso, por profundas que fuesen las tinieblas, mis ojos empezaban a acostumbrarse a ellas, así es que en medio de la negrura vi cómo la mesa se hundía en el suelo, para reaparecer un cuarto de hora después con mi cena. Al cabo de poco, y gracias a la misma lámpara, mi aposento quedó otra vez alumbrado. Yo, resuelta a no comer más que alimentos en los cuales era imposible introducir narcótico alguno, reduje mi cena a dos huevos y a tres o cuatro frutas, y luego me bebí un vaso de agua de mi fuente protectora. A los primeros sorbos, y pareciéndome que el agua no tenía el mismo sabor que por la mañana, me asaltó una sospecha, y dejé de beber; pero ya había consumido medio vaso. Arrojé el resto con horror, y con la frente bañada en el sudor del espanto, aguardé. Era seguro que algún testigo invisible me había visto sacar agua de la fuente, y aun se aprovechó de mi confianza para asegurar mejor mi perdición tan fríamente resuelta y con tanta crueldad perseguida. No media hora después sentí los síntomas del narcotismo, con la diferencia de que, como ahora solo me bebiera medio vaso de agua, la lucha fue más larga y, en vez de dormirme completamente, caí en un estado de somnolencia que no me quitaba el conocimiento de lo que pasaba en torno a mí, aunque sí la fuerza de defenderme o de huir. En tal situación, me arrastré hasta la cama para buscar en ella la única defensa que me quedaba, mi cuchillo salvador; pero solo pude llegar hasta la cabecera, donde caí de rodillas y con las manos aferradas a uno de los pilares del pie; entonces comprendí que para mí no había remedio.

Felton palideció de un modo espantable y se estremeció convulsivamente de pies a cabeza.

—Sin embargo —continuó milady con la voz turbada como si aún sintiera la misma inquietud que en aquel momento terrible—, sin embargo, lo más horroroso es que ahora yo tenía conciencia del peligro que me acechaba; que mi alma, si vale decirlo así, velaba en mi dormido cuerpo; que yo veía y oía: verdad que todo ocurría como en medio de un sueño; pero por la misma causa era más pavoroso. Vi cómo la lámpara subía, dejándome poco a poco en la oscuridad; oí el para mí tan conocido rechinar de la puerta por más que no la hubiesen abierto sino dos veces, e instintivamente comprendí que alguien se me acercaba: se diría que el desventurado que se extravía en los desiertos de América presiente así la aproximación de la serpiente. Quise hacer un esfuerzo, intenté dar voces, y aun por una increíble energía

de voluntad me levanté, mas para volver a caer al punto… en los brazos de mi perseguidor.

—¡Pero, señora, decidme quién es ese hombre! —exclamó el joven oficial.

A milady le bastó una mirada para ver cuán hondamente hacía sufrir a Felton al insistir sobre cada uno de los pormenores de su relato; pero no quería eximirle de tormento alguno. Cuanto más le quebrantara el corazón, más seguro era que la vengaría. Milady prosiguió, pues, como si no hubiese oído la exclamación del teniente, o como si hubiera juzgado que aún no debía responder a ella.

—Solo que ahora —añadió la presa— el infame no se saciaba ya con alguien como un cadáver inerte y sin sentimiento alguno. Ya os lo he dicho, Felton, sin conseguir recobrar el cabal ejercicio de mis facultades, conservaba yo la intuición de mi peligro; así pues, luché con todas mis fuerzas, y a pesar de mi endeblez, es indudable que opuse una resistencia prolongada, pues le oí exclamar: «¡Ah, malditas puritanas! Ya sabía yo que fatigaban a sus verdugos, pero las tenía por menos fuertes contra sus amantes». ¡Ay! Aquella resistencia desesperada no podía durar mucho; mis fuerzas se agotaron, y entonces el cobarde no se aprovechó ya de mi sueño, sino de mi desmayo.

Felton escuchaba sin hacer oír más que una especie de rugido sordo; por su marmórea frente corría el sudor, y con la mano escondida bajo su casaca se desgarraba el pecho.

—Mi primer impulso, al recobrarme —continuó milady—, fue buscar bajo mi almohada el cuchillo, para que sirviese para la expiación, ya que no había servido para la defensa; pero al empuñarlo se me ocurrió un pensamiento terrible. Os he jurado decíroslo todo, y todo os lo diré; os he prometido la verdad, y la sabréis, aunque debiese acarrear mi perdición.

—Se os ocurrió la idea de vengaros de aquel hombre, ¿no es verdad? —exclamó Felton.

—Pues bien, sí —respondió milady—, aquel pensamiento no era propio de una cristiana, lo sé; sin duda lo inspiró a mi espíritu el eterno enemigo de nuestra alma, el rugiente león que sin cesar gira a nuestro derredor. ¿Qué más os diré? —continuó milady con voz de la mujer que se acusa de un crimen—. Aquel pensamiento ya no se borró de mi mente, y de tal pensamiento homicida sufro hoy el castigo.

—Continuad, continuad —dijo Felton—, tengo prisa de veros llegar a la venganza.

—¡Oh! —prosiguió milady—, resolví que fuese lo más pronto posible. De día nada tenía yo que temer, pero era para mí seguro que el infame volvería a la noche siguiente. Así pues, cuando hubo llegado la hora del almuerzo, no vacilé en comer y en beber: estaba resuelta a fingir que cenaba, pero a no probar bocado; con el alimento de la mañana debía combatir el ayuno de la noche. Lo único que hice fue

sustraer un vaso de agua a mi almuerzo, ya que la sed había sido lo que más me hiciera sufrir cuando permanecí cuarenta y ocho horas sin comer ni beber. El día transcurrió sin ejercer sobre mí otra influencia que la de afirmarme en mi resolución: procuré tan solo que mi rostro no delatase lo que pasaba en mi alma, pues di por cierto que me estaban espiando, y aun me sonreí más de una vez. Felton, no me atrevo a deciros qué pensamiento me hacía sonreír, os horrorizaríais de mí…

—Continuad, continuad —dijo el puritano—, ya veis que os escucho y que tengo prisa de llegar al fin.

—Vino la noche, y todo pasó como de costumbre; como de costumbre, durante la oscuridad quedó servida mi cena, luego bajaron la lámpara encendida, y yo me senté a la mesa. No comí sino algunas frutas; hice como que me escanciaba agua de la botella, pero no bebí más que la que me reservara en mi vaso; por otra parte, la sustitución la efectué con bastante destreza para que mis espías, si los tenía, no pudiesen concebir sospecha alguna. Tras la cena, di las mismas señales de sopor que en la víspera; pero ahora, cual si yo sucumbiera a la fatiga o como si me familiarizase con el peligro, me arrastré hacia mi cama, dejé caer mis vestidos y me acosté. Busqué debajo de la almohada, empuñé convulsivamente mi cuchillo, y simulé dormirme. Pasaron dos horas sin novedad. ¡Oh, Dios mío! ¡Quién me lo dijera la víspera! Ahora empezaba a temer que el infame no vendría. Por fin, vi cómo la lámpara subía lentamente y desaparecía en las profundidades del techo, llenando con su ausencia de tinieblas mi aposento; pero puse todo mi empeño en sondear las tinieblas con la mirada. De esta suerte transcurrieron unos diez minutos, sin que llegase a mis oídos otro rumor que el que producía el acelerado latir de mi corazón. Yo elevaba a Dios mis súplicas para que el infame viniese. Por fin oí el tan conocido rechinar de la puerta que se abría y cerraba; no obstante el grosor de la alfombra, oí también rumor de pasos que hacían chillar el piso, y pese a la oscuridad, vi una sombra que venía hacia mí.

—Daos prisa, señora, daos prisa —profirió Felton—; cada una de vuestras palabras me abrasa cual plomo derretido.

—Entonces —continuó milady— reuní todas mis fuerzas, y me acordé de que había llegado el momento de la venganza, o mejor dicho, sonado la hora de la justicia; teniéndome por otra Judith, me recogí sobre mí misma, con mi cuchillo en la mano, y cuando lo vi cerca de mí, con los brazos extendidos para buscar a su víctima, lancé el postrer grito del dolor y de la desesperación, y le herí en mitad del pecho. ¡Ah! El miserable todo lo había previsto: llevaba una cota de mallas, y el cuchillo se embotó.

»"¡Diablos!", exclamó el infame, asiéndome del brazo y arrancándome el arma que tan mal me sirviera. "¿Conque queréis quitarme la vida, mi hermosa puritana? Esto ya no es odio, es ingratitud. Vamos, calmaos, niña; tenía para mí que os habíais

amansado. No soy yo tirano de esos que guarden a la fuerza a las mujeres: en mi fatuidad no pude creer que no me amaseis; pero ahora veo que no. Mañana estaréis libre".

»Yo, que no alentaba más deseo que el de que me matara, le dije: "Idos con tiento, porque mi libertad envuelve vuestra deshonra".

»"Explicaos, mi hermosa sibila", repuso aquel.

»"Sí", dije, "mi libertad envuelve vuestra deshonra, porque en cuanto yo salga de aquí haré pública la violencia de que me habéis hecho objeto, como haré público mi cautiverio. Denunciaré este palacio de infamia, y por muy encumbrado que estéis, ¡ay de vos! Porque sobre vos está el rey, y sobre el rey está Dios".

»Mi perseguidor, por muy dueño que parecía ser de sí, no pudo reprimir un ademán de cólera; y digo esto porque, si bien no me era dado ver la expresión de su semblante, sentí cómo se estremecía su brazo, sobre el cual tenía yo la mano.

»"Pues no saldréis de aquí", profirió mi perseguidor.

»"Bueno", exclamé, "en este caso el lugar de mi suplicio será también el de mi tumba; moriré aquí, y veréis si un fantasma acusador no es más terrible que un ser viviente que amenaza".

»"No os dejarán arma alguna", añadió el infame. "Una hay", argüí, "que la desesperación ha puesto al alcance de toda criatura que tiene el valor de servirse de ella: me dejaré morir de hambre".

»"Vamos a ver", dijo el miserable, "¿no vale más la paz que semejante guerra? Os devuelvo inmediatamente la libertad, os proclamo prototipo de virtud y os nombro la Lucrecia de Inglaterra".

»"Y yo digo", le respondí, "que vos sois el Sexto de ella, y os denuncio a los hombres como ya os he denunciado a Dios; y si es menester que, como Lucrecia, signe yo mi acusación con mi sangre, lo haré".

»"Esto ya es distinto", repuso con zumba mi enemigo. "Al fin y al cabo, estáis bien aquí, donde nada os faltará, y vuestra será la culpa si os dejáis morir de hambre".

»Tras estas palabras, el infame se fue, y yo, después de oír cómo se abría y cerraba la puerta, me quedé abismada, más en la vergüenza de no haberme vengado, lo confieso, que no en mi dolor. El miserable cumplió su palabra. El día y la noche siguientes transcurrieron sin que yo volviese a verlo; pero también yo cumplí lo que ofreciera, no comí ni bebí, y, como le previne, estaba decidida a dejarme morir de hambre. Pasé el día y la noche orando, confiada en que Dios me perdonaría mi suicidio. La segunda noche abrieron la puerta; yo, que con las fuerzas ya muy quebrantadas, estaba tendida en el suelo, al oír el ruido me incorporé con ayuda de una mano.

»"¿Os habéis ya amansado un poco, y estáis resuelta a pagar vuestra libertad con la sola promesa de que guardaréis silencio?", me dijo una voz que vibraba de manera

demasiado terrible en mis oídos para que no me fuese conocida. "Yo soy buen príncipe", añadió, "y aunque no simpatizo con los puritanos, les hago justicia, como también se la hago a las puritanas cuando son hermosas. Vamos, hacedme un juramento sobre la cruz, no os pido más".

»"¡Sobre la cruz!", exclamé, levantándome, pues al sonido de aquella voz aborrecida recobré todas mis fuerzas. "¡Sobre la cruz! ¡Oh! Lo que yo os juro es que no habrá promesas, amenazas ni tormentos capaces de hacerme cerrar la boca; lo que yo os juro sobre la cruz es denunciaros en todas partes como asesino y ladrón de honras, como cobarde; lo que sobre la cruz os juro, si llego a salir de aquí, es clamar venganza contra vos a todo el género humano".

»"¡Ved lo que decís!", profirió la voz con acento de amenaza como hasta aquel momento yo no oyera; "tengo en mi mano un recurso heroico, pero que no emplearé hasta el último extremo, para cerraros la boca o por lo menos impedir que crean una sola de vuestras palabras".

»Yo llamé a mí todas mis fuerzas para responder con una carcajada. Mi verdugo, que vio que entre él y yo estaba declarada una guerra eterna, a muerte, dijo: "Escuchad, os doy el resto del día de hoy y todo mañana para que reflexionéis: si me prometéis callaros, os rodearán la riqueza, la consideración y aun los honores; si me amenazáis con hablar, os condeno a la infamia".

»"¡Vos!", exclamé.

»"¡A la infamia eterna, indeleble!", respondió el protervo.

»"¡Vos!", repetí.

»¡Oh! Felton, en verdad os digo que le tuve por insensato.

»"Sí, yo", dijo el miserable.

»"Dejadme", exclamé, "salid, si no queréis que en vuestra presencia me estrelle el cráneo contra las paredes. ¿Vos lo queréis?".

»"Enhorabuena", repuso el malvado, "hasta mañana por la noche".

»"Hasta mañana por la noche", respondí, dejándome caer y mordiendo con rabia la alfombra.

Felton estaba arrimado a un mueble; milady veía con gozo infernal que al joven iban a faltarle las fuerzas tal vez antes del fin del relato.

LVII

UN RECURSO DE TRAGEDIA CLÁSICA

Milady, tras un corto silencio que aprovechó para observar a su oyente, continuó su relato en los siguientes términos:

—Iban ya para tres días que yo no había comido ni bebido; mis padecimientos eran atroces, y a ellos, de cuando en cuando, se unían como unas nubes que me oprimían las sienes y me velaban los ojos: era el delirio. Llegó la noche; yo estaba tan endeble, que a cada instante me desmayaba, y cada vez que me recobraba rendía gracias a Dios, pues tenía por cierto que iba a morirme. En medio de uno de mis desmayos, oí cómo se abría la puerta, y el terror me devolvió los sentidos. El infame entró en mi aposento seguido de un hombre; los dos iban enmascarados; a pesar de eso conocí a mi verdugo en su andar, en su voz y en el ademán imponente que el infierno ha dado a su persona para desventura de la humanidad.

»"¿Estáis decidida a prestar el juramento que os pedí?", me preguntó el miserable.

»"Vos mismo dijisteis que los puritanos cumplen lo que prometen", repuse, "y ya oísteis lo que os prometí: os perseguiré en la tierra ante el tribunal de los hombres, y en el cielo ante el tribunal del Omnipotente".

»"¿Conque persistís?", exclamó.

»"Juro ante el Dios que nos está oyendo", dije, "que tomaré el mundo entero por testigo de vuestro crimen, hasta que haya encontrado quien me vengue".

»"Vos sois una prostituta", exclamó con voz tonante mi martirizador, "y vais a sufrir el suplicio de las prostitutas. Vilipendiada a los ojos del mundo al cual invocaréis, esforzaos en probar a ese mundo que no sois culpable ni loca". Y, dirigiéndose al hombre que lo acompañaba, añadió: "Verdugo, cumple con tu deber".

—¡Oh! ¡Su nombre! ¡Su nombre! ¡Decidme su nombre! —exclamó Felton.

—A pesar de mis gritos y de mi resistencia, pues empezaba yo a comprender que se trataba para mí de algo peor que la muerte, el verdugo me cogió, me derribó en tierra, me lastimó con ligaduras y, sofocada por los sollozos, casi sin conocimiento, invoqué a Dios, que no me escuchaba, y lancé de improviso un espantoso grito de dolor y de vergüenza; un fuego abrasador, un hierro candente, la marca del verdugo acababa de sellarse en mi hombro.

Felton lanzó un rugido.

—Ved —dijo milady, levantándose con dignidad de reina—, ved qué nuevo martirio inventaron para la mujer pura y, sin embargo, víctima de la brutalidad de un bandido. Aprended a conocer el corazón de los hombres, Felton, y en adelante no seáis tan ligero en convertiros en instrumento de sus injustas venganzas.

Milady se desabrochó con rapidez el vestido, desgarró la batista que le cubría el seno y, enrojecida por simulada cólera y fingida vergüenza, mostró al joven la indeleble marca que deshonraba aquel hombro tan hermoso.

—¡Qué veo! —exclamó el puritano—. ¡Una flor de lis!

—Ahí precisamente es donde está la infamia —respondió milady—. Si me hubiesen impreso la marca de Inglaterra, hubiera sido menester probar qué tribunal me la había impuesto, y yo habría hecho un llamamiento público a todos los tribunales del reino; pero el estigma de Francia… ¡Oh! Por Francia estaba yo realmente herrada.

Era demasiado para Felton. Pálido, inmóvil, anonadado por esta revelación espantosa, deslumbrado por la sobrehumana hermosura de aquella mujer que se exhibía a él con una impudicicia que a él le pareció sublime, el teniente acabó por caer de rodillas ante milady, como hacían los primitivos cristianos ante las puras y santas mártires a quienes la persecución de los emperadores entregaba en el circo a la sanguinaria lascivia del populacho. A los ojos del puritano, desapareció el estigma para no quedar más que la hermosura.

—¡Perdón! ¡Perdón! —dijo Felton.

—¿Perdón de qué? —preguntó milady, que en las pupilas del joven leyó: ¡amor!, ¡amor!

—De haberme asociado con vuestros perseguidores. Milady tendió la mano al teniente.

—¡Tan joven y tan hermosa! —exclamó Felton, cubriendo de besos aquella mano.

Milady dirigió al joven una de esas miradas que convierten en rey a un esclavo.

Felton soltó la mano de su interlocutora para besarle los pies: ya no la amaba, sentía adoración por ella.

El joven, una vez se hubo calmado su efervescencia, y cuando milady aparentemente hubo recobrado una serenidad que no la abandonara; cuando hubo visto desaparecer bajo el velo de la honestidad aquellos tesoros de amor que únicamente se los escondían tan cuidadosamente para hacérselos desear con más fuego, dijo:

—¡Ah! Solo una cosa tengo que pediros ahora, y es que me declaréis el nombre de vuestro verdadero verdugo, pues para mí no hay más que uno; el otro no era más que el instrumento.

—¡Cómo, hermano! —exclamó milady—. ¿Todavía es menester que te lo nombre? ¿No lo has adivinado?

—¡Qué! —profirió Felton—. ¡Él! ¡También él! ¡Siempre él!… ¡Qué! El verdadero culpable…

—El verdadero culpable —repuso milady— es el devastador de Inglaterra, el perseguidor de los verdaderos creyentes, el infame ladrón de la honra de tantas mujeres, el que por un capricho de su corrompido corazón va a hacer derramar tanta sangre a Inglaterra, el que hoy protege a los protestantes para venderlos mañana…

—¡Buckingham! ¡Conque es Buckingham! —exclamó Felton, exasperado.

Milady escondió el rostro en las manos, como si no pudiese soportar la vergüenza que le recordaba aquel nombre.

—¡Buckingham, verdugo de esa criatura angelical! —prorrumpió el teniente—. ¡Oh, Dios! ¿Y tú no lo has aniquilado con tus rayos? ¿Y lo has dejado noble, honrado y poderoso para que nos perdiera a todos?

—Dios abandona al que se abandona a sí mismo —repuso milady.

—Pero ¡ese hombre se propone atraer sobre su cabeza el castigo reservado a los malditos! —continuó Felton con exaltación cada vez mayor—. ¡Quiere que la venganza humana se adelante a la justicia divina!

—Los hombres le temen y le dejan hacer.

—¡Oh! —dijo Felton—. Yo no le temo ni le dejaré que haga.

Milady sintió su alma inundarse de gozo infernal.

—Pero ¿cómo se explica que lord Winter, mi protector, mi padre —preguntó Felton—, se halle enredado en este asunto?

—Escuchad, Felton —repuso milady—, escuchad, digo, porque quiero que veáis que junto a los hombres viles y despreciables todavía alientan caracteres grandes y generosos. Yo tenía un prometido, a quien amaba y del cual era correspondido; un corazón como el vuestro, Felton, un hombre como vos. Fui a encontrarle y se lo conté todo, y como me conocía, no dudó de mí ni un solo instante. Era un gran señor, un hombre que en representación social no cedía a Buckingham. Mi prometido nada dijo; lo que hizo fue ceñirse la espada, embozarse en su capa y encaminarse al palacio del duque.

—Comprendo —exclamó el teniente—; aunque con semejantes hombres no debería uno emplear la espada, sino el puñal.

—Buckingham había partido el día anterior para España, en calidad de embajador, para pedir la mano de la infanta para el rey Carlos I, que a la sazón no era más que príncipe de Gales. «Escuchad», me dijo mi prometido al regresar del palacio del duque, «Buckingham ha partido y, por lo tanto, momentáneamente se libra de mi venganza; pero mientras, unámonos como debíamos, y luego confiad en lord Winter para mantener su honra y la de su esposa».

—¡Lord Winter! —exclamó Felton.

—Sí —profirió milady—, y ahora debéis comprenderlo todo, ¿no es así? La ausencia de Buckingham duró cerca de un año. Ocho días antes de su llegada, mi marido murió súbito, dejándome su heredera universal. ¿De dónde venía el golpe? Dios, a quien nada se le esconde, indudablemente lo sabe; yo no acuso a nadie…

—¡Qué abismo! ¡Qué abismo! —exclamó Felton.

—Mi marido murió sin decir nada a su hermano. El terrible secreto no salió de mi esposo y de mí, hasta que estallara como el rayo sobre la cabeza del culpable. Vuestro protector había visto con disgusto que su hermano mayor se casara con una joven pobre; y conociendo yo que no podía esperar apoyo alguno de un hombre que viera defraudadas sus esperanzas de heredar de su hermano, me embarqué para Francia, resuelta a vivir en ella el resto de mis días. Pero como toda mi fortuna radica en Inglaterra, al cortarse, a causa de la guerra, todas las comunicaciones, todo me faltó, y no tuve más remedio que regresar, como he hecho hace seis días, desembarcando en Portsmouth.

—¿Qué más? —dijo Felton.

—Buckingham —prosiguió milady— supo indudablemente de mi regreso, habló de mí a lord Winter, ya predispuesto contra mí, y le dijo que su cuñada era una mujer perdida, herrada. ¡Ay! Ya no estaba ahí la voz pura y noble de mi marido para defenderme. Mi cuñado, que creyó cuanto le dijeron, y lo creyó tanto más fácilmente cuanto tenía interés en creerlo, me hizo detener, me condujo aquí, y me puso bajo vuestra vigilancia. Ya sabéis lo demás: pasado mañana Buckingham me destierra, me deporta, me relega entre las infames. ¡Oh! La trama está bien urdida, la conspiración es hábil y mi deshonra no sobrevivirá a ella ¡Ay! Es menester que yo muera, Felton, ya lo veis; dadme ese cuchillo.

Tras estas palabras, y como si hubiese agotado todas sus fuerzas, milady se dejó caer, endeble y desfallecida, en brazos del joven oficial, que, ebrio de amor, de cólera y de incógnitas voluptuosidades para él, la recibió enajenado, la estrechó contra su corazón, estremeciéndose al aliento de aquella boca tan hermosa, fuera de sí al contacto de aquel palpitante seno.

—No, no —dijo Felton—, vivirás honrada y pura, vivirás para triunfar de tus enemigos.

Milady apartó de sí y con lentitud al teniente, atrayéndole a la vez con la mirada; pero Felton, a su vez, se apoderó de ella, implorándole como a una divinidad.

—¡Oh! ¡La muerte! ¡La muerte! —decía milady, velando su voz y sus párpados—. ¡La muerte antes que la afrenta! Felton, hermano mío, amigo mío, te lo ruego con toda el alma, ¡mátame!

—¡No! —exclamó el puritano—. Vivirás, y vivirás vengada.

—Felton, siembro la desventura en cuanto me rodea; abandóname, Felton; déjame morir.

—Pues bien, moriremos juntos —profirió el joven, apoyando sus labios en los de la presa.

En la puerta resonaron repetidos golpes, y milady repelió ahora verdaderamente a Felton, diciéndole:

—Nos han escuchado, vienen. ¡Oh! No hay remedio para nosotros, estamos perdidos.

—No —repuso el teniente—, es el centinela que me avisa de la llegada de una ronda.

—Entonces, apresuraos a abrir vos mismo.

Felton obedeció, y es que milady era ya su único pensamiento, su alma toda.

Al abrir, el teniente se encontró de manos a boca con un sargento que mandaba una patrulla.

—¿Qué hay? —preguntó el puritano.

—Me habíais dicho que si oía pedir socorro abriese la puerta —dijo el centinela—, pero como se os ha olvidado dejarme la llave y os he oído gritar sin comprender lo que decíais, he llamado al sargento.

—Y aquí estoy —dijo este.

Felton, fuera de sí, casi loco, no respondió palabra. Milady, que comprendió que era ella la que debía dominar la situación, se abalanzó a la mesa, empuñó el cuchillo que el teniente dejara en ella, y exclamó:

—¿Con qué derecho queréis impedirme que me mate?

—¡Santo Dios! —dijo Felton al ver brillar el cuchillo en la mano de la presa.

En esto resonó en el corredor una carcajada de ironía. Era el barón que, atraído por el ruido, envuelto en una bata y con su espada sobarcada, estaba en pie a la puerta.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó lord Winter—. Ya hemos llegado al último acto de la tragedia; ya lo veis, Felton, el drama ha seguido todas las fases previamente indicadas por mí; pero no temáis, no llegará la sangre al río.

Milady, comprendiendo que de no dar a Felton una prueba inmediata y terrible de su valor, estaba perdida, dijo:

—Os engañáis, milord, la sangre manará, y ojalá que Dios haga caer esa sangre sobre los que la hacen manar.

Felton lanzó un gran grito y se precipitó hacia ella; pero ya era demasiado tarde: milady se había herido.

Por fortuna, empero, o más bien por haber sido diestramente dirigido, el cuchillo había chocado con el emballenado de hierro que, en aquel entonces, defendía como una coraza el pecho de las mujeres, y resbalando por el vestido y desgarrándolo, había penetrado oblicuamente entre carne y hueso.

No por eso dejó de teñirse inmediatamente en sangre el vestido de milady, la cual dio consigo en tierra y, al parecer, desmayada.

—Ahí una mujer que estaba bajo mi custodia y que se ha suicidado, milord —dijo Felton con ademán sombrío y arrancando el arma.

—Sosegaos, Felton —dijo el barón—, no está muerta; los demonios no mueren tan fácilmente; sosegaos e idos a mi habitación y esperadme en ella.

—Pero, milord…

—Idos, os lo ordeno.

A este mandamiento de su superior, el teniente obedeció; pero, al salir, se metió el cuchillo en el seno.

El barón se limitó a llamar a la mujer que servía a milady, y una vez aquella hubo llegado, le encomendó la presa, que continuaba desmayada, y la dejó a solas con ella.

Sin embargo, como era posible que a pesar de sus sospechas la herida fuese grave, el barón ordenó sobre la marcha que un hombre se subiese a caballo y fuese a por el médico.

LVIII

EVASIÓN

Como supusiera lord Winter, la herida de milady no ofrecía peligro; así es que tan buen punto la presa se halló a solas con la mujer a quien el barón enviara a llamar y que se apresuró a desnudarla, abrió los ojos.

Con todo eso, era del caso fingir endeblez y dolor, lo cual no envolvía dificultad alguna para una cómica del temple de milady; así es que la pobre mujer quedó tan completamente engañada respecto de la presa, que a pesar de las instancias de esta, se obstinó en velar toda la noche.

Empero la presencia de aquella mujer no era óbice para que milady meditase.

Ya no cabía duda, Felton estaba convencido, le pertenecía en cuerpo y alma, y en la disposición de espíritu en que se hallaba, habría tomado por mensajero del demonio a un ángel que del cielo hubiese bajado para acusar a milady.

La cual se sonreía a este pensamiento, pues Felton era ya su única esperanza, su única áncora de salvación.

Pero lord Winter podía haber sospechado de Felton, y Felton ser vigilado a su vez.

El médico llegó a eso de las cuatro de la madrugada; mas como la herida había tenido tiempo de cerrarse, aquel no pudo medir la dirección ni la profundidad de la llaga; así se limitó a tomar el pulso a milady, coligiendo que el caso no era grave.

Por la mañana y so pretexto que no había dormido durante la noche y necesitaba descansar, la presa despidió a la mujer que la estaba velando; y es que milady alentaba una esperanza, la de que Felton se presentaría en la hora del almuerzo; pero Felton no vino.

¿Se habían realizado los temores de milady? ¿Felton, sospechoso a los ojos del barón, iba a faltarle en el momento decisivo? A milady ya no le quedaba más que un día: lord Winter le había anunciado que la embarcaría el 23, y ya era la mañana del 22.

Ello no obstante, milady todavía aguardó con alguna paciencia hasta la hora de la comida; pero al notar, cuando se la sirvieron, que el uniforme de los soldados que la custodiaban no era el mismo, sintió frío en los huesos y preguntó qué había sido de Felton.

—Hace una hora que ha partido a caballo —le respondieron.

Milady se informó también de si el barón continuaba en el castillo.

—Sí —respondió el soldado a quien la presa interrogara—, y me ha ordenado que le avisase si vos deseabais verlo.

Milady dijo que, sintiéndose demasiado endeble, lo único que deseaba era que la dejaran sola.

El soldado se fue, dejando la mesa servida.

Felton había sido alejado, y sustituidos los soldados de marina; por lo tanto, desconfiaban de Felton. Para la presa esto era el golpe de gracia.

Una vez sola, milady se levantó; la cama, en la que permanecía por prudencia y para dar a entender que estaba herida de gravedad, la abrasaba como una hoguera.

Milady lanzó una mirada a la puerta, y al ver que el barón, indudablemente temeroso de que a través de aquella abertura y por diabólicas artes la presa consiguiese seducir a los guardias, había hecho clavar una plancha sobre el ventanillo, se sonrió de gozo. ¡Ah! Por fin podía entregarse a sus arrebatos sin que la observaran. Cual loca rematada o tigre encerrado en férrea jaula, milady recorría su aposento; y era seguro que de haber quedado en su poder el cuchillo, ahora habría pensado, no ya en quitarse a sí misma la vida, sino en arrancársela al barón.

A las seis entró lord Winter armado de todas armas. Aquel hombre, en quien hasta entonces milady no viera más que un gentilhombre mentecato, se había convertido en carcelero admirable; parecía preverlo y adivinarlo todo y anticiparse a todo.

—Enhorabuena —profirió el barón, a quien le bastó una sola mirada para conocer lo que pasaba en el alma de milady—, pero no me mataréis todavía en el día de hoy; ya no poseéis arma alguna y, por otra parte, estoy alerta. Habíais empezado a pervertir a mi pobre Felton: sufría ya vuestro infernal influjo, pero como quiero salvarlo, no volverá a veros; todo ha acabado entre vos y él. Como mañana partís, reunid vuestras ropas. El embarco lo había fijado yo para el 24, pero he meditado que vuestra partida sería tanto más segura cuanto más cercana. Mañana al mediodía estará en mi poder la orden de vuestro destierro, firmada por Buckingham. Si dirigís una sola palabra a quien quiera que sea antes de hallaros a bordo, mi sargento tiene la orden de levantaros la tapa de los sesos; si una vez en el buque, decís una palabra sea a quien fuere antes de que os lo permita el capitán, este hará que os arrojen al mar. Por hoy nada más tengo que deciros; hasta la vista, es decir, hasta mañana, que volveré a veros para despedirme de vos.

Tras estas palabras el barón salió.

Milady había escuchado al barón con la sonrisa del desdén en los labios, pero con la rabia en el corazón, no sabiendo, como no sabía, qué podía pasar durante aquella noche que se acercaba amenazadora, pues por el espacio bogaban gruesas nubes y a lo lejos brillaban relámpagos mensajeros de tormenta.

Esta reventó a las diez de la noche: milady sentía cierto consuelo al ver que la naturaleza compartía el desorden de su corazón; el trueno rugía en el espacio como la cólera en su pensamiento, y le parecía que el viento, a su paso, la desmelenaba como hiciera a los árboles de los que encorvaba las ramas y a los que arrebataba las hojas. Milady aullaba como el huracán, y su voz se confundía con la potente voz de la naturaleza, que a su vez parecía gemir y desesperarse.

De pronto milady oyó un golpe en un vidrio, y al fulgor de un relámpago vio aparecer tras los barrotes de la ventana el rostro de un hombre.

—¡Felton! ¡Estoy salvada! —profirió la presa corriendo a la ventana y abriéndola.

—Soy yo —dijo el puritano—, pero silencio, es preciso que pueda yo limar estos barrotes. Procurad tan solo que no os vean por el ventanillo.

—¡Oh! —repuso milady—. Una prueba de que Dios nos favorece es que han tapado el ventanillo con una plancha.

—Está bien, Dios les ha quitado la razón —dijo Felton.

—Pero y yo, ¿qué debo hacer? —preguntó milady.

—Nada más que cerrar la ventana. Acostaos, o por lo menos meteos en la cama vestida; cuando esté listo, llamaré en los cristales; pero ¿podréis seguirme?

—¡Oh! ¡Sí!

—¿Y vuestra herida?

—Me duele, pero no me impide andar.

—Estad presta a la primera señal.

Milady volvió a cerrar la ventana, mató la luz y, como Felton le dijera, fue a acurrucarse en su cama.

En medio de los lamentos de la tempestad, milady oía el rechinamiento de la lima contra los barrotes, y al brillo de los relámpagos divisaba, tras los vidrios, la sombra del teniente.

Milady pasó una hora sin respirar, jadeante y trasudada y con el corazón oprimido por una espantosa inquietud cada vez que oía algún ruido en el corredor.

Hay horas que duran lo que un año.

Al cabo de una, Felton llamó de nuevo, y milady se arrojó de la cama para abrir la ventana.

En la reja faltaban dos barrotes, que dejaron una abertura por la que podía pasar un hombre.

—¿Estáis pronta? —preguntó el teniente.

—Sí. ¿Debo llevarme algo conmigo?

—Dinero, si poseéis.

—Por fortuna, no me han quitado el que traje.

—Mejor, pues yo he empleado todo el mío en fletar una barca.

—Tomad —dijo milady, poniendo en las manos de Felton un talego henchido de luises.

—Ahora, ¿queréis venir? —dijo el teniente después de haber dejado caer el talego al pie del muro.

—Aquí estoy —respondió milady, subiéndose a un sillón y de este a la ventana, desde donde vio al joven oficial suspendido sobre el abismo por una escala de cuerda.

Por vez primera, el terror recordó a milady que era mujer; el vacío la llenaba de espanto.

—Me lo temía —dijo Felton.

—No es nada, no es nada —repuso milady—, bajaré con los ojos cerrados.

—¿Confiáis en mí? —profirió Felton.

—¿Eso me preguntáis?

—Cruzad las manos pues; así.

Felton ató con un pañuelo las muñecas de milady, y luego y por encima del pañuelo se las ligó con una cuerda.

—¿Qué hacéis? —preguntó milady con sorpresa.

—Rodead mi cuello con los brazos y nada temáis.

—Pero ¿no veis que os haré perder el equilibrio y los dos nos estrellaremos?

—Sosegaos, soy marino.

No había que perder segundo; milady echó, pues, los brazos en torno del cuello de Felton y se dejó deslizar fuera de la ventana.

El teniente empezó a descender lentamente y uno a uno los escalones, oscilando en el vacío, junto con su carga y a pesar del peso de los dos cuerpos, del soplo de la tormenta.

De improviso, Felton se detuvo.

—¿Qué hay? —preguntó milady.

—Silencio —respondió el teniente—, oigo pasos.

—¡Estamos descubiertos!

Los dos guardaron silencio por unos instantes.

—No es nada —dijo Felton.

—Pero, en definitiva, ¿qué ruido es ese?

—El de la patrulla que va a pasar por el camino de ronda.

—¿Dónde está ese camino?

—A nuestros pies.

—La patrulla va a descubrirnos.

—No, ya no relampaguea.

—Chocará con la escala.

—Por fortuna es corta, de seis pies.

—¡Dios mío! ¡Ya están ahí!

—¡Callaos!

Felton y milady permanecieron suspendidos, inmóviles y sin respirar, a veinte pies del suelo, mientras por debajo de ellos pasaban los soldados, riendo y charlando.

Para los fugitivos, aquel fue un momento terrible.

Pasó la patrulla, y se fue alejando el rumor de los pasos, así como debilitándose el murmullo de las voces.

—Ahora estamos salvados —dijo Felton. Milady lanzó un suspiro y se desmayó.

El teniente continuó descendiendo y, una vez en el extremo de la escalera y cuando a sus pies ya les faltó apoyo, se agarró con las manos; finalmente, al llegar al último escalón, se dejó colgar a fuerza de puños y tocó el suelo, se agachó, recogió el talego y lo tomó entre los dientes. Luego levantó en peso a milady y se alejó con rapidez en dirección contraria a la que tomara la patrulla.

Felton, al poco, se desvió del camino de ronda, descendió a través de las peñas y, una vez en la orilla del mar, dio un silbido, al que respondió otro silbido.

Cinco minutos después, el puritano vio aparecer un bote tripulado por cuatro hombres, que se acercó a la playa cuanto le fue posible, por no haber allí fondo suficiente para que pudiese atracar. Felton, que no quería confiar a nadie su preciosa carga, entró en el mar; el agua le llegaba hasta la cintura.

Por fortuna, la tempestad iba amainando, si bien el mar estaba todavía muy proceloso y hacía saltar como una cáscara de nuez la frágil embarcación.

—A la balandra y remad aprisa —dijo Felton.

Los cuatro tripulantes empuñaron los remos; pero el mar estaba demasiado grueso para que los remos pudiesen afianzarse bien en él.

Con todo eso, los fugitivos iban alejándose del castillo, y eso era lo principal.

La noche estaba lóbrega, y desde el bote ya casi era imposible divisar la orilla; con tanta más razón hubiera sido imposible, desde la orilla, divisar el bote.

En el mar se mecía un punto negro: era la balandra. Mientras el bote avanzaba, impulsado por toda la fuerza de los cuatro remeros, Felton quitó la cuerda y el pañuelo que sujetaban las muñecas de milady, y le roció el rostro con agua del mar.

—¿Dónde estoy? —dijo milady lanzando un suspiro y abriendo los ojos.

—Estáis salvada —respondió el joven oficial.

—¡Salvada! ¡Salvada! —exclamó la fugitiva—. ¡Sí! ¡Ahí el cielo! ¡Ahí la mar! El aire que espiro es el aire de la libertad. ¡Ah!… ¡Gracias, Felton, gracias!…

El joven estrechó contra su corazón a su compañera.

—Pero ¿qué tengo en las manos? —preguntó milady—, me parece que me han quebrantado las muñecas con un tornillo.

En efecto, milady tenía las muñecas magulladas.

—¡Ay! —profirió Felton, contemplando aquellas hermosas manos y moviendo suavemente a uno y otro lado la cabeza.

—¡Oh! ¡No es nada, no es nada! ¡Ahora recuerdo! —exclamó milady, mirando en torno de sí.

—Aquí está —dijo Felton, empujando con el pie el talego de oro.

Cuando los fugitivos se hallaron a poca distancia de la balandra, el marinero de cuarto llamó con una bocina a los del bote, que respondieron.

—¿Qué buque es ese? —preguntó milady.

—El que he fletado para vos —dijo Felton.

—¿Adónde va a conducirme?

—Adonde más os plazca, con tal de que a mí me dejéis en Portsmouth.

—¿Y qué vais a hacer en Portsmouth? —preguntó milady.

—Voy a dar cumplimiento a las órdenes que me ha dado el barón —respondió, sonriéndose de un modo sombrío, el teniente.

—¿Qué órdenes?

—¡Qué! ¿No comprendéis?

—No; hacedme la merced de explicaros.

—Como lord Winter recelaba de mí, ha determinado custodiaros él mismo, y me ha enviado en su lugar para que hiciese firmar a Buckingham la orden de vuestra deportación.

—Pero ¿cómo se explica que, recelando de vos, os haya confiado esa orden?

—¿Por ventura estaba yo obligado a saber qué llevaba?

—Decís bien. ¿Conque vais a Portsmouth?

—Y no tengo tiempo que perder; mañana es 23, y Buckingham debe partir con la flota.

—¡Mañana! ¿Y para dónde?

—Para La Rochelle.

—¡Oh! ¡Es menester que no parta! —profirió milady, olvidando su acostumbrada serenidad.

—Nada temáis, no partirá —dijo Felton.

Milady se estremeció de gozo; acababa de leer en lo más recóndito del corazón del joven, y en él vio escrita con todas sus letras la muerte de Buckingham.

—Felton —dijo milady—, sois grande como Judas Macabeo. Si morís en la demanda, os juro morir con vos: es cuanto puedo deciros.

—¡Silencio! —profirió el teniente—, hemos llegado. Felton fue el primero que subió la escalera, y dio la mano a milady, mientras los marineros la sostenían por estar el mar todavía muy encrespado.

Poco después, los fugitivos se hallaban a bordo.

—Capitán —dijo Felton—, esta es la persona de quien os he hablado y que es menester que conduzcáis sana y salva a Francia.

—Mediante mil pistolas —repuso el capitán.

—Ya os he entregado quinientas.

—Es verdad —dijo el capitán.

—Y aquí van otras quinientas —profirió milady, metiendo la mano en el talego de oro.

—No —dijo el capitán—, solo tengo una palabra, y la he dado a ese joven; las otras quinientas pistolas no debo recibirlas hasta llegar a Boulogne.

—¿Y llegaremos allá?

—Sanos y salvos —respondió el capitán—, tan cierto como me llamo Jack Buttler.

—Pues bien —dijo milady—, si cumplís vuestra palabra os daré, no quinientas pistolas, sino mil.

—Viváis vos mil años, mi hermosa dama —exclamó el capitán—, y Dios me envíe con frecuencia pasajeras como vuestra señoría.

—Lo primero que debéis hacer, según lo acordado —dijo Felton—, es conducirnos a la pequeña bahía de Chichester, enfrente de Portsmouth.

Por toda respuesta el capitán ordenó la maniobra necesaria, y a eso de las siete de la mañana la pequeña embarcación echó anclas en la bahía designada.

Durante la travesía, Felton había hecho sabedora de todo a milady: cómo, en vez de encaminarse a Londres, había fletado la balandra y regresado con ella; cómo escalara la muralla, colocando piedras en los intersticios, a medida que iba subiendo, y grapas para afirmar en ellas los pies, y, finalmente, cómo al llegar a la reja ató la escalera. Milady sabía lo demás.

Por su parte, milady intentó alentar a Felton en sus proyectos; pero a las primeras palabras que vertió, comprendió que el joven fanático tenía más necesidad de freno que de acicate.

Milady convino con Felton que lo aguardaría hasta las diez, y que si a las diez no estaba de regreso, se daría a la vela para Francia, donde, en el convento de las carmelitas de Béthune, le esperaría en el supuesto de que él estuviese libre.

LIX

QUÉ PASABA EN PORTSMOUTH EL 23 DE AGOSTO DE 1628

Felton se despidió de milady como un hermano que va a dar un simple paseo se despide de su hermana, besándole la mano.

El teniente parecía estar tranquilo como de costumbre; sin embargo, sus pupilas tenían algo así como el brillo que da a los ojos la fiebre, su frente estaba más pálida y sus mandíbulas más cerradas que de ordinario, y hablaba de una manera atropellada e irregular, indicativa de que en su cerebro se elaboraba algo sombrío.

Mientras permaneció en el bote que lo conducía a tierra, Felton estuvo vuelto de cara a milady, quien, de pie en la cubierta, le seguía con los ojos. Los dos estaban bastante tranquilizados respecto del temor de verse perseguidos, pues nunca entraban en el aposento de milady antes de las nueve, y para ir del castillo a Londres se necesitaban tres horas.

Felton saltó en tierra, subió la pequeña cresta que conducía a lo alto del acantilado, saludó por última vez a milady, montó a caballo y partió para la ciudad.

Como el terreno iba descendiendo, el teniente, apenas hubo avanzado un centenar de pasos, ya no vio más que el palo de la balandra.

Sin pérdida de tiempo, Felton echó hacia Portsmouth, de la que, a media milla de distancia y a través de la bruma de la mañana, veía la esfumada mole de sus torres y sus casas.

Más allá de Portsmouth, el mar estaba cuajado de naves que se mecían al soplo del vendaval y cuyos palos se parecían a un bosque de álamos despojados por el invierno.

Felton, en su rápida carrera, repasaba en su mente el caudal de verdaderas o falsas acusaciones que contra el valido de Jacobo VI de Escocia y de Carlos I le proporcionaran dos años de austeras meditaciones y una larga estancia entre los puritanos; y al comparar los crímenes públicos de aquel ministro, crímenes resonantes, europeos, si así podía calificárselos, con los crímenes privados e incógnitos de que milady le llenara los cascos, hallaba que de las dos personalidades que encerraba Buckingham la más culpable era aquella que el público no conocía. Y es que su amor, tan extraño como inexperto y ardiente, le hacía ver las acusaciones infames e imaginarias de lady Clarick como a través de un cristal de aumento se nos

aparecen cual monstruos espantosos átomos en realidad imperceptibles junto a una hormiga.

La rapidez de la carrera enardecía aún más la sangre del teniente; pensar que dejaba tras sí, expuesta a una venganza horrible, a la mujer que amaba, o más bien adoraba como a una santa, y recordar la emoción pasada y la fatiga presente, contribuía a exaltar su alma hasta un punto sobrehumano.

Felton entró en Portsmouth a eso de las ocho de la mañana. Toda la población estaba en pie; en las calles y en el puerto resonaba el tambor, y las tropas que debían embarcarse acudían a la mar.

El teniente llegó al palacio del Almirantazgo, cubierto de polvo, sudoriento, y encendido el rostro por el calor y la cólera, él, que por lo común estaba tan descolorido.

Felton, al ver que el centinela le cerraba el paso, llamó al jefe de guardia y, mostrándole un pliego que sacó de su faltriquera, le dijo:

—Traigo un despacho urgente de parte de lord Winter.

Al nombre de milord, que todo el mundo sabía que era uno de los más íntimos amigos de su gracia, el jefe de guardia dio orden de que dejaran pasar a Felton, que por lo demás ostentaba también el uniforme de marino.

Felton entró disparado en el palacio, y al sentar la planta en el vestíbulo lo hizo también otro individuo polvoriento, jadeante, que dejó a la puerta un caballo de posta que al llegar cayó sobre sus manos.

El recién llegado y el teniente se dirigieron a una a Patrice, el ayuda de cámara de confianza del duque.

Felton nombró a lord Winter, el incógnito no quiso nombrar a persona alguna, pretendiendo que únicamente podía darse a conocer al duque, y los dos insistieron en anticiparse mutuamente.

Patrice, que sabía que el barón estaba en asuntos de servicio y en relaciones de amistad con el duque, dio la preferencia al que en nombre de aquel venía. El otro se vio, pues, obligado a esperar, no ocultando su contrariedad por tal retardo.

El ayuda de cámara hizo atravesar a Felton una espaciosa sala en la cual estaban aguardando los diputados de La Rochelle, presididos por el príncipe de Soubise, y le introdujo en un gabinete en el que Buckingham, recién salido del baño, acababa su tocado, en el cual ponía la extraordinaria atención de costumbre.

—El teniente Felton —dijo Patrice—; viene de parte de lord Winter.

—¡De parte de lord Winter! —repuso Buckingham—. Que entre.

Felton entró en el instante en que el duque echaba sobre un sofá una rica bata recamada de oro para ponerse un justillo de terciopelo azul cuajado de perlas.

—¿Por qué no ha venido personalmente el barón? —preguntó Buckingham—. Lo aguardaba esta mañana.

—Me ha encargado que dijese a vuestra gracia —respondió Felton— que sentía grandemente no tener esta honra, pero que se lo vedaba la vigilancia que se veía obligado a ejercer en el castillo.

—Ya sé —repuso el duque—, hay en él una presa.

—Que es precisamente de quien yo quería hablar a vuestra gracia —profirió el teniente.

—Decid.

—Solo vos podéis escuchar lo que tengo que comunicaros, milord.

—Dejadnos, Patrice —dijo Buckingham—, pero no os alejéis más que hasta donde podáis oír la campanilla; pronto os llamaré.

Patrice salió.

—Ya estamos solos —dijo Buckingham a Felton—, hablad.

—Milord —profirió el puritano—, m. el barón os escribió el otro día para rogaros que firmaseis una orden de embarco relativa a una joven llamada Charlotte Backson.

—Es verdad, y yo le contesté que me trajese o me enviase la orden esa y la firmaría.

—Aquí está, milord.

—Dadme acá —dijo el duque.

Y, tomándola de manos de Felton, la leyó con rapidez, y al ver que realmente era la que le anunciaran, se sentó a la mesa, cogió una pluma y se dispuso a firmarla.

—Con perdón, milord —dijo el teniente, deteniendo al duque—, ¿sabe vuestra gracia que el de Charlotte Backson no es el verdadero nombre de esa joven?

—Lo sé —respondió Buckingham, mojando la pluma en el tintero.

—Entonces ¿vuestra gracia conoce su verdadero nombre? —preguntó Felton con voz atropellada.

—Sí —respondió el duque, acercando la pluma al papel.

—Y conociendo, como conoce, vuestra gracia el verdadero nombre de esa mujer, ¿también firmará? —exclamó Felton, palideciendo.

—Claro que sí —dijo Buckingham—, y antes dos veces que una.

—No puedo creer que su gracia sepa que esa mujer es lady Winter —repuso el teniente con voz cada vez más tartamuda.

—¡Pues no he de saberlo! Lo que a mí me admira es que vos lo sepáis.

—¿Y vuestra gracia firmará la orden esa sin remordimiento?

—Pero ¿qué significan esas palabras? —exclamó Buckingham mirando al joven con altivez—. Singulares son las preguntas que me dirigís, caballero, y yo soy un necio al responder a ellas.

—Responded, monseñor —dijo el puritano—, la situación es más grave que tal vez vos no imagináis.

Buckingham, que tuvo por cierto que el teniente, viniendo, como venía, de parte de lord Winter, hablaba en nombre de este, se apaciguó, y dijo:

—Sin remordimiento alguno, y el barón sabe como yo que lady Winter es una gran culpable, y que limitar su castigo a la deportación es casi perdonarla.

El duque puso la pluma sobre el papel.

—Vos no firmaréis esta orden, milord —dijo Felton avanzando un paso hacia el duque.

—¡Que no la firmaré! Y ¿por qué? —exclamó Buckingham.

—Porque consideraréis en vuestro corazón, y haréis justicia a milady.

—Enviándola a Tyburn —repuso el duque—; milady es una infame.

—Monseñor, milady es un ángel, os consta y os pido su libertad.

—¡Válgame el cielo! —profirió Buckingham—. ¿Qué estáis diciendo? ¿Habéis perdido el juicio?

—Con perdón, milord, hablo como puedo; me refreno. Sin embargo, milord, meditad lo que vais a hacer, y ved de no colmar el vaso.

—¿Decís?… ¡Por Dios! Tengo para mí que me amenazáis —profirió el duque.

—No, milord, no amenazo, todavía ruego, y os digo: basta una gota de agua para hacer rebosar un vaso; una falta ligera puede atraer el castigo sobre la cabeza libre de castigo a pesar de tantos crímenes.

—¡M. Felton! —exclamó Buckingham—. Salid de aquí inmediatamente y presentaos arrestado.

—Vais a escucharme hasta el fin, milord —repuso el puritano—. Vos sedujisteis a esa mujer, la ultrajasteis, la mancillasteis; reparad vuestros crímenes para con ella, dejadla que parta libremente, y no exigiré más de vos.

—¡No exigiréis! —dijo el duque, mirando a Felton con asombro y recalcando una a una las sílabas de las dos palabras que acababa de pronunciar.

—Milord —continuó el teniente, exaltándose a medida que hablaba—, id con tiento, toda Inglaterra está cansada de vuestras iniquidades; habéis abusado del poder real, que habéis casi usurpado, llenáis de horror a los hombres y a Dios, a Dios, que os castigará más tarde, así como yo os castigaré hoy.

—¡Ah! ¡Esto ya es inaguantable! —gritó Buckingham, dando un paso hacia la puerta.

—Os lo pido humildemente —profirió Felton, cerrando el paso al duque—, firmad la orden de libertad de milady, recordad que es la mujer a quien vos deshonrasteis.

—Retiraos, caballero —dijo Buckingham—, o llamo y os hago encarcelar.

—No llamaréis —prorrumpió el teniente, lanzándose entre el duque y la campanilla colocada sobre un velador incrustado de plata—; cuidado, milord, cuidado, estáis entre las manos de Dios.

—Entre las garras del diablo, querréis decir —exclamó Buckingham, levantando mucho la voz para atraer gente, aunque sin llamar de una manera directa.

—Milord, firmad la libertad de milady —dijo Felton, acercando un papel al duque.

—¡A la fuerza! ¿Os estáis burlando de mí? ¡Vamos! ¡Patrice!

—¡Firmad, milord!

—¡Nunca!

—¿Nunca?

—¡A mí! —gritó el duque, abalanzándose al mismo tiempo hacia su espada.

Pero Felton no le dio tiempo de desenvainarla; llevaba abierto, en el seno, el cuchillo con que milady se hiriera, y de un brinco se echó sobre el duque.

En esto, entró Patrice en la sala, gritando:

—¡Milord! ¡Carta de Francia!

—¡De Francia! —exclamó Buckingham, olvidándolo todo al pensar de quién venía aquella carta. Felton aprovechó aquel instante para clavar hasta la empuñadura el cuchillo en el costado del duque.

—¡Ah! ¡Traidor! ¡Me has matado! —exclamó Buckingham.

—¡Al asesino! —aulló Patrice.

Felton tendió la mirada en torno de sí para huir, y al ver libre la puerta, se precipitó a la pieza contigua, que era donde, como ya hemos dicho, estaban aguardando los diputados de La Rochelle, la atravesó a escape, y se precipitó hacia la escalera; pero en el primer peldaño se encontró con lord Winter; el cual, al verle pálido, fuera de sí, lívido, con las manos y el rostro tintos en sangre, le echó las manos al cuello, gritando:

—¡Ya lo sabía yo! ¡Lo he adivinado un minuto demasiado tarde! ¡Oh! ¡Desventurado de mí!

El teniente no opuso resistencia; lord Winter lo entregó a los guardias, que, mientras se les comunicaban nuevas órdenes, lo condujeron a una azotea que dominaba el mar, y entró presuroso en el gabinete de Buckingham.

Al oír el grito que lanzara el duque y el llamamiento de Patrice, el hombre a quien Felton encontrara en la antesala entró disparado en el gabinete y halló a Buckingham tendido en un sofá y apretándose la herida con su crispada mano.

—La Porte —dijo Buckingham con voz moribunda—, ¿vienes de parte de ella?

—Sí, monseñor —respondió el fiel servidor de Ana de Austria—, pero quizá demasiado tarde.

—¡Silencio, La Porte! Podrían oíros; Patrice, no permitáis la entrada a quien quiera que sea. ¡Oh! No sabré lo que ella me envía a decir. ¡Dios mío, me muero!

Buckingham se desmayó.

Con todo eso, el barón, los diputados, los jefes de la expedición y los oficiales de la casa del duque habían invadido el gabinete, y en todas partes no se oían más que

gritos de desesperación. La nueva que llenaba de lamentos y gemidos el palacio se desbordó y se esparció con la rapidez del rayo por la ciudad.

Un cañonazo anunció que acababa de pasar algo nuevo e inesperado.

—¡Oh! Lo he sabido un minuto demasiado tarde —decía el barón, mesándose los cabellos—. ¡Qué terrible desgracia, Dios mío!

En efecto, a las siete de la mañana le habían hecho sabedor de que de una de las ventanas del castillo colgaba una escalera de cuerda. Lord Winter corrió inmediatamente al aposento de milady, y al hallarlo vacío, con la ventana abierta y los barrotes limados, se acordó de la recomendación verbal que le hiciera trasmitir D'Artagnan por su mensajero, y se estremeció por el duque. Inmediatamente, bajó a la caballeriza, y para no perder tiempo en hacer ensillar un caballo, se subió sobre el que primero halló a mano y salió a toda prisa hacia el palacio de Buckingham, donde se apeó en el patio y echó precipitadamente escalera arriba en el momento en que Felton iba a bajar por ella.

El duque, sin embargo, no había muerto: recobró sus sentidos, abrió de nuevo los ojos, y los presentes volvieron a dar entrada en sus corazones a la esperanza.

—Señores —dijo Buckingham—, dejadme solo con Patrice y La Porte.

—¡Ah! ¿Sois vos, Winter? ¡Qué loco más singular me habéis enviado esta mañana! ¡Ved el estado en que me ha puesto!

—¡Oh, milord! —exclamó el barón—, nunca me perdonaré por habéroslo enviado.

—Y harías mal, mi querido Winter —profirió Buckingham tendiendo la mano al barón—, no conozco hombre alguno que merezca que otro hombre suspire por él durante toda su vida; pero déjanos, hazme esta merced.

El barón salió sollozando.

En el gabinete quedaron únicamente el duque herido, La Porte y Patrice, mientras todas las gentes de palacio corrían inútilmente en busca de un médico.

—Viviréis, milord, viviréis —repetía, arrodillado ante el sofá del duque, el fiel servidor de Ana de Austria.

—¿Qué me escribe la reina? —dijo con voz apagada Buckingham, cubierto de sangre y dominando, para hablar de su amada, insoportables dolores—. ¿Qué me escribe? Léeme la carta.

—¡Oh! ¡Milord! —profirió La Porte.

—Obedece, La Porte. ¿No ves que no tengo tiempo que perder?

La Porte rompió el sello y puso el pergamino ante los ojos del duque; pero este intentó en vano ver la escritura.

—Lee, lee, te digo; ya no veo; lee, pues quizá muy pronto también deje de oír, y moriría sin saber qué me ha escrito ella.

La Porte dejó de oponer dificultades, y leyó lo siguiente:

Milord:

Os conjuro, por cuanto he sufrido por vos y para vos desde que os conozco, si es que cuidáis de mi reposo, que interrumpáis los grandes armamentos que contra Francia estáis haciendo, y que ceséis una guerra de la que en voz alta dicen que la religión es la causa visible pero, a la sordina, que la causa oculta de ella es vuestro amor por mí. Esta guerra puede no solo llevar a Francia e Inglaterra grandes catástrofes, mas también sobre vos, milord, desventuras de las que nunca me consolaría.

Velad por vuestra vida, que está amenazada y me será cara desde el punto en que ya no me veré reducida a mirar en vos a un enemigo.

Vuestra afectísima,

ANA

Buckingham reunió los restos de su vida para escuchar la lectura de la transcrita carta, y cuando La Porte hubo concluido, y como si en ella hubiese hallado un punzante desengaño, preguntó:

—¿No tenéis que decirme otra cosa de viva voz, La Porte?

—Sí, monseñor: la reina me encargó que velase por vos, pues supo que querían asesinaros.

—¿Nada más? ¿Nada más? —repuso Buckingham con impaciencia.

—También me encargó que os dijese que su amor por vos es inmutable.

—¡Ah! —suspiró Buckingham—. ¡Alabado sea Dios! ¡Mi muerte no será para ella la de un extraño!

La Porte se echó a llorar.

—Patrice —dijo el duque—, traedme la arquilla donde estaban los herretes de diamantes.

El ayuda de cámara trajo la arquilla, que La Porte conoció por haber pertenecido a la reina.

—Ahora, el saquito de raso blanco que ostenta su cifra bordada de perlas.

Patrice cumplió este nuevo deseo de su amo.

—Tomad, La Porte —dijo Buckingham—, este cofrecito de plata y estas dos cartas; son las únicas prendas que de ella poseía. Devolvedlas a su majestad; y como último recuerdo —añadió el duque, buscando en torno de sí algún objeto—, añadiréis…

El duque continuó buscando; pero sus ojos, velados por la muerte, no encontraron más que el cuchillo caído de las manos de Felton y en cuya hoja todavía humeaba la sangre.

—Añadiréis este cuchillo —repuso el duque, estrechando la mano de La Porte.

Buckingham pudo todavía meter el saquito en la arquilla de plata, dejó caer en esta el cuchillo, indicando a La Porte que ya no le era posible hablar, y tras una postrera convulsión, que ya no tuvo fuerzas para dominar, se deslizó del sofá al suelo.

Patrice lanzó un gran grito.

Buckingham quiso sonreír una postrera vez; pero la muerte atajó su pensamiento, que le quedó grabado en la frente como un último beso de amor.

En esto llegó todo despavorido el médico del duque, al cual se había tenido que ir a buscar a bordo de la capitana, y acercándose a la víctima, le cogió la mano para soltársela después de haberla retenido por un instante entre las suyas.

—Todo es inútil —dijo el médico.

—¡Muerto! ¡Muerto! —exclamó Patrice.

A estas voces invadieron el gabinete los que estaban en las piezas inmediatas, y en todas partes no reinó más que la consternación y el tumulto.

Lord Winter, en cuanto vio que Buckingham había expirado, salió al encuentro de Felton, a quien los soldados seguían custodiando en la azotea del palacio.

—¡Miserable! —dijo al teniente el barón, que después de la muerte del duque recobrara la calma y la serenidad que ya no debían abandonarle—. ¡Miserable! ¿Qué has hecho?

—Me he vengado —respondió Felton.

—¡Tú! —exclamó el barón—, di que has servido de instrumento a esa mujer maldita; pero te juro que este será su último crimen.

—No sé qué queréis decir —repuso tranquilamente el puritano—, e ignoro de quién queréis hablarme, milord; he matado a m. Buckingham porque por dos veces os ha negado nombrarme capitán; lo he castigado por su injusticia, nada más.

El barón, estupefacto, miraba a los que estaban atando a Felton, y no sabía qué pensar de tamaña impasibilidad.

Sin embargo, solo una cosa oscurecía el semblante del criminal. Cada vez que oía un ruido, el simple puritano creía conocer en él el de los pasos y la voz de milady, que venía a arrojarse en sus brazos y a perderse con él.

De improviso, Felton se estremeció, fijó los ojos en un punto del mar, que desde la azotea donde él se hallaba se descubría en toda su extensión hasta el horizonte, y con la mirada de águila del marino conoció allí donde otro no habría visto más que una gaviota meciéndose sobre las olas la vela de la balandra que navegaba en busca de las costas de Francia.

Felton perdió el color, se llevó la mano al corazón, que amagaba reventársele en el pecho, y comprendió la traición de milady.

—Milord —dijo el teniente—, concededme una postrera merced.

—¿Cuál? —preguntó lord Winter.

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos diez —respondió el barón después de haber consultado su reloj.

Milady había anticipado una hora y media su partida, es decir, hizo levar anclas tan pronto hubo oído el cañonazo que anunciaba el fatal acontecimiento.

La balandra bogaba bajo un cielo azul y a gran distancia de la costa.

—Dios lo ha querido —dijo Felton con la resignación del fanático, pero sin poder desviar los ojos de aquella embarcación a bordo de la cual le parecía, sin duda, distinguir el blanco fantasma de aquella por quien iba a ser sacrificada su vida.

Winter siguió la mirada del puritano, interrogó el sufrimiento de este y lo adivinó todo.

—Primeramente, serás castigado tú solo, miserable —dijo el barón a Felton, que se dejaba llevar con los ojos vueltos hacia la mar—; pero te juro por la memoria de mi hermano, a quien tanto quise, que tu cómplice no está salvada.

Felton inclinó la cabeza sin proferir palabra.

El barón bajó precipitadamente por la escalera y se encaminó al puerto.

LX

EN FRANCIA

Lo primero que temió el rey de Inglaterra, Carlos I, al saber de la muerte de Buckingham, fue el que tan terrible nueva no desalentara a los rochelanos; y si hemos de dar crédito a lo que dice Richelieu en sus memorias, el rey de Inglaterra intentó ocultársela a aquellos todo el tiempo posible, ordenando cerrar todos los puertos de su reino, y cuidando grandemente de que no se hiciera a la mar buque alguno antes de que hubiese desplegado velas la escuadra dispuesta por Buckingham, encargándose, en su lugar, de vigilar personalmente la partida.

Carlos I llevó la severidad de tal orden hasta el extremo de retener en Inglaterra a los embajadores de Dinamarca, que ya se habían despedido, y al embajador ordinario de Holanda, que debía conducir al puerto de Flessingue las naves de las Indias que Carlos I hiciera restituir a las Provincias Unidas; pero como al rey no se le ocurrió promulgar dicha orden hasta cinco horas después de haber sido asesinado Buckingham, es decir, hasta las dos y media de la tarde, ya habían partido dos buques de los puertos, uno llevando a bordo, como ya hemos dicho, a milady, quien, imaginando ya lo que había pasado, vio confirmada su sospecha al divisar en el tope del mayor de la capitana el pabellón negro.

En cuanto al segundo buque, más adelante diremos quién iba a bordo de él y cómo partiera.

Por lo demás, durante todo aquel tiempo nada de particular había pasado en el campamento de La Rochelle, a no ser que Luis XIII, que se aburría hasta más no poder, como siempre, o tal vez más que en otra parte, estaba decidido a ir de incógnito a pasar las fiestas de Saint Louis en Saint-Germain. A este efecto el rey encargó al cardenal que le hiciese preparar una escolta de solo veinte mosqueteros. Richelieu, a quien se le pegaba a veces el tedio del soberano, concedió gozoso esta licencia a su real teniente, que prometió estar de regreso a mediados de setiembre.

M. de Tréville, avisado por su eminencia, avió a su servidor, y como, sin saber la causa, conocía el vivo deseo y aun la imperiosa necesidad que tenían sus amigos de ir a París, no es menester decir que les designó para formar parte de la escolta.

Los cuatro jóvenes supieron la nueva un cuarto de hora después que m. de Tréville, ya que fueron ellos los primeros a quienes este se la comunicó.

Aquella fue la ocasión en que D'Artagnan pudo apreciar la merced que el cardenal le dispensara haciéndole ingresar en los mosqueteros; de lo contrario, se habría visto obligado a quedarse en el campamento mientras sus compañeros partían.

Huelga decir que la impaciencia que los cuatro amigos tenían de llegar a París obedecía al peligro que debía de correr mm. Bonacieux de encontrarse en el convento de Béthune con milady, su mortal enemiga. Así es que, como ya hemos manifestado, Aramis había escrito enseguida a Marie Michon, la lencera de Tours que tan bien relacionada estaba, para que obtuviese de la reina una autorización para que mm. Bonacieux pudiese salir del convento y retirarse a Lorraine o a Bélgica. La contestación no se hizo esperar, como lo prueba el que ocho o diez días después recibió Aramis la siguiente carta:

Mi querido primo:

Adjunto la autorización de mi hermana para que nuestra querida sirvienta pueda salir del convento de Béthune, cuyos aires juzgáis que no le son saludables. Grande es el gusto con que mi hermana os envía esta autorización, pues quiere entrañablemente a esa niña, a la cual se reserva ser útil más adelante.

Os abraza,

MARIE MICHON

A la transcrita carta acompañaba una autorización redactada en los siguientes términos:

En el Louvre, a 10 de agosto de 1628

La madre abadesa del convento de Béthune entregará al portador de este billete la novicia que entró en su convento por recomendación mía y bajo mi patronato.

ANA

Se comprende cuánto debían de haber alegrado el lenguaje de Athos, Porthos y D'Artagnan esas relaciones de parentesco entre Aramis y una lencera que llamaba hermana a la reina; pero Aramis, después de haberse sonrojado dos o tres veces con las bromas poco delicadas de Porthos, había rogado a sus amigos que no volviesen a hablarle del asunto, pues si decían una palabra más sobre ello, no volvería a pedir a su prima que sirviese de intermediaria en negocios de tal índole.

No hablaron, pues, más de Marie Michon los cuatro mosqueteros, que por otra parte poseían lo que poseer deseaban, esto es, la orden de sacar del convento de Béthune a mm. Bonacieux. Verdad que tal orden de poco les podía servir mientras estuviesen en el campamento de La Rochelle, situado al otro extremo de Francia; así es que D'Artagnan estaba para solicitar de m. de Tréville una licencia, confiándole sin reparos la importancia de su viaje, cuando le trasmitieron la nueva, al igual que a sus amigos, de que el rey iba a partir para París el 16 por la mañana con una escolta de veinte mosqueteros, de la cual debían formar parte.

Grande fue el gozo de los cuatro compañeros, que enviaron por delante a sus lacayos con los equipajes.

El cardenal acompañó a su majestad desde Surgères hasta Mauzé, donde el rey y su ministro se despidieron con grandes demostraciones de amistad.

Con todo eso, Luis XIII, que iba en pos de distracción, a la vez que caminaba tan rápidamente como le era posible, pues deseaba llegar a París el 23, se detenía de cuando en cuando para cazar con urraca, distracción a la que le inclinara en otro tiempo Luynes y por la cual conservara siempre gran predilección. Cuando eso sucedía, de los veinte mosqueteros dieciséis recibían honda satisfacción en aquel agradable entretenimiento; pero cuatro maldecían a más no poder. D'Artagnan sobre todo sentía perpetuos zumbidos en los oídos, lo que Porthos explicaba diciendo que por boca de una dama de alto copete sabía que tales zumbidos significaban que en alguna parte alguien habla de quien los oye.

Por fin, el 23 por la noche la escolta atravesó París, y el rey dio las gracias a Tréville, al mismo tiempo que le concedió permiso para que distribuyera licencias para cuatro días, con la condición de que ninguno de los favorecidos se presentase en sitio público, so pena de ir a parar en la Bastille.

Las cuatro primeras licencias que el capitán de mosqueteros expidió ya se supone que fueron las de nuestros cuatro amigos. Hay más, Athos obtuvo seis días en vez de cuatro, e hizo añadir a los seis días dos noches, pues partieron el 24, a las cinco de la tarde, y, por complacencia, m. de Tréville fechó las licencias el día 25 por la mañana.

—Me parece que nos damos muy malos ratos por una cosa tan sencilla —decía D'Artagnan, que ya sabemos que no dudaba de nada—, en dos días y reventando dos o tres caballos, lo cual tanto se me da, pues tengo dinero, me planto en Béthune, entrego la carta de la reina a la superiora, y conduzco el caro tesoro que voy a buscar, no a Lorraine ni a Bélgica, sino a París, donde estará mejor escondida, sobre todo mientras el cardenal continúe en La Rochelle. Luego, y cuando regresemos de la campaña, en parte por la protección de su prima, en parte en pago de lo que personalmente hemos hecho por ella, obtendremos de la reina lo que queramos. Quedaos, pues, aquí, no os fatiguéis en vano; para una expedición como esa nos bastamos yo y Planchet.

—También nosotros poseemos dinero —repuso Athos con la mayor calma—, pues yo no me he bebido todavía el que me queda del diamante, ni Porthos y Aramis se lo han comido del todo. Así pues, de la misma manera reventaremos un caballo que cuatro. Pero atended, D'Artagnan —añadió el mosquetero con voz tan sombría que hizo estremecer al mancebo—, que Béthune es una ciudad adonde Richelieu ha citado a una mujer que dondequiera va lleva la desventura consigo. Si no tuvieseis que habéroslas más que con cuatro hombres, os dejaría ir solo; pero teniendo, como

tenéis, que luchar con esa mujer, vayamos cuatro, y permita Dios que con nuestros cuatro lacayos seamos suficientes.

—Me asustáis, Athos —exclamó D'Artagnan—, ¿qué teméis?

—¡Todo! —respondió Athos.

D'Artagnan miró los rostros de sus amigos, en los que, como en el de Athos, se traslucía la inquietud más profunda, y continuaron a escape su camino, pero sin añadir una palabra más.

Por la tarde del 25, al entrar en Arras y en el instante en que D'Artagnan se apeaba a la puerta del mesón de la Herse d'Or para beber un vaso de vino, del patio de la posta salió un jinete que acababa de relevar, y que, montado en un caballo de refresco, tomaba, al galope, el camino de París. Al salir a la calle por la puerta principal, el viento abrió al jinete el embozo de la capa en la que iba envuelto pese a estar todavía en agosto, y le arrebató el sombrero, al que retuvo con sus manos en el instante en que ya se le había separado de la cabeza y volvió a encasquetárselo apresuradamente.

D'Artagnan, que tenía los ojos clavados en el jinete, palideció y dejó caer su vaso.

—¿Qué os pasa, mi amo? —preguntó Planchet—. ¡Venid, señores, m. D'Artagnan se ha puesto malo!

Los tres amigos acudieron presurosos y encontraron a D'Artagnan que, en lugar de haberse puesto enfermo, se encaminaba precipitadamente en busca de su caballo.

—¿Adónde vas con tal prisa? —le preguntó Athos, deteniéndole en el umbral de la puerta.

—¡Es él! —respondió D'Artagnan, pálido de cólera y trasudando—; dejadme que le dé alcance.

—¿Quién es él? —preguntó Athos.

—¡Él, aquel hombre!

—¿Qué hombre?

—Mi genio del mal, que se me presenta siempre que me acecha alguna desgracia: el que acompañaba a la mujer infernal cuando la vi por primera vez, el hombre en busca del cual iba yo cuando provoqué a nuestro amigo Athos, el que vi la mañana misma del día en que mm. Bonacieux fue secuestrada. Es él, le he conocido al abrirle el viento su embozo.

—¡Diantre! —profirió Athos, pensativo.

—A caballo, amigos míos; persigámosle y démosle alcance.

—Considerad que va en dirección contraria a la que nosotros seguimos —arguyó Aramis—, que monta un caballo de refresco y los nuestros están fatigados, y, por consiguiente, que los reventaremos sin tener siquiera la probabilidad de alcanzarle. Dejemos, pues, al hombre, D'Artagnan, y salvemos a la mujer.

—¡Eh! ¡Caballero! —gritó un mozo de cuadra, corriendo detrás del desconocido—. ¡Caballero! ¡Eh! ¡Se os ha caído del sombrero este papel!

—Ahí va por él media pistola —dijo D'Artagnan al gritador—; dádmelo.

—De mil amores, caballero, tomadlo —repuso el mozo de cuadra, que entró de nuevo en el patio del mesón, loco de contento por la ganancia que le había proporcionado el día.

—¿Qué reza ese papel? —preguntaron Athos, Porthos y Aramis, rodeando a D'Artagnan.

—No hay en él más que una palabra.

—Es verdad —dijo Aramis—, pero este es el nombre de una ciudad o de un pueblo.

—Armentières —leyó Porthos—. Armentières, Armentières… Nunca he oído semejante vocablo.

—¡Ah! —exclamó Athos—. ¡Ese nombre de ciudad o de pueblo es de puño y letra de ella!

—Guardemos cuidadosamente este papel —dijo D'Artagnan—, tal vez no he perdido mi última pistola. ¡A caballo, amigos míos, a caballo!

Los cuatro compañeros partieron al galope por la carretera de Béthune.

LXI

EL CONVENTO DE LAS CARMELITAS DE BÉTHUNE

Los grandes criminales llevan consigo algo así como una predestinación que les hace vencer todos los obstáculos y sustraerse a todos los peligros, hasta que la Providencia, cansada, ha señalado como escollo de su fortuna impía.

Así le sucedió a milady: pasó a través de los cruceros de Francia y de Inglaterra, y llegó felizmente a Boulogne.

Al desembarcar en Portsmouth, milady era una inglesa a quien las persecuciones de Francia lanzaran de La Rochelle; desembarcada en Boulogne, tras una travesía de cuarenta y ocho horas, se hizo pasar por francesa, diciendo que en su odio contra Francia los ingleses no la dejaban vivir tranquilamente en Portsmouth.

Por otra parte, milady poseía el más eficaz pasaporte: su hermosura, su porte aristocrático y la generosidad con que derramaba el dinero. Libre de las formalidades de costumbre gracias a la afable sonrisa y a los galantes modales de un antiguo gobernador del puerto, que le besó la mano, milady no permaneció en Boulogne más que el tiempo estrictamente necesario para echar al buzón una carta que decía:
Boulogne, el 25 por la tarde

A su eminencia m. cardenal de Richelieu, en su campamento de La Rochelle. Tranquilícese vuestra eminencia; su gracia el duque de Buckingham no partirá para Francia.

MILADY DE ***

P. D. Cumpliendo los deseos de vuestra eminencia, salgo para el convento de las carmelitas de Béthune, donde esperaré sus órdenes.

Efectivamente, aquella misma tarde milady se puso en camino, y cuando cayó la noche se apeó en una venta, de la que partió a las cinco de la mañana del siguiente día, para tres horas después entrar en Béthune y encaminarse al convento de las carmelitas en cuanto a sus instancias le hubieron dicho dónde estaba.

La priora se adelantó a recibir a milady, a quien, después de haber leído la orden del cardenal que la recién llegada le exhibiera, hizo que le dieran una celda y le sirviesen de almorzar.

En los ojos de milady se había borrado ya del todo lo pasado; con la mirada en el porvenir, aquella veía únicamente la encumbrada representación social que le reservaba su eminencia, a quien acababa de servir de manera tan afortunada, sin que su nombre sonara lo más mínimo en aquel sangriento asunto.

Las incesantemente renovadas pasiones que la consumían daban a la vida de milady la apariencia de las nubes que bogan por el espacio, que ora reflejan el azul de los cielos, ora el fuego, ya la opaca negrura de la tormenta, y que no dejan sobre la tierra más huella que la de la devastación y la muerte.

En cuanto milady hubo almorzado, la abadesa entró a visitarla en su celda; y es que el claustro ofrece tan pocas distracciones que la buena superiora deseaba conocer cuanto antes a su nueva pupila.

Milady se había propuesto cautivar a la abadesa, lo cual no ofrecía dificultad alguna para ella, que realmente era mujer de talento; intentó mostrarse amable, y estuvo encantadora, y sedujo a la buena madre con la amenidad de su conversación y sus gracias personales.

La abadesa, que era de noble cuna, gustaba grandemente de las crónicas de la corte, que tan rara vez llegan a los confines del reino y que, sobre todo, con tanta dificultad salvan los muros de los conventos, en cuyos umbrales van a expirar los murmullos mundanales.

Milady, al contrario, estaba muy al cabo de las intrigas aristocráticas, en medio de las cuales viviera constantemente los últimos cinco años. Milady habló, pues, a la abadesa de las costumbres mundanas de la corte de Francia, entreveradas con la exagerada devoción del rey; le hizo la crónica escandalosa de los señores y de las damas de la corte, a quienes la abadesa conocía de nombre, y trató superficialmente de los amores de la reina y de Buckingham y de otras muchas cosas más con objeto de que su interlocutora también dijese algo.

Pero la priora se limitó a escuchar y a sonreír. Con todo eso, milady, al ver que semejante conversación era sumamente agradable a la religiosa, la continuó, pero haciéndola recaer en Richelieu.

No obstante, milady estaba más que medianamente perpleja, pues ignoraba si su oyente era monárquica o cardenalista: así pues, guardó una distancia prudente; pero la abadesa se mantuvo por su parte en una reserva todavía más cauta, ciñéndose a inclinar profundamente la cabeza cada vez que la viajera profería el nombre del cardenal.

Milady empezó a temer que iba a aburrirse de lo lindo en el convento; así pues, resolvió soltar alguna prenda para saber con certeza a qué atenerse. Deseosa de ver hasta dónde llevaría su discreción la buena abadesa, se puso a hablar, muy disimuladamente al principio, pero luego abiertamente de su eminencia, contando los

amores del ministro con mm. d'Aiguillon, con Marion de Lorme y con otras mujeres galantes.

La abadesa escuchó con más atención, se animó poco a poco y sonrió.

Parece que va gustándole mi discurso, dijo para sí milady; si es cardenalista, por lo menos lo es sin fanatismo.

Y, levantando otra vez la voz, milady soltó la tarabilla respecto de las persecuciones de que el cardenal hacía blanco a sus enemigos.

La abadesa no dio muestra alguna de aprobación o desaprobación; lo único que hizo fue persignarse.

Lo cual afirmó a milady en su creencia de que la abadesa tenía más de monárquica que no de cardenalista.

Milady continuó, pues, cargando cada vez más la mano.

—En estos asuntos soy muy lega —dijo por fin la priora—, pero por más que vivimos alejadas de la corte y apartadas de los intereses mundanos, tenemos ejemplos muy tristes de lo que estáis contando: a una de nuestras pupilas le han causado infinitas pesadumbres las venganzas y las persecuciones del cardenal.

—¿Una de vuestras pupilas? —profirió milady—. ¡Pobre mujer! La compadezco.

—Hacéis bien, porque es digna de lástima: se ha visto presa, amenazada, maltratada, qué sé yo. Pero ¿quién sabe si en realidad m. el cardenal tenía razones plausibles para obrar así? La pupila esa parece un ángel, es verdad, pero no hay que juzgar siempre al prójimo por las apariencias.

¡Cáspita! Estoy de suerte, puede que aquí descubra yo algo provechoso, dijo para sí milady, aplicándose en imprimir a su rostro la más acabada expresión de candor. Y, levantando la voz, repuso:

—¡Ay! Ya sé que dicen que no hay que dar crédito a las fisonomías; sin embargo, ¿en qué creer si no es en la más hermosa obra de Dios? En cuanto a mí, quizá viva engañada toda mi vida, pero confiaré siempre en una persona cuyo rostro me inspire simpatía.

—Entonces ¿estaríais dispuesta a creer que la joven de quien os hablo es inocente? —repuso la abadesa.

—El cardenal no persigue únicamente los crímenes —respondió milady—; hay virtudes a las que acosa con más severidad que a ciertos delitos.

—En verdad, me llenáis de sorpresa, señora —profirió la madre.

—¿Y qué os sorprende en mí? —preguntó milady con ingenuidad.

—Vuestro lenguaje.

—¿Qué halláis en él de extraordinario? —dijo milady, sonriéndose.

—Ya que el cardenal os envía, eso prueba que sois su amiga, y sin embargo…

—Hablo mal de él —repuso milady, redondeando el pensamiento de la abadesa.

—Por lo menos no lo ensalzáis.

—Es que no soy su amiga, sino su víctima —exclamó milady, lanzando un suspiro.

—Con todo, la carta en que os recomienda a mí…

—Esa carta no es más que una orden por la cual se me obliga a permanecer en una prisión de la que me hará sacar por alguno de sus satélites…

—¿Por qué no habéis huido?

—¿Adónde ir? ¿Os parece a vos, señora, que en la tierra hay algún lugar que pueda ponerse fuera del alcance del cardenal, si a este se le antoja alargar la mano? Si yo fuese hombre, todavía; pero ¡una mujer…! ¿Qué queréis que haga una mujer? Decidme, ¿ha intentado huir la joven pupila de quien me habéis hablado?

—No, en verdad; pero con ella es distinto; tengo para mí que la retiene en Francia el amor.

—¿Ama? Entonces no es del todo desgraciada —repuso milady, lanzando otro suspiro.

—¿Conque también vos sois una pobre perseguida? —profirió la abadesa mirando a milady con interés cada vez mayor.

—¡Ay! ¡Sí! —respondió aquella mujer terrible.

—¿No sois enemiga de nuestra sacrosanta fe? —preguntó la abadesa, balbuciendo y después de haber mirado con inquietud a milady, como si de su espíritu hubiese surgido un nuevo pensamiento.

—¡Yo, protestante! —exclamó milady—. ¡Oh! Dios que nos está oyendo es testigo de mi ferviente catolicismo.

—Entonces, tranquilizaos —dijo la abadesa con ademán risueño—, la casa en que os halláis no será para vos una prisión muy áspera; haremos lo posible para que el cautiverio os sea grato. Es más, entablaréis relaciones con la joven de quien os he hablado, perseguida sin duda a causa de alguna intriga cortesana. Es amable y graciosa.

—¿Cómo se llama?

—Me la ha recomendado una persona encumbradísima, bajo el nombre de Ketty. No he intentado conocer su apellido.

—¡Ketty! —exclamó milady—. ¿Estáis segura de ello?

—¿De que se hace llamar así? Sí, señora; ¿la conocéis por ventura?

Milady sonrió interiormente al pensar que la pupila a la que se refería la abadesa podía ser su antigua camarera, y es que al recuerdo de aquella joven iba unido otro recuerdo de cólera.

La sed de venganza trastornó las facciones de milady, pero casi al punto recobraron la expresión de tranquilidad y benevolencia que aquella mujer de cien caras les hiciera perder momentáneamente.

—¿Cuándo podré ver a esa joven dama, por la cual siento ya tan honda simpatía? —preguntó milady.

—Esta tarde, o esta mañana misma si queréis; pero como vuestro viaje, según me habéis dicho, ha durado cuatro días, y esta mañana os habéis levantado a las cinco, debéis de necesitar reposo. Acostaos, pues, y dormid, y a la hora de la comida os despertaremos.

Por más que milady pudiera haber prescindido del sueño, sostenida como estaba por las excitaciones que a su corazón, ávido de intrigas, hacía sentir una nueva aventura, aceptó el ofrecimiento de la madre abadesa, porque durante los últimos doce o quince días había sido objeto de emociones tan contrapuestas, que por mucho que su robustísimo cuerpo pudiese aún soportar la fatiga, su alma reclamaba el reposo.

Milady se despidió de la abadesa y se acostó, blandamente mecida por las ideas de venganza que en ella despertara el nombre de Ketty, y recordando la casi ilimitada promesa que le hiciera Richelieu en el caso de que diese feliz remate a su empresa. Así pues, era dueña de la vida de D'Artagnan.

Solo una cosa llenaba de pavor a milady, el recuerdo de su marido; el conde de La Fère, a quien ella tenía por muerto o por lo menos suponía expatriado, y con quien se encontrara de nuevo en Athos, el amigo predilecto del gascón. Más, si Athos era amigo íntimo de D'Artagnan, debía de haberle secundado en todos los ardides gracias a los cuales la reina había desbaratado los proyectos del cardenal, y por tanto ser enemigo de este; por donde era indudable que ella lograría envolverlo en la venganza en cuyas redes esperaba ahogar al joven mosquetero.

Para milady, tales pensamientos albergaban el aliciente de dulces esperanzas, y arrullada por ellos no tardó en dormirse. Su sueño duró hasta que la despertó una voz suave que resonó al pie de la cama.

Milady abrió los ojos, y vio a la abadesa acompañada de una joven rubia y de tez delicada, que la estaba mirando con benévola curiosidad, y a la cual no recordaba haber visto nunca.

Mientras cruzaban los cumplidos de costumbre, la rubia y milady se examinaron mutuamente con escrupulosa atención: las dos eran muy hermosas, pero de hermosura de todo en todo distinta una de otra. Sin embargo, milady sonrió al ver que ella se aventajaba en mucho a la joven rubia, en lo aristocrático de su porte y en sus modales cortesanos. Verdad es que el hábito de novicia que vestía la joven no era muy adecuado para sostener una comparación de este género.

La abadesa las presentó, y cumplida esta formalidad, dejó solas a las dos mujeres para acudir a la iglesia, adonde sus deberes la llamaban.

Al ver a milady acostada, la novicia hizo ademán de seguir a la superiora, pero aquella la retuvo, diciéndole:

—¡Cómo, señora! ¿Apenas os he visto y ya queréis privarme de vuestra presencia, con la cual os confieso que yo contaba un poco para el tiempo que debo pasar en esta casa?

—No, señora —respondió la novicia—, pero temí haber escogido mal la ocasión; estabais durmiendo para descansar de vuestras fatigas…

—¿Qué más pueden anhelar los que duermen que un buen despertar? Me lo habéis dado vos, y no os pido sino que me lo dejéis gozar a mis anchas…

Y, asiendo de la mano a la novicia, la atrajo hacia un sillón que había junto a la cama y la hizo sentar en él.

—¡Dios mío! —exclamó la novicia—. ¡Qué desventurada soy! Hace ya seis meses que estoy aquí, sin sombra de distracción, y cuando vuestra presencia iba a ser para mí una compañía gratísima, ahí que, según lo más probable, de un momento al otro voy a salir del convento.

—¡Cómo! —repuso milady—. ¿Vais a salir dentro de poco?

—Por lo menos eso espero —respondió la novicia con voz de gozo que no intentó disimular.

—Me parece haber oído que habíais sido blanco de la persecución del cardenal —continuó milady—; esta habría sido entre las dos nueva causa de simpatía.

—¿Conque es verdad lo que me ha dicho nuestra buena madre abadesa, que también vos sois víctima de ese mal sacerdote?

—¡Silencio! —profirió milady—, ni aun aquí hablemos de él como acabáis de hacerlo; todas mis desventuras arrancan de haber yo dicho del cardenal poco más o menos de lo que vos ahora, ante una mujer a quien juzgué amiga mía y que me ha vendido. Decidme, ¿también vos sois víctima de una traición?

—No, sino de mi abnegación —respondió la novicia—, de mi abnegación a una mujer en quien puse hondo afecto, por la cual hubiera dado yo mi vida, y aun la daría.

—Y os ha abandonado, ¿no es verdad?

—He sido bastante injusta para darme a entender a mí misma que realmente me había abandonado; pero hace dos o tres días que he adquirido la prueba de lo contrario, y por ello rindo gracias a Dios, pues me habría costado mucho creer que me había olvidado. Pero vos, señora —prosiguió la novicia—, me parece que estáis libre, y que si quisieseis huir, solo dependería de vos.

—¿Adónde queréis que me dirija, sin amigos y sin dinero, en una región de Francia desconocida para mí, pues esta es la primera vez que vengo?

—¡Oh! En cuanto a amigos —exclamó la novicia—, los tendréis en todas partes adonde vayáis; ¡parecéis tan buena y sois tan hermosa!

—Lo cual no impide que me vea aislada y perseguida —repuso milady, suavizando su sonrisa hasta imprimirle una expresión angelical.

—No hay que perder la esperanza en Dios —dijo la novicia—; siempre acude en nuestro auxilio en el momento en que el bien que una ha hecho aboga por nosotras ante él. ¿Quién sabe si es para vos una dicha, por mucha que sea mi humildad y la escasez de mis fuerzas, el que me hayáis encontrado? Porque si salgo de aquí, contaré con algunos amigos poderosos que después de haberse puesto en campaña en mi favor, podrán también hacerlo en vuestro beneficio.

—Cuando he dicho que estaba sola —repuso milady, esperando hacer hablar a la novicia hablando de sí misma—, no es porque no tenga yo algunos amigos encumbrados; pero no se atreven con el cardenal, como tampoco se atreve la reina misma. Su majestad, y cuenta que tengo pruebas de lo que digo, a pesar de su bondadoso corazón, se ha visto obligada más de una vez a abandonar a las iras de su eminencia a las personas que la habían servido.

—¡Ah! Señora —repuso la novicia—, tened por cierto que si la reina ha hecho como que abandonaba a las personas que decís, las apariencias eran engañosas: cuanto más encarnizadamente son perseguidas aquellas, más piensa en ellas su majestad, como lo justifica el que cuando menos lo esperan reciben la prueba de su buen recuerdo.

—Lo imagino —dijo milady—, ¡es tan bondadosa la reina!

—¡Ah! ¿Conque conocéis a la hermosa, a la noble Ana de Austria, que de ella habláis de tal suerte? —exclamó con entusiasmo la novicia.

—Es decir —respondió milady, acorralada en sus trincheras—, personalmente no, no tengo esta honra; pero conozco a algunos de sus más íntimos amigos, como, por ejemplo, a m. de Putange, a m. Dujart, con quien me encontré en Inglaterra, a m. de Tréville…

—¡M. de Tréville! —exclamó la novicia—, ¿vos conocéis a m. de Tréville?

—Sí, le conozco, y mucho.

—¿El capitán de los mosqueteros del rey?

—El mismo.

—Veréis cómo vamos a resultar conocidas, casi amigas —profirió la novicia—. Si conocéis a m. de Tréville, es probable que hayáis ido a su casa.

—Con frecuencia —dijo milady, que advirtiendo que la mentira cuajaba, se propuso apurarla.

—En su casa debéis de haber conocido a algunos de sus mosqueteros, ¿no es así?

—A todos los que él acostumbra a recibir —respondió milady, a quien empezaba a interesar de veras la conversación.

Hacedme la merced de nombrarme algunos de los que conocéis, y veréis como son amigos míos.

—Conozco —contestó milady algo turbada— a m. de Louvigny, m. Courtivron, m. Férussac…

La novicia la dejó decir, y al ver que se detenía, repuso:

—¿No conocéis a un caballero llamado Athos?

Milady se puso más blanca que las sábanas en que estaba acostada, y, por mucho que sobre sí misma ejercía gran imperio, no pudo menos de lanzar un grito, al tiempo que cogía la mano de su interlocutora y la devoraba con la mirada.

—¡Dios mío! ¿Qué os pasa? —preguntó la novicia—. ¿He dicho algo que os haya mortificado?

—No; pero ese nombre me ha llamado la atención, pues también yo he conocido a ese caballero, y me ha extrañado que haya quien al parecer le conozca mucho.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Mucho! ¡Mucho! No solamente a él, mas también a sus amigos m. Porthos y m. Aramis.

—¿De veras? ¡También los conozco yo! —dijo milady con frío en el corazón.

—Entonces, debéis saber que son buenos y leales compañeros. ¿Por qué no os dirigís a ellos, pues, si necesitáis de apoyo?

—Es decir —balbució milady—, en realidad no me une a ellos amistad alguna; los conozco por haber oído hablar mucho de ellos a un amigo suyo llamado D'Artagnan.

—¡M. D'Artagnan! ¿Lo conocéis vos? —exclamó la novicia, cogiendo a su vez la mano de milady y devorándola con los ojos. Y, notando la singular expresión de la mirada de su interlocutora, añadió—: Con perdón, señora, pero ¿a título de qué lo conocéis?

—¿A título de qué? —repuso milady con turbación—, pues, a título de amigo.

—Me estáis engañando, señora —profirió la novicia—: vos habéis sido su amante.

—Vos sois quien lo ha sido —prorrumpió milady.

—¡Yo! —exclamó la novicia.

—Sí, vos; ahora os conozco: sois mm. Bonacieux. La joven se echó atrás llena de sorpresa y de terror.

—No lo neguéis, responded —repuso milady.

—Pues bien, sí —dijo la novicia—, ¿somos rivales?

El rostro de milady se iluminó con un fuego tan salvaje, que en otras circunstancias mm. Bonacieux hubiera huido espantada; pero, habiéndose apoderado de ella la rabia de los celos, profirió con una energía de la que parecía incapaz:

—Decid, señora, decid, ¿habéis sido o sois todavía su amante?

—¡Nunca! —respondió milady con un acento de verdad que no admitía duda.

—Os creo, señora —dijo mm. Bonacieux—; pero, entonces, ¿a qué viene vuestra sorpresa?

—¡Qué! ¿Vos no comprendéis? —repuso milady, que ya había recobrado toda su serenidad.

—¿Cómo queréis que comprenda si nada sé?

—¿Vos no comprendéis que el m. D'Artagnan era mi amigo y me había tomado por confidenta?

—¿De veras?

—¿Vos no comprendéis que lo sé todo, vuestro rapto de la casita de Saint-Germain, la desesperación de él y la de sus amigos, y sus desde entonces infructuosas pesquisas? ¿Y cómo queréis vos que no me pasme, cuando sin sospecharlo me encuentro ante vos, de quien hemos hablado con él con tanta frecuencia, a quien ama con toda la vehemencia de su alma, y por quien me inspiró a mí tanto cariño antes de que yo os hubiese visto? ¡Ah! Mi querida Constance, por fin os encuentro, por fin os veo.

Milady tendió los brazos a mm. Bonacieux, quien, convencida por lo que acababa de decirle su interlocutora, ya no vio en esta, como hacía poco, a una rival, sino una amiga sincera y devota.

—¡Ah! ¡Perdonadme! ¡Perdonadme! —exclamó mm. Bonacieux, dejando caer la cabeza sobre uno de los hombros de milady—. ¡Le amo tanto!

Las dos mujeres estuvieron largo tiempo abrazadas; pero, a decir verdad, si las fuerzas de milady hubiesen igualado su odio, mm. Bonacieux no hubiera salido sino muerta de aquel abrazo.

—¡Oh, hermosa mía! —dijo milady, que, no pudiendo ahogar a la novicia, la miró sonriendo—. ¡Cuánto me halaga veros! Dejadme que os contemple. Sí, verdaderamente sois vos —continuó milady, bebiéndose con la mirada a su interlocutora—. Sois el vivo retrato de la pintura que él me hizo de vos; os conozco como a mí misma.

La pobre mm. Bonacieux no podía sospechar la espantosa lucha que se libraba tras la muralla de aquella frente pura, tras aquellos ojos tan brillantes que no dejaban traslucir más que interés y compasión.

—Entonces, sabéis cuánto he sufrido, señora —dijo la novicia—, pues os ha dicho él lo que ha sufrido; pero sufrir por él es una dicha.

—Sí, es una dicha —profirió maquinalmente milady, cuyo pensamiento volaba por otras regiones.

—Por otra parte —continuó mm. Bonacieux—, mi suplicio toca a su fin: mañana, esta noche tal vez, volveré a verle, y entonces lo pasado quedará desvanecido.

—¡Esta noche! ¡Mañana! —exclamó milady, arrancada de su meditación por estas palabras—, ¿qué queréis decir? ¿Esperáis nuevas de él?

—No, sino a él mismo.

—¡A él mismo! ¡D'Artagnan, aquí! ¡Es imposible! Está en el sitio de La Rochelle con el cardenal, y no regresará hasta que la ciudad se haya rendido.

—Vos lo suponéis así, pero ¿acaso hay imposibles para mi D'Artagnan, para el noble y leal gentilhombre?

—¡Oh! No puedo creeros.

—Pues bien, leed —profirió en el colmo de su orgullo y de su alegría la desventurada mujer, presentando una carta a milady.

¡Letra de mm. de Chevreuse!, dijo para sí la cuñada de lord Winter. ¡Ah! ¡Ya estaba yo segura de que ellos tenían inteligencias por ese lado! Milady leyó con avidez las siguientes líneas:

Hija mía:

Preparaos, nuestro arraigo no tardará en veros, y solo os verá para arrancaros de la prisión en la que vuestra seguridad reclamaba que estuvieseis escondida: disponeos, pues, a partir y nunca desesperéis de nosotras.

Nuestro simpático gascón acaba de mostrarse valeroso y fiel como siempre; decidle que hay quien le agradece el aviso que ha dado.

—La carta es concluyente —dijo milady—. ¿Sabéis vos cuál sea el aviso a que alude?

—No; pero sospecho que habrá prevenido a la reina respecto de alguna nueva maquinación del cardenal.

—Eso será —repuso milady, devolviendo la carta a mm. Bonacieux y dejando caer su pensativa cabeza sobre el pecho.

En esto se oyó el galope de un caballo.

—¡Ah! —exclamó mm. Bonacieux, abalanzándose a la ventana—, ¿si ya será él?

Milady se había quedado en la cama, petrificada por la sorpresa; de pronto se le echaban encima tantos acontecimientos imprevistos, que por vez primera se le turbó la mente.

—¡El! ¡Él! ¿Si será él? —murmuró milady, como clavada en la cama y con la mirada fija.

—¡Ay! No es él —dijo mm. Bonacieux—, es un hombre a quien no conozco, y que, sin embargo, parece que se dirige aquí… Sí…, acorta el paso a su cabalgadura…, se detiene a la puerta…, llama.

—¿Estáis segura de que no es él? —preguntó milady levantándose.

—Segurísima.

—Puede que hayáis visto mal.

—Me bastaría columbrar la pluma de su sombrero o el orillo de su capa para conocerlo.

—No importa —profirió milady, vistiéndose—, ¿decís que ese hombre viene aquí?

—Sí, ya ha entrado.

—Pues viene para vos o para mí.

—¡Válgame Dios! ¡Qué turbada estáis!

—Confieso que lo estoy; temo demasiado al cardenal para tener la confianza que vos.

—¡Silencio! —dijo mm. Bonacieux—, alguien se acerca. Efectivamente, la puerta se abrió, y entró la abadesa, la cual preguntó a milady si era ella la que había llegado de Boulogne.

—Sí, señora —respondió milady, esforzándose en recobrar su serenidad—, ¿quién pregunta por mí?

—Un individuo que se niega a dar su nombre, pero que viene de parte de su eminencia.

—¿Y solicita hablar conmigo? —preguntó milady.

—Solicita hablar con una dama recién llegada de Boulogne.

—En este caso, hacedme la merced de decirle que entre, señora.

—¿Será alguna mala nueva? —exclamó mm. Bonacieux.

—Mucho me lo temo.

—Os dejo con ese extraño, pero si me dais vuestra licencia, en cuanto parta vuelvo.

—No os doy mi licencia, os lo ruego.

La madre abadesa y mm. Bonacieux salieron de la celda. Milady quedó sola, con los ojos clavados en la puerta; poco después, se oyó ruido de espuelas en la escalera, luego los pasos se acercaron y, por último, se abrió la puerta, en cuyo vano apareció un hombre que arrancó un grito de alegría a milady: aquel hombre era el conde de Rochefort, instrumento ciego de su eminencia.

LXII

DOS VARIEDADES DE DEMONIOS

—¡Ah! —profirieron a una Rochefort y milady—. ¡Sois vos!

—Sí, soy yo.

—¿De dónde llegáis? —preguntó milady.

—De La Rochelle, ¿y vos?

—De Inglaterra.

—¿Y Buckingham?

—Muerto o gravemente herido; al partir yo sin haber podido obtener de él cosa alguna, un fanático lo asesinó.

—¡Ah! —dijo Rochefort, sonriendo—, ahí una feliz casualidad que satisfará grandemente a su eminencia. ¿Le habéis puesto al corriente?

—Le escribí desde Boulogne. Pero ¿cómo se explica que os encontréis aquí?

—El cardenal estaba en zozobra, y me ha enviado en vuestra busca.

—No llegué hasta ayer.

—¿Y qué habéis hecho desde vuestra llegada?

—No he perdido el tiempo.

—Lo supongo.

—¿Sabéis á quién he encontrado aquí?

—No.

—A ver si lo adiviná is.

—¿Cómo queréis que lo adivine?

—La joven a quien la reina sacó de la prisión.

—¿La amante de ese hidalguillo que se llama D'Artagnan?

—Sí, mm. Bonacieux, de quien ignoraba el retiro su eminencia.

—Esta es otra casualidad que puede correr pareja con la primera. Realmente, el cardenal es un ser privilegiado.

—¿Comprendéis mi admiración cuando me he encontrado frente a frente con esa mujer?

—¿Os conocía ella?

—No.

—Entonces ¿os mira como a una extraña?

—Soy su mejor amiga —respondió milady, sonriendo.

—En verdad os digo que solo vos sois capaz de obrar tales milagros, condesa —repuso Rochefort.

—Y ello me ha valido, caballero —dijo milady—, ¿sabéis lo que pasa?

—No.

—Mañana o pasado van a venir por ella con una orden de la reina.

—¡De veras! ¿Y quién?

—D'Artagnan y sus amigos.

—En verdad harán tanto, que nos veremos obligados a enviarlos a la Bastille.

—¿Por qué no se los ha enviado ya?

—Qué queréis, m. el cardenal tiene para con esos hombres una complacencia que no me explico.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues decidle que esos cuatro hombres escucharon la conversación que tuvimos en el Colombier-Rouge; que en cuanto él hubo salido, uno de ellos subió a mi cuarto y me arrancó violentamente el salvoconducto que él me diera; que hicieron sabedor de mi llegada a Inglaterra a lord Winter, y que también ahora ha ido de un tris que no hacen fracasar mi cometido, como hicieron fracasar el de los herretes; y añadid que de los cuatro solo dos son temibles, D'Artagnan y Athos; en cuanto a Aramis, dejadlo, conocemos su secreto, es el amante de mm. de Chevreuse, y puede sernos útil; y por lo que respecta a Porthos, que ni siquiera se ocupe de él; es un fatuo, un necio.

—Bueno, pero esos cuatro hombres deben hallarse en la hora presente en el sitio de La Rochelle.

—También yo lo creía, pero la condestable ha escrito una carta a mm. Bonacieux, carta que esta ha cometido la imprudencia de mostrarme, y de ella deduzco que, muy al contrario de hallarse esos cuatro hombres en el sitio de La Rochelle, están en camino para venir a buscarla.

—¡Diablos! ¿Qué hacer?

—¿Qué os ha dicho respecto de mí su eminencia?

—Que por escrito o de palabra me enteréis del resultado de vuestra comisión y que regrese en posta, y que cuando él sepa qué habéis hecho, determinará lo que debéis hacer.

—Así pues, ¿debo quedarme aquí?

—O en las cercanías.

—¿No podéis llevarme con vos?

—No, la orden es terminante: en las inmediaciones del campamento sería fácil que os conociesen, y ya comprendéis que vuestra presencia comprometería al cardenal.

—Bueno, aguardaré aquí o en los alrededores.

—Pero debéis decirme anticipadamente en qué lugar aguardaréis las órdenes de su eminencia; es menester que yo sepa siempre dónde encontraros.

—Es probable que yo no pueda permanecer aquí.

—¿Por qué?

—¿Olvidáis que de un momento a otro pueden llegar mis enemigos?

—Es verdad, pero así esa mujer va a sustraerse a la vigilancia del cardenal.

—¡Bah! —repuso milady, sonriendo de un modo peculiar—, ¿no os he dicho que era yo su mejor amiga?

—Tenéis razón. Conque respecto de esa mujer puedo decir a su eminencia…

—Que esté tranquilo.

—¿Nada más?

—Ya sabrá el cardenal lo que esto quiere decir.

—Lo adivinará. Y ahora, ¿qué debo hacer yo?

—Tomar el portante en seguida; me parece que las nuevas que tenéis que comunicar a su eminencia merecen que os apresuréis.

—Mi silla de posta se ha descalabrado al entrar en Lillers.

—¡Magnífico!

—¡Cómo, magnifico!

—Sí, porque yo la necesito.

—¿Cómo parto yo, entonces?

—A caballo y a escape.

—Poco os cuesta el decirlo. ¡Friolera! ¡Ciento ochenta leguas!

—¿Y qué?

—Está bien. ¿Qué más?

—Al pasar por Lillers, me enviáis la silla de posta con orden a vuestro criado de que se ponga a las mías.

—De acuerdo.

—Es obvio que traéis con vos alguna orden de su eminencia.

—Mis poderes.

—Mostradlos a la abadesa, y decidle que vendrán a por mí hoy o mañana, y que debo seguir a la persona que en vuestro nombre se presente.

—Bueno.

—Al hablar de mí a la priora, que no se os olvide el tratarme con aspereza.

—¿Por qué?

—Soy una víctima del cardenal. ¡Caramba! Es menester que yo inspire confianza a la pobrecita mm. Bonacieux.

—Es cierto. ¿Queréis darme ahora por escrito una relación de cuánto ha pasado?

—Ya os he contado lo sucedido, y como tenéis buena memoria, con que repitáis lo que os he dicho estáis al cabo; un papel se extravía.

—Decís bien; lo que necesito saber ahora es dónde encontraros, para que no me vea expuesto a recorrer infructuosamente las cercanías.

—Habláis de perlas, aguardaos.

—¿Queréis un mapa?

—No, conozco al dedillo esta comarca.

—¿Vos? ¿Cuándo estuvisteis en ella?

—Cuando niña; en ella me eduqué.

—¿De veras?

—Ya veis que algo aprovecha el haber sido educada en alguna parte.

—¿Aguardaréis, pues?

—Dejad que lo medite… En Armentières.

—¿Qué población es esa?

—Una pequeña ciudad situada en una de las márgenes del Lys; con atravesar el río estoy en el extranjero.

—¡Bravísimo! Sin embargo, quedamos en que solo cruzaréis el Lys en caso de peligro.

—Por supuesto.

—Y en ese caso, ¿cómo sabré yo dónde estáis?

—¿Os hace falta vuestro lacayo?

—No.

—¿Es hombre fiel?

—A toda prueba.

—Prestádmelo; como nadie lo conoce, lo dejo en el lugar del que salgo, y os conduce a donde estoy.

—¿Decís, pues, que me aguardaréis en Armentières?

—Sí.

—Escribid ese nombre en un trozo de papel, para que no se me olvide; el nombre de una ciudad no puede comprometer, ¿os parece?

—¿Quién sabe? Pero no importa, me comprometo —dijo milady, escribiendo el nombre en media hoja de papel.

—Bueno —profirió Rochefort, tomando de manos de milady el papel, doblándolo y metiéndolo entre el forro de su sombrero—, por lo demás, nada temáis, voy a hacer como los chiquillos, si se me pierde ese papel, repetiré el nombre a lo largo del camino. ¿Hemos acabado?

—Me parece que sí.

—Vamos a ver: Buckingham muerto o gravemente herido; vuestra conversación con el cardenal escuchada por los cuatro mosqueteros; lord Winter prevenido de vuestra llegada a Portsmouth; D'Artagnan y Athos a la Bastille; Aramis, amante de mm. de Chevreuse; Porthos, un fatuo; mm. Bonacieux, hallada de nuevo; enviaros

cuanto antes mi silla de posta; poner a vuestras órdenes mi lacayo; hacer de vos, ante la abadesa y para que esta no sospeche, una víctima del cardenal, y Armentières, a orilla del Lys. ¿Es eso?

—En verdad, mi querido caballero, tenéis una memoria prodigiosa. Y a propósito, añadid…

—¿Qué?

—He visto hermosísimos bosques que deben de lindar con la huerta del convento; decid a la abadesa que se me permita pasear por ellos; ¿quién sabe?, puede que me vea en el caso de salir por una puerta trasera.

—Pensáis en todo.

—Y vos olvidáis una cosa…

—¿Qué?

—Preguntarme si necesito dinero.

—Es verdad, ¿os hace falta mucho?

—Todo el que traigáis.

—Traigo unas quinientas pistolas.

—Yo otras tantas: con mil pistolas se hace frente a todo; vaciad vuestras faltriqueras.

—Aquí están.

—De acuerdo. ¿Cuándo partís?

—Dentro de una hora; el tiempo de comer un bocado; entretanto, mandaré a por un caballo de posta.

—A las mil maravillas. Adiós, caballero.

—Con él quedad, condesa.

—Encomendadme al cardenal.

—Y vos a mí al demonio.

Milady y Rochefort cruzaron una sonrisa y se separaron. Una hora después, Rochefort partió a galope tendido, y cinco más tarde entró en Arras.

Nuestros lectores saben ya de qué manera D'Artagnan reconoció al conde, los temores que tal encuentro infundió a los cuatro amigos, y la mayor actividad que, de resultas, imprimieron estos a su viaje.

LXIII

LA GOTA DE AGUA

Apenas Rochefort hubo salido de la celda de milady, cuando volvió a entrar en ella mm. Bonacieux.

Milady estaba risueña.

—¿Ha sucedido lo que vos temíais? —preguntó mm. Bonacieux—. ¿Esta tarde o mañana vienen a prenderos por orden de su eminencia?

—¿Quién os ha dicho eso, hija mía? —profirió milady.

—Lo he oído de boca del mismo mensajero.

—Sentaos aquí, junto a mí —dijo milady.

—Aquí estoy.

—Aguardad, primero quiero cerciorarme de que nadie pueda oírnos.

—¿A qué tales precauciones?

—Vais a saberlo.

Milady se levantó, se encaminó a la puerta, la abrió, miró a un lado y a otro del corredor y vino de nuevo a sentarse junto a mm. Bonacieux, diciendo:

—Ha desempeñado bien su papel.

—¿Quién?

—El que se ha presentado a la abadesa a título de emisario del cardenal.

—¡Ah! ¿Conque ha sido pura comedia?

—Sí, hija mía.

—De manera que aquel hombre no es…

—Aquel hombre es mi hermano —dijo milady, bajando la voz.

—¡Vuestro hermano! —profirió mm. Bonacieux.

—Únicamente vos sabéis este secreto, hija mía, si lo confiaseis a alguien, fuese quién fuere, originaríais mi perdición, y quizá la vuestra.

—¡Virgen Santísima!

—Escuchad lo que pasa: mi hermano, que venía en mi auxilio para sacarme de aquí a viva fuerza si fuese menester, ha encontrado al emisario del cardenal que venía a buscarme, y echando tras él, al llegar a un lugar apartado y solitario del camino, ha tirado de su espada e intimado al mensajero que le entregara los papeles de que era portador. El mensajero se ha resistido, y mi hermano le ha quitado la vida.

—¡Oh! —repuso mm. Bonacieux, estremeciéndose.

—Si bien lo calculáis —profirió milady—, no cabía otro remedio. Entonces, mi hermano ha resuelto sustituir la astucia a la fuerza, y apoderándose de los papeles, se ha presentado aquí, fingiéndose emisario del cardenal, de parte de quien vendrá un coche a por mí dentro de una hora o dos.

—Comprendo; el coche ese debe enviároslo vuestro hermano.

—Esto es; pero no acaba todo aquí: la carta que vos habéis recibido, y que vos tenéis por escrita de mano de mm. de Chevreuse…

—¿Qué?

—Es apócrifa.

—¿Qué decís?

—Que es apócrifa: esa carta no es más que un lazo para que no os resistáis cuando vengan a por vos.

—Pero si el que tiene que venir es D'Artagnan.

—Desengañaos, D'Artagnan y sus amigos están retenidos en el sitio de La Rochelle.

—¿Y cómo sabéis vos eso?

—Mi hermano ha visto algunos agentes del cardenal disfrazados de mosqueteros. Os habrían llamado a la puerta, adonde hubierais acudido vos en la creencia de que eran amigos, y arrebatándoos se os habrían llevado a París.

—¡Dios mío! En medio de ese cúmulo de iniquidades, se me va la cabeza. Si esto dura —continuó mm. Bonacieux, mientras se oprimía las sienes con las manos—, se me extraviará la razón.

—Escuchad…

—¿Qué?

—Oigo los pasos de un caballo, es el de mi hermano que vuelve a partir; quiero decirle adiós por última vez, venid.

Milady abrió la ventana e hizo seña a mm. Bonacieux de que se le acercara.

La joven obedeció. Rochefort pasó al galope.

—Adiós, hermano mío —gritó milady.

El jinete levantó la cabeza, vio a las dos mujeres y, sin acortar la marcha de su cabalgadura, hizo una amistosa seña con la mano.

—¡Oh, buen Georges! —dijo milady, cerrando nuevamente la ventana, dando a su rostro una expresión llena de afecto y melancolía, y sentándose otra vez en el sitio del que se levantara, con ademán del que está abismado en reflexiones personales.

—Perdonadme si os interrumpo, señora mía —dijo mm. Bonacieux—; pero vos, que sois más experimentada que yo, ¿qué me aconsejáis?

—Primeramente —profirió milady—, es fácil que yo me equivoque y que verdaderamente vengan en vuestro socorro D'Artagnan y sus amigos.

—¡Oh! —exclamó mm. Bonacieux—. Habría sido demasiado halagüeño y tanta dicha no es para mí.

—Como comprenderéis, en el caso de que fuese cierta la llegada de vuestros auxiliadores, no sería más que asunto de tiempo, como una carrera hípica en la que todos contenderían para ver quién llegaba el primero. Si vuestros amigos triunfan en rapidez, estáis salvada, si lo hacen los satélites del cardenal, no hay remedio para vos.

—Sí, estoy perdida sin misericordia. ¿Qué hacer, pues?

¿Qué hacer?

—Echar mano de un recurso sencillísimo y natural.

—¿Qué recurso?

—Aguardar, escondida en las cercanías, y de esta suerte cercioraros de quiénes son los hombres que por vos vengan.

—Pero ¿dónde aguardar?

—Esto no es ningún problema; yo de mí sé deciros que voy a esconderme a algunas leguas de aquí, mientras mi hermano regresa para reunirse conmigo. Si queréis, os llevo, y nos escondemos y aguardamos juntas.

—¡Ay! No me dejarán salir, puede decirse que estoy presa.

—Como tienen por seguro que yo me voy por orden del cardenal, no les parecerá que andéis muy apresurada en seguirme.

—No os entiendo.

—Quiero decir, que una vez el coche a la puerta, vos me acompañáis hasta él para despediros de mí, y os subís al estribo para abrazarme por última vez; entonces, el criado de mi hermano hace una seña al postillón y partimos al galope.

—Pero ¿y si D'Artagnan viene?

—¿Acaso no lo sabremos?

—¿Cómo?

—De la manera más sencilla del mundo. Hacemos regresar a Béthune al criado de mi hermano, en quien, como ya os he dicho, podemos confiar y, disfrazado, se aloja frente al convento: si los que vienen son los emisarios del cardenal, no se mueve, pero si son D'Artagnan y sus amigos, los conduce adonde nosotras.

—Entonces ¿el criado de vuestro hermano los conoce?

—Como que ha visto a m. D'Artagnan en mi casa.

—¡Oh! Decís bien; así todo marcha a pedir de boca y apunta al mejor resultado; pero no nos alejemos de aquí.

—Siete u ocho leguas a lo sumo; aguardamos en la frontera, por ejemplo, y al primer aviso de peligro, salimos de Francia.

—Y mientras llega el momento, ¿qué hacemos?

—Esperar.

—¿Y si llegan?

—Antes que ellos llegará el coche de mi hermano.

—¿Y si al llegar el coche estoy lejos de vos, por ejemplo, comiendo o cenando?

—Haced una cosa.

—¿Qué?

—Decid a la madre abadesa que para separarnos lo menos posible solicitáis su licencia para que os deje comer conmigo.

—No sé si consentirá.

—¿Qué inconveniente hay en eso?

—Muy bien, así no nos separaremos ni un instante.

—Pues idos inmediatamente a solicitar su venia; yo, entretanto, me bajo a dar un paseo por el huerto, me duele la cabeza.

—¿Dónde volveré a encontraros?

—Aquí mismo dentro de una hora.

—¡Qué buena sois! Gracias por vuestras bondades.

—¿Cómo queréis que no me interese por vos, si aun cuando no fueseis hermosa y simpática mereceríais mi predilección por ser amiga de uno de mis mejores amigos?

—¡Cuánto os agradecerá mi querido D'Artagnan vuestras atenciones para conmigo!

—Así lo espero. Venga, quedamos de acuerdo, ahora bajemos.

—¿Os vais al huerto?

—Sí.

—Seguid este corredor, y a lo último daréis con una escalerilla que a él conduce.

—Gracias.

Las dos mujeres, al separarse, cruzaron una cariñosa sonrisa.

Milady había dicho verdad, le dolía la cabeza, pues en ella se entrechocaban aún en revuelta confusión sus mal ordenados proyectos, y necesitaba estar sola para coordinar sus pensamientos. Milady veía de un modo vago el porvenir, y le eran menester el silencio y el reposo para dar a sus todavía enredadas ideas una forma clara y determinada.

Lo que más urgía era arrebatar a mm. Bonacieux y conducirla a lugar seguro, para convertirla en rehén en caso de aprieto; y es que milady empezaba a temer el resultado de aquel duelo terrible en que sus enemigos ponían tanta perseverancia cuanto ella encarnizamiento.

Por otra parte, milady presentía, como se presiente la llegada de la tormenta, que el fin de aquel duelo estaba próximo y no podía menos que ser terrible.

Como ya hemos manifestado, para milady, lo primordial era retener entre sus manos a mm. Bonacieux, que era la vida de D'Artagnan; qué digo la vida de D'Artagnan, más que eso, la vida de la mujer a quien él amaba, y que en caso de

desgracia se convertiría en instrumento para imponer y obtener ventajosas condiciones.

Ahora bien, de sus meditaciones llegó milady a la conclusión siguiente: mm. Bonacieux la seguiría sin recelo y, una vez escondida con ella en Armentières, sería fácil darle a entender que D'Artagnan no había ido a Béthune. Dentro de quince días, a más tardar, Rochefort estaría de regreso, y, por otra parte, durante aquel lapso, arbitraría en su mente la manera de vengarse de los cuatro amigos. ¡Bah! No la mataría el tedio, pues contaría con el pasatiempo más agradable que los acontecimientos pudiesen ofrecer a una mujer de su temperamento, el de dar la última mano a sus proyectos de venganza, pero de venganza cumplida.

Mientras meditaba, milady inspeccionaba el terreno y clasificaba en su cabeza la topografía del huerto. Milady era como un buen general que prevé a la vez la victoria y la derrota, y que, según las alternativas de la batalla, está pronto a avanzar o a batirse en retirada.

Una hora después, oyó milady una voz suave que la llamaba y que no era otra que la de mm. Bonacieux.

Como era natural, la buena abadesa había accedido a todo y, para empezar, las dos mujeres iban a cenar juntas.

Al llegar al patio, milady y mm. Bonacieux oyeron el ruido de un coche que se detenía a la puerta.

—¿Oís? —preguntó milady.

—Sí, es el rodar de un coche.

—Es el que mi hermano nos envía.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Vamos, valor.

En esto llamaron a la puerta del convento; milady no se había equivocado.

—Subíos a vuestra celda —dijo milady a mm. Bonacieux—, y recoged las joyas que seguro que deseáis llevaros.

—Poseo sus cartas —contestó mm. Bonacieux.

—Pues subid a por ellas y venid luego a mi celda, donde cenaremos aprisa; conviene que cobremos fuerzas, pues quizá viajaremos parte de la noche.

—¡Gran Dios! —dijo mm. Bonacieux, llevando la mano al pecho—. El corazón se me oprime, no puedo andar.

—Ánimo, ánimo; pensad en que dentro de un cuarto de hora estaréis salvada y en que lo que vais a hacer lo haréis por él.

—¡Oh! Sí, todo por él. Con esta sola palabra me habéis devuelto mi valor; subid, estoy con vos al instante.

Milady subió apresuradamente a su celda, donde la estaba aguardando ya el lacayo de Rochefort, a quien dio sus instrucciones.

—Aguardadme a la puerta —dijo milady al lacayo—; si vienen los mosqueteros, que el coche parta al galope, dé la vuelta al convento, y vaya a esperarme a la aldehuela situada al otro lado del bosque. Yo, en este caso, atravesaré el huerto, y me encaminaré a pie a la aldea.

Recuerde el lector que milady conocía al dedillo aquella comarca.

—Si los mosqueteros no aparecen —continuó milady—, no hay para qué introducir modificaciones en lo estipulado: mm. Bonacieux subirá al coche so pretexto de despedirse de mí, y yo aprovecharé la ocasión para llevármela conmigo.

Milady, al entrar nuevamente en su celda mm. Bonacieux, para disipar toda sospecha, si esta la tenía, repitió ante el lacayo toda la última parte de sus instrucciones, e hizo algunas preguntas relativas al coche.

—Es una calesa con tres caballos y guiada por un postillón —respondió el lacayo—; yo debo precederla, en calidad de correo.

Las sospechas de milady respecto de mm. Bonacieux eran infundadas, pues la pobre era demasiado pura para suponer que en el pecho de una mujer pudiese anidarse tanta perfidia; de otra parte, el nombre de la condesa de Winter, que ella oyera pronunciar por la abadesa, le era del todo desconocido, y, además, ignoraba que una mujer hubiese intervenido en tal grado y de un modo tan fatal en sus desventuras.

—Ya lo veis, todo está preparado —dijo milady a mm. Bonacieux así que se hubo ido el lacayo—. La abadesa no sospecha lo más mínimo y cree que vienen a buscarme de parte del cardenal. El lacayo ese va a dar ahora las últimas órdenes; comed algo, bebeos un dedo de vino y partamos.

—Sí, partamos —dijo maquinalmente mm. Bonacieux. Milady hizo seña a su compañera de que tomase asiento frente a ella, le escanció un vasito de vino de España y le sirvió una pechuga de pollo. Luego dijo:

—Todo nos secunda: la noche llega; a más tardar, al amanecer estaremos ya en nuestro refugio, sin que nadie pueda sospechar dónde nos hallamos. Venga, valor, comed en dos bocados.

Mm. Bonacieux comió maquinalmente un poco y humedeció los labios en su vaso.

—Haced lo que yo —repuso milady, levantando el suyo. Pero en el instante en que lo llevaba a la boca, detuvo la mano; acababa de oír, hacia el lado de la carretera, ruido como de tropel de caballos que iba acercándose por momentos acompañado de relinchos.

Aquel ruido arrancó de su alegría a milady como el fragor de la tempestad despierta en medio de un sueño hermoso.

Milady palideció y se abalanzó a la ventana, mientras mm. Bonacieux se levantaba, temblorosa, y se apoyaba en su silla para no dar con su cuerpo en tierra.

Aun no se veía nada, solo se oía el ruido de las cabalgaduras, cada vez más cercano.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó mm. Bonacieux—. ¿Qué ruido es ese?

—El de nuestros amigos o el de nuestros enemigos —respondió milady con su increíble impasibilidad—; no os mováis de aquí, voy a decíroslo.

Mm. Bonacieux permaneció en pie, muda, inmóvil y pálida como una estatua.

El ruido iba creciendo por momentos; los caballos no debían de hallarse más que a unos ciento cincuenta pasos, y el no verlos aún obedecía a que el camino hacía recodo. Con todo eso, el ruido era ya tan claro, que se podrían haber contado los caballos por el graneado golpear de sus herraduras.

Como no había más que la luz precisa para conocer a los que llegaban, milady tenía concentrada toda su atención en la mirada.

Prontamente, a la vuelta del camino, la acechadora vio relucir galoneados sombreros y ondular plumas, y contó hasta ocho jinetes, uno de los cuales precedía a los demás dos larguras de caballo.

Milady ahogó un gemido; acababa de reconocer a D'Artagnan en el que iba al frente del pequeño escuadrón.

—Por Dios, ¿qué pasa? —preguntó mm. Bonacieux.

—Son guardias del cardenal, no hay que perder un instante. ¡Huyamos! ¡Huyamos! —exclamó milady.

—Sí, huyamos —repitió mm. Bonacieux, pero sin poder dar un paso, de tal suerte el terror la tenía clavada en el sitio.

Los jinetes pasaron por debajo de la ventana.

—¿Qué hacéis? Venid, venid —decía milady, tirando del brazo a la joven—. Gracias al huerto, todavía podemos huir, tengo en mi poder la llave; pero apresurémonos, dentro de cinco minutos será demasiado tarde.

Mm. Bonacieux intentó andar, pero a los dos pasos se desplomó sobre sus rodillas.

Milady hizo un esfuerzo para levantarla y tomarla en peso, pero fue en vano.

En esto se oyó el rodar del coche, que al ver a los mosqueteros partió a escape. Luego retumbaron tres o cuatro tiros.

—Por última vez, ¿os venís? —exclamó milady.

—Ya veis que las fuerzas me han abandonado; no puedo andar; huid sola.

—¡Sola! ¡Dejaros aquí! ¡Nunca! —profirió milady.

Esta se enderezó de improviso, lanzó un lívido rayo por los ojos, se acercó apresuradamente a la mesa y, abriendo con singular rapidez el engaste de un anillo, vertió el contenido en el vaso de mm. Bonacieux.

Lo que milady acababa de tirar en el vaso de su compañera era un grano rúbeo que se deslió al instante.

—Bebed, esto os dará fuerzas —dijo milady, cogiendo el vaso con mano firme y acercándolo a los labios de mm. Bonacieux, que bebió maquinalmente.

¡Ah! No era así como quería yo vengarme, dijo milady para sus adentros, mientras, sonriendo diabólicamente, volvía a poner el vaso sobre la mesa; pero uno hace lo que puede…

Milady salió apresuradamente de la celda, seguida de las miradas de mm. Bonacieux, que, cual los que sueñan que los persiguen y en vano se esfuerzan en andar, estaba como petrificada.

Pocos minutos después llamaron estrepitosamente a la puerta.

Mm. Bonacieux esperaba por momentos ver entrar de nuevo en la celda a milady, pero milady no aparecía, y de terror, sin duda, su ardorosa frente se le inundaba de frío sudor.

Por fin, la desventurada oyó el rechinar de las rejas al girar sobre sus goznes, en la escalera resonó ruido de botas y de espuelas, y se despertó un murmullo de voces, en medio de las cuales le pareció oír su nombre.

De pronto, mm. Bonacieux lanzó un grito de gozo y se abalanzó a la puerta: acababa de conocer la voz de su amado.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —gritó la joven—. ¿Sois vos? ¡Por aquí! ¡Por aquí!

—¡Constance! ¡Constance! —respondió el mozo—. ¿Dónde estáis?

En esto la puerta cedió a un choque, más bien que no se abrió, y algunos hombres se precipitaron en la celda.

Mm. Bonacieux, incapaz de moverse, había caído en un sillón.

D'Artagnan arrojó una pistola todavía humeante que traía en la mano y se lanzó a los pies de su amada; Athos volvió al cinto la suya, y Porthos y Aramis restituyeron a sus respectivas vainas sus desnudas espadas.

—¡Oh! ¡D'Artagnan! ¡Mi amado D'Artagnan! ¡Por fin has venido! ¡No me habías engañado! ¡Eres tú!

—Sí, Constance, aquí estamos reunidos.

—¡Oh! Por más que ella decía que no vendrías, la esperanza no me desamparaba. ¡Qué bien he hecho en no querer huir! ¡Qué dichosa soy!

Athos, que se había sentado tranquilamente, al oír el vocablo «ella» se levantó presuroso.

—¿Quién es ella? —preguntó D'Artagnan.

—Mi compañera, la que movida por su amistad hacia mí quería librarme de mis perseguidores y que, tomándoos por guardias del cardenal, acaba de huir.

—¡Vuestra compañera! —exclamó D'Artagnan, poniéndose más pálido que las blancas tocas de su amada—, ¿de qué compañera queréis hablarme?

—De aquella a quien estaba aguardando a la puerta su coche, de una mujer que dice que es vuestra amiga y a quién vos se lo habéis contado todo.

—¿Cómo se llama? ¿Sabéis cómo se llama? —preguntó D'Artagnan.

—Sí sé, ante mí ha pronunciado su nombre; aguardaos… pero es singular… ¡Dios mío! Se me turba la cabeza, no veo…

—¡A mí, amigos míos! Sus manos están heladas —exclamó D'Artagnan—. Constance se siente enferma, pierde los sentidos…

Mientras Porthos pedía socorro con toda la fuerza de su voz, Aramis se abalanzó a la mesa para coger un vaso de agua; pero se detuvo al notar la terrible alteración del rostro de Athos, que, en pie ante la mesa y con los cabellos erizados, miraba con estupefacción y al parecer preso de una duda horrible uno de los vasos.

—No, no es posible —decía Athos—, Dios no permitirá tan espantoso crimen.

—¡Agua! ¡Agua! —gritaba D'Artagnan.

—¡Oh! ¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! —murmuraba Athos con voz entrecortada.

Al calor de los besos de D'Artagnan, mm. Bonacieux volvió a abrir los ojos.

—¡Se recobra! —profirió el mozo—. ¡Gracias, Dios mío!

—Señora, señora —dijo Athos—, ¿de quién es este vaso vacío?

—Mío, señor… —respondió con voz moribunda la joven.

—¿Quién ha escanciado el vino que en él había?

—Ella.

—Pero ¿quién es ella?

—¡Ah! Ya me acuerdo —dijo mm. Bonacieux—, la condesa de Winter…

Los cuatro amigos lanzaron a la vez una exclamación, pero la de Athos dominó la de todos.

Mm. Bonacieux se puso lívida y, pasto de agudísimo dolor interno, cayó entre jadeos y gemidos en brazos de Porthos y de Aramis.

—¡Qué! Tú crees… —dijo D'Artagnan, asiendo las manos de Athos con angustia indecible y cortándole la voz un sollozo.

—Todo lo creo —repuso Athos, clavándose los dientes en los labios para no suspirar.

—¡D'Artagnan…! ¡D'Artagnan…! —profirió mm. Bonacieux—. ¿Dónde estás? No me dejes, ya ves que me estoy muriendo.

El gascón, que retenía entre sus crispadas manos las de su amigo, se las soltó para acudir a su amada.

Mm. Bonacieux no parecía la misma: tenía desencajado el rostro y turbia y vaga la mirada, mientras su cuerpo era objeto de un temblor convulso y por la frente le corrían gruesas gotas de sudor.

—Por Dios, pedid socorro, Porthos y Aramis, pedid socorro inmediatamente.

—Sí, ¡socorro! ¡Socorro! —murmuró mm. Bonacieux.

Esta llamó a sí todas sus fuerzas, cogió la cabeza de D'Artagnan con ambas manos, lo miró por un instante como si toda su alma se le hubiese concentrado en los ojos y, en medio de un sollozo, le besó la boca.

—¡Constance! ¡Constance! —exclamó D'Artagnan.

De los labios de mm. Bonacieux se escapó un suspiro que desfloró los del mozo; el alma casta y amante de la desventurada acababa de remontarse al cielo.

D'Artagnan, al ver que ya no abrazaba más que un cadáver, lanzó un gran grito y cayó junto a su amada, tan pálido y tan frío como ella.

Porthos lloró, Aramis blandió los puños y Athos se persignó.

En esto apareció a la puerta un hombre casi tan pálido como los que estaban en la celda; y tendiendo en torno de sí la mirada, vio a mm. Bonacieux muerta y a D'Artagnan sin sentidos.

—No me equivoqué —dijo el recién llegado, que se presentaba en el preciso instante de estupor que sigue a las grandes catástrofes—, ahí está m. D'Artagnan, y vosotros tres, señores, sois sus amigos Athos, Porthos y Aramis.

Los tres amigos de D'Artagnan miraron con extrañeza al extranjero, y a los tres les pareció conocerlo.

—Señores —prosiguió el recién venido, sonriendo de un modo terrible—, vosotros, como yo, vais en persecución de una mujer que debe de haber pasado por aquí, como lo prueba el que aquí hay un cadáver.

Los tres amigos no profirieron palabra; pero la voz y el rostro del que hablara les recordaba a un hombre a quien ya habían visto, por más que no pudiesen atinar en qué circunstancias.

—Señores —continuó el extranjero—, ya que no queréis conocer a un hombre que probablemente os debe dos veces la vida, será menester que me nombre: soy lord Winter, cuñado de la mujer a quien buscáis.

Los tres amigos lanzaron un grito de sorpresa.

—Bien llegado seáis, milord, sois de los nuestros —dijo Athos, levantándose y tendiendo la mano al inglés.

—Partí de Portsmouth cinco horas después que ella —repuso lord Winter—, tres horas después que ella llegué a Boulogne, y a Saint-Omer únicamente a los veinte minutos de haber salido ella; pero en Lillers perdí sus huellas. Caminaba yo al acaso, pero pidiendo informes a todo el mundo; cuando os he visto pasar a galope, y reconociendo a m. D'Artagnan os he llamado sin que me hayáis respondido. He intentado seguiros, mas mi caballo estaba demasiado fatigado para poder correr tanto como los vuestros. Con todo eso, parece que a pesar de vuestra diligencia habéis llegado excesivamente tarde.

—Ya lo veis —dijo Athos, mostrando a lord Winter el cadáver de mm. Bonacieux y a D'Artagnan, a quien Porthos y Aramis se esforzaban en devolver a la vida.

—¿Conque los dos están muertos? —preguntó fríamente el inglés.

—No, por fortuna —respondió Athos—, m. D'Artagnan solo está desmayado.

—¡Ah! Mejor —profirió lord Winter.

En esto el gascón abrió los ojos, y, arrancándose de los brazos de Porthos y de Aramis, se arrojó como un loco sobre el cuerpo de su amada.

Athos se levantó, se acercó con paso lento y solemne a su amigo, lo abrazó con ternura, y al ver que este rompía en sollozos, le dijo con su tan noble como persuasiva voz:

—Sé hombre, amigo mío: las mujeres lloran a los muertos, los hombres los vengan.

—¡Oh! Si es para vengarla, estoy pronto a seguirte —exclamó D'Artagnan.

Athos aprovechó el instante aquel en que la esperanza de vengarse devolvió las fuerzas a su amigo para recomendar por señas a Porthos y a Aramis que saliesen en busca de la abadesa.

Los dos amigos encontraron en el corredor a la superiora, todavía turbada y aterrada por el cúmulo de acontecimientos que habían llovido sobre aquella santa casa.

La abadesa llamó a algunas monjas que, contra todas las costumbres monásticas, se hallaron en presencia de cinco hombres.

—Señora —dijo Athos a la abadesa, mientras cogía del brazo a D'Artagnan—, dejamos a vuestro piadoso cuidado el cuerpo de esta mujer desventurada; fue un ángel en la tierra antes de serlo en el cielo. Tratadla como trataríais a una de vuestras reclusas; más adelante volveremos para orar sobre la tumba en que descansen sus cenizas.

D'Artagnan escondió el rostro en el pecho de Athos y rompió en sollozos.

—Llora —dijo Athos a su amigo—, llora, corazón lleno de amor, juventud y vida. ¡Ay! Quién me diera a mí el poder llorar como tú lloras.

Y, afectuoso como un padre, consolador como un sacerdote, grande como el hombre que ha sufrido mucho, Athos se llevó consigo a D'Artagnan.

Los cuatro amigos y lord Winter, seguidos de sus lacayos, que conducían por las bridas sus monturas y las de sus amos, se encaminaron a la ciudad de Béthune, de la que desde el convento se divisaban los arrabales, y se detuvieron en el primer mesón que encontraron.

—¡Qué! ¿No perseguimos a esa mujer? —preguntó D'Artagnan.

—Luego —respondió Athos—, antes tengo que tomar algunas disposiciones.

—Va a escapársenos —repuso el mozo—, y tú tendrás la culpa.

—Respondo de ella —dijo Athos.

D'Artagnan, que tenía ilimitada confianza en la palabra de su amigo, bajó la cabeza y entró en el mesón con la lengua muda.

Porthos y Aramis, que no comprendían la seguridad de Athos, cruzaron una mirada, y lord Winter se dio a entender que aquel hablara de tal suerte para adormecer el dolor de D'Artagnan.

—Ahora, señores —dijo Athos en cuanto se hubo cerciorado de que en el mesón o venta había cinco cuartos disponibles—, retirémonos cada cual a nuestro aposento; D'Artagnan necesita estar solo para llorar y dormir. Nada temáis, yo me encargo de todo.

—Me parece, sin embargo —repuso lord Winter—, que si deben tomarse prevenciones contra la condesa, eso me atañe a mí, como cuñado suyo que soy.

—Podrá ser cuñada vuestra —replicó Athos—, pero también es mi mujer.

D'Artagnan sonrió, pues comprendió que desde el momento en que su amigo revelaba tal secreto, estaba seguro de su venganza; Porthos y Aramis cruzaron una mirada y palidecieron, y lord Winter tuvo por loco rematado a Athos.

—Retiraos cada cual a vuestro cuarto, y dejadme hacer; ya veis que, como marido, esto es de mi incumbencia —dijo Athos. Y, volviéndose hacia D'Artagnan, continuó—: Si no se os ha extraviado, dadme el papel que se escapó del sombrero de aquel individuo y en el cual está escrito el nombre de la población.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan—, comprendo, aquel nombre escrito de su puño y letra.

—Ya ves que hay un Dios en el cielo —dijo Athos.

LXIV

EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

La desesperación de Athos dejó paso a un dolor reconcentrado que daba todavía mayor lucidez a las sobresalientes dotes intelectuales de aquel hombre.

Entregado en cuerpo y alma a un pensamiento único, el de la promesa que hiciera y el de la responsabilidad que había contraído, Athos se retiró el último a su cuarto, rogó al ventero que le prestase un mapa de la provincia, se concentró en el plano, interrogó los trazos, vio que de Béthune a Armentières partían cuatro caminos distintos, mandó llamar a los lacayos y, una vez estos presentes, les dio instrucciones claras y puntuales.

Planchet, Grimaud, Mousqueton y Bazin debían partir al amanecer del siguiente día y encaminarse a Armentières cada uno por una vía diferente. Planchet, el más perspicaz de los cuatro, debía tomar aquella por la que desapareciera el coche sobre el cual los cuatro amigos habían disparado y que, como recordarán nuestros lectores, iba bajo la custodia del lacayo de Rochefort.

Athos hacía entrar primero en campaña a los criados porque desde que estos estaban a su servicio y al de sus amigos, había descubierto en cada uno de ellos cualidades distintas y esenciales.

Además, los criados que interrogan a los viandantes les inspiran menos desconfianza que los señores y hallan más simpatía en aquellos a quienes se dirigen; esto sin contar que milady conocía a los amos, pero no a los lacayos, y que los lacayos conocían muy bien a milady.

Grimaud, Planchet, Bazin y Mousqueton debían reunirse a las once de la mañana del día siguiente; si habían descubierto el refugio de milady, tres de ellos se quedarían para vigilarlo, y el otro regresaría a Béthune para advertir a Athos y servir de guía a los cuatro amigos.

Tomadas las expuestas disposiciones, los criados se recogieron a su vez.

Entonces Athos se levantó de la silla, se ciñó su espada, se embozó en su capa y salió del mesón. Eran las diez poco más o menos.

A las diez de la noche, en provincias, las calles son poco concurridas; con todo eso, Athos buscaba visiblemente a quién interrogar. Por fin se encontró con un transeúnte tardío, y acercándose a él le dirigió algunas palabras; el interpelado retrocedió con terror, pero no dejó de responder cuando menos con una indicación,

si bien se negó a acceder a los deseos de Athos, que le ofreció media pistola para que lo acompañase.

Athos se internó en la calle que el transeúnte designara con el dedo; mas, al llegar a una encrucijada, se detuvo nuevamente con visible perplejidad. Sin embargo, por ser aquel sitio una encrucijada, le ofrecía muchas más probabilidades de dar con un transeúnte que cualquier otro lugar, así que resolvió aguardar allí. En efecto, poco después pasó un sereno, y Athos le repitió la misma pregunta que hiciera al primer transeúnte con quien se había encontrado. El sereno dio las mismas muestras de terror que el otro, se negó también a acompañar a Athos, y le indicó con el dedo el camino que debía seguir. Athos tomó la dirección indicada, llegó al arrabal situado al extremo de la ciudad opuesto a aquel por donde él y sus compañeros habían entrado, y una vez allí se detuvo por tercera vez, inquieto y dubitativo.

Por fortuna, pasó un mendigo, que se acercó a Athos para pedirle limosna y que, al ofrecerle el mosquetero un escudo para que lo acompañase a donde iba, titubeó por un instante; sin embargo, al ver relucir en la oscuridad la moneda de plata, se decidió y echó a andar delante de Athos, hasta que, llegado a la esquina de una calle, mostró con el dedo una casita aislada, solitaria y triste, y desapareció a escape después de haber recibido la moneda ofrecida.

Athos se acercó a la casita, y antes de poder distinguir la puerta de entrada en medio del rojizo color de que estaba pintada aquella, la rodeó por completo. A través de los resquicios de los postigos no se descubría luz alguna, ni se oía el más leve ruido que pudiese dar a suponer que estuviese habitada: la casita aquella era sombría y muda como un sepulcro.

Tres veces llamó Athos sin que le respondieran; sin embargo, a poco de haber resonado el tercer golpe se oyó en el interior de la casita un rumor de pasos que se acercaban, se entreabrió la puerta, y apareció un hombre de elevada estatura, tez pálida y cabellos y barba negros.

Después de haber cruzado en voz baja algunas palabras Athos y el habitante de la casita, este hizo seña al mosquetero de que podía entrar.

Athos se aprovechó inmediatamente del permiso y la puerta se cerró tras él.

El hombre a quien Athos había ido a buscar tan lejos y al cual tanto le costara encontrar le hizo entrar en su laboratorio, donde estaba ocupado en sujetar con alambres los chasqueantes huesos de un esqueleto del cual se veía el cráneo sobre la mesa.

Todo el mobiliario del laboratorio indicaba que aquel en cuya casa Athos se hallaba estaba entregado al estudio de las ciencias naturales: había allí bocales llenos de serpientes, rotulados según las especies; grandes cuadros de madera negra en los que relucían cual talladas esmeraldas lagartos disecados, y haces de hierbas

silvestres, odoríferas y, sin duda, dotadas de virtudes ignoradas del vulgo, colgaban del techo y descendían por los rincones del aposento.

El hombre de elevada estatura no tenía familia ni criados; vivía solo.

Athos lanzó una mirada fría e indiferente a los objetos que acabamos de describir, y, a una indicación del individuo en busca del cual fuera a aquella casa, tomó asiento junto á él para explicarle la causa de su visita y hacerle sabedor del servicio que de él reclamaba.

Apenas Athos se hubo explicado, el desconocido, que había permanecido en pie ante aquel, retrocedió con ademán de terror y se negó a satisfacer los deseos del visitante.

Entonces Athos sacó de su faltriquera un pedazo de papel en el que estaban escritas dos líneas autorizadas con una firma y un sello, y lo presentó a aquel que daba demasiado prematuramente tales muestras de repugnancia.

Apenas el hombre de elevada estatura hubo leído las dos líneas, visto la firma y conocido el sello, se inclinó en señal de que ya no le quedaba objeción alguna que hacer y que estaba pronto a cumplir lo que de él reclamaran.

Athos, que nada más deseaba, se levantó, saludó, salió de la casita, regresó al mesón y se encerró en su cuarto.

Al clarear, D'Artagnan entró a ver a su amigo y le preguntó qué había que hacer:

—Aguardar —respondió Athos.

Poco después, la abadesa de las carmelitas mandó recado a los mosqueteros, anunciándoles que al mediodía se verificaría la inhumación del cadáver de mm. Bonacieux.

Cuanto a la envenenadora, no se sabía de ella; lo único que podía conjeturarse era que había huido por el huerto, pues en la arena del mismo se veían huellas de su paso; esto sin contar que la llave de la puerta había desaparecido y que la puerta estaba cerrada.

A la hora indicada, los cuatro amigos y lord Winter se encaminaron al convento al son de las campanas, que llenaban el espacio con su triste clamoreo.

La capilla del convento de las carmelitas estaba abierta, y cerrada la reja del coro, en medio del cual estaba expuesto el cuerpo de la víctima, con sus hábitos de novicia.

A derecha y a izquierda del coro, y detrás de las rejas que comunicaban con el convento, estaba la comunidad en peso de las carmelitas, que desde allí oía los divinos oficios y confundía sus cánticos con los cánticos de los celebrantes, sin ver ni ser vista de los profanos.

D'Artagnan, al llegar a la puerta de la capilla, dio otra vez en tierra con su valor, y volvió el rostro en busca de Athos; pero Athos había desaparecido.

Fiel a su oficio de vengador, el mosquetero se hizo conducir al huerto y, una vez allí, siguió las leves huellas sangrientas que aquella mujer dejara a su paso; avanzó hasta la puerta que daba al bosque, hizo que la abriesen, y se internó en la espesura.

Athos vio entonces confirmadas sus sospechas: el camino por el cual desapareciera el coche ceñía el bosque.

El mosquetero avanzó por espacio de algún tiempo con los ojos fijos en el suelo, y a lo largo del camino vio gotas de sangre que provenían de una herida hecha al hombre que en calidad de correo acompañaba al coche, o bien a uno de los caballos que tiraban del coche.

Al término de tres cuartos de legua del convento y no a cincuenta pasos de Festubert, Athos descubrió una mancha de sangre mayor que las otras en un sitio donde el suelo estaba apelmazado. Entre el bosque y aquel sitio denunciador, un poco más allá de la tierra apisonada, esta ostentaba huellas parecidas a las que se veían en el huerto de las carmelitas; señal evidente de que allí se detuviera el coche, de que allí milady había subido a él, de que aquel era el sitio por el cual milady saliera de la espesura.

Satisfecho con tal descubrimiento, que confirmaba todas sus sospechas, Athos regresó al mesón, donde encontró a Planchet, que le estaba aguardando con impaciencia.

Todo había pasado como Athos previera.

Planchet había seguido el camino y, como Athos, había notado las manchas de sangre y había reconocido el lugar donde se detuvieran los caballos; pero llevando más allá que Athos sus investigaciones, llegó a la aldea de Festubert, donde, en una taberna en la que entrara para beber de lo caro, y sin necesidad de interrogar a nadie, supo que la noche anterior, a las ocho y media, un hombre herido que acompañaba a una dama que viajaba en silla de posta se había visto obligado a detenerse por no poder seguir adelante. El accidente fue achacado a ladrones que se supuso habían detenido el coche en el bosque; al herido lo dejaron en la aldea, y la dama mandó relevar y continuó su camino.

El lacayo de D'Artagnan salió en busca del postillón que guiara la silla de posta y, habiéndolo encontrado, supo por él que había conducido hasta Fromelles a la dama, que luego partió para Armentières.

Con estos informes, Planchet tomó por el atajo y llegó a Armentières a las siete de la mañana. Allí no había más que un mesón, el de la Posta, y Planchet entró en él como lacayo sin amo que busca colocación. Apenas hacía diez minutos que conversaba con los criados del mesón y ya sabía que a las once de la noche precedente había llegado una mujer sola, había tomado un aposento, había hecho venir al mesonero y había manifestado a este su deseo de vivir por espacio de algún tiempo en los alrededores.

Planchet, que no necesitaba saber más, se encaminó apresuradamente al lugar de la cita, encontró en sus apostaderos a los otros tres lacayos, los puso de centinela en las salidas del mesón, y tornó donde Athos, que acababa de recibir los informes de Planchet en el instante en que se le reunieron sus amigos, todos los cuales, incluso Aramis, tenían el rostro sombrío y crispado.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó D'Artagnan.

—Esperar —respondió Athos.

Al oír esta respuesta, cada cual se retiró a su cuarto.

A las ocho de la noche, Athos dio orden de ensillar los caballos, y mandó recado a lord Winter y a sus amigos de que se dispusiesen para la expedición.

En un instante, todos cinco estuvieron prestos, y en cuanto hubieron examinado y cebado sus respectivas espadas y pistolas, bajaron a la calle.

Athos, que fue el último en descender, encontró a D'Artagnan a caballo e impacientándose.

—Calma, calma —dijo Athos—, todavía no estamos todos, falta, uno.

Los cuatro jinetes tendieron en torno de sí una mirada de extrañeza, pues en vano buscaban en su mente a quién podía referirse el mosquetero.

En esto Planchet condujo el caballo de Athos, quien subió con ligereza sobre la silla, y dijo:

—Aguardadme, ahora vuelvo.

Athos sacó al galope su caballo; y, un cuarto de hora después, regresó acompañado de un hombre que llevaba el rostro cubierto con una máscara e iba embozado en una gran capa roja.

Lord Winter y los tres mosqueteros cruzaron una mirada interrogadora, pero como todos ellos ignoraban quién era el recién llegado, el uno no pudo informar al otro. Con todo eso, se dijeron que así debía hacerse ya que Athos así lo había dispuesto.

A las nueve de la noche y guiado por Planchet, el pequeño escuadrón emprendió la marcha por el mismo camino que siguiera la silla de posta.

Triste era el espectáculo que ofrecían aquellos seis hombres que corrían sin proferir palabra, abismado cada uno de ellos en sus propios pensamientos, taciturnos como la desesperación, sombríos como el castigo.

LXV

SENTENCIA

La noche estaba tempestuosa y sombría; gruesas nubes bogaban por el firmamento, velando la luz de las estrellas.

Hasta la medianoche no debía levantarse la luna.

De tiempo en tiempo, y a la luz de un relámpago que brillaba en el horizonte, el pequeño escuadrón descubría el camino, que se extendía blanco y solitario; luego todo volvía a quedar en tinieblas.

Athos llamaba a cada instante a D'Artagnan, que se anticipaba continuamente a los suyos, y le obligaba a tomar nuevamente su sitio en las filas; pero todo en vano, el mancebo volvía a separarse de ellas inmediatamente, arrastrado por su único pensamiento, el de avanzar a todo trance.

El pequeño escuadrón pasó silencioso por Festubert, donde quedara el criado herido, luego siguió a lo largo del bosque de Richebourg, y cuando hubo llegado a Herlier, Planchet tomó hacia la izquierda.

Una y otra vez, lord Winter, Porthos y Aramis habían interrogado al hombre de la capa roja, pero sin obtener más resultado que una inclinación de cabeza por toda respuesta. Aramis, Porthos y lord Winter comprendieron, pues, que si el incógnito no hablaba, sus razones tendría para ello, y dejaron de dirigirle la palabra.

La tempestad iba arreciando por momentos, los relámpagos se sucedían casi sin intermisión, empezaba a rugir el trueno, y el viento, precursor del huracán, silbaba en el llano, agitando las plumas y los cabellos de los jinetes.

El escuadrón arrancó al trote largo, y apenas hubo dejado a sus espaldas la aldea de Fromelles, reventó la tempestad.

Entonces los jinetes, que debían andar todavía tres leguas, y las anduvieron bajo una lluvia torrencial, se embozaron en sus capas; no así D'Artagnan, el cual no solo no se embozó, mas también se quitó el sombrero para dejar que el agua le corriese por su abrasada frente y por su cuerpo, agitado por estremecimientos nerviosos.

Poco después de haber salido de Goskal el pequeño escuadrón y al hallarse a poca distancia de la casa de postas, un hombre se apartó de un árbol a cuyo amparo se había acogido y con el cual se confundiera en la oscuridad, y colocándose en medio del camino, se llevó un dedo a los labios.

Athos conoció a aquel hombre: era Grimaud.

—¿Qué pasa? —preguntó D'Artagnan—, ¿por ventura esa mujer ha salido de Armentières?

Grimaud hizo con la cabeza una señal de afirmación.

—¡Ah! —profirió el mozo, rechinando los dientes.

—¡Silencio, D'Artagnan! —dijo Athos—. Pues yo me he encargado de todo, a mí me toca interrogar a Grimaud.

—¿Dónde está? —preguntó Athos a su criado. Grimaud tendió el brazo en dirección del Lys.

—¿Muy lejos de aquí?

El interrogado levantó la diestra y dobló el índice.

—¿Está sola?

Grimaud respondió que sí con la cabeza.

—Señores —dijo Athos—, está sola, a media legua de aquí y en dirección al río.

—Está bien, Grimaud; guíanos —repuso D'Artagnan. Grimaud tomó por el atajo, y sirvió de guía al pequeño escuadrón, que a unos quinientos pasos tuvo que vadear un arroyo.

—¿Es allí? —preguntó Athos a su lacayo al divisar, a la luz de un relámpago, la aldea de Erquinghem.

Grimaud hizo con la cabeza una señal de negación.

—Silencio, pues —dijo Athos. La tropa siguió adelante.

Poco después brilló otro relámpago; Grimaud extendió el brazo, y a la azulada luz de la serpiente de fuego todos pudieron divisar una casita aislada, junto al río y a un centenar de pasos de una barca.

En una de las ventanas de la casita se veía luz.

—Ya hemos llegado —dijo Athos.

En esto se levantó un hombre que estaba tendido en una zanja: era Mousqueton, el cual, mostrando con el dedo la ventana alumbrada, dijo:

—Allí está.

—¿Y Bazin? —preguntó Athos.

—Estaba vigilando la puerta mientras yo hacía lo mismo con la ventana.

—Está bien —profirió Athos—, sois servidores fieles. Athos se apeó, puso en manos de su lacayo las riendas de su montura y se encaminó a la ventana después de haber recomendado por medio de una señal a los suyos que avanzaran hacia la puerta.

La casita estaba rodeada por un seto vivo, alto de dos o tres pies; Athos saltó por encima del seto y llegó hasta la ventana, que estaba desprovista de postigos, pero cuyas medias cortinillas estaban del todo cerradas.

Athos se subió sobre el alféizar a fin de poder mirar por encima de las cortinillas, y a la luz de una lámpara vio a una mujer abrigada con un manto de color oscuro,

sentada en un escabel, junto a un mortecino fuego, de codos sobre una pobre mesa y con la cabeza apoyada en dos manos blancas como el marfil.

No era posible descubrir el rostro de aquella mujer, pero Athos sonrió de un modo siniestro; sí, aquella era la mujer a quien él buscaba; no podía ser otra.

En esto relinchó un caballo: milady levantó la frente y al ver pegado al vidrio el pálido rostro de Athos, lanzó un grito.

Athos, al comprender que milady lo había reconocido, con las rodillas y las manos empujó la ventana, que se abrió de par en par, al tiempo que volaban hechos pedazos sus cristales, y, cual espectro de la venganza, saltó en el aposento.

Milady se abalanzó a la puerta y la abrió; al umbral de ella estaba D'Artagnan, más pálido todavía y más amenazador que Athos. Milady retrocedió dando un grito y D'Artagnan, temeroso de que aquella tuviese por donde escaparse, sacó de su cinto una pistola.

—Volved esa arma al cinto —dijo Athos, levantando la mano—; cumple que esta mujer sea juzgada, no asesinada. Ten un poco más de paciencia, D'Artagnan, y te verás vengado. Entrad, señores.

D'Artagnan obedeció, pues Athos tenía la voz solemne y el ademán imponente de un juez enviado por el Señor.

Detrás de D'Artagnan, entraron Porthos, Aramis, lord Winter y el hombre de la capa roja.

Los cuatro lacayos se habían quedado fuera custodiando la puerta y la ventana.

Milady había caído sobre su asiento, con las manos hacia delante, como para conjurar aquella aparición terrible, y al ver a lord Winter lanzó una voz espantable.

—¿Por quién preguntáis? —profirió milady.

—Preguntamos —dijo Athos— por Charlotte Backson, que primeramente se llamó la condesa de La Fère, y luego lady Winter, baronesa de Sheffield.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! —murmuró milady en el colmo del terror—. ¿Qué queréis de mí?

—Juzgaros según vuestros crímenes —dijo Athos—, y como os facultamos para que os defendáis, justificaos si podéis. M. D'Artagnan, acusad vos el primero.

—Ante Dios y ante los hombres —dijo el mozo, avanzando—, acuso a esta mujer de haber envenenado a mm. Constance Bonacieux, muerta anoche.

Y se volvió hacia Porthos y hacia Aramis.

—Lo atestiguamos —profirieron a una los dos mosqueteros.

—Ante Dios y ante los hombres —continuó D'Artagnan—, acuso a esta mujer de haber intentado envenenarme con vino que me envió a Villeroi, acompañado de una carta apócrifa, para darme a entender que el vino me lo remitían mis amigos; Dios me salvó, pero en mi lugar murió un hombre llamado Brisemont.

—Lo atestiguamos —dijeron Porthos y Aramis.

—Ante Dios y ante los hombres, acuso a esta mujer de haberme incitado a asesinar al barón de Wardes; y como aquí no hay quien pueda atestiguar la verdad de esta acusación, lo atestiguo yo mismo. He dicho.

Tras estas palabras, D'Artagnan pasó al otro lado del aposento con Porthos y Aramis.

—Ante Dios y ante los hombres —dijo el barón de Winter, avanzando a su vez—, acuso a esta mujer de haber hecho asesinar al duque de Buckingham.

—¡Cómo! ¡Asesinado el duque de Buckingham! —exclamaron a un tiempo los presentes.

—Sí, asesinado —profirió el barón—. En vista de la carta que vuestras mercedes me escribieron, hice arrestar a esa mujer, y la puse bajo la vigilancia de un servidor fiel; pero ella corrompió a su guardián y le puso en la mano el puñal para matar al duque. Quizá en estos momentos Felton paga con su cabeza el crimen de esa furia.

A la revelación de aquellos crímenes todavía ignorados, los jueces de milady se estremecieron.

—Todavía no he concluido —repuso lord Winter; y, dirigiendo la palabra a milady, continuó—: mi hermano, que os había nombrado su heredera, en tres horas murió de una extraña enfermedad que deja el cuerpo lleno de lívidas manchas.

¿Cómo murió mi hermano?

—¡Qué horror! —exclamaron Porthos y Aramis.

—Asesina de Buckingham, asesina de mi hermano, asesina de Felton, clamo justicia contra vos, y juro que de no hacérmela los demás, me la haré yo por mi propia mano.

Lord Winter fue a colocarse junto a D'Artagnan, dejando el sitio a otro acusador.

Milady dejó caer la frente entre las manos e hizo un esfuerzo para reunir sus ideas, confundidas por un vértigo infernal.

—Ahora yo —dijo Athos, temblando como tiembla el león a la vista de la serpiente—. Contra la voluntad de mi familia, me casé con esta mujer; le di mi fortuna, y un día advertí que estaba herrada, quiero decir, que llevaba impresa la flor de lis en su hombro izquierdo.

—¡Oh! —repuso milady, levantándose—, reto a quienquiera que sea a que halle el tribunal que pronunció contra mí esa sentencia infamativa, a que encuentre al que la ejecutó.

—¡Silencio! A esto me toca a mí responder —dijo el hombre de la capa roja, acercándose a su vez.

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién es ese hombre? —profirió milady, sofocada por el terror y desatándosele y erizándosele, cual si estuvieran vivos, los cabellos sobre su lívida cabeza.

Los testigos de aquella escena fijaron los ojos en el hombre de la capa roja, que para todos, menos para Athos, era un enigma; y aun Athos lo miraba con tanta estupefacción como los demás, pues ignoraba cómo podía hallarse involucrado en el horrible drama que en aquel instante se estaba desenvolviendo.

El incógnito se acercó a milady con paso mesurado y solemne, y cuando no le separó de ella más que la mesa, se quitó la máscara.

Milady miró por largo espacio y con terror cada vez más hondo aquel pálido rostro, rodeado de cabellos y patillas negros, y sin más expresión que una helada impasibilidad, y levantándose de improviso y retrocediendo hasta la pared, exclamó:

—¡Oh! ¡No, no! ¡Es una aparición infernal! ¡No es él! —y, volviéndose de cara al muro cual si pudiese haberse abierto en él un paso con sus manos, gritó con voz ronca—: ¡Socorro! ¡Socorro!

—Pero ¿quien sois? —exclamaron los testigos de aquella escena.

—Preguntádselo a esa mujer —respondió el de la capa roja—; ya veis que me ha conocido.

—¡El verdugo de Lille! ¡El verdugo de Lille! —dijo milady, dominada por un terror insensato y agarrándose a las paredes para no dar con su cuerpo en tierra.

Los circunstantes se apartaron dejando solo, en pie y en medio de la pieza, al verdugo.

—¡Oh! ¡Perdón! ¡Perdón! —exclamó aquella mujer execrable, cayendo de rodillas.

—Ya os decía yo que me había conocido —profirió el de la capa roja una vez que se hubo restablecido el silencio—. Sí, soy el verdugo de Lille, y lo que tengo que decir es esto.

Todos fijaron la mirada en aquel hombre, del que con ávida ansiedad aguardaban las palabras.

—Esa mujer —dijo el verdugo— era años atrás una doncella tan hermosa cuanto lo es en la actualidad. Monja del convento de Benedictinas de Templemar, se propuso seducir, y lo consiguió, como hubiera conseguido seducir a un santo, a un joven sacerdote de corazón sencillo y creyente que regentaba la iglesia del convento. Ella y él habían hecho votos sagrados, irrevocables, y sus relaciones no podían durar mucho tiempo sin acarrear la pérdida de ambos. Así las cosas, y a instancias de ella, el joven sacerdote convino en que los dos saldrían de aquella tierra; mas para efectuarlo, para huir juntos, para trasladarse a otra parte de Francia donde no los conocieran y pudiesen vivir tranquilos, necesitaban dinero, y como ni uno ni otro lo poseían, el sacerdote robó los vasos sagrados y los vendió; pero en el instante de partir, los dos cayeron en poder de la justicia. Ocho días después, esta mujer había corrompido al hijo del carcelero y se había puesto a salvo. El joven sacerdote fue condenado a diez años de presidio y a ser marcado por mano del verdugo. Yo lo era de la ciudad de Lille, como ha dicho esta mujer, y me vi constreñido a herrar al culpable, que era,

señores, hermano mío. Entonces hice voto de que la mujer que lo perdiera, que era más que su cómplice, pues lo había empujado al crimen, compartiría por lo menos el castigo. Como supuse dónde se había escondido, salí en su persecución, y cuando hube dado con ella, la agarroté y le imprimí la misma marca que a mi hermano. A mi regreso a Lille al día siguiente, mi hermano también había logrado fugarse, y habiéndoseme acusado de complicidad con él, me condenaron a ocupar su sitio hasta que aquel volviera a presentarse para extinguir su condena. Mi pobre hermano, que ignoraba este fallo, se había reunido con esta mujer y con ella había huido al Berry, donde obtuvo una modestísima parroquia, y donde hizo pasar por hermana suya a su perdedora. El señor de la tierra en que estaba enclavada la iglesia regentada por mi hermano vio a la fingida hermana, y se prendó de ella hasta el extremo de ofrecerle su mano. Entonces esta mujer abandonó al hombre a quien perdiera por el hombre a quien debía perder, y se convirtió en condesa de La Fère…

Al llegar aquí el narrador, todos volvieron los ojos hacia Athos, que realmente era el conde de La Fère, y que con la cabeza hizo una señal indicativa de que cuanto había dicho el verdugo era cierto.

—Entonces —continuó el de la capa roja—, mi pobre hermano, fuera de sí, desesperado, decidido a desembarazarse de una existencia en la cual esta mujer se lo arrebatara todo, honra y dicha, regresó a Lille, y sabedor de la sentencia que en su lugar me condenara, se constituyó preso y el mismo día se ahorcó del tragaluz de su calabozo. Por lo demás, justo es decir que los que me condenaron cumplieron su promesa, pues justificada la identidad del cadáver de mi hermano, me devolvieron la libertad. Este es el crimen de que yo acuso a esta mujer, tal la causa que motivó su marca.

—M. D'Artagnan —dijo Athos—, ¿qué castigo pedís contra esta mujer?

—La pena de muerte —respondió el gascón.

—Milord Winter —continuó Athos—, ¿qué castigo pedís contra esta mujer?

—La pena de muerte —contestó el inglés.

—M. Porthos y m. Aramis —repuso Athos—, a vosotros os pregunto como jueces que sois de ella, ¿cuál es vuestro fallo?

—La pena de muerte —respondieron con voz sorda los dos mosqueteros.

Milady lanzó un aullido espantoso, y, arrastrándose de rodillas, se acercó a sus jueces.

—Charlotte Backson, condesa de La Fère, lady Winter —dijo Athos, tendiendo la mano hacia ella—, vuestros crímenes han cansado a los hombres en la tierra y a Dios en el cielo. Si sabéis alguna oración, rezadla, pues estáis condenada y vais a morir.

Al escuchar estas palabras, que no le dejaban esperanza alguna, milady se irguió y quiso hablar, pero le faltaron las fuerzas; le pareció que una mano poderosa e implacable la cogía por los cabellos y la arrastraba de una manera tan irrevocable

como la fatalidad arrastra al hombre. Milady no intentó, pues, oponer la más leve resistencia y salió de la casita, seguida de lord Winter, D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, a quienes siguieron a su vez los lacayos.

El aposento quedó solitario, con su ventana hecha pedazos, abierta su puerta y ardiendo tristemente sobre la mesa la humosa lámpara.

LXVI

LA EJECUCIÓN

Era poco más o menos la medianoche; la luna, menguante y enrojecida por los últimos vestigios de la tempestad, se levantaba a espaldas de la pequeña ciudad de Armentières, cuyas casas y su alto y calado campanario resaltaban sombríamente sobre la descolorida luz del astro nocturno. Enfrente, y como río de fundido estaño, se deslizaba el Lys, y más allá, en la margen opuesta, se divisaba la negra mole de los árboles perfilarse sobre un cielo tempestuoso y preñado de gruesas y cobrizas nubes que formaban como un crepúsculo en medio de las tinieblas. A la izquierda se alzaba un vetusto y abandonado molino de inmóviles aspas, y entre sus ruinas partía el lamento agudo, periódico y monótono del mochuelo. Acá y acullá en la planicie, a uno y otro lado del camino que seguía el fúnebre cortejo, se veían algunos árboles bajos y achaparrados, parecidos a deformes enanos acurrucados para acechar a los hombres en aquella hora siniestra.

De tiempo en tiempo, brillaba en toda la amplitud del horizonte un relámpago que serpeaba encima de la negra mole de los árboles y, cual espantosa cimitarra, cortaba en dos partes el cielo y el agua.

Ni un soplo de aire refrescaba aquella pesada atmósfera; la naturaleza yacía en sepulcral silencio. Con la reciente lluvia, el suelo se había puesto resbaladizo, y las hierbas, reanimadas, exhalaban más penetrantes aromas.

Dos de los criados tiraban de los brazos a milady; detrás seguía el verdugo, en pos de este iban lord Winter y los cuatro amigos, y Planchet y Bazin cerraban la marcha.

Grimaud y Mousqueton conducían hacia el río a milady, la cual, si no con la boca, hablaba con los ojos, que con indecible elocuencia y con ademán de súplica se fijaban, ora en el uno, ora en el otro de los dos criados.

—Os ganáis cada uno mil pistolas si protegéis mi fuga —dijo milady a sus conductores en un momento en que los tres se encontraron a algunos pasos de los demás—; pero si me entregáis a vuestros amos, no lejos de aquí cuento con vengadores que os harán pagar cara mi muerte.

Athos, al oír la voz de milady, se le acercó presuroso, seguido de lord Winter.

—Despedid a estos criados —dijo el barón al mosquetero—; desde el punto y hora en que milady les ha hablado han dejado de ser seguros.

Athos llamó a Planchet y a Bazin, que reemplazaron a Grimaud y a Mousqueton.

Cuando hubieron llegado al borde del agua, el verdugo se acercó a milady y la ató de pies y manos.

—Sois unos cobardes —profirió milady, rompiendo el silencio—, sois unos asesinos, os congregáis diez hombres para degollar a una mujer. Ved lo que hacéis; si no me socorren, seré vengada.

—Vos no sois mujer —replicó con frialdad Athos—, no pertenecéis a la especie humana, sois un demonio escapado del infierno y a él vamos a haceros volver.

—¡Ah! ¡Mirad los hombres virtuosos! —dijo milady—, ved que el que me toque en un cabello se convierte a su vez en asesino.

—El verdugo está autorizado para matar sin que pueda aplicársele tal calificativo, señora —repuso el de la capa roja, golpeando su ancha cuchilla—; es el último juez, y nada más: Nachrichter, que dicen nuestros vecinos los alemanes.

El verdugo profirió estas palabras mientras estaba atando a milady, la cual lanzó dos o tres gritos salvajes, que al volar en medio de las tinieblas para perderse en las profundidades del bosque hicieron un efecto sombrío y extraño.

—Si soy culpable, si he cometido los crímenes de que me acusáis —aullaba milady—, conducidme ante un tribunal; vosotros no sois jueces para condenarme.

—Ya os propuse Tyburn —dijo lord Winter—, ¿por qué no aceptasteis?

—¡Porque no quiero morir! —exclamó milady, resistiéndose—. ¡Porque soy demasiado joven para morir!

—Señora —profirió D'Artagnan—, más joven que vos era la mujer a quien envenenasteis en Béthune, y, sin embargo, está muerta.

—Entraré en un convento, me haré monja —dijo milady.

—Ya estabais en él —arguyó el verdugo—, y de él salisteis para perder a mi hermano.

Milady lanzó un grito de terror y cayó de rodillas. El verdugo la tomó a peso para llevarla a la barca.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó milady—. ¿Vais a ahogarme?

Aquellos gritos tenían un no sé qué tan desgarrador, que D'Artagnan, que al principio era el que se mostraba más encarnizado en la persecución de milady, se dejó caer sobre un tronco, inclinó la cabeza y se tapó los oídos con las manos, a pesar de lo cual continuó oyendo las amenazas y los gritos de aquella.

D'Artagnan era el más joven de todos, y le cayó el ánimo.

—¡Oh! ¡No puedo presenciar ese horrendo espectáculo! ¡No puedo consentir que esa mujer muera de esta suerte! —profirió el mozo.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! Acuérdate de que te he amado —gritó milady, que, habiendo oído las palabras que aquel profiriera, había recobrado un atisbo de esperanza.

El mozo se levantó y dio un paso hacia milady; pero Athos se levantó a su vez y, desenvainando su espada, le cerró el camino, diciéndole:

—Si dais un paso más os batís conmigo. D'Artagnan cayó de rodillas y se puso a orar.

—Vamos, verdugo, cumple con tu deber —dijo Athos.

—De mil amores, monseñor —contestó el verdugo—, pues tan cierto como soy católico, creo firmemente ser justo al cumplir mi oficio con esta mujer.

—Está bien —repuso Athos, y acercándose a milady, añadió—: os perdono el mal que me habéis hecho; os perdono la pérdida de mis esperanzas y de mi honra, mi amor mancillado y mi salud quebrantada para siempre por la desesperación en que me abismasteis. Morid en paz.

—Os perdono —prosiguió lord Winter, adelantándose a su vez— el envenenamiento de mi hermano, el asesinato de su gracia el duque de Buckingham, la muerte del pobre Felton y las tentativas de que me habéis hecho objeto. Morid en paz.

—Y yo os pido, señora —profirió D'Artagnan—, que me perdonéis el haber provocado vuestra cólera con una bellaquería indigna de un caballero; en cambio, os perdono el asesinato de mi pobre amiga y vuestras crueles venganzas a mí encaminadas; os perdono y lloro por vos. Morid en paz.

—I am lost! I must die! —murmuró en inglés milady, levantándose y tendiendo en torno de sí una de aquellas claras miradas suyas que parecían brotar de unas pupilas de fuego.

Pero por más que miró y escuchó, nada vio ni oyó. A su alrededor no tenía más que enemigos.

—¿Dónde voy a morir? —preguntó milady.

—En la margen opuesta —respondió el verdugo, haciéndola entrar en la barca.

—Tomad —dijo Athos al verdugo en el instante en que este iba a seguir a milady, y entregándole una cantidad de dinero.

—Está bien; y que ahora sepa a su vez esta mujer que no cumplo mi oficio, sino mi deber —profirió el verdugo, arrojando el dinero al río.

La barca se alejó hacia la margen izquierda del Lys, llevando a bordo a la culpable y al verdugo; los demás se quedaron en la orilla derecha, en la que se arrodillaron.

Lentamente, y a la tenue luz de una pálida nube que en aquel momento se cernía sobre el Lys, la barca se deslizó a lo largo de la cuerda y llegó al otro lado, donde, sobre el rojizo horizonte, aparecieron cual negras figuras milady y el verdugo.

Milady, que durante el trayecto consiguiera desatar la cuerda que le sujetaba los pies, al arribar a la orilla saltó en tierra con ligereza y emprendió la fuga; pero como el suelo estaba húmedo, al llegar a lo alto de la escarpa resbaló y cayó de rodillas.

Indudablemente, se apoderó entonces de aquella mujer una idea supersticiosa: creyó que el cielo le negaba su socorro, y se quedó en la actitud en que estaba, con la cabeza inclinada y las manos juntas.

En aquel momento, los de la margen opuesta vieron brillar a la luz de la luna la espada del verdugo, el cual levantó con lentitud los brazos para dejarlos caer de nuevo, y oyeron el silbo de la cuchilla seguido de un grito de la víctima, cuyo tronco cayó en tierra cual pesada mole.

El verdugo se quitó la capa, la tendió en el suelo, puso en ella el tronco y la cabeza de la ajusticiada, anudó la capa por los cuatro picos y, echándose en hombros la fúnebre carga, volvió a entrar en la barca.

Cuando hubo llegado en medio de la corriente, el verdugo paró la barca, y, levantando sobre las aguas su fardo, dijo en voz alta:

—¡Paso a la justicia de Dios!

Y dejó caer el cadáver en lo más profundo del Lys, que volvió a cerrarse sobre él.

Tres días después, esto es, dentro de los límites de su licencia, los cuatro mosqueteros entraron nuevamente en París, y la noche misma de su llegada hicieron su acostumbrada visita a m. de Tréville.

—¿Qué tal, señores? —les preguntó el valiente capitán—, ¿os habéis divertido mucho?

—De una manera prodigiosa —respondió Athos, apretando la mandíbula.

CONCLUSIÓN

En cumplimiento de la promesa que hiciera el rey a Richelieu de regresar a La Rochelle, su majestad salió de París el 6 del mes siguiente, aturdido aún por la noticia del asesinato de Buckingham, que acababa de divulgarse.

Respecto de la reina, aunque advertida de que el hombre a quien ella tanto amara corría peligro, no solo no quiso dar crédito a la nueva cuando le anunciaron aquella muerte, sino que tuvo la imprudencia de calificar en voz alta de falsa la noticia y de decir que Buckingham acababa de escribirle. Con todo eso, al día siguiente, cuando La Porte, que, como todo el mundo, había sido retenido en Inglaterra por las órdenes de Carlos I, llegó portador del último y fúnebre presente que Buckingham enviaba a la reina, esta no tuvo más remedio que creer la fatal noticia.

La muerte del valido de Carlos I llenó de vivísimo gozo a Luis XIII, el cual, falto de generosidad como todos los corazones débiles, muy lejos de ocultar su alegría, hizo alarde de ella ante Ana de Austria.

Pronto, sin embargo, el rey, que no era hombre a quien se le disipase para mucho tiempo la tristeza, volvió a ponerse sombrío y enfermo; y es que tenía por cierto que al regresar al campamento volvía a su esclavitud, y no obstante eso, regresaba.

Richelieu era la serpiente que fascinaba a Luis XIII, y Luis XIII el pájaro que revolotea de rama en rama sin poder sustraerse a la fascinación.

El monarca estaba, pues, triste hasta más no poder cuando emprendió su camino de regreso a La Rochelle.

Nuestros cuatro amigos sobre todo despertaban la atención de sus camaradas, que los veían siempre juntos y con la mirada sombría y la cabeza caída al pecho. Únicamente Athos erguía de vez en cuando su ancha frente, lanzaba una mirada de fuego, sonreía con amargura y, como sus amigos, se abismaba nuevamente en sus meditaciones.

Tan pronto llegaban a una ciudad y conducían al rey a su alojamiento, los cuatro amigos se retiraban a los suyos respectivos o se encaminaban a un apartado figón donde, en vez de jugar y beber, conversaban en voz baja y observando con atención si alguien podía oírles.

Un día en que el rey hizo alto en el camino para cazar con urraca, y en que los cuatro amigos, siguiendo su costumbre, en lugar de tomar parte en la caza habían entrado en una venta, se detuvo a la puerta para beber un vaso de vino un hombre que a revienta caballo venía de La Rochelle.

—¡Cáspita! ¿No es m. D'Artagnan a quien estoy viendo allá abajo? —dijo en alta voz el recién venido después de haber escudriñado con la mirada el aposento donde estaban sentados, en torno a una mesa, los cuatro mosqueteros.

D’Artagnan levantó la cabeza, y al ver a aquel hombre, a quien él llamaba su sombra, y que no era otro que el desconocido de Meung y de la rue des Fossoyeurs y de Arras, lanzó una exclamación de alegría y, espada en mano, se abalanzó a la puerta. Pero ahora, en lugar de huir, el desconocido echó pie a tierra y salió al encuentro de D’Artagnan.

—Por fin os cojo, caballero —dijo el mancebo—, y os aseguro que esta vez no escapáis.

—Ni tal es mi intención, caballero —repuso el recién llegado—, pues iba en vuestra busca. Daos preso en nombre del rey, y rendidme sin resistencia vuestra espada, pues de no hacerlo peligra vuestra cabeza.

—¿Quién sois vos, pues? —preguntó D’Artagnan, bajando la espada pero sin rendirla todavía.

—Soy el caballero de Rochefort —respondió el desconocido—, escudero de m. el cardenal Richelieu, y traigo la orden de conduciros ante su eminencia.

—Allá vamos, m. caballero —dijo Athos, poniéndose del lado de su amigo—, y espero que confiaréis en la palabra de m. D’Artagnan que en línea recta va a dirigirse a La Rochelle.

—Tengo orden de entregarlo a los guardias que deben conducirlo al campamento.

—Bajo la nuestra irá, caballero, palabra; pero también bajo palabra os garantizo —añadió Athos, frunciendo las cejas— que m. D’Artagnan no se separará de nosotros.

El caballero de Rochefort miró hacia atrás y, comprendiendo, al ver que Porthos y Aramis se habían interpuesto entre él y la puerta, que estaba a merced de aquellos cuatro hombres, dijo:

—Señores, si m. D’Artagnan se aviene a entregarme su espada y unir a la vuestra su palabra, me contentaré con vuestra promesa de conducirle al cuartel general de su eminencia.

—Os he empeñado mi palabra, caballero —dijo D’Artagnan—, y aquí está mi espada.

—Lo cual me place tanto más cuanto debo continuar mi viaje —repuso Rochefort.

—Si es para reunirnos con milady —dijo Athos con frialdad—, podéis excusarlo, pues no la encontraréis.

—¿Qué ha sido, pues, de ella? —preguntó con viveza Rochefort.

—Regresad al campamento y lo sabréis.

Rochefort reflexionó, y como solo había una jornada de allí a Surgères, hasta donde el cardenal debía llegar para recibir al monarca, resolvió seguir el consejo de Athos y regresar con ellos. Por otra parte, regresar con los cuatro amigos le ofrecía una ventaja, la de poder vigilar personalmente al preso.

Emprendida la marcha, a la una de la tarde del día siguiente el rey y su comitiva llegaron a Surgères, donde el cardenal aguardaba a Luis XIII. El ministro y el monarca se hicieron mutuamente grandes demostraciones de amistad, y se felicitaron por el venturoso lance que libraba a Francia del encarnizado enemigo que amotinaba a Europa contra ella. Luego, Richelieu, a quien Rochefort avisara de la llegada de D'Artagnan, y que tenía prisa por ver al mozo, se despidió del monarca después de incitarle a que al día siguiente visitase las obras del dique, ya terminadas.

Al regresar por la tarde a su cuartel general del pont de La Pierre, Richelieu encontró en pie ante la puerta de la casa en que él habitaba a D'Artagnan, sin espada, y a los tres mosqueteros, armados.

Como la fuerza estaba de su parte, el cardenal miró con severidad a Athos, Porthos y Aramis, y con los ojos y con la mano hizo seña a D'Artagnan de que le siguiera.

El mozo obedeció.

—Te aguardamos, D'Artagnan —dijo Athos en voz alta para que el cardenal le oyera.

Su eminencia arrugó las cejas, hizo una pequeña parada y continuó su camino sin proferir palabra.

D'Artagnan entró tras el cardenal y, una vez dentro, gente armada custodió la puerta.

Richelieu se encaminó al aposento que le servía de gabinete e hizo seña a Rochefort de que introdujese al joven mosquetero.

Rochefort obedeció y se retiró.

D'Artagnan quedó solo en presencia del cardenal; aquella era la segunda entrevista que tenía con Richelieu, y después confesó que al principio estaba plenamente convencido de que iba a ser la última.

El cardenal permaneció en pie, arrimado a la chimenea, al otro lado de una mesa que le separaba de D'Artagnan.

—Caballero —dijo su eminencia—, os han arrestado por orden mía.

—Así me han dicho, monseñor.

—¿Sabéis por qué?

—No, monseñor, pues la única causa por la cual podrían arrestarme todavía la ignora vuestra eminencia.

—Pero ¿qué significa eso? —repuso Richelieu, mirando de hito en hito al mozo.

—Si a monseñor le place hacerme primeramente sabedor de los crímenes que se me imputan, luego le diré yo lo que he hecho.

—Se os imputan crímenes que han hecho caer cabezas más altas que la vuestra —dijo el cardenal.

—¿Cuáles, monseñor? —preguntó D'Artagnan con una tranquilidad que asombró a Richelieu.

—Os imputan haber correspondido con los enemigos del reino, haber sorprendido los secretos del Estado y haber hecho abortar los planes de vuestro general.

—¿Y quién me imputa eso, monseñor? —repuso D'Artagnan, que sospechó que la acusación partía de milady—. ¡Una mujer marcada por los tribunales del reino, una mujer que se ha casado con un hombre en Francia y con otro en Inglaterra, que ha envenenado a su segundo marido y ha intentado envenenarme a mí!

—¿Qué estáis diciendo ahí, y de qué mujer queréis hablarme? —profirió con admiración su eminencia.

—Hablo de lady Winter —respondió D'Artagnan—, de quien vuestra eminencia debe de ignorar los crímenes toda vez que la ha honrado con su confianza.

—Si lady Winter ha cometido los crímenes que decís —repuso Richelieu—, será castigada.

—Ya lo está, monseñor —dijo D'Artagnan.

—¿Y quién la ha castigado?

—Nosotros.

—¿Está encarcelada?

—No, monseñor, sino muerta.

—¡Muerta! —repitió el cardenal, no pudiendo dar crédito a sus oídos—. ¡Muerta! ¿Muerta, habéis dicho?

—Tres veces intentó matarme, y otras tantas se lo había perdonado; pero mató a la mujer a quien yo amaba, y entonces mis amigos y yo la prendimos, la juzgamos y la condenamos.

Al llegar aquí, D'Artagnan contó a Richelieu el envenenamiento de mm. Bonacieux en el convento de las carmelitas, el juicio celebrado en la casita aislada, y la ejecución de milady en la margen del Lys.

El cardenal se estremeció, y eso que no solía estremecerse. Pero, de pronto, y como al influjo de un pensamiento persistente, la fisonomía del cardenal, hasta entonces sombría, se despejó poco a poco y se serenó por completo.

—De modo que os constituisteis en jueces, sin pensar que los que no han recibido el ministerio de castigar y castigan son asesinos —repuso su eminencia con una voz cuya suavidad contrastaba con la severidad de sus palabras.

—Juro a monseñor que ni por un instante he sustentado la idea de defender contra él mi cabeza. Sufriré el castigo que vuestra eminencia tenga a bien imponerme, pues, en verdad, no tengo tanto apego a la vida para que me dé temor la muerte.

—Ya sé que sois hombre de corazón, caballero —dijo el cardenal con voz casi afectuosa—, así pues, puedo deciros previamente que vais a ser juzgado, y quizá condenado.

—Otro que no fuera yo podría responder a vuestra eminencia que trae el perdón en la faltriquera; yo me limito a deciros: ordenad, monseñor, estoy presto.

—¿Vuestro perdón habéis dicho? —se sorprendió Richelieu.

—Sí, monseñor —respondió D'Artagnan.

—¿Firmado por quién? ¿Por el rey?

—Por vuestra eminencia.

—¡Por mí! Estáis loco, caballero.

—Es indudable que monseñor conocerá su carácter de letra —profirió D'Artagnan, entregando a Richelieu el precioso papel que Athos arrancara a milady y luego entregara al gascón para que le sirviera de salvoconducto.

El cardenal tomó el papel, y con voz lenta y recalcando las palabras leyó:

A 3 de diciembre de 1627

Sépase que el portador de la presente ha hecho lo que ha hecho por orden mía y para bien del Estado.

RICHELIEU

Después de haber leído las líneas transcritas, su eminencia se puso profundamente pensativo, pero no devolvió el papel a su interlocutor.

Está meditando qué género de muerte va a darme, dijo para sí D'Artagnan, pues bien, verá cómo muere un caballero.

Richelieu, a la vez que meditaba, doblaba y desdoblaba el papel que en las manos tenía. Por fin levantó la frente, fijó su mirada de águila en la leal, despejada e inteligente fisonomía del mozo, leyó en el rostro de este, surcado de lágrimas, todos los sufrimientos que de un mes a aquella parte soportara, y por tercera o cuarta vez pensó en la brillante carrera que se abría ante aquel joven de veintiún años, y en los grandes recursos que su actividad, su valor y su inteligencia podían poner en manos de un buen amo.

Por otra parte, los crímenes, el poder, el talento infernal de milady lo habían asustado más de una vez, y sentía algo así como un gozo íntimo al verse para siempre jamás desembarazado de su peligrosa cómplice.

Richelieu rasgó con lentitud el papel que D'Artagnan le entregara tan generosamente.

Estoy perdido, dijo para sí el mozo, haciendo un gesto con la cabeza al cardenal y como quien dice: «Señor, cúmplase tu voluntad».

Richelieu se acercó a la mesa y, sin sentarse, trazó algunas líneas en un pergamino del que ya estaban llenos los dos tercios, y luego lo selló con el suyo particular.

Esta es mi sentencia, dijo mentalmente D'Artagnan; me libra del tedio de la Bastille y de las lentitudes de un proceso. No deja de ser en él un rasgo de amabilidad.

—Tomad, caballero —dijo el cardenal al gascón—, os he tomado una firma en blanco y os doy otra. En este despacho falta el nombre, escribidlo vos mismo.

D'Artagnan tomó con perpleja mano el pergamino, lo leyó, y al ver que era un despacho de teniente de mosqueteros, hincó la rodilla ante el cardenal, y dijo:

—Monseñor, os pertenece mi vida, desde hoy podéis disponer de ella; pero no merezco la merced que me concedéis: tengo tres amigos más meritorios y más dignos que no yo…

—Sois muchacho de prendas, D'Artagnan —repuso Richelieu, interrumpiendo al mozo y golpeándole familiarmente en el hombro, satisfecho de haber vencido aquel carácter rebelde—. Dad a este despacho el destino que más os agrade; lo único que me cumple deciros es que aunque el nombre está blanco, os lo doy a vos.

—Esté vuestra eminencia en la firme persuasión de que nunca se borrará de mi memoria —respondió D'Artagnan.

—¡Rochefort! —dijo en alta voz el cardenal, volviendo el rostro.

El caballero, que indudablemente estaba tras la puerta, entró al punto.

—Rochefort —dijo el cardenal—, os presento a m. D'Artagnan; lo recibo en el número de mis amigos. Conque daos un abrazo y obrad con prudencia si tenéis apego a la vida.

D'Artagnan y Rochefort se abrazaron a regañadientes, pero allí estaba el cardenal, que les observaba con su vigilante mirada.

—Volveremos a vernos, ¿no es eso? —dijo Rochefort a D'Artagnan una vez que hubieron salido del gabinete de su eminencia.

—Cuando os plazca —dijo D'Artagnan.

—Ya se presentará oportunidad —repuso Rochefort.

—¿Qué es eso? —exclamó Richelieu, abriendo la puerta. Rochefort y D'Artagnan sonrieron; se estrecharon la mano y saludaron al cardenal.

—Empezábamos a impacientarnos —dijo Athos.

—Heme aquí, amigos míos —respondió el mozo—, no solo libre, sino en privanza.

—Vais a contarnos eso, ¿no es verdad?

—Esta noche.

En efecto, aquella misma noche D'Artagnan fue al alojamiento de Athos, a quien encontró en disposición de descorchar una botella de vino de España, ocupación a que daba religioso cumplimiento todas las noches, y le refirió con todo detalle cuanto pasara entre él y Richelieu.

—Tomad, mi querido Athos —dijo el mozo una vez que hubo dado fin al relato, sacando de su faltriquera el pergamino—, esto os corresponde a vos por derecho.

—Amigo mío —repuso Athos, leyendo el despacho y sonriendo de una manera suave—, para Athos es demasiado, para el conde de La Fère es excesivamente poco. Quedaos vos con este despacho, porque, ¡ay!, caro lo habéis comprado.

D'Artagnan salió del cuarto de Athos y entró en el de Porthos, a quien encontró magníficamente vestido, cubierto de bordados espléndidos y mirándose al espejo.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi querido amigo? —dijo Porthos—, ¿qué tal me sienta este traje?

—De perlas —respondió D'Artagnan—, pero vengo a proponeros otro traje que os sentará mejor.

—¿Cuál? —preguntó Porthos.

—El de teniente de mosqueteros.

D'Artagnan contó a su amigo su entrevista con el cardenal y, sacando de su faltriquera el despacho, dijo:

—Vamos, escribid aquí vuestro nombre y sed para mí un buen jefe.

Porthos leyó el despacho, y lo devolvió a D'Artagnan, que quedó grandemente admirado.

—Verdaderamente me halagaría mucho —profirió el gigante—, pero no podría disfrutar largo tiempo el cargo. Durante nuestra expedición a Béthune, murió el marido de mi duquesa; de modo que al ver que el arca del difunto me tendía los brazos, he resuelto casarme con la viuda. Ahora estaba probándome mi traje de boda. Quedaos vos con el cargo, amigo mío.

D'Artagnan entró a ver a Aramis, y lo encontró arrodillado en un reclinatorio y con la frente apoyada en su Libro de horas abierto, lo cual no impidió que le refiriera su entrevista con el cardenal. Luego, sacó por tercera vez de su faltriquera el despacho, y dijo a Aramis:

—Vos, nuestro amigo, nuestro guía, nuestro protector invisible, aceptad este despacho; sois más que todos merecedor de él por vuestra prudencia y vuestros consejos siempre coronados del éxito más feliz.

—¡Ay, amigo mío! —contestó Aramis—, nuestras últimas aventuras me han disgustado por completo de la vida y de la espada. Ahora estoy irrevocablemente decidido: en cuanto haya acabado el sitio de La Rochelle, entro en los Lazaristas. Guardad para vos ese despacho, D'Artagnan, la carrera de las armas os conviene, seréis un capitán bravo y atrevido.

D'Artagnan, con lágrimas de gratitud en los ojos y radiante de alegría, se volvió al cuarto de Athos, a quien encontró todavía sentado a la mesa, pero contemplando su último vaso de vino de Málaga a la luz de la lámpara.

—También se han negado ellos a admitir el despacho —repuso el gascón.

—Es que no hay quien sea más digno de él que vos, mi buen amigo —dijo Athos, cogiendo el pergamino, escribiendo en él el nombre de D'Artagnan y devolviéndoselo.

—¡Ay de mí! Que me quedo sin amigos, y sin más que mis amargos recuerdos —profirió el mozo, dejando caer la cabeza entre las manos y escapándosele de los ojos dos lágrimas que le rodaron por las mejillas.

—Sois joven —dijo Athos—, y vuestros recuerdos amargos tienen tiempo de convertirse en dulces recuerdos.

EPÍLOGO

La Rochelle, privada del socorro de la flota inglesa y de la división prometida por Buckingham, capituló, tras un año de sitio, el 28 de octubre de 1628.

El monarca entró en París el 23 de diciembre del mismo año, por el barrio de Saint-Jacques y bajo arcos de verdura; queremos decir que fue recibido en triunfo, como si tornase vencedor, no de franceses, sino del enemigo.

D'Artagnan tomó posesión de su cargo. Porthos dejó el servicio y, al año siguiente, se casó con mm. Coquenard, ahora dueña del tan codiciado cofre, que encerraba en sus entrañas ochocientas mil libras.

Mousqueton se ganó una librea magnífica, y vio coronada la ambición de toda su vida, la de ir subido en la zaga de una dorada carroza.

Aramis, tras un viaje a Lorraine, desapareció de pronto y dejó de escribir a sus amigos. Luego, por boca de mm. de Chevreuse, que lo dijo a dos o tres de sus amantes, se supo que el antiguo mosquetero había tomado el hábito en un convento de Nancy.

Bazin se retiró a un monasterio.

Athos continuó en el cuerpo de mosqueteros, a las órdenes de D'Artagnan, hasta 1631, en cuyo año y a consecuencia de un viaje que hizo a Touraine, dejó el servicio so pretexto de que acababa de entrar en posesión de una pequeña herencia en Roussillon.

Grimaud siguió a Athos.

D'Artagnan tuvo tres desafíos con Rochefort y en los tres le hirió.

—Es probable que la cuarta vez os mate —dijo el gascón a su adversario, tendiéndole la mano para levantarle.

—Así pues, para vos y para mí vale más que lo dejemos —respondió el herido—. ¡Pardiez! Soy más amigo vuestro de lo que imagináis, pues desde que por primera vez nos vimos, con una sola palabra que hubiese dicho al cardenal pudiera yo haberos hecho cercenar la cabeza.

Rochefort y D'Artagnan se abrazaron, pero de corazón y sin trastienda.

Planchet obtuvo de Rochefort el grado de sargento en los guardias.

M. Bonacieux vivía tranquilo, ignorando completamente qué había sido de su mujer y no preocupándose poco ni mucho con ello, hasta que un día cometió la imprudencia de encomendarse a los buenos oficios de Richelieu, quien le mandó a decir que iba a cuidar de que en adelante no le faltase cosa alguna.

Y dicho y hecho, al día siguiente m. Bonacieux salió de su casa a las siete de la noche camino del Louvre; pero no volvió a aparecer por rue des Fossoyeurs.

Los que al parecer estaban mejor informados opinaban que el antiguo mercero estaba nutrido y alojado en algún castillo real a expensas de su generosa eminencia.